

Yann le Bohec

EL EJÉRCITO ROMANO

Ariel

Y. Le Bohec

EL EJÉRCITO ROMANO

INSTRUMENTO PARA LA CONQUISTA DE UN IMPERIO

Ariel

Ariel Grandes Batallas



Diseño de la cubierta: REMOLACHA

1.ª edición: mayo 2004

Título original:
L'Armée Romaine

Traducción de
IGNACIO HIERRO

Revisión científica:
FRANCISCO GRACIA ALONSO

Las ilustraciones sin indicación de procedencia pertenecen al autor,
y los esquemas son de H. Delhumeau.

ISBN: 84-344-6723-2

Depósito legal: B. 20.595 - 2004

Impreso en España

Recuerda, romano, es a ti a quien corresponde
conquistar a los pueblos.
VIRGILIO, *Eneida, VI, 851*

Supone un gran placer, al inicio del libro,
expresar mi reconocimiento a mis amigos
François Hinard y Michel Reddé,
que han sabido encontrar tiempo para ayudarme.

INTRODUCCIÓN

En el año 9 de nuestra era, tres legiones, a las órdenes de Publius Quinctilius Varus, acompañadas de sus correspondientes auxiliares, fueron aniquiladas en Teutoburgo por los germanos de Arminius. A la llegada de las noticias del desastre, Augusto se revistió de luto riguroso y, según Suetonio, durante varios meses fue víctima de accesos de cólera, en medio de los cuales gritaba: «Varus, ¡devuélveme mis legiones!»[1] Evidentemente, el emperador consideraba que el ejército ocupaba un lugar muy importante en el seno del Estado; pero, ¿no estaba falseada esa visión del príncipe? ¿Es preciso que aceptemos sin restricciones su punto de vista?

Los historiadores y el ejército romano

De alguna manera, los historiadores han ido evolucionando. En el siglo XIX colocaban en primer plano los acontecimientos, hacían una «historia de batallas»; según esa óptica, era necesario contar el suceso de Teutoburgo hasta en los menores detalles. Mediado el siglo XX, por el contrario, la «escuela de los Anales» anteponía lo cuantitativo y lo social: desde esa perspectiva, sería preciso hacer casi una descripción del ejército de Varus sin tener en cuenta para nada la emboscada que provocó su destrucción. En la actualidad se considera, en efecto, que las «estructuras» (reclutamiento, tácticas, etc.) tienen una importancia fundamental; pero no se olvida la evolución, por lo que se hace un esfuerzo para situar en su justo lugar los acontecimientos, los grandes conflictos e incluso las batallas.

Por otra parte, contamos con dos obras[2] que han demostrado la importancia de la guerra en la Antigüedad. Según Y. Garlan, aquélla es expresión de una determinada sociedad: de hecho, en Teutoburgo perecieron senadores y caballeros tanto como hombres del pueblo, ciu-

1. Suetonio, *Aug.*, XXIII, 4.

2. Y. Garlan, *La guerre dans l'Antiquité*, 1972; J. Harmand, *La guerre antique, de Sumer à Rome*, 1973.

dadanos y desplazados. J. Harmand va más lejos y piensa que la guerra traduce una civilización en su totalidad, que tiene importancia no sólo para la historia social, sino también para la de los hechos políticos, económicos, religiosos y culturales.

Además, el Estado romano se nos presenta como un conjunto complejo, formado por tres elementos fundamentales, vinculados entre sí: la administración central, la provincial y el ejército; cualquier modificación de alguno de esos tres instrumentos de poder conlleva necesariamente una transformación de los otros dos, debido precisamente a las estrechas relaciones que mantienen entre sí. Ahora bien, nos encontramos con que, recientemente, no se ha publicado síntesis alguna sobre el tercero de esos objetos de estudio; estamos, por tanto, ante una laguna que se debe llenar. En el Alto Imperio, momento en que comienzan a conocerse bien los órganos de gobierno, así como la vida económica y social, la religión y la cultura, el ejército sigue aún presentando, sin embargo, numerosas incógnitas. Es cierto que poseemos innumerables informes de excavaciones que describen múltiples fortificaciones; es cierto que dos libros bastante recientes[3] están dedicados uno al ejército y otro al soldado romano, pero sus contenidos, lejos de solaparse, se complementan, y falta una obra de conjunto sobre el tema. Esa laguna se explica, sin duda, a la vez por los riesgos que se derivan de la empresa (el miedo a hacer la «historia de batallas» o *événementielle*) y por un cierto descrédito que se ha arrojado sobre los asuntos militares. ¿Es necesario decir que ese desprecio nos parece perfectamente injustificado?

Algunas paradojas y varios problemas

En efecto, la historia militar de Roma tiene numerosos centros de interés que se presentan, en ocasiones, de forma paradójica.

Antes de citarlos es necesario precisar que este libro sólo se ocupará de los tres primeros siglos de nuestra era, es decir, del Alto Imperio: con Augusto se acaba prácticamente el vasto movimiento de conquistas que marcó la República, al tiempo que sale a escena un orden nuevo, tanto en la estrategia como en la organización del ejército; por el contrario, Diocleciano y Constantino abren un periodo diferente en todos esos campos: modifican profundamente el modo de reclutamiento de los soldados y la distribución de fuerzas encargadas de mantener la seguridad del Imperio.[4]

3. G. R. Watson, *The Roman Soldier*, 1969; G. Webster, *The Roman Imperial Army*, 1969.
4. Véase la conclusión, p. 361.

Volviendo a las paradojas a que hemos hecho referencia anteriormente se advierte que lo esencial interesa antes que nada a los historiadores. Se constata, en efecto, que Roma construyó un imperio vasto y duradero, y, como es lógico, gracias a sus tropas. No obstante, esos conquistadores sufrieron desastres, como el de Teutoburgo; disponían de un armamento heteróclito, puesto que, a menudo, sus diferentes elementos les habían sido arrebatados a los vencidos la víspera,[5] y es evidente que su sentido de la disciplina le habría chocado a más de un militar del siglo XXI. ¿Cuál es, entonces, el valor exacto del ejército romano?

Pero eso no es todo; conviene plantear al menos cuatro cuestiones más. Y la primera de ellas es la de si esos soldados habían sido capaces de mantener el orden. En efecto, aunque algunos estudiosos, como P. Petit,[6] han creído en la existencia de «la paz romana», para otros, como Y. Garlan,[7] ésta se presenta en buena medida como un mito: el Imperio habría sido atacado a la vez desde el exterior, por los bárbaros, y desde el interior, por los bandoleros.

En segundo lugar, ¿cuál es la composición social de ese ejército? Ese punto, fundamental desde la perspectiva de la historiografía actual, presenta una enorme complejidad; hay numerosas preguntas sobre el medio de origen y sobre la patria de los reclutas. M. Rostovtzeff había escrito que, el 238, los ciudadanos-civiles se enfrentaron a los soldados-campesinos en tumultos especialmente violentos; pero esa teoría ha sido posteriormente criticada. Además, ahora se sabe que ciertos valores contribuyen a formar las mentalidades colectivas, y P. Veyne[8] ha demostrado cómo, junto al dinero, intervienen el poder, el prestigio, los honores, todo lo que constituye la «apariencia» (en el caso estudiado por ese autor, ciertamente, no se trata de lo militar).

Pero, además, se plantea un problema técnico: es evidente que los tipos de unidades, el mando, la estrategia, la táctica, no han sido estudiados en profundidad, o incluso ni siquiera se ha hecho en modo alguno desde hace mucho tiempo. Asimismo, los investigadores trabajan todavía, en ocasiones, basándose en datos erróneos; un ejemplo ilustrará esta aseveración: al copiarse unos a otros y al desconocer la realidad, ciertos autores disfrutan utilizando por cualquier motivo —y, naturalmente, la mayoría de las veces sin motivo— términos latinos de los que ignoran el sentido preciso, como *vexillatio*, *castra*, y hasta el sonoro *castrum*.

5. Véase cap. V, parte II, p. 163.
6. P. Petit, *La paix romaine*, 1967.
7. Y. Garlan, *op. cit.*, p. 3.
8. P. Veyne, *Le pain et le cirque*, 1976.

Finalmente, trataremos de responder a una última pregunta: ¿cuál ha sido el papel exacto del ejército romano en el mundo de su tiempo? Es preciso recordar aquí lo que hemos afirmado antes: que ha sido uno de los elementos constitutivos del poder central, una «estructura» del Estado; por tanto, se comprenderá mejor su importancia si se piensa que también ha estado vinculado a la sociedad civil, que ha ejercido una cierta acción en las provincias donde se encontraba acantonado, por ejemplo como patrono, al satisfacer los salarios y, recíprocamente, mediante el reclutamiento, se ha visto sometido a su vez a la influencia del medio sobre el que maniobraba. Se relaciona, por tanto, con tres campos: el de la política, el de la economía y el de la espiritualidad (concepto con el que es necesario entender romanización y religión).

Si se desea aportar algo nuevo a una historia general sobre el Imperio romano no hay más remedio que consagrarse a un principio al que llamaremos «de globalidad». Ciertamente, no dejaría de ser pretencioso tratar de decirlo todo en el marco de una sola obra, y tampoco es el objetivo señalado de este libro. Pero parece evidente que quedarán muchas cuestiones sin respuesta si se prima un aspecto del tema, un método[9] o una clase de fuentes: una síntesis debe proponerse provocar confrontaciones en el seno de cada una de esas categorías. Todo se halla relacionado, y no podemos esperar comprender lo que fue realmente el ejército romano si se estudia el reclutamiento sin tener en cuenta la estrategia, la fotografía aérea sin los informes de las excavaciones y las inscripciones sin las fuentes literarias.

Debemos contemplar también un último problema. Recientemente, algunos autores se han interrogado por la naturaleza del sistema defensivo del Imperio romano, al que denominan *limes*.[10] Han valorado su papel económico (el control de las actividades comerciales) y/o cultural (marcar un límite entre los romanos y los bárbaros). Seguro que tienen razón. Pero, ¿es necesario recordar que ese sistema lo instauraron militares, para los militares y, por tanto, con una finalidad militar?

Las fuentes

Los documentos susceptibles de utilizarse forman parte de cinco grandes categorías.

9. En una obra tan general, es imposible utilizar sistemáticamente la prosopografía o la onomástica; véase sobre ello Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989.

10. A título de ejemplo: C. R. Whittaker, *Les frontières de l'empire romain, Annales litt. de l'Université de Besançon*, 390, 1989, París; *Frontières terrestres, frontières célestes dans l'Antiquité* (A. Rousselle, ed.), 1995, Perpignan.

Las fuentes literarias

Los autores antiguos han sido muy descuidados por los historiadores, sensibles a la atracción aportada por las excavaciones; recíprocamente, los latinistas se han desinteresado, a menudo, por las aportaciones de las inscripciones y de la arqueología. Conclusión: ¡qué cantidad de errores se hubieran evitado los primeros y cuántos falsos sentidos se hubieran ahorrado los segundos!

Los escritores pueden clasificarse también en dos grandes grupos. El primero estaría compuesto por aquellos para los que la ciencia militar no constituye la principal preocupación, pero nos ofrecen innumerables informaciones sobre ese tema: Polibio y César para la época republicana, y Flavio Josefo, Plinio el Joven, Suetonio, Tácito, Aelio Arístides, Dion Casio y la *Historia Augusta*, para el periodo posterior. Encontramos también precisiones en el *Talmud de Jerusalén* y en el de *Babilonia*: son tratados recopilados por rabinos entre los siglos II y V, que abordan cuestiones religiosas a partir de ejemplos concretos; nadie hasta el presente había soñado ni siquiera con leerlos bajo esa óptica. Desgraciadamente, los hechos de que hablan son, en el peor de los casos, tardíos y, en el mejor, están mal fechados. Y lo mismo sucede con el *Código teodosiano* y con las *Instituciones* de Justiniano, colecciones jurídicas ambas.

Pero hay cosas mejores. En efecto, algunos pensadores de la Antigüedad han escrito exclusivamente sobre el arte de la guerra.[11] Se trata, sobre todo, de tácticos, de entre los cuales destacan algunos especialistas de la poliorcética o de las estratagemas: Onesandros,[12] Vitrubio (en el libro X de su *Arquitectura*), Frontino, Eliano, el Pseudo-Higinio, Arriano, Polieno, Modesto y, por encima de todos, Vegecio, quien, desde el siglo IV, observa lo mejor que puede el Alto Imperio. Por otra parte, se ha cuestionado[13] si Augusto y Adriano no habían promulgado reglamentos para uso del ejército; pero, en ese campo, es necesario consultar sobre todo a Arrius Menander. Cualesquiera que sean, a menudo esos escritos permiten comprender mejor las inscripciones.

Las inscripciones

Los romanos tenían por costumbre grabar textos en materiales duros; esa manía, esa moda, que no fue extraña al ejército, nos ha de-

11. V. Giuffre, *La letteratura «De re militari»*, 1974.

12. Y. Le Bohec, «Que voulait donc Onesandros?», *Claude de Lyon, empereur romain* (Y. Burnand, Y. Le Bohec y J.-P. Martin, eds.), 1997, París, pp. 169-179.

13. A. Neumann, *Classical Philol.*, XLI, 1946, pp. 217-225.

jado una herencia de varios cientos de miles de inscripciones,[14] que pueden clasificarse en tres grupos. Los «diplomas militares» son copias certificadas conformes de constituciones imperiales que conceden la ciudadanía a soldados en el momento de la licencia, o la confieren a sus hijos o a las madres de éstos. Contamos también con epitafios y, por último, tenemos las consagraciones; éstas son frases honoríficas cuando el motivo de su redacción es el de celebrar los méritos de un mortal, religiosas cuando se dirigen a uno o a varios dioses, y conmemorativas cuando pretenden eternizar un acontecimiento cualquiera (una victoria, la construcción de un edificio, etc.); por otro lado, se las considera individuales si han sido colocadas a instancia de una sola persona, y colectivas cuando son varios los hombres que han cotizado con ese fin, lo que provoca entonces la constitución de agrupaciones parecidas a clubes, que se denominaban colegios,[15] en el momento del licenciamiento de todos los miembros de un mismo grupo de edad, o en diversas circunstancias. Esas consagraciones colectivas tienen habitualmente dos partes: la dedicatoria propiamente dicha y la serie de nombres de los autores; como a menudo se ha dado el caso de que esos dos elementos han sido separados y que el primero de ellos se ha perdido, se habla, a propósito del segundo, de «listas militares» (en latín, *latercula*, mucho mejor que *laterculi*, forma adoptada por todo el mundo desde la época de Th. Mommsen). De donde se deriva un contrasentido que se halla bastante extendido: son numerosos los historiadores que, de manera errónea, consideran esas series como suficientes por sí mismas, como archivos establecidos por las autoridades para saber de cuántos hombres disponen, o cuántos de entre ellos deben licenciarse. En realidad, se trata de documentos de carácter privado y no oficial.

Una primera dificultad se presenta porque esos textos raramente cuentan con una mención cronológica explícita. Para obtener una fecha aproximada es preciso examinar, entonces, el contexto arqueológico cuando es conocido y, sobre todo, la fórmula empleada. Veamos un ejemplo; se trata de un epitafio encontrado en Mayence:[16] «(Aquí yace) Cneius Musius, hijo de Titus, de la tribu Galeria, originario de Veleia, de treinta y dos años, habiendo cumplido quince años de servicio, portaáguila de la XIV Legión Gemina. Su hermano, Marcus Musius, centurión, ha hecho colocar (este epitafio).» Un especialista datará esa sepultura en la primera mitad del siglo I de nuestra era basándose en tres elementos: los

14. *Corpus inscriptionum latinarum*, especialmente vol. XVI y sup.; *L'Année épigraphique*; M. Roxan, *Roman Military Diplomas*, 4 vols., 1978-2003.
15. S. Perea Yébenes, *Collegia militaria*, 1999, Madrid.
16. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 2.341.

nombres de los personajes, las indicaciones de orden civil (edad...) y militar (duración del servicio...). Veamos rápidamente en qué criterios habrá fundado sus cálculos el investigador. Ciertamente, «no hay más epigrafía que la local»:[17] para estudiar y, por encima de todo, datar una inscripción sólo hay que considerar los criterios establecidos para la región o para la ciudad de donde proviene el texto. No obstante, a condición de no querer proponer dataciones demasiado precisas, se pueden tener en consideración algunas constantes importantes.

La nomenclatura de un ciudadano romano puede comportar varios elementos: el *praenomen* (Caius), el gentilicio (Claudius), al menos un *cognomen* (Saturninus), la filiación (hijo de Lucius), la tribu (Galeria), la patria (una ciudad) y el *signum* (Antacius).

Nombres de un ciudadano romano en el siglo II dC.

praenomen	gentilicio	filiación	tribu	*cognomen*	patria	*signum*
Caius	Claudius	Caii f.	Galeria	Saturninus	Abella	Antacius

Podríamos vernos tentados a traducir *praenomen* por «nombre», *cognomen* por «apellido» y *signum* por «apodo»; pero todo eso no sería más que darle un falso sentido. El gentilicio, común a todas las personas cuyos ancestros han recibido la ciudadanía de un mismo magistrado o emperador (Iulius, Claudius...), presenta, por tanto, un aspecto colectivo, mientras que el *praenomen*, y aún más el *cognomen* y el *signum*, individualizan a quien los lleva. El interés de la onomástica reside en que varía en función de la época, del medio social y del origen geográfico. Así, los *tria nomina* (*praenomen*-gentilicio-*cognomen*) caracterizan al ciudadano romano del siglo II: con anterioridad a los Flavios, falta a menudo el *cognomen*, mientras que en el siglo III se pierde el hábito de mencionar el *praenomen*; cuando, además, aparece la filiación, la tribu y la patria, es que el texto es del siglo I. El *signum*, que aparece a finales del siglo II, perfectamente vulgar en esa época, se ha convertido en algo extraño en el Bajo Imperio. El *cognomen* nos ofrece numerosas aportaciones: en ausencia de la mención de la patria y cuando no ha sido tomado del latín, puede indicar la provincia de procedencia de la persona (¡un Asdrúbal será necesariamente africano!); si viene del griego (Cleitomachus, Epagathus, etc.) se corresponde con un origen oriental, servil, o con una moda, como en la época de Adriano; si se encuentra solo, sin gentilicio, y, sobre todo, si procede de un dialecto bárbaro (por ejemplo, del tracio, como Bithus, o del fenicio, como Hiddibal), indica que nos hallamos en presencia

17. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982, p. 28.

de un desplazado, de un hombre del pueblo bajo, por ejemplo, de un esclavo; en fin, la polinomia, el hecho de llevar varios *cognomina*, es propia de los nobles... y de los «burgueses gentileshombres».

Las informaciones de orden civil que nos proporciona una inscripción pueden estar constituidas por elementos diferentes. Se considera «tardío» el recurso a formas del latín «vulgar» (por ejemplo, Elius por Aelius). La mención de dos emperadores que gobiernan juntos (abreviada como «*Augg*» por *Augusti duo*) no puede ser anterior al 161, año en que Marco Aurelio se asocia con Lucio Vero. Cuando se trata del precio del monumento, la palabra sestercio se escribe «HS» en el siglo II, «SS» en el III, e «IS»... entre ambos. En los epitafios,[18] el empleo del nominativo nos remitirá, por el contrario, al siglo I. Pero un texto que comienza por la invocación «A los dioses manes» no sería anterior al fin de ese mismo siglo I y, si se inicia con «*Memoria* de N...», se data con toda seguridad a finales del siglo II.

Las informaciones de orden militar[19] proporcionan también numerosos datos. Por lo que se refiere a las tropas auxiliares, es preciso tener en cuenta que las inscripciones son antiguas (siglo I) si el número del cuerpo sigue al nombre de la unidad (*ala Pannoniorum I* en lugar de *ala I Pannoniorum*), si su designación se hace en ablativo, precedido o no de una preposición (*miles ala Pannoniorum*, o *ex* o *in ala Pannoniorum*), o también si un oficial, para darnos su grado, indica solamente *praefectus equitum* sin ninguna otra precisión. Por el contrario, los epítetos honoríficos que se conceden a las alas y a las cohortes (*torquata*, *felix*, etc.) no hacen aparición más que con los Flavios.

Por lo general, los soldados apenas mencionan la centuria a que pertenecen hasta el siglo I, y lo mismo sirve por lo que se refiere a la duración del servicio, si emplean el verbo *militauit*: «tal soldado, de la centuria de Rufus, ha servido durante tantos años»; pero cuando el tiempo de servicio de armas se expresa con el sustantivo *stipendiorum*, el texto es, sin duda, del siglo III; en cuanto al empleo de *aerum*, se trata de una forma que se utilizó, sobre todo, pero no exclusivamente, en Hispania. La indicación de grados, especialmente cuando son sucesivos, es decir, de una carrera, remite igualmente casi con toda seguridad al siglo III. En cambio, y contrariamente a lo que se ha creído algunas veces, la mención de compañeros de armas como dedicantes de una sepultura no significa nada. Finalmente, es preciso señalar que un estudio muy cuidadoso[20] ha demostrado

18. J.-J. Hatt, *La tombe gallo-romaine*, 1951; M. Clauss, *Principales*, 1973, pp. 55-95; J.-M. Lassère, *Antiq. Afric.*, VII, 1973, pp. 7-151.

19. M. Clauss, *pas. cit.*; D. B. Saddington, *VIe Congrès intern. d'épigr.*, 1973, pp. 538-540, y *Aufstieg und Niedergang d. r. Welt*, II, 3, 1975, pp. 176-201; Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 9.

20. R. O. Fink, *Trans. Americ. Philol. Assoc.*, LXXXIV, 1953, pp. 210-215.

que la expresión *centuria Rufi* significa que el centurión Rufus se halla aún ocupando el cargo, mientras que la fórmula *centuria rufiana* indica que ha dejado su destino, pero que aún no ha sido sustituido.

Una categoría particular de inscripciones la constituyen lo que los historiadores denominan «diplomas militares».[21] Desde el punto de vista material, se presentan como dos tablillas de bronce atadas por un hilo fijado por los sellos de siete testigos. Desde el punto de vista del contenido, esos textos son copias, certificados legalizados ante testigos, de constituciones imperiales, que comprenden una *epistula missoria* seguida por una *lex data*; proporcionan derechos (ciudadanía romana, y derecho de matrimonio o *conubium*) a soldados no legionarios. Los «diplomas militares» informan notablemente sobre el reclutamiento de los auxiliares, sobre los veteranos y sobre la composición de los ejércitos de ciertas provincias.

Siempre en el campo de la epigrafía, acaban de ser publicados documentos importantes y originales. Son los *ostraka* o tablillas de madera que nos dan a conocer la vida cotidiana y personal de los soldados. Proceden de *Vindolanda*, en Britania,[22] de *Vindonissa* (Windisch), en Suiza,[23] de Bu Njem, en Tripolitania[24] y del *Mons Claudianus*, en Egipto.[25]

Los papiros

Los especialistas clasifican los papiros[26] en dos grandes grupos: literarios y documentales. A causa de su propia naturaleza, no pueden conservarse más que en regiones de clima seco. Por esa razón, la mayor parte de los que son útiles para la historia del ejército y, aún más, para conocer la vida cotidiana de los soldados, se han encontrado en Egipto. La guarnición de Dura-Europos, en Siria, ha proporcionado también una importante cantidad.

21. CIL., XVI, y supl., M. Roxan, *Roman Military Diplomas*, 4 vols., 1978-2003, Londres. Presentación de M. Absil e Y. Le Bohec, «La libération des soldats romains sous le Haut-Empire», *Latomus*, XLIV, 4, 1985, pp. 855-870; *Heer und Integrationspolitik* (W. Eck y H. Wolff, eds.), 1986, Colonia-Viena.

22. R. Birley, *Vindolanda's Roman Records*, 2.ª ed., 1994, Greenhead, con bibligrafía más completa, p. 55.

23. M. A. Speidel, *Die römischen Schreibtafeln von Vindonissa, Veröffent. Der Gesellschaft Pro Vindonissa*, XII, 1996, Brujas.

24. R. Marichal, *Les ostraka de Bu Njem, Libya Ant.*, supl., VII, 1992, Trípoli.

25. *Mons Claudianus, Ostraka graeca et latina*, I, 1992, y II, 1997, El Cairo.

26. R. O. Fink, *Roman Military Records on Papyrus*, 1971, Cleveland.

Las monedas

Las numerosas emisiones monetales[27] ilustran igualmente la historia del ejército romano. Unas, a través de sus leyendas, exaltan legiones o ejércitos enteros cuyo soberano (o un pretendiente) busca su apoyo, como hicieron Macer y su *legio I Macriana*, Adriano y los diferentes *exercitus* de las provincias. Otras difunden temas militares de propaganda imperial, la fidelidad de los ejércitos *(fides exercituum)*, sobre todo cuando el príncipe no está muy seguro de que esa fidelidad continúe, pero también la disciplina, etc. En el siglo III, los talleres de fabricación de moneda funcionan especialmente para cubrir las necesidades de las tropas.

La arqueología

Las excavaciones[28] no nos proporcionan únicamente inscripciones. Desde hace mucho tiempo se conocen monedas conmemorativas de victorias o grabados en honor de unidades distinguidas. Pero el interés más inmediato se dedicará al estudio de los monumentos funerarios y de las construcciones militares. Se sabe que la inhumación comenzó a practicarse en fecha más tardía que la incineración, aunque esta última costumbre haya podido conocer reapariciones en esta o aquella época. Y, a propósito del ejército de África, hemos podido demostrar una evolución: en el siglo I, los cadáveres de los soldados difuntos se colocaban bajo estelas o losas planas; en el siglo II, bajo altares en forma de cubo, y en el III, bajo «cúpulas», unos semicilindros que descansan sobre la fosa (véase lám. I, 1). Algunas de esas tumbas se hallaban ornadas con relieves, sobre todo las de los suboficiales y los centuriones. También se puede ver un busto, que se destaca simplemente de la piedra, o que se encuentra en un nicho, o incluso en un templo (lám. I, 2a). También se han encontrado sepulturas con una figura de jinete: éste puede hallarse pie a tierra de cara al espectador, desplazarse a la grupa de su caballo, o incluso matar a un enemigo caído en el suelo (lám. I, 2b). Finalmente, aparece también un personaje de pie: sacrifica o participa en el banquete funerario, o incluso mira a quienes han venido a verle (lám. II, 2c). Por lo general, esas sepulturas se encontraban agrupadas siguiendo las vías que partían del campamento, o instaladas formando

27. H. Mattingly y E. A. Sydenham, *Roman Imperial Coinage*, I a V, 1923 a 1933, y *Coins of the Roman Empire in the British Museum*, I, 1923 ss.
28. Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, pp. 81-116.

una corona, en un primer momento alrededor de la fortaleza y, después, rodeando la aglomeración civil que acompañaba a esta última (lám. II, 3).

Lo más interesante nos lo propone la arqueología militar. De pronto, siguiendo la cuenca mediterránea, se descubren varios cientos de fortalezas y de «defensas lineales», la más famosa de las cuales se encuentra en el Reino Unido: se trata del Muro de Adriano. La existencia de esas ruinas la ha revelado, en ocasiones, la fotografía aérea, pues es preciso comprobar siempre los indicios que ofrece sobre el terreno; A. Poidebard ha utilizado esa técnica en el caso del ejército romano con particular éxito en Siria, y J. Baradez en el sur de Argelia;[29] los satélites artificiales comienzan a sustituir al avión.[30]

En segundo lugar, la arqueología dispone de algunos monumentos importantes. La Columna Trajana, en Roma, representa en realidad un *volumen*, es decir, un libro sobre el que se han ido inscribiendo esculturas y no un texto del relato de los éxitos de Roma sobre los dacios a principios del siglo II de nuestra era; además ha sido redactado en dos «bibliotecas» (alcanza una altura de 29,78 m, sin contar una base de 10,05 m). La Columna Aureliana, también en Roma, cuyos relieves han sufrido daños mucho mayores, da cuenta de las guerras llevadas a cabo por Marco Aurelio contra los germanos y los sármatas (fue esculpida en el 180; el fuste mide 29,60 m). Finalmente, el monumento de Adam-Klissi, en Rumanía, está formado por una enorme base circular que sostiene un trofeo, siendo un monumento conmemorativo de una victoria de Trajano.[31]

Trabajos recientes[32] han llamado la atención sobre una realidad que había sido descuidada: los soldados no sólo tienen necesidad de armas, sino también de un conjunto de materiales que constituyen el equipo militar. En cuanto al armamento, ahora se puede comprobar mucho mejor su diversidad y evolución. Los viejos esquemas, simplificadores por necesidad, se vuelven caducos, pues reinaba una verdadera diversidad, que nos permite observar además la evolución, por ejemplo, de los cascos.

29. A. Poidebard, *La trace de Rome dans le désert de Syrie*, 1934; J. Baradez, *Fossatum Africae*, 1949.

30. *La vie mystérieuse des chefs-d'œuvre. La science au service de l'art*, 1980, p. 248 (catastro romano de la zona de Montélimar).

31. Véase parte III, cap. IX, p. 336-337.

32. M. C. Bishop y J. C. N. Coulston, *Roman Military Equipment*, 1989, Aylesbury; M. Feugère, *Les armes des Romains*, 1993, París. Serie de congresos titulados *Roman Military Equipment Studies* (ROMEC).

Las misiones del ejército romano

Después de haber hecho inventario de las fuentes que nos permiten el conocimiento de los soldados romanos, y antes de describir ese ejército y mostrar su evolución, conviene precisar brevemente cuáles han sido sus misiones; una reflexión inicial de esta clase nos permitirá comprender mejor algunos de los análisis que desarrollaremos más adelante.

La función principal: la guerra exterior

Cuando se ocupan de los asuntos militares, los historiadores tienen tendencia, en ocasiones, a olvidar una verdad previa (puesto que desconfían de «la historia de batallas»): según escribió un especialista demasiado poco apreciado, Ch. Ardant du Picq, «el combate es el objetivo final de los ejércitos».[33] Los soldados tienen por oficio hacer la guerra contra un enemigo exterior. Su cometido principal es, por tanto, el de matar sin dejarse matar. Su deber impone además a los legionarios romanos garantizar la protección de los ciudadanos romanos, de los trigales y, algo que no tenía una importancia menor en la mentalidad de los antiguos, de los templos. Como consecuencia, deben prepararse mediante ejercicios y maniobras; conviene que aseguren el mantenimiento y la guardia de las fortificaciones, y que observen al enemigo por medio de patrullas.

La función secundaria: la policía

Pero como representa una verdadera fuerza y como el Estado romano no tuvo nunca la idea de organizar el mantenimiento del orden en el interior de las fronteras, son los militares quienes se encargaban de la policía.

Debemos subrayar que podían actuar de manera preventiva. Pero en ese caso, su papel se limitaba a espiar posibles factores de conflicto. Los *stationarii* y los *burgarii* velaban por la seguridad de las vías y de los mercados, y la marina se esforzaba por prevenir el retorno, siempre posible, de la piratería. En Judea se establecieron decuriones en las aldeas, y centuriones en las villas; otros suboficiales tenían la responsabilidad de controlar lo que se decía en las escuelas.[34]

33. Ch. Ardant du Picq, *Études sur le combat*, 1903, p. 1.
34. *Évangiles, Mat.*, VIII, 5-13, *Luc.*, VII, 1-10; Flavio Josefo, *G.J.*, IV, 8, I (442); *Talmud de Jérusalén, Baba Qama*, III, 3.

Pero se recurría a él, fundamentalmente, para que realizase funciones represivas. Debía perseguirse a los esclavos que huían, como hizo un *stationarius* mencionado por Plinio el Joven,[35] y, durante las persecuciones del siglo III, eran a menudo soldados quienes arrestaban a los cristianos, los interrogaban y los ejecutaban. De hecho, su misión principal en tiempos de paz consistía en eliminar el bandidaje en general;[36] no obstante, debemos tener cuidado, pues, en periodos de guerras civiles se llama a menudo «bandidos» *(latrones)* a los enemigos políticos; además, éstos pueden ser eliminados físicamente en todo momento por una policía secreta especialmente concebida con ese fin.[37]

Finalmente, es el ejército el que garantiza la guardia de prisiones[38] y la seguridad de personalidades oficiales a las que proporciona navíos y escoltas.[39]

Las funciones anexas

Pero a los soldados se les confiaba también el ejercicio de actividades sin relación alguna con el uso de la fuerza que representaban: algunos emperadores no vieron en ellos más que una mano de obra relativamente cualificada y que no le costaba nada al Estado. Así, el ejército debía efectuar tareas administrativas,[40] llevar el correo oficial,[41] quizá proteger la recaudación de un impuesto, el *portorium*,[42] e incluso, en ciertos casos, encargarse de obras públicas.[43] Además de todo esto, será preciso analizar de nuevo el papel indirecto de las tropas, en los campos económico (el gasto de los salarios), religioso (cultos a determinadas divinidades) y cultural (la difusión de la romanización).[44]

35. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 74.
36. *Ibid.*, X, 19-20 y 77-78; *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 18.122; Dion Casio, LXXVI, 10; *Historia Augusta, Sept. Sev.*, XVIII, 6.
37. *Historia Augusta, Carac.*, III, IV, VIII, 4 y 8.
38. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 19-20; *Talmud de Jerusalén, Yebamoth*, XVI, 5.
39. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 21-22 y 27-28.
40. Véase parte III, cap. IX, p. 327.
41. Tácito, *An.*, IV, 41, 3 (el cargo oficial se llamaba *cursus publicus*).
42. *Code théodosien*, IV, 14, 3 *(portorium)*; pero nada prueba que los soldados se hayan ocupado de otros impuestos imperiales.
43. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982, pp. 119-121.
44. Véase parte III, caps. II y III.

PRIMERA PARTE

LA ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO. JERARQUÍA Y CALIDAD

CAPÍTULO I

LOS CUERPOS DE TROPA. LA APUESTA POR LA DIVERSIDAD

Para un no iniciado, la expresión «ejército romano» recuerda tanto a los insoportables pretorianos, capaces de dictar su ley incluso al soberano y disponibles en todo momento para efectuar un golpe de Estado, como a las legiones, encargadas de vigilar las fronteras del Imperio con tanta constancia como disciplina. ¿Es preciso decir que la realidad se presenta bajo un aspecto ligeramente distinto? De hecho, lo esencial se encuentra en otro lugar, y más concretamente en la doble elección llevada a cabo por Augusto: cuando, el 27 aC., el Senado le concedió imprudentemente el mando de las tropas, situó la mayoría de éstas en las fronteras, pero dejó alrededor de un 5 por ciento en las cercanías de Roma; a continuación tomó varias decisiones que permitirían distinguir diferentes tipos de unidades, relacionándose entre sí. Actuó así por razones de orden militar (el enemigo principal se encontraba fuera de las fronteras) y también políticas (no estaba mal contar con la capacidad de presionar tanto a los plebeyos como a los senadores). Esta organización dio como resultado la creación de un ejército en el que los cuerpos de tropa se hallaban jerarquizados, subordinados unos a otros, en los que se encontraban unidades de elite junto a otras de primera, segunda y tercera líneas.

Un texto del historiador latino Tácito, que en sus *Anales*[1] ofrece una descripción de las fuerzas de que disponía Tiberio el 23 dC., muestra bien a las claras la complejidad del ejército romano: «Él [Tiberio] hizo una rápida enumeración de todas las legiones y las provincias que éstas defendían; eso es algo que también yo, creo, debo hacer, enunciando cuáles eran los recursos militares que Roma tenía en esa época... A Italia la defendían en ambos mares sendas flotas, una en Miseno y la otra en Ravenna, y a la cercana costa de la Galia las naves rostradas que, capturadas en la victoria de Accio, había enviado Augusto a

1. Tácito, *An.*, IV, 4, 5 y 5.

LA DEFENSA DEL IMPERIO (siglos I-III)



la ciudad de Frejus con fuertes tripulaciones. Pero las fuerzas más importantes eran las ocho legiones apostadas en el Rin, que servían de protección contra los germanos y los galos a la vez. Las Hispanias recién sometidas estaban vigiladas por otras tres. En cuanto a los moros, el rey Juba había recibido el poder sobre ellos como presente del pueblo romano. El resto de África estaba vigilado por dos legiones, y Egipto por otras tantas; a partir de aquí, desde las fronteras de Siria hasta el río Éufrates, cuatro legiones defendían ese inmenso territorio y controlaban a los pueblos limítrofes hiberos y albanos... La ribera del Danubio la guarnecían dos legiones en Panonia, dos en Mesia y otras tantas en Dalmacia; estas últimas, como esa región está a la espalda de las anteriores, pero también cerca de Italia, en caso de peligro inminente podían ser llamadas con presteza. No obstante, la Ciudad tenía su propia guarnición: tres cohortes urbanas y nueve pretorianas, reclutadas en su mayoría en Etruria y en Umbría, y también en el antiguo Lacio y en las primeras colonias romanas. Por otro lado, en provincias estratégicamente elegidas había trirremes aliadas, alas de caballería y cohortes auxiliares, y sus fuerzas no eran muy diferentes a las otras.» Este texto muestra la existencia de una marina, de un ejército de fronteras compuesto por legiones y unidades auxiliares, así como de tropas estacionadas en Roma.

La guarnición de Roma

Comencemos por la capital del Imperio. Los diez mil hombres que constituyen lo que se conoce como «guarnición de Roma» no estuvieron en un primer momento instalados todos ellos en el interior de la Ciudad: notablemente, Augusto repartió la mayor parte de los pretorianos por las ciudades del Lacio, hasta que llegó un momento en que los habitantes se acostumbraron a ver hombres armados por la calle, espectáculo contrario a las tradiciones políticas y religiosas de la República. A continuación, las tropas se reagruparon esencialmente en las zonas periféricas y acabó por crearse un verdadero cuartel militar entre el Viminal, el Celio y el Esquilino (lám. III, 4).

Las cohortes pretorianas

Las más célebres de esas unidades, las cohortes pretorianas,[2] toman el nombre y su origen del reducido grupo de hombres que acompañaban

2. M. Durry, *Les cohortes prétoriennes*, 1939; A. Passerini, *Le coorti pretorie*, 1939.

a los magistrados republicanos, conocidos con el nombre de pretores, cuando partían en campaña; recuperando esa costumbre, Augusto creó así la guardia imperial, cuya primera misión, y es imposible equivocarse, no era otra que la de garantizar la seguridad del soberano. Era, por tanto, lógico que este último tratara de reclutar a los mejores soldados, tanto para tiempos de paz como en campaña.[3] Es esto lo que ha llevado a A. Passerini a contemplarlos como la elite del ejército; y como el lugar donde se encontraba la guarnición les llevaba a realizar la vigilancia de la vía pública, M. Durry ha pensado muy acertadamente que desempeñaban un papel político, el de garantizar la paz en Roma. Ambas interpretaciones se complementan y no se contradicen.

Esas cohortes se hallan a las órdenes del prefecto o prefectos del pretorio, personajes del orden ecuestre que dependían directamente del emperador; cada una de ellas se encontraba al mando de un tribuno y seis centuriones. En conjunto, estos últimos son iguales entre sí, con excepción del *trecenarius*, el primero entre todos, cuyo nombre se explica porque manda, igualmente, a los trescientos *speculatores* (otra de las guardias del príncipe), y con excepción también de su segundo, el *princeps castrorum*. A las cohortes pretorianas se las llamaba *equitatae*, es decir, comprendían entre sus filas a algunos jinetes (¿1/5?), junto a una mayoría de soldados de infantería (¿4/5?).

Fueron, por tanto, creadas por Augusto, el 27 o el 26 aC., en número de nueve, que serían numeradas de I a IX, y recibieron el escorpión como emblema; el año 2 aC. se instituyeron los prefectos del pretorio, que recibieron como primera misión la de proveerlas de mandos. Tiberio (14-37) sólo nombró un comandante y designó para ese cargo al tristemente célebre Sejano; fueron aquel emperador y ese oficial quienes, el 23 de nuestra era, instalaron las nueve cohortes pretorianas y las tres cohortes urbanas (véase más adelante) en la propia Roma —a decir verdad, en la meseta del Esquilino, fuera de la muralla serviana, en lo que nosotros denominaríamos el «extrarradio»—.[4] Las doce unidades se alojaron en un campamento de 440 m por 380 m, es decir, 16,72 ha, y al oeste se acondicionó un terreno para la instrucción, o *campus*. Los especialistas han discutido a propósito del número de hombres con que contaría cada una de esas cohortes: mil, desde un principio, para Th. Mommsen, A. Passerini y, más recientemente, para D. L. Kennedy,[5] quinientos solamente para M. Durry y H.-G. Pflaum, aumentando a mil en la época de Septimio Severo. En este caso, las fuentes literarias y la epigrafía no ofrecen ninguna cla-

3. Pseudo-Higinio, *De munitionibus castrorum*, VI-VIII.
4. Tácito, *An.*, IV, 5, 5; Dion Casio, LVII, 19, 6.
5. Véase *L'Année épigraphique*, 1980, n.° 24.

ridad; por el contrario, la arqueología aporta un argumento determinante: los campamentos legionarios, que abrigaban alrededor de cinco mil soldados, ocupaban entre 18 y 20 ha; por tanto, hay que creer necesariamente que cada una de las doce cohortes de Roma no disponía más que de quinientos soldados, pues en conjunto no contaban más que con 16,72 ha; puede afirmarse entonces que se trata de «quingenarias», y no de «miliarias».

El seguimiento de su historia parece más sencillo. Antes del 47, su número aumentó a doce, para llegar a 16 en el 69, durante la guerra civil, cuando Vitelio aumentó hasta mil el efectivo de cada una. Vespasiano regresó al orden augustiniano, con nueve cohortes quingenarias, a las que Domiciano añadió una décima. En las revueltas que siguieron al asesinato de Cómodo, el 192, los pretorianos pusieron en subasta el Imperio: entregaron la púrpura a quien les ofreció más dinero. Para castigarlos, Septimio Severo[6] sustituyó a los amotinados por soldados procedentes de sus propias legiones, pero organizó el nuevo pretorio en unidades miliarias. El 312, éstas toman partido por Magencio. Después de su derrota en Puente Milvio, el vencedor, Constantino, las disolvió.

Las cohortes urbanas

Las cohortes pretorianas obtuvieron un gran prestigio por el hecho de vivir en la intimidad del príncipe, pues constituían su escolta cotidiana. En la propia Roma existe un cuerpo igualmente creado por Augusto, hacia el 13 aC., más humilde tanto por la función como por el número de unidades: las cohortes urbanas,[7] numeradas a continuación de las pretorianas, por tanto de la X a la XII, y organizadas siguiendo el mismo modelo; otras dos, instituidas a continuación, se instalaron una en Lyon y la otra en Cartago. Suetonio[8] define la misión de las tres primeras: deben asegurar «la guardia de la Ciudad», de la misma manera en que los pretorianos constituyen «la guardia del emperador»; por tanto, fundamentalmente desempeñan un papel policial, pero se convierten pronto en unidades de elite. En el siglo I de nuestra era están a las órdenes del prefecto de la Ciudad, personaje de rango senatorial y, por tanto, noble; pero, en el siglo II pasan a depender de los prefectos del pretorio, y sometidas por ello mucho más

6. Herodiano, III, 13, 4; Dion Casio, LXXIV, 1; *Historia Augusta, Sept. Sev.*, XVII, 5; Zósimo, I, 8, 2.
7. H. Freis, *Die cohortes urbanae, Epigr. Stud.*, II, 1967.
8. Suetonio, *Aug.*, XLIX.

estrechamente al príncipe. Cada una de ellas dispone de un tribuno y seis centuriones; es posible que contasen con algunos hombres montados entre sus filas a ejemplo de las cohortes pretorianas, pero el único jinete conocido pertenece a la guarnición de Cartago.[9] Por los motivos a que hemos hecho referencia anteriormente, parece razonable atribuirles unos efectivos iniciales de quinientos soldados, que Vitelio aumentará a mil, y que vuelven a quinientos con Vespasiano, y que quizá haya aumentado Septimio Severo hasta los mil quinientos.

El 23 se instalan en el mismo campamento que las cohortes pretorianas, donde permanecen hasta el 270, pero es posible que algunas de ellas ocupasen «puestos de policía» situados en la Ciudad; más tarde, su historia es la de los cambios en el número total: entre el 41 y el 47, pasan de tres a seis; con Claudio serán siete, para reducirse a cuatro el 69, en época de Vitelio; con Antonino Pío se cuentan tres en Roma, y Septimio Severo no hace más que aumentar sus efectivos. El 270, Aureliano hace construir un campamento propio, los *castra urbana* del Campo de Marte. Sobreviven al episodio del 312, pero, en el transcurso del siglo IV pierden su papel militar y se transforman en secciones de empleados al servicio de la administración.

LAS COHORTES DE VIGILANTES

En la propia Roma existe, sin embargo, un cuerpo mucho más humilde que el de los pretorianos y los *urbaniciani*: son las siete cohortes de vigilantes,[10] creadas por Augusto el 6 de nuestra era, y que fueron miliarias quizá desde el origen. Reagrupaban hombres que debían realizar dos funciones: asegurar la vigilancia nocturna de Roma y servir como cuerpo de bomberos permanente. A cada una de esas unidades se le confía la responsabilidad sobre dos de los catorce distritos en que se halla dividida la Ciudad; ocupaban «puestos de emergencia» situados por doquier. Los vigilantes, equipados con lámparas para patrullar de noche, con sifones, cubos y escobas para luchar contra los incendios, no parece que, en su origen, fueran considerados verdaderos soldados; en cualquier caso, y según demuestra Ulpiano, fueron militarizados, como muy tarde, a principios del siglo III. En cuanto a la jerarquía, contaban con un *princeps* intercalado entre los simples centuriones y los tribunos (respectivamente siete y uno por cohorte). En el puesto más elevado se encontraba un *equites*, el prefecto de los vigilantes, secundado, a partir de Trajano, por un subprefecto.

9. *Inscr. lat. d'Afrique*, n.° 164.
10. R. Sablayrolles, *Libertinus miles*, 1996, París-Roma.

En un primer momento, esos «bomberos» se reclutaban entre las capas más bajas de la sociedad; el año 24, Tiberio otorgó la ciudadanía romana a todos aquellos que hubieran cumplido seis años de servicio (posteriormente se redujo a tres años). Claudio[11] hizo instalar una cohorte de vigilantes en Pouzzoles y otra en Ostia, los dos grandes puertos por los que pasaban los avituallamientos de Roma. A principios del siglo III, esas unidades tenían un carácter indiscutiblemente militar.

Otras unidades de la guarnición de Roma

La lista no se limita a estas cohortes, pues Roma contaba con muchos más soldados.

Ya desde un primer momento, parece que los emperadores consideraron que los pretorianos no bastaban para garantizar su seguridad, y se encargó también de esa tarea a otros cuerpos. Augusto reclutó a los «guardias de corps germanos» o «bátavos»[12] *(corporis custodes)*, en un número que oscilaba entre cien y quinientos; en origen formaban una especie de milicia privada. Disuelta después del desastre de Varus, esa unidad se volvió a constituir antes del 14 de nuestra era, y fue Calígula quien la militarizó de forma definitiva. A una nueva disolución bajo Galba le siguió, sin duda, otra restauración en época de Trajano. Como estaba formada por jinetes, esos soldados se organizaban en turmas, mandadas por decuriones y un tribuno; era una clase de aquel tipo de tropas a las que se les denominaba un *numerus*, es decir, una unidad de irregulares. A su lado, los trescientos «batidores» *(speculatores)*[13] servían igualmente como guardias de corps; instalados en el mismo campamento que los pretorianos, se encontraban también, por tanto, a las órdenes del prefecto del pretorio. Pero la seguridad inmediata al soberano sólo la garantizaba verdaderamente la «caballería personal del emperador», los *equites singulares Augusti*,[14] que no deben confundirse con los *equites singulares* de las provincias, vinculados a los legados de las legiones y a los gobernadores. Creados por Trajano con los restos de los «germanos», se hallaban asimismo organizados en un *numerus* de mil hombres (o quizá de quinientos) a

11. Suetonio, *Cl.*, XXV, 6.

12. Tácito, *An.*, I, 24, 2; Suetonio, *Aug.*, XLIX, 1; Herodiano, IV, 7, 3, y 13, 6; *Historia Augusta, Sev. Al.*, XLVI, 3 y *Max. Balb.*, XIII, 5-XIV. R. Paribeni, *Mitteil. d. Kaiserl. d. arch. Instit.*, XX, 1905, pp. 321-329.

13. Tácito, *H.*, I, 31, 1.

14. M. P. Spiedel, *Die equites singulares Augusti*, 1965; del mismo autor *Riding for Caesar*, 1994, Londres, y *Die Denkmäler der Kaiserreiter*, 1994, Colonia. Sobre la caballería, véase K. R. Dixon y P. Southern, *The Roman Cavalry*, 1992, Londres.

principios del siglo II. Estaban mandados por decuriones, un decurión *princeps*, un tribuno (dos a partir de Septimio Severo), subordinado él mismo al prefecto del pretorio. Ocuparon dos emplazamientos sucesivos, el «campamento viejo» y, después, el «campamento nuevo», situados ambos próximos a Letrán.

En Roma encontramos una clase de soldados a quienes los historiadores llaman «frumentarios» y «desplazados»,* que nos plantean algunos problemas. J. C. Mann[15] piensa que la existencia de *castra peregrina* no prueba la existencia de *peregrini*. N. B. Rankov[16] le da la razón a Mann y propone que se considere que los frumentarios, espías[17] y correos entre el emperador y las legiones, se alojaban en los *castra peregrina* cuando se hallaban de paso por la capital.

Pero eso no es todo. El *numerus* de los *statores Augusti*, alojados en el campamento de los pretorianos y subordinados, por tanto, al mismo jefe, servían como policía militar. Los *primipilares*, antiguos primeros centuriones de las legiones, proveían de consejeros al estado mayor. Había marinos[18] que hacían el oficio de correos; los de la flota de Ravenna estaban alojados en la naumaquia de Augusto, en la margen derecha del Tíber; los de Miseno, que tenían además la responsabilidad de encargarse de los toldos que protegían del sol el anfiteatro, se encontraban sobre el Esquilino, cerca del Coliseo. Finalmente, toda clase de militares[19] de paso entre dos guarniciones, o convocados por una circunstancia excepcional, atestaban las calles de la Ciudad: en el 68 se podían ver soldados procedentes de los ejércitos de Iliria y de Germania; bajo Caracalla, a germanos y escitas, etc.

De todas formas, las cohortes pretorianas se mantenían como las unidades más importantes; podemos comprobar, por tanto, la rapidez de la evolución de la situación: los emperadores del siglo I olvidaron muy pronto la prudencia de Augusto, que no osó instalar en Roma más que a algunos soldados; pero el nuevo régimen era una verdadera monarquía que se apoyaba en el ejército.

* El concepto «desplazados» se refiere a los miembros de una unidad militar que no disponen de la categoría de ciudadano romano y corresponde al término latino «*peregrini*». *(N. del asesor.)*

15. J. C. Mann, «The *castra peregrina* and the 'peregrini'», *Zeitschrift für Papyrologie uns Epigrafik*, 74, 1988, p. 148, y «The Organization of *frumentarii*», *ibidem*, pp. 149-150 (véase P. K. Baillie Reynolds, *Journal of Rom. St.*, XIII, 1923, pp. 152-189).

16. N. B. Rankov, «*Frumentarii*, the *castra peregrina* and the provincial *officia*», *Zeitschrift für Papyrologie uns Epigrafik*, 80, 1990, pp. 176-182 (véase R. Paribeni, *Mitteil d. Kaiserl. d. arch. Instit.*, XX, 1905, pp. 310-320; W. G. Sinningen, *Mem. Amer. Acad. Rome*, XXVII, 1962, pp. 211-224.

17. *Historia Augusta, Adr.*, XI, 6, y *Macr.*, XII, 4.

18. Tácito, *H.*, I, 31, 3 y 6.

19. Véase, por ejemplo, Tácito, *H.*, I, 31, 2, 6 y 7.

El ejército de provincias

Desde el punto de vista político, la guarnición de Roma prevalecía por encima de cualquier otra; no obstante, el aspecto militar y el número concedían la primacía a las tropas de las fronteras; de ese contraste surgieron en ocasiones conflictos, celos.[20] Cada provincia lindante con el mundo bárbaro tenía asignado un ejército compuesto por una o varias legiones con sus auxiliares, o sólo auxiliares: aquí se constata también la existencia de una nueva jerarquía.

Las legiones

Comenzar por las unidades que gozaban del mayor prestigio significa hablar de las legiones,[21] que cuentan con un águila como emblema y que representan a una elite. Cada una de ellas está formada por alrededor de cinco mil hombres, esencialmente tropas de infantería, organizados en diez cohortes, de tres manípulos o seis centurias cada una, a excepción de la I Cohorte, que no tiene más que cinco centurias, pero que cuenta con el doble de efectivos (lám. IV, 5). A comienzos del Principado, a esos hombres se les añade un destacamento de veteranos *(uexillum)*[22] a las órdenes de un curador o de un prefecto, o de un centurión llamado *triarius ordo* y, permanentemente, un grupo de jinetes. La caballería legionaria, quizá suprimida por Trajano, fue restablecida muy pronto. Contó desde un principio con ciento veinte hombres, cifra que se mantuvo hasta la época de Galieno: este último aumentó sus efectivos hasta los setecientos veintiséis combatientes. Hay una particularidad que merece subrayarse: los jinetes legionarios obedecen a centuriones y no a decuriones.

Desde la base hasta el comandante supremo, la línea de mando consta de cincuenta y nueve centuriones, teniendo el de mayor grado el título de primipilo; uno (¿o varios?) tribuno «de seis meses» *(sexmenstris)*, que manda, sin duda, la caballería; cinco tribunos a los que se llama «angusticlavios», en razón de la estrecha banda de púrpura que orna su vestido y que indica que pertenecen al orden ecuestre (cada uno de ellos es responsable de dos cohortes); un prefecto del

20. Herodiano, II, 10, 2.

21. E. Ritterling, en A. Pauly y G. Wissowa, *Real-Encyclopädie*, XII, 2, 1925, art. *Legio*; H. M. D. Parker, *The Roman Legions*, 1958, 2.ª ed.; *Les légions de Rome sous le Haut-Empire*, Y. Le Bohec (ed.), 2000, Lyon.

22. E. Bickel, *Rhein. Museum*, XCV, 1952, pp. 97-135; E. Sander, *ibid.*, pp. 79-96; L. F. J. Keppie, *Papers Brit. School Rome*, XLI, 1973, pp. 8-17.

campamento; un tribuno llamado «laticlavio», porque su túnica lleva una ancha banda de color púrpura, significando que procedía de la aristocracia senatorial; finalmente, el legado de la legión, que pertenece al mismo orden, y aún por encima, eventualmente (si hay varias legiones en la misma provincia) un legado del ejército. Las unidades que Augusto instaló en Egipto y las que creó Septimio Severo tuvieron como comandantes a prefectos ecuestres; esos precedentes sirvieron de inspiración a Galieno, que generalizó el sistema. Este emperador no hizo más que suprimir los puestos de mando reservados a los senadores, y con la desaparición de sus dos superiores (el legado y el tribuno laticlavio) el antiguo prefecto del campamento se encontró situado al frente de ese cuerpo.

Cada legión se designa por un número y un nombre (I Minervia, II Augusta, III Cirenaica, etc.). Por lo que se refiere a los nombres «variables», ya hablaremos de ellos más adelante. Cualquier creación se corresponde con la preparación de una conquista;[23] pero las derrotas supusieron desapariciones y las revueltas desembocaron en disoluciones. Entre el 30 aC. y el 6 dC., Augusto, que había heredado una enorme cantidad de soldados reclutados durante la Guerra Civil, redujo el número de legiones de sesenta a dieciocho; el año 6 hizo desaparecer ocho (de la XIII a la XX); tres (XVII-XIX) se perdieron tres años más tarde en el desastre de Varus; a continuación fusionó dos (XXI-XXII); a su muerte, el 14 de nuestra era, había dejado veinticinco. La evolución posterior puede resumirse en un cuadro (véase página siguiente).

Los auxiliares

Las legiones nunca van solas; siempre están acompañadas por unidades de menor importancia,[24] que tienen por función asistir a aquéllas, pero que también pueden actuar independientemente: esos cuerpos auxiliares contaban con quinientos o mil hombres;[25] por tanto, se las conoce con el nombre de «quingenarias» o «miliarias» (evidentemente, de hecho, los efectivos no se corresponden nunca con cifras perfectamente redondas).

23. Suetonio, *Ner.*, XIX, 4.
24. C. Cichorius, en A. Pauly y G. Wissowa, *op. cit.*, I, 1894, art. *Ala*, y IV, 1, 1900, art. *Cohors*; H. T. Rowell, *ibid.*, XVII, 2, 1937, art. *Numerus*; G. L. Cheesman, *The Auxilia of the Roman Imperial Army*, 1914; D. B. Saddington, *The Development of the Roman Auxiliary Forces (49 B.C.-A.D. 79)*, 1982.
25. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 2.637: «... La III Legión Augusta y sus auxiliares...».

Creación[26] *y desaparición de legiones*

Fecha	*Creación*	*Desaparición*
Calígula o Claudio	XV Primigenia, XXII Primigena	
67	I Italica	
Galba (68-69)	I Adiutrix, VII Gemina	
69		I (Germanica), IV Macedonica, XV Primigenia, XVI (Gallica)
Vespasiano	II Adiutrix, IV Flauia, XVI Flauia	
83	I Mineruia	
86-87		V Alaudae
89 o 92 (?)		XXI Rapax
Trajano	II Traiana, XXX Vlpia	
132-135 (?)		IX Hispana, XXII Deioteriana
v. 165 (?)	II Italica, III Italica	
v. 197	I Parthica, II Parthica, III Parthica	

Los especialistas ya no admiten, como anteriormente, que el número de soldados auxiliares haya sido sistemáticamente igual al de legionarios: por una parte, algunos ejércitos contaban con cierta superioridad de unos o de otros; por otra, no se han encontrado soldados ciudadanos en aquellas provincias que eran procuradurías. En el primero de los casos, parece que los auxiliares fueron realmente «auxiliares», es decir, considerados como combatientes de menor valor, lo que no era impedimento alguno para que a menudo se les enviara a abrir las hostilidades: su pérdida valía menos que la de los legionarios, y su éxito evitaba que se derramase una sangre, por otra parte preciosa. Un texto de Tácito,[27] que describe la entrada de Vitelio en Roma, el año 69, muestra claramente la jerarquía existente en el seno del ejército romano. He aquí cómo discurría el desfile militar: «En cabeza avanzaban las águilas de cuatro legiones, a su lado los estandartes pertenecientes a los destacamentos de otras cuatro legio-

26. Dion Casio, HLV, 24. J. C. Mann, *Hermes*, XCI, 1963, pp. 483-489.
27. Tácito, *H.*, II, 89, 2.

nes; después las enseñas de doce alas de caballería; después de las filas de infantería venía la caballería, a continuación treinta y cuatro cohortes de infantería auxiliar distinguidas por el nombre de sus naciones o el aspecto de su armamento.» Este pasaje muestra además la existencia de una cierta diversidad en el seno mismo de esas clases de unidades. Los documentos hablan, en efecto, de «alas», de «cohortes» y de «*numeri*».

Entre esas tropas de menor valor, las alas representaban una elite relativa. Constituidas por caballería, están divididas en dieciséis turmas, si son quingenarias,[28] y en veinticuatro, cuando son miliarias, un tamaño que parece haberse alcanzado con escasa frecuencia antes de la época flavia.[29] En el primer caso, las manda un prefecto y, en el segundo, un tribuno: este oficial, asistido por un subprefecto a principios del Imperio, pertenece al orden ecuestre. Le asiste un decurión *princeps* y otros decuriones, a razón de uno por turma.

Después de las alas, y por orden de dignidad, vienen las cohortes, tropas de infantería constituidas por seis centurias, cuando son quingenarias, y por diez, si son miliarias,[30] unas dimensiones que no parece que existieran antes de la crisis del 68-69. Algunas de ellas gozaban de un prestigio muy superior a otras y, por tanto, se convertían en excepción: son las que habían sido reclutadas entre ciudadanos romanos y otras que, fundamentalmente, habían sido formadas con voluntarios; los soldados de estas unidades disfrutaban de la misma consideración que los legionarios.[31] La cadena de mando estaba formada por centuriones subordinados a uno de ellos, el centurión *princeps*, situado él mismo a las órdenes de un prefecto en las unidades quingenarias, o de un tribuno en los cuerpos de ciudadanos romanos y en las que eran miliarias; en este caso, la presencia de un subprefecto no está atestiguada hasta el principio de la época imperial.

Pero la situación es todavía más compleja de lo que parece, y debemos recordar aquí la aparición de un profundo debate entre los historiadores. Algunas cohortes auxiliares, conocidas ya desde los primeros tiempos del Imperio,[32] se llaman *equitatae*,[33] adjetivo que facilita su traducción por «montados», pero esa equivalencia comporta

28. Pseudo-Higinio, XVI; Arriano, *T.*, XVIII, 3 (512 hombres en un ala quingenaria).
29. E. Birley, *Mél. E. Swoboda*, 1966, pp. 54-67.
30. Pseudo-Higinio, XXVIII.
31. Tácito, *An.*, I, 8, 3, y 35, 3 («*cohortes ciuium romanorum*» y «*uoluntariorum ciuium romanorum*»).
32. *Corpus inscr. lat.*, X, n.° 4.862.
33. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 4, 2 (67): 120 caballeros y 600 infantes = 6 centurias y 3 turmas, o 240 caballeros para 760 infantes = 10 centurias y 6 turmas; *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 6.627: 4 decuriones.

una ambigüedad. De hecho, se trata de unidades mixtas, compuestas por seis o diez centurias y entre tres y seis turmas, ya se trate de quingenarias o de miliarias respectivamente (es difícil poder presentar aquí cifras precisas). Su mando se halla confiado a centuriones y decuriones, y cuentan con un prefecto, si el número de soldados es de quinientos, o un tribuno, si es de mil. La cuestión que se plantea es la de precisar el papel de los jinetes:[34] según G. L. Cheesman, los caballos les sirven simplemente para desplazarse, combaten a pie y constituyen, por tanto, una infantería montada; pero R. W. Davies creía, por el contrario, que formaban una caballería ciertamente de segunda línea, pero auténtica. Nos inclinamos a considerar más acertada esta segunda opinión, pues parece confirmarse a partir de ciertos pasajes de algunos discursos pronunciados por Adriano en África,[35] y sobre todo por relieves que muestran caballeros de las cohortes a punto de matar enemigos caídos en el suelo: en uno de ellos se ve a uno de esos soldados que, sentado en su montura, clava la lanza en un hombre caído de espaldas[36] (lám. IV, 6). En cuanto a los dromedarios, utilizados igualmente por el ejército romano, servían como animales de carga, pero se ha hecho notar también que los camellos espantaban a los caballos.

En la parte inferior de la escala se encuentran los *numeri*.[37] De hecho, el término *numerus* posee dos acepciones diferentes. En sentido general, designa a cualquier unidad que no sea ni una legión, ni un ala, ni una cohorte; de esta manera se halla constituida la guardia de corps de los legados imperiales, conocidos con el nombre de *singulares legati*,[38] que forma, por tanto, un *numerus* mandado por un centurión legionario con el título de *praepositus* o *curam agens* (esos soldados, de caballería o de infantería, reclutados exclusivamente en las alas y en las cohortes, se sumarán a los *stratores*, legionarios de infantería dedicados a realizar la misma tarea). Los *singulares*, que constituyen una reserva y una escuela de suboficiales, hacen aparición junto a los gobernadores de provincias en la época flavia, y junto a los comandantes de las legiones, como muy tarde a principios del siglo II;[39] desaparecen en la segunda mitad del siglo III para dejar su lugar a los

34. R. W. Davies, *Historia*, XX, 1971, pp. 751-763.

35. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 18.042; *Les discours d'Hadrien à l'armée d'Afrique*, Y. Le Bohec (ed.), 2003, París.

36. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 21.040.

37. H. T. Rowell, *art. cit.* (n. 24); F. Vittinghoff, *Historia*, I, 1950, pp. 389-407; J. C. Mann, *Hermes*, LXXXII, 1954, pp. 501-506; M. Speidel, *Aufstieg u. Niederg. röm Welt*, II, 3, 1975, pp. 202-231. Un caso particular: *L'Année épigrafique*, 1983, n.° 767 (*numerus* para una legión).

38. M. Speidel, *Guards of the Roman Army*, 1978.

39. *L'Année épigraphique*, 1969-1970, n.° 583.

protectores. En un sentido más estricto, la palabra *numerus* se aplica a una tropa formada por soldados no romanos que han conservado sus características étnicas (lengua, uniforme, armamento). Esta segunda categoría hace aparición a finales del siglo I o, más probablemente, a principios del II,[40] con Trajano. Podrían servir como modelos la caballería mora de Lusius Quietus y los *symmachiarii* mencionados por el Pseudo-Higinio. En este caso existe una enorme diversidad: encontramos grupos de mil hombres, otros de quinientos, otros aún más reducidos (a los primeros los mandan tribunos, a los segundos prefectos y a los demás «encargados», *praepositi*, que son, a menudo, centuriones legionarios destacados, o por «curadores», *curam agentes*);[41] topamos también con jinetes e infantes cuyos mandos subalternos se hallan ocupados respectivamente por decuriones y centuriones, lo mismo que en el resto de las tropas auxiliares. Hablando de estos soldados, hemos de decir que los romanos les llamaban «los bárbaros» *(nationes)*, o los designaban por sus nombres étnicos («los moros», «los palmirianos»), o incluso por su título («el *numerus* de los moros», «de los palmirianos», etc.). Hay una explicación a la aparición de esa clase de unidades: a principios del Imperio, los pueblos sometidos suministraron hombres a las alas y las cohortes; pero, poco a poco, atraídos por unos salarios relativamente elevados, ciudadanos romanos e indígenas romanizados se fueron alistando en esas unidades; como se tenía la intención de utilizar a los bárbaros, era preciso crear alguna cosa nueva: los *numeri* son, en el siglo II, lo que en el I habían sido las tropas auxiliares.

En general, estas últimas siguen las mismas normas para su denominación que las legiones: lo más frecuente es que aparezcan tres elementos de base: el tipo, el número y el nombre (*cohors I Afrorum*, *ala I Asturum*, *numerus Palmyrenorum*; una formación de esa clase se construye siguiendo el modelo de la *legio I Augusta*, etc.). El tercer elemento designa normalmente el pueblo en cuyo seno se han reclutado inicialmente los soldados. Pero también puede derivar de la nomenclatura de un individuo, remitiendo, entonces, al primer personaje que tuvo el honor de mandar la tropa[42] (el *ala Indiana* evoca a un cierto Indus..., ¡y no a los indios!). A veces, después del número aparece indicado el emperador que ha creado la unidad: *cohors I Vlpia Brittonum*; en los siglos I y II contamos con las *Augusta*, *Claudia*, *Flauia*, *Vlpia* o *Aelia*. En algunos casos siguen otras precisiones, como dis-

40. W. Ensslin, *Klio*, XXXI, 1938, pp. 365-370; Pseudo-Higinio, M. Lenoir, ed., 1979, pp. 78-80 y 127-133.
41. *L'Année épigraphique*, 1900, n.º 197.
42. E. Birley, *Ancient Society*, IX, 1978, pp. 258-273.

tinciones y epitafios de honor («piadosa, fiel, de ciudadanos romanos», etc.), títulos descriptivos («miliaria», *equitata*, *ueterana*: «la más antigua», *scutata*: «de portadores de escudo», *contariorum*: «combatientes con venablos», *sagittariorum*: «de arqueros», y el indicativo de la provincia de la guarnición (la *cohors I Gallorum Dacica* fue constituida en la Galia y enviada a Dacia). Más adelante examinaremos los sobrenombres «variables» y los derivados de los gentilicios imperiales.

No obstante, en el siglo III se modifica esa organización. Se recurre cada vez más a los auxiliares, y se les utiliza sobre todo en grandes masas, y solos, independientemente de las legiones. El origen de esa evolución quizá deberíamos buscarlo en la creación, llevada a cabo por Septimio Severo, de un cuerpo de arqueros osroenianos.[43] Pero no es hasta Severo Alejandro cuando esa táctica se emplea a gran escala: caballeros con corazas (catafractos, *clibanarii*) se reclutan aún en Osroene, entre los moros y los desertores partos.[44] Con los dálmatas y los moros, Galieno crea una reserva montada que se halla aún operativa en la época de Claudio II[45] y de Aureliano. Este último confía a cada gobernador su propio grupo de intervención rápida, los *equites stablesiani*; se dota de un ejército de gran movilidad, los *promoti* («la elite») y los *scutarii* («portadores de escudo»); utiliza a los dálmatas y a los germanos contra los palmirianos que, tan pronto como consideran inevitable su derrota, se integran en las filas romanas, a las que proveen de una caballería pesada.[46]

A pesar de todo, durante el Alto Imperio, las legiones constituyen el eslabón más sólido del ejército de fronteras.

La marina

Por el contrario, la marina[47] siempre ha ocupado un pobre papel en el organigrama del ejército romano, pero una tesis reciente,[48] obra de M. Reddé, tiende a rehabilitarla demostrando su utilidad.

De hecho, la constitución de una marina permanente fue una de las primeras preocupaciones del vencedor de Accio: desde el 31 antes

43. Herodiano, III, 9, 2.
44. Herodiano, VI, 7, 8; *Historia Augusta, Sev. Al.*, LVI, 5.
45. *Historia Augusta, Cl.*, XI, 9.
46. Zósimo, I, 50, 3.
47. O. Fiebiger, *Leipz. Stud.*, XV, 1893, pp. 275-461; V. Chapot, *La flotte de Misène*, 1896; D. Kienast, *Kriegsflotten d. röm. Kaiserzeit*, 1966; véase n. siguiente.
48. M. Reddé, *Mare nostrum*, 1986.

de nuestra era, Octavio (el futuro Augusto) instaló la mayor parte de sus navíos en Fréjus. Poco tiempo después, los transfirió esencialmente a Italia, a Miseno y Ravenna:[49] se dice que, desde esos dos puertos, unos tendrían como misión controlar el Mediterráneo occidental y los otros el oriental. Posteriormente, diferentes flotillas se encargaron de manifestar la presencia romana en los mares periféricos y en los grandes ríos (flotas de Britania, de Germania, de Panonia, de Mesia, del Ponto, de Siria y de Alejandría).

El mando de cada escuadra italiana le correspondía a un prefecto perteneciente al orden ecuestre, excepto bajo Claudio y Nerón, cuando esa tarea se le confió a un liberto, entendiéndose siempre que el almirante residente en Miseno prevalecía sobre el de Ravenna; a partir de Nerón, a cada uno de ellos le asistía un subprefecto. Se sabe también de la presencia de un oficial llamado *praepositus reliquationi*: sin duda, se trataba del jefe de la base o de la reserva. A continuación viene el «nearca» (¿comandante de una división?), y el centurión, responsable de un navío, que, sin duda, se podría asimilar al «trierarca» (cualquiera que fuese su importancia, cada navío estaba asimilado a una centuria). Finalmente, las flotas provinciales se confían a centuriones legionarios destacados para el cargo y a prefectos ecuestres. El último investigador que se ha ocupado de la marina romana (véase n. 48) estima entre cuarenta y cuarenta y cinco mil el número de soldados que han servido en esa arma; tal cifra parece quizá excesiva, pero no hay ningún dato que la convierta en inverosímil.

Las escuadras de Miseno y Ravenna recibieron el epíteto de *praetoria*, sin duda bajo Domiciano, calificativo que perderían el 312. Normalmente, una flota se designa simplemente con dos palabras: su naturaleza y el nombre del sector geográfico donde se encuentra (flota de Miseno, de Ravenna, de Germania, de Panonia, etc.); más adelante estudiaremos los sobrenombres «variables».

Los destacamentos

Esta organización, más compleja en tiempos normales de lo que se hubiera podido creer, se presenta bajo un aspecto aún más complicado si intervienen circunstancias excepcionales. En el caso de una misión precisa, una guerra, una obra importante o la ocupación de puestos avanzados, la guarnición de Roma, el ejército de fronteras o las flotas pueden enviar lejos destacamentos más o menos importantes a

49. Suetonio, *Aug.*, XLIX, 1.

los que tan pronto se denomina destacamentos de vexilarios *(uexillationes)* como *numeri collati*.

LOS DESTACAMENTOS DE VEXILARIOS[50]

El nombre de «vexilación» procede de la palabra «*uexillum*», que designa el estandarte a cuyo lado se reagrupaban los soldados que dejaban su cuerpo de origen para realizar una tarea particular; a los miembros de uno de esos grupos se les denominaba *uexillarii*, título homónimo al de los portaestandartes de la caballería.[51] No se debe aplicar este término a cualquier unidad desplazada, como se acostumbra en ocasiones; sólo debe emplearse si se encuentra mencionada explícitamente en un texto, cuando se está seguro por completo de la presencia de un *uexillum*, pues puede haber desplazamientos individuales o colectivos por numerosas razones, sin que los hombres estén agrupados alrededor de ese símbolo; la definición de una «vexilación» es, por tanto, de alguna manera, oficial, jurídica; y no es suficiente para probar su existencia la aparición de una sepultura, mencionando a un soldado muerto lejos de la base habitual de su unidad.[52] Una vez llegados al nuevo teatro de operaciones, los hombres se ponen a las órdenes del comandante del sector (así, tenemos soldados de la VI Legión Ferrata obedeciendo al legado de la III Legión Augusta);[53] pero es difícil que este último consiga un elevado grado de obediencia al ser un desconocido para sus nuevos subordinados.[54] Las «vexilaciones» se clasifican en dos grandes grupos en función de la tarea que les ha sido confiada.

En primer lugar, la guerra. El ejército de una provincia puede enviar al terreno de operaciones una legión entera y un destacamento de cada una de sus legiones, o destinar solamente el equivalente de dos o cuatro cohortes por unidad, ya sea mil o dos mil hombres en cada ocasión;[55] y si se trata de auxiliares, puede proceder de idéntica manera: prestará todas sus tropas o una fracción de cada una de ellas. En principio, el mando de los ciudadanos romanos sólo puede confiarse a un oficial de rango senatorial y el de los soldados bárbaros a una personalidad de orden ecuestre; pero encontramos excepciones,

50. R. Saxer, *Vexillationen d. röm. Kaiserheeres, Epigr. Stud.*, I, 1967.
51. Tácito, *An.*, I, 38, 1 (miembro de una *uexillatio*), y 41, 1 (portaestandarte de caballería).
52. P. Le Roux, *Zeitsch. f. Papyr. u. Epigr.*, XLIII, 1981, pp. 195-206.
53. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 10.230.
54. Pseudo-Higinio, V.
55. Suetonio, *Vesp.*, VI, 2; Flavio Josefo, *G. I.*, II, 18, 8 (494).

en particular en el siglo I, donde esa regla era menos estricta de lo que se ha creído: puede haber sido investido para ese cargo un antiguo primipilo (primer centurión)[56] o un prefecto del campamento.[57] Esa norma se cumple mucho mejor en el siglo II: hasta la época de Marco Aurelio (161-180), el jefe de los legionarios es un noble, tribuno o legado, que, por lo general, adopta el título de «legado imperial de las "vexilaciones"», y excepcionalmente el de *praepositus* o *praefectus*; los soldados de las alas, las cohortes o las flotas están confiados, por tanto, a *equites*. A partir de Marco Aurelio, los militares se reúnen y deben acatar indistintamente las órdenes de varios *praepositi*, senatoriales o ecuestres, subordinados asimismo a un jefe *(dux)*, procedente de la aristocracia. Finalmente, entre la época de Augusto y mediados del siglo III, podemos encontrarnos con unos comandantes a los que se conoce con el nombre de «*prolegato*», y en tiempos de Septimio Severo, presionado éste por las necesidades del momento, se organizan grandes cuerpos expedicionarios confiados a senadores, que se hallan situados por encima de los *equites*.[58]

Pero no sólo intervienen en caso de guerra (véase n. 52). Podía reunirse una «vexilación» para ejecutar determinadas obras, por ejemplo, la construcción de una fortificación o la ocupación de un puesto avanzado, tareas que requieren un número de hombres menor. Si se trataba de legionarios, el grueso del efectivo estaba confiado a una cohorte, o bien se tomaban algunos hombres de cada centuria; el mando le correspondía a un centurión o a un simple *principalis* (soldado exento de la realización de las tareas del servicio). En el caso de los auxiliares, cada centuria o cada turma ofrece los hombres que quedan subordinados a un *principalis*; los marinos están confiados a un centurión. En todos los casos, el jefe del destacamento tiene derecho al título de *praepositus*, por lo que, entonces, la unidad se encuentra «*sub cura N...*», «bajo la responsabilidad de N...».

LOS *NUMERI COLLATI*

Los desplazamientos de los soldados lejos de sus unidades de origen se hacen, en ciertos casos, sin mantener una forma institucionalizada y, en otros, como «vexilaciones». Es necesario citar aún una tercera posibilidad. En cuatro inscripciones africanas del siglo III puede

56. Tácito, *An.*, XIII, 36, 1 y 5.
57. Tácito, *An.*, XII, 38, 3, y 55, 2.
58. J. Sasel, *Chiron*, IV, 1974, pp. 467-477.

leerse la expresión *numerus collatus*.[59] Se han propuesto tres interpretaciones distintas a esa inscripción: se trataba de un *numerus* ordinario, análogo a los cuerpos bárbaros de ese nombre, de una unidad adscrita a otra para reforzarla,[60] o bien de alguna clase de «vexilación». Para comprender el sentido de esa expresión es preciso definir cada una de las dos palabras que la componen: el término *numerus* designa ya sea a soldados no romanos o a cualquier clase de tropa con excepción de la legión, el ala o la cohorte; en cuanto al participio pasado *collatus*, significa «reunida»; con mucha frecuencia, en la epigrafía del Magreb, se encuentran las palabras *aere collato*, que quieren decir «reunido el dinero» o «habiéndose hecho una colecta». Es de notar que en ninguno de los cuatro textos se presenta a los soldados, ni tampoco a los oficiales, como pertenecientes al cuerpo en cuestión (no encontramos ni *miles*, ni *centurio*, ni *praefectus numeri collati*); el mando está confiado a los suboficiales del destacamento, un centurión de la legión, otro de los auxiliares y un decurión de ala, que lleva el título de *praepositus*; además, las inscripciones se hallan dispersas desde Numidia hasta Tripolitania. Ahora bien, parece ser que, en el siglo III, los auxiliares de esa región no se movían más que en el interior de un sector limitado. Admitamos, por tanto, que debe rechazarse la primera hipótesis; todo el contexto sugiere que no se trata más que de una unidad permanente. Además, esos *numeri collati* acompañan, en ocasiones, a otros destacamentos, pero se sabe también que pueden actuar de manera aislada, lo que excluye la segunda de las teorías (adviértase, por otra parte, que una unidad «adscrita» no es otra cosa que una especie de «vexilación»). Nos queda, por tanto, la tercera interpretación: se llaman *numeri collati* a los destacamentos que no tienen derecho al *uexillum*; están formados por soldados (ciento veintiséis en uno de los textos) procedentes de varios campamentos o de varios cuerpos, reunidos para ejecutar una acción precisa, y que pueden ser permanentes.

La cuesión de las «milicias locales»

Parece, por tanto, que el ejército romano se hallaba compuesto por numerosas clases de unidades. ¿Hay que añadir aún algo más?

59. Y. Le Bohec, *XIIe Congrès du limes*, 1980, pp. 945-955, y *IIIe Congrès de Sassari*, 1986, pp. 233-241.

60. Esta interpretación podría confirmarla una inscripción de Roma: un soldado ha sido *collat(us) in singular(es)*, «incorporado a la guardia de corps» (*L'Année épigraphique*, 1968, n.° 31).

Algunos historiadores han creído en la existencia de «milicias locales», municipales o provinciales.[61] Esa expresión presenta el inconveniente de su ambigüedad. Es bien cierto que las autoridades municipales disponían de hombres armados para asegurarse el mantenimiento del orden en los territorios que se encontraban bajo su responsabilidad. Pero ya se ha dicho que el ejército tiene por misión principal proteger el Imperio contra cualquier clase de amenaza exterior. ¿Se añadían esos efectivos a las legiones y a las tropas auxiliares en caso de guerra en el extranjero, de *bellum externum*? Ésa es otra cuestión muy distinta. De todas maneras, los investigadores han cometido numerosos errores al basar sus opiniones en dos clases de argumentos. En un principio, pensaron encontrar el rastro de esas unidades en los famosísimos «soldados-campesinos del *limes*», los *limitanei* de la *Historia Augusta*,[62] así como en otros cuerpos que llevaban el nombre de «portadores de lanzas» *(hastiferi)*, «aliados» *(symmachiarii)*, «jóvenes» *(iuuenes)*, «moros» o «exploradores de Pomaria» (Pomaria se encontraba en la Mauretania Cesariana). A continuación han confeccionado la lista de la escala de mando de esa clase de combatientes, irenarcas, en Oriente, y tribunos militares *a populo*, en Occidente, prefectos del litoral *(ora maritima)*, de las naciones *(gentes)* y de las ciudades.

Desgraciadamente, poco hay de interés en todo eso: en esta época, los *limitanei* sólo los menciona la *Historia Augusta*, en dos pasajes sospechosos que no confirma ningún otro autor; los *hastiferi* son los devotos de la diosa Bellone;[63] los *symmachiarii*, los moros y los exploradores de Pomaria sirven con mucha regularidad en el ejército romano y constituyen *numeri*. Sólo la organización de los *iuuenes*[64] podría hacer pensar efectivamente en alguna clase de milicia local: esas asociaciones reagrupan a los hijos de los notables y a otros jóvenes de condición más humilde[65] a quienes se proporciona una educación deportiva teñida de militarismo (el *lusus iuuenum* es el encargado de los ejercicios, y ellos honran especialmente a Marte). En cuanto a los pretendidos «oficiales», son ahora mucho mejor conocidos: los tribunos militares acreditados como «*a populo*»[66] efectúan un servicio normal, simplemente después de haber sido recomendados al emperador por

61. R. Cagnat, *De municipalibus et prouincialibus militiis in Imperio romano*, 1980; A. Stapfers, *Musée Belge*, VII, 1903, pp. 198-246.
62. *Historia Augusta, Sev. Al.*, LVIII, 4, y *Prob.*, XIV, 7.
63. D. Fishwick, *Journal Rom. St.*, LVII, 1967, pp. 142-160.
64. M. Jaczynowska, *Les associations de la jeunesse romaine*, 1978.
65. H. Demoulin, *Musée Belge*, III, 1899, pp. 177-192; F. Jacques, *Ant. Afr.*, XV, 1980, pp. 217-230.
66. C. Nicolet, *Mél. Ec. Fr. Rome*, LXXIX, 1967, pp. 29-76.

la plebe de su patria; los prefectos de las naciones, de las ciudades y los irenarcas, magistrados municipales regulares, disponen de los mismos medios que sus homólogos para realizar funciones de policía; por lo que se refiere al *praefectus orae maritimae*, se trata de un personaje que desempeña un cargo ecuestre al servicio del Estado, y que dispone de tropas regulares.

Es cierto, no obstante, que, en caso de necesidad, cada ciudad disponía de efectivos encargados de garantizar el mantenimiento del orden en su territorio.[67] Sin ninguna duda, los *milites glanici* de una inscripción del sur de la Galia entran en esa categoría.[68] Además, es posible que una inscripción de Tripolitania[69] dé a conocer una etapa intermedia, en el curso de la cual ciertos responsables locales se habrían visto obligados a organizar la defensa contra los bárbaros. Ese texto, fechado en el reinado de Filipo el Árabe, nos indica que un tribuno, a las órdenes de un *praepositus limitis*, ha construido un fortín de 15 m de lado y sin que aparezca mención alguna de un ala o de una cohorte; como es difícil de imaginar que el comandante de una unidad miliaria se haya colocado al frente de un puesto avanzado tan pequeño, quizá deba pensarse que nos encontramos ante el predecesor de los tribunos del Bajo Imperio, el jefe de una milicia local.

Conclusión

Guarnición de Roma, tropas de provincias y flotas: el ejército romano presentaba una enorme diversidad.[70] En tales condiciones, no se puede ni siquiera suponer el valor relativo del número total de hombres que lo formaban: un auxiliar no puede sustituir a un legionario; además, las escasas cifras de que disponemos han de tomarse, en ocasiones, con enorme cautela. No obstante, es posible proponer algunos resultados (para los cálculos contamos, siguiendo a Tácito,[71] aproximadamente con sesenta hombres por centuria y un número de auxiliares igual al de legionarios).

67. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.º 6.087, CIII.
68. Y. Le Bohec, «Les *milites glanici*: possibilités et probabilités», *Revue Arch. de Narbonnaise*, 32, 1999, pp. 293-300.
69. *Inscr. Rom. Tripolit.*, n.º 880.
70. E. Birley, *Mél. E. Swoboda*, 1966, pp. 54 ss., contabiliza, para el siglo II, 270 cohortes quingenarias y de 40 a 50 miliarias, 90 alas quingenarias y 10 miliarias.
71. Tácito, *An.*, XIV, 58, 3-4, y IV, 5, 6.

Efectivos del ejército romano

Fecha	*Número de legiones*	*Número total de hombres*	*Referencias*
31 aC.	15	160.000	*Res gestae diui Augusti* (J. Gagé, ed., 1977); E. Cavaignac, *Rev. Et. Lat.*, 1952, pp. 285-296
14 dC.	25 (¿23?)	240.000	Ídem.
23	25	240.000	Tácito, *An.*, IV, 5
v. 161	28 (+5)	315.000	*Corpus inscr.* lat., VI, n.º 3.492
211	33	456.000 (un resultado, sin duda, excesivo)	*Historia Augusta, Sept. Sev.*, XXIII, 2 (véase VIII, 5); J. Carcopino, *Mél. R. Dussaud*, 1939, pp. 209-216.

Si tenemos en cuenta los kilómetros de fronteras que defender, esos datos, incluso los más optimistas, como los de J. Carcopino, testimonian una gran debilidad de efectivos. Para suplir las insuficiencias en el número, sólo queda el recurso a la calidad: la diversidad constatable implicaba la existencia de una cierta jerarquía entre las diferentes clases de unidades, cuerpos de elite y tropas de segunda fila. Se plantea entonces la cuestión del reclutamiento: ¿cuáles eran los criterios con los que se efectuaba? ¿Por qué se destinaba ese hombre a las tropas auxiliares y aquel otro a la legión? No obstante, debe señalarse en primer lugar que, en el interior de una misma unidad —¿y por qué sorprenderse cuando se trata de asuntos militares?—, se encuentran esas dos características: diversidad y jerarquía.

Cuadro resumen: La organización del ejército romano el 23 dC.

Lugar de la guarnición	*Nombre de las unidades*	*Línea de mando*	*Características de las unidades*	*Número de unidades*	*Número total aproximado de hombres*
Roma *Guarnición de Roma*	Cohortes pretorianas	1 (o 2) Prefecto del pretorio (E) 1 tribuno (E) × 9 6 centuriones × 9	D Infantería (+ algunos jinetes)	9	4.500
	Cohortes urbanas	1 prefecto de la Ciudad (S) 1 tribuno (E) × 3 6 centuriones × 3	D Infantería	3	1.500
	Cohortes de vigilantes	1 prefecto de los vigilantes (E) 1 tribuno (E) × 7 7 centuriones × 7	D (?) o M Infantería	7	3.500 7.000
	Guardias de corps germanos	1 tribuno (E) de los decuriones	100-500	1	250
	«Exploradores» *(speculatores)*	Prefecto del pretorio (véase más arriba)	300	1 1	300 1.000
	Caballería personal del emperador *(equites singulares Augusti)*	Prefecto del pretorio (véase más arriba) 1 tribuno (E) de los decuriones	M (¿D?) Creada después de 23		
	Desplazados (?)	1 *princeps* de los centuriones	Creados después de 23	1	?
	Frumentarios	*Princeps*	100 creados después de 23	1	100
	«Gendarmes» *(statores)*	Prefecto del pretorio (véase más arriba)		1	
	Primipilos				
	Marinos				
	TOTAL GUARNICIÓN DE ROMA				10.000

Cuadro resumen: La organización del ejército romano el 23 dC. (continuación)

Lugar de la guarnición	*Nombre de las unidades*	*Línea de mando*	*Características de las unidades*	*Número de unidades*	*Número total aproximado de hombres*
Fronteras *Ejército de provincias*	Legiones	(1 legado del ejército) (S) 1 legado de legión (S)*1 1 tribuno (S)*2 1 prefecto de campamento 5 tribunos (E) 1 (?) tribuno «de seis meses» 59 centuriones, de ellos 1 primipilo	5.000 hombres de infantería, excepto 120 jinetes*3	25	125.000
	Auxiliares *Alas	1 prefecto (E)*4 16 decuriones	D*5 Jinetes	250	125.000
	*Cohortes	1 prefecto (E)*4 6 centuriones	D*5 Infantería		
	*Cohortes mixtas	1 prefecto (E)*4 3 decuriones 6 centuriones	D*5 Infantería + caballería		
	**Numeri*				
	TOTAL EJÉRCITO DE FRONTERAS				250.000
Miseno y Ravenna *Marina*	Flota de M. y R.	1 prefecto por flota (E) navarcas centuriones trierarcas	Marinos llamados «soldados»		
					40.000
Provincias *Marina*	Flotas de Britania, Germania, Panonia, Mesia, Ponto, Siria, Alejandría	1 prefecto (E) por flota de los trierarcas	Ídem		
	TOTAL GENERAL				300.000

*1. El legado de legión (S) se sustituye por un prefecto (E), en Egipto, desde Augusto, para las tres unidades llamadas partas a partir de su creación en tiempos de Septimio Severo; esa práctica se generaliza con Galieno.

*2. El tribuno (S) desaparece con Galieno.

*3. La caballería alcanza los 726 hombres con Galieno.

*4. Esos prefectos se sustituyen por tribunos (E), cuando la unidad es miliaria (véase n. siguiente).

*5. Ciertos cuerpos auxiliares son miliarios; pero apenas aparecen antes de la época flavia.

Abreviaturas: D = quingenario; M = miliario; E = de orden ecuestre; S = de orden senatorial

Capítulo II

LOS HOMBRES. LA APUESTA POR LA PREPARACIÓN

Cuando se habla de «los pretorianos», «los legionarios» o «los auxiliares», en el mejor de los casos se está recordando a hombres capaces de avanzar conservando la formación y, en el peor, una batahola difícilmente descriptible. En realidad, cada soldado (o casi todos), ocupaba un lugar preciso, ejecutaba una función bien definida y difícilmente podía verse sustituido por otro: el abanico de posibles actividades iba de la artillería a la caballería, de las transmisiones al servicio sanitario, de la instrucción a la música, y comprendía otras mil especialidades. Esa diversificación, existente ya en la época republicana, parece, sin embargo, que no alcanzó su apogeo hasta finales del siglo II de nuestra era.

Además, no debemos olvidar que, por la vía de la jerarquía, en el ejército romano estaban representadas todas las clases sociales, incluso los esclavos. En efecto, encontramos nobles: senadores, inscritos en el censo como poseedores, al menos, de un millón de sestercios, y que ejercían el monopolio de las magistraturas (la cuestura, la edilidad, la pretura y el consulado), servían como oficiales; también vemos *equites*, poseedores como mínimo de cuatrocientos mil sestercios, y que pasaban después al servicio del príncipe como procuradores y prefectos: ocupaban puestos de mando inferiores a los anteriores. Los hijos de los notables municipales accedían al centurionato. Los ciudadanos romanos procedentes de la plebe entraban en las legiones; y los desplazados, en las tropas auxiliares. Además, algunas unidades poseían esclavos que realizaban tareas administrativas o de otro tipo.

Esta doble clasificación, en función de la jerarquía y de la especialización, constituye lo que los historiadores han denominado, utilizando una palabra alemana, la «*Rangordnung*».[1]

1. A. Von Domaszewski, *Die Rangordnung des römischen Heeres*, 1967, 2.ª ed., por B. Dobson (obra clásica). Puesta al día en *La hiérarchie (Rangordnung) de l'armée romaine*, Y. Le Bohec (ed.), 1995, París.

El cuerpo de oficiales

A semejanza de los antiguos, comencemos por las personalidades de más elevada dignidad, es decir, por los oficiales;[2] precisemos ya que, con ese término, denominamos a cualquier persona situada por encima del centurión.

GENERALIDADES

La pertenencia a ese cuerpo, basada en criterios sociales e institucionales, puede también variar dependiendo de las circunstancias y de las personalidades:[3] un hombre valiente, inmerso en una guerra difícil, puede ejercer mandos más elevados de lo que hubiera sido normal en tiempos ordinarios.

Ya se ha dicho suficientemente que el valor del ejército romano se explicaba por la eficacia de los soldados y los centuriones, una cualidad que se opone, a menudo, a la mediocridad de la línea de mando superior, ejercida por aficionados incompetentes: las victorias las habría obtenido la tropa, de alguna manera a pesar de la presencia de los superiores. Nos vemos obligados a rechazar ese estereotipo. Cualquier hijo de un senador o de un *equites* poseía en su biblioteca tratados dedicados al arte de la guerra y hacía ejercicio con regularidad: esas lecturas y esa práctica formaban parte de la educación que recibía, por lo general, un joven de buena familia. Desde el momento en que la técnica militar de aquella época no presentaba una excesiva complejidad, algunas semanas de mando efectivo eran suficientes para asimilar lo esencial; además, numerosos mandos fueron capaces de realizar verdaderas hazañas: el *equites* Caius Velius Rufus se vanagloria de haber efectuado una incursión a través del reino de Decebalio, la Dacia, y, más tarde, de haber llevado al emperador botín y prisioneros entre los que figuraban los dos hijos del soberano de los partos;[4] Marcus Valerius Maximianus mató con sus propias manos a Valaon, rey de los naristas, un pueblo germano;[5] y, en el año 238, los senadores cuentan todavía con una buena experiencia militar. Además, varios de ellos se vanaglorian del entusiasmo que en ellos provoca el ejército:[6] llevan una vida austera, se preparan con regularidad y portan una espada de

2. G. Lopuszanski, *Mél. Ec. Fr. Rome*, LV, 1938, pp. 131-183.
3. Onesandros, I, 13, 21-25, y XXXIII. D. C. A. Shotter, *Class. Quart.*, XIX, 1969, pp. 371-373.
4. *L'Année épigraphique*, 1903, n.° 368.
5. *L'Année épigraphique*, 1956, n.° 124.
6. Zósimo, I, 14, 2.

manera permanente; se les denomina «*uiri militares*».[7] No obstante, no parece que nunca hayan constituido una casta: su comunidad era abierta.

Por otra parte, todos los oficiales realizaban más o menos las mismas funciones: conducir a los hombres al combate, prepararlos en la instrucción y dictar justicia. Además, la creación de un grupo cerrado se hubiera visto impedida por una prerrogativa que se atribuía al príncipe: era éste quien designaba a los nuevos dignatarios.[8]

La jerarquía

De hecho, en este campo[9] se cuenta con un jefe supremo: el emperador. Es a él a quien se considera el triunfador de cualquier batalla, aunque no se halle presente en el teatro de operaciones; actúa entonces mediante su carisma: son sus poderes religiosos los que han conseguido que los dioses se pongan del lado de Roma; así, cuando un emperador toma el título de «vencedor de los partos» no quiere decir que haya estado alguna vez en Oriente. Dion Casio[10] ha sido quien mejor ha descrito los poderes ejercidos en ese campo por los soberanos: «Tienen derecho a realizar el reclutamiento del ejército, a imponer contribuciones, a emprender la guerra y concluir la paz, a mandar siempre y por encima de todos igualmente a los soldados extranjeros [los auxiliares] y a las legiones.»

El soberano se rodea de un estado mayor y se asiste en cuestiones militares por el (o los) prefectos del pretorio, que desempeñan a la vez el papel de primer ministro y el de ministro de la Guerra; esta segunda función ha sido revalorizada para principios del siglo II por el Pseudo-Higinio;[11] se estableció para Perennis,[12] y lo mismo podría decirse en el caso de Paternus y de Cleandro,[13] que ocuparon ese cargo, pero sin llevar el título (esos tres personajes sirvieron bajo Cómodo, entre 180 y 186); Flavio y Chrestus ejercieron esas mismas actividades todavía en tiempos de Severo Alejandro.[14]

7. Herodiano, IV, 12, 2, y V, 2, 5. *Historia Augusta, Gall.*, XX, 3, y *Tr. Tyr.*, XXXIII. B. Campwell, *Journal Rom. St.*, LXV, 1975, pp. 11-31.
8. *Historia Augusta, El.*, VI, 2.
9. *La hiérarchie (Rangordnung) de l'armée romaine sous le Haut-Empire*, Y. Le Bohec, (ed.), 1995, París; G. Wesch-Klein, *Soziale Aspekte des römischen Heerwesens in der Kaiserzeit*, 1998, Stuttgart.
10. Dion Casio, LIII, 17.
11. Pseudo-Higinio, X. M. Absil, *Les préfets du prétoire*, 1997, París.
12. Herodiano, I, 8, 1. G. M. Bersanetti, *Athenaeum*, XXIX, 1951, pp. 151-170.
13. Herodiano, I, 12, 3.
14. Zósimo, I, 11, 2.

Los ejércitos de provincias tienen a su frente al gobernador, legado imperial propretor de orden senatorial (consular), allí donde se hallan estacionadas las legiones, y en otros lugares a un procurador del orden ecuestre. Hasta la época de Calígula, África constituye una excepción: el procónsul que la administra, por lo general durante un año, dispone igualmente de tropas, puesto que es designado por el Senado (normalmente es el propio emperador quien nombra a los comandantes). Los gobernadores tienen como función fundamental el garantizar el orden público, lo que significa que deben «decir el derecho» (es decir, administrar justicia), velar por la vida religiosa y la conservación de los templos, asegurar la recaudación de impuestos, con la ayuda de un cuestor o de un curador y velar, en fin, por la seguridad del territorio. A partir de Galieno, sólo permanecen en el ejército los *equites*, y aparece entonces (hacia 262) el título de «*praeses perfectissimus*» para designar al responsable de la provincia. Esa palabra, *praeses*, que significa simplemente «jefe», se había empleado ya desde finales del siglo II, pero de manera privada. Se mantiene aún un debate sobre una hipotética, y de toda suerte efímera, «restauración senatorial» bajo el emperador Tácito.

El mando de una legión lo ostenta otro legado imperial propretor (pretoriano),[15] subordinado a su homónimo el gobernador de la provincia (si en ese distrito sólo existe un cuerpo de esa clase, es la misma persona quien desempeña ambas funciones). Ese oficial, que ocupa el cargo dos o tres años, vela por la buena marcha de las unidades que se encuentran a sus órdenes, comprendidas también las tropas auxiliares: hace respetar la disciplina y las entrena,[16] y dispone de poderes financieros y judiciales.[17] A partir de Galieno, el prefecto del campamento, tercer dignatario de la unidad hasta ese momento, pasa a ocupar el primer rango por la desaparición del legado y del tribuno laticlavio, y permuta su título por el de «distinguido *(egregius)* prefecto de la legión», dependiendo directamente del *praeses*; sus poderes son de orden estrictamente militar.[18] Esa organización (el mando superior confiado a un prefecto) existía ya en ciertas legiones, en aquellas que se hallaban estacionadas en Egipto desde Augusto (pues los senadores no tenían el derecho de residencia en ese territorio perteneciente al príncipe), y en las tres unidades conocidas como partas, desde su creación por Septimio Severo.

15. Tácito, *Agr.*, VII, 5-6; véase también Th. Franke, *Die legionslegaten der römischen Armee*, 1991, 2. vols., Bochum.

16. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 18.042, Aa, 11; *Bull. Comité Tr. Hist.*, 1899, p. CXCII, n.º 6, CCXI, n.º 6, y CCXII, n.º 22; Vegecio, II, 9.

17. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 2; Plinio el Joven, *Pan.*, X, 3; Tácito, *Agr.*, VII, 5, 6; Vegecio, II, 9. R. Egger, *Sitzungs. Oester., Akad. Wissens. Wien*, CCL, 4, 1966.

18. Vegecio, II, 9.

El tribuno laticlavio ocupa la segunda posición del escalafón;[19] su nombre se debe a la amplia banda de color púrpura que decora su toga, y recuerda su origen senatorial. Asistido por un estado mayor propio, hace el papel de consejero y tiene poderes judiciales[20] y militares: es quien ordena las prácticas de las maniobras[21] y, a pesar de su juventud (unos veinte años) y de su escasa experiencia (ocupa el cargo durante un año), en caso de incapacidad del legado, le sustituye y lleva entonces el título de *tribunus prolegato*; de todas formas, en el curso de su carrera, esperará la obtención de ese cargo para el que ya se está preparando.[22]

El prefecto del campamento,[23] tercer personaje de la unidad, se ocupa del mantenimiento de las defensas;[24] como consecuencia, en las expediciones se le confía la dirección de los asedios;[25] escoge el emplazamiento de los puestos y se encarga de su construcción; durante la marcha del ejército supervisa los bagajes y, en el combate, dirige la artillería; participa, en todo momento, de las deliberaciones del estado mayor del legado. Para alcanzar ese cargo era necesario haber conseguido tres tribunados en Roma,[26] o ser un antiguo primipilo, que, según B. Dobson, daba acceso al orden ecuestre.

Los cinco tribunos angusticlavios que vienen a continuación recibían el nombre por la estrecha banda de color púrpura cosida en la toga y que establecía su pertenencia al orden ecuestre. En combate, cada uno de ellos tenía a su cargo dos cohortes, es decir, unos mil hombres.[27] Participan en calidad de consejeros en las reuniones del estado mayor de la legión y, en tiempos de paz,[28] presiden los ejercicios, velan por la seguridad de las puertas del campamento, por el aprovisionamiento de los graneros, el mantenimiento del hospital, e imparten justicia. Finalmente, el tribuno «de seis meses» *(sexmenstris)* manda sin lugar a dudas la caballería legionaria: estaría, por tanto, sólo ocupando ese cargo.

En las inscripciones o en los textos literarios aparecen otros oficiales. El término *dux*[29] significa «jefe» en general, *qui ducit*; en un sen-

19. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 18.078 (muestra la jerarquía).
20. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 2.
21. Plinio el Joven, *Pan.*, XV, 4; Vegecio, II, 12.
22. Plinio el Joven, *Pan.*, XV, 2-3; *Cartas*, III, 20, 5; y VI, 31, 4; Suetonio, *Aug.*, XXXVIII; Tácito, *Agr.*, V, 1, 2; *L'Année épigraphique*, 1981, n.° 495.
23. Vegecio, II, 10.
24. Tácito, *An.*, XII, 38, 3; 55, 2; XIII, 36, 1.
25. Tácito, *An.*, XIII, 39, 2.
26. Suetonio, *Vesp.*, I.
27. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 2, 5 (131).
28. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 18.048, Ba (?); Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 2; Vegecio, II, 12; *Digesto*, XLIX, 16, 12 (2).
29. Plinio el Joven, *Pan.*, X, 3, y XV, 2.

tido técnico, en los siglos I y II designa a un personaje que no pertenece al orden senatorial, pero que posee una elevada capacidad de mando; por el contrario, a partir de las guerras de Marco Aurelio con los marcomanos queda reservado a los senadores, que mandan a legionarios y auxiliares constituidos en destacamentos; finalmente, mediado el siglo III, aparece el *dux limitis*, jefe de una parte limitada de la zona de frontera. De manera general, la palabra *praepositus* designa también a un jefe, pero de rango inferior al precedente, por ejemplo un *equites* situado al mando de alguna «vexilación», ya sea ésta de legionarios o de auxiliares; pero, a partir de Marco Aurelio, a veces es un senador quien porta ese título. Además, una tropa enviada a una misión concreta y que sólo está formada por soldados ciudadanos puede estar confiada a un *prolegato*, función que se haya atestiguada entre la época de Augusto y mediados del siglo III.[30] En combate se utilizan antiguos prefectos con el título de «primipilos»;[31] al tener a sus órdenes a los mandos de las alas y de las cohortes, son responsables de los puestos avanzados guarnecidos por soldados. Finalmente, los *protectores diuini lateris*,[32] aparecidos entre 253 y 268, constituían una reserva, una guardia imperial y una elite reclutada entre los suboficiales.

No se sabe muy bien qué sucedía en las unidades que no eran legiones: podemos pensar que los prefectos de la guarnición de Roma y los de las unidades auxiliares tenían, sobre sus hombres, análogos poderes a los de los legados propretores; en cuanto a los tribunos de los cuerpos urbanos, el papel que desempeñaban debía recordar el de sus homólogos del ejército de fronteras.

Contamos con dos estudios[33] dedicados a los oficiales de marina y, en particular, a sus salarios anuales. En el siglo I, un prefecto de una flota italiana percibía cien mil sestercios, y doscientos mil en el II, con el título de «distinguido» *(egregius)*, y el de «perfectísimo», en el III; un subprefecto, también «distinguido», y un jefe de la base o de la reserva *(praepositus reliquationi)* ganaba sesenta mil sestercios, mientras que un prefecto de la flota en Germania, Britania o el Ponto tenía cien mil sestercios de salario a partir de Septimio Severo. En lo sucesivo, un capitán de navío (trierarca) podía llegar a alcanzar el cargo de jefe de escuadra (navarca), después el de primer centurión de la flota *(princeps)*, antes de acceder al primipilato en una legión.[34]

30. Véase parte I, cap. I, n. 28.
31. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 87; Tácito, *An.*, XIII, 36, 1 y 5.
32. *Historia Augusta, Car.*, VII, 1 (pasaje dudoso). T. Nagy, *Acta arch. Hung.*, XVII, 1965, pp. 298-307; M. Christol, *Chiron*, VII, 1977, pp. 393-408.
33. G. Jacopi, *Rend. Accad. Lincei*, VI, 1951, pp. 532-556; E. Sander, *Historia*, VI, 1957, pp. 347-367.
34. *Corpus inscr. lat.*, X, n.º 3.348.

LAS CARRERAS

Queda por resituar esos mandos en el seno de las carreras conocidas. Se sabe que, en el Alto Imperio, la elite social tenía dos categorías.

Los nobles, pertenecientes al Senado, debían ciertamente ese honor a su situación censal, pero también, y sobre todo, al ejercicio de magistraturas; además de esos cargos, cumplían funciones preliminares (antes), intermedias (entre) y como sacerdotes.

La carrera senatorial.
Los cargos designados con asterisco llevan aparejados poderes militares

1. *Cargos preliminares* Vigintiviro Tribuno laticlavio*	
2. *Magistraturas* Cuestor Edil o tribuno de la plebe Pretor Cónsul	3. *Cargos intermedios* Curador Legado* Procónsul Cargos varios
4. *Sacerdotes*	

Una inscripción[35] aclarará este asunto: «A Lucius Dasumius Tullius Tuscus, hijo de Publius, de la tribu Stellatina, cónsul, compañero del emperador, augur, miembro del colegio sacerdotal de Adriano, miembro del colegio sacerdotal de Antonino, curador de obras públicas, legado (imperial) propretor de las provincias de Germania Superior y de Panonia Superior, prefecto del Tesoro de Saturno, pretor, tribuno de la plebe, legado de la provincia de África, cuestor del emperador Antonino Pío, Augusto, tribuno militar de la IV Legión Flavia, miembro de la comisión de los tres encargados de golpear y grabar (acuñar) el bronce, la plata y el oro; Publius Tullius Callistio ha hecho colocar (esta inscripción).» Esa carrera no aparece en orden cronológico, sino inverso. Por tanto, Tuscus ha asumido magistraturas en Roma (cuestura, tribunado de la plebe, pretura, consulado); a continuación se había iniciado como responsable de acuñaciones y después como tribuno laticlavio en una legión; entre sus elevadas funciones urbanas ha asistido al procónsul de África, ha administrado el tesoro del Estado conocido con el nombre de «Tesoro de Saturno», ha gobernado dos provincias en las que se encontraban legiones, ha administrado obras

35. *Corpus inscr. lat.*, IX, n.º 3.365.

públicas y aconsejado al emperador; ha servido igualmente a los dioses, Adriano y Antonino, emperadores divinizados a su muerte, y ha actuado de augur. Normalmente, los miembros del Senado ocupan muy pocos cargos militares: sirven de tribunos laticlavios, legados de legión (cincuenta candidatos para veinticinco puestos), comandantes de ejércitos o de «vexilaciones»; también pudieron acceder a la prefectura de ala en tiempo de Augusto y Tiberio.

En el Imperio, los *equites* representaban una elite de segundo rango, pero a la vez mucho más claramente guerrera y, lo que no deja de ser un hecho curioso, especializada en asuntos financieros.

La carrera ecuestre.
Los cargos designados con asterisco llevan aparejados poderes militares

1. *Milicias ecuestres*	
en provincias:	en Roma:
prefecto de cohorte*	tribuno de cohorte de vigilantes*
tribuno angusticlavio de legión*	tribuno de cohorte urbana*
prefecto de ala*	tribuno de cohorte pretoriana*

2. *Procuratelas*		
Procurador con	60.000	sestercios por año
	100.000	
	200.000	
	300.000	
= jefe de servicio en la cancillería, o en las finanzas o gobernador de provincia*		

3. *Prefecturas*
Prefecto de flota*
Prefecto de vigilantes*
Prefecto de la anona
Prefecto de Egipto*
Prefecto del pretorio*

4. Sacerdocios

Comenzaban por «tres milicias ecuestres» de tres años cada una.[36] En los inicios del Imperio, los primipilos alcanzaban el mando de las cohortes y los senadores principiantes el de las alas; a los jóvenes procedentes de este segundo orden no les quedaba otra cosa que el tribunato. A partir de Claudio, estos últimos pasan de una cohorte a un ala, y después a una legión;[37] en la época de los Flavios, ese orden se

36. *Historia Augusta, Max.*, V, 1.
37. Suetonio, *Cl.*, XXV, 1.

modifica ligeramente y permanece estable (cohorte, legión, ala).[38] Una inscripción[39] encontrada en Hispania muestra esa sucesión: «A Lucius Pompeius Faventinus, hijo de Lucius, de la tribu Quirina, prefecto de la VI Cohorte de los Astures, tribuno militar de la VI Legión Victoriosa, prefecto de caballería de la II Ala de los Hispanos, condecorado por el emperador Vespasiano, divinizado, con una corona de oro, una lanza pura y un estandarte de caballería, flamen de la provincia de la Hispania Citerior, sacerdote de Roma y de Augusto; Valeria Arábica, hija de Caius, su esposa, hizo erigir (este monumento).» Entre 161 y 166, como muy tarde, quizá desde Adriano, el Estado ofrece a quienes lo desean la posibilidad de realizar un cuarto reenganche militar, al tiempo que el mando de la infantería auxiliar se vuelve facultativo, y Septimio Severo permite evitar el paso por la legión a quienes lo deseen. Por tanto, en el siglo III, son los *equites* quienes constituyen los mejores oficiales del ejército romano.[40]

Los mejores centuriones pretorianos, salidos incluso de entre las filas, podían hacer carrera en Roma y convertirse en *equites* sirviendo en la guarnición urbana donde ejercían un triple tribunado, primero entre los vigilantes, después en los *urbaniciani* y, finalmente, en los pretorianos. Se trataba de una importante opción de promoción que se les ofrecía.

Por otra parte, se puede hacer una lista impresionante con las posibilidades que se les proponen: en Roma pueden ser prefectos o subprefectos en el pretorio o entre los vigilantes, y tribunos en todos los cuerpos; en las legiones, donde se les utiliza como prefectos comandantes en Egipto y en las tres unidades partas, como prefectos del campamento y tribunos; en la marina les están reservadas todas las prefecturas y subprefecturas; y entre los auxiliares ocupan igualmente todos los cargos de prefectos y tribunos. Se ha escrito que el «prefecto del litoral» *(ora maritima)* mandaba al menos una cohorte; hasta Adriano, ese personaje de rango ecuestre residía en Tarragona. Pero otro *equites*, que lleva el mismo título y ejerce su responsabilidad en el mar Negro no cuenta con tropas a su disposición: debe pedir una escolta al gobernador de la provincia.[41]

El interés de esos cargos ecuestres tiene también su papel social: constituyen tan pronto un fin como un punto de partida, pero en todo caso una apertura. Apertura para los inferiores, en primer lugar: así encontramos que, en la época de Augusto, un simple soldado se

38. H. Devijver, *Anc. Soc.*, I, 1970, pp. 69-81.
39. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 2.637.
40. J. Osier, *Latomus*, XXXVI, 1977, pp. 674-687.
41. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 21 *(praefectus orae Ponticae)*.

convierte en centurión y, a continuación, en prefecto de cohorte;[42] otro militar sin graduación ha podido alzarse hasta la prefectura del pretorio, pero es bien cierto que fue durante la crisis del 68-69.[43] Por lo general, el hijo de un *equites* comienza directamente en las milicias, después de lo cual se le abren las procuratelas (cargos financieros o gobiernos de provincias, o direcciones de servicios en Roma), y, para los más dotados, las prefecturas más elevadas (vigilantes, anona, Egipto, pretorio). Algunos pueden llegar incluso a entrar en el orden senatorial; por tanto, tenemos también las carreras mixtas, mostrando así con claridad que, por medio de esa clase de servicio, existía también una puerta a la promoción más elevada.

Finalmente, debemos evocar el caso del tribunato «de seis meses» *(sexmenstris)*: parece bastante análogo a la prefectura de los obreros, un cargo plenamente civil cuyo titular es, de alguna forma, jefe de gabinete de un magistrado; esas dos funciones habrían podido servir de «recompensa para los civiles», permitiendo a los notables locales ingresar en el orden ecuestre sin tener en cuenta su origen.[44]

En conclusión, parece que, en la segunda mitad del siglo III, se constata una evolución bastante importante del cuerpo de oficiales: los senadores ceden totalmente la plaza a los *equites*.

Centuriones y decuriones

Descendamos un primer grado en la jerarquía del ejército romano. Los centuriones de la infantería y los decuriones de la caballería constituyen una línea de mando subalterna, que presenta una originalidad al compararla con el cuerpo de oficiales: se trata, en efecto, de militares de carrera.

Los centuriones de las legiones

La organización mejor conocida es la de la legión,[45] cuyas diez cohortes se dividen cada una de ellas en seis centurias, salvo la I, que cuenta con cinco, pero con el doble de efectivos. En cada cohorte se incluyen los siguientes cargos por orden de dignidad: el *pilus prior*, el

42. Tácito, *An.*, I, 20, 2.
43. Tácito, *H.*, 46,1.
44. Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 122.
45. P. Le Roux, *Mél. Casa Velázquez*, VIII, 1972, pp. 89-147; Y. Le Bohec, *Zeitsch. f. Papyr. u. Epigr.*, XXXVI, 1979, pp. 206-207.

COHORTE I		
primus pilus ←	*princeps prior* ←	*hastatus prior*
	princeps posterior ←	*hastatus posterior*

COHORTES II a X		
pilus prior	*princeps prior*	*hastatus prior*
pilus posterior	*princeps posterior*	*hastatus posterior*

princeps prior, el *hastatus prior*, el *pilus posterior*, el *princeps posterior* y el *hastatus posterior*. Si en la I cohorte no existe *pilus posterior*, como contrapartida encontramos el *primus pilus*, primer suboficial de ese rango para toda la legión.

El primipilo, que participa en las reuniones del estado mayor del legado tiene autoridad, como todos los *pilus prior*, sobre su centuria y su cohorte. Cada centurión, asistido por un ayudante, conduce a sus hombres al combate y dirige su entrenamiento. Al pasar una media de tres años y medio por guarnición, cumple al menos veinte años de servicio. Pero aquí se plantea un problema: normalmente deberían contarse cincuenta y nueve centuriones por legión. No obstante, Tácito[46] dice que eran sesenta, y una inscripción africana[47] da una lista de sesenta y tres, de los que dos son primipilos: la IX cohorte sólo tiene cinco, pero la I y la VIII cuentan con siete cada una, ¡y la VI, ocho! Puede explicarse una insuficiencia por una vacante aún sin cubrir; en cuanto a los excedentes, se nos ofrecen varias posibilidades; hay quien ha escrito que los de edad más avanzada realizaban, de hecho, funciones administrativas; asimismo se puede recordar el *triarius ordo*,[48] que manda a los veteranos, pero esa función únicamente existe en los mismos inicios del Imperio; es necesario pensar también, y sobre todo, en el mando de los ciento veinte jinetes, en los jefes de «vexilaciones» enviados a puestos situados lejos del campamento, y en los comandantes de ciertas unidades auxiliares. Además, conocemos la existencia de «*primipili bis*». Pero aquí abordamos el problema de las carreras.

Se admite por lo general que, en las cohortes II a X, todos los centuriones son iguales en rango, y se ordenan en función de la antigüedad. Es el acceso a la I cohorte lo que constituye una verdadera pro-

46. Tácito, *An.*, I, 32, 3.
47. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 18.065.
48. Véase parte I, cap. I, n. 30.

moción; en ésta, los cinco cargos existentes representan cada uno de ellos un ascenso. Las carreras se han estudiado muy poco en estos últimos tiempos.[49] Se ha constatado que presentan una gran diversidad, pero, a los solicitantes se les abren dos vías principales. En efecto, pueden llegar directamente al grado buscado, después de seguir la vía civil, si son *equites* romanos o hijos de notables; en el primer caso, se les llama «procedentes del orden ecuestre», *ex equite romano*. Pero, más a menudo, esta dignidad se confiere a hombres que forman ya parte del ejército (véase p. 101): en ocasiones, son simples soldados (lo que ocurre normalmente entre los auxiliares) o, en la mayoría de los casos, suboficiales (más adelante veremos que ciertos ayudantes acceden normalmente al centurionato, pero esta ascensión no es ni sistemática ni obligatoria); pueden ser jinetes de ala, y también soldados de cohortes pretorianas, lo que les permite ser ascendidos en Roma, pero también en el ejército de provincias. El avance se hace en función del cargo inicial, lo que puede sorprender al lector del siglo XXI: cuanto más arriba se empieza, más alto se llega (un personaje que ha comenzado directamente como centurión tiene más oportunidades de obtener el primipilato que, por ejemplo, un antiguo corniculario); y el primer cargo se confiere de acuerdo con el medio social de procedencia del militar: un *ex equite romano* inaugura su carrera desde un nivel más elevado, avanza más rápido y llega más lejos que el hijo de un notable. El valor y las condecoraciones tienen una importancia muy limitada; es preciso, por tanto, acabar con un estereotipo: a los centuriones no se les elige sólo en función de su valor; nada más lejos de ello.

Alcanzado el centurionato, un militar realiza por lo general varios mandos sucesivos y del mismo nivel, como puede comprobarse en este texto de Tarragona:[50] «A Marcus Aurelius Lucillus, hijo de Marcus, de la tribu Papiria, originario de Poetovio (en Panonia), procedente de los *equites singulares Augusti*, centurión de la I Legión Adiutrix, de la II Legión Trajana, de la VIII Legión Augusta, de la XIV Legión Gemina, de la VII Legión Claudia, *hastatus prior* de la VII Legión Gemina, (muerto) a los sesenta años, después de cuarenta de servicio. Su esposa y heredera, Ulpia Iuventina, ha hecho construir (esta sepultura) para su marido que ha cumplido a la perfección con todos sus deberes y que estuvo lleno de benevolencia.»

Por debajo se abren varias posibilidades: el primipilato, después un segundo primipilato que confiere una autoridad superior a la de los

49. B. Dobson y D. J. Breeze, *Epigr. Stud.*, VIII, 1969, pp. 101-102; P. Le Roux, *Mél. Casa Velázquez*, VIII, 1972, pp. 89-147; Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, pp. 147-184.
50. *Corpus inscr. lat.*, II, n.º 4.147.

tribunos, o la prefectura del campamento, o incluso el mando de un cuerpo auxiliar, o aún más, el de una unidad de la guarnición de Roma. Se ha desatado un cierto debate a propósito de si el prefecto del campamento pertenece al orden ecuestre; por razones más serias, hay también incertidumbre en cuanto al primipilo.[51] Pero veamos un ejemplo de promoción: «... Lucius Alfenus Avitianus, primipilo, tribuno de la III Cohorte de vigilantes, de la XII Urbana...» (inscripción hallada en Cádiz).[52] Algunos muy raros privilegiados alcanzan las procuratelas, pero ese caso es excepcional: «A Cneius Pompeius Proculus, centurión de varias legiones, primipilo de la IV Legión Flavia afortunada, tribuno de la I Cohorte Urbana, procurador del Ponto y de Bitinia»; la carrera de este tal Proculus, conocida por un documento de Roma,[53] no es frecuente. De hecho, se aborda aquí un aspecto importante de la sociedad y de la mentalidad del Alto Imperio: la dignidad que un hombre obtiene varía en función del medio social del que procede, y si el cargo inicial que obtiene es elevado, más lejos llegará; el mérito de un individuo se coloca en segundo plano, pero puede favorecer enormemente la progresión de un hijo (en esta época se trabajaba ya para la posteridad). Añadamos que con Galieno aparece una nueva clase de carrera, complicada por la aparición del título de *protector*.[54] Nos quedan por estudiar algunos casos particulares. Ignoramos qué sea un *adstatus*;[55] ¿o se trata de una mala lectura de *hastatus*? Tampoco se sabe muy bien qué son los *deputati* y los *supernumerarii* mencionados en varias inscripciones; según M. Durry,[56] formaban parte de la guarnición de Roma. Según numerosos historiadores, los cinco centuriones de la I cohorte recibirían el nombre de *primi ordines*, por lo que presenta dificultades la interpretación de un texto de Tácito.[57] Ese episodio, ocurrido durante la guerra civil que siguió a la muerte de Nerón, concierne a la VII Legión Galbiana: «le mataron a seis de sus centuriones de primera clase»; aquí, la expresión «centuriones de primera clase» es una traducción de *primi ordines*, y esa frase nos muestra que había más de seis *primi ordines* en una legión. *Ordo* significa «centuria»;[58] podemos entonces preguntarnos si no se trata de suboficiales que combaten en primera línea. Por otra parte, se le conferirá de

51. S. J. De Laet, *Ant. Class.*, IX, 1940, pp. 13-23; B. Dobson, *Die primipilares*, 1978.
52. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 3.399.
53. *Corpus inscr. lat.*, VI, n.° 1.627.
54. M. Christol, *art. cit.*, n. 31.
55. *Corpus inscr. lat.*, XI, n.° 5.215.
56. *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 7.326; V, n.° 8.278; VI, n.° 3.558. M. Durry, *Cohortes prétoriennes*, 1968, p. 168.
57. Tácito, *H.*, III, 22, 8.
58. Tácito, *H.*, III, 49, 3-4.

buena gana un sentido análogo al título de *ordinarius*[59] que, según los glosarios, implica una noción de capacidad, y para el que Vegecio nos ofrece esta definición: «los que, en combate, llevan las primeras centurias». En ese pasaje, la expresión «primeras centurias» designaría a las que preceden al conjunto de la legión, y no a las que componen la I cohorte. Un especialista americano[60] había ofrecido otra interpretación: el *ordinarius* habría mandado un *ordo*, como el *ordinatus*. Ese segundo título se vuelve un misterio: para R. W. Davies, designaría al primer centurión de una cohorte mixta, pero los glosarios relacionan esa palabra con la idea de disciplina.[61]

Los decuriones y centuriones de las unidades distintas de las legiones

Al examinar las legiones se constata como hecho excepcional que los jinetes se hallen bajo el mando de centuriones, y no de decuriones como hubiera sido lo normal. En cuanto a los demás cuerpos, nos encontramos con muy escasas particularidades. En las cohortes pretorianas, los centuriones son iguales en dignidad, salvo el *trecenarius*, que tiene precedencia sobre los demás, e igualmente a excepción del *princeps castrorum*, segundo de aquél. En su obra sobre los pretorianos (véase n. 56), M. Durry analiza una clase de carrera a la que denomina «de caballeros-pretorianos»: el militar comienza con tres cargos de suboficial en la guarnición de Roma, después ejerce el centurionato, en una legión y en los tres cuerpos urbanos, alcanzando el primipilato y, a continuación, regresa a la capital, para servir un triple tribunado que le abre acceso a las procuratelas.

Como ya sabemos, los auxiliares presentan una gran diversidad. Las alas, según se trate de quingenarias o de miliarias, necesitan dieciséis o veinticuatro decuriones, adoptando el primero de ellos el nombre de *princeps*; por idénticas razones, las cohortes de infantería tienen de tres a seis decuriones y de seis a diez centuriones; finalmente, varía el número de suboficiales de los *numeri*. Se constata que un decurión de cohorte se halla subordinado a un decurión de ala, que, a su vez, es inferior a un centurión.

59. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 451, 29; 451, 15; V, 606, 13; Vegecio, II, 7 (véase Modestus, VI).

60. J. F. Gilliam, *Trans. Amer. Phil. Assoc.*, LXXI, 1940, pp. 127-148.

61. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 453, 36, y 458, 57; R. W. Davies, *Zeitsch. f. Papyr. u. Epigr*, XX, 1976, pp. 253-275.

La marina plantea aquí también algunos problemas. Según M. Reddé,[62] cada navío, asimilado a una centuria, lo manda un trierarca, y varios barcos constituyen una escuadra a las órdenes de un navarca; pero esos dos oficiales de marina, al menos en el caso de flotas provinciales, poseen una dignidad inferior a la de un centurión legionario.

La tropa en las legiones

Ciertamente, las legiones no eran masas de hombres indiferenciados; al leer las inscripciones se constata, por el contrario, una sorprendente diversidad de títulos y funciones, descubrimos una elevada tecnificación, una especialización extremada, y van apareciendo novedades incesantemente. Podemos preguntarnos por qué no se aplicaron los mismos principios a la industria y la agricultura: cuestión de mentalidad, sin duda; de no ser así, Roma hubiera conocido un extraordinario desarrollo económico.

Después del siglo IV, época en la que vive, Vegecio describe cuál era la situación en el Alto Imperio (véase n. 63): «Los portaáguilas y los portaimágenes son quienes portan las águilas y las imágenes del emperador; los ayudantes son los lugartenientes de los oficiales de mayor rango, que quedan asociados a éstos por una especie de adopción para realizar su servicio en caso de enfermedad o de ausencia; los portaenseñas son quienes portan las enseñas y a quienes en el momento presente se les conoce como dragonarios. Se llama teserarios a quienes llevan las contraseñas y las órdenes a los barracones de los soldados; los que combaten a la cabeza de las legiones llevan todavía el nombre de *campigeni*, puesto que son quienes, por así decir, hacen nacer en el campamento la disciplina y el valor por el ejemplo que ofrecen. De *meta*, mojón, se llaman *metatores* a los que preceden al ejército para marcarle el campamento; *beneficiarii*, los que alcanzan ese grado por el favor de los tribunos; de *liber*, se llaman *librarii* a quienes registran todos los detalles concernientes a la legión; por *tuba*, trompeta, por *buccina* [*sic*], cuerna, y por *cornu*, corneta, se conocen como *tubicines*, *buccinatores* [*sic*] y *cornicines* a los que se sirven de esos diferentes instrumentos. Se llaman *armaturae duplares* a los soldados hábiles en la esgrima y que tienen dos raciones, y *armaturae simplares* a los que sólo reciben una; se llaman *mensores* a quienes miden en cada zona de acampada el espacio destinado a colocar las tiendas o a los que señalan el alojamiento en las ciudades... En relación con las ra-

62. Véase parte I, cap. I, n. 48.

ciones, había también candidatos dobles y simples: se encontraban en filas para ascender. He aquí los principales soldados u oficiales de las diferentes clases, que disfrutaban de todas las prerrogativas relacionadas con su grado. A los demás se les llamaba trabajadores, porque se hallaban obligados a realizar trabajos y toda suerte de servicios en el ejército.» Y, sin embargo, Vegecio simplifica en exceso la realidad.

CRITERIOS DE CLASIFICACIÓN

Comenzando por las legiones, ha sido debido al azar en los descubrimientos la razón de que sean mejor conocidas que los demás cuerpos. La primera dificultad consiste en clasificar a los hombres. Ante la multiplicidad de apelativos, el estudioso austriaco A. von Domaszewski[63] ha reaccionado como jurista y ha primado el estudio de los estados mayores relacionados con cada oficial. El inconveniente de ese sistema es que trata de hacer creer en la existencia de un numeroso personal administrativo frente a una minoría de combatientes. Parece que se ajusta mucho más a la realidad el punto de vista de varios estudiosos ingleses, E. Birley, B. Dobson y D. J. Breeze,[64] que insisten en el sueldo, que varía desde el sencillo al triple, y en la exención de tareas. Añadiríamos de buen grado un tercer criterio, el de la honorabilidad conseguida por el desempeño de una función: un portaáguila, responsable del emblema de toda la legión, debía gozar de mayor prestigio que el portador del *signum*, símbolo de un simple manípulo. Importa además tener bien presente que lo esencial para cualquier soldado era la preparación para la guerra. Por otro lado, sin duda, ciertos títulos sólo designan ocupaciones efímeras («de puertas», *ad portam*), mientras que otros implican una función permanente.

Un joven que ingresa en el ejército pasa primero por el consejo de revisión *(probatio)*; una vez reconocido como apto *(probatus)*, se convierte en recluta *(tiro)*, siéndolo durante cuatro meses. Al cabo de ese tiempo presta juramento y sirve como combatiente. El término *miles* designa a cualquier militar, desde el simple soldado *(gregalis)*[65] hasta el general,[66] pasando por el veterano que conserva ese título hasta la

63. Véase n. 1. Para todo este capítulo, consultar igualmente a Vegecio, II, 7 y Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 185 (aquí no volveremos a presentar todas las fuentes ni toda la bibliografía).

64. Véase, por ejemplo, E. Birley, *Roman Britain and the Roman Army*, 1953; B. Dobson, *Anc. Soc.*, III, 1972, pp. 193-207; D. J. Breeze, *Bonner Jahrb.*, CLXXIV, 1974, pp. 245-292.

65. *Corpus inscr. lat.*, V, n.º 940, VI, n.º 2.440, y IX, n.º 5.840.

66. Plinio el Joven, *Pan.*, X, 3 (Trajano es *dux*, *legatus*, *miles*).

muerte. Pero ya aquí se da una cierta clasificación: a algunos de los alistados se les dispensa de la realización de las tareas propias del servicio, a otros se les paga más.

La jerarquía elemental

Títulos		Tareas	Sueldo
Munifex (trabajos mecánicos)[67]	*simplaris*	Sí	1
Immunis (exento)	*simplaris*	No	1
Immunis = *principalis*[68]	*sesquiplicarius*	No	1 1/2
	duplicarius[69]	No	2
	triplicarius[70]	No	3

Además, ciertos títulos llevan aparejado un honor particular. El candidato ha sido designado por el oficial para ocupar un cargo cualquiera; el cornicularío toma el nombre de una condecoración constituida por dos pequeños cuernos que cuelgan de su casco: preside el estado mayor particular de un oficial; el «beneficiario» debe su apelativo al hecho de haber recibido una misión, un «beneficio», de un tribuno o de un prefecto del que ha actuado como asistente;[71] algunos sirven como mayordomos; otros vigilan las prisiones y los lugares de descanso de los correos del Estado (las *stationes* del *cursus publicus*).

Otros títulos implican el ejercicio de una autoridad. Al curador se le ha encargado una misión *(cura)*; bajo Augusto, el de los veteranos mandaba el destacamento de antiguos combatientes. Un maestro *(magister)* dirige la artillería y, a partir de Aureliano, otro hace lo propio con la caballería; en el siglo III, poco a poco ese apelativo va convirtiéndose en sinónimo de *optio*. El *optio* es el adjunto de un personaje cualquiera que ocupa un cargo, particularmente un centurión (se trata del *optio* simple); algunos de ellos constituyen una elite: son los llamados *ad spem ordinis* o *spei*, y son futuros centuriones. En latín clásico, *disco* significa «aprender», pero en el lenguaje militar y en el Bajo

67. *Corpus inscr. lat.*, V, n.° 896 (¡pero raras veces presume de ser un simple *munifex*!).
68. *Corpus inscr. lat.*, IX, n.os 1.617 y 5.809. M. Clauss, *Principales*, 1973 (desde el siglo I); E. Sander (nunca antes del siglo II; véase n. siguiente).
69. E. Sander, *Historia*, VIII, 1959, pp. 239-247.
70. Sólo se conoce un *triplicarius*: *L'Année épigraphique*, 1976, n.° 495.
71. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, III, 208, 25 *(épophélés)*. J. Ott, *Die Beneficiarier*, 1995, Stuttgart; J. Nellis-Clément, *Les beneficiarii*, 2000, Burdeos.

Imperio ese verbo quiere decir, en ocasiones, «enseñar»: los *discentes*, cercanos a los «doctores», son instructores, e inician en su oficio a los portadores de las águilas o de los estandartes de la caballería, a los arquitectos o a los jinetes. Se llama *evocatus* a cualquier militar que continúa en servicio después de la duración legal; ese término puede aplicarse también a un oficial,[72] pero se recurrió fundamentalmente a esa práctica con soldados que poseían una elevada cualificación en la administración, la policía, el marcado de límites, la edificación o el aprovisionamiento y, sobre todo, en el dominio de la instrucción; proceden casi siempre del pretorio *(euocati Augusti)*, a veces de una legión, y ocupan un rango elevado: por su dignidad se sitúan inmediatamente por detrás del último centurión de la unidad.[73] Finalmente, los veteranos, incluso aunque ya no pertenezcan al ejército, conservan el prestigio.

CARGOS PROPIAMENTE MILITARES

Las armas

Nos encontramos con la clasificación moderna: infantería, caballería y artillería. Seguramente, la infantería es superior en número. Quienes combaten en primera línea, por delante de los estandartes *(signa)*, se llaman *antesignani*, y los demás *postsignani*.[74]

La caballería, formada por ciento veinte hombres, quizá fue suprimida por Trajano y posteriormente restablecida, como muy tarde desde Adriano; en la época de Galieno contaba con setecientos veintiséis soldados.

Como hecho excepcional, no está mandada por decuriones, sino por centuriones, asistidos por diversos suboficiales: portaestandarte *(uexillarius)*, responsable de la contraseña *(tesserarius)* y asistente, forrajeador *(pollio)* y palafrenero *(mulio)*. La instrucción queda confiada al maestro del campo de maniobras *(magister campi)*, al responsable del entrenamiento *(exercitator)* y al instructor *(discens)*. El cuidado de los caballos se le adjudica al palafrenero ya citado, al veterinario *(pequarius)* y, quizá, si es que esa palabra designa al forrajeador y no al responsable de la propiedad de las armas, al *pollio*.[75] También se ignora quién era el *hastiliarius*, pues de él sólo se sabe que sirve en la ca-

72. *Corpus inscr. lat.*, XIII, n.º 5.093.
73. *Corpus inscr. lat.*, XIII, n.º 6.081.
74. Frontino, *Strat.*, II, 3, 17; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, V, 638, 5.
75. A. D'Ors, *Emerita*, XLVII, 1979, pp. 257-259 (pollos).

llería; esa palabra se ha relacionado con *hastile*, «asta de jabalina». Tampoco se sabe más sobre el cuestor de la caballería:[76] ese suboficial paga algo, claramente el aprovisionamiento. Recordemos finalmente que es un tribuno, sin duda el *sexmenstris*,[77] quien manda en el combate a los legionarios montados.

En cuanto a la tercera arma, la epigrafía nos da a conocer la existencia de artilleros *(ballistarii)*, expertos en artillería *(doctores ballistarum)*, que se encuentran a las órdenes del maestro de las balistas. No creemos que el arquitecto de la legión haya desempeñado un papel importante en este terreno; por el contrario, los *libratores*,[78] de los que conviene precisar que no constituía su función principal, lanzaban proyectiles y glandes.

Pero la infantería continúa siendo «la reina de las batallas»; para Roma, la legión cuenta con una doble ventaja; por un lado, permite poner en juego un elevado número de hombres; por otro, esa masa puede maniobrar con comodidad; los oficiales disponen de dos medios para transmitir sus órdenes.[79]

La transmisión de órdenes

En primer lugar, los soldados deben seguir sin perder de vista sus estandartes. Cada legión cuenta con un águila a la que se le rinde culto, y que es servida por un portaáguila *(aquilifer)*[80] (lám. V, 7); sobre ese suboficial, que aprende su tarea de un *discens*, pesa una gran responsabilidad. Cada manípulo (agrupamiento de dos centurias) posee un *signum* confiado a un *signifer*[81] (lám. V, 8) que muestra el camino a seguir, en la marcha y en el combate, y que, en el campamento, supervisa los depósitos de dinero colocados bajo el oratorio de las enseñas, así como el mercado en que se aprovisionan los soldados; para esas actividades civiles se hace secundar por asistentes *(adiutores)*; los *signiferi* se encuentran organizados: de ellos se tiene conocimiento de un *principalis*, de *optiones* y *discentes*. Además, la caballería sigue a un portador de *uexillium*, llamado *uexillarium* y no «*uexillifer*», y a quien no debemos confundir con su homónimo, el

76. *L'Année épigraphique*, 1969-1970, n.º 583.

77. César, *B. G.*, VII, 25, 3; *G. C.*, II, 2 y 9, 4; Vitruvio, *Arch.*, X, 10-16; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 2 (80); Vegecio, II, 10 y 25; Amiano Marcelino, XIX, 7, 6 y XXIII, 4, 7. E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery*, 1971.

78. Tácito, *An.*, II, 20, 4, y XIII, 39, 5 (la lectura *libratores* de algunos manuscritos es mejor que la inusual *libritores*).

79. Arriano, *T.*, XXVII.

80. Tácito, *H.*, III, 50, 2 y 52, 1.

81. Frontino, *Strat.*, II, 8, 1; Arriano, *T.*, XIV, 4. F. Rebuffat, *Les enseignes sur les monnaies d'Asie Mineure*, 1997, París.

miembro de una «vexilación» (lám. VI, 9); también aquí hay numerosos *discentes*. Finalmente, debemos recordar, aunque no se trate aparentemente de una función táctica, al *imaginifer*, encargado de presentar el busto imperial, o los bustos imperiales, en las ceremonias; se ignora si deberíamos contabilizar uno por legión o uno por cada emperador divinizado; por el contrario, se ha llegado a establecer que uno de ellos se hallaba inscrito en la III cohorte, lo que contradice la tesis que defiende que se encontraban ligados obligatoriamente a la primera.

En segundo lugar, los soldados deben obedecer señales auditivas; evidentemente tienen que estar atentos a la voz de sus superiores, pero también a determinados toques musicales. Éstos señalan la diana y el cambio de guardia,[82] y sirven sobre todo para señalar las tácticas. En el combate se utilizan tres instrumentos: la trompeta recta *(tuba)*[83] se dirige a todos los soldados, a quienes da la señal de asalto y la de retirada, así como la partida del campamento; se deja oír también en las ceremonias sagradas. El corno *(cornu)*, que es una tuba curvada y reforzada por una barra metálica, lo que la convierte en diferente del anterior instrumento;[84] en la batalla, suena especialmente dirigida a los portadores de *signa*. Normalmente, las trompetas y las cuernas tocan al unísono[85] para dar aviso de que se debe avanzar contra el enemigo, que hay que trabar combate, y en las celebraciones religiosas como la suovetaurilia, consistente en el sacrificio de un cerdo, un toro y un carnero. La bocina, a la que apenas se recurre, se conoce mal: quizá era una *tuba* algo más corta y que dibujaba un arco suave (lám. VII, 10). Quienes hacían uso de la trompeta debían purificar el instrumento en el curso del *tubilustrium*. En una legión se cuentan treinta y nueve: veintisiete para los manípulos de las cohortes II a X, cinco para las centurias de la I cohorte, tres para la caballería y tres para los oficiales.[86] Los tocadores de corno no son más que treinta y seis; se hallan organizados siguiendo el modelo de los *tubicines*, aunque casi nunca se encuentran junto a los oficiales. Tanto en un caso como en el otro se atestigua la presencia de *optiones*. La dificultad la presentan los *bucinatores*: el escaso número de inscripciones que los mencionan, un pasaje de Vegecio y otro de los glosarios latinos, hace pensar que la bocina era un segundo instrumento que tocaban algunos *tubicines* o ciertos *cornicines*.[87]

82. Frontino, *Strat.*, I, 1, 9; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 3 (86).
83. Frontino, *Strat.*, I, 1, 13; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 3 (89, 90, 91).
84. Tácito, *An.*, I, 28, 3.
85. Tácito, *An.*, I, 28, 3; 68, 3; Columna Trajana, n.ºs 7-8 y 77-78.
86. Arriano, *T.*, XIV, 4.
87. Vegecio, II, 22 (véase Modesto, XVI); G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, V, 50, 18.

Aunque sólo se trate de un cargo táctico, debemos recordar también al *hydraularius* que interpreta el órgano en la ejecución de algunos ritos.[88] En la Columna Trajana pueden verse a flautistas que acompañan la purificación del campamento *(lustratio)*:[89] estos últimos pueden ser civiles (quizá incluso esclavos).

	Vegecio			Glosarios		
Títulos	*tubicen*	*cornicen*		*tubicen*		*cornicen*
	↓	↙	↘	↙	↘	↓
Instrumentos	*tuba*	*cornu*	*cornu* + *bucina*	*tuba*	*tuba* + *bucina*	*cornu*

La seguridad

Esa preocupación meticulosa por la distribución de los cargos está también relacionada estrechamente con la seguridad del campamento. Con este fin se utilizan perros,[90] que rastrean a espías y desertores, y que despiertan a los vigilantes dormidos; y, por encima de todo, se confía en los soldados. Entre los centinelas *(excubitores)* hay algunos muy especializados; unos vigilan la capilla de las enseñas *(aedituus)*, o más concretamente los *signa (ad signa)*, otros la sala de ejercicios *(custos basilicae)*, los armeros *(custos armorum)*, las termas *(ad balnea)*, los graneros *(horrearius)* y la puerta *(ad portam)* del campamento o de cualquiera de sus monumentos. Sin duda, una función muy próxima a esta última es la que ejerce el *clauicularius*, «portero» (del campamento). Se efectuaban rondas a lo largo de un *circitor*, y los soldados de guardia recibían una contraseña, escrita en una tableta que portaba un «teserario» (había uno por centuria; algunos de ellos iban a caballo). A este respecto, no podemos dejar de recordar la actitud admirable de Antonino Pío; sabiéndose próximo a la muerte, el emperador respondió así al soldado que vino a preguntarle qué contraseña

88. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, III, 84, 24; Dion Casio, LXIII, 26.
89. Columna Trajana, n.os 37 y 74.
90. P. Roussel, *Rev. Ét. Grecques*, XLIII, 1930, pp. 361-371; J. y L. Robert, *Journal Savants*, 1976, pp. 206-209.

debería trasmitir a los centinelas: «Igualdad de espíritu *(aequanimitas)*.» Finalmente, el *horologiarius* indica a los músicos en qué momento deben señalar los cambios de guardia.

Pero no sólo está el campamento; en todo momento hay que proteger especialmente a los oficiales, y asegurarles una escolta que testimonie su dignidad. En su origen, esa misión incumbía a los diez *speculatores*;[91] después, a éstos se les confiaron tareas diferentes: al haber servido de exploradores, se convirtieron en correos, oficiales de justicia y, en ocasiones, policías y verdugos. Los legados de los ejércitos y, al menos desde Trajano, los de las legiones tenían derecho a guardias de corps (*singulares*, procedentes de las tropas auxiliares). Según algunos autores, el *secutor* sería un *singularis* de rango inferior, pero conocemos uno que percibía doble sueldo. Algunos oficiales tenían derecho al menos a un caballerizo *(strator)* y a un mayordomo *(domicurius)*.

Pero ese último título nos aleja de los cargos estrictamente militares. Cuando el ejército se desplaza, es necesario que los mandos conozcan los movimientos del enemigo. Los *speculatores*, en otro tiempo exploradores, cuando las condiciones son normales, transmiten esa tarea a los *proculcatores*, y excepcionalmente a los *mensores*; finalmente, el *explorator* observa los movimientos del adversario.[92]

La instrucción[93]

A todos esos cargos hay que añadir otros que desempeñan un papel fundamental. Los historiadores han descuidado enormemente la preparación para el combate. Presidido por un «veterano» condecorado,[94] que ha regresado al servicio activo, o instructor, el ejercicio tiene lugar en un terreno determinado que se confía al *campidoctor*,[95] a su subordinado, el *doctor cohortis*, y a un *optio campi*. A los jinetes los entrena un *magister campi* y un *exercitator*; a los esgrimistas, un *doctor armorum* o *armatura* (también se conoce un *discens armaturarum*, de alguna manera un «formador de formadores»); a los hombres que practican la esgrima se les conoce como *quintanari*. Por tanto, como la tarea principal de los soldados consiste en hacer la guerra, hay que prepararse; para que puedan hacerlo con la mayor tranquilidad,

91. Tácito, *H.*, III, 43, 2.
92. Tácito, *H.*, II, 34, 1, y III, 54, 4.
93. G. Horsmann, *Untersuchungen zur militärischen Ausbildung*, 1991, Boppard-am-Rhein.
94. Plinio el Joven, *Pan.*, XIII, 5.
95. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 96, 56, y III, 353, 14; E. Beurlier, *Mél. Ch. Graux*, 1884, pp. 297-303.

el estado mayor les descarga de algunas preocupaciones materiales que se confían a servicios especializados.

Los servicios

El aprovisionamiento[96]

Los legionarios romanos recibían una alimentación abundante y más variada de lo que se ha dicho hasta ahora. Poseían un embrión de intendencia militar confiada a un veterano voluntario que vuelve al servicio activo y a los portadores de los *signa*,[97] asistidos por el cuestor (que paga) y por el *actarius* o *actuarius*,[98] que es quien lleva los registros. Se sabe de la existencia de un cantinero *(cibariator)*, pero en este campo la especialización se halla aún desarrollándose. La base de la alimentación es el trigo. En campaña, son los suministradores de trigo, los «frumentarios», los encargados de encontrarlo (en tiempos de paz, esos soldados sirven como correos y se ocupan quizá de la anona); en el campamento, el grano lo compra en el mercado un intendente *(dispensator)*, se le confía al guardián del almacén *(horrearius)*, lo muele un molinero *(molendarius)* y lo distribuye el *mensor frumenti*. El *librarius horreorum* lleva la contabilidad en todas las fases del proceso.

Los cazadores *(uenatores)* son los encargados de proporcionar carne en época de guerra; si no es así, el carnicero *(lanius)* es quien la compra, al tiempo que actúa como responsable del mercado. El *ad ligna balnei* tiene a su cargo el aprovisionamiento de la madera para calentar las termas. A partir de Septimio Severo, la parte de la alimentación aportada por el Estado da más sentido al *salariarius*.[99] Finalmente, el transporte de esas mercaderías incumbe a los carreteros *(ascitae y carrarii)*.

El cuerpo de ingenieros y los talleres

Es evidente que alguna de esas actividades podían dejarse en manos de civiles, pero el ejército tiende a vivir en la autarquía y, al desarrollarse, el servicio de ingeniería llegó a controlar una verdadera

96. Th. Kissel, *Untersuchungen zur Logistik des römischen Heeres*, 1995, St. Katharinen; J. Remesal Rodríguez, *Heeresversorgung und die wirschaftlichen Beziehungen zwischen der Baetica und Germanien*, 1997, Stuttgart.

97. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 18.224.

98. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXXIII, 13.

99. *Corpus inscr. lat.*, V, n.° 8.275; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 228, 8 (véase H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 2.542: *salariarius* municipal).

industria. En su origen, tenía como objetivo levantar en las expediciones un campamento sólido cada tarde. El *metator*,[100] que marchaba por delante de la tropa, debía encontrar el emplazamiento adecuado y distribuir a continuación las unidades; el geómetra *(librator)* se aseguraba de la horizontalidad de los niveles, de tal manera que sus competencias se utilizaron también para ayudar a los artilleros y, por ejemplo, para abrir canales;[101] el agrimensor *(mensor)*[102] marcaba el emplazamiento de los acantonamientos, delimitaba las tierras pertenecientes a la legión y podía suplir al arquitecto. Este último, cuyo rango se encuentra todavía mal definido, aseguraba la construcción de los edificios y la reparación de las máquinas de guerra:[103] desempeñaba casi las mismas funciones que el *librator*. En las fortalezas permanentes funcionaba un taller *(fabrica)* que producía armas y que se encontraba bajo la responsabilidad de un maestro *(magister)*[104] asistido por un ayudante y un *doctor*. Encontraremos por todas partes largas series de títulos correspondientes a las actividades de esa verdadera fábrica: pero los dos estudiosos[105] que han establecido esas listas han utilizado numerosos documentos de un dudoso carácter militar.

La sanidad militar[106]

Colocado en época tardía bajo la responsabilidad del prefecto del campamento, el servicio sanitario[107] incluye un personal numeroso y muy especializado. Entre los médicos *(medici)* aparecen simples *immunes, sesquiplicarii, duplicarii* e incluso centuriones; a algunos se les llama «ordinarios»: ¿son civiles agregados al ejército, son generalistas o, por el contrario, especialistas con rango de centurión? Se puede también suponer que son cirujanos que acompañan al ejército al combate en primera línea (véase n. 59); en la Columna Trajana[108] aparece uno de esos personajes, portando casco y espada, curando a un herido. El hospital poseía un *optio*, pero no se sabe para qué sirve el recipiente del que el *capsarius* recibe el nombre: ¿es para llevar documentos o apósitos? Sería entonces

100. Frontino, *Strat.*, II, 7, 12; Pseudo-Higinio, XLVI.
101. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 41-42 y 61-62 (¿eran soldados?).
102. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 17-18: existencia de un *mensor* civil.
103. Plinio el Joven, *pas. cit.*, n. 98; *Corpus inscr. lat.*, VI, n.° 2.725.
104. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, V, 168, 3.
105. E. Sander, *Bonner Jahrb.*, CLXII, 1962, p. 149; H. von Petrikovits, *Legio VII Germina*, 1970, pp. 246-247.
106. J. C. Wilmanns, *Medizin der Antike*, 2, *Der Sanitätsdients im römischen Reich*, 1995, Hildesheim.
107. J. Scarborough, *Roman Medicine*, 1969; R. W. Davies, *Epigr. Stud.*, VIII, 1969, pp. 83-99, y *Saalb. Jahrb.*, XXVII, 1970, pp. 1-11; R. J. Rowland, *Epigraphica*, XLI, 1979, pp. 66-72.
108. Columna Trajana, n.° 29.

una especie de farmacéutico. Se sabe también de la existencia de secretarios médicos *(librarii)*, y de formadores *(discentes)* para esas dos últimas funciones. El *marsus*[109] sería a la vez un mago y un especialista en herpetología. En fin, el ganado se hallaba confiado a un veterinario *(pequarius)*; es posible que los pollos tuvieran asimismo derecho a un especialista, el *pollio*, y también los camellos (*ad* o *cum camellos* [*sic*]). Pero el ejército romano no se preocupaba sólo de los hombres y de los animales: se esfuerza también y por encima de todo de satisfacer a los dioses.

Los sacerdotes

Cada legión cuenta con un arúspice, encargado de leer los presagios en las entrañas de los animales sacrificados. A esas víctimas las prepara el *uictimarius*, sin duda equivalente al *ad hostias*. El *pullarius* es quien guarda los pollos sagrados.

Todas esas funciones nos alejan más y más de los cargos tácticos que, no debe olvidarse, siguen siendo esenciales. Conviene, por tanto, examinar al personal administrativo.

LAS FUNCIONES ADMINISTRATIVAS

El personal

La responsabilidad de la documentación en general está confiada a las «gentes de las actas», los *exacti*; uno de ellos, el que registra los detalles del servicio diario y es responsable de la anona a partir de Septimio Severo,[110] tiene el título de *actarius* o *actuarius*. El *commentariensis*, llamado también *a commentariis*, a las órdenes de un procurador en jefe *(summus curator)*, se ocupa de los archivos cuando éstos tienen únicamente carácter militar; por el contrario, el *librarius*[111] se especializa en contabilidad (por lo que, en ocasiones, se le conoce como «archivero de cuentas», *librarius a rationibus*), y trabaja igualmente para el servicio estatal de correos. Cuando el legado da órdenes, éstas son registradas de inmediato por un estenógrafo, el *notarius* o el *exceptor* (existen ambos títulos, pero es difícil conocer la diferencia entre ellos). Finalmente, el ejército utiliza sus propios intérpretes:[112]

109. *Historia Augusta, El.*, XXIII, 2; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 127, 26; IV, 536, 21. L. Robert, *Hellenica*, I, 1940, p. 136.
110. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXXIII, 13.
111. *Talmud de Babilonia, Moed Katan*, 13a.
112. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 314, 38; 90, 21, etc.

interpres Dacorum, Germanorum; se trataba de obtener información a cualquier precio; con ese fin, se podía llegar a destacar hombres entre los bárbaros, como aquel soldado enviado a tierras de los garamantes. Hay también algunas otras funciones de las que se nos escapa su naturaleza concreta: el *cerarius* escribía sobre tabletas de cera,[113] y el *canalicularius*, que era más un empleado de la escritura que un técnico en aguas.[114] Algunos oficiales disponían también de un secretariado: *immunis legionis, legati, consularis* intervenían en esas funciones. En fin, todos esos soldados estaban asistidos por ayudantes *(adiutores)*.

Las oficinas

Algunas personalidades más o menos importantes, como el procónsul de África o el prefecto del litoral del mar Negro, tienen derecho a la asistencia de suboficiales destacados del ejército más próximo, de cornicularios, de beneficiarios, etc.

Los legados, prefectos y tribunos están secundados cada uno por una administración específica *(officium)*, situada por lo general a las órdenes de un cornicularío; este último y sus colegas se reagrupan, a su vez, en una oficina, llamada también *officium*, de la misma manera que el servicio de contabilidad *(officium rationum)*. Los soldados agregados al servicio del comandante de la legión se hallan subordinados al *optio* del pretorio y a un centurión. A. von Domaszewski ha realizado numerosos cuadros de esos estados mayores. Podemos esquematizar y poner al día sus resultados.

Los archivos *(tabularia)*, que sirven también como cajas contables, están igualmente dirigidos cada uno de ellos por un corniculario; se cuentan como mínimo tres: el del «campamento», el del «centurión *princeps*» y el de los «*stratores*», caballerizos que realizan asimismo funciones administrativas. Están aún por precisar las diferencias existentes entre esos tres servicios.

Finalmente, los fondos de la unidad los gestiona la cuestura a las órdenes de un cuestor, a quien no se debe confudir con su homónimo de los colegios, asociaciones de suboficiales con fines religiosos. Esa personalidad se halla asistida por esclavos y libertos, vinculados con las finanzas de la legión o incluso de la provincia, y que duplican a algunos militares, de la misma manera en que esclavos y libertos imperiales duplican a los procuradores. Se conoce, entre ellos, el cajero *(arkarius)*, el contable *(tabularius)*, el tesorero-pagador *(dispensator)* y el ayudante *(uikarius)*. En cuanto al soldado a quien estos documentos redactados en cursiva lla-

113. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, V, 566, 14.
114. M. Clauss, *Principales*, 1973, p. 41.

Los estados mayores de los oficiales, según A. von Domaszewski y B. Dobson

	Roma				Fronteras								
					Legiones						Auxiliares		
	Prefecto de la ciudad	Tribuno urbano	Prefecto del pretorio	Tribuno del pretorio	Legado gobernador	Legado de legión	Tribuno laticlavio	Prefecto	Tribuno angusticlavio	Tribuno *sexmenstris*	Prefecto ala	Prefecto cohorte	*Praepositus* de *numerus*
actarius						x					x	x	x
adiutor :													
cornicularii				x									
librarii						x							
principis					x								
officii corni-culariorum					x								
tabularii stratorum					x								
beneficiarius	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	
commentariensis	x				x					x			
cornicularius	x	x	x	x	x	x	x	x			x	x	x
discens								x					
domicurius					x								
eques						x							
exactus			x		x	x							
exceptor					x								
frumentarius					x								
haruspex					x								
immunis					x			x					
immunis cerarius						x							
interpres					x								
librarius				x	x	x		x			x	x	x
optio	x										x		
pullarius													
a quaestionibus	x		x		x								
quaestionarius					x								
secutor		x		x					x				
singularis		x	x	x	x	x	x				x		
speculator					x								
stator						x					x		
strator					x	x					x		
uexillarius											x		
uictimarius					x								

man *ad anuam*, podemos preguntarnos si no debemos ver en él un *ad annua*,[115] encargado de pagar las pensiones de los veteranos, aunque sólo se trata de una hipótesis. Pero aún falta recordar un último asunto sobre el que se ha escrito mucho y notablemente muchas tonterías.

La justicia y la policía

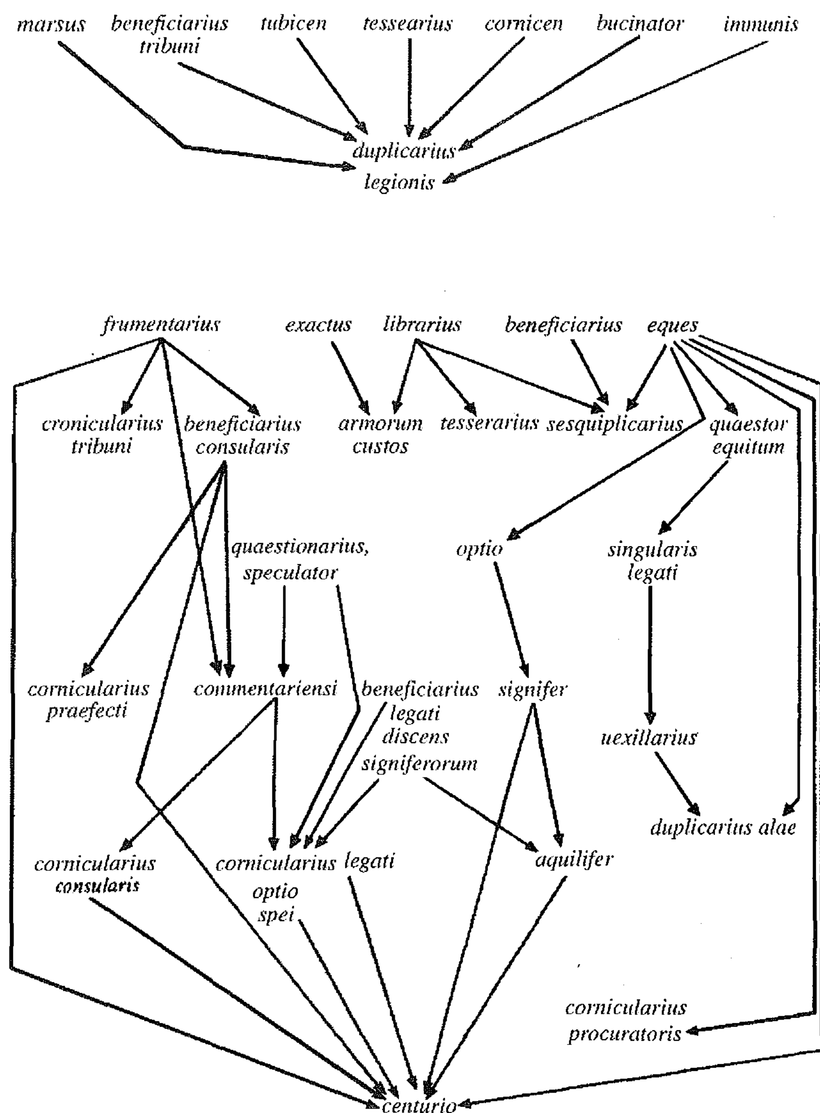
En efecto, como según las órdenes no importaba si, llegado el caso, un legionario podía detener al causante de un problema, interrogarlo e incluso ejecutarlo, algunos autores han hecho una descripción de los soldados como si pasasen el tiempo a la caza de sospechosos. La realidad es mucho más simple. En el interior del campamento, el orden lo asegura un puesto de policía *(statio)* mandado por uno de los tribunos;[116] las celdas de arresto las guarda un ayudante y es el *quaestionarius* quien se encarga de aplicar la tortura. Se recurre a un *stator* (no debe confundirse con el *strator*, caballerizo) para la detención y la condena de los militares culpables de delitos menores. Fuera de la fortaleza, el ejército puede enviar hombres para asegurar la vigilancia de las prisiones civiles, municipales, y para detener a los culpables; con este fin, utiliza habitualmente a los beneficiarios y a los frumentarios, a los *speculatores* y a los *commentarienses*. Finalmente, pequeñas guarniciones de *burgarii* y de *stationarii* tienen la misión de vigilar a los viajeros y la red viaria. En la ciudad, algunos soldados reciben un bastón, el *fustis*, tomado en ocasiones erróneamente por el sarmiento, símbolo del centurión, para calmar el ardor de eventuales manifestantes.[117]

Es, por tanto, bien evidente que una legión cuenta con una gran diversidad de especialidades, algunas de las cuales siguen siendo todavía hoy un misterio: ¿Es el *ad fiscum* un recaudador? ¿Se halla el *ad praepositum* agregado a un suboficial jefe del campamento en un puesto de pequeñas dimensiones? ¿Y es el *conductor* un responsable de finanzas encargado de adquirir los abastecimientos? Sobre todo eso sólo contamos con hipótesis.

Las promociones y los traslados

Se constata también que, durante el servicio, los soldados dejan un destino para ocupar otro. Así se puede citar el caso de un habitante de Verona conocido por el epitafio que hizo colocar su esposa:[118] «Lucius

115. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 31, 2; Suetonio, *Vesp.*, XVIII.
116. Tácito, *H.*, I, 28, 1.
117. M. P. Speidel, *The fustis, Ant. Afr.*, XXIX, 1993, pp. 137-149.
118. *Corpus inscr. lat.*, V, n.º 3.375.



Sertorius Firmus, hijo de Lucius, de la tribu Publilia, portador de *signum*, portaáguila de la XI Legión Claudia, pía y fiel, liberto, procurador de los veteranos de la misma legión, su mujer, Domitia Prisca, hija de Lucius (ha hecho grabar esta inscripción).» En algunos casos, el cambio no parece ir acompañado de beneficios sustanciales, por ejemplo, financieros: en otros se observa, sin lugar a dudas, una promo-

ción: Plotius Firmus, simple legionario, consiguió la prefectura del pretorio, pero es cierto que ese hecho tiene lugar durante la Guerra Civil, en el año 69.[119] Por lo general, cualquier progresión en la jerarquía queda al libre albedrío de los superiores, es decir, en teoría, del emperador. En ocasiones, el cambio puede acaecer *ex suffragio*; esta práctica, característica del ejército romano, muestra a las claras la importancia que tenían los hombres, considerados siempre como ciudadanos romanos: en medio de una reunión cualquiera, por ejemplo en un desfile, los soldados pueden pedir por aclamación que uno de ellos obtenga tal cargo. Tácito[120] muestra el uso perverso que puede hacerse de esta práctica: «Para habituar al soldado a la licencia, él [un mal general] ofreció a las legiones los grados de los centuriones muertos. Sus sufragios *(suffragia)* aseguraron la elección de los más turbulentos.» Podemos representar en un cuadro los movimientos de personal conocidos hasta el presente (véase página anterior).

La tropa en otras unidades diferentes a las legiones

En las unidades distintas de las legiones encontramos, más o menos, los mismos títulos; de todas maneras, como contamos con una documentación mucho menos abundante, algunas funciones no han sido todavía confirmadas en las tropas auxiliares, en la marina o en Roma; pero ese silencio no significa que no hayan existido. Por el contrario, algunas especialidades caracterizan, por ejemplo, a los vigilias que deben actuar, a veces, como bomberos. Será obligado, entonces, limitarse a algunas generalizaciones y a ciertas peculiaridades. Recordemos, en primer lugar que, como sólo las legiones llevan un águila, en las restantes unidades no encontraremos un *aquilifer*.

Es posible hacer una excelente carrera en el seno del pretorio: Lucius Pompeius Reburrus,[121] un hispano, ingresó en la VII Cohorte a partir del consejo de revisión; después sirvió como beneficiario del tribuno, «teserario», ayudante, portador del *signum*, procurador de finanzas, corniculario del tribuno y, finalmente, *«évocat»* (veterano reenganchado después de la licencia), o, con mayor precisión «reenganchado imperial», un título reservado únicamente a los pretorianos (los demás «reenganchados» no tienen derecho al epíteto de «imperiales»). En cuanto a los cargos militares, se sabe que los *signa* llevan en este cuerpo un retrato del emperador, lo que explica la ausencia

119. Tácito, *H.*, I, 46, 1; Dion Casio, LXXVIII, 14 (soldado convertido en procurador).
120. Tácito, *H.*, III, 49, 3-4.
121. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 2.610.

de *imaginifer*. Es evidente que se da ahí un refuerzo de la seguridad: se conoce la existencia de un portero (¿del campamento?), el *ostiarius*, y un topógrafo, encargado, sin duda, de intervenir por lo general en operaciones de orientación *(chorographiarius)*. Se ignora la función exacta del *tector*,[122] pero es obligado creer que se hallaba relacionada con la guardia imperial de los *equites singulares Augusti*. Un «experto en el oficio de arquero» interviene en el adiestramiento. Está atestiguada también la existencia de un *caelator*, grabador o cincelador (¿para las armas?), así como la de sacerdotes que llevan nombres particulares (*sacerdos* y *antistes*). Pero es la administración la que se nos muestra pletórica, lo que nada tiene de extraño si se recuerda que el prefecto del pretorio hace igualmente la función de primer ministro y de ministro de la Guerra: el *scriniarius* y su superior, el *primoscriniarius*, trabajan en las oficinas, lo mismo que el *laterculensis*, encargado de la redacción de las listas de soldados, y el *fisci curator*, que administra las sumas entregadas por el tesoro imperial a las cohortes. Finalmente, tenemos los que deben preparar en particular los combates del anfiteatro: con ese fin se mantiene un «guardián del zoo», el *custos uiuarii*.

Si las cohortes urbanas apenas presentan singularidad alguna (cuentan asimismo con un *fisci curator*), los vigilias, por el contrario, se singularizan en razón de su función particular: luchan contra el fuego. El *sifonarius* acciona la bomba contra incendios, ayudado por el *aquarius*; el *uncinarius* maneja un gancho para desescombrar, y el *falciarius* un instrumento parecido a una hoz (por desgracia no se sabe muy bien qué hace el *emitularius*). Además, un *codicillarius* realiza funciones administrativas mal definidas.

Por lo que se refiere a las demás unidades de la guarnición de Roma, se puede recordar entre los guardias de corps *(equites singulares Augusti)* al *tablifer*, portaestandarte, y el *turarius*, sacerdote de cultos de Tracia, así como, en el campamento de los desplazados, el *aedilis*, vigilante de los mercados o de los templos.

Las unidades de tropas auxiliares se parecen mucho a las legiones, excepto en que los jinetes se hallan organizados en turmas. Los *numeri* cuentan con correos *(ueredarii)* y mensajeros (*baiuli*,[123] a razón de uno por turma).

Por otro lado, la marina presenta más particularidades por el hecho de la existencia de cargos que le son propios. Los marinos, llamados «soldados» *(milites)*, y no «marineros» *(nautae)*, cuentan con suboficiales especializados en navegación: el timonel *(gubernator)*, el

122. M. Clauss, *Principales*, 1973, p. 80.
123. *Code théodosien*, II, 27, 1 (2).

«oficial» de proa *(proreta)*, el maestro de las velas *(uelarius)*, el jefe de los remeros (*celeusta* o *pausarius*) y el suboficial encargado de portar el ritmo de la cadencia *(pitulus)*. En tierra, del barco se encargan los obreros de los arsenales *(fabri nauales)*: es posible que tengan por jefe al *nauphylax*. En fin, en el campo de la religión se sabe de la existencia de un *coronarius*, cuyo título se halla relacionado con las coronas utilizadas en determinadas ceremonias.

Ya se ve que las unidades diferentes de las legiones ofrecen algunas peculiaridades. Pero es posible que nuevos hallazgos muestren la existencia, aquí o allá, de esta o aquella función que hasta ahora no ha sido atestiguada más que en otro cuerpo. Sea como fuere, tres tipos de unidades presentan una cierta originalidad: el pretorio por sus actividades administrativas, los vigilantes por su papel en la lucha contra incendios, y la marina.

La vida militar

En cualquier caso, en todas esas unidades, los soldados llevan una vida muy parecida: ejercen actividades análogas, que les valen castigos y recompensas escasamente diferentes entre sí.

LAS ACTIVIDADES COTIDIANAS

Para conocer la vida cotidiana de los militares, los arqueólogos rebuscan en los vertederos de los campamentos (que, junto con las necrópolis, constituyen sus lugares predilectos). Allí, quizá encuentren una parte de los archivos del jefe de correos, al menos cuando las condiciones climáticas permiten la conservación. De esa forma, se han descubierto papiros, la mayor parte en Egipto y algunos en Siria, en Dura-Europos. También se dispone de una serie de *ostraka* encontrados en Bu-Njem,[124] Libia; se trata de fragmentos de cerámica en los que se hallan recogidas en notas las efemérides de esa fortaleza. Se ha encontrado un informe diario, que muestra el número de hombres (variable de 42 a 63), las cuentas rendidas por acontecimientos cotidianos que nos hablan de cuatro incidentes, así como la correspondencia que dirigían los soldados destacados en minúsculas posiciones alrededor de la fortaleza. Pero las fuentes literarias vuelven a ser, una vez más, insustituibles. Un pasaje de Tácito[125] muestra que, al me-

124. R. Marichal, *Comptes rendus Acad. Inscr.*, 1979, pp. 436-452.
125. Tácito, *An.*, I, 34, 3.

nos en ciertos momentos, la vida militar no estaba exenta de una cierta dureza. Los hechos en cuestión suceden poco después de la muerte de Augusto; las legiones que defienden la margen izquierda del Rin se han sublevado, y su general, Germanicus, regresa con toda urgencia a su campamento: «Una vez atravesada la empalizada, comenzó a oír quejas discordantes. Y algunos, tomándole la mano como si se la fueran a besar, le hacían introducir los dedos para que tocara sus encías sin dientes; otros le mostraban sus miembros encorvados por la vejez.»

Ese agotamiento de los soldados se explica ciertamente por la dureza del servicio, pero, por encima de todo, por la ejecución de sus diversas misiones (véase p. 20): deben ejercer tareas administrativas, llevar el correo oficial, percibir ciertos impuestos y trabajar en obras públicas; sobre todo, están obligados a ejercitarse y a hacer la guerra. No obstante, algunos ejércitos (por ejemplo, el de Hispania en el siglo II), estaban menos expuestos que otros a un peligro exterior (el caso contrario sería el de Germania), y eso era bien conocido, suscitando la satisfacción de unos y los celos y las ironías de otros.[126]

A todo eso hay que añadir, siempre, el servicio cotidiano, que comenzaba ya por la formación matinal. Los soldados se presentaban ante sus centuriones, éstos ante los tribunos, y los oficiales ante el legado, que les entregaba la contraseña y el orden del día;[127] a continuación, unos formaban destacamentos para ir a buscar leña, grano, avituallamientos, agua,[128] o para ocupar y defender pequeños puestos fronterizos; otros, enviados en patrulla, se encargaban de inspeccionar los alrededores de la fortaleza; a otros más se les confiaban las tareas exigidas por la vida común: había que nombrar centinelas, sobre todo para las guardias nocturnas,[129] efectuar la limpieza (nota precedente) de los caminos del campamento y de los diferentes locales, realizar las funciones de ordenanza. Algunos soldados, los *immunes*, se hallaban dispensados permanentemente de hacer esos trabajos; en cuanto a quienes sufrían un acceso de pereza, siempre podían comprar una exención a su centurión:[130] no puede dejar de sorprender esa práctica a aquellos de nuestros contemporáneos que imaginaban que el ejército romano estaba sometido a una disciplina de hierro igual para todos.

A lo largo del día, a todas esas tareas podían añadirse algunas ceremonias, entre las cuales figuraban naturalmente los desfiles que, por otra parte, no se efectuaban a paso cadencioso. Antes hemos visto

126. Tácito, *H.*, II, 80, 5.
127. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 3 (87).
128. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 3 (85).
129. Tácito, *An.*, XI, 18, 3.
130. Tácito, *H.*, I, 46, 3-6, y *An.*, I, 17, 6.

la descripción que hace Tácito de la entrada de Vitelio en Roma, el año 69 (p. 35): en cabeza venían los legionarios, seguidos de las alas de la caballería, después las cohortes de auxiliares; la tropa iba precedida por sus oficiales. «Por delante de las águilas marchaban los prefectos de campamento, los tribunos y los centuriones de primer rango, todos ellos vestidos de blanco; los demás flanqueaban cada uno a su centuria, en medio del brillo de sus armas y de sus condecoraciones; en cuanto a los soldados, relucían sus faleras y collares: espectáculo imponente, ejército digno de un príncipe, lo que no había sido Vitelio.»[131] El mismo emperador o su representante, el legado, podían dirigirse a los hombres: la civilización romana es una civilización del verbo, y la palabra ocupa un lugar importantísimo. Esta ceremonia, la *adlocutio*, figura varias veces en monedas (lám. VII, 11), en la Columna Trajana y en la Columna Aureliana, en la que se ven igualmente numerosas ceremonias religiosas, ejecución de diversos sacrificios, purificación del ejército *(lustratio)*, etc.: la religión desempeñaba igualmente un papel importante en las mentalidades colectivas de la época (véase cap. IX de la parte III).

Documentos, *ostraka* y tabletas de madera,[132] recientemente publicados en lo que tienen de más esencial, completan la aportación de la papirología por lo que se refiere a la vida cotidiana y las mentalidades colectivas. Están constituidos por cartas de recomendación, que los soldados utilizaban con profusión, y presentan otros tres importantes centros de interés. En primer lugar, se preocupan evidentemente por la vida militar. Los suboficiales rellenaban numerosos informes y estadillos del servicio. Señalaban por escrito a sus superiores todos los incidentes relacionados con sus subordinados y con el territorio que debían vigilar. Podían estar dedicados a entregar salvoconductos. Debían preocuparse por el aprovisionamiento, y realizaban inventarios de productos alimenticios. Hay listas de hombres que dan a conocer sus ocupaciones, ejercicios, guardias fijas, etc., y sus problemas de salud; la tasa de absentismo por motivos médicos parece haber sido bastante elevada. Por otra parte, los militares se ocupaban mucho de las cuestiones crematísticas. Prestaban o pedían préstamos, hacían recibos, se preocupaban por su salario y gastaban sus ingresos de diferentes maneras (alimentación, vestido, armamento, etc.). Finalmente, como todos los hombres de su época, tenían preocupaciones religiosas, que aparecen en la lectura de su correspondencia. El estudio del vocabu-

131. Tácito, *H.*, II, 89, 3 (véase 2).

132. R. Marichal, *Les ostraka de Bu Njem, Libya, Ant.*, Supl., VII, 1992; *Mons Claudianus, Ostraka graeca et latina*, I, 1992, y II, 1997; R. Birley, *Vindolanda's Roman Records*, 2.ª ed., 1994; M. A. Speidel, *Die römischen Schreibtafeln von Vindonissa, Veröffent. der Gesellschaft Pro Vindonissa*, XII, 1996.

lario y de la sintaxis de esa correspondencia permite, por otra parte, evaluar su nivel cultural; sin embargo, debemos ponernos en guardia ante el hecho de que se trata, por lo general, de una correspondencia privada, de notas tomadas deprisa, sin preocuparse por los efectos literarios, y bastante desordenada.

Los castigos

Debemos regresar a la dureza del servicio militar. La disciplina, en el sentido moderno del término —pues ya veremos que la acepción de esa palabra es diferente en latín (p. 144)—, se presenta bajo dos aspectos que pueden parecernos contradictorios. Por una parte, los soldados romanos, sobre todo los legionarios, que siempre son considerados ciudadanos, conservaban un alto grado de libertad ante los mandos y en su vestimenta (a ese respecto, hacen pensar más en el Tsahal —el ejército de Israel—, que en el de Federico II). Pero, por otra parte, en particular en combate, se hallaban sujetos a una obediencia ciega y sometidos a terribles castigos.

Suetonio evoca, alabándola, la severidad de Augusto.[133] «A un *equites* romano, que había hecho cortar los pulgares de sus dos hijos para librarlos del servicio, lo hizo vender en subasta con todos sus bienes, pero al ver que los recaudadores públicos [pertenecientes ellos también al orden ecuestre] se disponían a comprarlo, lo hizo adjudicar a uno de sus libertos, ordenándole que lo enviase al campo, pero dejándole vivir como hombre libre. Cuando la X Legión obedeció mostrando un aire de revuelta, la licenció entera con ignominia, e incluso, como otros reclamaran con una insistencia excesiva su licencia, lo hizo así sin concederles las recompensas debidas a los años de servicio. Cuando las cohortes habían retrocedido, las diezmaba y las alimentaba con cebada. Cuando los centuriones desertaban de su puesto, les castigaba con la muerte, como si se tratara de simples soldados y, en el caso de otras faltas, les infligía penas infamantes, condenándolos, por ejemplo, a mantenerse en pie ante la tienda del general, vestidos a veces únicamente con una simple túnica, sin cinturón, o a sostener en la mano una pértiga de diez pies o incluso un manojo de hierba.»

Ese texto muestra la diversidad de los castigos existentes, pero no los enumera todos. Se pueden clasificar en diversos grupos. Algunos de ellos tenían un carácter moral: ante una falta menor, el soldado se veía castigado a la realización de guardias suplementarias, o le envia-

133. Suetonio, *Aug.*, XXIV, 3-5.

ban a prisión o, por el contrario, se le obligaba a pasar la noche fuera de las murallas,[134] o incluso se le daba una comida peor a la que recibían sus compañeros: por ejemplo, se le entregaba cebada;[135] igualmente, podía recibir golpes: el sarmiento, bastón de mando del centurión, otorgaba a este último el derecho a golpear a los ciudadanos romanos, y ese poder tiene tanta importancia que, en las inscripciones, es ese instrumento esquematizado el que designa al oficial en cuestión (7).

Otros castigos eran de orden económico; suponían una disminución de los ingresos: multas y retenciones en las pagas, degradaciones (a un centurión se le degradaba a soldado, a un *duplicarius* a *simplaris*) y cambios de unidad (a un legionario se le destinaba a una cohorte de auxiliares); en los dos últimos casos citados, la pérdida financiera se acompañaba de una profunda humillación. Pero aún había casos más graves. Se podía disolver una unidad entera, como ocurrió con la X Legión según el texto de Suetonio que hemos citado anteriormente; y lo mismo sucedió con la III Legión Gallica con Heliogábalo y, en el 238, la III Legión Augusta; al haber tomado partido esta última contra Gordiano I y Gordiano II en África, Gordiano III, nieto del primero y sobrino del segundo, reconocido como emperador por el Senado de Roma, decidió castigar a la unidad que había provocado la muerte de su abuelo y de su tío. Finalmente, en casos extremos, para castigar a los desertores y a los cobardes, el comandante podía recurrir a la pena de muerte,[136] bajo la forma de un castigo individual o colectivo; en este último caso se diezmaba, es decir, alineados los soldados, se hacía salir de las filas a uno de cada diez; aquellos a los que el azar hubiera designado eran ejecutados en el propio campo.

Las recompensas

Por el contrario, los oficiales podían recompensar a los buenos soldados, en aplicación de una psicología sumaria, pero eficaz, que consistía en alternar la severidad y la generosidad. Ésta se manifestaba bajo dos aspectos: las promociones y las condecoraciones. Un soldado podía dejar un puesto a cambio de otro que simplemente se consideraba más honorífico (un *signifer* se convertía en *aquilifer*) o se le dispensaba de realizar determinadas tareas, temporalmente o durante

134. Frontino, *Strat.*, IV, 1, 21.
135. Polieno, VIII, 24, 2.
136. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 7 (103), y VI, 7, 1 (362); Tácito, *An.*, XI, 18, 3; Suetonio, *Aug.*, XXIV, 5; Polieno, *Strat.*, VIII, 24, 1.

todo el servicio, que efectuaba entonces como *immunis*. En el mejor de los casos, cambiaba de unidad, pasando de una cohorte de auxiliares a una legión; o incluso ascendía en el escalafón, convirtiéndose en *duplicarius* y hasta en centurión. En ocasiones recibía un regalo en metales preciosos: alguna vez Augusto distribuyó así oro y plata.[137]

Como los demás, este emperador concedió sobre todo medallas *(dona militaria)*, pero con discernimiento:[138] «Por lo que se refiere a las recompensas militares, [él] otorgó con mucha mayor facilidad condecoraciones, collares y todas las demás insignias de oro y plata, que coronas obsidionales y murales, cuyo valor era puramente honorífico. Estas últimas las concedía sólo en muy raras ocasiones, sin buscar la popularidad, y a menudo a simples soldados. Entregó como presente a M. [Marcus] Agrippa una bandera azulada, después de su victoria naval en Sicilia.»

Las condecoraciones[139] presentan una gran diversidad. La diferencia fundamental reside en la persona a que se otorgan: militares sin graduación u oficiales. En efecto, las primeras sólo se entregan normalmente como recompensa por una hazaña *(ob uirtutem)*, según recoge una inscripción[140] hallada cerca de Turín y grabada en honor de «Lucius Coelius, hijo de Quintus, soldado de la IX Legión, portador de *signum*, condecorado por su valor *(ob uirtutes [sic])* con faleras, collares y brazaletes» (se llamaban faleras a unas placas muy parecidas a nuestras medallas modernas). Además, los simples soldados no podían conseguir, en principio, más que las tres recompensas enumeradas en la inscripción que acabamos de citar (láms. VIII-IX, 12; la lám. V, 7 muestra un *aquilifer* que exhibe nueve faleras y dos collares en el pectoral de su coraza). Como excepción, podían obtener distinciones reservadas en principio a personajes de más alto rango, como las coronas. Se las llamaba «murales» o «de empalizada» (para aquel que alcanzaba primero la defensa enemiga), «cívica» (para quien salvaba la vida de un ciudadano romano), «naval» (por un éxito marítimo), «de sitio» (por haber conseguido levantar un asedio) o «de oro» (por diversas hazañas). En principio, los centuriones sólo recibían coronas, a excepción de los primipilos, que podían obtener además una «lanza pura» *(hasta pura)*.

A los oficiales no se les acostumbra a recompensar por su valentía, sino simplemente por su participación en la campaña (incluso, en

137. Polieno, *Strat.*, VIII, 24, 5 (sin duda bajo la forma de condecoraciones).
138. Suetonio, *Aug.*, XXV, 3-4.
139. Plinio el Viejo, *H. N.*, XVI, 6-14, y XXII, 4-7; Aulu-Gelle, *N. A.*, V, 6. V. A. Maxfield, *The Military Decorations of the Roman Army*, 1981.
140. *Corpus inscr. lat.*, V, n.° 7.495; véase Flavio Josefo, *G. I.*, VII, 1, 3 (14).

ciertos casos, hasta las guerras civiles les permiten obtener condecoraciones). Tienen derecho a coronas, a lanzas puras[141] y a estandartes de caballería (láms. VIII-IX, 12), cuyo número, jamás fijado de forma rígida, varía esencialmente en función de tres criterios: en primer lugar, se tiene en cuenta el lugar ocupado por el beneficiario en la jerarquía (cuanto más elevado, mayor obtención de honores); a continuación, parece que se pueden distinguir dos niveles por grado, y en ello interviene el mérito personal; finalmente, es necesario establecer diferencias teniendo en cuenta la cronología, pues algunos emperadores, como Trajano, fueron más generosos que otros, como Marco Aurelio.

Condecoraciones de oficiales bajo Trajano, según T. Nagy[142]

Graduación	Corona(s)	Lanza(s)	Estanarte(s) de caballería
	1	1	–
prefecto de cohorte			
	1	1	1
tribuno angusticlavio = tribuno de cohorte			
	2	1	1
prefecto de ala			
	2	2	1
4.ª milicia = tribuno laticlavio			
	2	2	2
legado de legión			
	3	3	3
legado de ejército			
	4	4	4

Nótese que por cada grado existen dos niveles, uno inferior y otro superior.

En cambio, un legado de legión no obtuvo de Marco Aurelio más que tres coronas, dos lanzas y dos estandartes; en otro caso, en tiempos de Adriano, esas cifras aún alcanzaban niveles inferiores: 1, 1 y 0. Pero subieron hasta 8, 8 y 8 para Lucius Licinius Sura, general de Trajano, y Titus Pomponius Vitrasius Pollio, que alcanzó igual dignidad con Marco Aurelio y Lucius Verus. Podríamos citar también otros ejemplos de análogas irregularidades.

De manera general, quedan todavía por hacer dos observaciones. Por una parte, se considera que la repetición de una condeco-

141. Y. Le Bohec, «La haste pure», *Revue des Études latines*, LXXVI, 1998, pp. 27-34.
142. T. Nagy, *Acta Ant. Ac. Sc. Hung.*, XVI, 1968, pp. 289-295.

ración representa un honor, de alguna manera una promoción en el interior del grado. Por otra parte, los epigrafistas han señalado que la costumbre de mencionar esta clase de recompensas se pierde a comienzos del siglo III y no supera el reinado de Caracalla. Sin embargo, los textos literarios[143] hablan todavía de ello a lo largo de todo ese mismo siglo, bajo Severo Alejandro, Valeriano, Tácito y Probo.

La duración del servicio

Esa vida militar, ritmada por ocupaciones que, sin duda, se cobran, pero también monótonas, agobiada entre el miedo al castigo y la esperanza de recompensa, duraba muchísimo. ¿Cuántos años? Esa es la cuestión que se plantea, y la solución al problema no es sencilla. En efecto, los romanos no tenían la misma concepción del tiempo que nosotros. Así, aquellos que contaban con un estado civil no daban, por lo general, su edad con precisión:[144] a menudo redondeaban la cifra más próxima, terminándola en 5 o en 0. Además, en el siglo II, los soldados romanos no se licenciaban más que cada dos años, aunque las levas eran anuales; para colmo, ciertas circunstancias (una guerra importante) podían alargar el servicio por encima del tiempo legal, mientras que otras (dificultades financieras, por ejemplo) podían provocar desmovilizaciones anticipadas.

Tomadas todas esas precauciones, que no son más que pura oratoria, es posible proponer con cierta prudencia algunas cifras que varían en función de un principio esencial (y es la única certidumbre con que contamos): cuanto más elevada sea la dignidad del cuerpo, más breve es el servicio en él. Así, en la guarnición de Roma, a partir del 6 dC.,[145] los pretorianos servían dieciséis años y los soldados de las cohortes urbanas, veinte; los guardias de corps *(equites singulares Augusti)*, sirven entre veintisiete y veintinueve años hasta el 138, y solamente veinticinco después de esa fecha. En cuanto a los legionarios, los datos varían muchísimo: el 13 antes de nuestra era están dieciséis años en el servicio activo, más cuatro como veteranos; el 5 dC. esa distinción se desdibuja, y el Estado impone un total de veinte años, que llega a los veintidós al año siguiente; al fin del reinado de Augusto, la teoría es de veinte años como mínimo,[146] pero, en la práctica, algunos soldados

143. *Historia Augusta, Sev. Al.*, XL, 5; *Aur.*, XIII, 3; *Prob.*, V, 1; *Modestus*, VI.
144. Y. Le Bohec, *La IIIᵉ Légion Auguste*, 1989, p. 542.
145. Dion Casio, LV, 23.
146. Tácito, *An.*, I, 78, 2.

sirven hasta treinta o cuarenta años.[147] Esos excesos provocan revueltas y, poco después del 14, se vuelve a los dieciséis años, pero por poco tiempo, pues se señalan nuevamente veinte de servicio. En el siglo II, las cifras varían entre los veintitrés y los veintiséis años.[148] Los cuerpos que no se encuentran en el primer plano son también, desgraciadamente, los menos conocidos. Según J. Carcopino,[149] los auxiliares sirven veinticinco años en la época de Augusto, veintiséis a partir de mediados del siglo I y veintiocho a partir de Caracalla. En cuanto a los marinos, efectuarán un servicio de veintiséis años a principios de la era cristiana, y de veintiocho en la segunda mitad del siglo II. Pero es evidente que deberemos volver sobre estos datos, que parecen demasiado sencillos, y matizarlos de entrada.

En resumen, es evidente que el hombre que ingresaba en la carrera militar pasaba al servicio del Estado buena parte de su existencia; las obligaciones resultantes no impedían, sin embargo, que gozara de una vida privada y que desempeñara un papel en la vida económica y religiosa de la provincia donde se encontraba de guarnición; volveremos más adelante sobre ello.

Conclusión

Por tanto, entre las diversas clases de unidades (guarnición de Roma, ejércitos de provincias y flota) existía una gran diversidad, descansando sobre una jerarquía: el pretorio prevalecía sobre las cohortes urbanas, los legionarios sobre las auxiliares y la marina. También en el interior de un mismo cuerpo encontramos diversidad y jerarquía, combinadas en un sistema muy complejo: no es sólo que el centurión se encuentre situado por encima de un soldado, sino también que, si sirve en un cuerpo urbano, es superior, por ejemplo, a su homónimo el comandante de navío, y un decurión conseguirá más gloria y beneficios si pertenece a un ala que a una cohorte. Esa jerarquía se basa, por tanto, en el hecho de servir en esta o aquella tropa; pero cuenta por igual la especialidad: el portaáguila, el artillero o el trompeta se benefician de un prestigio que no tienen los demás. Una organización de esa clase exige una enorme dedicación por parte de los oficiales e implica dos necesidades: que la aristocracia acepte desempeñar su papel y que el Estado lleve a cabo una política de reclutamiento basada en la calidad.

147. Tácito, *An.*, I, 17, 3.
148. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 144.
149. J. Carcopino, *Mél. P. Thomas*, 1930, p. 90.

CUADRO RESUMEN: LA ORGANIZACIÓN DE UNA LEGIÓN

El cuadro siguiente, en particular por lo que se refiere a los soldados, mezcla intencionadamente los grados, que son honores permanentes, y los cargos temporales: con el estado actual de la documentación es, en ocasiones, imposible distinguir unos de otros.

I. *Los oficiales (por orden de dignidad):*

1 legado imperial propretor (rango senatorial)
1 tribuno laticlavio (rango senatorial)
1 prefecto del campamento
5 tribunos angusticlavios (rango ecuestre)
1 (?) tribuno «de seis meses» *(sexmenstris).*

Desde Augusto, el legado de legión se halla sustituido por un prefecto ecuestre en Egipto y en las tres unidades denominadas «partas», después de su creación por Septimio Severo; Galieno generalizó esa práctica, al tiempo que suprimía el tribuno laticlavio.

II. *Los suboficiales:*

59 centuriones, con un primipilo a la cabeza y los otros cuatro centuriones de la I Cohorte.

1. La jerarquía

La jerarquía elemental			
		Los títulos honoríficos:	
	triplicarius	*candidatus*	*optio*
immunis	*duplicarius*	*cornicularius*	*discens*
= *principalis*	*sesquiplicarius*	*beneficiarius*	*euocatus*
immunis	= *simplaris*	*curator*	*ueteranus*
munifex	= *simplaris*	*magister*	

2. Los cargos propiamente militares (algunos títulos pueden encontrarse bajo dos rúbricas diferentes)

Las armas	*La transmisión*	*La seguridad*	*La instrucción*
Infantería	**Los estandartes**	**Los centinelas**	*campidoctor*
antesignanus	*aquilifer*	*excubitor*	*doctor cohortis*
postsignanus	*discens aq.*	*aedituus*	*optio campi*
	signifer	*ad signa*	*magister campi*
Caballería	*+ adiutor*	*custos basilicae*	*exercitator*
eques	*discens sig.*	*custos armorum*	*doctor armorum*
discens eq.	*principalis sig.*	*ad balnea*	*armatura*
uexillarius	*optio sig.*	*horrearius*	*discens arm.*
tesserarius	*uexillarius*	*ad portam*	*quintanarius*
optio	*[imaginifer]*	*clauicularius*	
pollio		*circitor*	
mulio	**La música**	*tesserarius*	
magister campi	*tubicen*	*horologiarius*	
exercitator	*cornicen*		
pequarius	*bucinator*	**Los escoltas**	
hastiliarius	*[hydraularius]*	*speculator*	
quaestor		*singularis*	
		secutor	
Artillería		*strator*	
ballistarii		*domicurius*	
doctores ballistarum			
		La información	
magister ballistarum		*proculcator*	
		explorator	

3. Los servicios

El aprovisiona-miento	*El cuerpo de ingenieros y los talleres*	*El servicio sanitario*	*Los sacerdotes*
(signifer)	**Las construcciones**	**La medicina**	*haruspex*
quaestor	*metator*	*medicus* (simple u *ordinarius*)	*uictimarius*
act(u)arius	*librator*	*capsarius*	*ad hostias*
cibariator	*mensor*°	*librarius*	*pullarius*
frumentarius	*architectus*	*discens caps. y lib.*	
dispensator		*marsus*	
horrearius		**El servicio veterinario**	
molendarius	**El taller**	*pequarius*	
mensor frumenti	*magister*	*pollio*	
librarius horreorum	*optio*	*ad, cum camellis*	
uenator	*doctor*		
lanius			
ad ligna balnei			
salariarius			
ascita			
carrariarius			

4. La administración

Los soldados	*exactus*	*summus curator*	*interpres*
	act(u)arius	*librarius (a rationibus)*	*cerarius*
	commentariensis o *a commentariis*	*notarius*	*canalicularius*
		exceptor	*immunes* diversos
		scriba	*adiutores* diversos
			ad anuam = ad annua(?)
Las oficinas: los esclavos y libertos	*officia*	*tabularia*	*quaestura*
	arkarius		
	tabularius	*dispensator*	*uikarius*

5. La policía y la justicia

optio	*quaestionarius*	*stator*	*burgarius*	*stationarius*

6. Las funciones desconocidas

conductor	*ad fiscum*	*ad praepositum*

CAPÍTULO III

EL RECLUTAMIENTO. LA APUESTA POR LA CALIDAD

Del 235 al 238, el Imperio romano fue gobernado por un coloso conocido con el nombre de Maximino el Tracio. Según la *Historia Augusta*, en otro tiempo había ejercido la profesión de pastor y, después, pasó lo esencial de su vida en los campamentos, donde fue ascendiendo sucesivamente por los diversos grados, hasta alcanzar el más elevado de todos ellos. Seguramente, una carrera de esa clase indica un carácter excepcional y, sin duda, en parte ficticio; de cualquier manera, queda claro que el destino de ese personaje se urdió el día en que ingresó en el ejército. De este ejemplo se deduce, en primer lugar, la importancia del reclutamiento.

Pero esta cuestión presenta un interés aún más fundamental para los historiadores actuales, pues concierne a la sociedad: ¿de qué regiones y de qué medios proceden los soldados? Esas cuestiones son más importantes de lo que puedan parecer, pues el origen de un hombre depende en buena medida del lugar en que se hace, y así han reaccionado las mentalidades colectivas de la Antigüedad; un hijo de centurión obtenía más fácilmente un grado que el hijo de un simple soldado. En adelante, ya no presentaremos excepciones, sino que trataremos de hacer un estudio general, en la medida obviamente en que las fuentes nos lo permitan. Teniendo en cuenta lo que se ha ido constatando en los capítulos precedentes, cae por su peso que es necesario establecer distinciones entre las diferentes clases de unidades, de una parte, y entre los oficiales y los soldados, de otra.

Dentro de los límites de esta obra, parece inútil e imposible estudiar el reclutamiento de los cuadros superiores. En efecto, cualquier senador debe pasar previamente por el tribunado laticlavio y la legación de la legión; cualquier *equites* está obligado a comenzar su carrera por las milicias ecuestres (aunque se conocen excepciones). Un trabajo así obligaría, por tanto, a examinar esos dos órdenes en conjunto, y sería una tarea que, por sí sola, exigiría más de un

libro.[1] Por otra parte, teniendo en cuenta que, en el seno del ejército, esas funciones son prácticamente obligatorias y que han sido asumidas por todos o por casi todos, esa clase de investigaciones se arriesgan a no valorar en lo que se merecen determinados aspectos originales.

Por fortuna, y en lo que se refiere a los simples soldados, disponemos de dos buenos libros, uno de ellos para los auxiliares, debido a K. Kraft,[2] y el otro para los legionarios, obra de G. Forni;[3] por otro lado, ambas publicaciones, que tienen ya una vida que supera los treinta años, han sido actualizadas. Desgraciadamente, los demás aspectos del tema no han recibido siempre un tratamiento tan eficaz.

Generalidades

Esas lagunas de la documentación representan una primera dificultad. Pero hay otras más. En efecto, lo ideal consistiría en poder estudiar el reclutamiento tomando en consideración tres diferencias esenciales. En primer lugar, y fundamentalmente, es necesario valorar una inevitable evolución a lo largo de tres siglos de historia: es evidente que, en el momento en que organizaba su ejército, Augusto no se encontró en las mismas condiciones que cualquiera de los numerosos emperadores efímeros que, en el siglo III, vivieron la «crisis del Imperio». En segundo lugar, convendría poder seguir a lo largo de todo ese tiempo cada una de las grandes clases de unidades, la guarnición de Roma, el ejército de fronteras y las flotas: está ahora muy claro que las cosas no debieron suceder de igual manera en todas ellas. Finalmente, y esto cae por su propio peso, sería deseable distinguir, en el interior de cada cuerpo, los centuriones, los suboficiales de todas clases y los simples soldados. Pero las lagunas, tanto de documentación como de bibliografía, no nos permitirán trazar un cuadro completo.

Existen otras dificultades; para tener en cuenta la puesta al día en lo que concierne tanto a las unidades de ciudadanos[4] como a las

1. Un buen resumen en J. Gagé, *Les classes sociales dans l'Empire romain*, 1971, 2.ª ed., pp. 82-122. Véase especialmente G. Alföldy, *Histoire social de Rome*, 1991, París.

2. K. Kraft, *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten an Rhein und Donau*, 1951; véase n. 5.

3. G. Forni, *Il reclutamento delle legioni*, 1953; véase n. siguiente; del mismo autor, tres artículos en *Esercito e marina di Roma antica*, col. *Mavors*, V, 1992, pp. 11-141; véase n. siguiente.

4. G. Forni, *Aufstieg u. Niedergang d. r. Welt*, II, 1, 1974, pp. 339-391; Y. Le Bohec, *La IIIᵉ Légion Auguste*, 1989, pp. 491-530.

alas y las cohortes,[5] se impone ya un esfuerzo de síntesis. Ahora bien, esos soldados son los que actualmente se conocen mejor. Pero eso no es todo. Algunos historiadores han tendido a complicar una realidad, que ya no era sencilla, por el empleo de un vocabulario demasiado a menudo impreciso: hablan de un reclutamiento «local» o «regional», o «extranjero». Es necesario ofrecer una definición clara de cada uno de esos tres adjetivos. Proponemos reservar el término «local» al caso en que los soldados procedieran de la localidad próxima al campamento en que sirven, convertir «regional» en una especie de sinónimo de «provincial», y considerar como «extranjeros» a todos los militares que no pueden incluirse en alguna de las dos categorías precedentes. Ciertamente, se mantiene una ambigüedad, pues, con Septimio Severo, Numidia se había separado de África, Palestina de Siria, y Britania se había escindido en dos; por tanto, proponemos además no tener en consideración más que el estado del mundo romano como se encontraba a finales del siglo II, por ejemplo en la época de Cómodo.

Esa dificultad, creada recientemente, viene a añadirse a otra que tiene su origen en la realidad de la Antigüedad, en las mentalidades colectivas de los antiguos. En efecto, cada habitante del Imperio no tenía una sola patria, sino tres, que se solapaban o interferían entre sí. Así, un legionario, en su onomástica, menciona su *origo*: Marcus Aquilius Proculus, hijo de Marcus, de la tribu Aniensis, de *Ariminum* (en la actualidad Rímini); es necesario precisar también que algunos personajes habitantes de provincias conservaban el recuerdo de la ciudad italiana en la que, tiempo atrás, habían vivido sus antepasados: es posible que Septimio Severo no haya olvidado que su familia procedía de ultramar;[6] pero había nacido en Lepcis Magna, en la Libia actual, conservaba un horroroso acento africano y su ascendencia se hallaba marcada por un indiscutible mestizaje. Así pues, cada hombre poseía el sentimiento de pertenencia a una ciudad y, en ocasiones, conservaba lazos con otra. En segundo lugar, todos los habitantes del Imperio se caracterizaban por contar con un estatus jurídico determinado: desde hacía más o menos tiempo, era esclavo o libre, ciudadano romano o desplazado; en ese último caso, considerado como un extranjero si vivía en una colonia, estaba excluido de la participación en la vida colectiva de la ciudad en que se encontraba y, por ejemplo, no podía votar en las elecciones de los magistrados municipales. En fin, todos pertenecían a una de las múltiples culturas, en contacto, y que, por tanto, se influen-

5. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982, pp. 171 ss. y 337 ss.; N. Benseddik, *Les troupes auxiliaires... en Maurétanie Césarienne*, 1982, pp. 92-93; Y. Le Bohec, *Epigraphica*, XLIV, 1982, p. 265.

6. J.-M. Lassère, *Vbique populus*, 1977, p. 94 y n. 129: la cuestión del origen de los Septimios africanos es aún objeto de debate.

ciaban recíprocamente, de las existentes en el Imperio: se yuxtaponían y se interpenetraban tradiciones indígenas e italianas. Así, un parisino decía que habitaba en Lutecia, pero que era ciudadano romano o desplazado, y podía expresarse en galo o en latín. Sólo en este último caso, conviene admitir además la precisa distinción establecida por M. Benabou[7] entre romanos, «romanizados parciales» y «refractarios».

Al no haber tenido en cuenta esas dificultades, a los historiadores les ha costado en ocasiones alcanzar conclusiones claras, lógicas y coherentes. Como contrapartida, los problemas planteados por la cuestión del reclutamiento son bien conocidos, y con este propósito no debe olvidarse que es preciso no descuidar la evolución, por una parte, y las diferencias existentes entre los distintos tipos de unidades, por otra. Los especialistas se han planteado tres cuestiones: ¿cuáles fueron los orígenes geográficos de los soldados? ¿Cuáles fueron sus lugares de procedencia, es decir, procedían de la ciudad o del campo, pertenecían a familias ricas o pobres, y a qué edad ingresaban en el ejército? Y finalmente, los cambios que se constatan ¿eran consecuencia de una voluntad política clara o impuestos por la fuerza de las cosas, por ejemplo, por apremios financieros?

Con el fin de responder a esas tres importantes cuestiones es preciso examinar, en primer lugar, cómo se organizaba el reclutamiento de manera concreta.

La organización material

El responsable y el contingente

La leva recibía el nombre de *dilectus*. Se confiaba siempre a un responsable que ocupaba un cargo elevado en la sociedad. En tiempos normales, esa operación formaba parte de las tareas que incumbían al gobernador de la provincia, cualquiera que fuere el rango de este último, ya sea el de procurador,[8] el de legado imperial propretor o el de procónsul. Las *Actas* del mártir Maximiliano[9] muestran que todavía en la época de la Tetrarquía, el 12 de marzo de 295, el procónsul que asediaba Cartago se trasladaba a Tébesa para efectuar el reclutamiento. Como, bajo el Alto Imperio, Italia no se hallaba organizada en provincias, el emperador envió allí con esta finalidad a una persona que

7. M. Benabou, *La résistance africaine à la romanisation*, 1976, pp. 583-584.

8. Tácito, *H.*, II, 16, 2, y 5; 69, 4; 82, 1; III, 58, 3-4; *An.*, XIII, 7, 1; 35, 4; XVI, 3, 5; véase n. 9.

9. *Acta Maximiliani*, I. P. Monceaux, *La vraie Légende dorée*, 1928, p. 251.

ostenta el título expreso de *dilectator*. Llegó a darse el caso de que algunos jóvenes habían comprado a precio de oro la exención del servicio militar haciéndose declarar inútiles; dada esa situación, se castigaba al organizador de la operación. Así, en tiempos de Nerón, «se dictaminó la exclusión del Senado de Pedius Blesus, acusado por los cirenaicos de haber violado el tesoro de Esculapio y de dejarse corromper mediante intrigas y oro en las levas de soldados».[10]

En caso de crisis o de alguna dificultad, cuando se sentía la urgencia de conseguir nuevos refuerzos, se recurría a encargados de misión extraordinarios, cuyo título variaba dependiendo de la situación jurídica de la región en la que operarían: eran, en la península, los *misi ad dilectum*, en las provincias senatoriales los *legati ad dilectum*, y en las que ocupaban la autoridad del príncipe se llamaban también *dilectatores* e *inquisitores*. Pero, cualquiera que fuese la dignidad del responsable, este último iba siempre acompañado de una escolta imponente como nos enseña una inscripción[11] grabada en honor de un tribuno por «los centuriones y los soldados de la III Legión Cirenaica y la XXII Legión [Dejotariana] que han sido enviados a la provincia de Cirenaica para efectuar la leva *(dilectus caussa [sic])*». Las dos unidades en cuestión pertenecen al ejército de Egipto, y se envía a los territorios vecinos a los hombres que sirven bajo sus estandartes para realizar esas operaciones.

Por tanto, los jóvenes susceptibles de verse afectados son poco numerosos. G. Forni[12] ha calculado que una legión no necesitaba más que doscientos cuarenta soldados nuevos por año, lo que, para veinticinco unidades de ese tipo, supone una cifra anual de unos seis mil reclutas para todo el Imperio. Si se tiene en cuenta que, más o menos, se necesitaba un número parecido para las tropas auxiliares, y que la marina y la guarnición de Roma juntas tenían unas exigencias análogas, se llega a un total de dieciocho mil hombres para el conjunto de la cuenca mediterránea. Cualquiera que hubiera sido la población global de esos territorios, parecería fácil reunir un efectivo así. Se trata, por tanto, de una cantidad mínima. En primer lugar, el Estado apelaba a los voluntarios; pero, si éstos no eran suficientes, se debía completar su número con conscriptos: al menos en teoría, el servicio militar obligatorio se mantuvo durante toda la duración del Imperio. Por otro lado, a las finanzas imperiales les había costado siempre soportar un peso de esa clase; así, el año 69, según Tácito,[13] «Vitelio ordenó

10. Tácito, *An.*, XIV, 18, 1.
11. *L'Année épigraphique*, 1951, n.º 88.
12. G. Forni, *Il reclutamento*, 1953, p. 30.
13. Tácito, *H.*, II, 69, 4.

recortar los efectivos de las legiones y de los auxiliares y prohibió nuevos enrolamientos; al mismo tiempo se les ofrecía la licencia a todos». Finalmente, puede darse una situación en la que ni la conscripción ni el voluntariado fueran suficientes para responder a la demanda; en ese caso se recurre al servicio de los retirados: se moviliza a los veteranos.[14] Esas dificultades pueden sorprendernos: dieciocho mil hombres son muy pocos para una extensión tan enorme. Pero, de hecho, no se trata de reclutar a cualquiera: el imperativo de calidad, correspondiente a una política consciente y querida por el Estado romano, impone en realidad una elección restringida.

El consejo de revisión

Esta exigencia aparece con toda claridad en el consejo de revisión, la *probatio*[15] (examen que sufrían tanto los simples soldados como los oficiales, aunque éstos no se vieran afectados por el *dilectus*, del que se libran también ciertos centuriones). En Egipto, esa operación iba unida a una especie de censo, a un *census* local, la *epikrisis*. El control, que se realiza sobre tres aspectos principales, comienza por un examen físico: el responsable se asegura de la buena conformación general del joven y, evidentemente, de su pertenencia al sexo masculino; comprueba igualmente la vista, y le hace pasar por la toesa para estar seguro de que no se encuentra por debajo de la talla mínima impuesta (1,65 m para un legionario).[16] A continuación, las autoridades proceden a un examen intelectual: para servir es preciso conocer el latín, pues es la lengua de mando de todo el Imperio; al menos a algunos se les exigía que supieran leer, escribir y contar.

Finalmente, y esto no era lo más sencillo, intervenía el aspecto jurídico, omnipresente en la civilización romana. Se le pedía al joven su origen: si era hijo de notable podía aspirar al centurionato; si era ciudadano se le enviaba a una legión, y si había nacido en una familia de desplazados se le orientaba hacia los auxiliares. A veces, cuando la necesidad de legionarios se hacía acuciante, antes de enrolarlo se le concedía a un bárbaro el estatus correspondiente. Esa práctica, perfectamente atestiguada, ha hecho decir a algunos historiadores que el ejército funcionaba como una máquina de multiplicar ciudadanos, lo que no deja de ser excesivo. Incluso se conocen algunos casos, rarísi-

14. Tácito, *H.*, II, 82, 1.
15. Las *Acta Maximiliani* (n. 9) muestran claramente el desarrollo del *dilectus*; véase también Plinio el Joven, *Cartas*, X, 29-30; R. W. Davies, *Bonner Jahrb.*, CLXIX, 1969, pp. 208-232.
16. Vegecio, I, 5.

mos es cierto, de desplazados que han conservado su estatus después del reclutamiento en las unidades de primera línea.

En ciertas circunstancias extremas, el emperador se vio obligado a promocionar gentes de condición aún más baja:[17] «Él [Augusto] sólo enroló dos veces libertos como soldados: la primera para proteger las colonias cercanas a Illyricum, la segunda para guardar la ribera [izquierda] del Rin; se trataba de esclavos que deberían servir a personas ricas de ambos sexos, pero él les hizo liberar sobre el terreno y los colocó en primera línea, sin mezclarlos con los soldados libres de nacimiento ni entregarles las mismas armas.» De hecho, en épocas normales, el acceso a cualquier clase de unidad estaba estrictamente prohibido a los esclavos, y Trajano se mostró intransigente con ello. En respuesta a una pregunta de Plinio el Joven, que ejercía las funciones de gobernador de Bitinia, y que le interrogó a propósito de dos hombres de esa categoría, respondió:[18] «Es necesario saber si han sido voluntarios, o si han respondido a un llamamiento o si han sido entregados como sustitutos. Si han sido llamados, el reclutamiento es culpable; si han sido entregados como sustitutos, los culpables son quienes los han entregado; si han venido por voluntad propia, con pleno conocimiento de su condición, debe condenárseles a muerte.» Esa actitud de Trajano no tiene nada de extraordinaria, pero ciertos historiadores han considerado que el *origo «uerna»* mencionado en algunas inscripciones indicaba que su titular no disfrutaba de libertad; de hecho, la palabra *uerna* tiene dos sentidos: ciertamente, puede designar a un niño nacido en servidumbre, pero se aplica también a un personaje que vive allí o que ha visto la luz en ese lugar; esa palabra significa entonces «nativo del lugar».[19]

El examen jurídico comprobaba además otros aspectos. En efecto, ciertos trabajos eran considerados como infames (mercader de esclavos, por ejemplo) y prohibían el acceso al ejército, tanto cuando era el propio joven como su padre quienes los habían ejercido. La moralidad también importaba: era necesario que el hombre no hubiera sufrido condena, y Augusto velaba particularmente porque se rechazase a todos aquellos que habían sido considerados culpables de adulterio.[20]

Se plantea aquí un problema que no parece haber sido tratado siempre de manera satisfactoria: se trata de la cuestión de la edad a la que se podía ingresar en el ejército. La mayor parte de los historiadores dedicados a estudiar este tema han hecho la lista de los epita-

17. Suetonio, *Aug.*, XXV, 2.
18. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 30 (véase 29).
19. Ch. G. Starr, *Classical Philol.*, XXXVII, 1942, pp. 314-317.
20. *Digeste*, XLIX, 16, 4 (7); J. Vendrand-Voyer, *Normes civiques et métier militaire à Rome*, 1983, p. 82.

fios redactados sobre el modelo «tal, soldado *(miles)* de tal unidad, ha vivido *x* años y ha servido *y* años»; a continuación se hace la resta pertinente *x-y* para obtener la cifra buscada, estableciendo después una lista con los resultados obtenidos. Había, no obstante, una dificultad: con ese método se encuentran personas que habían ingresado a los cuarenta y, en ocasiones, a los cincuenta años. Es difícil imaginar que alguien de esas edades tomara una empalizada al asalto o que participara en el entrenamiento cotidiano, muy duro y exigente.[21]

De hecho, el error procede de que, una vez regresados a la vida civil, todos los hombres mantienen hasta su muerte el título de *miles*. En el caso de un ciudadano que lleve ese título, que haya servido veinticinco años y haya fallecido a los setenta y cinco, se puede comprender que el reclutamiento tuvo lugar hacia los veinte años y su licencia hacia los cuarenta y cinco, lo que no ha impedido que ese personaje se calificara de soldado hasta el día de su muerte. Es necesario, por tanto, no utilizar más que las inscripciones que indican de manera explícita la muerte del soldado durante la duración del servicio (en ese caso, la sustracción ofrece la fecha de ingreso correctamente), y deben también compararse con las fuentes literarias. Se constata entonces[22] que la regla imponía la elección de los reclutas entre los dieciocho y los veintiún años en tiempo normal; excepcionalmente, por ejemplo en caso de crisis, se podía llegar hasta los treinta años. Esas cifras parecen más razonables, si se tiene en cuenta la dureza y la duración del servicio.

El ingreso en el ejército

No era malo, por otra parte, contar con alguna carta de recomendación, del padre o de cualquier personalidad importante. Plinio el Joven inundaba a Trajano con esa clase de peticiones:[23] «Señor, el primipilo Nymphidius Lupus ha sido mi compañero de armas... Siento por él un gran afecto, sobre todo porque tiene como hijo a Nymphidius Lupus, joven, probo, activo, lo que le hace digno de su distinguido padre; sabrá responder a tu benevolencia, y puedes ya juzgar por sus primeros actos, puesto que, como prefecto de cohorte, ha merecido muestras de simpatía sin reservas de los muy honorables Julius Ferox y Fuscus Salinator. El ascenso que concederás al hijo será para mí, señor, motivo de alegría y de gratitud.» El personaje alabado en esta carta

21. Véase parte II, cap. IV, p. 147.
22. Y. Le Bohec, *op. cit*, n. 4.
23. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 87.

sirve de oficial, pero incluso simples soldados tenían ventaja si disponían de recomendaciones. Los beneficiarios de esta clase de documentos tenían, por tanto, interés en no desprenderse de ellos, pues podían utilizarlos cada vez que se presentaba una posibilidad de promoción.

Una vez finalizado el consejo de revisión, el joven, promovido a *tiro*, «recluta», accedía a un estatus intermedio en el que ya no era civil, pero tampoco militar. En efecto, aún le esperaban tres formalidades más. Como la sociedad romana estaba estructurada en órdenes, es decir, una donde la pertenencia a un grupo o a un nivel se hacía en función de criterios jurídicos, era preciso inscribirse en un álbum, en unas listas *(in numeros referri)*. Además recibía, quizás, el *signaculum*, un trozo de metal colgado de una cuerda alrededor del cuello, y que simbolizaba su pertenencia al ejército; se le decía entonces *signatus*, «marcado». Finalmente, prestaba juramento ante los dioses y el emperador, comprometiéndose a servir bien; normalmente, esta ceremonia tenía lugar cuatro meses después de la *probatio*; pero hay un caso en el que sucede inmediatamente después:[24] esa singularidad se explica quizá por el hecho de que la leva en cuestión tiene lugar durante un episodio de la Guerra Civil. Ese compromiso, llamado *iusiurandum* o, a veces, *sacramentum*, presentaba un aspecto religioso; así, algunos cristianos consideraron incompatibles el juramento-*sacramentum* y el bautismo-sacramento (igualmente un *sacramentum*).

La complejidad de las medidas que se tomaban para el reclutamiento hace pensar que esas operaciones, que no se hacían a la ligera, tenían por objetivo mantener una política de calidad.

El reclutamiento de los centuriones y de los primipilos

Como la situación de los oficiales, senatoriales o ecuestres, no debe retenernos, es necesario comenzar por el examen de los centuriones y los primipilos, jerarquizados también entre sí y más cercanos a los soldados que a los nobles. A continuación es obligado afirmar que ese problema ha sido poco estudiado, al menos hasta fechas recientes, salvo en el caso de los primipilos[25] y de dos legiones, la III Augusta,[26] que pertenecía al ejército de África, y la VII Gemina,[27] estacionada en Hispania. Este último trabajo, obra de P. Le Roux, per-

24. Tácito, *H.*, III, 58, 3-4.
25. B. Dobson, *Die primipilaires*, 1978.
26. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.
27. P. Le Roux, *Mél. Casa Velázquez*, VIII, 1972, pp. 89-147.

mite eliminar una hipótesis: en el curso de una carrera, el paso por esta o aquella provincia, o por esta o aquella unidad no parece que hayan constituido privilegio alguno, indicativo de una promoción más rápida. Los centuriones, que permanecían como media tres años y medio en cada guarnición, se iban desplazando según las vacantes de puestos que quedaban: sólo el paso por la I Cohorte o por la guarnición de Roma representaba una promoción para un suboficial que sirviera en una legión.

Los primipilos

Será más fácil comenzar por presentar a los militares de dignidad más elevada, los primipilos (véase n. 33), y adoptar en adelante un tipo de clasificación que será muy utilizada más tarde, y que consistirá en estudiar, en primer lugar, la procedencia geográfica y, a continuación, el origen social.

En el siglo I de nuestra era, los primipilos proceden en su mayoría de las ciudades italianas; el resto nacieron en Occidente, en las colonias: con este último nombre se conocen aquellas ciudades consideradas jurídicamente como un pedazo de Roma instalado lejos; sus habitantes, ciudadanos de pleno derecho, disfrutaban de los mismos privilegios que si vivieran en la capital: son los italianos de ultramar. En el siglo II, fenómeno que se constata desde la época de Trajano-Adriano, se instaura una mayor diversidad: los provinciales acceden con mayor facilidad al primipilato. No hay que pensar en que esos emperadores hayan aplicado una política consciente y voluntaria de exclusión de los italianos; de hecho, el movimiento se debe a que estos últimos han preferido ingresar antes en la guarnición de Roma que en las legiones, pues esa elección les aseguraba salarios más elevados y les permitía disfrutar de los encantos de la Ciudad; por otro lado, se sabe que la demografía de la península conoció dificultades a partir de finales del siglo I. En fin, en el siglo III parece que ya no hay italianos: la evolución iniciada en el siglo II había llegado a su fin.

Desde el punto de vista social, la situación parece a un tiempo más sencilla y más estable. Por lo que podemos saber, pues las fuentes se muestran muy decepcionantes sobre este aspecto, los primipilos proceden normalmente de familias de notables. Sus progenitores son hacendados, cuyos bienes apenas sobrepasan el territorio de una sola ciudad, que ejercen funciones municipales en ese estrecho marco. El efectivo lo completan algunos *equites* romanos *(ex equite romano)*.

LOS CENTURIONES

Las diferencias en el reclutamiento entre centuriones y primipilos no debían ser muy importantes, porque, en definitiva, éstos no son más que los mejores de aquéllos. Podemos, no obstante, presentar algunos rasgos originales, aunque es preciso reconocer que nuestro conocimiento continúa siendo insuficiente en razón del escaso número de estudios sistemáticos sobre este aspecto. A pesar de todo, la documentación es abundante. Además, contamos con cifras muy completas de dos legiones (véanse ns. 26 y 27). Nos ha parecido preferible presentar en primer lugar los cuadros y comentarlos a continuación.

EL RECLUTAMIENTO GEOGRÁFICO

La patria de los centuriones
VII Legión Gemina

		s. I	s. II	s. III	Total
Hispanos		2	9	2	13
Occidentales	italianos	7	7	2	16
	otros	5	5	5	15
Orientales		0	0	1	1
Total		14	21	10	45

III Legión Augusta

		s. I	s. II	s. III	Total
Africanos		1	9	2	12
Occidentales	italianos	1	5	1	7
	Otros	1	6	2	9
Orientales		2	7	1	10
Total		5	27	6	38

De manera general, en el siglo I, los italianos ocupan una posición dominante, aunque esa regla no esté perfectamente verificada en el caso de Hispania y, sobre todo, en el de África. Las personas originarias de las viejas colonias de Occidente aportan un número nada despreciable. Pero se comprueba ya la aparición de algunos orientales en la III Legión Augusta, y existe, mal que bien, un reclutamiento regional, todavía modesto. Flavio Josefo[28] habla de un centurión sirio, que servía en una unidad estacionada en Siria, en la época de Nerón.

En el siglo II, desde la época de Trajano-Adriano, se documenta un neto progreso de los provinciales, procedentes, sin embargo, la mayoría de ellos de las colonias de Occidente; al mismo tiempo, disminuye de manera paralela el peso de los italianos; no obstante, éstos ocupan todavía una posición sólida, sobre todo en Hispania. Los orientales, ausentes siempre de esta última región, desempeñan en lo sucesivo un papel importante en África, mientras que los «indígenas» van siendo poco numerosos por todas partes, lo que se explica, sin duda, por la movilidad bastante importante existente en el seno del cuerpo de centuriones.

En el siglo III, desde el reinado de Septimio Severo, es notable la presencia de una neta diversificación. Aunque los suboficiales originarios de la península no han desaparecido por completo de las listas, sí es evidente que han cedido la preeminencia a sus colegas procedentes de provincias, en especial de las regiones romanizadas del oeste de las llanuras danubianas. Si bien los orientales se hallan presentes ya a partir de ese momento por doquier, su presencia es particularmente modesta en Hispania. Además, el porcentaje de indígenas no les permite conseguir una mayoría absoluta: decididamente esos militares se desplazan de manera continua.

LOS ORÍGENES SOCIALES

Si la mención de la patria *(origo)* se encuentra a veces en inscripciones donde se habla de centuriones, por el contrario, el origen social de éstos continúa siendo difícil de conocer: son muy pocos los que entre aquéllos ofrecen alguna información sobre ese tema. Es necesario abordar el problema de manera indirecta y, para ello, hemos pensado utilizar dos elementos. En primer lugar, sabemos que los nuevos ciudadanos presentaban su gentilicio al magistrado que les concedía la naturalización; bajo el Imperio, en la mayoría de los casos, era el príncipe (pero no exclusivamente). Y todavía hay más:

28. Flavio Josefo, *G. I.*, IV, 1, 5 (38).

en efecto, si nos encontramos con un Julius en el siglo II, se sabe que tiene relación con un indígena cuya familia ha sido romanizada de antiguo, pues Julius remite a César o a Augusto. A la inversa, los nombres que no son de algún emperador tienen muchas posibilidades de pertenecer a un descendiente de italiano inmigrado. Pero es preciso, por tanto, considerar que las provincias conquistadas en la época republicana habían sido objeto, antes de la época de Augusto, de una política de «naturalización de los indígenas»;[29] por otra parte, los gobernadores cuentan siempre con la facultad de promocionar a algunos de sus administrados. No nos ha parecido siempre oportuno ofrecer cuadros demasiado complejos: en el caso de que se desee una mayor información, remitimos al lector a otro libro (véase n. 26). En segundo lugar se pueden utilizar los *cognomina*; se ha escrito que alguno de ellos no era en realidad más que un nombre provincial (libios, iberos, etc.) traducido. Pero precisamente el hecho de que se haya visto la necesidad de darles una forma latinizada no parece carecer de significado. Además, presenta un cierto interés poder seguir su evolución. También allí se presentan listas más detalladas (véase n. 26).

La romanización de los centuriones

VII Legión Gemina

		S. I	S. II	S. III	Total
Gentilicios	imperiales	1	10	4	15
	no imperiales	12	14	6	32
	Total	13	24	10	47

		S. I	S. II	S. III	Total
Cognomina	latinos	14	20	9	43
	griegos	0	0	1	1
	otros	0	0	0	0
	Total	14	20	10	44

29. J.-M. Lassère, *Vbique populus*, 1977, pp. 33-201.

III Legión Augusta

		S. I	S. II	S. III	Total
Gentilicios	imperiales	3	39	35	77
	no imperiales	32	42	34	108
	Total	35	81	69	185

		S. I	S. II	S. III	Total
Cognomina	latinos	24	121	64	209
	griegos	1	6	2	9
	otros	1	1	2	4
	Total	26	128	68	222

Estos cuadros muestran que los gentilicios imperiales se encuentran en cantidades muy reducidas en el siglo I; en el siglo II parecen más numerosos, pero, entonces, remiten en realidad a soberanos de las épocas julio-claudia o flavia. Por el contrario, en el siglo III, ambas categorías prácticamente se equilibran: es, pues, al comienzo de ese periodo cuando podemos comenzar a hablar de una evolución en el reclutamiento de los centuriones. De hecho, esos nombres revelan que estamos ante personas que proceden de familias que ya habían recibido hacía mucho tiempo la ciudadanía romana. Encontraremos informaciones más precisas en otra obra (véase n. 26); se ha demostrado que sólo dos emperadores han aceptado conceder el sarmiento a hombres recientemente naturalizados: Adriano (Aelius) y Caracalla (Aurelius), que han llevado a cabo, por tanto, una política de reclutamiento más laxa.

Cuando se examinan los *cognomina*, uno se queda sorprendido ante la importancia, incluso ante la preponderancia abrumadora, del latín: en la VII Legión Gemina sólo se encuentra un nombre griego (y además es en el siglo III), y algún otro extraído de una lengua regional. Más todavía, el porcentaje de las onomásticas recibidas de Italia permanecen constantes durante todo el Alto Imperio, incluido ahora el siglo III. De aquí se deducirá que para ser centurión era preciso haber alcanzado un cierto nivel (o como mínimo un nivel cierto) de romanización.

De estas listas, y de algunos otros estudios, se deduce que esos suboficiales procedían normalmente de familias de notables, y que accedían a

su grado sin pasar siempre por las filas;[30] de entre ellos, a algunos otros podríamos considerarlos hijos de soldados, y parecería como si esa categoría hubiera progresado un poco en el siglo III; finalmente, una pequeña minoría procedía del orden ecuestre *(ex equite romano)*.

Los primipilos y los centuriones procedían, por tanto, de la parte más antigua y más profundamente romanizada de una clase media que, por otro lado, se dice que se hallaba estrechamente relacionada con el régimen imperial. Por parte del poder, esa elección traduce una voluntad muy clara: la de seguir una política de calidad.

El reclutamiento de los legionarios

Historiografía sobre el tema

Al estudiar el reclutamiento de los legionarios, es de esperar que nos movamos en un medio social muy próximo al de los centuriones, pues, en ocasiones, a estos últimos se les elegía entre los simples soldados; en cualquier caso, pueden aparecer matices e incluso diferencias. De todas maneras, es uno de los temas mejor conocidos a la vista, en primer lugar, de la abundancia de la documentación, y también de la importancia de los trabajos que se le han consagrado desde hace ya mucho tiempo.

En efecto, una vez más, fue el gran Th. Mommsen[31] el primero en dar un impulso a la investigación, estableciendo listas de patrias; concluyó que debían distinguirse dos zonas de reclutamiento, Oriente y Occidente, así como varias épocas, correspondiendo los principales cortes cronológicos a los reinados de Vespasiano, Adriano y Septimio Severo. Ese estudio magistral pareció desanimar durante mucho tiempo a sus posibles émulos, hasta que M. Rostovtzeff,[32] en una obra criticada a veces, pero utilizada siempre, se acerca al origen social de los legionarios. Desarrolló la tesis de la ruralización progresiva del ejército romano a partir de principios del siglo II; ese movimiento habría alcanzado su apogeo en el curso de los acontecimientos que se desarrollaron en África en el año 238, testimonio de cómo la III Legión Augusta barría del mapa la revuelta de notables que apoyaban al procónsul Gordiano, proclamado emperador: el sabio ruso contemplaba este asunto como un episodio de guerra civil que oponía los soldados-campesinos a los civiles-ciudadanos.

30. Dion Casio, LII, 25.
31. Th. Mommsen, *Ephemeris Epigraphica*, V, 1884, pp. 159-249.
32. M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 1957, 2.ª ed., 2 vols.

Pero desde la época de Th. Mommsen se habían llevado a cabo numerosos descubrimientos y, además, la tesis de M. Rostovtzeff no había conseguido la unanimidad de la crítica: para muchos de los historiadores,[33] los desórdenes del 238 se resumían en una insurrección contra una fiscalidad que se había vuelto agobiante y que se consideraba insoportable, insurrección seguida por una represión llevada a cabo por soldados sencillamente disciplinados. Le correspondió a G. Forni, en cuatro estudios ejemplares (véanse notas 3 y 4), hacer y poner al día las listas de patrias conocidas, así como una síntesis del problema. Finalmente, otras dos obras recientes aportan al cuadro algunos matices y precisiones.[34] Para presentar esos resultados, lo más sencillo parece ser aceptar una distinción ya adoptada para los centuriones.

El aspecto geográfico

Generalidades

Comenzaremos, pues, por el estudio de las diferentes patrias que, en conjunto, se conocen bastante bien. La principal dificultad procede de las fuentes. Cuando se investiga en los autores literarios hay que desconfiar del optimismo excesivo de unos y, sobre todo, del pesimismo muy a la moda de la mayoría: Tácito o S. Cyprien, por ejemplo, consideran de buen grado que cualquier tiempo pasado fue mejor. Por lo que se refiere a las inscripciones, los epitafios o las «listas» están, en ocasiones, dañadas y, a menudo, no se pueden datar, al menos con alguna precisión.

No obstante, presentan un interés considerable en este tema. Veamos un texto[35] hallado cerca de Alejandría: «Al emperador César Lucius Septimio Severo, Pertinax, Augusto, soberano pontífice, revestido de su segundo poder tribunicio (el año 194), aclamado *Imperator* por tres veces, cónsul por segunda vez, procónsul y padre de la patria. Los veteranos de la II Legión Trajana, relevados con una licencia honorable y que comenzaron su servicio bajo el consulado de Apronianus y de Paulus (el año 168)... [laguna] (han ofrecido esta dedicatoria).» Sigue una lista fragmentaria de nombres clasificados por cohortes y centurias. Tomemos uno de los pasajes:

33. W. Ensslin, *Cambridge Ancient History*, XII, 1939, pp. 72 ss.; L. Foucher, *Hadrumetum*, 1964, pp. 313-315 (a título de ejemplo).

34. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982; Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.

35. *Corpus inscr. lat.*, III, n. 6.580.

V Cohorte:
Centuria de Celer:
Marcus Gabinius Ammonianus, hijo de Marcus, del campamento *(castris)*;
Centuria de Flavius Philippianus:
Titus Aurelius Chaeremonianus, hijo de Titus, de la tribu Pollia, del campamento;
Caius Valerius Apollinaris, hijo de Caius, de la tribu Collina, de Hierapolis;
Centuria de Severo:
Marcus Aurelius Isidorus, de la tribu Pollia, de Alejandría;
Caius Pompeius Serenus, hijo de Caius, de la tribu Pollia, del campamento.

Hay otros nombres más, pero este extracto debe servir para ilustrar ese aspecto: en el momento de su licenciamiento, los soldados hacen grabar una inscripción en honor del emperador, en la que detallan el nombramiento, indican con qué ocasión fue redactado el texto y, finalmente, quienes han cotizado para pagar ese monumento dan sus nombres.

Antes de adelantar conclusiones debemos hacer aún dos observaciones de orden general. Por una parte, en la actualidad apenas se cree en la existencia de transformaciones bruscas derivadas de las decisiones de los emperadores; por el contrario, y en oposición a la opinión de Th. Mommsen, parece que se asiste a una evolución lenta y continua. Por otro lado, se constata que hay tradiciones establecidas: durante todo el siglo I de nuestra era, en la Galia se siguió la costumbre de enviar jóvenes a servir a África, sin que aparentemente hubiera necesidad alguna que impusiera un movimiento migratorio de esa clase.

El siglo I de nuestra era es el de los «extranjeros»: de manera general, los encargados del reclutamiento encuentran dificultades para encontrar hombres;[36] son muy pocas las provincias que demuestran ser capaces de proveerse de sus propios defensores y, de todas maneras, al poder político le parece normal proceder a una cierta mezcla de poblaciones. Pero hay que distinguir las dos mitades de la cuenca mediterránea. En Occidente, es decir, en la parte del Imperio en que se habla latín, los italianos van en cabeza, si se exceptúan los del Lacio, Etruria y Umbría y los de las antiguas colonias, que prefieren ingresar en las cohortes pretorianas y urbanas donde se ejerce la doble atracción de unos salarios más elevados y los atractivos de la Ciudad. No obstante, se asiste a un retroceso lento, pero inexorable, del número de soldados originarios de la península: hacia la época de Vespasiano

36. Plinio el Viejo, *H. N.*, VII, XLV (149).

es más difícil encontrarlos en las legiones sin que haya intervenido ninguna decisión del poder político (en ese punto, la crítica actual da la razón a G. Forni en contra de Th. Mommsen). Paralelamente, se asiste a un aumento progresivo del número de no italianos que proceden de provincias senatoriales, las más ricas, las más romanizadas y las mejor pacificadas del Imperio: la Galia Narbonense, la Bética, África y Macedonia.

En la parte este del Imperio, donde la lengua de la administración es el griego, la situación difiere: en el siglo I, los soldados proceden normalmente de esa mitad de la cuenca mediterránea, y se les llama «orientales». Y desde la época de Augusto realmente se practica el reclutamiento local; en una «lista» encontrada en Alejandría se mencionan hombres originarios de esta ciudad y otros que dan como origen «el campamento» *(castris)*.

El *origo castris*[37] plantea un problema. Señalemos en principio que no hay que decir *ex castris* como se hace a veces: la preposición no se encuentra nunca en las inscripciones. Ciertos soldados no indican para su lugar de nacimiento una ciudad, sino «el campamento». Durante mucho tiempo y de forma unánime, los historiadores han creído que se trataba de hijos de militares, concebidos, cuando los padres se hallaban aún sirviendo por mujeres que vivían en las *canabae*: reciben este nombre las construcciones civiles (casas, tabernas, comercios diversos) levantadas junto a las fortificaciones y en las que se encontraba de todo para satisfacer cualquier necesidad. Como esas uniones estaban prohibidas hasta la época de Septimio Severo, que las autorizó en el 197, los niños habidos de ellas eran ilegítimos.[38] Señalemos, no obstante, que, a partir del 212, año de promulgación de un famoso edicto de Caracalla, todos los hombres libres del Imperio obtuvieron la ciudadanía romana.

Pero un estudioso húngaro, A. Mócsy,[39] ha propuesto una teoría diferente: el *origo castris* se les habría dado como patria ficticia a aquellos jóvenes que, en el momento de enrolarse, serían desplazados y, por tanto, no habrían disfrutado de todos los derechos necesarios para ingresar en una legión. Así se explicaría el reclutamiento de gentes del campo, tan caro a M. Rostovtzeff. Pero ya se ha dicho que la tesis de este último ha sido discutida; también lo fue la de A. Mócsy, en particular por F. Vittinghoff,[40] quien ha defendido con habilidad la inter-

37. *Corpus inscr. lat.*, III, n.º 6.627; H. A. Sanders, *Americ. Journ. Philol.*, LXII, 1941, pp. 84-87.

38. P. Salway, *The Frontier People of Roman Britain*, 1965, p. 32.

39. A. Mócsy, *Acta Ant. Ac. Sc. Hung.*, XIII, 1965, pp. 425-431, y XX, 1972, pp. 133-168 (véase *L'Année Épigraphique*, 1974, n.º 493).

40. F. Vittinghoff, *Chiron*, I, 1971, pp. 299-308.

pretación tradicional. Ciertamente, ha sido posible demostrar que el *origo castris* fue concedido, en la época de Adriano, a hombres recientemente naturalizados;[41] pero, por lo general, indica con toda claridad que quien lo lleva ha nacido en las *canabae*, cerca de un campamento.

Si se vuelve a tomar el hilo de la cronología se constata que, a partir de principios del siglo II, se observa una evolución uniforme: se pasa lentamente de un reclutamiento regional a uno local, a través de una fase intermedia en el curso de la cual los soldados proceden de ciudades cada vez más próximas a la fortaleza. Así, la III Legión Augusta, que se encontraba al norte del macizo del Aurès, se proveía primero en África, después en Numidia y, finalmente, en la propia Lambese, en las *canabae*.

Sin embargo, en este periodo conviene distinguir dos tipos de circunstancias posibles. En primer lugar, hay que examinar qué ocurre en tiempos normales. Se dice que Trajano concibió una política encaminada a desarrollar la demografía de Italia, entre otras cosas para que ésta volviera a abastecer de personal al ejército:[42] creó los *alimenta*, préstamos ofrecidos por el Estado a propietarios acomodados de la península y cuyos intereses servían para criar a niños pobres, aunque libres por nacimiento.[43] Pero aparentemente esta tentativa fracasó, pues, por su parte, Adriano se dedicó a realizar reformas importantes que seguían un camino radicalmente opuesto: fue él quien habría generalizado el reclutamiento regional y quien habría dado un impulso evidente al reclutamiento local. De hecho, se vio obligado a contentarse con seguir una evolución que, quizás por la fuerza de las cosas, se aceleró bajo su reinado. En ese momento, aún se encuentran «extranjeros» en las legiones, gálatas en Egipto y galos en África: en uno y otro caso, esos movimientos se explican por tradiciones que se remontan al Triunvirato.

A pesar de las dificultades que conoce el Imperio en su época, Marco Aurelio[44] dedicó aún todos los cuidados a elegir a los mejores hombres para las legiones, al tiempo que se muestra mucho menos interesado cuando se ocupa de los auxiliares. A finales del siglo II[45] y principios del III, el reclutamiento regional parece haberse convertido en norma; se observa, no obstante, un elevado porcentaje de jóvenes mencionando el *origo castris*, y los «extranjeros», incluso los italia-

41. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.
42. Plinio el Joven, *Pan.*, XXVIII, 3 y 5.
43. P. Veyne, *Mél. Ec. Fr. Rome*, 1957, pp. 81-135, y 1958, pp. 177-241.
44. *Historia Augusta, M. Ant.*, XXI, 8-9 (véase 6-7 para los auxiliares).
45. *Herodiano*, II, 9, 11 (Panonia, durante la guerra civil que sigue a la muerte de Cómodo).

nos, no desaparecen por entero de las listas, aunque no representen más que un contingente poco importante. Por el contrario, se conoce muy mal qué sucede en el periodo más intenso de la profunda crisis del siglo III. En el peor momento, S. Cipriano constata,[46] desolado, que los campamentos están vacíos; esta observación, de un autor de natural pesimista, no puede despreciarse por entero. De hecho, los especialistas creen que, en ese momento, ilirios y tracios ingresan en gran número en las legiones; en África parece, por el contrario, que se haya generalizado el recurso a los hijos de soldados.

Junto a ese reclutamiento normal se constata la existencia de prácticas excepcionales, que constituyen, por tanto, un segundo caso que tiene lugar en tiempos de guerra. Durante todo el tiempo de vida del Alto Imperio se mantuvo el principio del servicio militar obligatorio. Así, Severo Alejandro (222-235) recurre a los provinciales y también a los italianos,[47] y asimismo es todavía la península la base del Senado, en el 238, cuando éste quiere oponerse a Maximino el Tracio.[48] No obstante, no se recurre a esta movilización por todo el Imperio más que en momentos de serias dificultades. Por lo general, ante una campaña, son las regiones más próximas a la frontera amenazada las que proporcionan los reclutas; así, para defender Armenia, se recurre a los gálatas y a los capadocios.[49]

Después de la campaña se conduce al ejército, en primer lugar a las provincias situadas en la proximidad del teatro de operaciones, y allí, de acuerdo con lo que mejor le parezca al general, las autoridades responsables aplican uno de estos dos principios divergentes. Según el primero de ellos, se podían reponer en el lugar las pérdidas sufridas en combate; así, un destacamento de una legión de Germania, enviada a combatir contra los partos, recibirá un contingente de soldados sirios. O, por el contrario, según el segundo principio, los restos de una «vexilación» se incluirán en el ejército local. En este último caso tiene lugar una mezcla de poblaciones. Por tanto, es necesario interpretar con prudencia la presencia de «extranjeros» en una «lista» de militares, porque puede traducir un flujo regular o un movimiento excepcional. No podemos olvidar además otra circunstancia, ciertamente bastante rara pero que, sin embargo, se produce: la disolución de una unidad por motivos disciplinarios; en ese caso, parece que los soldados de la legión que recibía ese castigo no eran retornados a la vida civil, sino que se les dispersaba por diferentes guarniciones.

46. S. Cipriano, *Lib. ad Dem.*, III y XVII.
47. Herodiano, VI, 3, 1.
48. Herodiano, VII, 12, 1.
49. Tácito, *An.*, XIII, t, I y 35, 4.

Las regiones de origen

Se ha descuidado, a menudo, un aspecto del problema: son muy pocos los investigadores que se han preguntado por qué esta o aquella región había proporcionado soldados o no, y cuántos.

Regiones de origen según G. Forni (véanse ns. 3 y 4)

	Augusto-Calígula	Claudio-Nerón	Flavios-Trajano	Adriano-fin s. III
Italia	215	124	83	37
Provincias	134	136	299	2.019
Hispania, sin precisar	0	3	1	1
Tarraconense	2	5	11	15
Bética	3	13	3	1
Lusitania	3	1	4	3
Britania	0	1	0	4
Galia, sin precisar	0	3	4	18
Narbonense	31	58	34	6
Lyonesado	4	4	12	5
Aquitania	0	2	6	0
Bélgica	0	0	0	5
Alpes marítimos	0	1	3	2
Alpes apeninos	0	1	1	0
Germania, sin precisar	0	0	0	12
Germania inferior	0	0	27	21
Germania superior	0	0	2	15
Cerdeña	0	0	0	1
Retia	0	0	2	12
Nórica	0	9	21	31
Panonia, sin precisar	0	0	0	8
Panonia superior	0	0	10	44
Panonia inferior	0	0	4	55
Mesia inferior	0	0	1	22
Mesia superior	0	0	1	128
Dacia	0	0	0	51
Dalmacia	3	6	5	19
Macedonia	14	10	7	10
Épiro	0	0	4	0
Acaya	0	0	0	1
Tracia	0	0	2	107

Regiones de origen según G. Forni (continuación)

	Augusto-Calígula	Claudio-Nerón	Flavios-Trajano	Adriano-fin s. III
Asia	3	2	4	5
Bitinia	3	0	30	6
Galacia-Licaonia				
Paflagonia	30	5	6	5
Licia	0	0	0	1
Panfilia-Pisidia	10	1	2	1
Ponto-Capadocia	4	4	2	0
Cilicia	1	0	0	11
Chipre	1	0	0	0
Siria-Palestina	5	3	53	55
Egipto	9	0	11	45
Cirenaica	1	0	1	1
África-Numidia	7	4	24	874
Mauretanias	0	0	0	5

Este cuadro muestra claramente que todas las regiones del Imperio han proporcionado soldados. Por tanto, debemos analizarlo con cierta prudencia, pues las cifras que propone no tienen siempre el mismo significado. Así la primacía de Italia en la primera época es, evidentemente, tema para una interpretación política: se explica por el hecho de que la conquista y la Guerra Civil, que han precedido al advenimiento del Imperio, fueron llevadas a cabo por soldados originarios de la península. Son ellos quienes han conquistado todos los pueblos de la cuenca mediterránea; como ya dijo Virgilio: «Recuerda, romano, es a ti a quien corresponde conquistar a los pueblos»[50] (y por «romano» debe entenderse «ciudadano romano», expresión que, en el inicio del principado, engloba sobre todo a los italianos). Como consecuencia, parecería normal que los vencedores continuaran garantizando la seguridad de los territorios dominados. Después, fue una moderación demográfica la que impuso un retroceso en esa clase de reclutamiento, haciendo que la guarnición de Roma satisficiera las peticiones de voluntarios.

Por el contrario, la expansión en la cifra de ciertas regiones traduce el aumento de su población y el desarrollo de su romanización.

50. Virgilio, *En.*, VI, 851. W. Seston, *Scripta Varia*, 1980, pp. 53-63.

Piénsese, sobre esto, en las antiguas provincias proconsulares. Por encima de todas ellas, África[51] ha abastecido de hombres y los ha enviado a toda clase de unidades. Asia —sólo se trata de la franja occidental de Anatolia— estaba también muy poblada y los protagonistas del conflicto del 68-69 supieron aprovecharse de ello.[52] Y se habrían podido hacer análogas constataciones para Macedonia, Cirenaica,[53] la Bética y la Narbonense.[54] A título de ejemplo, se puede mostrar cuáles fueron las ciudades del sur de la Galia que proporcionaron militares y observar cuántos tomaron los responsables del reclutamiento en cada una de ellas.

El reclutamiento de los legionarios en la Narbonense

24	Vienne	6	Arles, Béziers, Nîmes	1	Carcasona, Antibes,
18	Narbona	5	Alba		Apt, Castelnau-de-
13	Fréjus	4	Valence		Lèze, Cavaillon,
12	Luc-en-Diois	3	Aix		Digne, Tarascon,
8	Saint-Rémy	2	Riez		Uzès, Vaison

Junto a esas consideraciones de orden político y demográfico hay otras que revisten un aspecto más técnico: poco a poco, las tranquilas provincias senatoriales se vieron reemplazadas por regiones más próximas a las fronteras, por ejemplo Siria[55] —pero también podría citarse Germania, Panonia, Mesia y Dacia—, donde se encuentran numerosos hijos de militares, y donde esos jóvenes no obedecían tan a regañadientes el ingreso en el ejército. Pero es bien cierto que, en uno u otro momento, se solicitó a todas las partes del Imperio que proporcionaran soldados.

Tampoco puede dejarse en el olvido el azar de los descubrimientos. Si en esas listas aparecen tantos africanos es, en gran parte, por el excepcional grado de conservación del yacimiento de Lambèse, al norte del Aurès, donde, en los siglos II y III se encuentra el cuartel general de la III Legión Augusta. Como contrapartida, únicamente la mala suerte explica que se conozca muy poco de los soldados originarios de Cirenaica, a pesar de que dos documentos diferentes (n. 53) indican que se procedía a realizar levas.

51. Tácito, *An.*, XVI, 13, 5 (año 65 para Iliria). Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.
52. Tácito, *H.*, II, 6, 6. M. Speidel, *Aufstieg u. Niedergang d. r. Welt*, II, 7, 2, 1980, pp. 730-746 (Asia Menor, en general).
53. Tácito, *An.*, XIV, 18, 1; *L'Année Épigraphique*, 1951, n. 88.
54. A. Grenier, *Bull. Soc. Nat. Antiquaires Fr.*, 1956, pp. 35-42.
55. H. Solin, *Aufstieg u. Niedergang d. r. Welt*, II, 29, 2, 1983, pp. 587-1.249.

Los ejércitos de destino

Después de haber visto el lugar de procedencia de los reclutas, conviene preguntarse cuál era su destino. Debido a las lagunas existentes en la bibliografía sobre ese tema es necesario contentarse con sondeos; examinaremos sucesivamente tres casos.

En África,[56] donde la mayor parte del tiempo se hallaba estacionada una sola legión, la III Augusta, la documentación, bastante abundante para el siglo II y la época de los Severos, permite seguir muy bien su evolución. El siglo I es el de los «extranjeros», italianos y, sobre todo, galos; en el caso de estos últimos se trata de una tradición que se remonta, sin duda, al Triunvirato. Lépido habría llegado a África, acompañado de legionarios reclutados al otro lado del Mediterráneo, y en ciertas ciudades de la Galia se tendría por costumbre el envío de jóvenes a servir en ultramar. A principios del siglo II, en la legión habrían ingresado africanos (algunos se incorporarían ya en el siglo anterior), pero es todavía un número inferior al de los «extranjeros», en esta ocasión los bitinios (la región estaba bien poblada), hombres procedentes del Bajo Danubio, sin duda como consecuencia de la guerra dacia de Trajano, y, sobre todo, sirios, desde la campaña contra los partos del propio Trajano. A finales del siglo II, esos porcentajes se han invertido: predominan los africanos, nativos sobre todo del norte del Magreb y, a continuación, de Numidia. A principios del siglo III, la tasa de «extranjeros» se mantiene estable, mientras que los *origo castris*, sin ser jamás mayoritarios, tienen una buena representación. La legión, disuelta entre el 238 y el 253, se reconstruye quizá a partir de un reclutamiento local; pero, a mediados del siglo III, se ha perdido la costumbre de mencionar la patria.

El cuadro de la página siguiente podrá sernos de utilidad para comprender ahora la situación en Hispania.[57]

En el caso del ejército de Hispania encontramos igualmente, en sus orígenes, la importancia de los italianos y los galos, y se observa un descenso regular de unos y otros, seguido de una tímida aparición de africanos, en los siglos II y III. Como contrapartida, es de remarcar un rasgo original: la presencia permanente, manifiesta desde el principio, de un fuerte contingente de soldados «indígenas».

El origen de los legionarios que sirvieron en Egipto[58] es bastante menos conocido, pues no se dispone más que de algunas «listas».

56. Y. Le Bohec, *pas. cit.*, n. 50.
57. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982.
58. G. Forni y D. Manini, *Mél. L. De Regibus*, 1969, pp. 177-210.

El reclutamiento de los legionarios para el ejército romano en Hispania

	Italia	Hispania					Galias	África	Otros	Total
		Lusitania	Bética	Citerior	Sin precisión	Total				
Augusto - 68	14	7	19	11	0	(37)	10	0	0	61
68 - fin s. I	5	14	4	22	0	(40)	4	0	0	49
s. II	1 (?)	4	1	20	8	(33)	1	4	0	38 (39?)
s. III	0	2	2	12	9	(25)	0	4	2	31
Total	19 (20?)	27	26	65	17	(135)	15	8	2	179 (180?)

El reclutamiento de los legionarios para el ejército romano de Egipto

	N.º total de hombres	% por origen								Referencias
		Italia	Galia paflagonia	Pamfilia	Bitinia	Siria	África	Egipto	Varios	
Augusto	36		44,4	8,3				25	22,2	*Corpus Inscr. lat.* III, n.º 6627
Antes del 41	14	14,2	35,7			21,4	14,2		7,1	*B.G.U.*, IV, n.º 1083 (papiro)
157 (entran en servicio en 131-132)	132	11,3			2,2	13,6	67,4		5,3	*Année épigr.*, 1955, n.º 238 = 1969-1970 n.º 633
194 (entran en servicio en el 168)	40				2,5	15	5	77,5		*Corpus inscr. lat.*, III n.º 6580

A pesar del escaso número de cifras que propone, este cuadro permite, al menos, realizar algunas observaciones. En primer lugar, es notable, incluso en el Oriente romano, la presencia de un contingente italiano. La procedencia del ejército de Egipto se expresa en dos elementos: uno de ellos es la presencia de numerosos soldados originarios de Asia Menor, en general, y de Galacia, en particular (en este último caso, parece que se trata de una tradición que se remonta a la época del Triunvirato); por otro lado, el reclutamiento local, incluso el de *castris*, se encuentra ya recogido testimonialmente desde la época de Augusto, una situación que no es habitual. En cambio, sorprende menos la presencia de sirios, si se tiene en cuenta la proximidad de su patria, y el auge del número de indígenas, aunque haya dado comienzo muy pronto, no deja de ser muy normal. Finalmente, el muy elevado porcentaje de africanos que nos muestra una de las inscripciones se explica, sin duda, por el hecho de que una «vexilación» de la III Legión Augusta acababa de ser integrada en la II Trajana.

El aspecto social

La cuestión del origen geográfico de los soldados se presenta, por tanto, bajo aspectos complejos: es necesario valorar una evolución de las provincias de origen y de los ejércitos de acogida. Pero, como algunos de los militares precisan su patria, el problema no parece irresoluble. En cambio, alguno de ellos no indica más que la profesión del padre, o la que él mismo ejercía eventualmente en el momento de ser reclutado; alguno no dice de qué medio social procede. En esos casos es necesario realizar una búsqueda indirecta como la que se ha hecho anteriormente en el caso de los centuriones, pero, afortunadamente, contando con un número de textos muy superior.

El derecho

Anteriormente hemos visto que el consejo de revisión, la *probatio*, comportaba un aspecto jurídico. Los esclavos no tenían derecho a integrarse en una legión, ni los libertos, y tampoco los desplazados; estos últimos podían llegar a ingresar a veces en esa clase de unidades, conservando su estatus de origen: se ha confirmado un caso de ese tipo, pero parece seguir manteniendo el carácter de rareza extraordinaria. Circunstancias excepcionales y graves podían imponer el recurso a una u otra de esas categorías inferiores; normalmente, en una situación así, el responsable del *dilectus* debía conceder previamente la libertad a los candidatos, si era preciso y, a continuación, la ciudada-

nía; sólo se les enrolaba después de seguir ese proceso. En efecto, los legionarios deben poseer la condición de romanos de pleno derecho: tal es la norma, y un estudio reciente dedicado a la situación jurídica de los militares[59] insiste con vigor en dos exigencias, las de la «selección y el elitismo» del reclutamiento. Pero en el siglo III, un pasaje de las «Sentencias», atribuidas a Paulo,[60] un célebre jurista, nos hace saber que, ante algunos delitos, los soldados eran condenados a la pena capital, y ese castigo sólo se aplicaba a las capas inferiores de la sociedad, los llamados «*humiliores*». Ciertamente, podríamos preguntarnos si esa medida innova, confirmando una evolución que se ha iniciado desde hace ya algún tiempo, o si el texto no hace más que retomar una práctica instituida hacía mucho tiempo. Parece más probable la primera interpretación (véase n. 59); pero la investigación quizá se sitúa al margen del sentido jurídico.

El medio de origen

Hay una segunda observación que viene a confirmar lo que acabamos de decir; contrariamente a lo que han creído algunos autores, después de una investigación muy precisa,[61] resulta que los legionarios no procedían de la clase de los notables de las ciudades: alguno —o al menos bien pocos entran en esa categoría— no pertenecía a aquellas familias que copaban los consejos municipales, las curias, al menos en África. Sobre este asunto existe por tanto una diferencia real entre los centuriones y los simples soldados.

¿Fue necesario caer tan bajo? ¿Debemos darle la razón a M. Rostovtzeff y admitir la intrusión de campesinos bárbaros en la tropa? En absoluto. En primer lugar, es necesario señalar que el investigador ruso fue víctima primero de la aceptación de un lugar común: el mito de la excelencia de lo rural y la mediocridad de la ciudadanía urbana, como soldados, es uno de los tópicos de las literaturas antiguas;[62] es muy anterior a la organización que realiza Augusto de un ejército profesional. Por otro lado, M. Rostovtzeff piensa que cada vez que una persona menciona este o aquel *origo* es que habita en la ciudad.

No obstante, ese dilema, urbano o rural, es un espléndido ejemplo de falso problema. En primer lugar, cualquier *origo* remite a una

59. J. Vendrand-Voyer, *Normes civiques*, 1983, pp. 69 ss., y p. 77.
60. Paulo, *Sentences*, XXXI.
61. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.
62. Tácito, *An.*, XLVI, 1, p. ej.: A. Michel, *Mél. M. Durry* = *Rev. Et. Lat.*, XLVII bis, 1969, pp. 237-251.

ciudad, es decir, a una villa y su territorio. Además, de hecho, un buen número de los lugares que calificamos como ciudades no eran más que pueblos grandes, en los que todos vivían de la agricultura; podríamos pensar en este caso en las múltiples ruinas que encontramos en Asia y África, como por ejemplo las de Dougga; sólo algunos centros importantes, como Éfeso o Cartago, contaban, en realidad, con actividades secundarias y terciarias. Pero aún hay más: la mentalidad antigua no se adaptaba a esa clase de dicotomía; los propios habitantes de las grandes ciudades vivían más cerca de la naturaleza que un parisiense o un neoyorquino del siglo XXI, adaptándose al ritmo de las estaciones y de las cosechas; y los más ricos hombres de negocios sólo perseguían una finalidad: invertir en tierras los beneficios que les reportaba el comercio o el artesanado. De todas formas, como un soldado pasaba en el ejército de veinte a veinticinco años, es probable que su sentimiento fuera más el de pertenecer al campamento que a la ciudad o al campo.

Y todavía podemos ir más lejos. En primer lugar, se sabe que algunas provincias (aquéllas que dependían de la autoridad del Senado) eran más tranquilas, más ricas y estaban más romanizadas que las que se hallaban sometidas al poder del príncipe. Y es bien cierto que, en todos esos dominios, Italia ganaba de lejos sobre las unas y las otras. Ahora bien, contamos con una investigación sobre ese tema a propósito de los soldados de la III Legión Augusta.[63]

Origen, por regiones, de los soldados de la III Legión Augusta (en %)

	Italia	Provincias senatoriales	Provincias imperiales
s. I	19	23	56
s. II	1	54	44
Principios s. III	0	62	37

Ciertamente, los italianos iban disminuyendo, pero también los procedentes de las provincias imperiales en beneficio de los del dominio senatorial. De este cuadro se desprende, pues, una impresión diferente: quizá los legionarios pertenecían a un medio más elevado del que se ha creído. Esa sensación la refuerza otro mecanismo de control: se sabe que las colonias, pedazos de Roma desgajados de la ciudad madre, y los municipios, ciudades que formaban parte de la carga de los habitantes de la metrópoli, representaban una elite en la jerar-

63. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.

quía de los estatus urbanos, bajo los cuales se encontraban las aglomeraciones de desplazados. Ahora bien, en un cálculo sobre la legión africana:[64] la primera categoría se hallaba representada por 615 individuos, es decir, un 92 por ciento, contra 53 como máximo de la segunda o, lo que es lo mismo, un 8 por ciento.

Se había descuidado también otro aspecto del origen de esos soldados: el medio en que han vivido su infancia y adolescencia. No es indiferente que un futuro militar haya pasado sus primeros años en un puerto, en un burgo rural o cerca de una fortificación. En cualquier caso, ha sido posible realizar un cálculo sobre el tema, una vez más en la III Legión Augusta.[65]

Medio de origen de los soldados de la III Legión Augusta (en %)

	Ciudades del litoral	Ciudades del interior	Lambèse + *castra*
117-161	46	30	23
161-192	33	43	25
193-238	16	44	39

El cuadro anterior muestra dos profundas disminuciones de hombres procedentes de ciudades portuarias, procedentes de familias de marinos, de comerciantes y de artesanos, en beneficio, en primer lugar, de jóvenes nacidos en burgos rurales, a mediados del siglo II, y a continuación de hijos de soldados, a principios del siglo III.

Las enseñanzas que nos ofrece la onomástica

Las listas que acaban de establecerse tienen en cuenta, esencialmente, la mención de las patrias. Existe otro elemento que puede utilizarse y que, por otro lado, presenta un mayor interés, porque nos ofrece unas cifras mucho más importantes: es el de la onomástica. Ya hemos comprobado con anterioridad que esa técnica puede ser de gran ayuda al investigador; será suficiente que volvamos a tener en cuenta los dos puntos principales examinados en el párrafo dedicado a los centuriones.

64. *Ibid.*
65. *Ibid.*

Los gentilicios

Comenzaremos por tanto, en primer lugar por los gentilicios. Si los han llevado personas conocidas, emperadores o gobernadores, indican que nos hallamos en presencia de indígenas romanizados, pero muestran también si la naturalización es reciente o no: un Claudius acaba de ser ascendido recientemente, si vive a mediados del siglo I de nuestra era, pues ese nombre remite a los emperadores Claudio y Nerón; en cambio, a principios del siglo III, puede pasar ya por romano viejo. En cuanto a los gentilicios raros, es decir, los que no se corresponden con un emperador o con un magistrado conocidos, abonan la presunción de que los llevaban inmigrantes italianos. En el cuadro siguiente nos limitaremos aún a la III Legión Augusta.[66]

Gentilicios de los soldados de la III Legión Augusta (en %)

	s. I	s. II	s. III	s. II-III	Media
Emperadores	21	39	35	35	35
Gobernadores (República)	21	17	18	25	19
Gobernadores (Imperio)	14	12	13	14	13
Inmigrantes italianos	29	23	24	19	24
Gentilicios derivados de *cognomina*	3	3	3	2	3
Gentilicios diversos	11	7	7	6	7

Estas cifras muestran que el ejército romano de África contaba entre sus filas con una cuarta parte de descendientes de italianos inmigrados (casi un tercio en el siglo I) y un 65 por ciento de africanos romanizados. No obstante, la importancia de los gentilicios que remiten a gobernadores de la época republicana incitan a pensar que esos militares proceden de familias naturalizadas de antiguo. Finalmente, es posible señalar (aunque ese punto se deduce con dificultades del cuadro) que no parece haber existido una gran evolución en la época de los Severos en relación con el siglo II. Aún podemos precisar más esos datos distinguiendo los diferentes soberanos y estableciendo aquí una comparación con el ejército de Hispania[67] (esencialmente, se trata de la VII Legión Gemina).

66. *Ibid.*
67. *Ibid.*; véase también P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982.

Gentilicios imperiales de los legionarios (en %)

Gentilicios	Emperadores concernidos	III Legión Augusta	Legiones de Hispania
Iulii	(César), Augusto, Tiberio, Calígula	49	59
Claudii	Claudio, Nerón	8	3
Flauii	Vespasiano, Tito, Domiciano	13	10
Vlpii	Trajano	5	3
Aelii	Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio, Cómodo	14	3
Aurelii	Marco Aurelio, Cómodo, Caracalla	12	22

Para la buena comprensión de este cuadro es necesario precisar que Marco Aurelio y Cómodo modificaron su onomástica en el curso de sus reinados y que Caracalla concedió el 212 la ciudadanía romana a todos los hombres libres del Imperio que aún carecían de ella, acabando de esa manera un proceso evolutivo iniciado mucho tiempo antes. Es notable la importancia de la obra de los Julios, de hecho César y Augusto; queda muy atrás la de los Flavios y los Aurelios, representados además sobre todo por Caracalla. Por otro lado, si el ejército de Hispania sigue en líneas generales la evolución del africano, presenta, no obstante, algunos rasgos originales, con un porcentaje más elevado de *Iulii* y *Aurelii*.

Los cognomina

A partir del estudio de los *cognomina* podemos llegar a conseguir, por otra parte, conocimientos diferentes y complementarios de los que nos ha proporcionado el examen de los gentilicios. En primer lugar, veremos de qué lenguas proceden los nombres de los soldados de la III Legión Augusta y del ejército de Hispania; también aquí todavía podemos hacer comparaciones.

La lengua de los cognomina *de los soldados (véase n. 67)* (en %)

	III Legión Augusta				Legiones de Hispania			
	latinos	griegos	indígenas	otros	latinos	griegos	indígenas	otros
S. I	96	1	1	2	94	0	4	2
S. II	91	7	0,5	2	95	3	0	2
S. III	95	2	2	1	97	0	2	0
Media	94	3	1	1	95	1	3	2

De este cuadro se desprenden dos enseñanzas esenciales. En primer lugar, las diferencias existentes entre la legión de África y las de Hispania parecen de carácter menor. En segundo lugar se muestra como predominante la lengua latina; ciertamente, podría objetarse que los documentos son, esencialmente, inscripciones, que la costumbre de grabar textos en piedra procede de Italia y que, por consiguiente, no puede sorprendernos esa preeminencia. Una comparación nos permitirá entonces medir con mayor exactitud la predisposición de esas cifras: en la provincia de Britania, P. Salway no ha encontrado más que un 50 por ciento de nombres latinos para el conjunto de la región[68] o de los soldados que se hallaban en la guarnición.

Por otro lado, se ha establecido que los *cognomina* los llevaban, con mayor frecuencia, unos los nobles, otros los simples ciudadanos, y otros, en fin, los esclavos,[69] sin que, por lo demás, pueda adjudicarse a uno de esos grupos la exclusividad en la materia; pero existían modas que variaban según el medio social. Por lo que respecta a la III Legión Augusta, se ha llevado a cabo una investigación[70] que muestra una mezcolanza de nombres, unos más rebuscados y otros más vulgares; a partir de ahí creemos poder deducir que esos soldados pertenecían a una clase media que tomaba su onomástica tan pronto de lo más alto como de lo más bajo de la escala social.

En cambio, hay que desestimar una línea de investigación. Numerosos epigrafistas han considerado que ciertos *cognomina* de forma latina pertenecerían a esta o a aquella región del Imperio, porque traducirían nombres indígenas o, simplemente, por un fenómeno de moda. Sir R. Syme[71] ha atacado esa teoría; ha puesto en duda el carácter «africano» de Donatus, Fortunatus, Optatus y Rogatus. Conviene añadir que, ya antes que él, J.-J. Hatt[72] había demostrado que Saturninus se encontraba con tanta frecuencia en la Galia como en el Proconsulado. Es, por tanto, necesario, seguir la tesis de estos dos eruditos;[73] en efecto, encontramos prácticamente en todas las provincias los mismos *cognomina*: Felix, Secundus, Maximus, Primus y Rufus. Apenas podemos mostrar en el Imperio la existencia de dos casos particulares: el observador queda asombrado ante el porcentaje tan elevado de nombres griegos en Roma; ese fenómeno debe explicarse por la importancia del número de esclavos que vivían allí y

68. P. Salway, *Frontier People of Roman Britain*, 1965, p. 18.
69. I. Kajanto, *The Latin cognomina*, 1965.
70. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.
71. R. Syme, *Historia*, XXVII, 1978, pp. 75-81.
72. J.-J. Hatt, *Rev. Arch. Est*, XV, 1964, pp. 327-329.
73. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.

por la fuerte mezcla de poblaciones que se efectuaba en la capital del Imperio. Por otro lado, los habitantes de las regiones militares parecen haber tenido siempre una especial predilección por llamar Victor a sus hijos, lo que es perfectamente comprensible. En consecuencia, reservaremos la expresión de «nombres indígenas» a aquellos que no han sido traducidos (Baricio o Namphamo, en África, Andergus o Clutamus, en Hispania, a título de ejemplo), y es forzoso constatar la débil importancia de estos últimos a lo largo de todo el Alto Imperio.

La cuestión de los *cognomina* griegos, con los que acabaremos este párrafo, ha sido objeto de debate, presentándose tres tesis enfrentadas. Según H. Solin,[74] el uso de una de esas onomásticas posee un significado social: indica que se trata de un esclavo o de un liberto. Pero Ph. Leveau[75] ha contemplado igualmente la posibilidad de que se trate de una moda, en particular en la época del filoheleno Adriano (117-138). Finalmente, P. Huttunen,[76] en su crítica a H. Solin, piensa en una mayor diversidad de explicaciones. De todas formas, al tratarse de legionarios, esa clase de nomenclatura no aparece más que muy raramente. Con el fin de poder llegar a alguna conclusión, a la vista precisamente de ese pequeño número de casos, ha parecido conveniente incluirlos en tres categorías:[77] en efecto, encontraríamos soldados procedentes de Oriente, otros del campamento (de los *castris*) y, en fin, otros más que han vivido a principios del siglo II, es decir, hacia la época de Adriano.

Aún sería posible llevar más lejos esta clase de análisis. Parece, no obstante, que, en lo que respecta al reclutamiento de los legionarios, debemos deducir algunas características importantes. Esos soldados pertenecían, seguramente, a la plebe de los *humiliores*, pero constituirían su élite, es decir, la capa superior, romanizada de más antiguo. Esa elección de los mejores se explica por una política consciente, querida por el poder imperial.[78] No obstante, a lo largo del siglo III sobre todo, la voluntad del Estado ha debido acomodarse a la fuerza de las cosas: era cada vez más difícil encontrar hombres y dinero para pagar unos salarios atractivos, y esa crisis estallaba en un momento en que los bárbaros partían al asalto del Imperio desde el este y el norte.

74. H. Solin, *Beiträge zur Kenntnis der griechischen Personnamen in Rom*, 1971.
75. Ph. Leveau, *Bull. Arch Algér.*, V, 1971-1974, p. 222, y *Rev. Et. Anc.*, LXXVI, 1974, p. 296.
76. P. Huttunen, *The Social Strata in the Imperial City of Rome*, 1974.
77. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 4.
78. J. Vendrand-Voyer, *Normes civiques*, 1983, pp. 77 y 99.

El reclutamiento de los auxiliares

Los historiadores conocen casi tan bien el sistema de reclutamiento de las tropas auxiliares como el de los legionarios, y ello por dos razones. En primer lugar, disponen de una cantidad bastante elevada de documentos, inscripciones funerarias, «listas», «diplomas militares» y papiros. Además, el tema ha sido muy bien estudiado, en particular para las provincias del Rin y del Danubio, en la obra magistral de K. Kraft;[79] pero también se podrían citar, sin demérito alguno, muchos otros trabajos. Todas esas investigaciones han llegado a dos conclusiones importantes sobre las que apenas hay más que ligeros desacuerdos entre los estudiosos. La primera regla es... que no existe regla alguna, al menos una norma rígida, pues cada región de partida y cada ejército de acogida han ido siguiendo su propia evolución. No obstante, y éste es el segundo punto de acuerdo, existe una tendencia general a salir al paso de lo que ya se ha observado para las legiones: de la misma manera en que estas últimas apelaban a jóvenes que pertenecían a medios cada vez más humildes, los cuerpos auxiliares, en conjunto, iban eligiendo cada vez más a ciudadanos romanos. Así, esas dos clases de unidades no cesaron de aproximarse las unas a las otras.

El aspecto geográfico

Examinemos primero la situación geográfica, es decir, la de las patrias. Se sabe que el nombre del pueblo que forma parte de la denominación de una unidad auxiliar indica el lugar en que ha sido constituida o donde lleva a cabo su primer reclutamiento: el *ala I Thracum* nace en Tracia, provincia de la que proceden sus soldados más antiguos. A partir de ahí pueden continuar eligiéndose nuevos militares en la región de origen durante un cierto tiempo, en la medida en que se establece una tradición y lazos entre la provincia de partida y el ejército de llegada. Cuando la unidad se halla designada por dos nombres étnicos (por ejemplo, *ala Gallorum et Pannoniorum*) significa que ha habido una fusión entre los restos de dos cuerpos diferentes (en el ejemplo anterior, galos y panonios); esa clase de denominación no ha sido atestiguada hasta el momento actual más que para el siglo II.

Los pueblos de procedencia de esos soldados no han sido estudiados recientemente. De todas formas, podemos utilizar aquí las lis-

79. K. Kraft, *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten an Rhein und Donau*, 1951; H. T. Rowell, *Journ. Rom. St.*, XLIII, 1953, pp. 175-179.

tas ofrecidas por G. L. Cheesman;[80] ciertamente, datan de 1914,[81] pero permiten contar con una visión de conjunto sobre el tema;[82] las notas *(infra)* nos proporcionarán en algunos casos una actualización.

El reclutamiento inicial de los auxiliares, según G. L. Cheesman. Noroeste de Europa

Regiones	Unidades			Denominaciones	
	Alas	Cohortes	Total	Pueblos	Tribus
Britania[83]	2	16	18	*Brittones*	
Tarraconense[84]	12	49	61	*Hispani (+ H. Compagones et Vettones)*	*Arauaci, Astures (+ Gallaeci), Ausetani, Bracaraugustani, Cantabri, Carietes, (+ Veniaesses), Celtiberi, Lucenses (Hispani + Callaeci), Vardulli, Vascones*
Lusitania (véase n. 84)	0	9	9	*Lusitani*	
Bélgica	6	41 + x	47 + x	*Belgae,*[85] *Germani*	*Bataui, Canninefates, Cugerni, Lingones, Mattiaci, Menapii, Morini, Nemetes, Neruii,*[86] *Sequani et Rauraci, Sugambri, Sunuci, Treueri, Tungri,*[87] *Vangiones, Vbii, Vsipi*
Lionesado	11 (+ 14 ?)	21	32 (+14 ?)	*Galli (+ Bosporani, + Pannonii)*	

80. G. L. Cheesman, *The auxilia of the Roman Imperial Army*, 1914.
81. P. Holder, *The auxilia from Augustus to Trajan*, 1980 (parcialmente actualizado).
82. Para proseguir con este asunto, véase *Corpus inscr. lat.*, XVI y Supl.; *L'Année Épigraphique*; M. Roxan, *Roman Military Diplomas*, 4 vols., 1978-2003.
83. D. B. Saddington, *XII*[e] *Congrès du limes*, 1980, p. 1072: 3 alas y 12 cohortes en el momento máximo.
84. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982; añadir *lemaui* y *lungones*.
85. L. Van de Weerd, *Ant. Class.*, V, 1936, pp. 341-372; 1 ala de nervianos y 2 de tongreses, 3 cohortes de belgas, 1 de menapos, 1 de morinos, 11 de nervianos y 2 de tongreses (3/18). Véase n. siguiente.
86. G. Drioux, *Rev. Ét. Anc.*, XLVIII, 1946, pp. 80-90: 6 cohortes en Bretaña.
87. J. Smeesters, *X*[e] *Congrès du limes*, 1977, pp. 175-186: 2 alas, 4 cohortes.

El reclutamiento inicial de los auxiliares, según G. L. Cheesman. Noroeste de Europa (continuación)

Regiones	Unidades			Denominaciones	
	Alas	Cohortes	Total	Pueblos	Tribus
Aquitania	0	7	7	*Aquitani*	*Bituriges*
Narbonense	2	0	2		*Vocontii*
Córcega	0	3	3	*Corsi* (+ *Sardi et Ligures*)	
Cerdeña	0	3	3	*Sardi* (+ *Corsi*)	
Alpes[88]	1	12	13	*Alpini*	*Ligures* (+ *Corsi*), *Montani, Trumplini, Vallenses*
Retia	0	19	19	*Raeti*	*Helvetii* (de hecho, Bélgica), *Vindelici; Gaesati*
Nórica	1	1	2	*Norici*	

El reclutamiento inicial de los auxiliares, según G. L. Cheesman. Noreste de Europa

Regiones	Unidades			Denominaciones	
	Alas	Cohortes	Total	Pueblos	Tribus
Panonia	8	18	26	*Pannonii* (+ *Dalmatae*)	*Breuci, Illyrici, Sarmatae, Varciani*
Dalmacia	0	11	11	*Dalmatae*	
Mesia	2	5	7		*Bosporani, Dardani*
Dacia[89]	1	6	7	*Daci*	
Tracia[90]	9	22	31	*Thraces*	
Macedonia	0	3	3	*Macedones*	*Cyrrhestici*
Creta (véase Cirenaica)	0	1	1	*Cretes*	

88. E. Ritterling, *Klio*, XXI, 1926-1927, pp. 82-91.
89. C. C. Petolescu, *Revista de Istorie*, XXXIII, 1980, pp. 1.043-1.061: envía 12 unidades, sobre todo de cohortes.
90. M. G. Jarrett, *Israel Explor. Journ.*, XIX, 1969, pp. 215-224: 9 alas y 28 cohortes.

Asia

Regiones	Unidades			Denominaciones	
	Alas	Cohortes	Total	Pueblos	Tribus
Galacia	1	6	7	*Galatae*	*Paflagones, Phryges*[91]
Cilicia	0	4	4	*Cilices*	
Chipre	0	4	4	*Cypri*	
Siria[92]	2 (+ 2)	22 (+ 5)	24 (+ 7)	*Syri*	*Antiochenses, Apameni, Canatheni, Chalcideni, Commageni, Damasceni, Hamii, Hemeseni, Tyrii* + *Parthi,*[93] *sagittarii*
Palestina	2	10	12		*Ascalonitani, Ituraei, Sebasteni*
Arabia	0 (+ 1)	6	6 (+ 1)		*Petraei* + *dromedarii*

África

Regiones	Unidades			Denominaciones	
	Alas	Cohortes	Total	Pueblos	Tribus
Egipto[94]	0	2	2		*Thebaei*
Cirenaica (véase Creta)	0	4	4	*Cyrenaici*	
África[95] y Mauritania	5	14	19	*Numidae, Mauri*	*Afri,*[96] *Cirtenses, Cisipadenses, Gaetuli, Musulamii*

91. A. Merlin, *Rev. Arch.*, XVII, 1941, pp. 37-39: 7 alas de frigios.

92. G. Cantacuzène, *Musée Belge*, XXXI, 1927, pp. 157-172; I. I. Russu, *Acta Musei Napoc.*, VI, 1969, pp. 167-186.

93. D. L. Kennedy, *XIè Congrès du limes*, 1977, pp. 521-531: 8 unidades, sobre todo alas.

94. J. Carcopino, *Rev. Ét. Anc.*, 1922, pp. 215 y 218-219: los hombres dependientes del derecho egipcio sólo podían servir como auxiliares o en la flota.

95. Y. Le Bohec, *La IIIè Légion Auguste*, 1989, pp. 512-515: envía 13.000 hombres, es decir, 5 alas y 21 cohortes.

96. Los *afri*, pueblo poco numeroso del norte de la actual Tunicia, que no deben confundirse con los africanos en conjunto.

Aunque su significación cronológica no sea más que limitada, pues no hay otro interés que el momento de creación de las unidades, esas listas permiten hacer interesantes constataciones: Europa ha suministrado más de las tres cuartas partes de esos auxiliares (301 unidades de un total de 383, es decir, un 78,5 %), y la parte occidental del continente ha dado ella sola más de la mitad (215; un 56 %); muy atrás vienen Asia (57; 15 %) y África (25; 6,5 %). Por lo que se refiere a la caballería, ha sido reclutada en las regiones de influencia celta (Tarraconense y Lionesado), y a continuación en Tracia y en Panonia. Si los arqueros se hallan poco representados en esas listas, ello se explica por el hecho de que se encuentran en los *numeri*; o quizá porque G. L. Cheesman ha descartado esas unidades en sus investigaciones.

A continuación debemos presentar cuadros que muestran una evolución, simplificando los resultados obtenidos para el Rin, el Danubio y Mauretania, zonas militares bien estudiadas recientemente. Veamos el reclutamiento de las alas y las cohortes del Rin y el Danubio según K. Kraft.[97]

	«Extranjeros»	«Indígenas»
Flavios-Trajano		
Rin	13	28
Danubio	30	25
Total	43	53
Adriano-hacia 170		
Rin	1	3
Danubio	18	24
Total	19	27
Fin s. II-s. III		
Rin	6	8
Danubio	25	29
Total	31	37

97. K. Kraft, *op. cit.*, pp. 64-68.

Reclutamiento de auxiliares en Mauretania Cesariana, según N. Benseddik.[98]

	«Extranjeros»	«Indígenas»
Flavios-Trajano	16	1
S. II	0	1
S. II-III	3	7
S. III	2	3

Con el fin de realizar un comentario fructífero, estas cifras deben relacionarse con la información que nos proporcionan otras fuentes, en especial los textos literarios. Para el siglo I, hay un llamamiento fundamentalmente de «extranjeros», que los reclutadores van a buscar a la Tarraconense, la Galia y la Germania. Pero desde Tiberio aparecen nuevas clases de reclutamiento: se hacen llamamientos a la movilización regional e incluso local, fenómeno que puede observarse también en tiempos de Nerón.[99] Esa situación caracteriza a la Mauretania y asimismo a las provincias danubianas. Por el contrario, en el Rin, los «indígenas» se llevan la palma.

Más tarde, y contrariamente a lo que se ha dicho a menudo, parece poder constatarse una estabilidad bastante elevada: de manera general, se recurre prácticamente lo mismo a los hombres nacidos en la provincia que a quienes proceden del exterior, estando siempre ligeramente por delante los primeros. Y, al menos en las guarniciones europeas, el *origo castris* no parece haber hecho aparición con anterioridad al comienzo de la época antonina.

En el siglo II, algunas unidades se escapan al reclutamiento local. En un primer momento, son los *numeri*, que aparecen como muy pronto a finales del siglo I, y que han sido concebidos desde el principio como tropas formadas por bárbaros: eso supone que se mantienen los lazos con la patria de origen. Asimismo, algunas unidades (a menudo, por otra parte, de *numeri*) están constituidas por especialistas. Así, nos encontramos con arqueros,[100] aprovechándose particularmente el talento de los orientales en ese terreno. En ese caso, además, la confianza se relaciona con las tradiciones de una ciudad: los habitantes de Palmira son grandes tiradores de arco, por lo que se hace venir de

98. N. Benseddik, *Les troupes auxiliaires... en Maurétanie Césarienne*, s. f. (1982); Y. Le Bohec, *Epigraphica*, XLIV, 1982, p. 265.

99. Flavio Josefo, *G. I.*, II, 13, 7 (268).

100. G. Cantacuzène, *Musée Belge*, XXXI, 1927, pp. 157-172.

su metrópoli a los soldados que forman el *numerus Palmyrenorum sagittariorum*. Por el contrario, en el caso de la caballería se prefiere a los occidentales, galos, germanos e hispanos. Además, las autoridades romanas desconfían de algunos bárbaros, a los que prefieren enviar lejos de su patria: es lo que sucede con los bretones, que nunca permanecen de guarnición en su isla; un estudio reciente,[101] que desgraciadamente sólo presenta un reducido número de casos, hace pensar que, igualmente, se evitaba dejar a demasiados moros en Mauretania. Por el contrario, los sirios emigran relativamente poco. Se conoce mucho peor el siglo III: los documentos se vuelven menos numerosos, son mucho más difíciles de datar y los estudios se hacen raros. No obstante, debemos admitir, al menos para sus comienzos, una presencia nada despreciable de «extranjeros».

El aspecto social

El estatuto jurídico de los auxiliares ha sido muy bien estudiado por K. Kraft; a partir de sus reflexiones organizó un cuadro que presentamos a continuación, simplificándolo.[102]

	Alas		Cohortes	
	Desplazados	Ciudadanos romanos	Desplazados	Ciudadanos romanos
Julio-claudios	48	7	44	0
Flavios-Trajano	32	19	27	17
Adriano-hacia 170	13	10	13	17
Fin del s. II-principios del s. III	0	38	3	43

En el momento de su creación, es decir, en esencia a principios del Alto Imperio, las unidades auxiliares se hallan constituidas por soldados que responden al estatuto de desplazados y que son de culturas diversas, pero bárbaras, y más en las cohortes que en las alas. No obstante, se nos presenta ya una excepción: algunas cohortes no llevan el nombre de un pueblo, sino que se las denomina «de ciudadanos romanos». Normalmente, los soldados que sirven en ellas disfrutan de ese estatuto jurídico, y se les considera como iguales a los legiona-

101. Véase n. 98.
102. K. Kraft, *op. cit.*, pp. 80-81.

rios. Las que se llaman de esa manera desde su creación llevan a veces otros nombres: se las designa como si estuviesen constituidas por voluntarios *(uoluntarii)*, o por hombres libres *(ingenui)*, o incluso por marinos *(classicae)*; estos últimos han sido identificados con precisión: se trata de militares de la flota naturalizados en el 28 aC., después de haber participado en la campaña de Aquitania de Marcus Valerius Messalla Corvinus. Más tarde, esa dignidad se acordó en ocasiones análogas como recompensa para aquellas cohortes que se habían distinguido en combate.

En la época julio-claudia, los cuerpos auxiliares están constituidos generalmente por desplazados, más numerosos en la infantería que en la caballería, donde ya aparece la presencia de algunos ciudadanos romanos. Normalmente, entre esos militares sólo encontramos bárbaros.[103] Tácito, que, ciertamente, desconfía de los soldados, informa de que su aspecto sorprendía por su extrañeza y de que hablaban lenguas incomprensibles.[104] Durante la crisis del 68-69 habla de los germanos quienes, «desnudos, según la moda de su país, avanzaban al azar, bajo las notas de un himno salvaje y agitando sus cabelleras por encima de los hombros».[105]

Entre Vespasiano y Adriano nos encontramos con una cierta evolución: ingresan en las alas y en las cohortes ciudadanos de pleno derecho, donde ocupan no obstante todavía un lugar secundario por su número. Con todo, para el 82 y de nuevo para el 83, Tácito[106] describe unidades de esa categoría y deja entrever que todavía se hallan compuestas mayoritariamente por bárbaros. A partir de Adriano y hasta aproximadamente el 170, romanos y desplazados quedan casi equilibrados, y en el periodo que sigue (*c.* 170-*c.* 210), estos últimos sólo mantienen una presencia residual, excepción hecha de los *numeri* y de algunas unidades especializadas. Sin embargo, Marco Aurelio, que debe hacer frente a una grave dificultad y a la urgencia, enrola en los auxiliares gentes de cualquier procedencia y estado, desde esclavos considerados «voluntarios» hasta bandoleros y gladiadores,[107] al tiempo que escogía con sumo cuidado a los legionarios. Pero las circunstancias imponen medidas excepcionales: el enemigo se acerca peligrosamente.

Si comparamos las diferentes clases de soldados que han sido reclutados para el ejército de fronteras, se constata que, si no cuentan al nacer con el estatuto de romanos, unos lo reciben al ingresar y otros

103. Tácito, *An.*, III, 42, 1.
104. Tácito, *An.*, III, 33, 5.
105. Tácito, *H.*, II, 22, 2.
106. Tácito, *Agr.*, XXVIII y XXXII, 3.
107. *Historia Augusta, M. Ant.*, XXI, 6-7 y XXIII, 5.

al licenciarse; en uno y otro caso, el servicio militar funciona como una máquina de difusión de la ciudadanía.

El reclutamiento de cuerpos distintos a las legiones y a las tropas auxiliares

En los diferentes cuerpos de la guarnición de Roma y en las flotas, la situación se presenta bajo aspectos distintos según el momento: en algunos casos, el poder imperial quiere primar a los soldados; en otros, no.

La guarnición de Roma

Las cohortes pretorianas

Que las cohortes pretorianas constituían la flor y nata del ejército romano se comprueba en el reclutamiento, al menos en los comienzos del Principado. En efecto, en el siglo I, para ingresar hay que ser italiano; más aún, hasta tiempos de Tiberio, su acceso se hallaba limitado a los jóvenes procedentes del Lacio, Etruria, Umbría y de las colonias más antiguas;[108] bajo Claudio, hace aparición en las listas la Galia Cisalpina, es decir, la llanura del Po. A principios del siglo II, la península suministra aún el 89 por ciento de esos soldados, y esa cifra sólo disminuye muy ligeramente a lo largo de la época antonina. Algunos dálmatas y panonios se benefician de esa tímida evolución. Desde el 193, a principios del reinado de Septimio Severo, tiene lugar una verdadera conmoción: con el fin de castigar a los pretorianos que, a la muerte de Cómodo, habían subastado el Imperio, el emperador africano que, por otra parte, quería recompensar a sus propios soldados, disuelve esas cohortes y las recompone utilizando gentes de provincias, sobre todo ilirios. Se ignora el origen social de esos militares: mientras que M. Durry[109] considera que, en conjunto, son humildes, A. Passerini[110] piensa, por el contrario, que se trata de gente procedente de familias de notables. Debemos a ese estudioso italiano algunas de las cifras que muestran la amplitud de la reforma del 193.

108. Tácito, *An.*, IV, 5, 5. J. Sasel, *Historia*, XXI, 1972, pp. 474-480.
109. M. Durry, *Les cohortes prétoriennes*, 1939, pp. 239-257.
110. A. Passerini, *Le coorti pretorie*, 1939, pp. 141-189.

El reclutamiento en % de los pretorianos, según A. Passerini

	S. I-II	S. III
Italianos	86,30	0
Occidentales	9,50	60,30
Orientales	4,20	39,70

Las cohortes urbanas

Cuando se trata de las cohortes urbanas, debemos distinguir dos casos. En principio, se piensa que no se han movido de Roma. En origen,[111] su reclutamiento no es distinto del pretorio, pero, después, prácticamente no ha evolucionado, lo que constituye una gran originalidad. Dos epigrafistas se han dedicado a estudiar este asunto. Desde el momento en que utilizaban métodos diferentes, no han alcanzado los mismos resultados en valores absolutos, pero los porcentajes son comparables, o casi idénticos, en uno y otro: F. C. Mench[112] cuenta un 85,5 % de italianos y un 14,5 % de provinciales; para H. Freiss,[113] esas cifras se convierten en 88 y 12 % respectivamente. Como en las listas de nombres sólo se encuentra un 15 % de gentilicios imperiales (98/640), debe admitirse (lo que parece lógico a la vista de los orígenes geográficos) que, en esas unidades, sólo encontramos un número muy pequeño de nuevos ciudadanos.

Pero, por otro lado, sabemos que dos cohortes urbanas habían sido destacadas de manera permanente en provincias, una de ellas en Lyon, y la otra en Cartago. Esta última ha sido estudiada.[114] Poseemos muy escasas menciones a los lugares de origen como para que un resultado de esa clase pueda tener un significado real. Por el contrario, ha mostrado un 25 % de gentilicios imperiales, correspondiendo el 28 % a nombres de gobernadores del proconsulado: eso daría como resultado más de una mitad de africanos naturalizados y solamente un 45 % de descendientes de italianos. Ciertamente, los *cognomina* son latinos en un 90 %, pero un 6,4 procede del griego y sólo un 2,8 % de lenguas «indígenas». Desde el punto de vista de la romanización, esa cohorte estaría situada, por tanto, por encima de la legión de Numidia, pero por debajo de sus homólogas estacionadas en la capital del Imperio.

111. Tácito, *An.*, IV, 5, 5. A. Pagnoni, *Epigraphica*, IV, 1942, pp. 23-40.
112. F. C. Mench, *The Cohortes urbanae*, 1968, pp. 495-497 y 501-505.
113. H. Freis, *Die cohortes urbanae, Epigr. Stud.*, II, 1967, pp. 50-62.
114. N. Duval, S. Lancel e Y. Le Bohec, *Bull. Com. Tr. Hist.*, 1984, pp. 33-89.

Las demás unidades de la guarnición de Roma

Gracias a un libro reciente[115] se conoce bien el reclutamiento de los vigililantes. Como ya se ha dicho, todos los libertos desde un principio fueron reemplazados rápidamente por desplazados e incluso por ciudadanos romanos, atraídos por el sueldo y por el atractivo de la Ciudad. Entre sus filas se cuenta una apabullante mayoría de italianos, pero acaban por admitirse africanos y orientales.

La «gendarmería imperial», los *statores Augusti,* estaba compuesta generalmente por antiguos soldados de la guardia montada personal del príncipe, los *equites singulares Augusti.* Para estos últimos disponemos por fortuna de un estudio reciente.[116] Se trata de jinetes reclutados directamente o tomados de las alas de las tropas auxiliares. En el siglo II hay una neta mayoría de occidentales, germanos, en particular bátavos; después del 193 dominan claramente panonios, dacios y tracios. Pero el 90 por ciento de esos militares portan gentilicios imperiales; F. Grosso[117] explica ese fenómeno diciendo que los *equites singulares Augusti,* procedentes de un medio formado por desplazados, recibían la ciudadanía latina al ingresar en el ejército y se convertían en romanos de pleno derecho acabado el servicio.

LAS FLOTAS

Cuando se estudia a los marinos se tropieza igualmente con un delicado problema jurídico.[118] Th. Mommsen[119] había sostenido que, hasta la época de Domiciano, todos ellos, oficiales o no, pertenecían al grupo de los libertos y los esclavos. Pero S. Panciera[120] había resaltado la presencia en sus filas de ciudadanos romanos desde la época de Augusto. Recientemente, M. Reddé (véase n. 118) ha considerado la situación inicial como compleja: habían sido enrolados algunos esclavos, pero después de haber recibido la libertad y aún de forma excepcional (de hecho, su presencia aparece como una herencia de la Guerra Civil); a su lado se encontraban libertos, desplazados e incluso, según las observaciones de S. Panciera, ciudadanos romanos. Después de la época de

115. R. Sablayrolles, *Libertinus miles*, 1996, París-Roma.
116. M. Speidel, *Die equites singulares Augusti*, 1962, p. 18.
117. F. Grosso, *Latomus*, XXV, 1966, pp. 900-909.
118. L. Wickert, *Die Flotte d. röm. Kaiserzeit, Würzb. Jarbh. f. Alt.*, IV, 1949-1950, pp. 105-113; M. Reddé, *Mare nostrum*, 1986.
119. Th. Mommsen y J. Marquardt, *Manuel des antiquités romaines* (trad. de J. Brissaud), XI, 1891, p. 242.
120. S. Panciera, *Rend. Accad. Lincei*, XXIX, 1964, pp. 316-327.

Augusto,[121] los marinos eran en su mayoría no ciudadanos que recibían la calificación de latinos al finalizar el servicio:[122] los desplazados se codeaban con una minoría de libertos y con algunos hombres que recibían el estatus de egipcios, un grado aún inferior en la escala de valores de los antiguos, próximo al nivel de servidumbre. En la época flavia (69-96), todos esos soldados poseían los *tria nomina*, y los diplomas que se les entregan en su licenciamiento les otorgan la cualidad de romanos. Según V. Chapot,[123] a partir de Adriano era preciso disfrutar del derecho latino para ingresar en la flota. Y es bien cierto que los marineros acceden, en conjunto, a la *ciuitas romana* el 212, cuando Caracalla concede ese privilegio a cuantos hombres libres habitan en el Imperio.

Los orígenes geográficos plantean menos problemas. Es evidente que no se sabe nada de ese tema por lo que concierne a las flotas provinciales. Pero M. Reddé (véase n. 118) ha podido establecer nuevas listas para las demás.

El reclutamiento de los marinos, según M. Reddé

	Miseno	Ravenna
Italia	6	1
Occidente		
África	11	2
Dalmacia	12	12
Panonia	10	5
Córcega	4	3
Cerdeña	22	3
Total	59	25
Oriente		
Asia	38	3
Siria	13	7
Egipto	54	7
Tracia	37	2
Grecia	8	1
Total	150	20
Varios	4	1
Total general	219	47

121. Ch. G. Starr, *The Roman Imperial Navy*, 1941, pp. 66 ss.
122. W. Seston, *Rev. Philol.*, VII, 1933, pp. 383-384.123.
123. V. Chapot, *La flotte de Misène*, 1896, pp. 180-181.

Así, los marinos de los navíos con base en Miseno proceden de Egipto, de la provincia de Asia, de Tracia y de Cerdeña.[124] En cuanto a la flota de Ravena, recluta sus hombres en Siria y en Egipto, en Panonia y, sobre todo, en Dalmacia, hasta allí donde la escasez de los documentos permite dar cuenta de ello.

Conclusión

La tradición romana y las mentalidades colectivas consideran algunas clases de unidades como más dignas de interés que otras, y esas actitudes se traducen en la elección de los hombres llamados a servir: las unidades de elite están constituidas por ciudadanos romanos procedentes del Lacio y de la Italia central; a medida que vamos alejándonos de Roma y descendiendo en la escala del estatus jurídico se observa que los militares en cuestión gozan cada vez de menor importancia para la seguridad del Imperio. Es decir, a la jerarquía de los cuerpos de tropa corresponde una jerarquía en el reclutamiento.

Tales decisiones dejan bien claro que el poder imperial se encuentra ligado a una política de calidad. Pero, para que siga siendo posible, es necesario que los ejércitos no se enfrenten a demasiadas dificultades, a demasiadas guerras y, sobre todo, a demasiadas derrotas. Es preciso que los soldados disfruten de un cierto respeto reconocido por todos, que consigan prestigio, pues las apariencias tienen su importancia en la sociedad. Con este fin, el Estado debe disponer de medios financieros nada despreciables.

124. Y. Le Bohec, *La Sardaigne et l'armée romaine*, 1990, Sassari.

Segunda parte

ACTIVIDADES DEL EJÉRCITO. DEFENSA Y ATAQUE

Capítulo IV

LA INSTRUCCIÓN. PREPARAR LA VICTORIA

¿Qué se le pide a un soldado? En principio, obediencia a los jefes; después, si llega el caso, dejar la vida en el combate. Al menos, eso es lo que piensan muchos de nuestros contemporáneos y la mayoría de los historiadores; a sus ojos, la instrucción no sirve más que para llenar uno de los capítulos de la vida militar cotidiana, debe insertarse entre dos parámetros, uno que evoque el lupanar y otro las termas. Por ello, las más grandes enciclopedias dedicadas a la Antigüedad, la «Pauly-Wissowa» y la «Daremberg-Saglio», no han considerado útil consagrar ni siquiera un breve artículo a esa actividad.

Por tanto, esa actitud pide una corrección. En nuestra época, algunos especialistas del ejército[1] han considerado con buen criterio que esa práctica ha presentado una importancia mucho mayor de la que se ha dicho, y algunos investigadores han llegado incluso a presentir el lugar de excepción que ocupaba la instrucción en la eficacia de las tropas de Roma. Algunos autores se han dedicado a ella de manera indirecta: A. Neumann por el derecho, por el estudio de los reglamentos,[2] y R. Davies por la arqueología, ocupándose de los campos de maniobras y de la caballería.[3] Una obra reciente propone una síntesis convincente.[4] Muestra en particular que debe esperarse a la época del Imperio para encontrar una instrucción bien organizada, en emplazamientos específicos y con un encuadramiento propio. Por lo que se refiere al resto, confirma las principales aportaciones de nuestra edición de 1989.

1. Ch. Ardant du Picq, *Études sur le combat*, 1903, pp. 16 y 79, a título de ejemplos.
2. A. Neumann, *Classical Philol.*, XXXI, 1936, pp. 1 ss., XLI, 1946, pp. 217-225, XLIII, 1948, pp. 157-173, y *Klio*, XXVI, 1933, pp. 360 ss.
3. R. Davies, *Latomus*, XXVII, 1968, pp. 75-95, *The Classical Journal*, CXXV, 1968, pp. 73-100, y *Aufstieg und Niedergang d. r. Welt*, II, I, 1974, pp. 299-338.
4. G. Horsmann, *Untersuchungen zur militärischen Ausbildung*, 1991, Boppard-am-Rheim.

En efecto, la instrucción no debería despreciarse:[5] es la que explica en buena medida el éxito del ejército romano. A ojos de los antiguos, el arte de la guerra pasaba por ser una ciencia, una «disciplina», que se enseña y se aprende, como las matemáticas o la literatura. Para designar esa actividad, la lengua latina dispone de dos palabras: *exercitium* y *exercitatio*. En el *Thesaurus linguae latinae*, ese espléndido léxico en el que se encuentran recogidas todas las referencias a los autores conocidos, cada uno de esos dos términos ocupa cuatro interminables columnas:[6] es decir, la importancia de esa práctica y ese hecho hacen que sea aún más sorprendente la ausencia de curiosidad de que hacen gala los modernos. Los propios romanos concedían un lugar importante a la instrucción. En sus investigaciones etimológicas, Varrón[7] no dudaba en invertir el que nos parecería un orden normal: llegó a hacer derivar el sustantivo «ejército» *(exercitus)* del verbo «ejercitar» *(exercito)*. Y Cicerón[8] le concedió el apoyo de su autoridad: «Ya sabes... cuál es para nosotros el sentido de la palabra "ejército"...; (y) ¿qué decir de la instrucción de las legiones?... poned en la vanguardia a un soldado de igual valentía, pero sin instrucción, y parecerá una mujer.»

Sin ánimo de ofrecer una lista exhaustiva de los textos literarios o epigráficos que se refieren a ese tema,[9] podemos al menos citar a varios autores que han hecho algo más que mencionar por alusiones esa actividad. A mediados del siglo I de nuestra era, Onesandros[10] recuerda en general sus deberes en esa materia. Poco después, Flavio Josefo,[11] oficial judío vencido por Vespasiano y Tito, explica su derrota por la eficacia que esa práctica confiere a las legiones. Como es obvio, Tácito habla a menudo del tema.

Pero es la época de Adriano la que proporciona más informaciones sobre la materia. El propio emperador concedía gran importancia a la instrucción:[12] esa actitud le permitía asegurarse la obediencia de los cuadros del ejército, que, de no ser así, le reprochaban un cierto «pacifismo» o, al menos, una falta de ardor ofensivo. Fue en persona a Lambese, en el norte del macizo del Aurès, para presidir unas maniobras del ejército de África, y en unos discursos célebres, conserva-

5. Y. Le Bohec, *Cahiers Groupe Rech. Armée rom.*, I, 1977, pp. 71-85 y láms. XLV-XLVII.
6. *Thesaurus linguae latinae*, V, 2, 1938, col. 1.379-1.383 y 1.384-1.387.
7. Varrón, *De l.l.*, V, 87: *exercitus quod exercitando fit melior.*
8. Cicerón, *Tusc.*, II, 16, 37.
9. Véase especialmente la n. 6 y otras notas de este capítulo.
10. Onesandros, IX-X.
11. Flavio Josefo, *G. J.*, II, 20, 7 (577); III, 5, 1 (72-75), y 10, 2 (476).
12. Dion Casio, LXIX, 9 (véase también, por ejemplo, LVII, 24); *Historia Augusta, Adr.*, X, 2 y XXVI, 2.

dos en buena medida gracias a una inscripción,[13] expresa lo que siente por ese tema. Arriano,[14] uno de sus generales, efectuando una gira de inspección por las guarniciones situadas en las riberas del mar Negro, obliga a hacer instrucción a los soldados. Y un tribuno, comandante de una unidad de mil bátavos, se enorgullece[15] de haber cruzado el Danubio a nado a la cabeza de sus hombres, pertrechados con su armamento; y precisa que Adriano lo consideró una hazaña. Igualmente podríamos citar un pasaje poco conocido de Frontón.[16] De hecho, Vegecio,[17] que escribe en el siglo IV, pero que informa de épocas anteriores, continúa siendo la fuente más interesante sobre esta cuestión. Menciona en particular a los autores que utiliza: en primer lugar, Catón el Viejo, y a continuación tres grandes emperadores (Augusto, Trajano y, precisamente, Adriano), y finalmente a Tarruntenus Paternus y Cornelius Celsus.

La cuestión que ahora se plantea es la de saber por qué la instrucción revistió tal importancia; responderemos al interrogante no con una, sino con varias respuestas.

La importancia de la instrucción

Las funciones militares

En el mundo de la milicia constituye una evidencia que la instrucción desempeña un importante papel. El interés de esa práctica había sido percibido ya en la época republicana: acabamos de citar a Catón el Viejo, a Varrón y a Cicerón; hubiéramos podido encontrar otros ejemplos más antiguos,[18] pero no es ése nuestro objetivo; volvamos al Alto Imperio. El objetivo fundamental de la instrucción consiste en conferir al soldado romano la superioridad sobre el bárbaro en la batalla.

En primer lugar, el legionario debe superar físicamente a su posible adversario;[19] es fácil comprender que aquí interviene el deporte. Pero es preciso también templar el carácter. «Mediante los ejercicios militares, los romanos preparan no sólo cuerpos robustos, sino tam-

13. *Les discours d'Hadrien à l'armée d'Afrique*, Y. Le Bohec (ed.), 2003, París.
14. Arriano, *Periplo del Ponto Euxino*.
15. *Corpus inscr. lat.*, III, n.º 3.676.
16. Frontón, *Princ. hist.*, VIII-IX (introducción a la guerra con los partos de Lucius Verus).
17. Vegecio, I y II, *passim*.
18. Frontino, *Strat.*, III, 1, 2 (Caius Duilius).
19. Herodiano, II, 10, 8.

bién almas fuertes», señala Flavio Josefo.[20] Esa práctica permite además soportar mejor las heridas,[21] no enloquecer de dolor. El efecto psicológico tiene una gran importancia; presenta una ventaja considerable: si los soldados son capaces de ejecutar sus maniobras a la perfección en presencia del enemigo, este último corre el riesgo de desanimarse y evitar el combate mediante la huida.[22]

Pero aún hay más: la instrucción se halla vinculada directamente a la disciplina,[23] y ésta era tan importante que había sido divinizada y contaba con altares en los campamentos. No significaba solamente una obediencia ciega a las órdenes: esa actitud se daba más bien como consecuencia. De hecho, en *disc-iplina* se encuentra la raíz *disc-o, -ere*; y ese verbo significa «aprender»:[24] en el tema militar es necesario formarse, «aprender» todos los arcanos. Ejecutar una orden, incluso aunque parezca absurda, respetar a los superiores, todo ello forma parte de los imperativos de la profesión, todo eso se enseña[25] de la misma manera que el mantenimiento de las armas o la construcción de una empalizada; el soldado que sabe qué debe hacer, porque lo ha repetido mil veces en el campo de maniobras, tiene confianza en sí mismo y en sus jefes.[26] El ejército romano aplicaba un principio recuperado por numerosas escuelas militares en la actualidad, el de «estudiar para vencer»,* incluso aunque el nivel de conocimientos requeridos fuese muy técnico y, por encima de todo, bastante bajo.

Un pasaje de Tácito[27] muestra claramente la eficacia de esa instrucción. Soldados romanos bien preparados y, por ende, muy disciplinados, aceptan sin rechistar obedecer una orden que les expondrá a los ataques del enemigo, pues saben que, a cambio de algunas pérdidas, alcanzarán un éxito aplastante. «Él [el general Cerialis] llegó tras tres días de marcha ante Rigodulum [en la actualidad Riol, cerca de Tréveris], posición que Valentinus conservaba con la ayuda de un numeroso grupo de Tréveris; se hallaba por un lado protegida por montañas y por el otro por el Mosela, y además Valentinus la había forti-

20. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 7 (102); véase también III, 10, 2 (476); Herodiano (n. anterior) habla en el mismo sentido.
21. Cicerón, *Tusc.*, II, 16, 38.
22. Frontino, *Strat.*, III, 1, 1.
23. Flavio Josefo, *G. I.*, II, 20, 7 (577 y 580-581); III, 5, 1 y 6-7; V, 1, 71; Tácito, *H.*, II, 77, 7; 87, 2; 93, 1; III, 2, 5; V, 21, 5; *An.*, II, 18-19; Suetonio, *Galba*, VI.
24. Frontino, *Strat.*, IV, 1; Plinio el Joven, *Cartas*, X, 29-30; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 51, 2.
25. Tácito, *H.*, II, 76, 12; 93, 1; III, 42, 1: *disciplina militiaque nostra.*
26. Frontino, *Strat.*, IV, 1-2 y 5-6.
27. Tácito, *H.*, IV, 71, 6-9.
* Divisa de la Escuela Militar de Saint-Cry, donde se forman los oficiales del ejército francés. *(N. del asesor.)*

ficado con trincheras y barricadas de rocas. Esas obras de defensa no impidieron al general romano ordenar a su infantería que las asaltara y a su caballería que ascendiera por la colina alineada; él despreciaba a un enemigo reunido sin un plan y al que la fuerza de su posición no le ayudaba hasta el punto de que los legionarios no contaran con recursos debido a su bravura. El ascenso fue algo lento mientras la caballería pasaba ante el enemigo que la acribillaba con proyectiles; pero, cuando llegaron al cuerpo a cuerpo, el enemigo fue desalojado y precipitado hacia abajo como una avalancha. Una parte de la caballería rodeó la posición por pendientes más accesibles e hizo prisioneros a los belgas más nobles, con su jefe Valentinus.»

Arriano[28] ha recordado una consecuencia de esa acción: es necesario no hacer entrar en combate a hombres que no han pasado por la instrucción, pues sería tanto como renunciar a la propia superioridad, a perder una importante ventaja, a exponerse a la derrota; en esas condiciones, abrir las hostilidades sería absurdo. Por otra parte, la interrupción de la instrucción volvería la vida del soldado a la ociosidad y, por tanto, a la molicie; la ausencia de ocupaciones conduce a la indisciplina, a la desobediencia.[29]

El papel político

Los oficiales deben tomar parte en la instrucción. Para comprender el alcance de esa obligación es necesario explicar qué es la *uirtus*, palabra que se traduce a menudo de manera impropia como «coraje». La *uirtus* es lo que caracteriza al hombre (*uir – tus*; *uir* ha dado «viril»), es decir, el servicio al Estado, bajo sus dos aspectos complementarios, el servicio civil (servicio de las magistraturas) y el servicio militar (el mando); para hacer carrera es necesario demostrar que se posee esa cualidad; un noble debe, por tanto, acceder a la cuestura, al cargo de edil o de tribuno de la plebe, a la pretura y al consulado, pero no puede quedarse sólo en eso: es necesario que demuestre también su capacidad en el ejército.

La importancia de la instrucción se encuentra testimoniada a lo largo de toda la historia de Roma y se manifiesta ya desde la época republicana. Plutarco[30] cuenta que Pompeyo, encontrándose en Oriente, se dedicaba a hacer ejercicios de equitación durante el sitio de Petra, en un momento en que llegaron mensajeros con sus lanzas rodeadas de

28. Arriano, *T.*, V.
29. Dion Casio, LXXX, 4 y LXXXVIII, 3.
30. Plutarco, *Pompeyo*, XLI, 4-5.

laurel, señal de que eran portadores de buenas noticias. Pero el *imperator* les hizo esperar y continuó sus evoluciones: quería recordar con ello que la instrucción se hallaba por encima de cualquier otra exigencia; y fue precisa la mayor insistencia de los soldados para que consintiera en interrumpirla: conoció entonces el suicidio de Mitrídates y, por tanto, su victoria. Algunas décadas más tarde, Tiberio quiso mostrar a Augusto que este último era culpable de consentirle una excesiva ambición, y deseó demostrarle que no aspiraba al Imperio; se retiró a Rodas, y dejó de practicar su instrucción;[31] de esa manera, manifiesta que renuncia a la *uirtus*, que se convierte en inofensivo políticamente.

Durante la Guerra Civil, Vitelio descuidó la preparación de las tropas: a ojos de Tácito,[32] fue una falta irreparable que provocó su caída. Por el contrario, Trajano dedica toda su atención a esas prácticas e incluso se mezcla con sus hombres para dar ejemplo, lo que le valió alabanzas.[33] Su sucesor, Adriano, de cuya actitud ya hemos hablado (véanse ns. 12-15), vela cuidadosamente de la instrucción para calmar la inquietud de los senadores y los *equites* que podrían considerarle demasiado prudente, es decir, «pacifista». Aún más tarde, Severo Alejandro se educó, desde su infancia, con vistas a la púrpura:[34] la preparación militar formó parte de su educación (y es la *Historia Augusta*, escrita a finales del siglo IV y quizás a principios del V, la que relata esa anécdota). En fin, Maximino el Tracio se convirtió en emperador en el 235 porque, según Herodiano,[35] se había revelado como un excelente formador de reclutas.

Pero aunque la instrucción haya podido utilizarse de diferentes maneras, siempre lo ha sido con fines políticos. Después de la batalla de Accio, que en el 31 aC. significó su victoria sobre Marco Antonio, Augusto quiso difundir la idea de que el tiempo de paz había llegado definitivamente a Roma; se trataba de propaganda política. Para manifestar esa pretensión, dejó de practicar sus ejercicios de instrucción.[36] En circunstancias diferentes, Tiberio utilizó también esa misma arma: para atemorizar a los senadores, y para que aceptasen con docilidad sus proyectos, les invita a asistir a las maniobras de la guardia pretoriana.[37] Así, y a lo largo de todo el Alto Imperio, la práctica de la instrucción ha tenido una doble finalidad, política y militar. Ha llegado el momento de ver qué realidades se ocultan detrás de esa palabra.

31. Suetonio, *Tib.*, XIII, 1.
32. Tácito, *H.*, XXXVI, 1.
33. Plinio el Joven, *Pan.*, XIII, 1.
34. *Historia Augusta, Sev. Al.*, III, 1.
35. Herodiano, VII, 1, 6.
36. Suetonio, *Aug.*, LXXXIII, 1.
37. Dion Casio, LVII, 24.

El contenido

GENERALIDADES

La puesta en práctica de la estrategia definida por el mando, la aplicación de la táctica en el campo de batalla y los lugares para situar los campamentos muestran claramente la existencia de una ciencia militar,[38] de la que también forma parte la instrucción;[39] esa ciencia la llevan a la práctica los oficiales, con asistencia de algunos suboficiales que poseen determinados conocimientos técnicos (así, el *metator* participa de la construcción del campamento). Como a los romanos les podía el espíritu jurídico, codificaron todas esas enseñanzas; Flavio Josefo[40] lo dijo claramente y no hay razón alguna para poner en duda esa afirmación: los reglamentos estaban bien redactados. Adriano fue quien hizo publicar un buen número de las medidas relativas a la instrucción; a principios del siglo III aún se hallaban en vigor.[41] Formada ya desde los orígenes, una cierta cultura militar recibe una elaboración jurídica bajo Septimio Severo. Además hay otras reglas que se conservaron mucho más tiempo; el conjunto de leyes reunido por Justiniano recoge elementos permanentes del derecho:[42] si un hombre es herido en un campo de maniobras *(campus)* por un soldado dedicado a la instrucción, se excusa al agresor; por el contrario, si el accidente ocurre en otro lugar, el militar se considera responsable y ese asunto da pie a la apertura de diligencias. En todo momento, un gran príncipe deseaba que esa práctica tuviese un carácter cotidiano.[43]

LAS ACTIVIDADES

La palabra instrucción recoge actividades muy diversas, que se pueden reagrupar bajo dos rúbricas principales: en efecto, unas son individuales, mientras que otras no. En el primer caso, el objetivo consiste en asegurar al soldado romano la superioridad sobre el bárbaro, incluso en combate singular y hasta desarmado. No obstante, ahí hay

38. M. Rambaud, *Mél. R. Schilling*, 1983, pp. 515-524 (sobre César).
39. Tácito, *An.*, II, 55, 6; III, 33, 3; *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 2.535 = 18.042 (Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 13); Vegecio, I y II, *passim*.
40. Flavio Josefo, *G. I.*, V, 3, 4 (123-126).
41. Dion Casio, LXIX, 9. J. Vendrand-Voyer, *Normes civiques et métier militaire à Rome sous le Principat*, 1983, pp. 313 ss.
42. Justiniano, *Inst.*, IV, 3, 4.
43. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (73); *Historia Augusta, Max.*, X, 4.

que distinguir entre acciones que son puramente físicas de otras que presentan un carácter militar. Por tanto, los combatientes comienzan por hacer gimnasia.[44] Y lo mismo que todos los ejércitos del mundo, marchan en traje de deporte, con todo el equipo o cargando pesos suplementarios.[45] Se les obliga también a correr y saltar,[46] y, cuando las circunstancias lo permiten (es decir, ¡fuera de zonas desérticas!) hacen natación;[47] hemos citado más arriba (n. 15) el caso de los mil bátavos que, siguiendo a su oficial, habían atravesado el Danubio con todo su armamento encima (pero esa hazaña se presenta como un hecho excepcional).

Una vez que ha dado firmeza a su cuerpo, el soldado pasa a realizar actividades más profesionales, más militares; en esencia, al manejo de las armas.[48] Aprende esgrima contra una estaca, el *palus*,[49] antepasado del maniquí. Se habitúa también a arrojar armas,[50] flechas y jabalinas, así como piedras, y... a recibirlas. Debe, por tanto, manejar la honda y utilizar el arco (n. 15). Toda esa parte de la formación es común a los cuarteles y a las escuelas de gladiadores. En principio, a los militares se les confían para la instrucción armas especiales; así, los hombres que van montados disponen de un casco particular.[51] La equitación es, por lo demás, el último elemento importante de esas actividades individuales; no sólo deben dedicarse a ella los simples jinetes, sino también, y sobre todo, los oficiales.[52]

Cuando el soldado ha adquirido un mínimo de fuerza física y de destreza en la utilización de la espada y el venablo, puede pasar a un segundo grado de instrucción. Se trata ahora de asegurar a los romanos la superioridad en el combate en unidades constituidas: pasan a realizar actividades colectivas. En principio, se les obliga a llevar a cabo obras públicas, en virtud del principio que sostiene que el manejo de piedras fortalece el cuerpo. De esa manera, los legionarios proporcionan al emperador una mano de obra cualificada y a bajo costo, lo que le permite a este último hacer manifestación de su generosidad, a buen precio. En ciertos casos, solamente pone técnicos a disposición de los civiles: bajo Antonino Pío, la ciudad de Bejaia (antigua Bugía) quería

44. Arriano, *Periplo*, III, 1; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 64, 30, etc.
45. Frontino, *Strat.*, IV, 1, 1; Tácito, *An.*, II, 55, 6; III, 33, 3; XI, 18, 2; Aulu-Gelle, *N. Att.*, VI, 3, 52; Vegecio, I, 9 y II, 33.
46. Vegecio, *pas. cit.* (n. anterior).
47. Vegecio, *pas. cit.* (n. anterior); Porphyrion, *Horat. carm.*, I, 8, 8; III, 7, 25, y 12, 2.
48. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (73); Vegecio, I, 26, y II, 33.
49. Juvenal, VI, 247; Vegecio, I, 11, y II, 23.
50. Plinio el Joven, *Pan.*, XIII, 1-2; Arriano, *Périple*, III, 1; Vegecio, I, 14.
51. H. Russell Robinson, *The Armour of Imperial Rome*, 1975, p. 107.
52. Plutarco, *Pompeyo*, XLI, 4-5; Suetonio, *Aug.*, LXXXIII, 1, y *Tib.*, XIII, 1; Vegecio, I, 18.

construir un acueducto; como no encontró ningún ingeniero competente, acabó por dirigirse al gobernador, que obtuvo del legado de la III Legión Augusta que un *librator* viniera a solucionar el problema. Los arqueólogos han dado con las canalizaciones; éstas miden 21 km de largo, y se vieron en la necesidad de construir un túnel de 428 m, situado a 86 m de altura.[53]

Esas construcciones civiles brillan por su diversidad.[54] A veces los soldados efectúan un aterrazamiento para salvar una zanja. O, en ocasiones, levantan monumentos destinados a mostrar la benevolencia del soberano; algunas de esas edificaciones, como los arcos, no presentan más que un interés decorativo; pero otras pueden aumentar el atractivo o la comodidad de la ciudad, como las plazas, las calles, los acueductos y los lugares de diversión (teatros, anfiteatros, circos). Otras poseen una función económica más importante. Los militares trabajan también en minas y canteras; pueden construir mercados o incluso (pero se trata de casos excepcionales) ciudades enteras. Por orden de Trajano, el 100 de nuestra era fue consagrada Timgad, una ciudad situada al norte del macizo del Aurès, que había sido levantada por completo utilizando mano de obra militar. Timgad[55] se erigió en suelo virgen; el centro primitivo estaba diseñado como un cuadrado de 350 m de lado, delimitado por una empalizada con cuatro puertas y ángulos redondeados. Calles perpendiculares aislaban manzanas regulares. Contrariamente a lo que se ha escrito, ese plan no reproduce en nada el de una fortificación: se trata de una colonia destinada a aumentar económicamente el valor de la zona meridional de las altas llanuras del Constantinesado; los soldados eran también capaces de construir otras cosas diferentes a los campamentos. En efecto, edificaron templos y santuarios.

Por encima de todo, el mando les exigía que pusiesen en marcha todos los elementos de sus diferentes sistemas defensivos. Algunas de esas tareas tenían implicaciones económicas muy favorables: era preciso trazar carreteras, colocar mojones de delimitación entre tribus y efectuar operaciones de catastro o de centuriación; esas diferentes empresas contaban con un motivo principal de orden militar: se quería facilitar así los movimientos de tropas y la vigilancia del enemigo potencial. Esos trabajos formaban parte íntegra de la instrucción; saber ejecutarlos bien mostraba que se poseía «disciplina»: Frontino[56] afirma

53. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 2.728 = 18.122; Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 378.

54. Tácito, *An.*, XI, 18, 2; XVI, 3, 2 (véase I, 1); Suetonio, *Aug.*, XVIII, 2; *Historia Augusta, Prob.*, IX, 3-4.

55. J. Lassus, *Timgad*, 1969, 145 pp.

56. Frontino, *Strat.*, IV, 2, 1.

muy certeramente que los legionarios debían ser capaces de construir puentes con mayor rapidez de lo que podían hacerlo los bárbaros. Esa rapidez, esa técnica, tenía como finalidad mostrar a los enemigos su inferioridad, conduciéndolos, por tanto, al desánimo. Se pretendía también sedentarizar a los seminómadas que siempre habían constituido una fuente de problemas. Pero la pacificación de los indígenas, el desarrollo de la agricultura y la instalación de una buena red de vías beneficiaban a toda la provincia. Finalmente, correspondía a la infantería, colocada bajo la protección de la caballería, construir torres, fuertes, campos de ejercicio y líneas defensivas.[57] El Pseudo-Higinio[58] va aún más lejos: recomienda excavar un foso alrededor del campamento de marcha, incluso aunque el ejército se encuentre en país amigo, «por el bien de la disciplina».

La participación de los soldados en esa serie de trabajos la atestigua un género de documentos muy extendidos por todo el Imperio: las tabletas de arcilla estampillada.[59] Antes de que la arcilla esté cocida se le imprime una marca con un sello: ese breve texto ofrece de manera abreviada el nombre de la unidad y, en ocasiones, el responsable de la fabricación, el mando o el *magister fabricae*. Así, en Mirebeau, Côte-d'Or, se ha hallado una leyenda relativamente larga y más explícita que de costumbre:[60] *LEG. VIII AVG. LAPPIO LEG. = Leg(io) VIII Aug(usta), Lappio leg(ato Augusti propraetore)*. Se deduce de ahí que la VIII Legión Augusta, a la que más tarde encontramos en Estrasburgo, había venido completa a Mirebeau por un tiempo, y había hecho construir, al menos, un campamento y un campo de instrucción. Por otro lado, se conoce bien el legado imperial Aulus Bucius Lappius Maximus: ejerció sus funciones en la época de los Flavios. En algunos casos, y dada la plasticidad de la arcilla, se marcan sobre las tabletas nombres diferentes cada vez:[61] los productos así obtenidos sirvieron para indicar el emplazamiento de una cama, el lugar donde el soldado designado colocaba las armas, etc.

A diferencia de la gimnasia y de la esgrima, esos trabajos habitúan a los hombres a actuar juntos, colectivamente. Aquí llegamos a lo esencial. En efecto, el objetivo fundamental de la instrucción consiste en que los soldados aprendan a maniobrar en formación. Es necesario que todos sepan cuál es su lugar en la formación de combate o cuándo y cómo deben moverse sin perjudicar la cohesión de su cen-

57. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 2.532 = 18.042, Bb.
58. Pseudo-Higinio, XLIX: *causa disciplinae*.
59. J. Fitz, *Oikumene*, I, 1976, pp. 215-224, y *Acta Arch. Slov.*, XXVIII, 1977, pp. 393-397; Y. Le Bohec, *Epigraphica*, XLIII, 1981, pp. 127-160.
60. *L'Année épigraphique*, 1973, n.° 359.
61. *L'Année épigraphique*, 1975, n.° 729.

turia.[62] Los oficiales obligan a ejecutar simulacros de batallas, infantes contra infantes, o contra jinetes. Ni siquiera la marina escapa a esa obligación; de vez en cuando se reagrupan los navíos y se preparan para la guerra de escuadras.

Como más adelante veremos (pp. 171-172), los soldados se visten en traje de combate para practicar la instrucción.

El control

Dado que esa actividad reviste gran importancia, su ejecución no queda a la buena voluntad de cada cual.

Los cuadros deben controlar regularmente el nivel de preparación de la tropa. Todas las mañanas proceden a una inspección: cada centurión es responsable de su unidad; un tribuno debe velar por dos cohortes y un legado por una legión; ese movimiento da lugar a una serie de relaciones en cascada. Además, nos consta la existencia de verificaciones excepcionales. A veces, es un general quien efectúa un recorrido por las guarniciones de un sector: bajo Adriano, Arriano hace un periplo por el mar Negro (n. 14); en ocasiones, examina el estado de las fortificaciones, controla las reservas de víveres y verifica las listas de efectivos. Pero no olvida la instrucción. Debe recordarse asimismo que el propio Adriano visita en persona Panonia y también, en el 128, África (ns. 13 y 15), y que efectúa ese viaje con la exclusiva finalidad de asegurarse de que el campo de maniobras sea frecuentado con una asiduidad suficiente. Otras circunstancias irregulares permitían controles suplementarios: un papiro, hallado en Dura-Europos, indica que un desfile acompañaba a la entrega de la paga.

Situados por debajo de los cuadros (legado-tribunos-centuriones), había algunos oficiales especializados en la preparación de la instrucción. Por norma, la presidencia de esa actividad se confiaba a un veterano reenganchado y condecorado, cuando la unidad contaba con uno de ellos. Cumplía la función de instructor principal. El propio Trajano no desdeñaba hacer esa función, lo que da idea de la importancia de esa misión. Cuando un emperador incapaz o un legado negligente abandonaban ese papel entregándolo a un personaje que no se hallaba a la altura de la tarea, «a un maestrillo griego», según la expresión despectiva de Plinio el Joven,[63] la gente seria murmuraba. Pero si quien intervenía era la mujer del general, como hizo Plancina,

62. Onesandros, X, 1-6; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (74-75); Plinio el Joven, *Pan.*, XIII; Tácito, *H.*, II, 55, 6; Vegecio, I, 11-13, y III *passim*; *Historia Augusta, Max.*, VI, 2.
63. Plinio el Joven, *Pan.*, XIII, 5.

esposa de Pisón, que mandaba en Oriente, entonces estallaba el escándalo:[64] entre otras cosas, la sociedad romana se caracterizaba por una cierta misoginia.

El campo de maniobras se confiaba a un suboficial que llevaba por título el de *campidoctor*, y a su subordinado, el *doctor cohortis*; la raíz *doct-* muestra claramente que esa persona ha recibido alguna enseñanza, ha aprendido una ciencia en la que está versado; es un hombre instruido que debe transmitir su saber. Sus responsabilidades le permiten contar con un adjunto, que le secunda y que será quien le sucederá, el *optio campi*. Otras dos actividades necesitan igualmente de la intervención de competencias especiales. En primer lugar, la esgrima depende del talento de un *armatura* o *doctor armorum*: también aquí, el título de doctor no es gratuito. La existencia de un *discens armaturarum*, de alguna manera «un formador de formadores», deja bien claro que esa actividad debe aprenderse. En segundo lugar, las evoluciones de la caballería exigen la presencia de palafreneros particularmente competentes, el *exercitator* y el *magister campi*.

Nos encontramos, por tanto, con toda una jerarquía dedicada a controlar la instrucción, a velar por su buen desarrollo.

Los emplazamientos

Ya hemos visto que algunos suboficiales no ejercían más que responsabilidades en el campo de maniobras, el *campus*; pero parte de esas actividades se desarrollaban en otros lugares. «Los maestros en el arte militar —recuerda Vegecio—[65] han querido que la instrucción de la infantería fuese ininterrumpida, que tuviera lugar a cubierto en tiempos de lluvia, o de nieve, o sobre el campo de instrucción el resto del año.» Pero es necesario precisar el contenido de esta cita para comprender el desarrollo exacto de esas prácticas; ese examen permitirá además abordar algunos puntos relacionados con la arqueología militar.[66]

En los orígenes de la historia de Roma, los soldados se preparaban para la guerra en el Campo de Marte *(Campus Martius)*. Con la ampliación de las conquistas y la integración en el ejército de jóvenes habitantes de zonas cada vez más alejadas de la Ciudad, fue necesario buscar nuevas soluciones y organizar esas actividades en las ciu-

64. Tácito, *An.*, II, 55, 6; III, 33, 3.
65. Vegecio, III, 2.
66. Y. Le Bohec, «Recherches sur les terrains d'exercice de l'armée romaine sous le Haut-Empire», *Bulletin des Antiquités Luxembourgeoises*, XXVII, 1999, pp. 79-95.

dades de reclutamiento o junto a los campamentos. En el Alto Imperio se eligieron lugares diferentes, en función del programa que se quería ejecutar allí. En principio, y eso cae por su peso, una parte de la instrucción se efectuaba en plena naturaleza, por ejemplo, la marcha. En segundo lugar, los soldados utilizaban construcciones que no habían sido concebidas para ese fin, como los anfiteatros (aunque esto se ha discutido). Los arqueólogos han señalado la presencia, a menudo, de palestras cerca de los campamentos; y justamente han explicado ese fenómeno al contrario, por el gusto de los militares por los espectáculos violentos. Pero debemos hacer intervenir otro factor: la instrucción se relacionaba con las actividades de los gladiadores en numerosos aspectos, y la práctica de la esgrima en el buen tiempo podía desarrollarse muy bien en esos emplazamientos, donde, en otros momentos, iban también a morir retiarios y mirmillones.

Sin embargo, y ese hecho muestra igualmente la importancia de la instrucción para los romanos, se levantaban construcciones especiales para realizar esa práctica. En efecto, se sabe de la existencia de «basílicas» de entrenamiento *(basilicae exercitatoriae)*.[67] La basílica, o «pórtico real», estaba constituida por una amplia sala protegida por una techumbre; su plano, muy sencillo, tiene forma de rectángulo, con una puerta, y dividido en tres naves por una doble columnata que, en ocasiones, tiene en su extremo un ábside (espacio semicircular). Los romanos utilizaban esos monumentos para protegerse de la lluvia o del ardor del sol. Han sido localizadas varias basílicas de instrucción, notablemente en Britania, en Inchtuthill,[68] un campamento de época flavia, en Netherby (222 dC.)[69] y en Lanchester (bajo Gordiano III)[70] y se menciona otra en Dacia, en Turda *(Potaissa)*;[71] esta última data igualmente de la época de Gordiano III. Parece que algunas de ellas se levantaron dentro del terreno de los propios campamentos, y otras en el exterior, pero no hay certeza de ello: la inscripción de Britania datada en la época de Gordiano III fue hallada «al este de la fortaleza de Lanchester», pero quizá la losa pudo ser trasladada hasta allí. Sin duda con razón, los historiadores han considerado que se trataba de salas de armas donde se practicaba la esgrima; servían asimismo de pica-

67. Nada prueba que la inscripción *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 6.025 = H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.° 2.615, mencione una basílica «de instrucción», aunque evoca una basílica construida en 140 en Syene (Egipto) por la I Cohorte de los Cilicios.

68. *Journ. Roman St.*, L, 1960, p. 213.

69. R. G. Collingwood y R. P. Wright, *The Roman Inscr. of Britain*, I, 1965, n.° 978 (H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.° 2.619).

70. R. G. Collingwood y R. P. Wright, *op. cit.*, n.° 1.091 (H. Dessau, *op. cit.*, n.° 2.620, *Corpus inscr. lat.*, VII, n.° 445).

71. *L'Année épigraphique*, 1971, n.° 364.

deros, al menos algunas de ellas, puesto que la de Netherby, a la que nos hemos referido poco antes, está calificada de *baselica* [*sic*] *equestris exercitatoria*.

Pero el campo de maniobras por excelencia recibe el nombre de *campus*. M. Rostovtzeff, por analogía con la *basilica exercitatoria*, ha inventado la expresión de *campus exercitatorius*, aceptada por numerosos comentaristas. Pero se trata de un pleonasmo. Ciertamente, la palabra en cuestión puede tomarse en diferentes sentidos:[72] de manera general, designa una llanura; por derivación se aplica a una plaza pública, un campo de batalla o un campo de maniobras. Esta última interpretación es la única que puede retenerse desde que se emplea en un contexto militar,[73] y un pasaje del manual de Justiniano (n. anterior) muestra claramente que es el emplazamiento normal en que tiene lugar la instrucción.

Los arqueólogos que estudian la topografía de Roma creen haber localizado el *campus* de las cohortes pretorianas y urbanas: debía estar situado al oeste del cuartel construido en tiempos de Tiberio. Como en este emplazamiento no se ha podido encontrar nada, creen que ese terreno de deportes debía consistir en una simple plaza sin techo, de tierra batida. El único *campus* bien conocido, el de Lambèse, al norte del Aurès (lám. X, 13), ha sido estudiado gracias a las excavaciones realizadas allí (véase n. 5); además, en el discurso pronunciado por Adriano en el 128 en ese lugar dice con claridad que se trata de un *campus*.[74] Consiste en un cuadrado de 200 m de lado, limitado por un muro de piedras de 60 cm de ancho y con dos puertas; los ángulos están redondeados y el recinto se encuentra flanqueado por catorce medias lunas; sirven, sin duda, de abrevaderos para los caballos o de lavabos para los soldados, pues se han hallado restos de cemento para obras hidráulicas. Múltiples sondeos han demostrado que, en el interior, no se había construido ningún elemento, si se exceptúa una tribuna *(tribunal)*, situada en el centro, desde la que los responsables podían supervisar las evoluciones de la infantería y la caballería. Ese pequeño túmulo de ladrillo se transformó en monumento conmemorativo de la visita de Adriano en el año 128: los militares fijaron en él placas en las que se han recogido grabados los discursos pronunciados por el emperador y es evidente que se levantó una columna para embellecer el conjunto. Alrededor, un espacio enlosetado bastante estrecho daba paso rápidamente a la tierra.

72. *Thesaurus linguae latinae*, III, 1912, col. 212 ss.

73. Plinio el Joven, *Pan.*, XIII, 1 *(meditatio campestris)*; *Historia Augusta, Max.*, III, 1; Justiniano, *Inst.*, IV, 3, 4. Sobre las inscripciones, véase más adelante.

74. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 2.532 = 18.042 (véase n. 13).

Gracias a la epigrafía conocemos otros campos de maniobras, pero no hay duda alguna de que cada fortificación debía contar con uno. No obstante, debido a su construcción simple (suelos de tierra y muros poco anchos), esos conjuntos han desaparecido o han escapado a la atención de los investigadores. Las inscripciones mencionan uno en Tébessa, también en África, para la época flavia,[75] y otros tres en Oriente. En el año 183, en Palmira, un decurión de *numerus*, siguiendo órdenes del centurión que se hallaba al mando de la unidad y del legado, hace que sus hombres preparen un nuevo *campus* con su correspondiente tribuna.[76] Hacia el 208-209 (?), una cohorte levantó en Dura-Europos un templo después de haber ampliado el campo de maniobras.[77] Y el 188, en *Colybrassos*, Cilicia, una legión arrasa una colina para disponer de un emplazamiento adaptado a la práctica de la instrucción.[78]

La epigrafía (véanse las cinco notas precedentes), comportándose por una vez de una manera bastante indiscreta, permite definir algunas características del *campus*. En primer lugar, es necesario que se instale en terreno llano. A continuación puede ampliarse si, por ejemplo, la unidad que lo utiliza se ve reforzada. Además, una fortificación puede disponer de varios: en Palmira, los soldados construyen un «nuevo *campus*», lo que demuestra que debía haber otro, más antiguo. Finalmente —¿pero cómo sorprenderse conociendo el espíritu de los romanos?— se encuentra colocado bajo la protección de varios dioses (ya volveremos sobre ello). Como contrapartida, parece que quedan aún por definir las características originales de los eventuales campos de maniobras reservados a las evoluciones de la caballería.[79]

Esos espacios amplios y vacíos podían tentar a algunos de los oficiales que los utilizaban: debían utilizarse para usos muy diversos y no siempre en relación muy estrecha con la instrucción, por ejemplo para desfiles. Pero se presentaban como un lugar ideal para las reuniones. Es bien conocido que la civilización romana concedía enorme importancia a la palabra, y los militares no escapaban a esa regla: el discurso imperial, la ceremonia de la *adlocutio*, encontraba su lugar natural en el campo de maniobras; monedas que llevan la leyenda «*ADLOCVTIO*»,[80] por ejemplo las acuñadas por Adriano entre el 134

75. S. Gsell, *Inscr. lat. Algérie*, I, 1922, n.º 3.596; Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 362.
76. *L'Année épigraphique*, 1933, n.º 214; *Cahiers Groupe Rech. Armée rom.*, I, 1977, p. 78.
77. *L'Année épigraphique*, 1931, n.º 113.
78. *L'Année épigraphique*, 1972, n.º 636.
79. R. Davies, *The Archaeological Journal*, CXXV, 1968, pp. 73-100.
80. H. Mattingly y E. A. Sydenham, *The Roman Imperial Coinage*, II, 1926, pp. 331 ss., y p. 436, n.º 739.

y el 138, así como numerosos textos literarios, describen ese género de celebraciones,[81] que igualmente se encuentran representadas en la Columna Trajana y la Columna Aureliana (véanse anteriormente p. 82). En fin, era allí donde se reunían los soldados en caso de dificultades, cuando debían iniciar un debate, discutir de cualquier asunto:[82] el *campus* es a los militares lo que el foro a los civiles.

Los emperadores, la instrucción y la disciplina

Cuando se trata de la instrucción y la disciplina, hay que advertir que la situación varía en función del carácter y de la actitud de cada oficial y, sobre todo, de cada emperador. Más adelante veremos cuál es la política que han seguido los diferentes soberanos que se han ido sucediendo en la jefatura del Estado. A guisa de prefacio, se impone de alguna manera el examen de sus actitudes ante la instrucción, es decir, a fin de cuentas, ante el soldado. Dado que el Imperio es una monarquía militar, que el poder que en él se ejerce depende de la buena voluntad del ejército, encontraremos aquí las principales diferencias cronológicas de la historia general.

Así, no sorprende constatar que la época julio-claudia comienza bien y acaba mal. Según Tácito, Augusto[83] pasa por ser un buen general, y Tiberio[84] aún más (afirmación que adquiere todo su valor cuando se sabe la escasa simpatía manifestada de manera general por aquel autor hacia ese soberano). Hemos de esperar a Claudio,[85] tan criticado ya en su tiempo, y rehabilitado en la actualidad, para encontrar alguien que ya no tiene derecho a su cuota de elogios; no solamente supo velar porque la disciplina reinara en los campamentos, sino que también tuvo la astucia de rodearse de oficiales enérgicos como Corbulón.[86] Como contrapartida, Nerón[87] demostró ser incapaz de mantener el orden en el seno de la tropa.

Los historiadores de la Antigüedad han otorgado un importantísimo papel a la disciplina en la crisis del 68-69: Nerón, demasiado mediocre, no podía conservar la púrpura. Su sucesor, Galba,[88] no sólo se reveló como un personaje estricto, sino demasiado estricto, hasta el

81. Discurso de Adriano en África (ns. 13 y 74); Herodiano, II, 10, 1; VI, 9, 3; VII, 8, 3.
82. *Historia Augusta, Prob.*, X, 4.
83. Suetonio, *Aug.*, XXIV, 2 y XXV, 1.
84. Tácito, *An.*, I, 4, 3 y 12, 5.
85. Aurelius Victor, *De Caes.*, IV, 2.
86. Tácito, *An.*, XI, 19.
87. Tácito, *H.*, I, 5, 3.
88. Tácito, *H.*, I, 5, 3; Suetonio, *Galba*, VI, 3; Dion Casio, LXIV, 3.

punto de provocar su perdición. A la inversa, Vitelio[89] también fracasó, pero a causa de su enorme ignorancia de la realidad militar y por su molicie. Cerialis[90] representa un caso interesante: descuidó la disciplina, porque pensaba que no era necesaria, puesto que se beneficiaba de la protección particular de la diosa Fortuna; pero esa asistencia demostró ser insuficiente: la Fortuna no puede hacer nada sin la Disciplina, otra divinidad, y la empresa llenó de la mayor confusión a ese general.

Después de los desórdenes provocados por la crisis, se asiste lógicamente a una reactivación del Imperio, en general, y del ejército en particular. Ese retorno al orden es obra del enérgico Vespasiano.[91] Pero, con los Flavios, se repite la evolución observada bajo los Julio-claudios: la dinastía, llegada al poder gracias a un personaje dotado de autoridad, se viene abajo por la debilidad de su último representante. De hecho, Domiciano[92] no puede o no quiere mantener la disciplina, y descuida la supervisión de la instrucción. Esa deficiencia, que conduce a su fracaso y a la desaparición consiguiente, permite a Plinio el Joven trazar un bello retrato antitético de Trajano,[93] el emperador soldado y verdadero fundador de la dinastía antonina, si se exceptúa al efímero Nerva.

La personalidad de Adriano se presta mucho más al debate. Es cierto que antes se ha afirmado que se ocupaba mucho de la preparación de los soldados. Se le ha visto enviar a Arriano a las guarniciones que rodeaban el Ponto, y él mismo asistió a maniobras en África y en Panonia. No obstante, Frontón[94] le reprocha sus lagunas en el dominio de la disciplina: sin duda, el emperador filósofo era más filósofo que emperador. También se puede pensar que su política militar, comparada con la de su antecesor Trajano, carecía de dinamismo, parecía demasiado defensiva: en ese caso, y a ojos al menos de algunos de sus generales, debió manifestar un reprochable desconocimiento de la «disciplina», del arte del combate, que comprende asimismo una estrategia razonable y, por ello, ofensiva.

La guerra civil que estalló en el 193 es testigo de la reaparición de la importancia de la autoridad, y ese hecho no debe dejarnos de recordar la crisis del 68-69. Pertinax[95] pasaba por autoritario, y Pescennius

89. Tácito, *H.*, III, 56, 3; *Vitellius est ignarus militiae.*
90. Tácito, *H.*, V, 21, 5.
91. Suetonio, *Vesp.*, VIII, 3-5.
92. Plinio el Joven, *Pan.*, VI, 2.
93. Plinio el Joven, *Pan.*, IX, 3; XIII; XVIII. Opinión compartida por Frontino, *Princ. hist.*, VIII-IX.
94. Frontino, *pas. cit.* en n. anterior.
95. *Historia Augusta*, *Pert.*, III, 10.

Niger[96] lo era aún más. Pero Septimio Severo plantea un problema análogo al que hemos encontrado a propósito de Adriano. Ciertamente, se reconoce que exigía obediencia a los soldados[97] y Herodiano señala que velaba porque se practicara la instrucción con regularidad.[98] No obstante, ese mismo Herodiano[99] le acusa de haber sido el primero en debilitar la disciplina; de hecho, esa queja echa raíces, sin duda, en la política de reformas puesta en práctica por el emperador africano: aumentó los salarios, permitió que los militares vivieran con mujeres y autorizó a los suboficiales a constituirse en colegios. Es la novedad lo que asusta: se reprocha a Septimio Severo su liberalidad, al tiempo que se reprochaba a Adriano su relativo pacifismo. Entre los sucesores inmediatos, aparece en primer lugar el efímero Macrino,[100] que se mostró más fiel a la tradición afirmando que los romanos conseguían su superioridad de la disciplina. Y a continuación viene la figura de Severo Alejandro,[101] último representante de la dinastía, y que supo mostrarse enérgico, demasiado para el gusto de sus soldados.

Después de la muerte de este emperador fue cuando estalló con toda gravedad una profunda crisis, cuyos indicios se habían podido observar desde hacía ya cincuenta años: el Imperio se vio atacado por los germanos, al norte, y por los persas, al este. En medio de una serie de soberanos rápidamente eliminados (el Imperio era entonces «una monarquía absoluta atemperada por el asesinato») emergen algunas grandes figuras. Y esas personalidades que destacan deben a su autoridad el hecho de durar un poco más que las otras. En primer lugar, es necesario recordar a Maximino el Tracio; ya se ha dicho todo lo que le debía a su talento en el campo de maniobras. Es preciso añadir que pasaba por ser demasiado severo.[102] Entre los emperadores que se han mantenido cierto tiempo en el poder a pesar de la tormenta, Galieno también es calificado de cruel por sus soldados.[103] Es cierto que ese juicio se debe a la *Historia Augusta*, a la que no le gustaba nada ese soberano, del que reprocha su política considerada quizá sin razón como hostil al Senado.

Entre los emperadores que reinaron en la segunda mitad del siglo III, hay varios conocidos como los «ilirios», debido a su origen geográfico, y que han dejado una reputación como militares eficaces y enér-

96. *Historia Augusta, Pesc. N.*, VII, 7, y X.
97. Aurelius Victor, *De Caes.*, XX, 21; *Historie Auguste, Pesc. N.*, III, 9-12.
98. Herodiano, II, 10, 8.
99. Herodiano, III, 8, 5.
100. Herodiano, IV, 14, 7.
101. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXIV, 3; *Historia Augusta, S. Al.*, LII-LIV y LXIV, 3.
102. *Historia Augusta, Max.*, VIII, 7.
103. *Historia Augusta, Gall.*, XVIII, 1.

gicos, pero un tanto incultos. Todos cuantos han sido considerados oficiales valerosos, notablemente Claudio II,[104] Aureliano[105] y Probo,[106] han velado por el respeto de la disciplina y por la práctica de la instrucción.

Se ha podido notar, por tanto, que ciertos juicios de autores de la Antigüedad exigían su matización; de hecho, sería deseable la aparición de nuevos estudios sobre este tema, que permitirían, sin duda, tener más en cuenta la pasión de cada autor.

La instrucción y los dioses

Si los emperadores desempeñan un papel importante en la práctica de la instrucción, los dioses no pueden mantenerse indiferentes a esas actividades,[107] lo que no deja de ser normal tratándose de la historia romana. Habrá que distinguir tres polos sagrados hacia los que se dirige la veneración de los soldados.

En primer lugar está la Disciplina. Los romanos tenían la costumbre de divinizar abstracciones (la Fortuna, el Honor, etc.); no es, por tanto, una sorpresa la existencia de ese culto, y ya se ha hablado suficientemente de los vínculos que unían esa noción a la de instrucción. Se le elevaban altares (*ARA DISCIPLINAE*, «Altar de la Disciplina»)[108] en los campamentos y esa práctica, que se remonta a los orígenes de Roma, disfrutó, como vemos, de una existencia muy prolongada.

Es necesario citar a continuación el grupo de divinidades relacionadas con el *campus*, conocidas con el nombre de «*campestres*». De cualquier forma, debe evitarse un escollo que, por otra parte, ha escapado a la atención de numerosos epigrafistas: ese adjetivo puede aplicarse también a potencias «de la llanura» y no tener, por tanto, ningún carácter militar; es posible que tales cultos hayan sido celebrados en algunas regiones del Imperio. Por consiguiente, necesitamos conocer el emplazamiento exacto del que proceden las inscripciones que las mencionan: el significado de ese adjetivo variará si el documento fue hallado en un campamento, en un campo de maniobras o... ¡en plena naturaleza! Así pues, los nombres de los *Campestres*[109] de Germania y de las *Matres Campestres*[110] de Britania quizá no revistan de hecho las mismas realidades.

104. *Historia Augusta, Cl.*, XI, 6 ss.
105. *Historia Augusta, Aur.*, VI, 2; VII, 3 ss; VIII.
106. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXXVII, 2.
107. I. A. Richmond, *Bull. John Rylands Libr.*, XLV, 1962, pp. 185-197.
108. H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.° 3.810, p. e.
109. *Ibid.*, n.° 2.064.
110. R. G. Collingwood y R. P. Wright, *The Roman Inscrip. of Britain*, I, 1965, n.° 1.334, traducen: «The three Mother Goddesses of the Parade-Ground».

En Hispania se ha atestiguado un *Mars Campester*[111] y, en ese caso, no existe ambigüedad alguna: «Consagración a Marte del campo de maniobras. Titus Aurelius Decimus, centurión de la VII Legión Gemina afortunada, jefe *(praepositus)* de la guardia de corps *(equites singulares)* y al mismo tiempo maestro instructor *(campidoctor)* (ha hecho erigir este monumento) a la salud del emperador Marco Aurelio Cómodo, Augusto, y a la salud de la guardia de corps. La dedicatoria se ha hecho en las calendas de marzo, siendo cónsules Mamertino y Rufo (el 1 de marzo del 182).» De la misma manera era honrada Némesis, la diosa que castigaba a los orgullosos; su culto se menciona en una inscripción de Roma:[112] «A la santa Némesis del campo de maniobras, a la salud de nuestros dos señores los emperadores. Publius Aelius Pacatus, hijo de Publius, inscrito en la tribu Aelia, y originario de *Scupi* [ciudad de Mesia, en la actualidad Uskub], prevenido en sueños, ha hecho colocar de buen corazón (esta dedicatoria), que había prometido siendo doctor de cohorte, ahora que es doctor del campo de maniobras de la I Cohorte Pretoriana piadosa y vengadora.»

Se sabe también que otras fuerzas protegían hombres y bienes, y más exactamente a cada uno de ellos en particular: se las llamaba «genios» y parece claro (véase n. 74) que una inscripción había mencionado un genio del *campus*. Todas esas divinidades contaban con ritos particulares. Una procesión anual (véase n. 105) partía en su honor desde la tribuna del campo de maniobras; parece ser que en Egipto se les sacrificaban gacelas. En el campo de maniobras de Dura-Europos (véase n. 77) se les había levantado un templo, y parece cierto que lo mismo había sucedido en Roma en el de las cohortes pretorianas y urbanas.

Para acabar, no olvidemos el grupo de dioses asociado. En efecto, cuando los antiguos celebraban cualquier clase de culto se dirigían como es lógico a una divinidad particular y, según la ocasión, principal, pero (con el fin de asegurarse mejor el efecto de sus súplicas) nunca se olvidaban de otras potencias próximas y que tendrían como cometido reforzar la acción de la primera en ser invocada (por ejemplo, se relacionaba de buen grado a Deméter y a su hija Perséfone). En el campo de maniobras se honraba especialmente a Júpiter, protector a la vez de la Ciudad y de su ejército. También se hallan atestiguados el «Marte militar» y una abstracción divinizada, la Victoria Augusta.

Vigilado por suboficiales, el ejército se hallaba protegido por dioses.

111. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 4.083.
112. *Corpus inscr. lat.*, VI, n.° 533.

Conclusión

No parece inútil volver de nuevo a un punto al que ya se ha hecho referencia: la importancia de la instrucción se le ha escapado a un buen número de historiadores. Sin embargo, es ese entrenamiento el que explica en gran medida el éxito del ejército romano. Y los propios antiguos eran muy conscientes de ello. Consideraban que un noble no podía hacer carrera si no se dedicaba a ejecutar esa práctica con regularidad, que un emperador no podía ejercer el poder si no velaba porque los campos de maniobras estuviesen frecuentados con asiduidad.

La instrucción, la ubicación de los campamentos, la táctica y la estrategia constituían una disciplina, una ciencia,[113] elaborada poco a poco desde los orígenes de Roma, y que ha recibido forma jurídica desde principios del siglo III: fue entonces cuando quedó codificada. La palabra disciplina reviste dos realidades diferentes en apariencia, pero próximas de hecho: designa en principio un campo de conocimientos y, a continuación, solamente obediencia.

La adquisición de esa cultura militar supone la existencia de un mínimo de cultura a secas: con ello se hace indispensable una política de reclutamiento basada en la calidad.

113. Dion Casio, LXIX, 3 y LXXVII, 13.

CAPÍTULO V

LA TÁCTICA. MATAR SIN DEJARSE MATAR

En el siglo XXI, algunos soldados, por ejemplo los de la Organización de las Naciones Unidas, están encargados de mantener la paz. A los romanos, una misión de esa clase les hubiera parecido una insensatez, y su concepción de la guerra se ha mantenido intacta hasta el siglo XIX: «El hombre no va al combate por el combate en sí, sino por la victoria.»[1] Ese éxito, objetivo buscado por cualquier empresa militar, se basaba en parte en la aplicación de una táctica: primero, era necesario desplazar un ejército y, a continuación, hacerle entrar en combate.

En el Imperio, numerosos intelectuales han reflexionado y escrito a propósito del combate. No obstante, y a pesar de la abundancia de la documentación, esa cuestión ha sido escasamente estudiada por nuestros contemporáneos, quizá por temor a hacer una «historia de batallas»; a pesar de todo, el desarrollo de las campañas de Trajano en Dacia, por ejemplo, no está exento de consecuencias en el terreno económico:[2] en efecto, reportaron enormes cantidades de oro.

Una primera constatación, cuando se estudian los tratados de táctica, es la de que los autores de la época imperial escriben, a menudo, en griego, refiriéndose en su mayoría a ejemplos extraídos de la historia de Esparta, de Atenas o de las monarquías helenísticas,[3] como si consideraran que los romanos no habían inventado nada en ese campo. Pero antes de comprobar si esa extravagancia debe atribuirse a una moda o a un error de perspectiva, no será inútil precisar los medios de que disponían los combatientes para ejercer su trabajo.

1. Ch. Ardant du Picq, *Études sur le combat*, 1903, p. 5. Es cierto que existió en Roma un mito de la paz (Altar de la Paz Augusta); pero sólo puede admitirse como una consecuencia de la Victoria.

2. Véase sobre ello, por ejemplo, P. Petit, *Histoire générale de l'Empire romain*, 1974, p. 158.

3. Arriano, *Tactica*, cita a Pirro el Joven, a Clearco, a Pausanias, a Polibio, etc.

Las condiciones del combate: el armamento

GENERALIDADES

Antes de comprobar qué es lo que se sabe sobre los navíos de guerra, es decir, relativamente poco, detengámonos primeramente en el armamento individual. A pesar de ser abundante, la documentación no cesa sin embargo de crecer a medida que avanzan los descubrimientos arqueológicos. Pero disponemos desde hace ya tiempo de dos álbumes maravillosos, perfectamente bien ilustrados: la Columna Trajana (láms. XI-XXII) y la Columna Aureliana, aunque ésta, más dañada que la precedente, haya sido objeto de restauraciones en época moderna. Además, las excavaciones han proporcionado espadas, cascos y otros mil objetos, así como relieves que representan a soldados (láms. XXIII-XXV, 14 a 17). Finalmente, las fuentes literarias ofrecen un cierto número de indicaciones. Todo ello explica que dispongamos de obras bien hechas sobre el tema,[4] mientras que, al mismo tiempo, permanecen aún abiertos numerosos caminos de investigación.

Lo que sorprende, en primer lugar, es la extraordinaria diversidad de las armas conocidas. Así, un mismo hombre puede aparecer representado con cuatro equipos diferentes: en las paradas militares se esfuerza por hacer una exhibición de lujo, de riqueza; en el combate, utiliza un material más funcional, más eficaz; en la instrucción, por el contrario, recurre a instrumentos menos rígidos y, por tanto, menos peligrosos (es preciso evitar los accidentes); finalmente, confía el cuidado de grabar su sepultura a un escultor que tiene derecho a hacer gala de cierta fantasía y al que, en ocasiones, se le pide que reproduzca modelos griegos, comparando el artista al guerrero romano con un héroe de la Hélade, seguramente para halagarle.[5]

El soldado debe conservar esas armas; por otra parte, es su propietario. Pero, entonces ¿cómo definir la función exacta del *custos armorum*? Sabemos que cada campamento contaba con armerías *(armamentaria)* confiadas a la responsabilidad de aquel suboficial y situadas en la zona central de la fortificación, en los *principia*. La mayor parte de los historiadores han pensado que los militares guardaban el equipo a su cargo durante todo el tiempo que se mantenían en servicio, pero que, el resto del tiempo, debían depositarlo en ese arsenal, precisamente bajo la responsabilidad del *custos armorum*. En una obra

4. Un libro bien ilustrado el de H. Russell Robinson, *The Armour of Imperial Rome*, 1975; P. Salama, *Bull. Soc. An. Fr.*, 1984, pp. 130-142 (armas de parada). Véase n. 9.

5. G. Waurick, *XIIᵉ Congrès du limes*, 1980, pp. 1.091-1.098.

reciente, H. Russell Robinson[6] emite una hipótesis seductora: este último sólo se hallaba a cargo de las armas de recambio. Añadamos que quizá podía haber tenido como misión la de ocuparse de la artillería, pues era preciso que alguien controlara el armamento colectivo, y las excavaciones han revelado en los *principia* la presencia de balas de piedra.

Cualquiera que haya sido ese servicio concreto, los autores antiguos explicaban los éxitos de Roma en gran medida por su superioridad en el dominio del armamento individual. En el momento de la Guerra Judía, que comienza en el 66, Flavio Josefo admiraba sin reservas a sus adversarios:[7] «La infantería va armada con coraza y casco y lleva una espada a cada costado; pero la de la izquierda es claramente más larga, y la de la derecha no mide más que medio codo. La infantería de elite que forma la guardia del general lleva una lanza y un escudo redondo, el resto de la legión jabalina y un escudo oblongo, y además una sierra, un cesto, una pala y un hacha, sin olvidar la correa, la hoz, una cadena y víveres para tres días, de tal manera que el soldado de infantería va casi tan cargado como las mulas de carga. Los jinetes llevan a un costado un largo machete y en la mano una enorme jabalina, un escudo alargado que reposa oblicuamente sobre el flanco del caballo; en el carcaj, colgado a su lado, portan tres o más jabalinas, de punta larga, así como una pica. Los cascos y las corazas son idénticos a los de la infantería. Los jinetes de elite, que forman la guardia personal del general, tienen el mismo armamento que los jinetes ordinarios.» Todavía en el siglo III, Herodiano[8] cree que la superioridad militar de Roma descansa en buena medida en la calidad del armamento individual de sus soldados.

Es necesario abstenerse de creer en la existencia de una uniformidad en ese terreno. En principio, cada suboficial y cada clase de unidades, o casi todas ellas, cuentan con sus propias originalidades. Además, apenas existen armas «romanas»: después de cada campaña, ya desde la época republicana, los comandantes toman a los vencidos en la víspera todo lo que puede ser útil; así, observamos que, en tiempos de Augusto, el legionario puede llevar un casco galo, estar protegido por una coraza griega y tener en la mano una espada hispana. Finalmente, a lo largo de tres siglos de historia, no es posible dejar de constatar una cierta evolución que, no obstante, viene impuesta en buena medida por esa sorprendente adaptación de los romanos a las técnicas de la guerra.

6. H. Russell Robinson, *op. cit.*, p. 9.
7. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 5 (94-97).
8. Herodiano, III, 4, 9.

Los trabajos más recientes[9] no se limitan únicamente al armamento, según se ha dicho, sino que dedican su atención al equipamiento militar, es decir, además, a aquellos artículos cuya naturaleza no es específicamente militar, pero que presenta particularidades, como, por ejemplo, el calzado, los borceguíes o coturnos *(caligae)*. Muestran asimismo que los legionarios y los auxiliares poseían materiales que se parecían mucho más de lo que se ha creído, presentando, no obstante, una gran diversidad. Así sucede con los escudos desde el siglo I de nuestra era, de los que se encuentran varias clases. La espada es más larga de lo que se ha creído (alrededor de 60 cm), y el término *spatha*, que designaba en origen a la espada de los auxiliares, acabó por designar, a finales del siglo II, a cualquier tipo de espada. Esos trabajos recientes permiten, finalmente, observar una evolución en ciertas piezas, por ejemplo en los cascos.

El armamento de los legionarios

Hablaremos, por tanto, de armas defensivas y ofensivas, teniendo en cuenta los cambios que han ido apareciendo con el tiempo; y, lógicamente, comenzaremos por el legionario, que es a quien mejor conocemos.

En la época de Augusto, se protege en primer lugar con un casco *(galea, cassis)* de forma bastante simple, ya que está formado por un sencillo casquete que, en ocasiones, lleva un cubrenucas. A continuación, posee una coraza *(lorica)*; reina ya aquí una cierta diversidad. Se llama «musculada» a la de tipo griego, más bien reservada a los oficiales, cuando reproduce en el bronce la apariencia de la musculatura pectoral de un hombre; hay una variante más rara, con decoraciones. El modelo más típicamente romano cuenta también con subdivisiones: la cota de malla la encontramos con mucha mayor frecuencia que la casaca de cuero recubierta de escamas metálicas. Además, el soldado va equipado con espinilleras. Finalmente, dispone de un escudo *(scutum)*: normalmente rectangular, puede ser plano (en este caso hace pensar en un origen galo) o abombado (tomado prestado de los gladiadores samnitas).

Para atacar, la infantería lleva una lanza *(hasta)* y una jabalina, corta y más o menos gruesa *(pilum)*, para el combate a distancia; en los encuentros cuerpo a cuerpo, se sirve de una espada corta, la espada hispana *(gladius)*, así como de un puñal. Es precisamente esa pareja

9. M. C. Bishop y J. C. M. Coulston, *Roman Military Equipment*, 1989, Aylesbury; M. Feugère, *Les armes des Romains*, 1993, París. Serie de congresos titulados *Roman Military Equipment Studies* (ROMEC).

de espada y jabalina lo que mejor caracteriza al legionario de los siglos I y II.[10] Ciertamente, utiliza todavía la lanza y el puñal, pero cada vez menos. El arma arrojadiza se alarga un poco y un cinturón *(cingulum)* permite llevar colgado el espadín, que acabó así por ceder su lugar a una espada de mayores dimensiones *(spatha)*, ya muy corriente a finales del siglo II.

Podemos seguir la evolución de otras piezas de ese armamento, en primer lugar del casco; en el siglo I, encontramos el tipo «galo», con orejeras y cubrenuca, sin plumas. Aparece después el modelo clásico, con penacho,[11] y en la época de Marco Aurelio se difunde otra forma que recuerda al gorro frigio, sin que sobresalga nada de él. Encontramos también diferentes formas de corazas: se difunde la llamada «musculada», que visten incluso los simples legionarios (quizá para distinguirse, los oficiales superiores la abandonan entonces por una de talla más corta); el modelo más extendido es el que tiene láminas de metal, conocida como «articulada»,[12] pero también se conoce la casaca recubierta de escamas[13] y la cota de malla.[14] Los escudos presentan asimismo algunas variedades: junto al rectangular, abombado o plano, tan frecuente en la Columna Trajana, existen formas ovaladas,[15] en ocasiones hexagonales, y circulares en el caso de la caballería. Señalemos finalmente que siempre aparecen atestiguadas las espinilleras.

En un momento en que hasta los estatus jurídicos se acercan, según hemos visto ya, las armas tienden a uniformizarse. Refiriéndose a los principios del siglo III, y con mayor precisión a la época de Caracalla, haciendo una antítesis inspirada en la desarrollada por Esquilo en *Los persas*, Herodiano[16] opone los occidentales, aquí los romanos, soldados de infantería y lanceros, a los orientales, en este caso los partos, soldados de caballería y arqueros.

Sin embargo, no debemos engañarnos: durante la gran crisis del Imperio la infantería sigue siendo la reina de las batallas, incluso aunque las tropas montadas desempeñen un papel creciente. Los soldados conservan los tipos de casco anteriores, pero abandonan la coraza; para protegerse cuentan, a partir de ese momento, por encima de todo, con el escudo, por lo general de forma oval. Como armas ofen-

10. Tácito, *An.*, XII, 35, 5; Columna Aureliana, láms. III, XVI y XXXI-XXXII (ed. de C. Caprino *et alii*, 1955).
11. Columna Aureliana, lám. n.º III.
12. *Ibid.* En la Columna Trajana pueden verse numerosas corazas articuladas.
13. *Ibid.*, n.º XXXI-XXXII.
14. *Ibid.*, n.º XVI.
15. *Ibid.*, n.º XVI y XXXI-XXXII.
16. Herodiano, IV, 10, 3, y 14, 3.

sivas disponen de la espada larga, que ha sustituido definitivamente a la espada hispana, y de una jabalina más ligera que el antiguo *pilum*.

El armamento de los auxiliares

Si en el Principado, el legionario se caracterizaba por la pareja espada corta-jabalina *(gladius-pilum)*, el auxiliar quedaba definido por otra pareja de armas: espada y lanza[17] *(spatha-hasta)*. No obstante, no debería insistirse mucho en este tipo de unidades, debido a la gran diversidad que reina en ese terreno y que opone, en primer lugar, infantería a caballería.

En el siglo I, los soldados de infantería van mal protegidos. La situación cambia a partir de la época de Trajano. Llevan cascos de formas variadas,[18] y túnicas de cuero, recubiertas a veces de placas de metal, o cotas de malla; se protegen tras grandes escudos planos y estrechos. Para atacar utilizan la lanza, la espada larga y un puñal. En el siglo II aparece gran cantidad de armas, que debieron ser confiadas a los auxiliares más que a los legionarios.

Desde el siglo I, los jinetes de las alas van mejor protegidos: llevan ya cascos de hierro, algunas placas del mismo metal para cubrirse el pecho, y escudos más bien largos y ovalados. Combaten con las mismas armas que la infantería de las cohortes; los mejores proceden de las regiones celtas del Imperio.[19] A partir de Trajano se protegen aún con mayor eficacia: en la Columna Trajana se les ve revestidos de cotas de malla por encima de sus túnicas de cuero; poseen escudos bastante estrechos y de forma, a veces, ovalada.[20] En la época de Antonino Pío,[21] la espada se hace más larga y, en ocasiones, se añaden jabalinas.

Pero el factor de diversidad más importante entre los auxiliares se halla relacionado con el empleo de cuerpos especializados, sobre todo en el siglo III. Así, parece en principio deseable disponer de soldados que utilicen armas arrojadizas, y ya en la época flavia sabemos de la existencia de honderos;[22] están presentes en la Columna Trajana, pero se les emplea sobre todo en el siglo III, y proceden de Siria. Con el mismo objetivo, el estado mayor recurre al servicio de arqueros,[23] reclutados también generalmente en Siria o en Arabia; se utiliza a los

17. Tácito, *An.*, XII, 35, 5.
18. H. Russell Robinson, *op. cit.*, pp. 86-87.
19. Arriano, *T.*, XXXIII.
20. Columna Trajana, n.º 15.
21. Arriano, *T.*, IV.
22. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 18 (211).
23. H. Stein, *Archers d'autrefois, archers d'aujourd'hui*, 1925; H. van de Weerd y P. Lambrechts, *Diss. Pann.*, X, 1938, pp. 229-242: 6 alas, 28 cohortes y 10 *numeri*.

osroenianos contra los partos y después contra los persas; pero hay otros originarios de Tracia. Unos entran en el ejército romano en la época de Nerón, y se les ve tanto en la Columna Trajana como en la Aureliana,[24] pero esos cuerpos conocen un verdadero desarrollo fundamentalmente a partir de principios del siglo III.[25] Se sirven del arco turco[26] y algunos van montados, constituyendo unidades de caballería ligera.[27]

Como tropas de choque, se usan en un primer momento los *contarii*,[28] que reciben el nombre del *contus*, una lanza pesada; esos hombres van vestidos en general con una cota de malla y su intervención en combate aparece representada en la base del trofeo de Adam-Klissi y en la Columna Aureliana; el *Talmud de Jerusalén*[29] describe su arma como un bastón. El ejército romano disponía igualmente de «gesates», soldados cuya denominación procede del *gaesum*, un venablo; se reclutaban en los países de tradición celta, sobre todo en Retia.[30] En la Columna Trajana se ven también suevos que combaten con una maza.[31] A excepción de algunas unidades de arqueros, todos esos cuerpos se hallan constituidos por infantes. No obstante, el mando trata también de disponer de una caballería diversificada, ligera y pesada. Los moros, presentes en la Columna Trajana,[32] son muy utilizados especialmente en el siglo III; ofrecen una doble ventaja: su gran movilidad y su destreza en el manejo del venablo.[33] Al contrario, se conocen unidades montadas fuertemente acorazadas, los «catafractos», en las que incluso los caballos disponían de protección; existen ya en la época de Adriano,[34] los volvemos a encontrar en la Columna Aureliana, pero es en el siglo III, durante la gran crisis del Imperio, cuando se les ve intervenir con mayor eficacia.

El armamento de los demás militares

Contamos con menos información sobre el armamento de los demás soldados, a excepción quizá de los pretorianos y de los oficiales.

24. Columna Aureliana, n.º XXXIX.
25. Herodiano, III, 8, 2 (Septimio Severo contra los partos).
26. P. Medinger, *Revue Archéol.*, 1933, pp. 227-234.
27. T. Sulimirski, *Rev. Int. d'Hist. Milit.*, 1952, pp. 447-461.
28. Arriano, *T.*, IV; J. W. Eadie, *Journal of Rom. St.*, LVII, 1967, p. 167.
29. *Talmud de Jerusalén*, *Taanith*, XII, 8; el mismo *Talmud*, *Berakoth*, IX, 1, habla de *assedarii*, combatientes subidos en carros (se trata, sin duda, de un anacronismo).
30. R. Heuberger, *Klio*, XXXI, 1938, pp. 60-80.
31. Columna Trajana, n.ºs XVII y LXIX.
32. *Ibid.*, LXIII-LXIV.
33. Herodiano, I, 15, 5.
34. *Corpus inscr. lat.*, XI, n.º 5.632.

Hagamos primero un repaso rápido a los diversos tipos de militares. M. Clauss[35] ha escrito que los «batidores» *(speculatores)* portaban espada y lanza, y que los «frumentarios» y los «beneficiarios» disponían igualmente de una lanza; ese instrumento sería el que caracterizaría a aquellos hombres que se hallaban al servicio de un gobernador *(officium)*. Por otro lado, ese oficial superior poseía una guardia de corps montada *(equites singulares)* o a pie *(pedites singulares)*; la primera no se distinguiría de la caballería legionaria, mientras que la segunda quizá habría estado provista de escudos redondos y astas.[36] En cuanto a la escolta personal del emperador, es decir, los *equites singulares Augusti*, la encontramos en la Columna Trajana: se reconoce por los escudos ovales, las jabalinas y, una vez más, por sus lanzas.

Pero ya se ha dicho que los pretorianos eran los más conocidos,[37] aunque ese juicio vale sobre todo para el siglo II. Al principio, lo mismo que los legionarios, la infantería porta una coraza articulada *(segmentata)*, con láminas de metal; después, en la época de Marco Aurelio, pasan a la de escamas, que protegía ya a la caballería, y que, si no exclusiva, al menos era característica de esas unidades; no la abandonan jamás y aún la conservan en el 312. Su casco era del tipo «de anillas» para el combate, y «con penacho» para las paradas. Aún se puede llevar más lejos la analogía con los soldados de las legiones: los del pretorio recurren a las mismas armas ofensivas: la espada y el venablo.

El equipo de los vigilantes era muy especial, puesto que su tarea principal consistía en combatir el fuego. Con tal fin, utilizaban bombas contra incendios *(siphones)*, ganchos *(unci)*, unos instrumentos parecidos a hoces *(falces)*, pero también mantas *(centones)*, escobas *(scopae)* y cubos *(amae)*. Utilizaban escalas *(scalae)* para salvar a las gentes que habían quedado bloqueadas en los pisos, pues Roma contaba con numerosos inmuebles.

Por lo que se refiere a los suboficiales, debían ser fácilmente reconocibles. Hasta el siglo II, los centuriones llevaban en el casco un penacho que no iba de atrás a adelante, sino de derecha a izquierda, de una oreja a la otra, y que se conoce como la *crista transuersa*.[38] Los oficiales[39] iban también protegidos por una coraza, que, a principios del Imperio, era del tipo «musculado»; después abandonarían ese mo-

35. M. Clauss, *Untersuchungen zu den principales des römischen Heeres*, 1973, pp. 78 y 97.
36. F. Magi, *I rilievi flavi del Palazzo de la Cancelleria*, 1945 (esos relieves quizá sean algo más tardíos de lo que cree el autor).
37. M. Durry, *Les cohortes prétoriennes*, 1939, pp. 195-236.
38. M. Durry, *Revue Archéol.*, 1928, pp. 303-308.
39. H. Russell Robinson, *op. cit.*, pp. 136 ss, y 147 ss.

delo por otro más corto; lucían al costado una espada pequeña llamada *parazonium*.

Para finalizar este análisis deberíamos subrayar una característica de las armas de que disponían los soldados romanos: la sorprendente heterogeneidad de ese material; la espada hispana y el escudo galo se unen al arco sirio y a la coraza griega; es precisamente ese saber escoger lo mejor que había en las panoplias de las naciones vencidas lo que explica en parte la eficacia de las legiones y de los auxiliares.

La vestimenta militar

Al hablar del aspecto exterior de los militares, queda aún por responder a una última pregunta: ¿cómo iban vestidos? La respuesta no es sencilla, y los especialistas[40] no siempre se ponen de acuerdo entre ellos. Es cierto que los legionarios y los pretorianos se nos muestran, a menudo, en traje civil, en particular en los relieves funerarios: en el momento de su muerte, muchos han abandonado ya el ejército, y todos tienden a exhibir con orgullo la toga, vestimenta característica del ciudadano romano; como ya hemos dicho, los soldados que poseen esa dignidad se hallan muy orgullosos de ella.

Por otra parte, hay un equipo de combate, el *procinctus*, que se utiliza durante las operaciones, pero asimismo en el momento en que el ejército se reúne en asamblea antes de una expedición, e igualmente en ciertas misiones, así como para las maniobras. Por eso la expresión «*esse in procinctu*», que se ha traducido de diferentes maneras («estar a punto de entrar en combate» o «estar en plena batalla»), significa simplemente «estar con el equipo de combate»,[41] y su empleo no prueba en absoluto la existencia de un conflicto o de una guerra. Para designar ese uniforme, algunos autores utilizan el sustantivo *sagum*, nombre de la casaca de los soldados; esa chaqueta corta se coloca por encima de una túnica. En los pies, los oficiales se distinguen por sus botines *(calceus)* de los simples soldados, que calzan borceguíes, las *caligae*: el nombre del emperador Calígula («Pequeño Borceguí») es un mote afectuoso que le pusieron los soldados cuando, siendo niño, acompañaba a su padre, Germánico, por los campamentos en que este último servía como general.

En cambio, los especialistas no se ponen de acuerdo sobre la existencia, o no, de un uniforme de parada. Ciertamente, en los desfiles

40. E. Sander, *Historia*, XII, 1963, pp. 144-166; R. Mac Mullen, *Soldier and Civilian*, 1967, pp. 179-180; M. Speidel, *Bonner Jahrb.*, CLXXVI, 1976, pp. 123-163.

41. Gaius, *Inst.*, II, 101; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, V, 576, 43 (y 137, 25); Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 163.

se tenía por costumbre hacer gala de las condecoraciones recibidas. Se sabe además que Septimio Severo concedió a los centuriones el derecho a vestir de blanco *(albata decursio)* en esa clase de exhibiciones, y que Galieno extendió ese privilegio a todos los soldados.

Entre los auxiliares reinaba la diversidad más extrema, en particular entre los hombres de los *numeri* bárbaros que habían conservado sus trajes nacionales. No obstante, se observa una cierta tendencia a la uniformización, fundamentalmente entre la caballería de las alas que, a menudo, viste una casaca sobre una corta túnica; algunos de ellos —y el origen de esa moda debe buscarse, sin duda, en los países celtas— portan calzones cortos: ¡no se puede desechar que hayan sido los militares quienes difundieran el pantalón![42]

Hemos visto, por tanto, la profusa cantidad de cuerpos y de funciones existentes en el ejército romano; las armas y la vestimenta acrecientan aún más, si ello es posible, esa sorprendente diversidad.

Las condiciones del combate: el navío

Para comprender la táctica y, a partir de ahí, también la estrategia, es necesario conocer el armamento individual; además, no es inútil saber cómo se presentaban los navíos de guerra. Con ese fin, disponemos de un estudio reciente, de M. Reddé,[43] del que hemos tomado prestada toda la descripción que sigue.

La arqueología ha encontrado numerosos barcos civiles reposando sobre la arena, en el fondo de las aguas, protegidos por su cargamento de ánforas; de hecho, los yacimientos submarinos se han revelado muy fructíferos. Pero la marina militar no transportaba cargamentos análogos y los navíos vacíos se dispersaban en mil pedazos a merced de las corrientes. La Antigüedad apenas nos ha legado dos navíos de guerra, las célebres galeras púnicas de Marsala, que datan del siglo III aC. Por tanto, en este dominio las investigaciones no pueden basarse en la observación directa; es necesario el estudio de los textos literarios y de los monumentos escultóricos, en los que a menudo se sacrifican la perspectiva y los detalles, pues es difícil representar en un espacio pequeño un buque de gran tamaño.

No obstante, parece que pueden darse por seguras algunas conclusiones. El resultado más importante a que ha llegado M. Reddé sorprenderá, sin duda, a más de un lector: los astilleros navales italianos proporcionaban productos muy superiores a los griegos. Tal afirma-

42. G. Ville, *Africa*, II, 1967-1968, pp. 139-182 (tema que debe profundizarse).
43. M. Reddé, *Mare nostrum*, 1986.

ción queda justificada por tres argumentos: en primer lugar, los barcos romanos son más sólidos; están construidos «borde contra borde», es decir, que las tracas (planchas de los costados) se hallan unidas una contra otra, borde contra borde. Los carpinteros de ribera comienzan por colocar la quilla del casco; a continuación instalan las cuadernas destinadas a reafirmar aquél; después pueden ya montar los costados, siguiendo siempre la misma técnica. Después de haber hecho todo eso pueden ya fijar las demás cuadernas. Para acabar, se ocupan de la superestructura. Ya sólo queda efectuar el calafateado, y hacer que pongan el lastre (por lo general, piedras o arena), antes de entregar el barco a quienes lo hayan de usar.

En segundo lugar, los navíos romanos son los que están más perfeccionados. Recordemos primero que, para dirigirlos, los pilotos se servían de un timón lateral doble. Pero la velocidad cuenta tanto como la movilidad, y estos barcos utilizan dos medios de propulsión. Una vela cuadrada, la principal, iba atada a un gran mástil; una más pequeña iba fijada a un mástil secundario. Además, todos los barcos se desplazaban a remo, lo que les permitía marchar a dos nudos o dos nudos y medio como máximo. Pero aquí se nos plantea un problema, el del número de filas de remos y el de su disposición. Una inscripción de Miseno,[44] un epitafio, ilustrará este asunto: «[Consagración] a los dioses Manes. A Titus Tarentius Maximus, soldado de la trirreme *Júpiter*, de nacionalidad besa [pueblo de Tracia]; vivió cuarenta años y sirvió veinte. Cauis Iulius Philo, de la trirreme *Mercurio*, y Quintus Domitius Optatus, de la cuatrirreme *Minerva*, sus herederos, se han ocupado [de hacer erigir este monumento], cuando Sulpicius Priscus era *optio* de la trirreme *Júpiter*.» El texto menciona dos trirremes (la *Júpiter* y la *Mercurio*) y una cuatrirreme (la *Minerva*); de hecho, las primeras parecen haber sido más numerosas, representaban el modelo habitual de navío, con tres filas de remos superpuestas, pero intercaladas. En cuanto a los navíos de cuatro filas de remos o más, es preciso reconocer que no se entiende de qué manera debía situarse la tripulación a bordo.

Conocemos otros tipos de navíos. La liburna, casi tan corriente como la trirreme, era más ligera y poseía, por tanto, un mayor grado de movilidad.[45] Diversas clases de barcos de apoyo aseguraban el transporte de hombres y material. La marina militar disponía de unos dosciento cincuenta navíos, a razón de sesenta para cada flota italiana y de ciento treinta para las escuadras de provincias, según estimaciones de M. Reddé.

44. H. Dessau, *Insc. lat. selectae*, n.º 2.833.

45. S. Panciera, *Epigraphica*, XVIII, 1956, pp. 130-156. Para el *Talmud de Babilonia, Baba Meria*, 80 b, la liburna era una nave muy grande.

Pero aún hay más: ya para acabar, los navíos romanos son los que se hallan mejor armados. Las piezas de artillería les permiten golpear al enemigo a distancia, antes de llegar al abordaje, lo que tiene como objeto debilitar su moral y sus efectivos antes del encuentro directo. Cada barco posee un espolón de bronce fijado a la quilla. Sobre el puente se levantan una o varias torres, que permiten a la infantería de marina dominar a un eventual adversario, de acribillarle a disparos. Finalmente, debían contar también con cuerpos de desembarco, cuyos soldados podían evidentemente intervenir con eficacia en un combate naval; se les utiliza asimismo en tierra para provocar un efecto sorpresa: atacan al enemigo por donde no se lo espera, por los flancos o en la retaguardia.

Por tanto, el ejército romano no sólo brillaba por el valor de su armamento; superaba también a cualquier otro contendiente por la excelencia de la producción de sus artesanos navales.

El ejército en marcha

La razón de ser de un ejército reside en el combate. Pero un buen general no desencadena las hostilidades sin importarle el lugar: debe elegir el terreno que le parece más apropiado a los medios de que dispone y, en la elección del lugar, es preciso que tenga en cuenta también las fuerzas del enemigo. Por tanto, su primer problema consiste en conocer lo mejor posible las tropas colocadas a sus órdenes; no sólo tratará de conocer el número de infantes y de jinetes, de legionarios y de auxiliares que se hallan bajo su mando, sino también cuál es su valor: ¿están descansadas o fatigadas?; ¿se hallan bien o mal preparadas; ¿han adquirido el hábito de combatir?; ¿cómo están de moral?

En segundo lugar, debe informarse de las fuerzas reunidas por el enemigo. Según ha demostrado una obra reciente,[46] en el Alto Imperio, la información se encontraba perfectamente organizada, utilizándose para ello las guarniciones, los viajeros o incluso verdaderos espías. Hay alguna clase de soldados especializada en esa investigación. Primeramente, tenemos a los *exploratores* y los *speculatores*. Las informaciones las centralizan el *consilium* del emperador y los *officia* de los gobernadores de provincia y de los comandantes del ejército. A continuación, el general se asegura la logística (hablaremos de ello más adelante en el capítulo dedicado a «La estrategia»).[47] Después

46. N. J. E. Austin y N. B. Rankov, *Exploratio*, 1995, Londres-Nueva York.

47. Obra muy innovadora de Th. Kissel, *Untersuchungen zur Logistik des römischen Heeres in den Provinzen des griechischen Ostens*, 1995, St. Katharinen.

decide el emplazamiento en que tendrá lugar el encuentro. Finalmente, debe organizar sus tropas para alcanzar el objetivo; esa disposición tiene una importancia fundamental, pues el adversario puede aprovecharse de que los romanos no se hallen dispuestos en orden de batalla, para atacarlos así con mayor comodidad. Durante el desplazamiento, la emboscada se convierte en un riesgo de primer orden, y se recuerda que Publius Quinctilius Varus no fue derrotado en una batalla campal. Además, hay dos elementos que sobresalen en cualquier organización en ese dominio: la rapidez y la seguridad. El general preferirá pasar el menor tiempo posible en un orden que le sitúe en posición de debilidad y tratará de evitar cualquier sorpresa desagradable. Pero es necesario incluso prever lo imprevisible y actuar de tal manera que las pérdidas sean limitadas en caso de ataque durante el trayecto. Los estrategas romanos han analizado en profundidad ese problema, que se puede formular de la siguiente manera: ¿en qué orden disponer la infantería y la caballería, los legionarios y los auxiliares y, por encima de todo, dónde colocar los bagajes?

EL ORDEN DE MARCHA

Ciertamente, a esas preguntas se ha contestado con una gran diversidad de respuestas.[48] No obstante, podemos subrayar algunos puntos en que se hallaban de acuerdo los generales interesados por el orden de marcha (lám. XXVI, 18). En primer lugar, la vanguardia la constituían habitualmente tropas auxiliares y caballería: se trataba de explorar el terreno y, si era necesario, de responder con rapidez. De la misma manera, por lo común, la retaguardia quedaba confiada a las unidades menos valiosas. Finalmente, en principio los bagajes se colocaban en el centro, protegidos de la mejor manera posible: representan el elemento más vulnerable de un ejército en marcha, y su pérdida podría significar la desorganización de la columna, pues los soldados, al ver cómo los enemigos se apoderan de sus pertenencias, por lo general abandonan sus filas para tratar de recuperarlas. Esa protección representa, por tanto, una obligación constante. Para asegurarla es necesario tener en cuenta la topografía, y aquí los estrategas distinguen dos casos.

Si el ejército debe penetrar por un desfiladero, seguir un valle, avanzar por un terreno estrecho, es imposible asegurar con eficacia la cobertura de los flancos; las tropas se estiran, entonces, en un largo cordón. Julio César, en el 57 aC. (es decir, todavía en la época repu-

48. Véanse las notas siguientes; no debe olvidarse la Columna Trajana ni la Aureliana.

blicana) debe hacer frente a esa clase de situación[49] en la campaña contra los belgas. Puso a la cabeza a la caballería, los arqueros y los honderos, es decir, a los auxiliares. A continuación va el grueso del ejército constituido por sus seis mejores legiones, después van los bagajes y, por último, dos legiones de reclutas. Aunque el autor no habla de ello, no es del todo imposible que la marcha la cerrara alguna cohorte de aliados (es eso lo que han hecho otros conocidos estrategas).

Mediado el siglo I de nuestra era, Onesandros consagra un tratado a las obligaciones del general en jefe. Recomienda elegir preferentemente un terreno despejado. Cuando eso no es posible, cuando haya que trabar combate en una zona estrecha, aconseja ocupar primero las zonas altas.[50]

En Samaria, Tito procede prácticamente de la misma forma que César. Flavio Josefo nos ofrece una descripción más detallada de su dispositivo:[51] «En su progresión por territorio enemigo, Tito llevaba por vanguardia a las tropas reales y a todos los contingentes auxiliares; les seguían los zapadores y los agrimensores del campamento; a continuación iban los bagajes de los oficiales y, después de las tropas que se cuidaban de su guardia, iba el propio Tito con la elite de los soldados y, en particular, los lanceros; detrás de él, la caballería legionaria, que precedía a las máquinas de guerra, inmediatamente seguidas por los tribunos y los prefectos de las cohortes, con soldados de elite; después de ellos venían las enseñas, agrupadas alrededor del águila y precedidas por sus trompetas, y a continuación el grueso de la columna, en filas de a seis; detrás, los servidores del ejército de cada legión, precedidos por los bagajes; los mercenarios venían aún más atrás, con una retaguardia para controlarlos.»

Es sorprendente el parecido entre el orden de marcha elegido por César y el ordenado por Tito; es cierto, no obstante, que entre los dos hay algunas diferencias: Flavio Josefo no dice si en la vanguardia iba la caballería, lo que parece muy probable, y precisa, por el contrario, que son los auxiliares quienes se encuentran en retaguardia. La principal diferencia entre ambos generales es que el primero coloca los bagajes inmediatamente detrás del grueso de los legionarios, mientras que el segundo procede de manera inversa.

En cualquier caso, esa situación en la que el ejército avanza a través de un paso estrecho debe evitarse a toda costa. Presenta, por tanto, un carácter excepcional. Normalmente, el general elige un terreno llano

49. César, *B. G.*, II, 19, 2-3.
50. Onesandros, VII; véase la Columna Aureliana, lám. XIV.
51. Flavio Josefo, *G. I.*, V, 2, 1 (47-49).

y despejado para evitar el riesgo de emboscada; en ese caso, además, puede asegurar la protección de los flancos.

Al comienzo mismo del reinado de Tiberio, Germánico lleva al ejército del Rin contra los usipetas y los bructeros:[52] «El general... tomó sus disposiciones de marcha y de combate. A la cabeza iba una parte de la caballería y de la infantería auxiliar; después, venía la primera legión rodeando los bagajes; el ala izquierda estaba formada por soldados de la XXI, y la derecha por los de la V; la legión XX se aseguraba de la retaguardia, seguida por el resto de los aliados.» También en ese texto aparece la importancia de los bagajes: se hallan rodeados por todas partes y confiados a la elite de los soldados.

Poco tiempo después, a mediados del siglo I de nuestra era, en su tratado sobre los deberes del general en jefe, Onesandros ofrece consejos que no contradicen en nada las opciones elegidas por Germánico. Se ha dicho con anterioridad que éste aconsejaba no hacer entrar en acción al ejército en un desfiladero, sino elegir siempre que ello fuera posible espacios llanos y abiertos. En esas condiciones,[53] pide que las tropas se dispongan en orden cerrado y formando en cuadro, de tal manera que los bagajes se sitúen en el centro y, por tanto, protegidos eficazmente. Lo mismo que el resto de los estrategas, en la vanguardia coloca a la caballería. Además, recuerda que es preciso enviar soldados a forrajear;[54] por su propio cometido, estos últimos sirven de exploradores y proporcionan informaciones sobre la presencia o ausencia de fuerzas enemigas en las proximidades.

Ese avance por terreno peligroso es de tal importancia que, bajo Antonino Pío, se le consagra en gran parte todo un tratado, la obra de Arriano, *Disposición de marcha y orden de batalla contra los alanos*. Se recomienda seguir un dispositivo muy parecido al que había adoptado Germánico más de un siglo antes. En cabeza avanzan exploradores montados, después las alas y las cohortes auxiliares. Siguen, por este orden, las legiones, los aliados y los bagajes. Otros auxiliares cierran la marcha (soldados de infantería) y protegen los flancos (de caballería). La diferencia principal entre ambos generales se encuentra en este punto: Germánico sitúa a los legionarios en los flancos del ejército, mientras que Arriano coloca auxiliares.

De hecho, ese autor ha abordado por dos veces el mismo asunto,[55] y en *La táctica* ofrece consejos que tan pronto completan, como difieren, de los que se encuentran en la *Disposición de marcha*. La preocu-

52. Tácito, *An.*, I, 51, 5-6.
53. Onesandros, VI.
54. Onesandros, X, 7.
55. Arriano, *T.*, XI, XIII y XVI; *Alanos, passim.*

pación principal continúa siendo la seguridad de los bagajes; siempre es necesario situarlos lo más lejos posible del enemigo, ya sea delante, detrás, a derecha o a izquierda; pero también pueden ubicarse en el centro, sobre todo si se ignora de dónde procederá el peligro. En todo caso, la caballería no debe contar con un lugar fijo: el general hará uso de ella en función del terreno y de la supuesta posición del adversario. Las legiones marcharán a la cabeza y en la cola o junto a las alas, y la infantería auxiliar las seguirá o las flanqueará.

De esa forma, se constata una vez más (y el segundo texto de Arriano es preciso en ese tema) que, como el armamento, la táctica romana se adapta en función de las circunstancias. En cualquier caso, se pueden deducir algunas características permanentes: un general debe situar los bagajes en el centro, cerca de los legionarios; envía la caballería en vanguardia y cierra la marcha con la ayuda de las cohortes auxiliares.

Las obras públicas

Un ejército que se desplaza por territorio enemigo no encuentra siempre las comodidades a que le había habituado el mundo romano y es necesario acondicionar el territorio atravesado para conseguir un máximo de seguridad: debe construir carreteras, puentes y campamentos.

Esas obras constituyen uno de los numerosos factores de éxito del ejército romano, pues no se realizan sin importar cómo ni se confían a cualquiera. Por lo general es la infantería, en particular la de las legiones, la suministradora de mano de obra, mientras que la caballería, incluida la de los auxiliares, asegura la supervisión y la protección de la obra; debe recordarse, en efecto, que los jinetes montados disfrutan de un privilegio: se hallan exentos de corveas *(immunes)*. La división de tareas la ha explicado muy bien G.-Ch. Picard.[56] Y poseemos un texto del Pseudo-Higinio[57] que muestra un reparto de trabajo muy parecido bajo Trajano: la infantería de marina construye las rutas, y es la caballería mora y panonia la que se encarga de la seguridad de los trabajadores.

Las rutas y los puentes

Con el fin de avanzar rápidamente por territorio enemigo, los generales debían disponer de vías fáciles de utilizar. Sin embargo, no

56. G.-Ch. Picard, *Castellum Dimmidi*, 1947, pp. 45 ss.
57. Pseudo-Higinio, XXIV.

debe creerse que los caminos así acondicionados se hallaban adoquinados. De hecho, la infantería se dedicaba a talar los árboles cuando se atravesaba un bosque, a despejar los roquedos elevados en un desfiladero y, en el llano, a desecar algunas ciénagas de pequeñas dimensiones, cuando se encontraba con ellas. Por lo demás, se contentaba con aplanar el suelo o, más sencillamente todavía, con disponer marcas que indicaran la dirección a seguir. En efecto, se sabe que raramente las rutas romanas se hallaban empedradas,[58] salvo junto a las ciudades y en las travesías de estas últimas. Un trabajo de esa clase habría comportado una pérdida de tiempo y un desgaste de energías perfectamente inútil.

Atravesar un curso de agua representaba otra dificultad, ante la que se debía elegir entre tres soluciones diferentes. Se podía echar mano de la marina para atravesar el río en barcas.[59] O también, y gracias a la misma armada, se construía un puente de barcas:[60] dispuestas borda contra borda, se ataban fuertemente unas a otras y, a continuación, se disponía una pasarela por encima. Finalmente, había también la posibilidad de construir un puente, de madera o de piedra.[61] Durante la campaña contra los dacios, Trajano utilizó la ciencia del arquitecto Apolodoro de Damasco: este último se encuentra representado en la Columna Trajana a punto de organizar la travesía del Danubio,[62] y él mismo, en un tratado,[63] nos legó sus secretos de construcción.

El campamento de marcha

Sin embargo, y cualquiera que sea la admiración que susciten esas construcciones, aún las hay mejores: todas las tardes, los soldados participantes en una expedición debían quedar al abrigo de una defensa. Esos campamentos de marcha, temporales *(castra aestiua)*, construidos y destruidos en ocasiones de manera cotidiana,[64] diferían de los campamentos permanentes *(castra hiberna, statiua)*, a los que nos referiremos en el capítulo siguiente, por encima de todo por las dimensiones y los materiales utilizados. Levantados con rapidez, y destruidos a igual velocidad, esos edificios apenas nos han legado restos

58. P. Davin, *Bull. Com. Trav. Hist.*, 1928-1929, pp. 665-682; Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 41. Véase también la Columna Trajana.
59. Columna Aureliana, n.os XIII, XXX y LXXXI.
60. Columna Trajana, n.os 4-5 y 34.
61. Columna Aureliana, n.os III, LXXVIII, LXXXIV y CVIII; Dion Casio, LXVIII, 13.
62. Columna Trajana, n.º 74.
63. Apolodoro de Damas, IX.
64. Frontino, *Strat.*, I, 5, 3.

arqueológicos: para conocerlos es preciso el recurso a las fuentes literarias,[65] así como a las representaciones de la Columna Trajana y de la Columna Aureliana.[66]

El origen de las fortificaciones romanas continúa siendo bastante misterioso. Frontino[67] dice que, en su inicio, los romanos se agrupaban en cabañas por cohortes. Es Pirro, rey de Épiro, quien habría sido el primero que inspiró la idea de un recinto protegido; uno de sus campamentos, tomado al asalto por soldados italianos, habría sido primero estudiado y, a continuación, imitado. Si ese relato no parece perfectamente exacto, al menos hay un tema que puede conservarse: la presencia de elementos griegos; pero no deben descartarse por completo las posibles influencias etruscas, es decir, modelos procedentes de la propia península:[68] quizá en ese dominio haya desempeñado un papel el arte augural y la técnica catastral de los agrimensores. Por otra parte, el rey de Macedonia, Filipo V, sintió tanta admiración por un campamento romano como para declarar que no podía calificarse de bárbaros[69] a hombres capaces de erigir un edificio parecido.

Antes de edificar un campamento, era preciso elegir cuidadosamente el emplazamiento. Un suelo en pendiente es mejor que otro:[70] favorece la evacuación de las aguas, la aireación y facilita una salida contra eventuales asaltantes.[71] A continuación, se tendrá buen cuidado de que haya agua en cantidad suficiente para sostener un asedio. Finalmente, los responsables deben asegurarse de que la posición sea defendible:[72] por ejemplo, es mejor evitar que se halle dominada por una altura desde la que el enemigo pudiera arrojar fácilmente venablos, flechas y piedras contra la guarnición.

Los soldados comienzan por aplanar el suelo.[73] Después levantan la empalizada; esta última cubre una superficie mucho menor si se trata de un campamento de marcha que si es un establecimiento permanente. Con el fin de conseguir una fortificación muy simple[74] (lám. XXVI, 19) se excava primeramente un foso *(fossa)*, frecuentemente en forma de V. La tierra sacada de él se deposita inmediatamente

65. Polibio, VI, 27-42 (época republicana); Onesandros, VIII-IX; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (76-78); Pseudo-Higinio.
66. Columna Trajana, n.os 1-3, 9-12, 29, 36, 41, 45, 48, 53, 69, 78-79, 90, 98; Columna Aureliana, n.os LXXXII y XCIV.
67. Frontino, *Strat.*, IV, 1, 14.
68. J. Le Gall, *Mél. École Fr. Rome*, LXXXVII, 1975, pp. 287-320.
69. Tito Livio, XXXI, 34, 8.
70. Pseudo-Higinio, LVI.
71. Pseudo-Higinio, LVII.
72. Pseudo-Higinio, XXVI-XXVII y LVII; Vegecio, III, 8.
73. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (77).
74. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (79 y 84); Pseudo-Higinio, XLVIII.

detrás, y después se allana de manera que forme una especie de camino de ronda elevado *(agger)*, por encima del cual se construye una empalizada de madera *(uallum)* o, con menor frecuencia, un murete de ramas e incluso de piedra,[75] que puede hallarse flanqueado por torres o bastiones, provistas de piezas de artillería, como escorpiones, catapultas y balistas.[76] Por detrás se encuentra siempre un espacio vacío *(interuallum)* donde van a parar las flechas y los venablos que conseguían salvar la muralla; esa zona permite igualmente los desplazamientos rápidos por el interior del recinto fortificado.

Es preciso fortificar cuidadosamente los cuatro accesos al campamento,[77] pues es evidente que constituyen el punto débil de la empalizada. Se conocen dos clases de puertas (lám. XXVI, 20): o los soldados levantan un pequeño obstáculo paralelo al gran recinto, situado exactamente en el eje del paso *(titulum)*,[78] de tal forma que disminuya el ímpetu de un ataque, o se realiza una prolongación de las murallas hacia el interior y el exterior, formando dos cuartos de círculo; los arquitectos denominan a esto último «una pequeña llave» *(clauicula)*.[79]

De hecho, a la vista de la relativa fragilidad de esa clase de construcciones, levantadas en unas horas, lo que evidentemente se temía era el efecto de choque producido por un asalto. El objetivo buscado era entonces el de quebrar el ímpetu a un posible asaltante. También, ante la fortaleza, los legionarios cavan pozos, en cuyo fondo colocan troncos de árboles con ramas; a esos obstáculos los denominan «cervatillos» *(ceruoli)*.[80] El Pseudo-Higinio[81] dice que un campamento cuenta con cinco protecciones: el foso, la elevación de tierra que lo acompaña, la empalizada, los «cervatillos» y las armas de los soldados que allí se encuentran.

Aunque no siga una evolución diacrónica, según los autores el plan de conjunto fue variando. Polibio[82] (lám. XXVII, 21), que escribe en la época republicana, en la segunda mitad del siglo II aC., indica que los romanos de su tiempo levantaban campamentos cuadrados, divididos en tres tercios por las vías quinta y *principalis*; al final de esta última se encontraba una plaza pública (el *forum*), la tienda del cuestor, responsable de la financiación de las operaciones (el *quaes-*

75. Columna Trajana, n.os 46, 55, etc.; Pseudo-Higinio, L.
76. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (80); Pseudo-Higinio, LVIII.
77. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (81).
78. Pseudo-Higinio, XLIX.
79. Pseudo-Higinio, LV; M. Lenoir, *Mél. École Fr. Rome*, LXXXIX, 1977, pp. 697-722.
80. Pseudo-Higinio, LI (M. Lenoir: «ciervos»); Frontino, *Strat.*, I, 5, 2.
81. Pseudo-Higinio, XLVIII.
82. Polibio, VI, 27-42.

torium), y la del general (el *praetorium*); los otros dos tercios de ese espacio estaban cortados en dos por la vía decumana. Dos siglos más tarde, Flavio Josefo[83] habla todavía de un cuadrado.

Sin embargo, el Pseudo-Higinio, que escribe de veinte a treinta años más tarde, recomienda unas proporciones diferentes: aconseja construir un rectángulo cuya relación entre los lados sea de 2/3[84] (lám. XXVII, 22). Difiere igualmente la organización del espacio. Es cierto que las vías principal y quinta dividen el conjunto en tres tercios, la pretentura *(praetentura)*, los costados del pretorio *(latera praetorii)* y la retentura *(retentura)*. Pero la parte situada al final de la vía «principal» se escinde en dos por la vía pretoriana; el pretorio (tienda del general) está en el centro del dispositivo, y el *quaestorium*[85] se halla situado en medio del último tercio, el que se encuentra aislado por la *uia quintana*.

El propio Pseudo-Higinio y Flavio Josefo nos proporcionan numerosas informaciones sobre la ocupación del terreno en el interior de la fortificación, pues no hay ningún elemento que deba dejarse al azar. Una vez aplanado el terreno, un *agrimensor* coloca en el centro un instrumento llamado *groma*[86] (lám. XXVII, 23): constituido por cuatro plomadas, permitía hacer divisiones en ángulos de 90º; de esa manera, se puede fijar también el emplazamiento de las vías y de las empalizadas (parece que también recibía el nombre de *groma* el centro del campamento). Las calles delimitan espacios rectangulares, en cuyo interior se instalan las tiendas[87] (lám. XXVII, 24); la más importante, la del general, presenta los mismos caracteres sagrados que un templo.[88] Lo más cercano es el *auguratorium*, donde tenía lugar la lectura de los auspicios[89] (con el fin de obtener los avisos de los dioses, el general observaba el vuelo de los pájaros). En las proximidades se hallaba instalada igualmente una tribuna, desde la que el comandante en jefe impartía justicia y pronunciaba discursos.[90]

Disponía asimismo de otros alojamientos para oficiales y soldados. Además, era necesario prever un espacio para las instalaciones de uso colectivo: un taller[91] aseguraba la reparación de las armas en mal estado; había un hospital para tratar a los hombres y también una en-

83. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (76-78); 9, 7 (447); 10, 1 (462).
84. Pseudo-Higinio, XXI.
85. Pseudo-Higinio, XVIII.
86. Pseudo-Higinio, XII.
87. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (79).
88. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (82); 9, 2 (447); 10, 1 (462).
89. Pseudo-Higinio, XI.
90. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (83); Pseudo-Higinio, XI.
91. Flavio Josefo, *pas. cit.* n. anterior; Pseudo-Higinio, IV y XXXV.

fermería para los animales.[92] Y evidentemente, al tratarse de arquitectura romana, es necesario insistir en la existencia del lugar público indispensable, el *forum*.[93]

Cuando se describe ese campamento, con las diversas obras que aseguran su defensa, con la organización extremadamente compleja de sus elementos internos, y cuando se piensa que, si ello era necesario, todo ese conjunto podía construirse cada tarde en un lugar diferente y destruirlo cada mañana, debemos concluir en consecuencia que cada oficial debía saber perfectamente su cometido, y cada soldado tenía que conocer muy bien su tarea para no perder tiempo. Esas exigencias implican un reclutamiento de calidad y un adiestramiento extremo.

El papel de la flota

Para los desplazamientos, el ejército romano utiliza los servicios de la flota,[94] evidentemente si las condiciones lo permitían. Se ha escrito a menudo que la marina romana no servía para nada, puesto que Roma controlaba todo el perímetro de la cuenca mediterránea, lo que impedía el nacimiento de una potencia marítima que le hiciera la competencia y hacía imposible la aparición de una piratería, al estar privada de bases terrestres. De hecho, encontramos aquí una razón fundamental de ser (la principal, sin duda) de esos navíos de guerra: deben asegurar la logística de las operaciones.

Servían, en efecto, para el transporte de víveres[95] y de hombres; la flota de Ravenna pudo participar así en la gran expedición contra los partos del 214-217;[96] la de Miseno trasladará a Oriente el dinero y los bagajes reunidos con motivo de la guerra contra los persas,[97] y podríamos citar muchos otros ejemplos. Finalmente, los responsables romanos no ignoraban el efecto sorpresa que producía un desembarco y, a veces, recurrían a él.

Por tanto, un general romano debe tomar toda una serie de precauciones cuando decide poner en marcha a su ejército. Esas medidas de seguridad tratan de evitar el caer en una emboscada o el ser atacados por sorpresa cuando sus tropas se hallan descansando. Es

92. Pseudo-Higinio, IV y XXXV.
93. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 1 (83).
94. M. Reddé, *Mare nostrum*, 1986.
95. Columna Trajana, n.os 3, 23-25, 34 y 59.
96. Ch. G. Starr, *The Roman Imperial Navy*, 1941, pp. 191-192.
97. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 1.322 = 14.854; B. Dobson, *Die Primipilares*, 1978, pp. 301, n.º 205.

evidente que esas prácticas exigen de los hombres competencia y adiestramiento.

El ejército en combate

Los autores antiguos nos han legado numerosas descripciones de batallas; en esos escritos contemplaban la posibilidad de exaltar virtudes como el valor o censurar vicios como la pereza. Es evidente que el objetivo del historiador del siglo XXI difiere de éste: es necesario extraer algunas constantes que definen el arte de la guerra, una técnica que, como veremos, no carece de implicaciones sociales. La táctica romana varía dependiendo de su utilización en uno de los tres casos posibles: el asedio, el combate en campo abierto o en la mar.

La batalla en la mar

Arriano evoca una táctica específica del combate naval,[98] pero omite su explicación. La ausencia de cualquier otra potencia marítima en el Mediterráneo y la dificultad de que eventuales piratas encontrasen bases terrestres convertían en hipotética la posibilidad de que Roma se viese obligada a mantener un encuentro cualquiera en alta mar. Sin embargo, es propio de los buenos generales prever incluso lo imprevisible, y las flotas de Miseno y Ravenna se hallaban prestas a responder ante cualquier eventualidad. En los navíos se embarcaba artillería, catapultas y balistas: el lanzamiento de piedras y de flechas debía dañar los aparejos del adversario, matar o herir a algunos de sus hombres y debilitar su moral antes del choque. Para el abordaje, los marinos disponían de arpones y de ganchos que les permitían fijar los dos navíos borda contra borda. Los soldados embarcados pasaban entonces al terreno del adversario, y el combate se transformaba entonces en una serie de duelos como en tierra.

El asedio

Los textos hablan a menudo de asedios. La Antigüedad vivía en un régimen urbano, entendiendo por ello el terreno y la ciudad de que dependía: apoderarse del centro neurálgico del enemigo parecía siempre la mejor solución para arreglar un conflicto. De ahí que los

98. M. Reddé, *op. cit.*; E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery*, 1969, pp. 164 ss.

autores antiguos[99] hayan reflexionado siempre sobre la poliorcética, una ciencia que, como su nombre indica, debe mucho a los griegos. Los relatos históricos[100] se hallan, por tanto, llenos de esa clase de descripciones, y la Columna Trajana nos muestra la actuación de los romanos para ocupar Sarmizegethusa,[101] la capital de los dacios. En ese dominio se revela además la técnica del ejército romano. Ningún barullo, sino un lugar para cada hombre; además se utilizaba toda una amplia variedad de máquinas para llegar hasta los muros más resistentes, y los soldados debían efectuar importantes tareas de ingeniería.

Los sitiados

El dispositivo romano se organizaba en función de los medios de que disponían los asediados. Pero los legionarios también podían caer en una trampa, y la Columna Trajana[102] nos permite ver cómo los dacios se ven rechazados de una fortificación que querían tomar; la poliorcética debe, por tanto, dedicarse igualmente al arte de defenderse, cuando uno se halla rodeado de bárbaros. La muralla de la localidad atacada representa casi con toda seguridad el obstáculo principal. Desde esa altura, protegidos por las almenas *(propugnacula)*,[103] los defensores de la ciudad arrojaban venablos, flechas y piedras sobre los asaltantes,[104] incluso antes de que se hubiesen acercado a los pies del muro. Ahí, a los asaltantes les esperaba una nueva prueba, la de correr el riesgo de recibir una lluvia de agua hirviendo o de aceite ardiente.[105]

El segundo problema que se le presentaba al estado mayor romano era el de los hombres: suponían un peligro no sólo cuando se protegían detrás de la fortificación, sino también cuando efectuaban una salida en masa y provocaban de esa forma una serie de combates singulares.[106] Por tanto, era necesario rodear a los asediados; esa táctica permitía además agravar el sufrimiento provocado por la escasez de víveres y de agua:[107] por lo que se atacaba a los soldados enviados a forrajear. Es cierto que, en ocasiones, parecía más hábil animar a los sitiados a la deserción. Es eso lo que hizo Tito en el sitio de Jerusalén, olvidándose

99. Onesandros, XLII; Vitrubio, X, 13 ss.; Apolodoro de Damas.
100. Por ejemplo, Flavio Josefo y Tácito (véase más adelante).
101. Columna Trajana, n.ºs 86-87.
102. Columna Trajana, n.ºs 46 y 101-102.
103. R. Rebuffat, *Latomus*, XLIII, I, 1984, pp. 3-26.
104. Tácito, *H.*, II, 22; Columna Trajana, n.ºs 46, 87-88 y 101-102.
105. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 28 (271-175), describe en detalle los efectos del aceite hirviendo; Apolodoro de Damas, VIII, 2 (agua).
106. Columna Trajana, n.ºs 46 y 101-102.
107. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 13 (186); V, 10, 3; Frontino, *Strat.*, III, 4 y 7.

de la avidez de algunos de los auxiliares:[108] «Uno de los desertores (judíos), que se encontraba entre los sirios, fue sorprendido cuando trataba de recuperar algunas piezas de oro de entre sus excrementos. Se tragaban esas piezas antes de partir porque eran todos registrados por los rebeldes y porque el oro era muy abundante en la ciudad, hasta el punto de que, por doce dracmas áticas, se podía conseguir una pieza que valía anteriormente veinticinco. Pero al descubrirse en uno de ellos ese procedimiento, se extendió por todo el campamento la noticia de que los desertores llegaban cargados de oro, y la chusma árabe, junto con los sirios, les abría el vientre y miraba en los intestinos. En mi opinión, los judíos no padecieron nada más cruel que esa calamidad: en una sola noche, les abrieron el vientre a unos dos mil.»

Por encima de todo, era necesario impedir cualquier clase de comunicación con posibles aliados: ningún mensajero debía atravesar las líneas romanas, pues se tenían muy en cuenta los efectos psicológicos de la incertidumbre en que vivían los asediados, añadida al hambre y a la sed. El bloqueo evitaba así también la petición de refuerzos.

Los sitiadores

Para acabar con esas dos dificultades que constituyen el muro y los hombres, los poliorcetas imperiales disponían de tres medios de actuación: soldados bien adiestrados, obras de ingeniería y máquinas. Por norma, la conducción de un asedio competía al tercer oficial de la legión, el prefecto.[109] El campamento de asedio representaba el elemento principal de los medios de sitio puestos en funcionamiento. Construido con gran rapidez y previsto para una duración limitada, se parecía mucho más a aquellos que se levantaban al atardecer al final de una etapa de marcha que a las fortificaciones permanentes; para levantar la empalizada se utilizaba por lo general madera y, con menor frecuencia, ramas o piedras.

Pero es necesario señalar dos particularidades. Por una parte, el lugar atacado se hallaba rodeado por varios puestos;[110] el principal abrigaba el cuartel general, y una serie de puntos de apoyo anexos completaban el dispositivo. Se puede observar ya esa clase de organización en el sitio de Alesia a finales de la época republicana.[111] En el asedio de Jerusalén,[112] Tito se instaló en un campamento enorme; después

108. Flavio Josefo, *G. I.*, V, 13, 4 (550-556)
109. Tácito, *H.*, III, 84, 2.
110. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 4 (146).
111. J. Harmand, *Une campagne césarienne. Alésia*, 1967; *Alésia* (M. Reddé, ed.), 2001, 3 vols.
112. Flavio Josefo, *G. I.*, V, 2, 3 (72); 3, 5 (133-134); 7, 2 (303); 12, 1 (499).

se desplazó varias veces a medida que sus hombres iban obteniendo éxitos parciales; en todo este proceso se fueron añadiendo trece fortines, erigidos y abandonados también en función de las necesidades del momento. En el año 72, Flavius Silva instaló alrededor de Masada los destacamentos de la X Legión Fretensis y sus auxiliares. Esa empresa presenta un gran interés para el historiador, que, por una vez, dispone de una descripción hecha por un escritor, Flavio Josefo,[113] y de los resultados de las excavaciones[114] (lám. XXVIII, 25); alrededor de ese lugar se han localizado ocho recintos, seis pequeños y dos grandes; uno de ellos se ha ampliado durante el asedio al añadírsele una segunda defensa. Todas las puertas pertenecen al tipo conocido como de «pequeñas llaves» *(clauiculae)*. Los romanos no actuaron de manera diferente en los sitios de Plasencia[115] y de Cremona,[116] en el curso de la Guerra Civil del 68-69, ni en el de Sarmizegethusa (véase n. 101), durante las campañas de Trajano contra los dacios (la conquista de esa provincia tuvo lugar entre el 101 y el 107).

Por otro lado, los planos de los campamentos variaban en función de la topografía; en terreno llano, habitualmente eran rectángulos o cuadrados; no obstante, cualquier forma era posible. En los años que preceden al advenimiento del Imperio, César había organizado de ese modo el sitio de Alesia (véase n. 111). En Masada (véanse ns. 113-114 y lám. XXVIII, 25), al principio del reinado de Vespasiano, encontramos uno cuadrado (E), uno romboidal (H) y formas indefinidas (F2 y, sobre todo, G). Pero los textos y la arqueología muestran la existencia de obras complementarias considerables. A propósito de Cremona (véase n. 116), Tácito emplea tres términos: *castra* (campamento), *uallum* (defensa) y *munimenta* (fortificaciones en general). Estas otras obras tienen un triple objetivo.

En primer lugar, es preciso aislar totalmente a los asediados. Con ese fin, se les rodea de una defensa que puede estar constituida por una simple elevación de tierra, un *agger*.[117] Muy a menudo, esa defensa se ve acompañada por un foso y provista de una empalizada, reforzada esta última también por un encañizado,[118] que reproduce así la «fortificación elemental» ya descrita. En Jerusalén, Tito hizo construir un muro de 7,85 km, que partía, como siempre, del cuartel general.[119] Las

113. Flavio Josefo, *G. I.*, VII, 8.

114. *Masada, The Y. Yadin Excavations*, 1989-1994, 4 vols. publicados, Jerusalén; M. Hadas-Lebel, *Massada*, 1995, París.

115. Tácito, *H.*, II, 19 ss.

116. Tácito, *H.*, III, 26, 2.

117. Tácito, *H.*, III, 84, 2.

118. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 8-9.

119. Flavio Josefo, *G. I.*, V, 12, 1 (499).

excavaciones de Masada, confirmando el relato de Flavio Josefo,[120] permiten seguir una obra análoga de 3,65 km. Y si los romanos temían la llegada de un ejército de socorro, como le sucedió a César en Alesia, una segunda defensa, aún más larga que la primera, les protegía del exterior.

Esos esfuerzos muestran la preocupación del estado mayor por proteger a los hombres, por limitar las pérdidas. Ahí encontramos un segundo objetivo buscado por los mandos. Con ese fin, los romanos disponen en principio de defensas fijas, encañizados y cubiertas de madera tras las que se protegen los soldados.[121] También se utilizan protecciones móviles, que permiten la aproximación a los muros de la ciudad enemiga y que se conocen con el doble nombre de «tortuga» *(testudo)* y «ratoncillo» *(musculus)*: eran galerías,[122] en la mayoría de los casos montadas sobre ruedas, y cuyo techo había sido reforzado considerablemente mediante uniones con placas de metal y pedazos de cuero.

Pero el tercero y principal objetivo de un general romano era la ocupación de la ciudad. Si esta última se negaba a rendirse, entonces era necesario tomarla por asalto. Sin embargo, antes de que llegase ese momento debían resolverse varios problemas. En efecto, una ciudad fortificada cuenta normalmente con un foso, que no es cuestión de rellenarlo pues acostumbra a faltar el tiempo necesario para ello. Se construye entonces una terraza de aproximación, una estrecha lengua de tierra y piedras, que se va haciendo avanzar con la máxima elevación posible. En el sitio de Jerusalén,[123] Tito hizo construir al menos cinco; en Masada,[124] no hubo más que una, de la que la arqueología ha encontrado los vestigios (lám. XXVIII, 25). En ciertos casos, cuando la terraza es particularmente estrecha, se habla de «puente de aproximación».[125]

Seguramente es el propio muro el que constituye el principal problema. Se puede intentar destruirlo, al menos en un punto. Para abrir una brecha existen varios medios: atacar el muro por medio de obreros protegidos bajo tortugas, con picos o con un ariete; incendiarlo, rellenando de astillas y de broza agujeros abiertos previamente en el paramento;[126] o destruirlo socavándolo con la ayuda de una mina.[127]

120. Flavio Josefo, *G. I.*, VII, 8, 2 (276-277).
121. Columna Trajana, n.° 90 (ante Sarmizegethusa).
122. César, *B. G.*, VII, 84, 1 y *G. C.*, II, 10; Apolodoro de Damas, I.
123. Flavio Josefo, *G. I.*, V, 3, 2 (107); 9, 2 (358); 11, 4 (467); VI, 2, 7 (149); 8, 1 (374).
124. Flavio Josefo, *G. I.*, VII, 8, 5 (304).
125. Flavio Josefo, *G. I.*, VII, 9, 2 (402).
126. Apolodoro de Damas, II, 5 y IV, 1-2.
127. Vitrubio, X, 16; Frontino, *Strat.*, III, 8, 1; Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 4, 1 (222); Apolodoro de Damas, II.

La excavación de un túnel permite también evitar el obstáculo y penetrar en la ciudad; los enemigos de Roma utilizaron en ocasiones ese procedimiento: a varios metros bajo el nivel del suelo, en Dura-Europos[128] se ha encontrado el cadáver de un soldado muerto por los persas a mediados del siglo III de nuestra era. Es igualmente posible dominar el obstáculo, construyendo torres,[129] protegidas a veces de hierro y levantadas sobre ruedas; sirven de observatorio y de puestos de tiro; van provistas de arietes y de escalas o puentes voladizos que se utilizan en el asalto final.

En fin, debemos mencionar una clase de construcción a la que apenas se hace referencia y que aún es más extraño que se estudie: el «brazo» *(bracchium)*.[130] Tito Livio es quien nos explica claramente de qué se trata. En el 438 aC., Ardea es asediada por los volscos; un ejército romano de socorro los rodea a su vez y construye dos *bracchia* para conectar con la ciudad;[131] pero todavía hay algo mejor, pues sabemos de una construcción a la que se aplica ese nombre: el mismo autor califica igualmente de *bracchia*[132] los tres «largos muros», construidos después de las Guerras Médicas, y que unían Atenas con El Pireo; también Frontino[133] confirma esa interpretación. Llamaremos, por tanto, *bracchium* a una «defensa lineal» (muro), comparándola con una «defensa puntual» (ciudad o campamento). Un doble «brazo» permite garantizar la seguridad de una vía de comunicación, un simple *bracchium* constituye un obstáculo a un cerco eficaz, por ejemplo si une un campamento a un río. En cualquier caso, podemos preguntarnos si no es esa clase de construcción la que se ve representada en un sector de la Columna Trajana.[134]

Añadamos finalmente que los soldados romanos disponían de una gran variedad de tortugas[135] para protegerse durante las obras o en el momento del asalto, y para evitar la destrucción de sus máquinas (arietes, etc.). Esa sorprendente diversidad de construcciones confirma lo que ya ha sido constatado a propósito del ejército romano: posee un elevado nivel técnico. Los estrategas de la Antigüedad advertían la

128. *Excavations at Dura-Europos, Preliminary Reports* y *Final Reports*, I, 1929 ss.

129. Vitrubio, X, 15; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 30 (284); V, 7, 1 (291); VII, 8, 5 (309); Apolodoro de Damas, VI-VII.

130. R. G. Collingwood y R. P. Wright, *The Roman Inscript. of Britain*, I, 1965, n.° 722 (a menos que no necesiten revisarlo, apoyándose en el *Corpus inscr lat.*, IX, n.° 3.018: [*aquam*]); R. Saxer, *Die Vexillationem, Epigr. Stud.*, I, 1967, p. 73, n.° 188. Véase igualmente n. s.

131. Tito Livio, IV, 9, 14. Numerosas referencias, sobre todo al corpus cesariano, en *Thesaurus linguae latinae*, II, 1900, col. 2.160.

132. Tito Livio, XXXI, 26, 8; véase igualmente XXII, 52, 1 (Aníbal, 216 aC.).

133. Frontino, *Strat.*, III, 17, 5.

134. Columna Trajana, n.° 72.

135. Vitrubio, X, 13 ss.; Apolodoro de Damas, I.

importancia de esos medios. Frontino[136] lo expresa con toda claridad al citar a un gran general de mediados del siglo I de nuestra era: «Según Domitius Corbulón, es preciso vencer al enemigo con la azada, es decir, con las obras.»

El asalto (lám. XXIX, 26)

Si todas esas operaciones no causaban entre los sitiados un espanto suficiente para provocar su rendición, sólo quedaba un recurso: el combate. No parece que los romanos practicasen regularmente el ataque generalizado por todos los lados a la vez, pues preferían elegir el punto más débil de la defensa,[137] aquel frente en el que se había iniciado la terraza de asalto.

A continuación tenía lugar la intervención de la artillería[138] con un triple objetivo: causar daños suplementarios en la defensa, provocar pérdidas humanas entre el enemigo y debilitar su moral. Contaban con máquinas *(tormenta)*[139] que lanzaban proyectiles[140] (venablos y flechas, algunas de éstas incendiarias)[141] o piedras, incluso vigas (lám. XXIX, 27). Además, esos ingenios se utilizaban en la mar, en el combate naval, y en tierra, en las batallas campales. En caso de asedio, generalmente ambos bandos contaban con ellas: los defensores de la ciudad las situaban en las murallas y en las torres; los asaltantes utilizaban esas piezas montándolas sobre ruedas y, cuando atacaban un puerto, usaban las que iban embarcadas en los navíos de guerra. Esa artillería móvil, esencialmente copiada de Grecia, se basaba en un principio de la física: en una madeja de fibras previamente retorcidas se insertaba una palanca que aumentaba aún más la torsión; cuando se soltaba el brazo se liberaba entonces una energía considerable. En 1902, el emperador Guillermo II había hecho reconstruir máquinas romanas: a 50 m, una flecha alcanzaba el centro del blanco ¡y una segunda partía en dos la primera! A 340 m, un proyectil de 60 cm de largo había atravesado una plancha de 2 cm de grosor.

No obstante, la artillería romana plantea un problema delicado: no es fácil darle nombre a cada pieza, si se tiene en cuenta además que las investigaciones no parecen haber sido exhaustivas en ese tema (véase

136. Frontino, *Strat.*, IV, 7, 2.0
137. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 5 (151).
138. E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery*, 1969.
139. Tácito, *H.*, III, 23, 4; 84, 2 (véase 33, 4).
140. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 5 (151), y 9 (167-168); *Talmud de Jerusalén, Horaioth*, III, 2.
141. Tácito, *H.*, III, 84, 2.

n. 138). Actualmente, los historiadores parecen haberse puesto de acuerdo en algunas definiciones. En el siglo I, cada centuria contaba con una catapulta, nombre que se le daba a un instrumento que arrojaba flechas, y una balista que lanzaba piedras; en el siglo II, la palabra balista servía a la vez para designar una máquina que utiliza proyectiles y balas, y, en el siglo IV, se ha invertido la significación inicial de esos términos. Además, se denomina escorpión a una pequeña catapulta, onagro a un pequeño escorpión,[142] y carrobalista a un ingenio montado sobre ruedas. Finalmente, según Vegecio, una legión utiliza diez onagros (uno por cohorte) y cincuenta y cinco carrobalistas (una por centuria). Dejemos a un lado el asunto de la legión de cincuenta y cinco centurias. No obstante, es necesario señalar que, en las inscripciones, todos los artilleros aparecen designados con el término de *ballistarii*; además, César[143] habla de catapultas que arrojan piedras y de balistas que envían vigas sobre el enemigo. Quizá sería necesario buscar en otra parte: la diferencia podría residir en el hecho de que ciertas piezas las utilizan para conseguir un tiro tenso (catapultas) y otras un tiro curvo (balistas), a menos que este último término haya adquirido una acepción genérica. Añadamos finalmente que, si la mayor parte de las máquinas utilizan la torsión, otras funcionan con resortes metálicos.

Se conocen otros artefactos que forman parte igualmente de la serie de *tormenta*. En principio, es la infantería legionaria[144] la encargada de accionarlos. Se baten las defensas con helepoles[145] o arietes; éstos sirven también para intentar abatir la puerta.[146] Flavio Josefo describe uno de esos monstruos utilizado en el sitio de Jotapata (véase n. anterior): «Es una viga inmensa, parecida a un mástil de navío, armada en su extremo con un grueso revestimiento de hierro en forma de cabeza de carnero: de ahí su nombre. Está suspendido en el centro por unos cables, como un astil de balanza, y por otra viga apoyada en cada una de sus extremidades con postes clavados en tierra. Empujado hacia atrás por una gran cantidad de servidores y, a continuación, de nuevo hacia delante por los mismos hombres con todo su peso y uniendo todas sus fuerzas, el ariete golpeaba la muralla con su cabeza de hierro; y no existe torre tan sólida o muro tan grueso que, aunque haya podido soportar el primer choque, sea capaz de resistir golpes sucesivos.»

142. G.-Ch. Picard, *Dimmidi*, 1947, p. 95; balas de 300 a 400 gramos en el siglo IV.
143. César, *G. C.*, II, 2 y 9, 4.
144. Tácito, *H.*, II, 22, 3 (sitio de Plasencia).
145. Vitrubio, X, 16; Flavio Josefo, *G. I.*, V, 11, 5 (473); Vi, 1, 3 (26).
146. Vitrubio, X, 13; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 19 (214-217): Jotapata; VII, 8, 5 (310): Masada; Apolodoro de Damas, V.

Al mismo tiempo, el general romano dispone sus tropas frente al punto considerado como más débil. El mismo Flavio Josefo[147] muestra cómo Vespasiano procedió en el asedio de Jotapata: «Queriendo limpiar las brechas de sus defensores, hizo desmontar a los más bravos de su caballería y los repartió en tres columnas de asalto frente a las zonas derruidas de las defensas: llevaban todo el cuerpo protegido con corazas y sostenían sus lanzas con la punta hacia delante, prestos a penetrar los primeros en la ciudad cuando hubieran sido colocadas las escalas de asalto. Tras ellos, Vespasiano situó a la elite de la infantería. Desplegó el resto de la caballería frente a la defensa en toda aquella parte que daba a la montaña, para que ninguno de los sitiados pudiera escapar sin ser visto. Por detrás de ese cordón de caballería, desplegó a los arqueros con la orden de hallarse preparados para arrojar sus flechas, así como a los honderos y las máquinas de tiro.»

En ese momento ya podía comenzar el ataque. Para protegerse, los legionarios «hacen la tortuga» con ayuda de sus escudos.[148] Arqueros y honderos lanzan una última lluvia de flechas y proyectiles, y la infantería añade sus venablos. Se colocan contra los muros las escalas de asalto[149] o se disponen desde lo alto de las torres móviles. Se alcanza la parte más elevada de la muralla, y se asiste entonces a toda una serie de combates cuerpo a cuerpo. Si los romanos consiguen mantener esa posición, puede decirse que la batalla está ganada.

Se inicia entonces el saqueo de la ciudad, que va acompañado de horrores peores a los sufridos en el asedio. La tradición quiere que el botín vaya a los oficiales, cuando los vencidos se han rendido sin oponer resistencia, y a los soldados cuando fue necesario el asalto. El sitio de Jotapata[150] finaliza con verdaderas matanzas. La toma de Cremona,[151] quizá porque tuvo lugar en el curso de una guerra civil, provocó aún mayores crueldades: «Cuarenta mil hombres de armas se precipitaron en ella, sin contar un gran número de sirvientes del ejército y de vivanderos, una calaña curtida en toda clase de prácticas lúbricas y crueles. Ni el rango ni la edad significaban protección alguna; se mezclaba la violación con la matanza, la matanza con la violación. Ancianos de edad provecta, mujeres cuya vida estaba casi finalizada, despreciados como botín, eran arrastrados para que sirvieran de juguete. Cuando se encontraban con una virgen núbil o con un hombre

147. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 24 (254-256).

148. Tácito, *H.*, III, 31, 1 y 84, 2; Arriano, *T.*, XI; Columna Trajana, n.º 50; Columna Aureliana, n.º LIV.

149. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 21 (252); Apolodoro de Damas, VIII, 2; Columna Trajana, n.º 86.

150. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 7, 34 (329-331) y 36.

151. Tácito, *H.*, III, 33.

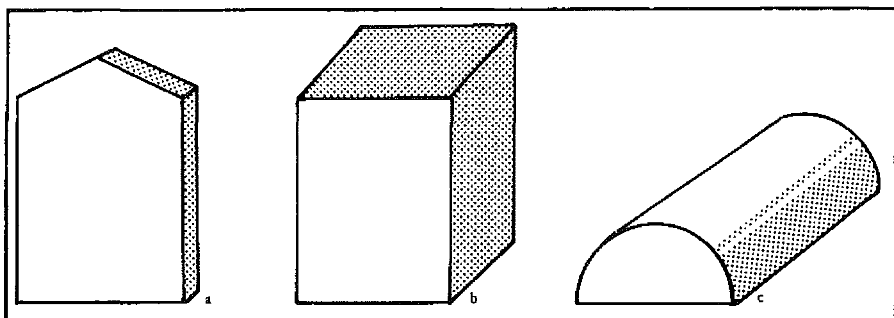


LÁMINA 1. Monumentos funerarios. *a. Estela; b. Altar; c. Cúpula. Se conocen tres grandes clases de monumentos funerarios. Cada sepultura va normalmente acompañada de una inscripción; la piedra puede hallarse adornada además por uno o varios relieves, por acróteras o por otras decoraciones. Pueden establecerse diferencias cronológicas: la estela es más antigua, la cúpula más tardía y el altar ocupa una posición intermedia.*





LÁMINA 2. Relieves funerarios. *a. Busto del difunto (dibujo inédito conservado en la Biblioteca de la Sorbona); b. Caballero cargando (Museo de Tipasa).*

c

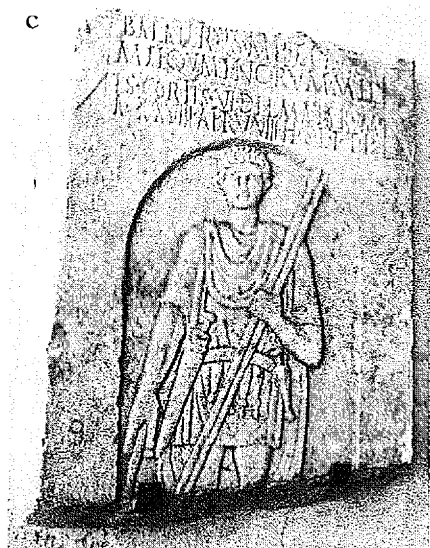


LÁMINA 2bis. Monumentos funerarios. *c. Difunto de pie frente al espectador (Museo de Cherchel).*

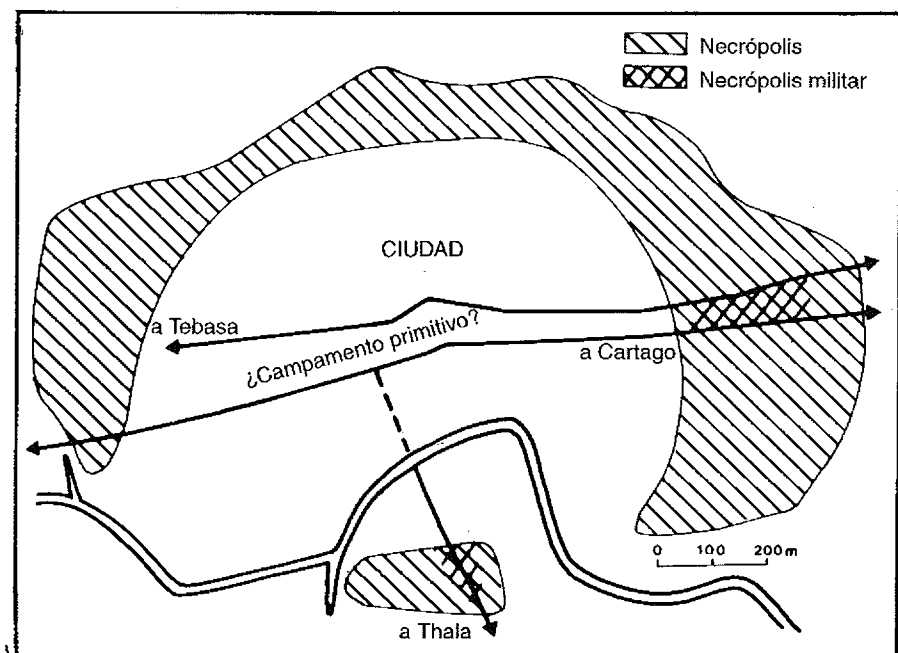


LÁMINA 3. Haïdra y sus necrópolis militares. *Las necrópolis dibujan una corona alrededor de la ciudad; las sepulturas de los soldados están dispuestas a lo largo de las rutas que parten del campamento. Según F. Baratte y N. Duval,* Les ruines de Ammaedara-Haïdra, *1974.*

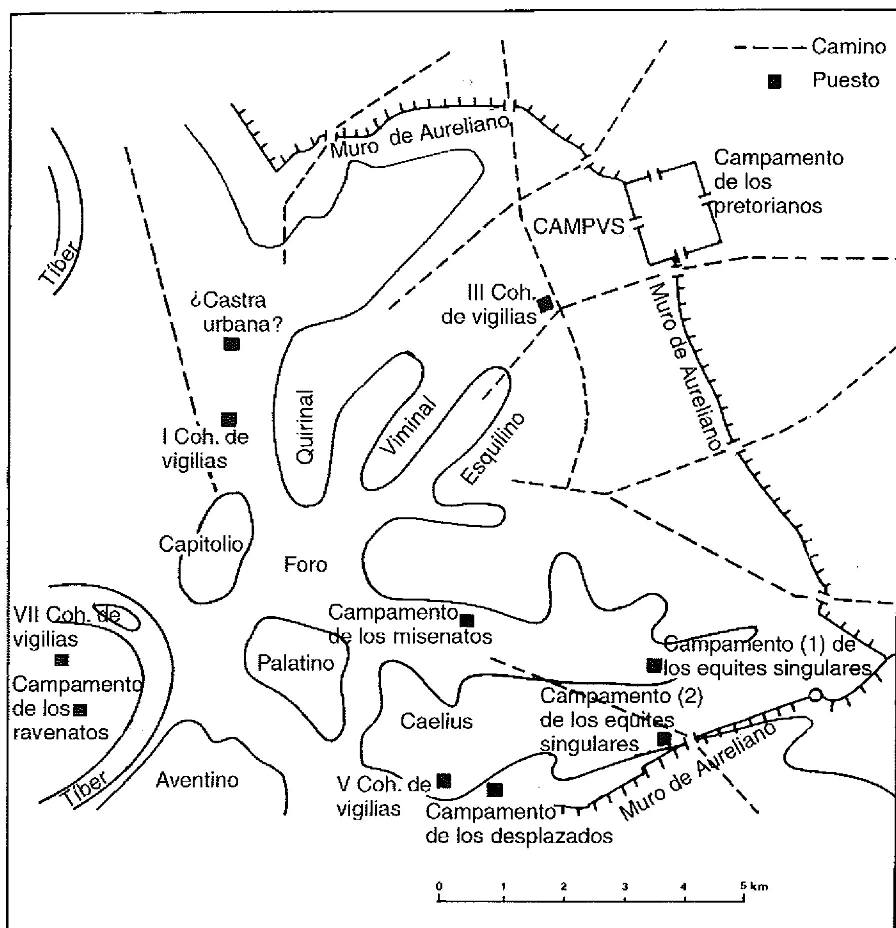


LÁMINA 4. La guarnición de Roma. *La ciudad estaba vigilada y protegida a la vez por los castra praetoria; con el tiempo, se fueron instalando puestos menores con el fin de dividir en zonas el espacio urbano. Según M. Durry,* Les cohortes prétoriennes, *1968.*

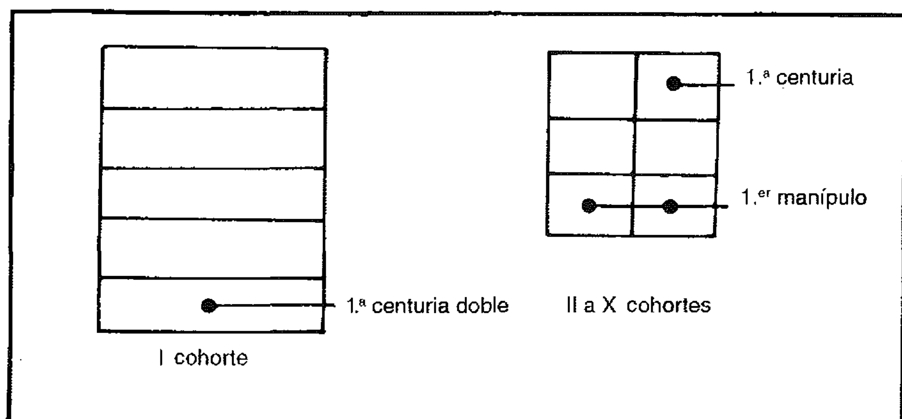


LÁMINA 5. La organización de una legión. *Desde el punto de vista administrativo, una legión se hallaba dividida en diez cohortes; cada cohorte comprendía tres manípulos, es decir, seis centurias, con excepción de la primera, que tenía cinco centurias, pero con el doble de efectivos.*



LÁMINA 6. Caballero auxiliar cargando. *Este jinete de una cohorte auxiliar mata a un enemigo caído en el suelo golpeándole con una lanza que mide cerca de dos metros; lleva una espada corta en el costado derecho y protege el pecho con una cota de malla (Museo de Argel).*



LÁMINA 7. Portador del águila (aquilifer). *Las esculturas de este panel, procedente del Muro de Antonino, en Britania, representan un arco. Bajo la arcada principal, una mujer, personificación quizá de la provincia de Britania, se halla frente a un soldado que porta el águila de su legión, la XX Valeria Victrix. Va vestida con una túnica y un manto corto, llevando un puñal en la cintura. A los lados se encuentran dos bárbaros vencidos, y debajo un jabalí, emblema de la unidad (Hutcheson Hill, Escocia). Según A. S. Robertson y M. E. Scott,* The Roman Collections in the Hunterian Museum.



LÁMINA 8. Portador de signum (signifer). *Este relieve funerario de Mayence, donde se encontraba en la época flavia la XIV Legión Gemina, muestra a un soldado llevando coraza, espada y puñal. A su derecha, un signum: se han fijado seis discos sobre un asta, con un realce en el centro, así como una punta de lanza arriba y una cabeza de carnero abajo (Mayence). Según A. von Domaszewski,* Aufsätze zur römischen Heeresgeschichte, *1972.*



LÁMINA 9. Estandartes de caballería (uexilla). *Este detalle se encuentra en la base de la Columna de Antonino Pío, en Roma (160-161). Muestra la cabalgata que acompaña los funerales del emperador (Museo del Vaticano). Col. De Antonis, Roma.*

LÁMINA 10. Música y vida religiosa. *a. La música acompaña la purificación del campamento, como puede observarse aquí, en la Columna Trajana. Col. del Instituto Arqueológico Alemán. b. Dos cornícines. El primero de esos dos músicos está representado en la Columna Trajana; el segundo se ha conocido gracias a un relieve funerario: ha servido en el pretorio. Según A. von Domaszewski,* Aufsätze zur römischen Heeresgeschichte, *1972.*

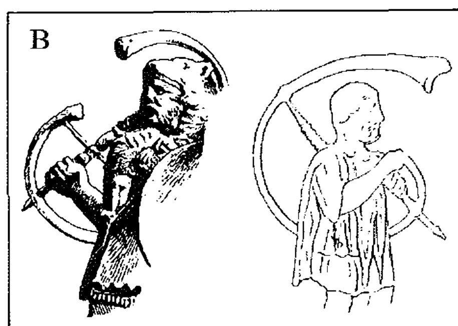
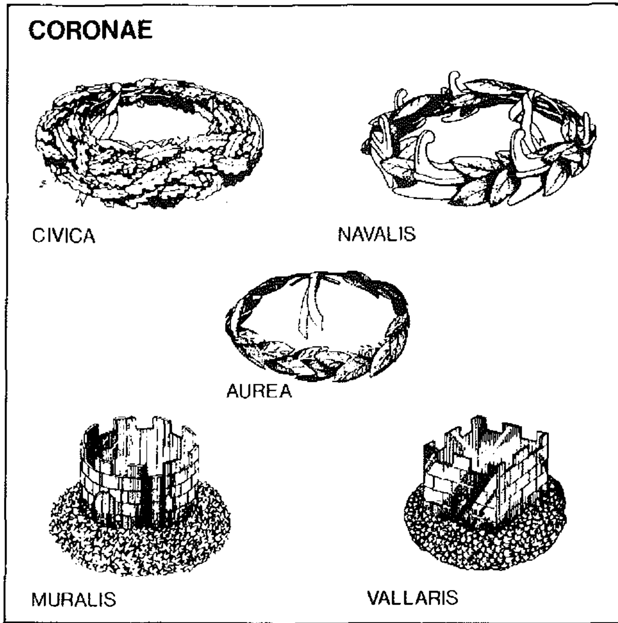


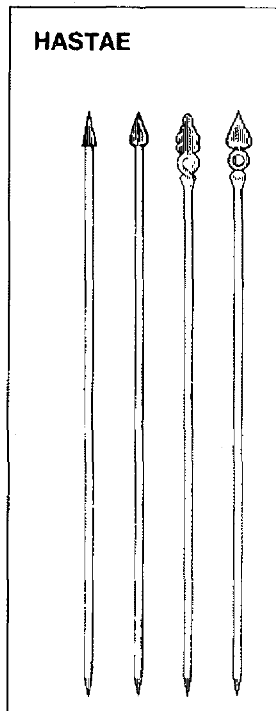


LÁMINA 11. Ceremonia de la adlocutio. *En esta moneda se ve al emperador, subido en un estrado, dirigiéndose a los soldados. Col. B.N.*

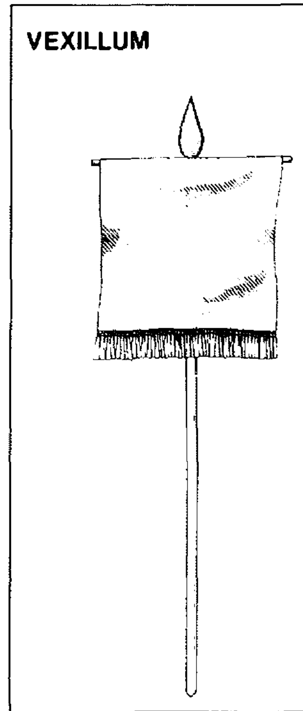
A

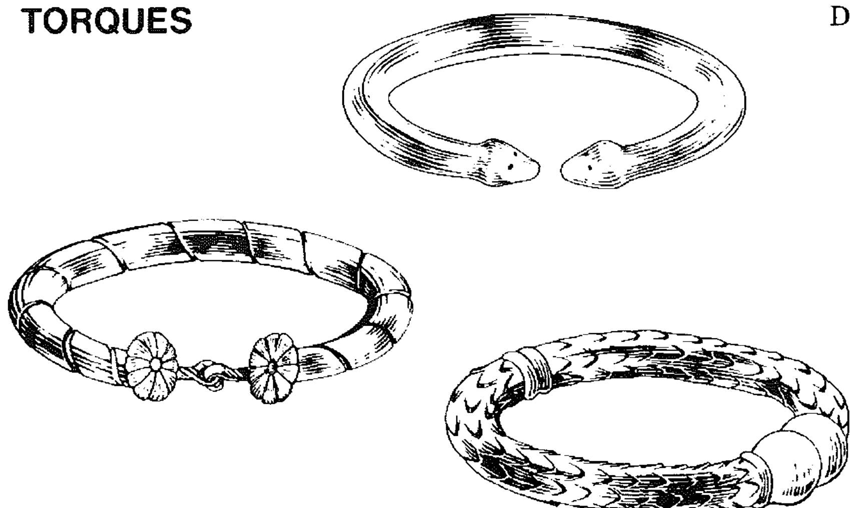

CORONAE
CIVICA
NAVALIS
AUREA
MURALIS
VALLARIS

B


HASTAE

C


VEXILLUM



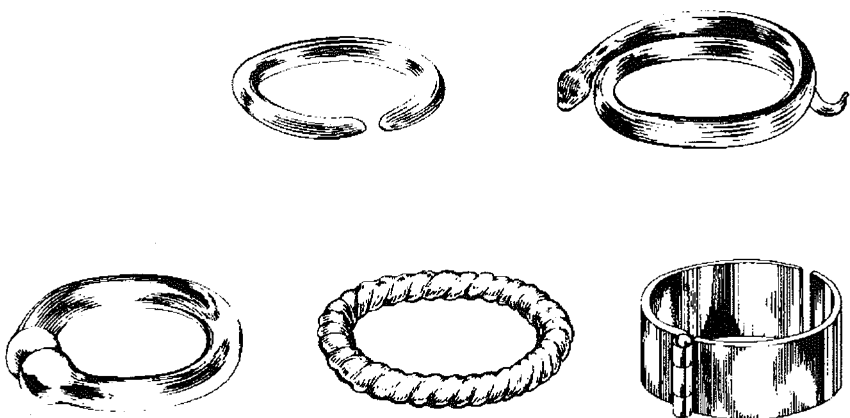


LÁMINA 12. Decoraciones. *a. Coronas; b. Lanzas «puras»; c. Estandarte; d. Collares; e. Brazaletes. Soldados y oficiales recibían recompensas: los primeros por sus hazañas y los segundos por la simple participación en una campaña. Estas condecoraciones, que podían ir acumulándose, forman parte de diferentes categorías. Según V. A. Maxfield,* The Military Decorations of the Roman Army, *1981.*

N

Monumento de Adriano

0 10 20 30 40 50 m

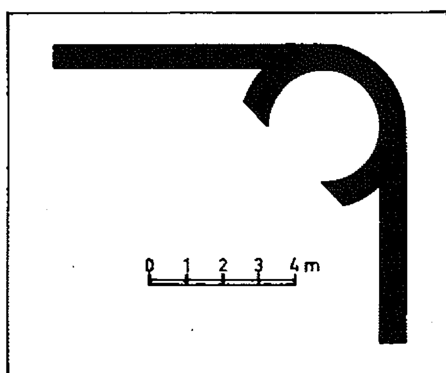
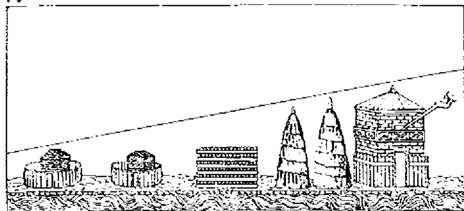
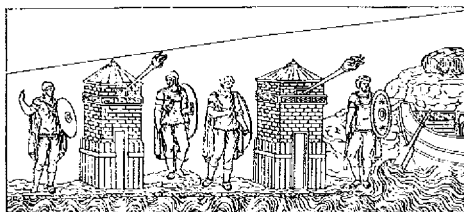
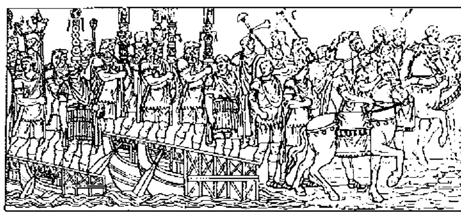
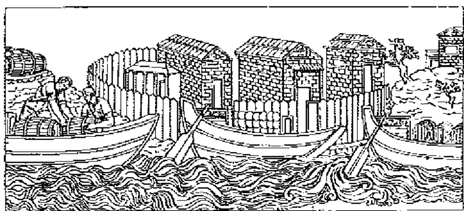


LÁMINA 13. El campus de Lambese. *Este campo de ejercicios comprende un espacio con el suelo de tierra batida, limitado por muros delgados que sólo tienen dos puertas. En el centro se encontraba una tribuna. Según* Cahiers du groupe de recherche sur l'armée romaine et les provinces, I, *1977*.



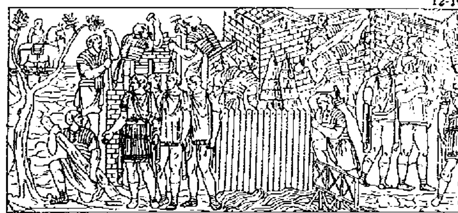





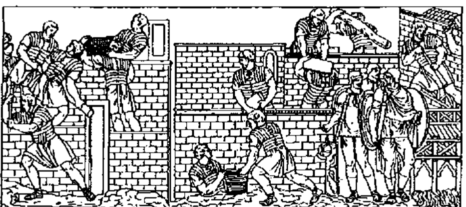

1-2-3. Las fortificaciones romanas a lo largo del Danubio. 4-5. El ejército romano atraviesa el Danubio sobre un puente de barcas. 6. Primer consejo de guerra de Trajano.

LÁMINA 14. Columna Trajana. *Dibujos de S. Reinach,* Répertoire de reliefs grecs et romaines. *Texto según F. Coarelli,* Guida archeologica di Roma, *1974.*

1-58: Primera guerra de Trajano contra los dacios:
1-23: primera campaña,
24-33: segunda campaña,
34-58: tercera campaña.
59-114: Segunda guerra de Trajano contra los dacios:
59-75: cuarta campaña,
76-114: quinta campaña.

7-11 12-16






7. Sacrificio de purificación que precede a la ocupación de un nuevo campamento. 8. Alocución de Trajano a las tropas. 9. Construcción de un campamento. 10. Trajano supervisa la construcción del campamento. 11-12. Soldados abatiendo árboles para la construcción de otro campamento. 13. Un espía enemigo es conducido ante el emperador; los soldados construyen un puente y un fortín. 14. Caballeros prestos a partir. 15. Caballeros e infantes en el momento de partir. 16. Marcha del ejército a través de un bosque.

17-21

22-26

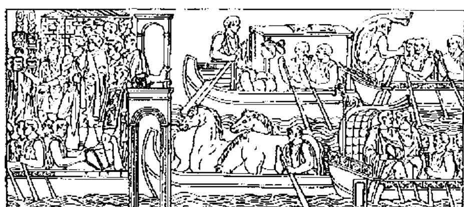




















17-18. Primer encuentro con los dacios. 19. Los romanos incendian viviendas de los dacios; éstos huyen. 20. Embajadores dacios ante Trajano. 21. Trajano con un grupo de cautivos. 22. Jinetes dacios se ahogan atravesando un río; ataque de los dacios a un campamento romano. 23. Otro detalle de la misma escena. 24. Transporte de víveres en barco. 25. Embarque de Trajano. 26. A la cabeza de la caballería, el emperador carga contra los catafractarios enemigos.

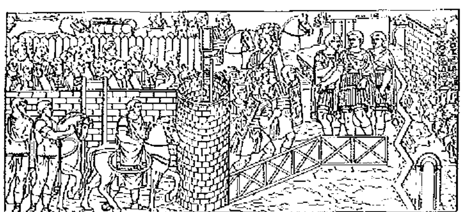
27-31

32-36







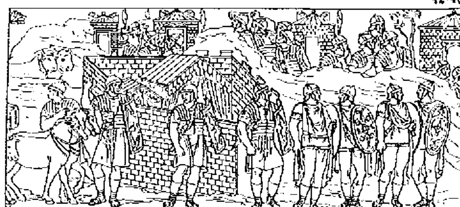


27. A la cabeza de la caballería, el emperador carga contra los catafractarios enemigos. 28. Continuación de la batalla; sumisión de los ancianos, las mujeres y los niños. 29. Construcción de un campamento en presencia del emperador; suplicio de prisioneros enemigos; curación de los heridos romanos. 30. Partida del ejército y nueva batalla. 31. Huida de los dacios. 32. Alocución del emperador a los soldados; cautivos dacios en una fortificación. 33. Homenaje del ejército al emperador; prisioneros romanos torturados por mujeres; sumisión a Trajano de los jefes bárbaros. 34. El ejército romano atraviesa el Danubio. 35. Trajano y un grupo de soldados ante un campamento. 36. Otra escena mostrando al emperador y solda-

37-41



42-46



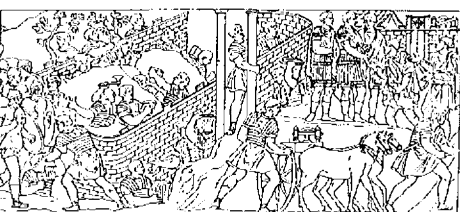




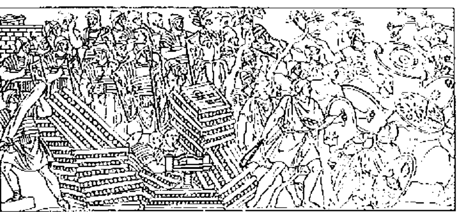












dos; se talan árboles para levantar un campamento. 37. Purificación del campamento. 38. Alocución de Trajano a los soldados. 39. El ejército romano avanza por un bosque entre fortificaciones enemigas. 40. El emperador atraviesa un río por un puente; incendio de fortificaciones enemigas. 41. Construcción de un campamento; sometimiento de un jefe bárbaro. 42. Unos convoyes se dirigen a un campamento. 43. El emperador asiste a una carga de la caballería númida [n. del a.: en realidad, se trata de la caballería mora]. 44. Dacios huyendo por un bosque. 45. Construcción de un campamento; sometimiento de jefes dacios a Trajano. 46. Batallas ante las fortificaciones romanas.

47-51











52-56











47. Los dacios talan árboles para construir fortificaciones. 48. Los romanos construyen un campamento. 49-50. Los dacios descansan en sus fortificaciones; los romanos «hacen la tortuga». 51. Trajano recibe las cabezas de dos jefes dacios. 52. Nueva batalla. 53. Trajano supervisa la construcción de un campamento. 54-55. Sometimiento a Trajano del rey Decebalo y de otros jefes dacios. 56. Los dacios destruyen sus fortificaciones.

57-61

62-66





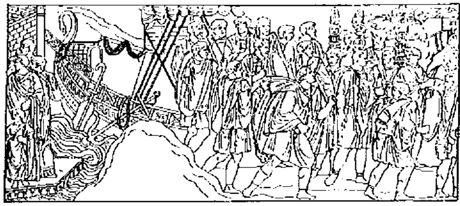










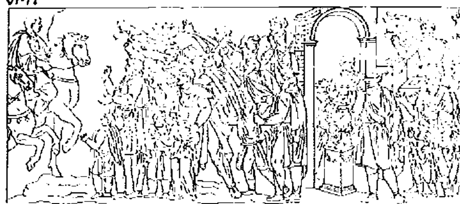






57. Salida de ancianos, mujeres y niños con sus rebaños; última alocución de Trajano a las tropas. 58. La Victoria escribe en un escudo situado entre dos trofeos. 59. Partida de los navíos de Ancona; inicio de la segunda guerra contra los dacios (primavera 105 aC.). 60. Llegada a un puerto (¿de Italia?). 61-63. Entrada triunfal del emperador y sacrificio solemne. 64. Entrada en otra ciudad y nuevo sacrificio. 65-66. Desembarco (¿en la costa dálmata?) e inicio de la marcha del ejército romano.

67-71











72-76











67-68. Sometimiento de una ciudad y sacrificio solemne en los altares. 69. Tala de árboles para levantar un campamento. 70. Los dacios se refugian en una fortificación. 71. Ataque de los dacios a una fortaleza romana; su derrota. 72. Nuevo ataque de los dacios. 73. Llegada de Trajano a la cabeza de la caballería. 74. Sacrificio celebrado por el emperador frente al gran puente construido sobre el Danubio por Apolodoro de Damas. 75. Trajano recibe la sumisión de los jefes bárbaros en una ciudad romana provista de un anfiteatro. 76. El ejército romano atraviesa el río.

77-81 82-86



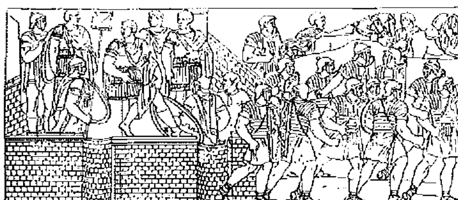












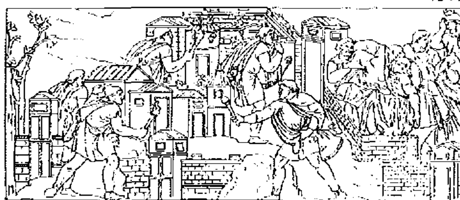




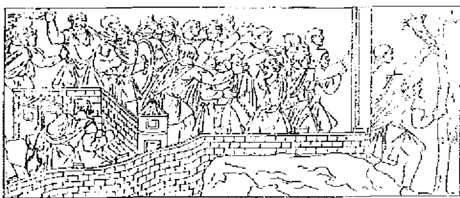


77. Sacrificio. 78-79. Sacrificio de purificación del campamento y discurso a las tropas. 80-81. Salida del ejército romano y llegada a un campamento. 82-83. Los soldados buscan víveres. 84. Discusión entre los dacios en una fortificación. 85. Batalla. 86. Asalto a Sarmizegethusa; consejo de guerra del emperador.

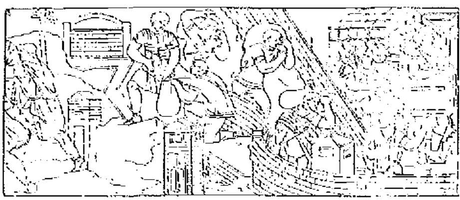
87-91 92-96



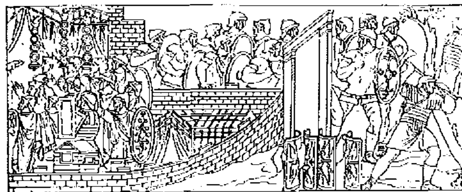






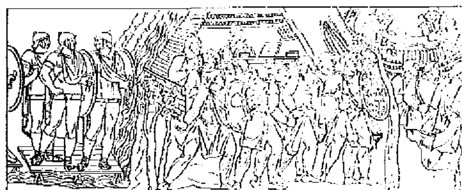
87. Asalto a Sarmizegethusa; consejo de guerra del emperador. 88-89. Prosigue el asalto con máquinas de asedio. 90. Los romanos construyen empalizadas de madera. 91. Embajada de un jefe dacio a Trajano. 92. Los dacios incendian Sarmizegethusa para no entregarla a los romanos. 93. Los jefes dacios se envenenan. 94. Dacios en fuga. 95. Sometimiento de dacios a Trajano. 96. Los romanos ocupan Sarmizegethusa.

97-101 102-106



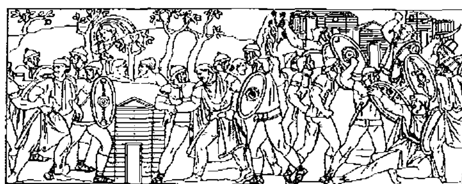






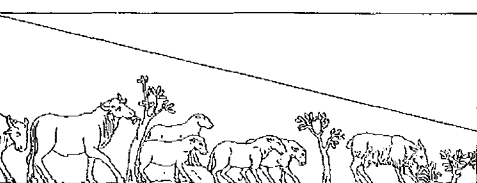



97. Los romanos ocupan Sarmizegethusa. 98. Construcción de un campamento. 99. Sumisión de jefes dacios a Trajano. 100. Cruce de un río; los dacios abandonan una fortaleza. 101. Los dacios, mandados por Decebalo, atacan un campamento romano. 102. Dacios, vencidos, en fuga. 103. Alocución de Trajano a los soldados; el tesoro de los dacios transportado en mulos. 104. Huida de dacios y suicidio de algunos de sus jefes. 105. Sometimiento de los dacios a Trajano. 106. La caballería romana persigue a Decebalo y a sus últimos fieles.

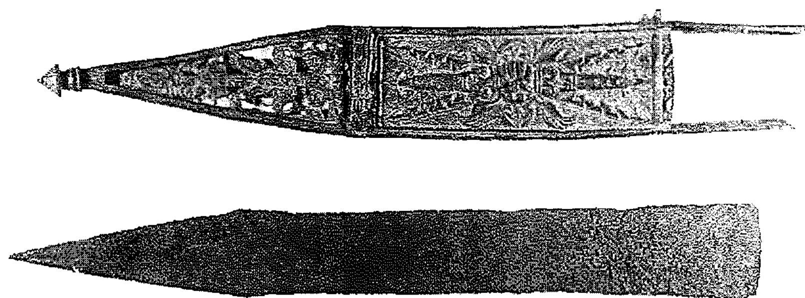






107. La caballería romana persigue a Decebalo y a sus últimos fieles. 108. Muerte de Decebalo alcanzado por los romanos. 109. Los hijos de Decebalo son hechos prisioneros; la cabeza del rey es llevada al campamento romano. 110. Captura de otros dacios. 111. Toma de la última fortificación dacia y asalto a una ciudad. 112. La ciudad es incendiada. 113-114. Ancianos, mujeres y niños deportados.

A



C

B



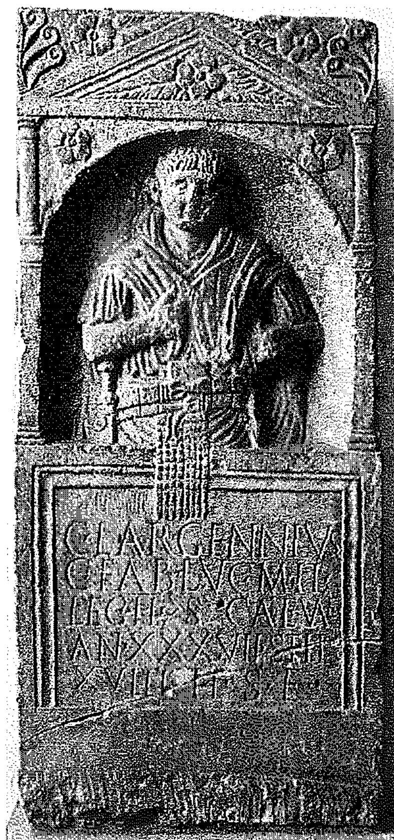


LÁMINA 15. El armamento. *a. Una espada y su vaina (principios del s. I dC.). (Museo de Estrasburgo). b. Legionario saludando (principios del s. I dC.). Nótese la coraza, el casco y el escudo de ese soldado (figura de terracota). (Museo de Estrasburgo). c. Legionario difunto (principios del Alto Imperio). El soldado lleva una espada en el costado derecho (Museo de Estrasburgo). Col. del Museo Arqueológico de Estrasburgo.*



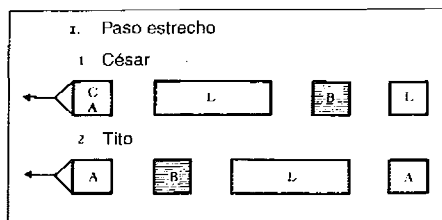
LÁMINA 16A. Auxiliares y legionarios. *a. Auxiliares (principios del s. II). En este documento se ve la célebre caballería mora que se hallaba a las órdenes de Lusius Quietus. Col. P. M. Monti. Véanse también las figs. 2.b, 2bis y 6.*



LÁMINA 16B. Auxiliares y legionarios. *Legionario (principio del s.* II*). Los legionarios también hacen la siega. (Roma. Columna Trajana.) Col. P. M. Monti.*



LÁMINA 17. Legionario *(finales del s.* II*). Este legionario, muerto sin duda en combate, sirvió en Panonia; está representado en una escena de victoria (Museo Arqueológico de Budapest, según un molde conservado en Roma, en el museo de la civilización romana). Col. Alinari.*



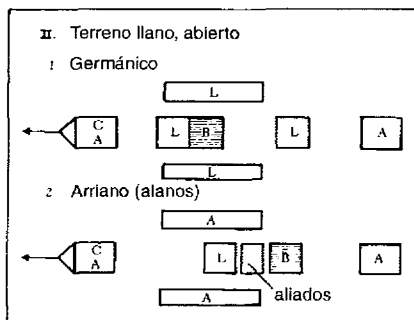


LÁMINA 18. Orden de marcha de los ejércitos romanos. *A: auxiliares; B: bagajes; C: caballería; L: legionarios. I. Paso estrecho. 1. Según César,* Guerra de las Galias, II, *19, 2-3. 2. Ejército de Tito en Samaria, descrito por Flavio Josefo,* Guerra Judía, V, *2, 1 (47-49). II. Ejército en terreno llano. 1. Ejército romano en Germania a principios del reinado de Tiberio (Tácito,* An., I, *51, 5-6). 2. Arriano, alanos.*

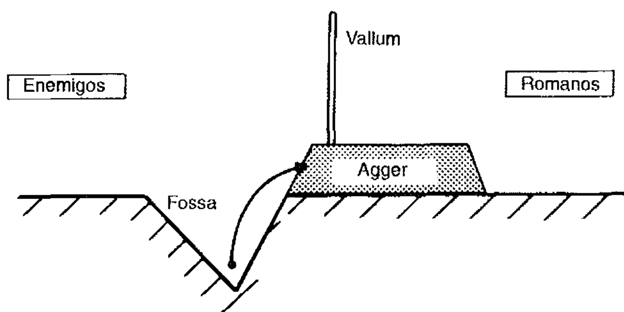


LÁMINA 19. La fortificación elemental. *Los soldados romanos cavan un foso (fossa) y arrojan los escombros detrás de ese primer obstáculo con el fin de crear una elevación de tierra (agger) sobre la que, a continuación, levantan una empalizada (vallum).*

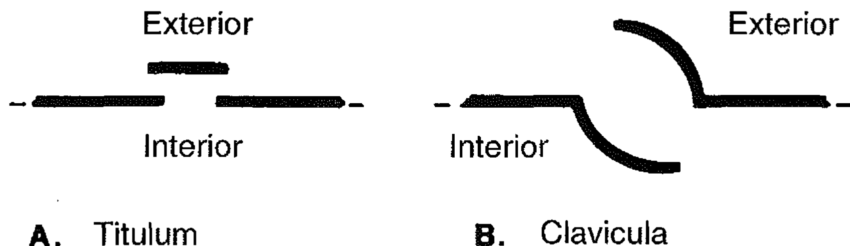


LÁMINA 20. Puertas de los campamentos de marcha. *a. Titulum; b. Clavicula. En los campamentos de marcha era suficiente levantar un obstáculo simple destinado a detener la intrusión de un enemigo eventual: los soldados levantan un murete frente a la abertura (titulum) o prolongan los dos muros mediante arcos de círculo (clavicula).*

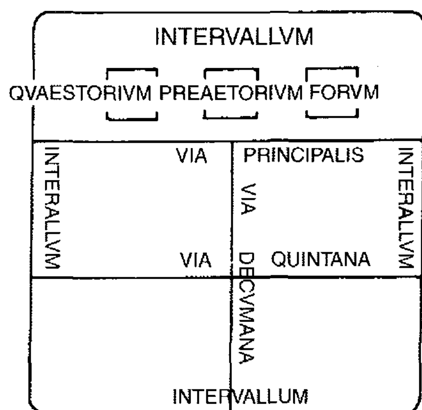


LÁMINA 21. El campamento de marcha según Polibio. *Mediado el siglo II aC. (es decir, en la época republicana), el griego Polibio describe con admiración un campamento de marcha romano (VI, 27-42): una defensa casi cuadrada se alarga mediante un espacio libre (interuallum); en el centro, además de los alojamientos, se encuentra una plaza (forum), la vivienda del general (praetorium) y la del cuestor (quaestorium); las calles se cruzan en ángulo recto.*

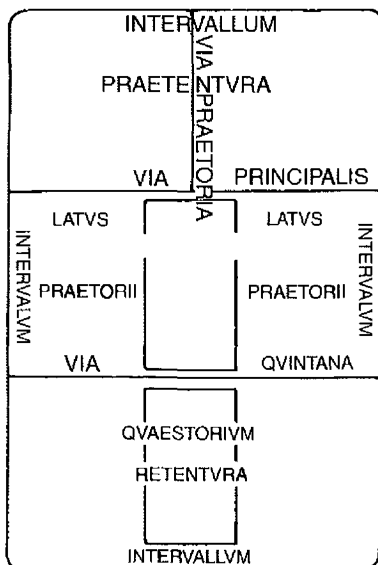


LÁMINA 22. El campamento de marcha según el Pseudo-Higinio. *Un tratado anónimo, atribuido sin fundamento al Pseudo-Higinio, describe un campamento de marcha romano de principios del siglo II dC., y permite seguir la evolución desde el de Polibio (véase lám. 21). El plano se ha alargado y dividido en cuatro partes: la praetentura frente al praetorium, el latus praetorii a la derecha y también a la izquierda de la vivienda del general, la retentura detrás. La muralla va acompañada siempre por un intervallum, y las calles se cruzan todavía en ángulo recto.*

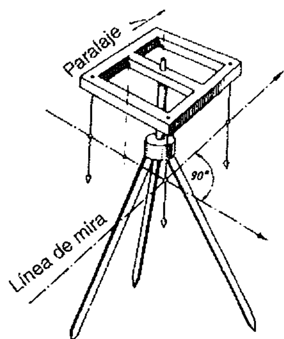


LÁMINA 23. Una groma. *La groma permite hacer jalonamientos en ángulos de 90°. Modelo conservado en la Saalburg. Dibujado por F. Kretschmer,* La technique romaine, *1966.*

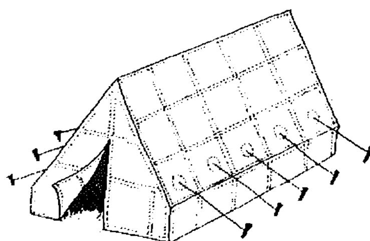


LÁMINA 24. Una tienda. *El campamento de Barr Hill, en Escocia, nos ha proporcionado una notable colección de cueros, entre los cuales se han encontrado restos de tiendas (Bar Hill). Según A. S. Robertson y M. E. Scott,* The Roman Collections in the Hunterian Museum, *s.f.*

A

B

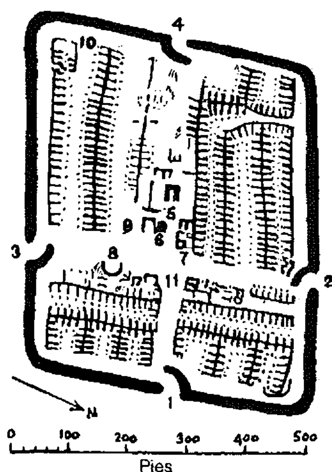


LÁMINA 25. El asedio de Masada. *A. Vista de conjunto. Para aislar a los judíos que se habían refugiado en la ciudadela de Masada, el año 72, Flavius Silva hizo levantar ocho fortines y una defensa lineal. Además, los romanos debieron preparar una terraza de asalto para tomar la plaza. B. Detalle: el campamento. 1. Puerta pretoriana; 2. Puerta principal derecha; 3. Puerta principal izquierda; 4. Puerta decumana; 5. Principia (mejor que praetorium); 6. Tribuna; 7. Auguratorium; 8. Schola (?); 9. Emplazamiento de los estandartes; 10. Hospital (?); 11. Alojamiento de los cuadros. Según Ch. Hawkes,* Antiquity, III, *1929.*

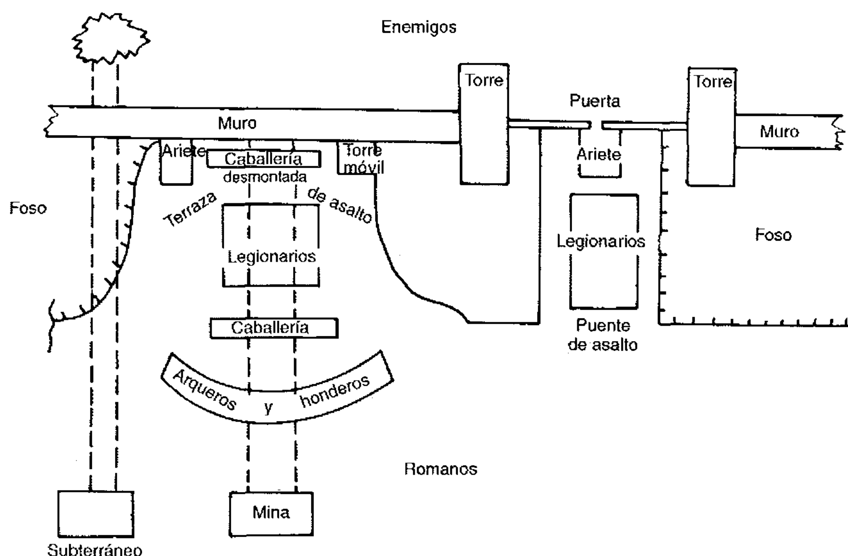


LÁMINA 26. Asalto a una ciudad asediada. *Al general romano se le ofrecen varias posibilidades para tomar por asalto una ciudad asediada. Puede atacar el principal punto débil, la puerta, con la ayuda de un ariete, después de haber salvado el posible foso con un puente de asalto. Ante una gran muralla, hará construir una terraza de asalto, o cavar una mina sobre la que se hundirá la defensa, o incluso llegará a hacer un subterráneo que permitirá evitar el obstáculo.*

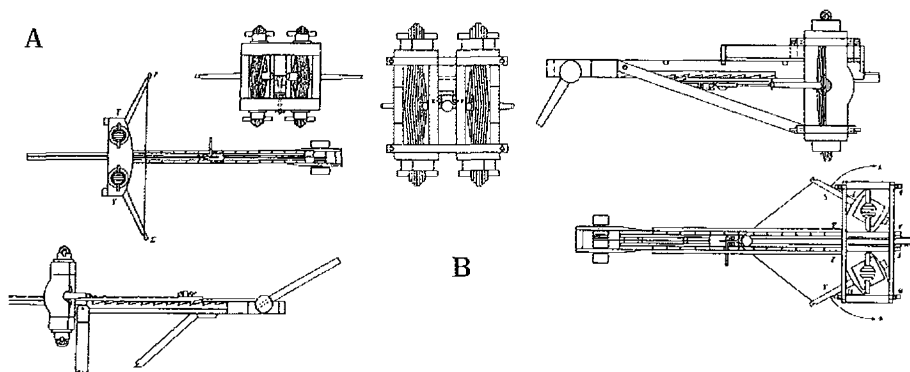


LÁMINA 27. La artillería. *A. Esta máquina sirve para arrojar flechas. Dibujo superior: vista desde lo alto. Dibujo del medio: vista en plano. Dibujo inferior: vista lateral. Según E. W. Marsden,* Greek and Roman Artillery, *1971; B. Esta máquina sirve para arrojar piedras. Dibujo superior izquierda: planta. Dibujo inferior izquierda: vista lateral. Dibujo a la derecha: vista de frente. Según E. W. Marsden,* Greek and Roman Artillery, *1971.*

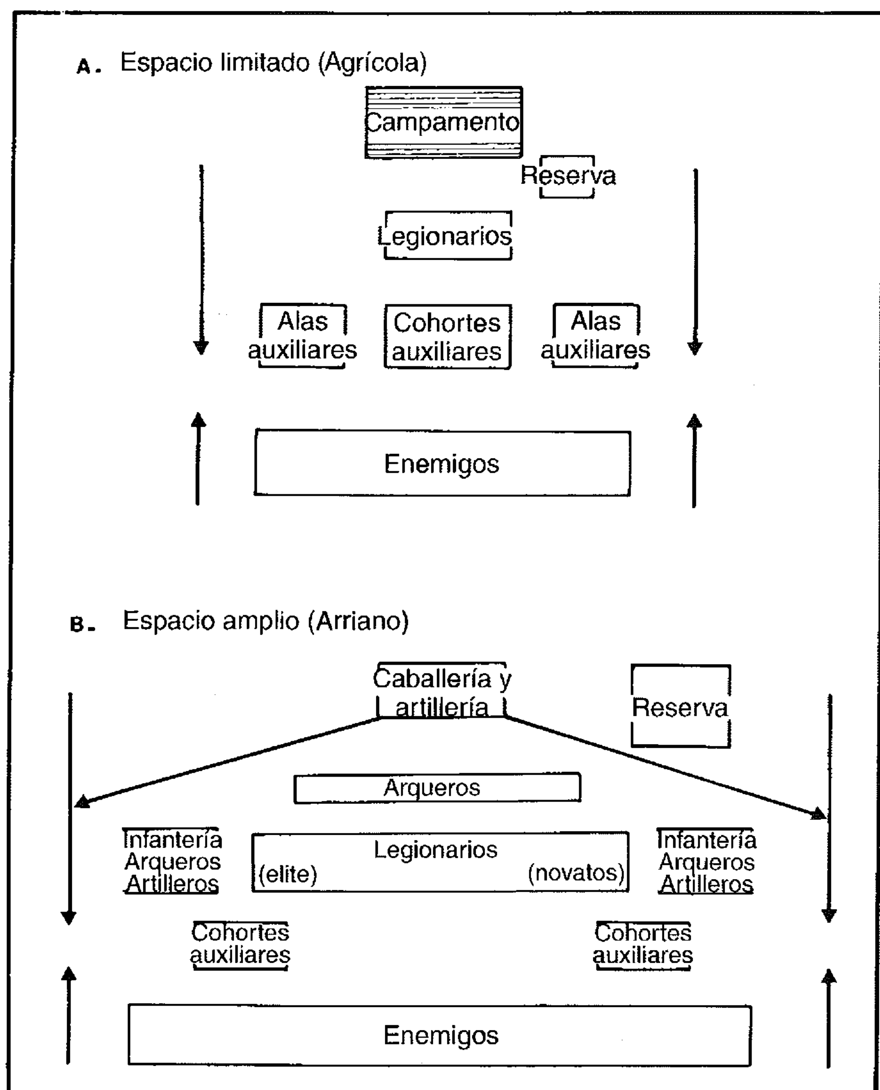


LÁMINA 28. La batalla. *A. Dispositivo inicial de Agrícola. Al no disponer más que de un espacio restringido, Agrícola coloca a los auxiliares en primera línea y a los legionarios por detrás, ante el campamento, junto al que ha situado una reserva. B. Dispositivo inicial de Arriano. Al tener ante sí un espacio más extenso de aquel con el que contaba Agrícola, Arriano ha podido desplegar a los legionarios; los ha flanqueado de auxiliares. Por detrás, y a ambos lados, ha dispuesto la artillería y los arqueros.*

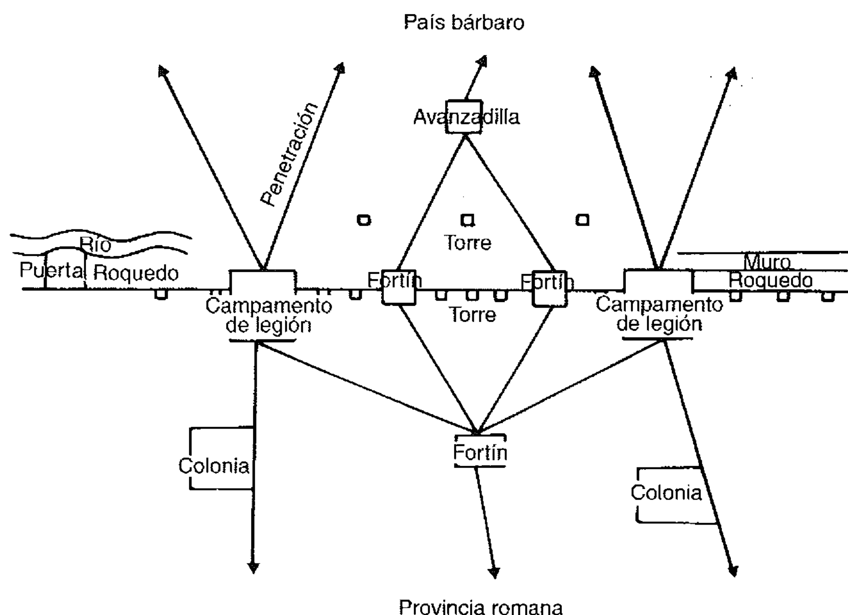


LÁMINA 29. La organización defensiva: estructura teórica. *Un camino paralelo al frente es el que constituye la columna vertebral de lo que se ha convenido en llamar «limes». Contiene, en toda su longitud, fortificaciones, fortines y torres, y puede apoyarse en un río o en una defensa lineal. Hay otras vías que discurren hacia el interior o se adentran en el país bárbaro; allí se han instalado puestos avanzados y torres de vigía.*

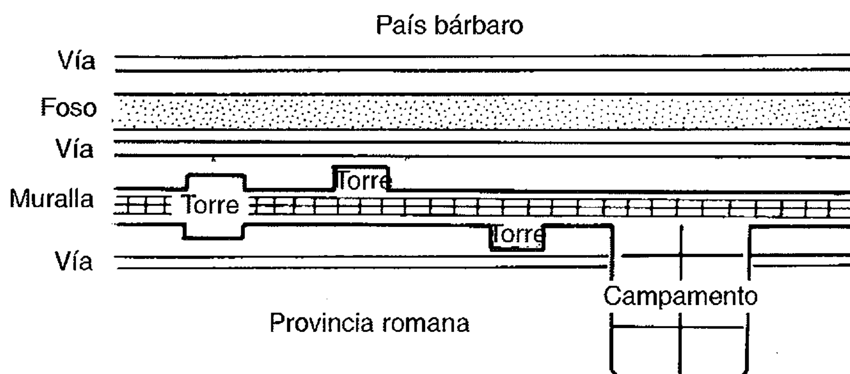


LÁMINA 30. La defensa lineal: esquema teórico. *La defensa lineal o «muro» comprende una elevación de piedra o de tierra, flanqueada por torres y fortines, y con una, dos o tres vías en paralelo, así como por un foso (véase un corte longitudinal en figs. 19 y 34).*

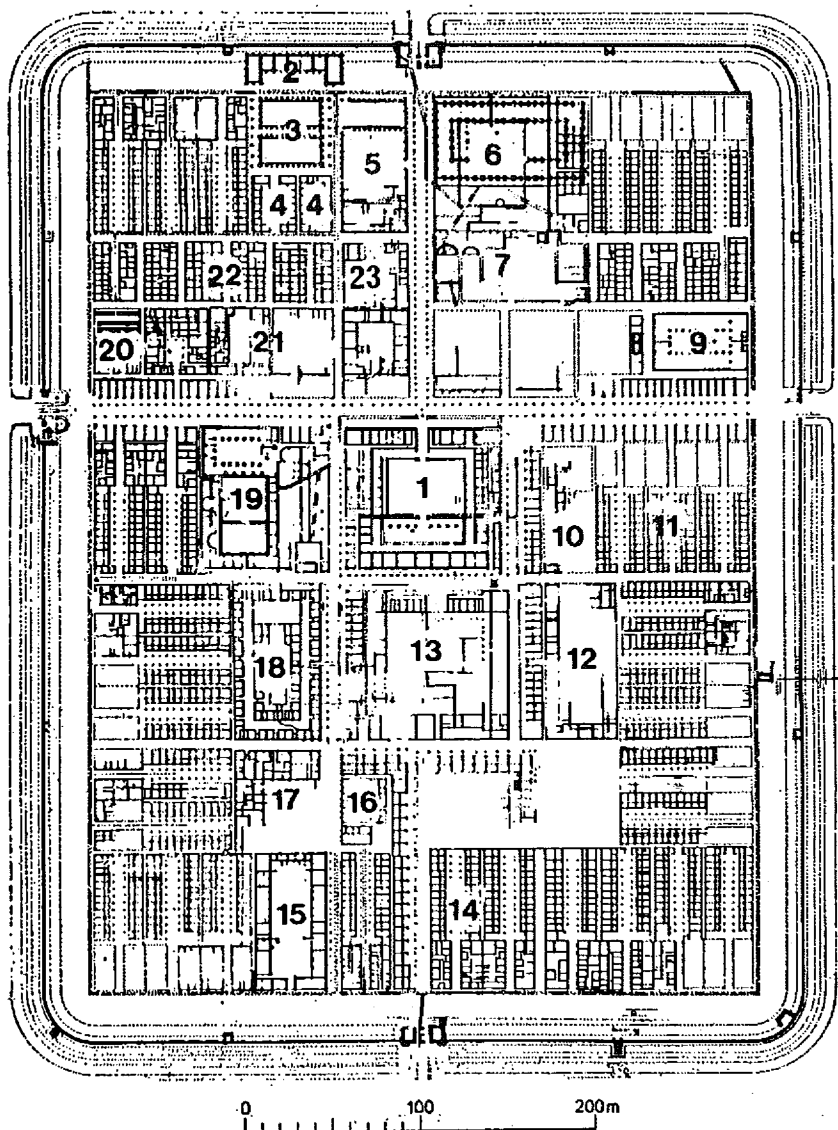


LÁMINA 31A. Los campamentos. Nouaesium-Neuss: un campamento de legión. *1. Principia; 2. Taller; 3. Horrea; 4. Alojamientos de immunes; 5. Almacén; 6. Almacén; 7. Termas; 8. Alojamientos de immunes; 9. Colegio (?) de la I cohorte; 10. Alojamientos de immunes; 11. Acuartelamientos de la I cohorte; 12. Almacén; 13. Praetorium; 14. Acuartelamientos de una centuria; 15. Almacén; 16. Alojamiento de immunes; 17. Almacén; 18. Hospital; 19. Termas; 20. Dormitorios; 21. Alojamiento de oficiales; 22. Alojamientos de una unidad auxiliar; 23. Comandante de la unidad auxiliar. Según H. von Petrikovits,* Die Innenbauten römischer Legionslager, *1975.*

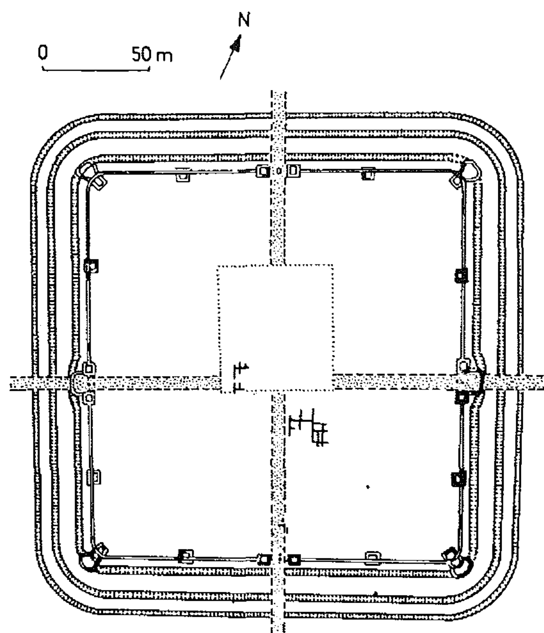


LÁMINA 31B. Los campamentos. Campona-Nagytetény: un campamento de ala, *de 178 m por 200 m, fue construido sin duda bajo Domiciano para la I Ala de Tongreses; fue ocupado por la I Ala de Tracios a principios del siglo II, y aún se hallaba activo a final del siglo IV. Según J. Fitz,* Der römische limes in Ungarn, *1976.*

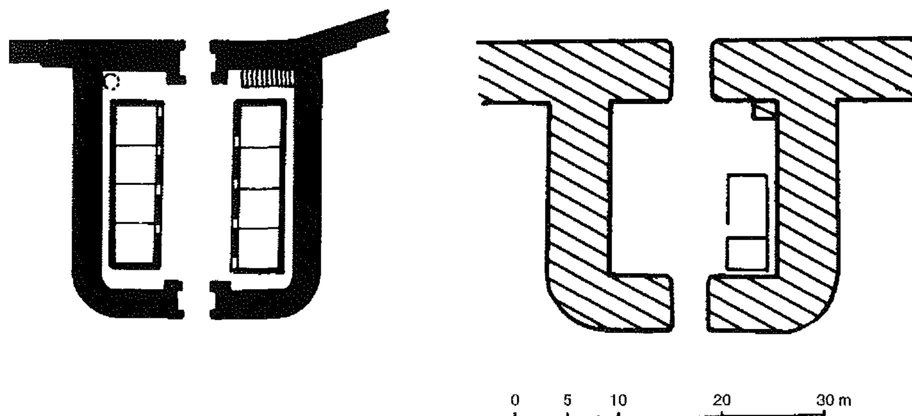


LÁMINA 31C. Los campamentos. Poltross Burn: un «castillo miliar». *A lo largo del Muro de Adriano, en Britania, se encuentran pequeños fuertes dispuestos casi en cada milla (de ahí su nombre). Éste mide menos de 24 m de ancho por casi 27 m de largo. Según B. J. Breeze y B. Dobson,* Hadrian's Wall, *1976.*

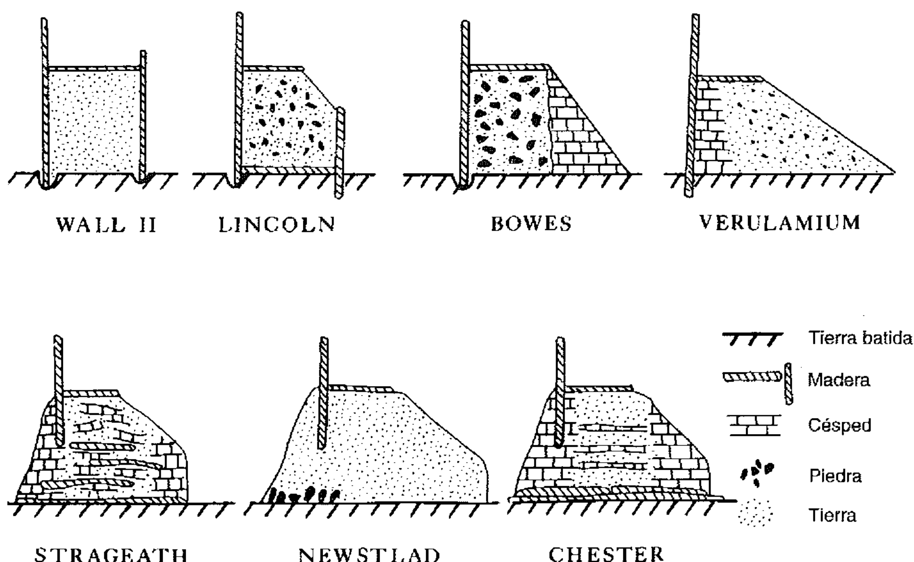


LÁMINA 32. Cortes de las defensas. *Estas defensas, presentadas aquí en corte transversal, son todas ellas anteriores al reinado de Adriano. Según M. J. Jones,* Roman Fort-Defences, *1975.*

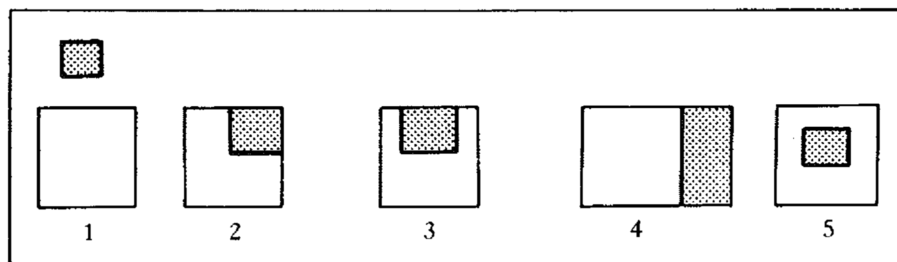
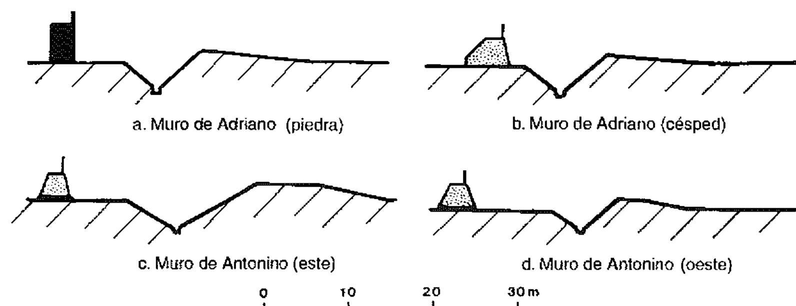
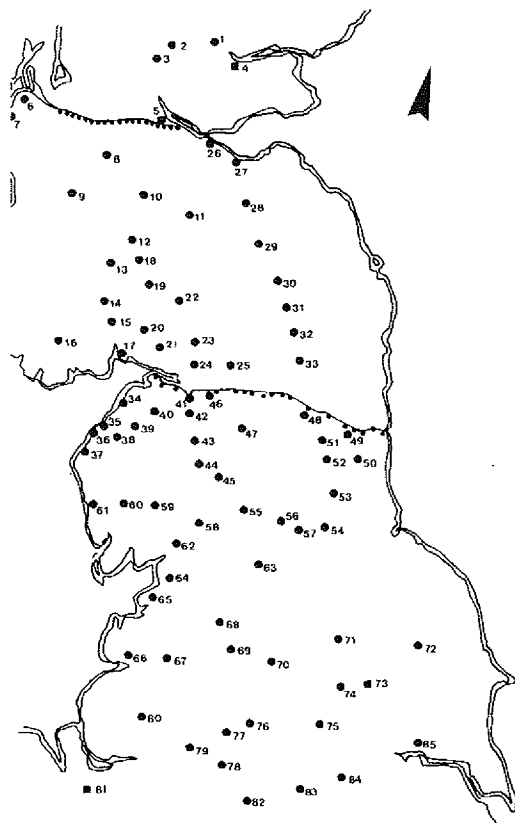


LÁMINA 33. Los campamentos: variación de las superficies. *Para ampliar un campamento o para disminuir su superficie, por ejemplo, si tiene lugar un cambio de unidad, se puede construir un recinto nuevo en el exterior del primero (caso 1), o incluir la nueva defensa en la antigua, en una variedad de combinaciones (casos 2 a 5).*





1 Bertha
2 Strageath
3 Ardoch
4 Carpow
5 Camelon
6 Lurg Moor
7 Outerwards
8 Bothwellhaugh
9 Loudon Hill
10 Castledykes
11 Lyne
12 Crawford
13 Durisdeer
14 Barburgh Mill
15 Carzield
16 Glenlochar
17 Ward Law
18 Redshaw Burn
19 Milton
20 Fairholm
21 Birrens fort and Burnswark fortlet
22 Raeburnfoot
23 Broomholm
24 Netherby
25 Bewcastle
26 Cramond
27 Inveresk
28 Oxton
29 Newstead
30 Cappuck
31 Chew Green
32 High Rochester
33 Risingham
34 Beckfoot
35 Maryport
36 Burrow Walls
37 Moresby
38 Papcastle
39 Caermote
40 Old Carlisle
41 Carlisle
42 Wreay
43 Old Penrith
44 Brougham
45 Kirkby Thore
46 Brampton
47 Whitley Castle
48 Corbridge
49 Washing Well
50 Chester-le-Street
51 Ebchester
52 Lanchester
53 Binchester
54 Piercebridge
55 Brough-under-Stainmore
56 Bowes
57 Greta Bridge
58 Low Borrow Bridge
59 Ambleside
60 Hardknott
61 Ravenglass
62 Watercrook
63 Brough-by-Bainbridge
64 Burrow-in-Lonsdale
65 Lancaster
66 Kirkham
67 Ribchester
68 Long Preston
69 Elslack
70 Ilkley
71 Aldborough
72 Malton
73 York
74 Newton Kyme
75 Castleford
76 Slack
77 Castleshaw
78 Melandra
79 Manchester
80 Wigan
81 Chester
82 Brough-on-Noe
83 Templeborough
84 Doncaster
85 Brough-on-Humber

LÁMINA 34. *A. Los muros romanos de Britania. a. Cortes transversales de los dos muros: a. Muro de Adriano, sector de piedra; b. Muro de Adriano, sector de tierra; c. Muro de Antonino, sector oriental; d. Muro de Antonino, sector occidental. B. Mapas. Los dos muros británicos van acompañados de torres, fortificaciones y fortines. Pero, por detrás de estas defensas, se han atestiguado otras muchas puntuales, e incluso más al norte. Según D. J. Breeze y B. Dobson,* Hadrian's Wall, *1976.*





LÁMINA 35. Moneda de Clodius Macer. *Esta emisión estaba destinada a conseguir la fidelidad de la legión africana a favor del usurpador Clodius Macer; los soldados recibían buenas piezas de plata, y la unidad era honrada con el título de «libertadora» (de la tiranía): leg(io) III Aug(usta) lib(eratrix). Según H. Cohen,* Description historique des monnaies frappées dans l'Empire romain, I, *1859. Col. British Museum.*

LÁMINA 36. Moneda de Septimio Severo. *En el reverso de esta moneda se ve un águila entre dos signa: esta emisión celebrando a la XIV Legión Gemina que, bajo Septimio Severo (193-211), se encontraba en Panonia, en Carnuntum (Petronell). Según H. Cohen,* Description historique des monnaies frappées dans l'Empire romain, I, *1860. Col. British Museum.*








LÁMINA 37A. Moneda de Galieno. *Estos antoniniani (dobles sestercios) de Galieno celebran, uno a la III Legión Itálica, y el otro a la XI Legión Claudia; datan de alrededor del año 261. Según H. Mattingly,* Roman Coins, *1962.*



LÁMINA 37B. Moneda de Victorinus. *Durante la «crisis del Imperio», las monedas contienen cada vez menos metal precioso y se vuelven más y más ligeras. Victorinus, el último de los «emperadores galos» (268-270), debe por tanto pagar para conseguir la fidelidad de sus tropas. Col. B. N.*

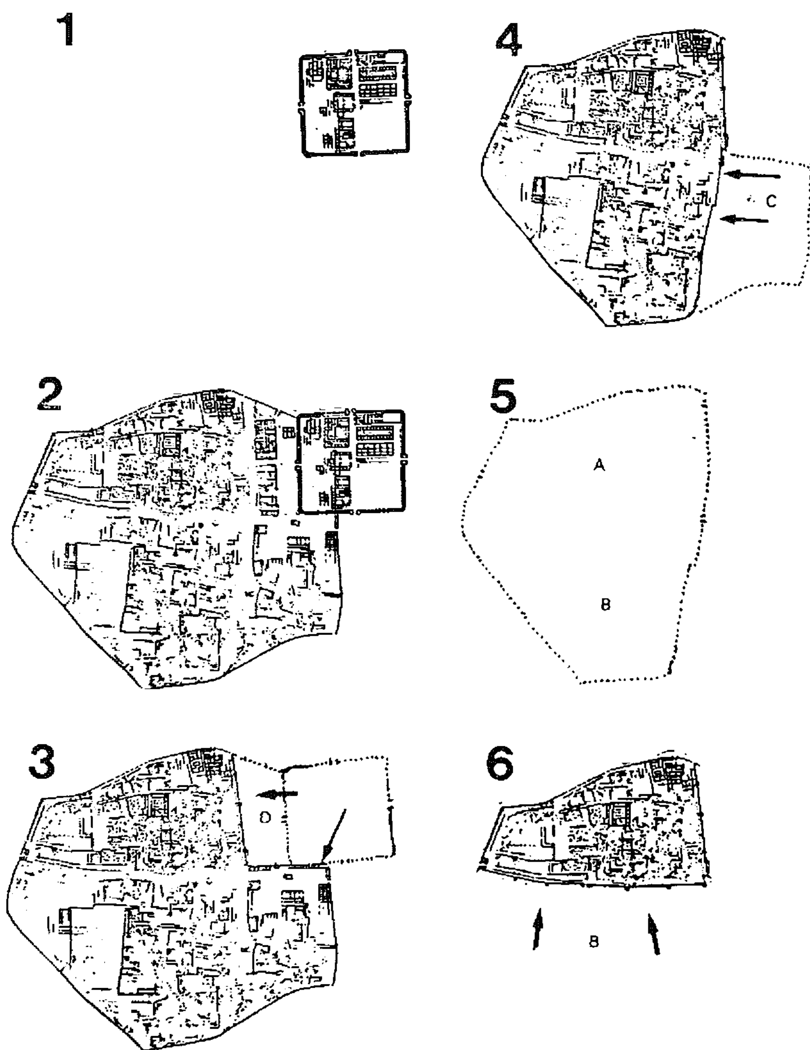


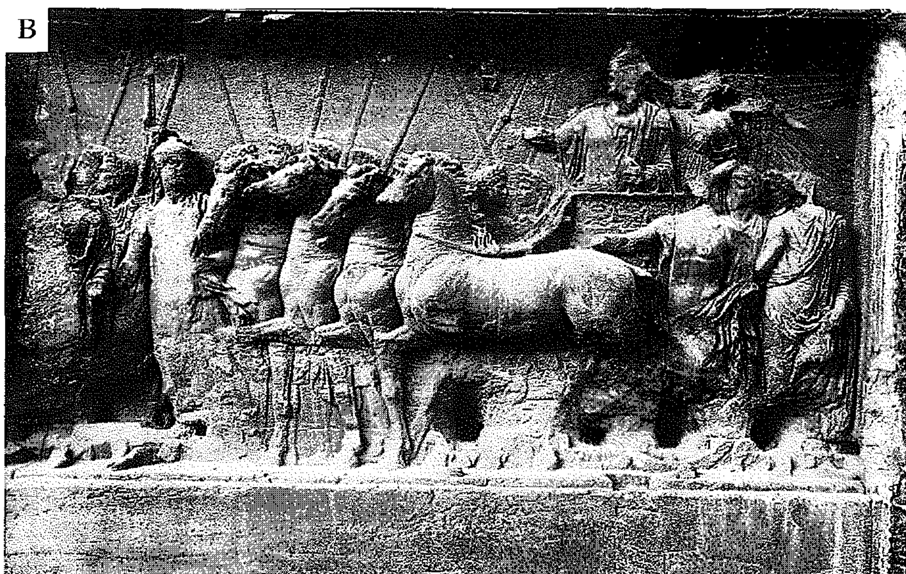
LÁMINA 38. Rapidum-Sour Djouab: ciudad y campamento. *Estos seis croquis muestran la grandeza y la decadencia de una pequeña ciudad de Mauretania, nacida de un campamento. En el año 122 se construye un fuerte de 135 × 127 m para una cohorte (1); en el 167 se rodea de un muro el hábitat civil que se ha desarrollado en la proximidad (2); a mediados del s.* III, *en plena «crisis del Imperio», se abandonan el fuerte y el barrio D (3); hacia el 270 se abandona a su vez el barrio C (4) y, poco después, la ciudad es tomada y destruida, y queda abandonada durante algunas décadas (5); a punto de acabar el s.* III *vuelve a ocuparse el barrio A (6). Según J.-P. Laporte,* Bull. Soc. Antiq. France, *1983, p. 264.*



LÁMINA 39. Moneda conmemorativa de la Disciplina. *El oficio militar se aprende: es una «disciplina», como la gramática o la retórica; ese estudio no puede hacerse sin obediencia, otro sentido de la palabra «disciplina». Esa doble noción adquirió tal importancia que acabó por convertirse en una divinidad: la Disciplina. Col. B. N.*



LÁMINA 40. El triunfo. *A. Un triunfo en la época de Augusto. Este relieve muestra a dos bárbaros atados y un trofeo en medio de los vencedores, así como el toro destinado al sacrificio. Grabado hacia el 20 aC., este friso se encuentra en el interior del templo de Apolo Sosieno, en Roma. Col. U.D.F.*



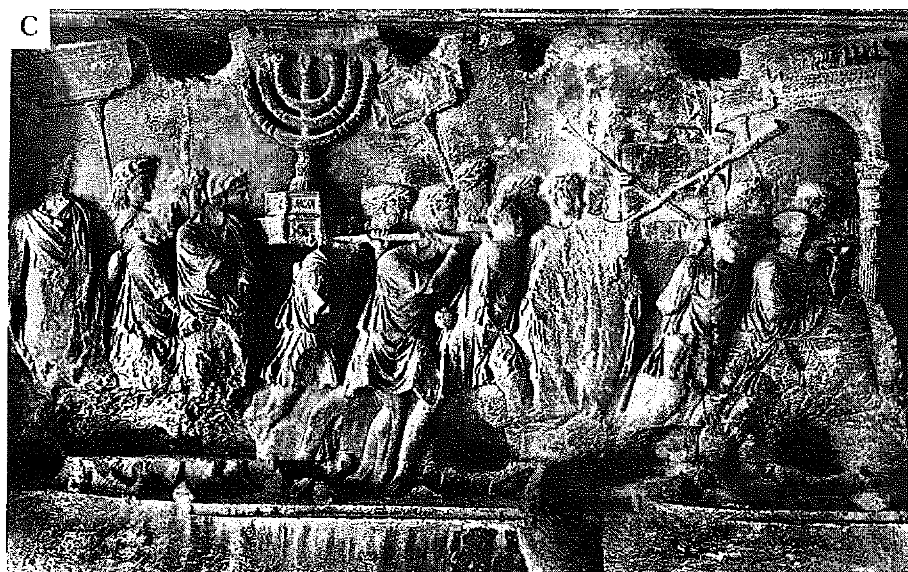


LÁMINA 40. *B y C. El triunfo de Tito. Estos relieves, situados en el interior del arco de Tito, que domina el Foro, muestran al triunfador en su carro y el botín tomado en el Templo de Jerusalén, en particular el famoso candelabro de siete brazos. Col. Alinari.*

bien parecido, terminaban despedazados por las manos brutales que trataban de apropiárselos, y acababan por provocar entre los raptores un combate a muerte. Mientras unos robaban la plata de los templos y las pesadas ofrendas de oro, venían otros que los masacraban... Cremona se vio sometida a todos esos horrores durante cuatro días.» Y en Jerusalén se llevó a cabo una matanza cada vez que se tomaba uno de los barrios.

Por ello, la conducción de un asedio exige la intervención de múltiples competencias: los oficiales deben conocer poliorcética y arquitectura, al menos algunos de ellos. En cuanto a los soldados, a muchos se les obliga a poseer conocimientos específicos de esta o aquella función. Todos deben ser diestros en esas prácticas debido a la instrucción.

La batalla en campo abierto

Es preciso que los militares se hallen bien preparados para vencer en campo abierto; pero aquí la técnica tiene menos importancia que en los asedios: el coraje suple al material que, ahora, no cuenta demasiado. Los autores antiguos[152] nos han legado numerosas descripciones de batallas, la arqueología ha proporcionado restos interesantes[153] y, eso no obstante, hay numerosos puntos que aún permanecen oscuros.[154]

Ciertamente, la inteligencia no se halla ausente de ese tipo de combates, pero se refugia en el sector de la estratagema, que pretende constituir el grado superior de la táctica. Dos son particularmente los autores que han dejado relatos más interesantes sobre el tema. Frontino, advirtiendo que la propia palabra es griega, atribuye la invención de esa disciplina a los helenos. Clasifica sus consejos en cuatro apartados: examina, en primer lugar, qué debe hacerse antes, y a continuación durante la batalla, y después cuando se trata de un asedio; para acabar, ofrece dos ejemplos de virtudes unidas a la disciplina. De hecho, más que una reflexión sobre el arte de vencer, su obra se presenta como una serie de recetas destinadas a procurar el éxito en esta

152. César, *B. G.*, III, 24, 1 y IV, 14, 1; Onesandros, XV-XXI; Flavio Josefo, *G. I.*, III, 10, 3-5 (fundamental); Tácito, *Agr.*, XXXV, y *An.*, XIII, 38, 6; Arriano, *Alanos*, XI-XXX; Dion Casio, LXII, 8, 3; Vegecio, II, 20.

153. Columna Trajana, *passim* (p. ej., n.os 17-18); monumento de Adam-Klissi (F. B. Florescu, *Monumentul de la Adam-Klissi*, 1959; M. Speidel, *Revue Archéol.*, 1971, pp. 75-78).

154. J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegsführung*, en I. von Müller, *Handbuch*, IV, 3, 2, 1928, pp. 249 ss.; J. Thouvenot, *Mél. J. Carcopino*, 1966, pp. 905-916. A. K. Goldsworthy, *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200*, 1996, Oxford.

o aquella circunstancia. De esa manera, recomienda que, cuando se es perseguido, es necesario propagar un incendio que retrase a los perseguidores.[155]

Antes de una batalla, lo mejor es que el enemigo se agote, como hizo Tiberio,[156] quien «viendo a las bandas feroces de los panonios marchar al combate desde el amanecer, retuvo a sus tropas en el campamento, y dejó al enemigo expuesto a las lluvias torrenciales que cayeron durante todo el día; y cuando vio que los bárbaros, azotados por la tormenta y hundidos por la fatiga, perdían el coraje y flaqueaban, entonces hizo dar la señal, los atacó y los derrotó». Pero, ante todo, es necesario aprovecharse de las circunstancias, principalmente de las más inesperadas:[157] «El divino Vespasiano Augusto, para atacar a los judíos, eligió el sábado, día en que les está prohibido hacer nada, y les derrotó.»

Polieno atribuye igualmente a los griegos el mérito de haber inventado las estratagemas. Y para no dejar a ninguno en el tintero, comienza su obra con ejemplos míticos. Los casos que presenta los clasifica en función de la cronología y de la geografía; y pocos romanos, a excepción de Augusto, han tenido el honor de figurar en su palmarés. Esos dos autores no realizaron una reflexión en profundidad sobre la táctica; de hecho, esa ciencia fue ilustrada por los romanos y sobre el terreno. Y es lo que necesitamos hacer a continuación.

El orden de batalla

Previa a cualquier acción, tiene lugar una deliberación del estado mayor:[158] conviene organizar el dispositivo en función del terreno elegido. En primer lugar, y gracias al entrenamiento de los soldados y a la flexibilidad de las cohortes, se pueden disponer algunos obstáculos destinados a entorpecer a los bárbaros, que sean fácilmente salvables por las legiones: se excavan fosos y se clavan estacas en el suelo.[159] La tropa se dispone sobre el terreno teniendo presente el espacio con el que cuenta. Los generales romanos pensaban habitualmente que su superioridad sobre las hordas bárbaras se debía, al menos parcialmente, a la capacidad de maniobra de sus hombres. Para que fuese posible rodear al enemigo o desbordarle era preciso disponer de un centro y de dos alas.[160] Esa división en tres partes no tiene en cuenta la

155. Frontino, *Strat.*, I, 5, 1-8.
156. Frontino, *Strat.*, II, 1, 15.
157. Frontino, *Strat.*, II, 1, 17.
158. Flavio Josefo, *G. I.*, III, 5, 6 (98-100).
159. Frontino, *Strat.*, II, 3, 17-18.
160. Frontino, *Strat.*, II, 3.

infantería ligera, en especial honderos y arqueros,[161] que matan de lejos y que se hallan dispersos por delante del ejército, detrás de él o en los flancos.

A finales del siglo I de nuestra era, Agrícola nos ofreció un ejemplo de táctica simple en un campo de batalla muy encajonado[162] (lám. XXX, 28a): «Él [Agrícola] estableció este dispositivo: la infantería auxiliar, que contaba con ocho mil hombres, como fuerza central; tres mil jinetes desplegados en las alas; las legiones permanecieron ante el atrincheramiento: el brillo de la victoria sería considerable, si se combatía sin verter sangre romana, y se contaría allí con una reserva en caso de retirada.» El oficial romano tenía además a su disposición «cuatro cuerpos de caballería, que había reservado para hacer frente a las necesidades imprevistas de la batalla». Por tanto, Agrícola coloca a los auxiliares en primera línea, ocho mil soldados de infantería en el centro, y mil quinientos jinetes en cada ala; en segunda línea se encuentran los doce mil legionarios, de espalda al campamento; finalmente, unos dos mil hombres montados constituyen una reserva móvil.

A mediados del siglo II, Arriano muestra, por el contrario, cómo pueden desplegarse las tropas cuando no se carece de espacio[163] (lám. XXX, 28b). Su organización presenta una mayor complejidad; dejando a un lado la eventualidad siempre posible de que se dieran progresos en ese dominio, es necesario como mínimo contemplar otra hipótesis: Arriano se había mostrado como un maniobrero más fino que Agrícola. Lo esencial del dispositivo lo constituyen los legionarios, situados en ocho filas, con los mejor preparados a la derecha. En los dos flancos de esta falange se reparten en número igual, sobre dos pequeñas elevaciones, infantes, arqueros y piezas de artillería; algunas cohortes auxiliares se instalan inmediatamente por delante, al pie de las colinas. Por detrás de la infantería de elite se sitúa una fila de arqueros, unos a caballo y otros no, precediendo a más jinetes y artilleros que, desde el inicio de las hostilidades, bascularán hacia las alas para reforzarlas. El general dispone además de una reserva formada por la caballería de elite, los guardias de corps de los oficiales y doscientos legionarios.

Finalmente, Tácito[164] habla de una tercera posibilidad. Cuando el ejército entra en acción en un país bárbaro, del que desconoce dónde

161. Onesandros, XV-XXI; Dion Casio, LI, 10.
162. Tácito, *Agr.*, XXXV, 2, 3, y XXXVII, 1. Es el dispositivo recomendado por Onesandros, *pas. cit.*
163. Arriano, *Disposition de marche et ordre de bataille contre les Alains.*
164. Tácito, *An.*, XIII, 40, 3-4.

se encuentra el enemigo, debe estar siempre preparado para sufrir un asalto y reaccionar en cualquier momento. Según esta hipótesis, y en previsión de un enfrentamiento, los soldados se distribuyen desde la mañana ante el campamento, y avanzan de esa forma hasta que entran en contacto con el enemigo: en ese caso, hay coincidencia entre el orden de marcha y el de combate.

Nos queda por referirnos a un último aspecto: la estructura de la legión en combate.[165] La táctica de César es muy conocida: los soldados se disponían en tres órdenes *(triplex acies)*; pero, en la época de Arriano, se agrupaban en una falange compacta, codo a codo, escudo contra escudo: de frente, daban la impresión de ser un muro de hierro erizado de venablos. De hecho, los generales tenían la opción de elegir entre varias tácticas posibles, decidiéndose por una de ellas en función del enemigo y del terreno. Pero la legión se mantenía como elemento principal de cualquier organización, y su estructura, dividida en cohortes, manípulos y centurias (véase lám. IV, 5), le confería una enorme flexibilidad. Los historiadores no se ponen de acuerdo, en medio de esa mezcla, en el papel que desempeñaban las diversas subdivisiones que acabamos de citar; nos parece que, de hecho, la unidad táctica más importante era el manípulo, que extraía su individualidad de su *signum*. En cuanto a la caballería, no debía presentarse sin orden: se agrupaban en rombo, en cuadro o en cuña, siguiendo lo que a ojos del general parecía más conveniente.

El desarrollo de la batalla

Por tanto, para demostrar su superioridad, el ejército romano no debía entrar en combate hasta que no hubiese conseguido el mejor dispositivo posible. Una vez puesto en marcha ese orden, ya podía comenzar la batalla; pero, aun así, todavía debería seguirse un cierto número de pasos. En las civilizaciones mediterráneas, civilizaciones del verbo, cualquier cosa se inicia con discursos, y la guerra no se escapa a esa regla. Por tanto, una vez que cada soldado ocupa su puesto, el general se dirige a los combatientes exhortándolos;[166] por lo de-

165. Falange: Tácito, *H.*, IV, 78, 4, y V, 18, 5; Dion Casio, LXII, 8; Arriano (véase n. 163). Cohortes y manípulos: Tácito, *H.*, IV, 78, 2. J. Harmand, *L'armée*, 1967, pp. 236-237 (República); H. M. D. Parker, *Legions*, 1928, p. 31; J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegsführung*, en I. von Müller, *Handbuch*, IV, 3, 2, 1928, pp. 550-552; H. Delbrück, *Art of War*, I, 1975, pp. 415-416; E. Wheeler, *Chiron*, IX, 1979, pp. 303-318; M. Speidel, *Epigr. Stud.*, XIII, 1983, p. 50 (contra lo que defiende H. M. D. Parker, cree en el papel táctico de las cohortes y las centurias).

166. Onesandros, I, 13; Tácito, *Agr.*, XXXIII-XXXIV (¡a título de ejemplo!); Columna Aureliana, n.os IV, LV, LXXXIII, XCVI, C.

más, Tácito obtiene un evidente placer en la recomposición de esa clase de discursos.

A continuación dan comienzo las hostilidades propiamente dichas. Una preparación artillera se dedica a ablandar los primeros objetivos;[167] con ella se pretendía matar a algunos adversarios, desmoralizar también al máximo al enemigo y sembrar el desorden en su línea de combate. Ese trabajo de las catapultas y las balistas se completaba con la intervención, en ese momento preciso, de los arqueros y los honderos y, si el enemigo se encontraba a tiro, con el lanzamiento de venablos.[168] En ese momento, en las filas romanas se elevaba un griterío ensordecedor;[169] según los autores de la Antigüedad, esos gritos revestían una enorme importancia: en efecto, debían reforzar el coraje de quienes los emitían y atemorizar a quienes los oían.

Comenzaban entonces las maniobras, dependiendo de los tres casos susceptibles de ocurrir.[170] Podía suceder, en efecto, que ya desde el primer momento el enemigo se pusiera en fuga, aterrorizado por la organización de los romanos y debilitado por los primeros tiros de que había sido objeto. En esa eventualidad, la falange se escindía en varias partes, y la caballería se introducía por los espacios que quedaban entre ellas, avanzando los primeros a marchas forzadas, para asegurarse de que ese repliegue no era una añagaza, y los demás en buen orden, respetando así las consignas de prudencia. A continuación, la infantería descendía de las alturas en las que se hallaba situada para dominar el teatro de operaciones.

En un segundo caso, no sucedía sólo que el enemigo no tuviera intención alguna de ponerse a salvo, sino que tomaba la iniciativa y trataba de desbordar una de las alas. Arriano recomienda entonces resistir a la tentación y no alargar el frente; según ese mismo autor, para bloquear el movimiento, el general debe enviar su caballería contra los asaltantes.

El tercer caso posible es el preferido por los romanos: mantienen la iniciativa y maniobran. Lo mismo que en el ataque a una defensa urbana, deben elegir el punto más débil del dispositivo adverso.[171] La infantería auxiliar es la que tiene el honor de iniciar el combate, dirigiéndose hacia ese punto que su comandante considera como menos protegido.[172] En todas esas operaciones observamos una característica constante: aunque la caballería desempeñe un papel creciente en el

167. Tácito, *H.*, III, 23, 4.
168. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 1, 7 (75); Arriano, *Alains*, XXV.
169. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 7 25, (259); Arriano, *pas. cit.*
170. Arriano, *Alains*, XXVI-XXX.
171. Frontino, *Strat*, II, 3.
172. Tácito, *Agr.*, XXXVI, 1; H., II, 22, 1 ss.

siglo III, es la infantería, en particular la de las legiones, la que se mantiene como la «reina de las batallas» en todo el Alto Imperio.[173] En efecto, presenta una ventaja triple: se beneficia del efecto de choque, o de masa,[174] pues los hombres de la última fila, en principio los veteranos, presionan a los más jóvenes que se encuentran por delante de ellos;[175] esa presión es mortal, pues la primera línea avanza erizada de lanzas; en fin, la instrucción de los romanos les permite moverse incluso aunque topen con un obstáculo (por ejemplo, una pequeña loma) sin que se deshaga su formación. Además, van muy bien protegidos pues, llegado ese momento, «hacen la tortuga»:[176] los de la primera fila, escudo contra escudo, levantan una muralla protectora frente al adversario; los de las filas siguientes colocan los escudos por encima de la cabeza de tal manera que los proyectiles de los bárbaros difícilmente pueden alcanzarles. Con todo ello, y girando en todas direcciones, la infantería ligera, los arqueros y los honderos, acaban por completar la acción de esa infantería pesada. Mientras duran esas maniobras, los soldados romanos no deben nunca perder de vista sus estandartes (águilas, *signa* y *uexilla*),[177] y es preciso que escuchen con atención las consignas transmitidas por las trompetas y las trompas.

En tales condiciones, la caballería desempeña un papel secundario:[178] la caballería ligera hostiga al enemigo arrojándole flechas y venablos, pero los catafractos no provocan el mismo efecto de masa y de choque que los legionarios: sus corazas están pensadas para protegerlos y no para que sus golpes sean más impactantes. El jinete no tiene más que un elemento de superioridad: atemoriza al soldado de infantería porque le domina desde la altura de su montura. En todo caso, su acción tiene por finalidad llegar a un combate cuerpo a cuerpo en el que siempre puede realizar alguna hazaña. Así, durante la guerra de Tito contra los judíos, «uno de los jinetes de las cohortes, de nombre Pedanius, cuando los judíos habían sido ya puestos en fuga y se les empujaba de forma desordenada hacia el fondo del barranco, lanzó su caballo con la brida caída sobre el flanco y tomó a uno de los enemigos en fuga, un hombre joven, grande y fuerte, armado de pies a cabeza. Le atrapó por el tobillo, dejando colgar todo el cuerpo del

173. Tácito, *pas. cit.* n. precedente.

174. Arriano, *T.*, XII; *Alains*, XV y XXV; Ch. Ardant du Picq, *Études sur le combat*, 1903, pp. 19-20 y 72.

175. *Talmud de Babilonia, Nazir*, 66 b.

176. Frontino, *Strat*, II, 3, 15; Columna Trajana, n.os 50-51.

177. Tácito, *H.*, II, 41, 7; 43, 2; *Talmud de Jerusalén, Sota*, VIII, 1.

178. Tácito, *Agr.*, XXXVI, 3; Arriano, *T.*, II, 2 y XVI; Ch. Ardant du Picq, *op. cit.*, pp. 73-75; P. Vigneron, *Le cheval dans l'Antiquité*, 1968, p. 238, parece creer en su capacidad de choque, a pesar de la ausencia de estribos.

caballo al galope, desplegando una fuerza extraordinaria del brazo y de todo el cuerpo y una no menos extraordinaria destreza como jinete. Trasladando a gran velocidad a su prisionero como si se tratara de un trofeo, se lo llevó a César. Tito expresó su admiración por la fuerza de quien había realizado esa hazaña».[179]

Pero volvamos a la infantería. Al final de las maniobras que le han sido ordenadas, inicia el combate cuerpo a cuerpo en las mejores condiciones, si la línea enemiga ha quedado desarticulada en el momento del contacto. En la batalla que tiene lugar en el interior de Jerusalén, «los proyectiles y las lanzas eran tan inútiles para los unos (los romanos) como para los otros (los judíos); desenvainando la espada, se batían cuerpo a cuerpo, y en esos encuentros era imposible discernir a cuál de los dos campos pertenecía cada grupo de combatientes, al estar tan entremezclados y cambiados de orden debido a la estrechez del lugar, llegando confusamente los gritos a los oídos a causa de su volumen».[180] Todas las descripciones que acaban de hacerse se encuentran reunidas y resumidas en el relato de una batalla que consigue casi todo su valor del estilo maravillosamente conciso de Tácito.[181] Los hechos ocurren en la isla de Britania en el año 83. «Al principio del encuentro, se combatía de lejos; con firmeza y destreza, los bretones se servían de sus largas espadas y de sus escudos cortos para parar o desviar los venablos de nuestros soldados, y sus propios proyectiles volaban en abundancia; a continuación, Agrícola invitó a cuatro cohortes de bátavos y a dos de tongreses a llegar al cuerpo a cuerpo, utilizando las espadas; estaban bien entrenados desde hacía mucho tiempo, y los enemigos eran poco hábiles, al contar con aquellos pequeños escudos y con unas espadas desmesuradas, pues las espadas sin punta de los bretones no permitían el cruce de los hierros ni el combate cercano. Por tanto, desde que los bátavos se dedicaron a repartir golpes en medio de aquella mezcolanza de gente, a golpear con la protuberancia de los escudos, a lacerar los rostros y, después de haber abatido a los enemigos formados en la llanura, a avanzar sobre las colinas, las demás cohortes, en un fogoso impulso de emulación, mataron a todos cuantos se encontraban en las proximidades; e incluso, en medio de las prisas por alcanzar la victoria, dejaban a muchos de ellos medio muertos o ilesos. Mientras tanto, nuestros escuadrones de caballería, después de haber puesto en fuga a los bretones que iban en carros, se lanzaron hacia donde se encontraba la lucha cuerpo a cuerpo de la infantería. A pesar del terror sú-

179. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 2, 8 (161-163); véase también, p. ej., V, 7, 3 (313).
180. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 1, 7 (75).
181. Tácito, *Agr.*, XXXVI y XXXVII, 1.

bito que ocasionaron, permanecieron allí trabados, en medio del espesor de los batallones enemigos y de las irregularidades del terreno. Aquel combate no tenía el aspecto de ser una pelea para la caballería, pues los hombres, con dificultades para mantenerse sin caer en aquella pendiente, hallándose al mismo tiempo arrollados por los caballos y, a menudo, por carros a la deriva caballos aterrorizados, sin jinetes, se precipitaban allí donde les conducía el miedo a través de las filas o de frente. Entretanto, aquellos bretones que, situados en la cima de las colinas, aún no habían entrado en combate, y que, con toda tranquilidad, despreciaban nuestra inferioridad numérica, comenzaron a descender poco a poco y a acosar la retaguardia de los vencedores; pero temiendo precisamente esa maniobra, Agrícola opuso a su avance cuatro cuerpos de caballería que había reservado para hacer frente a las necesidades imprevistas de la batalla; a los asaltantes se les puso en fuga y se les dispersó con tanta mayor rapidez debido a la seguridad con que habían cargado.»

Cuando los bárbaros advierten que han sido derrotados, unos se rinden: se les hace prisioneros, a la espera de venderlos como esclavos, o se les mata de inmediato.[182] Otros huyen. Da entonces comienzo la persecución. En ese momento, todos los especialistas en cuestiones bélicas recomiendan actuar con una extremada prudencia;[183] no hay que caer en una trampa, en una emboscada. Previamente, los legionarios exploran metódicamente el terreno.[184] Después, la caballería parte en persecución de los enemigos en fuga.[185] Una inscripción, descubierta recientemente, explica una escena de la Columna Trajana, que se encuentra reproducida igualmente en el monumento de Adam-Klissi:[186] Tiberius Claudius Maximus, originario de Filipos, en Macedonia, ha alcanzado a Decébalo, el rey de los dacios, y le ha dado muerte antes de que este último haya tenido tiempo de suicidarse; después ha decapitado a su víctima y ha llevado su cabeza a Trajano. Finalmente, cuando se hayan ya seguros de que no corren riesgo alguno, los soldados saquean los bagajes de los vencidos.

Finalizada la batalla, los romanos deben ejercitar su *pietas*, es decir, destinar a los hombres y a los dioses lo que les es debido a unos y a otros. Mientras los médicos curan a los heridos, los vivos entierran a los muertos;[187] Marcus Caelius, centurión muerto en el desastre de

182. Tácito, *Agr.*, XXXVII, 3.
183. Onesandros, VI, 11, y XI; Tácito, *Agr.*, XXXVII, 6; Frontino, *Strat.*, II, 9, 7.
184. Tácito, *H.*, III, 54, 4; Frontino, *Strat.*, I, 2.
185. Columna Trajana, n.os 106-108; Columna Aureliana, n.º LXXII.
186. *L'Année épigraphique*, 1969-1970, n.º 583; M. Speidel, *Rev. Archéol.*, 1971, pp. 75-78 (Columna Trajana, n. precedente).
187. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 1, 5 (46); *Corpus inscr. lat.*, XIII, n.º 7.323.

Varus, ha podido ser enterrado en Xanten, en la provincia de Germania.[188] Los vencedores dedican un trofeo: construyen un muñeco revestido de armas diversas tomadas al enemigo; para eternizar ese monumento de acción de gracias se le puede reproducir en bronce o esculpirlo en piedra, y adornarlo con mármol: en Adam-Klissi es donde se encuentra la más imponente de las construcciones de ese género actualmente conocidas.[189] Finalmente, de regreso a Roma, si sus soldados le habían aclamado en el campo de batalla, el general romano puede recibir del emperador los honores de la ovación[190] o, a falta del propio triunfo, las condecoraciones triunfales (debido a sus implicaciones religiosas, examinaremos con mayor detalle esas ceremonias más adelante).

Conclusión

Es evidente que, cuanto más se avanza, más se constata el hecho de que el ejército romano nunca ofrece la imagen de ser una horda desorganizada: cuando se desplaza, a cada una de las unidades se le asigna un lugar preciso; en las operaciones de los asedios y en los combates a campo abierto, cada cuerpo de ejército debe ocupar un punto determinado. No se deja al azar ningún movimiento y, lo que no tiene menos importancia, los hombres han reflexionado sobre el orden de marcha y el de combate: existe, por tanto, una ciencia militar romana, incluso aunque se inspire a menudo en el pensamiento griego. Pero la puesta en práctica de esas técnicas implica una perfecta colaboración entre oficiales y soldados; los primeros deben saber, los segundos obedecer. Una armonía de esa clase no puede existir sin un reclutamiento de calidad y sin una instrucción constante.

188. H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.º 2.244.
189. F. B. Florescu, *Monumentul de la Adam-Klissi*, 1959.
190. Tácito, *An.*, III, 19.

CAPÍTULO VI

LA ESTRATEGIA: EL CAMPAMENTO PERMANENTE. DESALENTAR LA AGRESIÓN

Es posible que el estudio de la táctica haya podido parecer que presentaba un aspecto demasiado profesional, demasiado técnico. No obstante, era necesario, pues los generales romanos organizaron su estrategia en función del armamento y de la capacidad de maniobra de las tropas con que contaban.

Creemos conocer bastante bien esta organización militar; recordarla consigue que, de inmediato, nos vengan a la mente algunos vocablos y ciertas imágenes: automáticamente pensamos en el excesivamente famoso *limes*, en las grandes fortificaciones y en los ejércitos de provincias; vemos a las legiones de Germania superponerse al muro construido en Britania bajo Adriano, y el Gran Campamento de Lambese deja paso a alguna otra fortificación levantada en Siria o en cualquier otro país del Danubio. No obstante, debemos hacer una primera constatación a propósito del *limes*: si no errores, los manuales mantienen aún ciertas inexactitudes tanto sobre la palabra como sobre la realidad que ésta cubre.[1] Del mismo modo, las excavaciones han sacado a la luz numerosos campamentos permanentes; la disposición de las partes que los componen presenta un gran interés y merecerían ser mejor conocidos de lo que lo están en la actualidad.[2] En cuanto al dispositivo que se realizaba en cada una de las regiones, no ha sido aún objeto de un estudio de síntesis:[3] carecemos de un enfoque geográfico global del ejército romano. No obstante, antes que nada presentaremos dos elementos que se encuentran presentes siempre: las defensas puntuales y las defensas lineales, las fortificaciones y las murallas.

1. G. Forni, entrada «*limes*» del *Dizionario epigr.*, IV, 34 s., ofrece un excelente principio de puesta a punto sobre esta cuestión.
2. H. von Petrikovits, *Die Innenbauten römischer Legionslager während der Prinzipatszeit*, 1975: libro notable que merecería su traducción.
3. J. Szilagyi, *Acta Ant. Acad. Sc. Hung.*, II, 1953-1954, pp. 117-219: importante investigación, aunque únicamente epigráfica.

Sin embargo, conviene empezar por recordar una vez más las condiciones de su realización.

Roma y sus enemigos: ¿ataque o defensa?

En efecto, parece lógico admitir que la estrategia romana ha ido variando en función de los enemigos efectivos o potenciales a los que debía hacer frente. Y si un propósito de esa clase no ha inspirado al organizador del Imperio, es indudable que sus sucesores han debido adaptar su política a la actitud de los adversarios. Pero tomemos las cosas con calma: no se trata de contarlo todo sobre los bárbaros en unas pocas páginas, sino solamente de definir las características militares de cada pueblo, a fin de comprender cómo Roma debió enfrentarse de forma diferente a unos y otros.

Los enemigos

Si seguimos un orden geográfico, quizá lo más sencillo, comenzaremos por dos casos particulares: Hispania y Britania. La península Ibérica exigió más de dos siglos de luchas hasta su conquista definitiva; la combatividad de los «indígenas» había alcanzado mucha fama y Roma reclutó a muchos de ellos para sus unidades auxiliares. No obstante, después de Augusto, parece que la paz se instaló ya allí y la VII Legión Gemina parece controlar tanto las minas del noroeste como a los hombres del país. Por otra parte, éstos, situados con la mar a la espalda, no contaban con refugio posible alguno.

Por el contrario, los bretones (habitantes de la actual Gran Bretaña) siempre conservaron entre sus filas a algunos irreductibles; los caledonios del norte de la isla nunca pertenecieron al Imperio. Su valor guerrero y su número representaron siempre una dificultad para el mando romano, que debía aprovecharse, por tanto, de sus divisiones políticas. Ese peligro aumentó todavía más en el siglo III, por los ataques de los piratas sajones.

En el continente, por detrás del Rin y del Danubio, el inmenso pueblo de los germanos, cuya excelencia en el combate no hay por qué volver a establecer, se beneficiaba de tres ventajas: su combatividad, su demografía y la longitud de las fronteras que Roma debía defender. Esa amenaza se volvía aún más real cuando a los germanos se les añadían pueblos nómadas procedentes del este, como los sármatas o los rosulanos. La debilidad de esos bárbaros residía en su fragmentación política; de ahí el peligro que podía representar Arminio, el ven-

cedor de Varus, cuando inició un movimiento de unificación. De ahí que, cuando se constituían confederaciones, aumentaba el peligro. Además, en la margen izquierda del Danubio inferior, en la actual Rumanía, habitaban los dacios, que contaban en su mano con varias bazas: su riqueza (el célebre «oro de los dacios»), su ausencia de complejos frente al Imperio y, sobre todo, su organización; en efecto, estaban constituidos en reino. No obstante, su Estado no ocupaba una superficie extensa comparada con la del mundo romano. Sin embargo, en el siglo III aparece una nueva situación creada por todos esos pueblos de la frontera norte: fuertes sacudidas, en Extremo Oriente, fueron empujando unas contra otras a esas naciones que, como bolas de billar, proyectaron contra el Imperio a aquellas que se encontraban más cercanas.

Para comprender la importancia de ese siglo III conviene considerar igualmente lo que estaba sucediendo en Oriente. En Irán se encontraba el único Estado poderoso y centralizado próximo al Imperio romano. En los dos primeros siglos de nuestra era, la monarquía que ejercía el poder tenía costumbres relativamente pacíficas. Pero, entre el 212 y el 227, se produjo una revolución, y los persas sasánidas, que sucedieron a los partos arsácidas, instauraron un poder nacionalista, guerrero y, en el orden religioso, fanático. Lo que los historiadores de Roma llaman «la gran crisis del siglo III» se explica por la conjunción de dos agresiones: por el este, Irán pasa a la ofensiva, y lo mismo hacen los germanos por el norte, aunque por motivos distintos.

La frontera sur planteaba aún otros problemas. La principal amenaza la constituían los nómadas y los seminómadas, los nobadas y blemmías de Egipto, los moros y los númidas del actual Magreb. Merece subrayarse una particularidad de esas regiones: esas naciones habitaban tanto al norte como al sur de la frontera, que atravesaban, por lo demás, en el curso de sus desplazamientos. La principal tarea de los legionarios consistía, por tanto, en la vigilancia de sus movimientos. Al leer a algunos autores actuales se podría creer que África vivió tres siglos de insurrección permanente. No es necesario, sin embargo, ceder a esa ilusión óptica: una buena parte de los indígenas estaba incorporada a Roma (esa región nos ha legado innumerables ruinas, datadas en el Alto Imperio, ha producido escritores e incluso emperadores); en cuanto a los nómadas, poco numerosos y desorganizados, cualquiera que haya sido su coraje, no pueden compararse a germanos o a persas. No obstante, no debe olvidarse que, en caso de crisis en los demás frentes, sus revueltas sólo podían servir para añadir dificultades a las que debía afrontar el estado mayor romano.

Recientes investigaciones tienden a insistir en las influencias sufridas por los romanos en contacto con los bárbaros, pues adap-

taban su táctica a la clase de enemigo que tenían ante sí (en Mauretania, por ejemplo, utilizaban en primer lugar tropas móviles), y adoptaban aquellas armas que les parecían de mayor calidad. De hecho, esa concepción plantea un problema: parece limitar, quizá en exceso, aquella parte de conservadurismo que se atribuye al espíritu romano.

De todas formas, las relaciones con los bárbaros eran complejas. En Oriente, Roma se apoyaba en Palmira para luchar contra los partos y, después, contra los persas; en cuanto a los nómadas, contrariamente a lo que en ocasiones se ha escrito, algunos buscaban la alianza con Roma, mientras que otros preferían el conflicto.

El problema estratégico

¿Cuál es la estrategia de conjunto que se adoptó frente a todos esos pueblos? ¿Sobre qué principios básicos establecieron su plan los responsables militares romanos? Para Y. Garlan[4] no existe duda alguna de que se eligió la opción defensiva: «Desde el reinado de Augusto, la política exterior del Imperio, por encima de todo, trató de conservar y estabilizar los resultados conseguidos.» Esa afirmación se funda en el hecho de que, a la muerte de Augusto, en el 14 dC., el dominio romano se encontraba ya poco menos que delimitado definitivamente. No obstante, es necesario matizar esa aseveración, pues en principio, en su mentalidad colectiva, el pueblo romano no reconocía límite alguno a su poder: le competía dominar todo el mundo. Y el derecho se pone al servicio del imperialismo.[5] Dirigiéndose al ciudadano, Virgilio le habla de otras naciones:[6] «Impónles la práctica de la paz, premia a las que se someten y domeña a las orgullosas.»

Pero, en la práctica, ese objetivo era una utopía. En principio, ciertos vecinos podían presentar resistencia, y un episodio como el de Varus debía servir para calmar las ambiciones. Además, los medios no eran ilimitados: el estado mayor no había oído hablar nunca de Siberia o del Congo. Finalmente, ciertos territorios no presentaban ningún interés militar, económico o de cualquier otro tipo. Efectivamente, de ese modo, en tiempos normales, Roma adoptaba una estrategia defensiva. Pero debemos hablar de dos excepciones a esta regla. De una parte, de vez en cuando, se daban episodios de agresividad: sabemos

4. Y. Garlan, *La guerre dans l'Antiquité*, 1972, p. 103.
5. W. Seston, *Scripta varia*, 1980, pp. 53-63.
6. Virgilio, *En.*, VI, 852-853.

que cada conquista venía precedida por la creación de una o varias legiones; si nos remitimos al cuadro dedicado a la aparición de esas unidades (p. 35) veremos la frecuencia de esos episodios. Además, sabemos que, incluso después del 14, varios emperadores practicaron una política belicista y, por no citar más que los casos más flagrantes, nos limitaremos a Calígula (Mauretania), Claudio (Britania), Trajano (contra los dacios, los árabes y los partos), Marco Aurelio y Septimio Severo (también en Oriente).

Por otra parte, el respeto por los demás no era suficiente para impedir a los militares romanos llevar a cabo guerras preventivas y represalias. Sus vecinos estaban estrechamente vigilados, y la destrucción de un peligro potencial les pareció siempre el mejor medio para garantizar su propia seguridad. Teniendo en cuenta, por tanto, lo que propone el imperialismo y lo que imponen las realidades, trataremos de definir la estrategia del Imperio con una expresión antitética: ofensiva en la defensiva.

La logística durante las operaciones

Las anexiones de territorios y la construcción de medios de comunicación (vías y puertos) tienen una significación estratégica por lo que concierne a la logística, y esto es lo que demuestra un libro reciente e importante para nuestro propósito.[7] Los aprovisionamientos no se dejan al azar en la época del Imperio. En Oriente, los centros de producción para el ejército se encuentran en el litoral del mar Negro, la costa de Licia-Panfilia y Egipto: no hay nada nuevo en todo ello. Un ejército en campaña, mientras no ha llegado a territorio enemigo, puede contar con los notables municipales, con las comunidades de la provincia e incluso con intervenciones imperiales, más o menos directas. Un cierto número de personalidades, importantes unas, de rango más modesto otras, desempeñan un papel en el suministro de provisiones, concebido como un impuesto y llamado la «anona militar»; son el prefecto de la anona y los procuradores imperiales, el *praefectus orae Ponticae*, el primipilo y el *summus curator*. Lógicamente, los suministros están constituidos, en primer lugar, por trigo, pero eso no es todo. Un ejército en campaña tiene necesidad de vino y aceite, de armas, madera y pieles, de animales, tanto de monta como para transporte.

7. Th. Kissel, *Logistik des römischen Heeres*, 1995; J. Remesal Rodríguez, Heeresversorgung, 1997.

Evolución de las concepciones

Pero en tres siglos se constata una evolución. Esas transformaciones han sido objeto de estudio en dos obras importantes,[8] consagradas a la estrategia puesta en práctica por Roma, una en conjunto y la otra en el caso particular de las provincias ibéricas.

El primero de los autores a que nos referimos, E. N. Luttwak, califica de «hegemónico» el Imperio romano de los comienzos, con todo su territorio dividido en tres grupos, el de los que viven bajo administración directa, los que se encuentran bajo control diplomático y los que se hallan simplemente sometidos a su influencia. La época julio-claudia es la del «ejército experimental» (P. Le Roux): se instalan en las fronteras unidades extremadamente móviles, y a veces lejos de ellas. En la Galia, los campamentos de Arlaines, cerca de Soissons, de Aulnay, en Santonge, así como el de Mirebeau, cerca de Dijon, este último de época flavia, quizá demuestren el deseo de vigilar el interior del Imperio y también la voluntad de no exponer en demasía a las legiones a las incursiones y los golpes de mano del enemigo. Y el Danubio se halla asimismo defendido desde bastante lejos; en África igualmente, la III Legión Augusta no se encuentra en la proximidad de todos sus eventuales adversarios. Un sistema de Estados clientelares completa el papel de los soldados.

Con los Flavios se pasa al «ejército permanente» de P. Le Roux: las tropas romanas se sedentarizan y se acercan a los límites que separan romanidad y barbarie. Lentamente se va dibujando una doble evolución. Por una parte se pasa de «un Imperio hegemónico» a un «Imperio territorial» (E. N. Luttwak): las últimas zonas situadas bajo la influencia o el control diplomático se ven poco a poco sometidas a un régimen de administración directa. Por otra parte, se organiza la «defensa hacia adelante»: no es sólo que los soldados romanos acampen en la frontera, sino que, además, construyen vías en los países bárbaros, a lo largo de las cuales se instalan puestos avanzados y torres de vigía. De esa manera, en el siglo II, junto a los tanteos, el mando dispone de una protección «científica», una estrategia que E. N. Luttwak califica de «preclusiva» («que desvía»); en Hispania se encuentra un «ejército de paz» (P. Le Roux).

Pero, con la crisis del siglo III, la situación evoluciona una vez más. Los responsables adoptan una actitud más defensiva: a menudo se abandonan los puestos avanzados, y las guarniciones se hallan de

8. E. N. Luttwak, *La grande stratégie de l'empire romain* (trad. fr.), 1987; P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982. Véase también Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, y B. Isaac, *The limits of Empire*, 1990, Oxford.

nuevo instaladas detrás de la frontera («la defensa en profundidad» de E. N. Luttwak). La ausencia de imaginación ofrece la impresión de que se está ante un «ejército inmóvil» (P. Le Roux). De hecho, las unidades no se desplazan demasiado, si no es para tratar de tapar una brecha; pero han perdido la iniciativa.

No hay que quedarse, sin embargo, con esta impresión pesimista. A menudo, el Estado romano actuó así porque quería, pues disponía de medios importantes. En primer lugar está el aspecto psicológico: todo el mundo sabe qué deseaba Roma, pues su política era clara. En segundo lugar, es preciso recordar la actividad diplomática; ciertamente, las conferencias y los debates desempeñan un papel importante, pero secundario si lo comparamos con el poder del dinero (para obtener la paz, Domiciano hubiera preferido comprar a los dacios que combatirlos). Además, los tratados contienen a menudo cláusulas que mencionan rehenes (este punto no ha sido hasta ahora bien estudiado):[9] los soberanos que quieren hacer demostración de su buena fe envían a algunos de sus parientes a la corte imperial. Pero, para garantizar la seguridad del Imperio, lo esencial son las fuerzas militares, el ejército y las fortificaciones que éste ha levantado.

La organización defensiva: la estructura de conjunto

Generalidades

Efectivamente, para aplicar su política, el Estado romano configuró paulatinamente lo que se conoce en general como *limes* (más adelante explicaremos por qué ese término no es exactamente adecuado). Se trataba de una zona defensiva que rodeaba casi por completo la cuenca mediterránea. En el espíritu de sus iniciadores, esa organización militar comprendía tres elementos: los dioses, los hombres y las piedras. En efecto, no podía llevarse a cabo ninguna empresa sin la asistencia divina, y los romanos, que se consideraban de buen grado como el pueblo más piadoso del mundo, estaban íntimamente persuadidos de ello (véanse pp. 331 y ss.). Como es lógico, asimismo se necesitaban soldados, legionarios, auxiliares y marinos: ya hemos hecho su presentación, pero volverán a aparecer una vez más en estas páginas. No obstante, el aspecto más original de ese conjunto se hallaba constituido por las construcciones, que clasificaremos en dos grupos: las «defensas lineales», largos muros levantados frente a los bár-

9. Frontino, *Strat.*, II, 11, 1; Tácito, *An.*, XI, 19, 2; Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 6, 4 (357); Plinio el Joven, *Pan.*, XII, 2.

baros, algo así como murallas chinas reducidas, y las «defensas puntuales», torres, fortines y fortificaciones.

Era obligado velar porque los edificios estuviesen en buen estado de conservación, y convenía también que a los soldados no se les dejase a su aire. Esa necesidad se traducía en la existencia de inspecciones. Se sabe que, en el año 128, Adriano[10] se trasladó al norte del Aurès, para comprobar si la instrucción se practicaba de la manera adecuada, y si el campamento y el campo de maniobras se hallaban en un cuidadoso estado de conservación. Por la misma época, Arriano,[11] general y estratega, efectuó una gira alrededor del Ponto Euxino, el actual mar Negro: «Nos encontramos en Apsarus, donde se hallan establecidas cinco cohortes... He inspeccionado las armas, las fortificaciones, los fosos, los enfermos y los aprovisionamientos de víveres.» Por aquel tiempo, visitó también allí otra guarnición: «ese mismo día, hemos podido... ver los caballos, los jinetes que se ejercitaban en la monta, el hospital, los aprovisionamientos, después de dar una vuelta por los muros y los fosos.» Esos textos son significativos, demuestran que un oficial romano debía tener dos preocupaciones permanentes: las piedras y los hombres.

La estructura teórica del sistema defensivo

Podemos presentar el esquema ideal del sistema defensivo de una provincia cualquiera (lám. XXXI, 29), pues a menudo encontramos siempre el mismo en Europa. Gracias a las excavaciones se están haciendo aflorar varios conjuntos de ese género; a veces, nos los ha revelado de un solo golpe la fotografía aérea, como en los casos de Siria y Numidia.[12] La importancia de esos descubrimientos conduce a una constatación que quizá sorprenda al hombre del siglo XXI: la «frontera» romana no quedaba reducida jamás a una línea, como son actualmente los límites entre los Estados; por el contrario, se hallaba constituida por una franja más o menos estrecha, que comprendía múltiples elementos.

El camino representa lo esencial de esta zona: por lo demás, ahí encontramos el sentido original de la palabra *limes*, que designa un sendero, una vía. Un camino paralelo al frente discurre, por tanto, protegiendo el flanco del enemigo. En ocasiones, es un obstáculo natural alargado, normalmente un curso de agua, como el Rin o el Danubio.

10. *Les discours d'Hadrien à l'armée d'Afrique*, Y. Le Bohec (ed.), 2003, París.

11. Arriano, *Periplo del Ponto Euxino*, VI, 1-2, y X, 3.

12. A. Poidebard, *La trace de Rome dans le désert de Syrie*, 1934; J. Baradez, *Fossatum Africae*, 1949.

En otros casos acompaña a una «defensa lineal» artificial: en Britania, los muros de Adriano y de Antonino se alargan siguiendo al menos un camino, y lo mismo sucede en Numidia en el caso de Seguia bent el-Krass. Cuando existe una barrera continua, río o muralla, se dice que nos encontramos ante un sistema cerrado, por oposición al sistema abierto que tenemos, sobre todo, en los desiertos de Siria, Egipto y África. No encontramos la misma situación en Europa y en Oriente.

Todo el camino se halla salpicado por «defensas puntuales». Grandes campamentos dan cobijo, cada uno de ellos, a una legión y sirven también de depósitos de víveres. Otros fortines menos importantes reciben igualmente aprovisionamientos, y las atalayas sirven de postas entre unos y otros. Cuando ese camino paralelo al frente discurre junto a un río, hay puertos que acogen a los navíos de la flota. En el caso de los sistemas abiertos, en zona desértica, el ejército trata de controlar los puntos de agua, los oasis: esa práctica había sido explicada por Tácito;[13] la fotografía aérea y las investigaciones sobre el terreno han mostrado cómo se había aplicado ese principio en Siria y en Numidia. Por detrás del camino se instalan otras fortificaciones. No obstante, es preciso desconfiar de los mapas: en las regiones militares, algunos arqueólogos han tendido a bautizar como campamentos numerosas ruinas que, como mucho, no eran a menudo más que granjas fortificadas.[14] Conviene no exagerar demasiado el papel de las colonias, villas pobladas por ciudadanos romanos, algunas de las cuales, ciertamente, se habían instalado cerca de la frontera. Es verdad que, si era necesario, los campesinos que las poblaban podían tomar las armas, con mayor eficacia todavía cuando se trataba de veteranos. No obstante, al final de la época republicana, en el 63 aC., Cicerón había dicho de ellas que eran «las trincheras del Imperio», las *propugnacula Imperii*.[15] Es también cierto que, allí donde se encontraban, constituían focos de romanización y contribuían, por tanto, indirectamente a la pacificación de la región. Sin embargo, su principal razón de ser residía en el campo de la economía: tenían como función esencial la explotación del territorio en que habían sido levantadas.[16]

Más allá del camino, en ese momento y durante el periodo en que dominó la teoría de la «defensa ofensiva», sobre todo en el siglo II, se constata que los militares romanos desplegaron una actividad incansable. En efecto, las autoridades consideraban que era mejor

13. Tácito, *An.*, XV, 3, 4. B. Isaac, *op. cit.*
14. Ph. Leveau, *Bull. Comité Trav. Hist.*, 1972, p. 17; N. Benseddik, *XIIe Congrès du limes*, 1980, pp. 977-998.
15. Cicerón, *De lege agraria*, II, 73.
16. Tácito, *Agr.*, XVI, 1; *An.*, XIV, 31, 5.

vigilar de cerca a los bárbaros.[17] En un mapa pueden distinguirse tres zonas sucesivas: un sector de ocupación militar continua, los territorios bajo control y las zonas enteramente independientes, no sometidas. Por tanto, en el segundo de esos espacios pueden observarse construcciones, especialmente alejadas de los caminos: las más avanzadas se hundían profundamente en el corazón del dominio bárbaro. Encontramos también torres, unas para servir como postas de las estafetas, otras utilizadas para transmitir mensajes: existía una especie de telégrafo Chappe, valiéndose de combinaciones de antorchas para comunicar noticias.[18] Finalmente, la ingeniería había instalado puestos avanzados: temporales, en un primer momento, como los que Germánico hizo construir entre los ubianos,[19] en la región de Colonia, se volvieron muy rápidamente permanentes; del mismo modo que la serie de fortines levantados en Tripolitania[20] y en Numidia[21] bajo Septimio Severo.

Esa organización estática servía de apoyo a elementos móviles. Las rutas eran recorridas por mensajeros, pues se concedía mucha importancia a la información (p. 174, n. 46), proporcionada tanto por la vista como por el oído. La primera de ellas podía proceder de numerosas fuentes. El estado mayor utilizaba mapas,[22] así como las observaciones ofrecidas por los vigías de las torres; igualmente, enviaba exploradores a zonas alejadas, ya fueran aislados o en patrullas. Podía también hacer incursiones: bajo Nerón, los pretorianos remontan el Nilo[23] (no son, sin embargo, los primeros militares romanos que siguieron esa vía); en el año 174, una pequeña expedición sobrepasa el Djebel Amour, una montaña situada bastante más allá del África civilizada.[24] Tenemos, por último, los organizadores de grandes expediciones, como las que exploraron las regiones saharianas y que han sido estudiadas por J. Desanges.[25] Pero los oficiales utilizaban también el boca a boca, es decir, la información de oído: interrogaban a los caravaneros y a los jefes indígenas con quienes mantenían relación.

Existía, por tanto, una zona defensiva relativamente amplia en la que se encontraba el ejército de fronteras. Esa franja de territorio comprendía un eje central, un camino y otras construcciones milita-

17. R. Rebuffat, *Bull, Arch. Maroc.*, IX, 1973-1975, pp. 317-408.
18. R. Rebuffat, *Mél. École Fr. Rome*, XC, 1978, pp. 829-861.
19. Frontino, *Strat.*, II, 11, 7.
20. R. Rebuffat, *Comptes Rendus Acad. Inscr.*, 1969, pp. 189-212; 1972, pp. 319-339; y 1975, pp. 495-505; P. Trousset, *Limes tripolitanus*, 1974, pp. 149-150.
21. G.-Ch. Picard, *Castellum Dimmidi*, 1947.
22. P. Arnaud, *Mél. Éc. Fr. Rome (Mod.)*, XCVI, 1981, pp. 537- 602.
23. Plinio el Viejo, *H. N.*, VI, 35.
24. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 21.567.
25. J. Desanges, *L'activité des Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, 1978, pp. 189 ss.

res, vías secundarias, fortificaciones, fortines y torres; según los casos, se apoyaba en un río o en una «defensa lineal».

El vocabulario

A continuación debemos preguntarnos qué nombre daban los antiguos a ese espacio. La cuestión reviste tanta mayor importancia cuanto que algunos de nuestros contemporáneos han utilizado varias palabras latinas a menudo de manera equivocada.

El término más importante, el de *limes*, ha sido también el peor tratado. Sin embargo, en el momento actual se conoce su sentido preciso (véase n. 1). En origen, designa un sendero, una ruta o el límite entre dos campos. Rápidamente adoptó una acepción «bidimensional» (G. Forni); se aplica entonces a una franja de terreno que comprendía un camino y que tenía, por ello, varias razones de ser: definido de manera jurídica, es el espacio que separa dos terrenos o el que es necesario para un acueducto; desde el punto de vista religioso, es el terreno que rodea una sepultura; en el dominio militar, ese término cubre un conjunto formado por una ruta o una red y que se completa con diferentes fortificaciones. Pero aquí debemos aportar dos precisiones. En primer lugar, esta última interpretación sólo ha hecho aparición tardíamente (no encontramos su primer uso hasta el 97 dC.). Además, esa palabra no designa en principio el sistema defensivo en tanto que tal, en su conjunto. Normalmente va acompañado por un adjetivo o por un complemento del nombre que indican sus límites geográficos:[26] en el primero de los casos (*limes tripolitanus*, por ejemplo), hay que entender que sólo se refiere a una porción muy restringida de la zona situada bajo control del ejército, un segmento correspondiente a una ciudad, a un pueblo o a una región; en el segundo caso (*limes Raetiae*, por ejemplo), ese sector se extiende hasta alcanzar las dimensiones de una provincia. Podemos, por tanto, hablar de un *limes* tripolitano o de un *limes* de Retia, pero (aunque esa regla comporte excepciones) es mejor evitar hablar de *limes* en solitario. En cualquier caso, hay que tener en cuenta que el empleo de esa palabra con ese sentido es tardío y no siempre ha sido atestiguado en las inscripciones ni en los textos literarios. Podemos traducirlo por la expresión «sistema defensivo».

Además, en el interior de la misma provincia se ha insistido en que la seguridad podía estar garantizada por varias organizaciones articuladas entre sí: de esa forma, la frontera de África[27] se halla prote-

26. G. Forni, *IXe Congrès du limes*, 1974, pp. 285-289.
27. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 8.

gida por una estructura compleja. En principio, está constituida por un nudo central que rodea el macizo del Aurès; se instalan algunas defensas suplementarias al norte de la zona militar, notablemente en Cartago; finalmente, del macizo aurasiano parten brazos que se alargan por el Sáhara de Numidia y cubren Tripolitania.

También han sido utilizadas otras palabras.[28] El concepto «pretentura» *(praetentura)* recoge realidades muy diversas. Su interpretación más rigurosa la volvemos a encontrar en el lenguaje de los *gromatici*, los agrimensores, a propósito de los campamentos: designan así la parte de la fortificación que se extiende entre la vía «principal» y la puerta pretoriana. Ese término puede aplicarse igualmente a un puesto avanzado, a una fortificación permanente levantada en territorio enemigo.[29] Designa también a veces una ruta, un camino paralelo a la frontera: algunas inscripciones[30] dicen que los emperadores Septimio Severo y Caracalla «han ordenado que fuesen colocados los hitos miliarios de la nueva pretentura». Finalmente, esa palabra se emplea en un sentido parecido al de *limes*; otro documento epigráfico[31] menciona a un personaje llamado Quintus Antistius Adventus Postumius Aquilinus quien, en el año 168, lleva el título de «legado imperial para la pretentura de Italia y de los Alpes durante la expedición contra los germanos».

Como la frontera militar coincide a veces con el curso de un río, se la designa igualmente con el nombre de «ribera», *ripa*, que, en su origen significa simplemente «orilla» (de un río);[32] más tarde, la costumbre le añadió una implicación defensiva:[33] se trata de la ribera en que se encuentran soldados, fortificaciones o ambas cosas. En el siglo III, al término de esa evolución, esa palabra vuelve a acoger el significado del *limes* en su acepción geográficamente más limitada: encontramos un *dux ripae*, cuyo título está muy próximo al de *dux limitis*, en Dura-Europos, en el Éufrates.[34]

De cualquier forma, debe señalarse que ninguno de esos tres términos *(limes, praetentura, ripa)* designa normalmente el sistema defensivo del Imperio como tal, en su conjunto: su empleo implica en principio una limitación a un sector geográfico restringido.

28. *Esse in procinctu* significa solamente «estar en uniforme de combate» y no «estar cerca del teatro de operaciones» ni «en el sector de guerra» (véase p. 171); *ora* designa el litoral marítimo, a veces con connotaciones defensivas: H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.os 2.672, 2.714, 2.714a, 2.715-2.717; Plinio el Joven, *Ep.*, X, 21.

29. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 158, 15.

30. *Corpus inscr. lat.*, VIII, esp. n.º 22.602.

31. H.-G. Pflaum, *Inscr. lat. Algérie*, II, 2, 1976, nº 4.681.

32. H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.os 2.709 y 2.737.

33. Tácito, *H.*, III, 46, 4; *An.*, I, 36, 2 y XV, 3, 3.

34. J. F. Gilliam, *Transactions Amer. Philol. Assoc.*, LXXII, 1941, pp. 157-175.

LAS «DEFENSAS LINEALES»

En ocasiones, en esas zonas militares, los romanos construyeron «defensas lineales», largos muros destinados tanto a impedir las infiltraciones de los bárbaros como a marcar el límite jurídico del espacio que no se debe franquear so pena de ser declarado enemigo; son asimismo separaciones económicas, culturales y morales que aíslan dos civilizaciones.[35]

Es inútil volver a referirnos a los *bracchia* a que hemos hecho referencia anteriormente (véase p. 189). Por el contrario, no se pueden pasar por alto algunas fortificaciones de ese género, conservadas las más conocidas en la isla de Britania (muros de Adriano y de Antonino), en la Germania Superior, al sur del Aurès (Seguia bent el-Krass) y en Mauretania Tingitana. El principio básico presenta una gran sencillez (lám. XXXI, 30): se prepara una fortificación elemental[36] del tipo analizado más arriba, de una cierta longitud, y que comprende un foso, una elevación de tierra y una empalizada (lám. XXVI, 19). Esta última puede estar constituida por tierra vegetal, hierba o por una empalizada de madera, o incluso por un muro de ladrillo o de piedra. Tiene un camino en paralelo, en ocasiones un simple sendero, en otros casos una verdadera vía que, a veces, se halla incluso desdoblada: ese eje de comunicación, elemento esencial de las defensas lineales, se encuentra situado a veces ante el *uallum*, a veces por detrás de él. Otro componente que no se puede olvidar es el que representan torres y campamentos. Como en el caso de un *limes* abierto, esos edificios pueden estar levantados en una desviación del eje viario, o lejos de él, en avanzadilla o en retaguardia. Pero, en ocasiones, se hallan integrados. Pueden apoyarse contra la fortificación que les proporciona uno de sus cuatro muros, o incluso encontrarse por encima de la propia fortificación.

Es evidente que los especialistas se han preguntado por la eficacia de esas barreras: podían ser atravesadas por uno u otro de los extremos, y no es cierto que hayan opuesto una resistencia insalvable al asalto de una tropa numerosa, equipada con arietes y escalas. Esas insuficiencias, esos límites, quizá expliquen por qué el Imperio no fue rodeado totalmente por una gigantesca «muralla china» que, sin duda, sus ingenieros y soldados eran muy capaces de levantar. De hecho, las autoridades militares romanas han preferido recurrir de manera sistemática a las «defensas puntuales», más que a las «lineales».

35. D. J. Breeze y B. Dobson, *Hadrian's Wall*, 1976, pp. 233-234; J. Napoli, *Recherches sur les fortifications linéaires romaines*, 1997, París-Roma.

36. Hay que evitar los términos de *clausura* y *fossatum*, pues aún está por definir su sentido preciso, desde el momento en que sólo contamos con una inscripción que emplea de manera explícita uno u otro.

LAS «DEFENSAS PUNTUALES». EL CAMPAMENTO PERMANENTE

Contamos con una enorme variedad de fortificaciones romanas; esa diversidad se expresa, en primer lugar, en el campo del vocabulario, pues son varias las palabras para designar recintos de tamaños diferentes, y su empleo varía también en función de la época.

El vocabulario latino de las fortificaciones[37]

En latín se conocen como *munimenta*[38] varias clases de fortificaciones, en particular un simple muro. El propio campamento se designa con el nombre de *castra* cualquiera que sea su extensión, pero no existe otra palabra para un establecimiento de grandes dimensiones, es decir, capaz de acoger a toda una legión. A las fortificaciones permanentes se les llaman «campamentos permanentes» o «campamentos de invierno» (*castra statiua*, *castra hiberna* o, resumido, *hiberna*), en contraposición a los «campamentos de verano» *(castra aestiua)*; levantados al atardecer de cada etapa durante las expediciones (véase p. 179), esas denominaciones[39] se explican por el hecho de que los soldados romanos se preparaban para la guerra en la estación más fría y partían en campaña con el retorno del buen tiempo.

Existían apelativos diversos para las fortificaciones de pequeñas dimensiones. Un *castellum*[40] es un campamento pequeño: el propio nombre es un diminutivo, pero se llama de esa manera, en el lenguaje civil, a una pequeña comunidad que carece del estatuto de colonia o de municipio (en este caso, la definición es jurídica). También se emplea el término *burgus*, fuera del estamento militar, para designar a una asociación de derecho público, a una aldea que poseía un embrión de municipalidad. Cuando se trata de soldados, puede encubrir varias realidades diferentes, y, antes que nada, una torre (el latino *burgus* pertenece a la misma familia que el griego *purgos*),[41] o se ha utilizado incluso como diminutivo de *castellum*, a su vez diminutivo de *castra*. Pero lo que parece conferir originalidad a ese vocablo es que implica una idea de función, en particular de vigilancia, en la expresión *burgus speculatorius*;[42] esos pequeños puestos tenían como misión la de garantizar la seguridad en los

37. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 8.
38. Tácito, *An.*, III, 26, 2; *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.os 2.546 y 2.548.
39. La oposición es clara en Tácito, *H.*, III, 46, 4; *An.*, I, 16, 2, y 30, 3.
40. Tácito, *Agr.*, XIV, 3; XVI, 1; XX, 3; XXV, 3.
41. G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 426, 26.
42. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.os 2.494 y 2.495.

caminos[43] y velar por el mantenimiento del buen orden en los pueblos.[44]

Cuando se encuentra mencionada una *statio*, se está haciendo referencia a una construcción pequeña, análoga a un *burgus*, pero no necesariamente fortificada; además, cuando nos enfrentamos a ese término, podemos dudar entre varias posibilidades. Eliminemos en primer lugar una interpretación atestiguada, pero que aquí no tiene sentido: en una gran fortificación, se da ese nombre al puesto de policía.[45] Fuera de ese contexto, la idea principal relacionada con el vocablo es la de lucha contra el bandolerismo;[46] debe remarcarse que los soldados destacados en una *statio* son, por lo general, suboficiales, en particular beneficiarios; finalmente, el empleo de esa palabra implica una cierta permanencia, una larga duración en la ocupación del lugar.[47] Interesa en ocasiones contar con guarniciones para garantizar la seguridad de las rutas:[48] Aquilea, donde residían beneficiarios, ha servido de punto de origen para la numeración de los miliarios de las vías que atravesaban las provincias de Retia, Nórica, Dalmacia y Panonia. Sin embargo, en África,[49] varios de esos puestos se hallan situados en desviaciones de los grandes ejes, y no se corresponden tampoco con los centros administrativos de los dominios imperiales.

Pero eso no es todo. Hay inscripciones que mencionan igualmente el vocablo *centenaria*;[50] todo lo que se sabe con certeza es que la raíz «cien» *(centum)* se halla incluida en aquella palabra. Pero será difícil decir cuáles son los objetos o los seres que deben contarse hasta alcanzar ese número. Cuando se tiene algún conocimiento de ellos, esos campamentos son de pequeña extensión y tardíos: el más antiguo de los actualmente descubiertos fue objeto de una restauración en el año 246, pero no debió de ser construido mucho tiempo antes;[51] quizá debamos buscar en Retia el modelo arquitectónico original. Y entre las construcciones de dimensiones modestas nos queda por hablar del *praesidium*. A decir verdad, esa palabra designa en principio a los hombres, o sea, una guarnición,[52] y conservó durante mucho tiempo ese signifi-

43. *Talmud de Jerusalén, Eroubin*, V, 1.
44. *Talmud de Jerusalén, Aboda Zara*, Iv, 1.
45. Tácito, *H.*, I, 28, 1.
46. Suetonio, *Aug.*, XXXII, 3.
47. H. Lieb, *Mél. E. Birley*, 1965, pp. 139-144; J. Sasel, *X[e] Congrès du limes*, 1977, pp. 234-244.
48. A. von Domaszewski, *Westd. Zeitsch. f. Gesch. u. Kunst*, XXI, 1902, pp. 158-211.
49. Y. Le Bohec, *Bull. Comité Trav. Hist.*, 1984, pp. 54 ss.
50. W. Schleiermacher, *Mél. F. Wagner*, 1962, pp. 195-204; D. J. Smith, *Libya in History*, 1968, pp. 299-311 y 317-318.
51. *The Inscriptions of Roman Tripolitania*, n.° 880.
52. Tácito, *Agr.*, XIV, 5.; XVI, 1; XX, 3; *Talmud de Babilonia, Mo'ed Katan*, 28b.

cado. Después, pasa del contenido al continente, y se aplica entonces a la fortificación que abriga a los soldados. En el Alto Imperio puede considerarse un equivalente de *castra*, y de *castellum* en el Bajo Imperio.

El más pequeño de los recintos conocidos por los arqueólogos posee, en latín, dos nombres: *turris* y *burgus*.[53] Aisladas, las torres cumplen varias funciones: sirven de puestos de observación (vigías), de postas de transmisiones, o de defensas avanzadas; pueden constituir también un punto de parada obligada cuando cierran un valle, o una fortificación complementaria cuando se hallan entre dos campamentos. Nos encontramos con una elevada variedad de planos; normalmente, presentan una forma cuadrada o rectangular, con apariciones más raras de trapecios o círculos. Esa variedad no es fruto del azar, pues, en ese campo, no se deja nada a la fantasía de los arquitectos: de hecho, las torres cuadradas presentan la ventaja de poder construirse con mayor rapidez, pero el inconveniente de ofrecer menor resistencia a arietes y balas de piedra que las torres circulares, más difíciles de levantar, pero más sólidas.

El campamento permanente: su composición

Para comprender cómo estaba organizado el espacio en el interior de los *castra*, es preciso estudiar el ejemplo de una gran fortificación, de aquellas que habían sido concebidas para abrigar a una legión, pues es ahí donde encontramos el mayor número de edificios (lám. XXXII). La primera regla que aceptar en ese campo impone evitar el esquematismo: no existe un prototipo único; sería imposible asimilar un campamento a un pabellón prefabricado. Además, y como ha demostrado J. Lander (véase n. 55), la evolución no sigue el mismo ritmo en las diferentes regiones del Imperio. No obstante, se pueden distinguir algunas grandes líneas, algunos trazos permanentes.

El primer problema consiste en elegir el emplazamiento cuidadosamente. Esa tarea incumbe a los oficiales y al *metator*, obligados a obedecer a los mismos principios que se debían establecer para los *castra aestiua*: buscan un lugar fácilmente defendible, que no se vea amenazado por un desplome; velan por que el terreno esté en pendiente, para facilitar la aireación y la evacuación de las aguas sucias, y para reforzar el vigor de una eventual salida en caso de sitio; finalmente, y siempre en la hipótesis de esa eventualidad, deben asegurar la existencia de agua suficiente en el lugar elegido.

En la época de Adriano, en una inspección por las márgenes del mar Negro, Arriano[54] describió uno de esos campamentos permanen-

53. Columna Trajana, n.º 2.
54. Arriano, *Periplo*, IX, 3.

tes: «La fortificación (situada a la entrada del Faso), donde se hallan instalados cuatrocientos soldados de elite, me ha parecido, por la naturaleza de los lugares, muy fuerte y muy bien ubicada para proteger a quienes navegan por este lado. Dos largos fosos rodean la muralla. En otro tiempo, el muro era de tierra y las torres, colocadas encima, de madera; pero ahora el muro y las torres son de ladrillo cocido, y los cimientos sólidos. Sobre el muro se hallan colocadas máquinas; en resumen, se encuentra provista de todo lo necesario para que ningún bárbaro pueda acercarse, y poner en peligro de asedio a quienes lo guardan. Pero como era necesario que el puerto fuese seguro para los navíos, y como todo lo que hay fuera de la fortificación se encuentra habitado por hombres retirados del servicio y por algunos comerciantes, he creído conveniente, a partir del doble foso que rodea la muralla, construir otro foso que llegue hasta el río, y que cierre el puerto con todas las casas en el exterior del muro.»

La muralla constituye el elemento más importante de esa fortificación.[55] Está construida siguiendo el modelo de la fortificación elemental que ya hemos examinado a propósito de los campamentos de marcha y de las defensas lineales: encontramos la trilogía *fossa-agger-uallum* (lám. XXVI, 19), con un amplio espacio libre *(interuallum)* detrás del muro. No obstante, aparecen algunas particularidades. En principio puede haber dos y hasta tres fosos. Pero lo más interesante es el recinto. La primera cuestión que se plantea es la de su perfil: en un corte transversal, en el siglo I presenta el aspecto de un cuadrilátero irregular (lám. XXXIV, 32) y después, de un rectángulo. Esa evolución se explica por otra: el cambio en la elección de los materiales. En efecto, en la época julio-claudia, los soldados utilizan ramas, tierra y madera; a partir de la época claudia, después del año 69, los generales se dan cuenta de que los sistemas defensivos levantados hasta entonces gozarán de larga vida: se destruyen las empalizadas y se rehacen después en ladrillo o piedra, apuntalados con recubrimientos de tierra. Su espesor varía en principio entre 2 y 3,5 m. Finalmente, la construcción del Bajo Imperio está caracterizada por la reutilización: los obreros no se dirigen a las canteras o a las ladrillerías, sino que aprovechan fragmentos arquitectónicos de monumentos en ruinas, viejas estatuas, altares, sepulturas, etc., y los integran en sus propias murallas. La cima del muro se termina por una sucesión de almenas y baluartes (*propugnacula*: véase p. 185) muy variados (rectangulares, con aspillera central o en T).

55. R. Cagnat, *Manuel d'arquéologie romaine*, I, 1917, pp. 250-267; H. von Petrikovits, *Die Innenbauten röm. Legionslager*, 1975; J. Lander, *Roman Stone Fortifications*, 1983. Para el Bajo Imperio: S. Johnson, *Late Roman Fortifications*, 1983; M. Reddé *et alii*, *Le camp romain de Louqsor*, 1986.

Sobre el plano, el recinto se presenta normalmente bajo la forma de un rectángulo con los ángulos redondeados. Hablando de los campamentos de marcha, en la época republicana, Polibio había constatado, por el contrario, que el cuadrado gozaba del favor de los militares romanos. En el Alto Imperio ya no sucede lo mismo: es cierto que, todavía a principios del siglo II, y para construcciones provisionales, el Pseudo-Higinio recomienda que la relación longitud/anchura sea de 3/2. Pero las fortificaciones permanentes construidas por la misma época obedecen a principios diferentes: encontramos así 5/4 en El-Kasbat *(Gemellae)* y 6/5 en Lambese. Vegecio, que escribe en el siglo IV, pero que tiene la mente puesta en épocas anteriores, aconseja 4/3. Sea como fuere, en el siglo I, los campamentos se construyen siguiendo un plano normalmente rectangular, y excepcionalmente cuadrado. Por el contrario, en el Bajo Imperio, encontramos todas las formas, incluido el círculo; además, en esa época desaparece el *interuallum*: a veces las construcciones se apoyan en la muralla (es lo que se conoce como «acuartelamientos periféricos»).

Por lo general, el recinto cuenta con cuatro puertas,[56] construidas cuidadosamente, pues representan un punto débil en caso de asalto (en la época julio-claudia, en las murallas urbanas están diseñadas como un arco de círculo hacia el interior); a partir de Vespasiano se sitúan en las prolongaciones de la muralla. Para reforzarlas, los arquitectos las flanquean de torres: en los siglos I y II son simplemente cuadradas o rectangulares; pero, a partir de Marco Aurelio, aparecen modelos más variados, redondeados por un lado o en forma de pentágono.

Junto con los bastiones que las acompañan, las torres[57] constituyen precisamente un elemento importante de la muralla, aunque sólo fuera por el papel de apoyo que desempeñan frente a las piezas de artillería. Según J. Lander (véase n. 55), las primeras torres exteriores en ángulo aparecen después de las guerras contra los marcomanos, pero ese modelo no se generaliza hasta bien avanzado el siglo III. Recordemos lo que ya se ha dicho anteriormente: la planta circular presenta la ventaja de la solidez y el inconveniente de la dificultad de construcción, en comparación con la forma cuadrada, que se levanta con mucha mayor rapidez, pero que es menos resistente. En el Alto Imperio, la fachada exterior del muro es, a menudo, lisa; las construcciones que se le añaden están en la parte interior. En el siglo II, las murallas se hallan flanqueadas por bastiones internos en los ángulos y en los intervalos. En el siglo III, domina el rectángulo,

56. Th. Bechert, *Bonner Jahrb.*, CLXXI, 1971, pp. 201-287.
57. H. von Petrikovits, *Journ. Roman St.*, LXI, 1971, pp. 178 ss.

y el semicírculo a partir aproximadamente del año 250. Por el contrario, en el Bajo Imperio, los añadidos a la muralla se encuentran en la fachada externa. A las fortificaciones que tienen bastiones con ángulos rectos se las denomina «tetrárquicas» (por el sistema político impuesto por Diocleciano); de hecho, esa planta ha hecho aparición con toda seguridad bastante antes, previa a la profunda crisis del siglo III. Finalmente, en el siglo IV, reina una sorprendente diversidad: rectángulos, círculos y semicírculos se dan la mano, de acuerdo con las circunstancias que han presidido el nacimiento del campamento.

Pero los arquitectos no comienzan por la construcción de la muralla: su primera tarea consistía en la organización del espacio interior de la fortificación. En primer lugar se encuentra la *groma* (lám. XXVII, 23), instrumento que tiene cuatro plomadas, y que permite trazar vías en ángulo recto. El lugar en el que se coloca tiene tanta importancia que en Lambese quedó señalado por un «tetrapilo», un arco de triunfo de cuádruple fachada.[58] El campamento se divide en tres partes separadas por dos ejes: la vía «principal» diferencia la pretentura de los lados de los *principia* (más adelante nos detendremos en esta palabra), y la vía quintana se encuentra entre los lados de los *principia* y la retentura. Desde la *groma* parten los dos brazos de la vía «principal» y de la vía pretoriana, dirigida esta última en dirección a la puerta más cercana.

En los campamentos permanentes del Alto Imperio, la parte central la ocupan precisamente los *principia*,[59] llamados a menudo de manera errónea el «pretorio». Se trata de un conjunto de edificaciones que constituyen el centro de la fortificación. Al menos cuando se trata de extensos recintos de 20 ha, comprenden dos patios sucesivos; más pequeño el segundo que el primero, se transforma en basílica en la segunda mitad del siglo III: se añaden dos filas de columnas que la dividen en tres naves y que sostienen un techo. En el fondo se encuentra la capilla en la que se depositan las enseñas *(aedes signorum)* y que se presenta a menudo con el aspecto de una sala de extremada sencillez; en ocasiones, se halla decorada de tal manera que cuenta con un pequeño templo sobre un podio.[60] A partir del siglo II, un sótano instalado bajo esa cámara abriga los fondos de la unidad y los depósitos efectuados obligatoriamente por los soldados, que representan una suma que recuperarán al pasar a la vida civil. Siempre en el fondo,

58. *L'Année épigraphique*, 1974, n.º 723; H. G. Kolbe, *Röm. Mittheil*, LXXXI, 1974, pp. 281-300.
50. H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.º 9.176 (p. ej.).
60. G.-Ch. Picard, *Castellum Dimmidi*, 1947, pp. 127-131.

una serie de locales, a partir de Septimio Severo provistos de ábsides, es decir, que cuentan con un muro semicircular, reciben el nombre de «escuelas»:[61] eran los lugares en que se reunían los colegios de suboficiales constituidos con la autorización de Septimio Severo; por tanto, se trata de establecimientos que datan de principios del siglo III. Otras salas abrigan las oficinas (*tabularium legionis*, *tabularium principis*, depósitos de archivos, etc.). En Bu Njem, Libia, se ha encontrado incluso un pupitre con doble pendiente.[62] Las armerías[63] *(armamentaria)* se hallan dispuestas a los lados del primero de los patios. Finalmente una tribuna *(tribunal)* permite al oficial de mayor rango de la guarnición dirigirse a sus hombres: el rito de la *adlocutio*, el discurso a los soldados, desempeña un papel destacado en la civilización romana. Se advertirá, además, que en ciertos campamentos, construidos en el siglo IV, los arquitectos han apoyado los *principia* al fondo de la fortificación, contra la muralla.

No obstante, éstos (cualquiera que sea su extensión) jamás ocupan la mayor parte del campamento: en efecto, lo esencial de este último son los alojamientos. Los oficiales habitan en verdaderas casas ubicadas en el patio central, comprendiendo varias zonas, que se hallan situadas a menudo siguiendo la vía «principal», al lado contrario de los *principia*. La más grande de esas viviendas la ocupa el jefe del acuartelamiento, un legado imperial propretor si la fortificación abriga una legión: es a esta vivienda a la que debemos reservar el nombre de *praetorium*. El ejército ofrece menor intimidad a los centuriones y a los soldados: viven en los dormitorios para la tropa, dos series de salas que se reparten a uno y otro lado del patio central; en los extremos de cada uno de esos alineamientos se encuentran unos apartamentos más amplios reservados a los centuriones. Según H. von Petrikovits (véase n. 55), hay algunos suboficiales que cuentan con alojamientos mejores: son los *immunes*, los *principales*, los artilleros y los jinetes; otros locales, los menos confortables, están reservados a algunos auxiliares, a los que se admite en el recinto, y al servicio doméstico.[64]

Con unos cinco mil hombres, un campamento legionario equivale a un verdadero pueblo. Por tanto, se encuentra allí todo lo que pueda necesitar la vida cotidiana de una comunidad de esa clase: hospital, almacenes, talleres y termas, sin olvidar las letrinas públicas.

61. H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.° 2.375 (p. ej.).
62. R. Rebuffat, *Libya Antiqua*, XI-XII, 1974-1975, pp. 204-207.
63. Tácito, *H.*, I, 38, 6; G. Goetz, *Corpus gloss. lat.*, II, 25, 21; 502, 46; 528, 59; H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n° 9.178 (p. ej.).
64. J.-M. Carrié, *Mél. Ec. Franç. Rome*, LXXXVI, 1974, pp. 819-850.

Conocemos bastante bien los hospitales militares *(ualetudinaria)*. El de *Vetera* (en la actualidad Xanten, en los Países Bajos)[65] da una buena idea de la arquitectura de esos edificios. Fue levantado de planta cuadrada, midiendo 83,5 m de lado después de una ampliación (el campamento primitivo era más pequeño). Tenía dos series de salas dispuestas sobre tres lados, en U, y separadas entre sí por un pasillo; podía atender simultáneamente a doscientos enfermos o heridos. En el centro se encontraba un patio de 40,2 por 40,2 m, al que se accedía desde una sala. Se ha podido reconstruir también la cámara del médico y la farmacia. Han sido estudiados otros hospitales, especialmente los de Haltern, Lotschitz, Altenberg *(Carnuntum)* y Neuss *(Nouaesium)*, que en ocasiones presentan una planta rectangular.

Los edificios que cumplen una función económica ocupan más espacio. En primer lugar, cada legión cuenta con un taller o *fabrica*,[66] que abastece fundamentalmente una parte de las armas necesarias de la unidad. En principio, esa construcción tiene dos partes: la producción se halla asegurada en una serie de salas que se despliegan en U alrededor de un patio pequeño; los almacenes reciben aquellos objetos que producen los obreros.

Se necesitan almacenes sobre todo para los víveres, el aceite, el vino, los cereales; no importa únicamente poder satisfacer las necesidades regulares, sino que conviene además prever siempre la eventualidad de un asedio. Los graneros *(horrea)*[67] plantean dos difíciles problemas constructivos: las paredes soportan fortísimas presiones del cereal, que se comporta como un líquido, y, si son húmedos, los suelos acaban provocando la podredumbre de las provisiones que se han encargado de proteger. Se tenía previsto un sistema de drenaje para mantener secos esos espacios. Los muros alcanzan un grosor extraordinario, y se encuentran apuntalados por contrafuertes; construidos en madera, a principios del siglo I de nuestra era, rápidamente se ven sustituidos por edificios de piedra. En general, ocupan un espacio de 20-30 m por 6-10. Al examinar los planos de los *horrea*, según G. Rickman se distinguen cuatro tipos principales (véase n. 67): almacenes únicos, dobles, por parejas o incluso situados uno a continuación del otro. Las excavaciones han mostrado la existencia de particularidades regionales: en Britania, las habitaciones, largas y estrechas, se reparten alrededor de un patio central; en Germania, se han

65. R. Schultze, *Bonner Jahrb.*, CXXXIX, 1934, pp. 54-63; H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.º 9.174 (p. ej.).

66. E. Sander, *Bonner Jahrb.*, CLXII, 1962, pp. 139-161; H. von Petrikovits, *IXᵉ Congrès du limes*, 1974, pp. 399-407.

67. G. Rickman, *Roman Granaries and Store Buildings*, 1971; A. P. Gentry, *Roman Military Stone-built Granaries in Britain*, 1976.

encontrado ruedas de molino en las que aparecían los nombres de quienes las utilizaban: «centuria de C. Rufus», «centuria de Vireius»; parece que cada centuria se encargaba de moler el grano necesario para su propia alimentación.

También era necesario tener en cuenta el aprovisionamiento de agua. Canalizaciones, algunas de ellas subterráneas, unían el campamento a la fuente más próxima y, para evitar sorpresas desagradables, se mantenían reservas en cisternas. Ese líquido no era sólo precioso para beber. Las costumbres higiénicas de los romanos les empujaban a exigir grandes cantidades, y el problema se planteaba especialmente agudizado en las regiones desérticas. Los legionarios consideraban normal tomar baños con regularidad, y había termas en cada campamento:[68] se trata del único lugar de placer que haya existido jamás en un recinto militar; esa presencia se explica, sin duda, más por la eficacia médica atribuida a la frecuentación de esos lugares, que por su función recreativa. Las construcciones de ese género excavadas en las fortificaciones no parecen presentar característica particular alguna. Encontramos un vestuario, una sala fría, otra tibia, una tercera para la exudación y una última provista de agua caliente.

Calles, plazas y un centro administrativo, un hospital, graneros, un taller, termas y alojamientos, he aquí las principales construcciones que arqueólogos y epigrafistas han identificado en los campamentos romanos. Pero éstos podían ser más o menos grandes.

El campamento permanente: algunas notas sobre la superficie

De hecho, los campamentos permanentes ocupaban una superficie mucho más importante que la reservada a los recintos construidos en el curso de una expedición. Ese espacio variaba en función de la unidad acantonada en él. Desde ese punto de vista, las mejor conocidas son las fortificaciones previstas para una o dos legiones. Se sabe que, a principios del Imperio, los generales romanos confiaban enormemente en las grandes concentraciones de efectivos y, con mucha frecuencia, colocaban juntas dos unidades de ese tipo. Después, poco a poco las fueron dispersando y Domiciano prohibió expresamente que dos de ellas se establecieron en el mismo acantonamiento; actuaba así por motivos puramente políticos, pues temía un golpe de Estado.[69]

68. H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.º 2.620 (p. ej.).
69. Suetonio, *Dom.*, VII, 4.

Campamentos legionarios en el Alto Imperio

Épocas	*Lugares*	*Superficie (en ha)*	*Número de unidades*
Augusto	Haltern	36	2
	Oberaden	35	2
	Mayence *(Mogontiacum)*	35-36	2
Julio-claudios	Xanten *(Vetera)*	50	2
	Neuss *(Nouaesium)*	23-25	1
Tiberio	Altenburg *(Carnuntum)*	20	1
	Windisch *(Vindonissa)*	18 aprox.	1
Claudio	Bonn *(Bonna)*	27	1
	Lincoln	17	1
Vespasiano	Chester *(Deua)*	24 aprox.	1
	Caerleon *(Isca)*	19 aprox.	1
	Nimega *(Nouiomagus)*	28 aprox.	1
	León	20 aprox.	1
Domiciano	Inchtuthil	22	1
Trajano	Estrasburgo *(Argentorate)*	19	1
	Budapest *(Aquincum)*	24	1
Fin Trajano-principio Adriano	Lambese *(Lambaesis)*	20	1
179	Regensburg *(Castra Regina)*	25	1
v. 190	Lorch *(Lauriacum)*	22	1
Septimio Severo	Albano	10	1

El cuadro anterior demuestra que una legión se establecía sobre una superficie que variaba entre 17 y 28 ha. Hay sólo un caso que plantea problemas: en Albano, la II Legión Parta no disponía más que de 10 ha. Es posible proponer dos hipótesis. Esa unidad fue creada por Septimio Severo y ese emperador había permitido a los soldados «vivir con sus mujeres».[70] Por consiguiente, sólo los solteros residían en el campamento, pudiéndose reducir la superficie reservada a alojamientos. Pero se puede contemplar igualmente otra posibilidad: esa legión contaría con menos de cinco mil hombres. En cualquier caso, repitámoslo, no se trata más que de suposiciones.

En el momento en que pasamos a los auxiliares, la situación se complica aún más por tres razones. Por una parte, existía una enorme

70. Herodiano, III, 8, 5.

variedad de unidades: todos los soldados de un ala tienen caballos, mientras que en una cohorte sólo hay algunos que cuentan con ellos (se trata de una *cohors equitata*), y entre los *numeri* reina la más extremada variedad; además, algunos cuerpos son quingenarios y otros miliarios. Por otro lado, cuando hallamos una inscripción en un campamento de auxiliares, el texto no menciona siempre obligatoriamente todas las características de la tropa que ocupa el lugar. Finalmente, hay más de un ejemplo de campamento, previsto inicialmente para mil hombres, que fue evacuado en parte y confiado solamente a la mitad de esos efectivos. Esas dificultades explican que los historiadores no se hayan puesto siempre de acuerdo en esa cuestión. No obstante, quizá sea preferible ofrecer las razones de unos y otros: el futuro decidirá.

Los campamentos de auxiliares en el Alto Imperio (en ha)[71]

Unidades	*G.-Ch. Picard*	*G. C. Boon*	*G. Webster*	*R. Rebuffat*	*Y. Le Bohec*	*M. Reddé*
Ala miliaria	5,2-6				5,2-6	4-5
Ala quingenaria	3,8-4,3	1,8	2	2	2,3-3,8	2-3
Cohorte miliaria	3,1	1,8			2,2-3,1	
Cohorte quingenaria *equitata*	2,1-3,3		1,5			
Cohorte quingenaria	1,7-2,7	1,2		1		

Parece, pues, difícil alcanzar conclusiones indiscutibles. Lo más que podemos decir es que un ala miliaria disponía de 5 a 6 ha, un ala quingenaria de cerca de 4 ha como máximo, y una cohorte miliaria alrededor de 3 ha.

Pero puede plantearse otro problema al que ya nos hemos referido anteriormente y del que una inscripción[72] muestra su importancia; el texto procede de Kopaceni, en la antigua provincia de Dacia: «Bajo el emperador César Tito Aelio Adriano Antonino Pío, Augusto, revestido de su tercer poder tribunicio, cónsul por tercera vez (140 dC.),

71. G.-Ch. Picard, *Castellum Dimmidi*, 1947, p. 87; G. C. Boon, *Segontiacum*, 1963, p. 15; R. Rebuffat, *Thamusida*, I, 1965, p. 185; G. Webster, *The Roman Imperial Army*, 1974 (2.ª ed.), p. 206; Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 8; M. Reddé, *Gallia*, XLIII, 1985, pp. 72 y 76.
72. *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 13.796.

el emperador ha hecho ampliar la fortificación del *numerus* de vigilantes de las rutas *(burgarii)* y de los correos *(ueredarii)*, porque esta unidad acampaba en muy poco espacio, doblando la longitud de las murallas e instalando torres; ese trabajo fue efectuado por el procurador imperial Aquila Fidus.» Ese documento dice efectivamente que se ha alargado el muro principal, pero no explica cómo. Además, podemos encontrarnos con que se diera la situación inversa: si un ala miliaria abandonaba un lugar en el que estuviera emplazada, siendo sustituida por una cohorte quingenaria, los oficiales podían verse tentados a reducir la muralla para facilitar la defensa. La arqueología muestra, sin embargo, la existencia de recintos múltiples, incluso superpuestos, en un mismo lugar, sin que se pueda saber muy bien si el campamento primitivo fue ampliado o a la inversa: la ausencia de inscripciones o la insuficiencia documental no aportan siempre los elementos necesarios para establecer una cronología, ni siquiera relativa.

Sea como fuere, los planos de que disponemos pueden clasificarse en cinco categorías (lám. XXXIV, 33): 1) Dos campamentos se separan uno de otro; esa situación la encontramos en África, en Lambese, al norte del Aurès, donde una cohorte se instaló, el año 81 y una legión entera hacia el 115-120. 2) Un pequeño recinto ocupa una esquina de uno mayor; podemos observar esa imbricación en Masada, Judea, a propósito de F1 y F2 (véase igualmente la lám. XXVIII, 25), y en Eining, en la antigua provincia de Retia. 3) En Hirbet Hassan Aga, en el desierto de Siria, un puesto menor, situado en el interior de uno más grande, sólo utiliza una parte del muro de este último. 4) En Britania, en Halton Chesters, un pequeño rectángulo se encuentra ubicado apoyado en otro de mayor tamaño. 5) Se levantan dos murallas paralelas, una en el interior de la otra; los arqueólogos han estudiado esta situación en la Germania Superior, en Saalburg.

Por tanto, pueden presentarse diferentes casos: «defensas lineales» o «puntuales», fortificaciones o fortines. Lo que siempre acaba por sorprender al observador es esa mezcla entre sencillez y técnica que permite la construcción de esos monumentos, que encontramos con formas muy parecidas desde Escocia hasta el Sáhara, y del Atlántico al Éufrates.

Los sectores estratégicos: la diversidad regional

De cualquier forma, la diversidad del medio natural y la variedad de los potenciales enemigos o de los efectivos que habitaban alrededor de ese inmenso dominio imponían a los estrategas romanos

la elección de soluciones originales, según los sectores que debían defender (véase mapa, p. 26).

CARACTERÍSTICAS COMUNES

Cada provincia fronteriza disponía, por tanto, de un ejército *(exercitus)* compuesto ya sea por legionarios[73] y auxiliares, o únicamente por caballería de las alas e infantería de las cohortes. A algunas regiones del Imperio, en particular del interior, se las conoce como «sin ejércitos» *(inermes)*, pero esa expresión no quiere decir «sin soldados»: se necesita un mínimo de tropa en cada sector, al menos para asegurar las labores de policía, para servir de escolta al gobernador y para vigilar las minas y los talleres de fabricación de moneda. En un pasaje al que ya nos hemos referido con anterioridad (pp. 25-27), Tácito presenta la dispersión de los efectivos, pero únicamente se refiere a las principales concentraciones de soldados: más adelante veremos que la situación presentaba una complejidad infinitamente mayor.

De todas formas, no deberíamos imaginarnos que el ejército de fronteras tuviera solamente una única misión, la de esperar al enemigo exterior. Tácito[74] dice claramente que las legiones estacionadas a lo largo del Rin deben vigilar, a la vez, a germanos y galos. Un siglo más tarde, Herodiano[75] insiste, por el contrario, en el peligro que los bárbaros ejercen sobre las provincias danubianas: tampoco parecen más fiables las poblaciones que habitan en el interior del Imperio. Finalmente, en determinados momentos, se situaban efectivos muy alejados del frente; es el caso de las guarniciones de Iliria-Dalmacia que, en el siglo I, garantizaban, por una parte, la protección de Italia y, por otra, servían de reserva a las legiones de Panonia y Mesia.[76]

EL PAPEL DE LA MARINA Y DE LOS PUERTOS

En cierto sentido, se puede considerar a la marina como la última reserva del Imperio en cuanto a los soldados. De hecho, desde Augusto, el Mediterráneo no es más que un lago romano. Pero debemos descartar la hipótesis de que realizara una función policial.[77]

73. B. E. Thomasson, *Opuscula romana*, IX, 1973, pp. 61-66 (lista de provincias con una legión).
74. Tácito, *An.*, IV, 5, 2 (véase p. 25).
75. Herodiano, II, 9, 1.
76. Tácito, *An.*, IV, 5, 5 (véase p. 25).
77. M. Reddé, *Mare nostrum*, 1986.

M. Reddé sostiene que a los marinos se les considera verdaderos soldados ya desde la época de Augusto y que, en consecuencia, ejercen una función militar. Con la fundación del Imperio se crean flotas permanentes (herederas de las concentraciones navales del Triunvirato); en ese momento quedan instaladas esencialmente en el oeste. Miseno vigila la cuenca occidental del Mediterráneo; Ravenna interviene en las operaciones contra los partos, y existen navíos dispersos a lo largo de toda la frontera septentrional, en el Rin, el Danubio y el Ponto Euxino.

De hecho, los soldados de las flotas italianas proporcionan hombres de reserva en las guerras contra los germanos o contra los partos. Fundamentalmente —y eso es esencial— aseguran la logística de las expediciones. Una de las primeras escenas de la Columna Trajana[78] representa navíos en los que los soldados embarcan provisiones. En efecto, esos barcos transportan avituallamientos y tropas. Esa función explica la reactivación sistemática del puerto de Seleucia de Piería, en Siria; durante cada una de las expediciones de los emperadores contra los partos se encuentran allí soldados de las flotas pretorianas.

Esa actividad, que descansa en el empleo de navíos, hace que, en el dominio naval, a la estrategia de los dos primeros siglos de nuestra era se la califique de «defensa activa», por oposición a la «defensa pasiva» que caracteriza a la época republicana (sólo se creaba una marina en caso de guerra), así como a la del siglo III (las obras de fortificación adquieren una importancia predominante durante la gran crisis). Pero ese papel explica también el hecho de que no existan arquetipos de puertos militares: nada distingue verdaderamente a Miseno de Ostia o de Puzoles, puesto que, esencialmente, en esos tres lugares se embarcan y desembarcan hombres y mercaderías. Debido a la laguna que la une al Po por un canal, Ravenna[79] disfruta de un buen emplazamiento, y el faro con que cuenta facilita la navegación; pero no se encuentra ningún monumento que recuerde la presencia en ese lugar de una importante flota de guerra. Entretanto, quedan aún por descubrir los acuartelamientos de los marinos y sus campos de maniobras.

Las regiones del interior

Así, gracias a las flotas, encontramos soldados en el centro geográfico del Imperio. Pero también los tenemos en otras regiones ale-

78. Columna Trajana, n.º 3.
79. G. Jacopi, *Rendic. dell'Accad. Lincei*, VI, 1951, p. 533.

jadas de las fronteras; esas zonas, conocidas como «sin ejército», no estaban, por tanto, desguarnecidas.[80]

Italia

Cuando nos referimos a esa clase de sectores, el conjunto más importante del personal militar se hallaba seguramente en Italia. En primer lugar, debemos pensar en la guarnición de Roma, con sus cohortes pretorianas, los *urbaniciani* y los vigilantes, sin olvidar otras unidades de menor importancia numérica. A continuación no podemos pasar por alto las dos grandes bases militares de Miseno y Ravenna; las flotas habían trasladado destacamentos a varios puertos de la península, en particular, en el siglo I, a Ostia y Puzoles;[81] además, en cada uno de ellos se encontraba una cohorte de vigilantes.[82] Finalmente, debemos recordar que, en el año 202, Septimio Severo instaló los *Castra Albana*: a 20 km al sur-sudeste de Roma, un recinto de 10 ha acogió a la II Legión Parta.

Occidente

Cerca de Italia, la provincia de Cerdeña estaba guarnecida por no menos de tres cohortes en época de Augusto; más tarde, se instaló en Cagliari un grupo procedente de Miseno.

En el resto de Occidente, encontramos soldados un poco por todas partes, y sobre todo en el África proconsular, donde el gobernador manda a los legionarios hasta el reinado de Calígula; más tarde, este personaje conserva permanentemente bajo sus órdenes alrededor de un millar de hombres. Cartago[83] sigue como base de retaguardia, de ciudadela; el campamento estaría quizá situado en la llanura de Bordj Djedid, en los jardines del actual palacio presidencial.[84] Allí tenía su residencia una cohorte urbana (la XIII con los Flavios, la I después) y otra cohorte extraída de la III Legión Augusta, así como beneficiarios.[85] Se sabe de la existencia de otras unidades en el Magreb, el ala *Siliana* con los Julio-claudios, y quizá también infantería; así como diversos destacamentos e incluso otra legión efímera, la I *Macriana*, durante la crisis del 68-69. Por el contrario, en la Bética, asimismo provincia senatorial, sólo se encuentran quinientos soldados de infantería auxiliares.

80. E. Ritterling, *Journ. Roman St.*, XVII, 1927, pp. 28-32.
81. Suetonio, *Vesp.*, VIII, 5.
82. Suetonio, *Cl.*, XXV, 6; H. Dessau, *Inscr. lat. selectae*, n.° 2.155 (*castra* en Ostia).
83. Estrabón, XVII, 3, 3.
84. N. Duval, S. Lancel e Y. Le Bohec, *Bull. Comité Trav. Hist.*, 1984, pp. 33-89.
85. Tácito, *H.*, IV, 48; Dion Casio, LIX, 20, 7.

Las Galias[86] parecen haber atraído un mayor número de militares, pero solamente a principios del Imperio. Se sabe que, después de la batalla de Accio, Octavio había instalado su flota en Fréjus, en la Narbonense.[87] Lyon contó siempre, como mínimo, con una cohorte[88] (*cohors XIV, XVII, XVIII* bajo los Julio-claudios, *I Vrbana* bajo los Flavios, *XIII Vrbana* bajo los Antoninos, y destacamentos legionarios en el siglo III). Contrariamente a lo que se ha dicho, no creemos que esa unidad tuviera como misión la de proteger la fábrica de moneda: la expresión *ad monetam* que se encuentra en una inscripción significa «cuyo campamento se encuentra próximo a la fábrica de moneda». Pero recientes descubrimientos han certificado la existencia de campamentos situados lejos de la frontera del Rin y construidos en época antigua: en Arlaines, cerca de Soissons, la muralla, conocida hace ya bastante tiempo, ha sido objeto de recientes sondeos;[89] se remonta al tiempo de los Julio-claudios, lo mismo que la que ha sido puesta al descubierto en Aulnay de Saintonge;[90] un descubrimiento aún más reciente acaba de tener lugar en Encraoustos, cerca de Saint-Bertrand-de-Comminges;[91] finalmente, se ha sacado a luz un campamento en Mirebeau, próximo a Dijon, en el que se han encontrado ladrillos sellados que datan, todo el conjunto, de la época flavia.[92] Quizá esas construcciones tengan relación con la conquista y con las insurrecciones de Florus y Sacrovir, bajo Tiberio, y con las de Civilis, Classicus, Tutor y Sabinus en el 68-70. Pero debemos recordar también que la Galia fue escenario de inestabilidad política en el siglo III. Añadamos aquí que las provincias de los Alpes recibieron guarniciones de auxiliares desde su formación.

Pero, en el siglo I, las concentraciones más importantes de tropas de Occidente se encontraban en Iliria-Dalmacia (precisemos que por «Occidente» entendemos la parte del mundo romano donde se empleaba el latín como lengua habitual, contrapuesto a «Oriente» donde esa función la ejercía el griego; véase mapa de la p. 26). Esa posición

86. *Militaires romains en Gaule civile*, Y. Le Bohec (ed.), 1993, Lyon; *L'armée romaine en Gaule*, M. Reddé (ed.), 1996, París.

87. Tácito, *An.*, IV, 5, 1.

88. Ph. Fabia, *La garnison romaine de Lyon*, 1918; Y. Le Bohec, COH. XVII LVGVDUNIENSIS AD MONETAM, *Latomus*, LVI, 4, 1997, pp. 811-818.

89. M. Reddé, *Cahiers Groupe Rech. Armée rom.*, I, 1977, pp. 35-70, III, 1984, pp. 103-137, y *Gallia*, XLIII, 1985, pp. 49-79.

90. P. Tronche, *Un camp militaire romain à Aulnay-de-Saintonge*, 1994, Aulnay-de-Saintonge.

91. D. Chaad y G. Soukiassian, Encraoustos, *Aquitania*, VIII, 1990, pp. 99-120.

92. *Le camp légionnaire de Mirebeau* (R. Goguey y M. Reddé, eds.), *RGZM*, 1995, Mayence.

permitía, a la vez, cerrar el acceso a Italia y trasladar fuerzas de socorro, si era necesario, a los ejércitos que acampaban en la margen derecha del Danubio, tanto en Mesia, al este, como en Panonia, al norte. Sin embargo, los efectivos no cesaron de disminuir a lo largo de todo el siglo I; pasando de cinco legiones bajo Augusto (VIII Augusta, IX Hispana, XI futura «Claudia», XV Apollinaris y XX Valeria), a una desde Claudio (XI Claudia, después IV Flavia); en fin, bajo Domiciano, esta última abandona la región que ya será sólo defendida por auxiliares.[93] No obstante, ese sector conserva aún cierta importancia a finales del siglo II, momento en que la frontera del Danubio se encuentra nuevamente amenazada.[94]

Oriente

Las regiones interiores orientales nunca han albergado masas de soldados tan considerables, al menos de manera permanente. Pero, de alguna forma, se hallaban «salpicadas» por pequeñas unidades. A principios del Imperio, Macedonia[95] estaba protegida por las dos legiones de Mesia (IV Escita y V Macedónica); también se encuentran cohortes de auxiliares en Acaya (véase n. anterior) y en Tracia, así como en Asia Menor,[96] especialmente en el Ponto-Bitinia.

Este rápido examen conduce a una conclusión importante y original: contrariamente a lo que se ha afirmado a menudo, Augusto no instaló todas sus tropas en la frontera, cerca del enemigo potencial. Conservó importantes reservas en retaguardia, y a esas unidades las hizo ir situándose en primera línea de forma muy paulatina. La III Legión Augusta, en África, se encontraba más cerca de Cartago que de los garamantes; los campamentos de Aulnay y de Arlaines, las guarniciones de Macedonia y de Iliria-Dalmacia, estaban situados lejos del Rin y del Danubio. En cualquier caso, y sobre todo a partir de finales del siglo I, la parte esencial de las tropas de Roma se hallan acantonadas próximas al mundo bárbaro. En función de la geografía y de los enemigos potenciales, se pueden distinguir tres grandes sectores militares.

93. G. Alföldy, *Acta Arch. Hung.*, XIV, 1962, pp. 259-296.
94. Herodiano, II, 8, 10.
95. R. K. Sherk, *Americ. Journ. Philol.*, LXXVIII, 1957, pp. 52-62.
96. Plinio el Joven, *Cartas*, X, 21-22; E. Ritterling, *Journ. Roman St.*, XVII, 1927, pp. 28-32; W. M. y A. M. Ramsay, *ibid.*, XVIII, 1928, pp. 181-190; R. K. Sherk, *Americ. Journ. Philol.*, LXXVI, 1955, pp. 400-413.

La frontera norte

La frontera norte, que discurre desde el Atlántico hasta el mar Negro, comprende a su vez tres sectores principales, amenazados todos ellos por numerosos y belicosos pueblos.

Britania

La isla de Britania,[97] ocupada únicamente en su parte meridional, se va reduciendo hasta convertirse en una estrecha franja de terreno allí donde finaliza la dominación romana. Cerrar ese paso no presenta dificultad alguna. Por el contrario, es menos sencillo impedir que los navíos rodeen el obstáculo por uno u otro lado. Para asegurar la defensa de la provincia romana y sus relaciones con el continente se organizó, ya desde principios de la conquista, la flota de Britania, la *classis Britannica*. La guarnición comprendía además cuatro legiones en el momento de la anexión, en los años 43-44 (II Augusta, IX Hispana, XIV Gemina y XX Valeria); todavía se cuenta con cuatro bajo Vespasiano (la II *Adiutrix* ha sustituido a la XIV *Gemina*). Las primeras fortificaciones se levantaron en Gloucester, Lincoln y quizá en Wroxeter. En los siglos II y III, los efectivos se redujeron a tres unidades, que ocupan cada una de ellas un amplio campamento: la II Augusta se encuentra en Caerleon *(Isca)*, la VI Victrix en York *(Eburacum)* y la XX Valeria en Chester *(Deua)*.

La gran originalidad del sistema defensivo de esta provincia hay que buscarla en otro lugar: los romanos construyeron dos defensas lineales (lám. XXXV, 34). La más antigua, el *Muro de Adriano*, une el estuario del Tyne con el Solway Firth, con una longitud de 128 km. Si se contempla en un corte transversal, este obstáculo comprende cuatro elementos: de norte a sur, distinguimos una fosa, una berma, el muro propiamente dicho, construido por lo general en piedra, y a veces con tierra (coronado entonces por una empalizada), y finalmente un camino. Si se observa su plano, es notable la presencia de torres insertadas en la fortificación (cada 500 m), puertas y fortines llamados hoy día «castillos miliarios» (cada 1.600 m), y fortificaciones apoyadas igualmente sobre el propio obstáculo (cada 10 km). El Muro de Antonino presenta la misma estructura en su corte transversal (de norte a sur, fosa-berma-muro-camino), pero levantado por entero con tierra y madera; encontramos también fortificaciones, fortines y torres. Es más corto, pues sólo cuenta con

97. D. J. Breeze y B. Dobson, *Hadrian's Wall*, 1976; P. Holder, *The Roman Army in Britain*, 1982.

60 km, entre el Firth de Clyde y el Firth de Forth, y se halla situado más al norte.

El problema que se plantea es el de la cronología: el Muro de Adriano, construido en el año 122, se abandonó en beneficio del de Antonino entre el 138 y alrededor del 160, fue reocupado entre el 160 y el 184, abandonado de nuevo del 184 al 197, y reactivado una vez más entre el 197 y el 367, año en que se evacuó de manera definitiva. Los historiadores británicos no comprenden muy bien las razones de esas idas y venidas.

Así, en el siglo II de nuestra era, algo más de treinta mil hombres utilizaban una flota, tres fortalezas y una muralla.

La «guardia del Rin»

En el límite septentrional del Imperio habitaba el numeroso pueblo de los germanos, que amenazaba por el oeste la frontera renana y por el norte la del Danubio. La ocupación militar de la margen izquierda del Rin[98] la organizó Druso entre el 12 y el 9 aC.; posteriormente, Tiberio dedicó grandes cuidados a esa región antes de su acceso a la púrpura. Se sabe que Augusto había proyectado ampliar hacia el este el mundo romano y hacer que la frontera descansara en el Wesser y el Elba. Varus sufrió un desastre en Teutoburgo el año 9 dC.; los arqueólogos alemanes han dado con el lugar de la batalla, en Kalkriese, cerca de Osnabrück, a unos 20 km al norte de la localización que anteriormente se había considerado como lugar del encuentro.[99] Ese desastre y la situación de revueltas militares a que debió hacer frente Germánico entre el 14 y el 16 impusieron el abandono definitivo de esa expansión. El territorio continuó constituyendo una de las grandes preocupaciones de los estrategas romanos, que mantuvieron permanentemente fuerzas importantes: al menos cinco legiones bajo Augusto, siete durante la mayor parte del siglo I, y sólo cuatro desde ese momento, lo que demuestra que, a partir de Trajano, por esa dirección la amenaza tenía, en apariencia, menor peso. Si se tiene en cuenta la flota, la *classis Germanica*, y los auxiliares, se pasa de los noventa mil hombres en el siglo I, a cuarenta y cinco mil durante los siglos II y III.

98. R. Syme, *Journ. Roman St.*, XVIII, 1928, pp. 41-55; E. Stein, *Die kaiserlichen Beamten und Truppenkörper im röm. Deutschland*, 1932; K. Kraft, *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten an Rhein und Donau*, 1951; G. Alföldy, *Die Hilfstruppen d. röm. Provinz Germania Inferior, Epigr. Stud.*, VI, 1968; D. Baatz, *Der röm. Limes*, 1975.

99. *Rom, Germanien und die Ausgrabungen von Kalkriese*, W. Schluter y R. Wiegels, (eds.), 1999, Osnabrück.

Las legiones de Germania

Augusto	5 mínimo	V Alondra o XVI, XIV Gemina, XVII, XVIII, XIX.
Tiberio	8	I (Germánica), II Augusta, V Alondra, XIII Gemina, XIV Gemina, XVI, XX Victrix, XXI Rapax.
Claudio	7	I (Germánica), IV Macedónica, V Alondra, XV Primigenia, XVI, XXI Rapax, XXII Primigenia.
Vespasiano	7	I Adiutrix, VI Victrix, X Gemina, XI Claudia, XIV Gemina, XXI Rapax, XXII Primigenia
Trajano-Aureliano	4	I Minervia, VI Victrix (sustituida por la XXX Vlpiana), VIII Augusta, XXII Primigenia.

La margen izquierda del Rin constituye una provincia única hasta los años 89-90, momento en que se escinde en dos; se distinguen entonces la Germania Superior y la Inferior. Esta última cuenta con varias grandes fortificaciones; las de Haltern y Oberaden datan de la época augusta; deberíamos mencionar también la de Neuss *(Nouaesium)* y la de Nimega *(Nouiomagus)*. En el siglo II, la I Legión Minervia se halla estacionada en Bonn *(Bonna)* y la XXX Vlpiana en Xanten *(Vetera)*, mientras que el legado-gobernador reside en Colonia. Todas esas ciudadelas se apoyan en el Rin: la construcción de una defensa lineal se revelaba inútil.

No sucedía lo mismo en la Germania Superior, más si se tiene en cuenta que la región, situada en el ángulo formado por los cursos superiores del Rin y del Danubio, anexionada en la época flavia, formaba lo que se llamaban los Campos Decumates. Para proteger ese sector, y sobre todo para marcar el límite que separaba a los romanos de los países bárbaros, los legionarios habían construido un obstáculo continuo de 382 km, que nacía al norte de Coblenza para dirigirse hacia el este: pasaba por el norte de Wiesbaden, al sur de Giessen y al este de Frankfurt; después se dirigía derecho hacia el sur y, al final, se dividía en dos ramas. La más antigua de ellas (siglo I) seguía hacia Stuttgart, y la más moderna (siglo III) hacia Lorch. El elemento esencial estaba formado por una empalizada colocada sobre una elevación de tierra (a veces, a partir de Cómodo, la piedra sustituye a la madera); dos fosos, uno por delante y el otro por detrás, flanquean la muralla. Había torres situadas cada 500 o 1.000 m y las fortificaciones se dis-

ponían de manera más irregular, a intervalos que oscilaban entre 5 y 17 km. Una red de caminos debía completar ese conjunto. Las grandes fortificaciones se encontraban en Windisch *(Vindonissa)*, Estrasburgo *(Argentorate)* y Mayence *(Mogontiacum)*, lugar en que había establecido su residencia el legado-gobernador. En el siglo II, albergaban respectivamente la XI Legión Claudia, la VIII Augusta y la XXI Primigenia. Con anterioridad, Mirebeau, cerca de Dijon (esta localidad formaba parte de la Germania Superior), había recibido a la VIII Augusta en la época flavia.

Por tanto, la seguridad del Rin se hallaba confiada a ocho legiones en el siglo I, y solamente a cuatro en los dos siglos siguientes; una defensa lineal de 382 km protegía la Germania Superior.

El sector danubiano

El sector danubiano de la frontera norte[100] presentaba una importancia mucho mayor a ojos de los estrategas imperiales:[101] de hecho, fue allí donde se concentraron a lo largo de todo el Alto Imperio las mayores masas de soldados. No obstante, el peligro no se limitaba únicamente a los germanos; pueblos a veces con influencias celtas, reinos como los de Bohemia y Dacia, y también los nómadas de las estepas de la Rusia meridional representaban amenazas permanentes y diversas, a menudo difíciles de percibir. Además, esa frontera se encontraba relativamente alejada. Esencialmente, su conquista la organizó Tiberio, entre el 12 y el 10 aC. A principios de la época imperial, la defensa de la margen derecha del Danubio quedaba garantizada desde lejos por las legiones que se encontraban en Iliria y Macedonia, y que, por otra parte, eran relativamente poco numerosas: nueve en total. Esa cifra aumenta hasta la quincena desde la época de Tiberio, se estabiliza entre dieciocho y veinte a partir del reinado de Claudio y hasta el final del siglo III. Con los auxiliares y la flota del Danubio se llegan a contabilizar alrededor de doscientos mil hombres, lo que representa ¡más de la mitad del ejército romano!

La propia longitud de esa frontera impone establecer distinciones por provincias.

Retia, ocupada por Druso el 15 aC., estaba defendida por dos legiones (XIII Gemina y XXI Rapax) bajo Augusto. A partir de la época de Tiberio no se encuentran más que auxiliares y ese régimen se man-

100. W. Wagner, *Die Dislokation der röm. Auxiliarformationen in der Prov. Noricum, Pannonia, Moesia, Dacia*, 1938; *IIIe Congrès du limes*, 1959. Véase n. 98, y *L'Année épigraphique*, 1981, n.º 845.

101. Herodiano, II, 9, 1, subraya la importancia para finales del siglo II.

tiene hasta los tiempos de Marco Aurelio, quien, hacia el 165, instaló la III Legión Itálica en Regensburg *(Castra Regina)*. Los arqueólogos han estudiado una defensa lineal de 166 km, que continúa la de Germania Superior y a la que se conocía desde hacía mucho tiempo con el nombre de «Muro del Diablo»: dibujaba un arco en dirección este-oeste, que presentaba su zona cóncava hacia el norte, y que partía de Lorch para finalizar al oeste de Regensburg. Una empalizada, a la que sucedió un muro de piedra de 1 m de grosor y de 2,5 a 3 m de altura, constituía su parte esencial. Se completaba con una red de caminos, torres y fuertes.

En la provincia vecina, la Nórica, no se encuentra ningún obstáculo continuo, y su guarnición estaba formada únicamente por auxiliares, también aquí hasta el reinado de Marco Aurelio, que instaló la II Legión Itálica en Enns *(Lauriacum)*. Además, elementos de la flota de Panonia recorrían la parte del Danubio que pasaba por la Nórica.

Lo mismo que esta última provincia, Panonia[102] se apoya en este gran río, cuya presencia hace inútil la construcción de una defensa lineal; por el contrario, exige una marina, la *classis Pannonica*, creada sin duda por Vespasiano. El codo que dibuja el Danubio a la altura de esa provincia plantea un difícil problema a los estrategas, que han ido aportando diferentes soluciones según la época. Poco después de la conquista efectuada entre el 12 y el 9 aC., Augusto había instalado tropas bastante alejadas de la propia frontera: las tres legiones se encontraban en Ptuj (*Poetouio*: VIII Augusta), Ljubljana (*Emona*: XV Apollinaris) y Sisak (*Siscia*: IX Hispana). Tiberio devuelve los efectivos a dos unidades; a partir de Claudio, éstas son la XIII Gemina y la XV Apollinaris. Pero desde el 15 de nuestra era, y poco a poco, las tropas van desplazándose hacia el norte y se instalan en la margen derecha del Danubio. Durante las guerras dácicas, Trajano es quien mejor responde a la situación y, entre el 103 y el 106, divide la provincia en dos. A partir de ese momento, el reparto de los efectivos, prácticamente estables hasta finales del siglo, se hace en función de los enemigos potenciales. La Panonia Superior dispone de dos fortificaciones encargadas de vigilar a los marcomanos: Vienne (*Vindobona*: X Gemina) y Altenburg (*Carnuntum*: XIV Gemina), y otra para hacer frente a los cuados, en el lugar llamado Szöny-Komáron (*Brigetio*: I Adiutrix). En la Panonia Inferior sólo se encuentra un campamento importante, el de Budapest *(Aquincum)*, donde se estacionaba la II Legión Adiutrix, que tenía como misión oponerse a los sármatas. Bajo Caracalla se reforzaron los efectivos de esta provincia con la llegada de la I Adiutrix.

102. J. Fitz, *Der röm. Limes in Ungarn*, 1976.

Una evolución análoga se observa en la historia militar de las provincias situadas a lo largo del curso inferior del Danubio, en su margen derecha. En efecto, las tres legiones que Augusto había instalado en Mesia[103] (IV Escitia, V Macedónica y VII futura Claudia) acampaban bastante alejadas de la frontera. Esos efectivos aumentan hasta cuatro legiones con Claudio, mediante el refuerzo de la VIII Augusta, y a cinco con Trajano. En adelante, la geografía militar de la región presenta una gran estabilidad. Según algunos arqueólogos, en tiempos de Trajano se construye en Dobroudja una defensa lineal. Dos fortificaciones defienden la Mesia Superior, una de ellas construida en Kostolac (*Viminacium*: VII Claudia) y otra en Belgrado (*Singidunum*: V Alondra, más tarde II *Adiutrix* y finalmente IV Flavia). La provincia Inferior cuenta con tres grandes campamentos, levantados el primero de ellos en Swislow (*Nouae*: I Itálica), el segundo en Iglita (*Troesmis*: V Macedónica) y el último en Silistra (*Durostorum*: XI Claudia). A todo esto debemos añadir las actividades de los navíos de la flota, la *classis Moesica*, creada por Vespasiano. Lo que más sorprende de la organización defensiva de la Mesia es la estabilidad bastante poco común de las unidades allí acantonadas: el observador recibe la impresión de que, desde el momento en que se encontró un cierto equilibrio, se evitó realizar cambio alguno.

Una impresión similar se desprende al examinar la situación en la Dacia;[104] pero es notable, en cualquier caso, la debilidad de los efectivos instalados en esa provincia muy expuesta y tardíamente anexionada. Inmediatamente después de la conquista, Trajano dejó allí tres legiones, la I Adiutrix, la IV Flavia y la XIII Gemina. Las dos primeras citadas abandonaron muy pronto el país, donde sólo permaneció la XIII Gemina en su campamento de Alba Julia (*Apulum*). En el siglo III, se envió como refuerzo a la V Legión Macedónica. En ese territorio, situado en la margen izquierda del Danubio, es decir al norte del río, se encontraba una defensa lineal: quizá a principios del siglo II, se levantó en Oltenie una muralla de tierra de 235 km de longitud, que recibía el apoyo de varios fortines.

El mar Negro

La presencia militar de Roma se vuelve menos intensa a medida que abandonamos las márgenes del Danubio. Así, el mar Negro[105] sólo

103. B. Gerov, *Acta Antiqua*, XV, 1967, pp. 87-105.

104. V. Vaschide, *Histoire de la conquête romaine de la Dacie*, 1903; V. Christescu, *Historia militara a Daciei romane*, 1937.

105. Arriano, *Periplo del Ponto Euxino*.

se halla rodeado por pequeños puestos, y en tiempos de Nerón se crea una flota para aportarles apoyo logístico. En el norte, el Bósforo Cimerio (la actual Crimea) se mantiene como reino independiente, al menos en teoría: una guarnición está encargada de manera permanente de su vigilancia.

La frontera este

Generalidades

Casi sin advertirlo, ese cuadro nos ha conducido hasta la frontera que separa el mundo romano de Irán.[106] Aquí, mucho más que en otros lugares, la estrategia del Imperio depende de la geografía física y humana. En el norte, las montañas corresponden a Armenia, pequeño Estado que se debate entre dos grandes potencias. En el sur, el desierto aísla Palestina, Siria y Fenicia; por su posición, la ciudad caravanera de Palmira controla todos los intercambios civiles y militares de la región. En el centro, los valles del Éufrates y el Tigris avanzan como dos avenidas; pero un conquistador procedente del oeste se vería obligado a descender hacia el sur y, por tanto, siempre presentaría a su enemigo el flanco izquierdo.

Trajano había intentado anexionarse Mesopotamia; incluso llegó a tomarla, después de haber reducido Arabia a provincia (de hecho, la parte occidental de la Jordania actual). Pero Adriano, tanto por pacifismo como por necesidad, se había visto obligado a fijar la frontera del Imperio en el curso inferior del Éufrates. La política expansionista se había puesto de moda con Lucius Verus, quien se había apoderado del Khabour en el curso de sus campañas, entre el 161 y el 167; Septimio Severo consumó la anexión: a partir de ese momento, Nisibe y Singara pertenecían a Roma, y la separación con la potencia iraní venía marcada por el alto Tigris. Pero la revolución que, entre el 212 y el 227, había sido testigo de la sustitución de los partos arsácidas por los persas sasánidas provocó incesantes guerras a lo largo de todo el siglo III; en medio de esa crisis se impone la figura excepcional de Zenobia, reina de Palmira.

Al estudiar el sector oriental, lo que más sorprende es el aumento regular y constante de efectivos. El número de legiones, tres con Augusto,

106. V. Chapot, *La frontière romaine de l'Euphrate*, 1907; A. Poidebard, *La trace de Rome dans le désert de Syrie*, 1934. B. Isaac, *The Limits of Empire. The Roman Army in the East*, 1990, Oxford (2.ª ed. reciente); *The Roman and Byzantine Army in the East* (E. Dabrowa, ed.), 1994, Cracovia.

llega a las cuatro bajo Tiberio, seis con Vespasiano, siete con Trajano, ocho en la época de Antonino Pío, diez con Caracalla y doce con Aureliano, lo que supone aproximadamente un incremento de treinta mil a ciento cincuenta mil hombres; ese aumento constituye un movimiento inverso del que se puede observar en la mayor parte de las demás fronteras. Sin embargo, ni siquiera a finales del siglo III, los efectivos reunidos en ese sector llegarán a alcanzar los reagrupados frente a los germanos, por detrás del Rin y, especialmente, detrás del curso superior del Danubio. Por otro lado, no parece que en esa región se haya construido nunca una defensa lineal. Es posible distinguir aquí cuatro sectores principales.

Capadocia

Reducida a provincia en el 17 dC., Capadocia, que hace frente a Armenia, contó siempre con dos legiones: en Melitene, al sur, acampaba la XII Fulminata; la fortificación de Sadag *(Satala)*, al norte, albergaba, en principio, a la XVI Flavia y, posteriormente, a la XV Apollinaris.

Siria

Con el fin de simplificar la exposición, excluiremos Judea o Palestina de lo que se ha denominado Siria. Por el contrario, es preciso incluir por el norte la Comagena, anexionada por Tiberio, abandonada por Calígula en el año 38, y ocupada de nuevo por Vespasiano, de manera definitiva, en el 72. Por la misma razón, la ciudad caravanera de Palmira, tan importante desde el punto de vista militar, forma parte del mismo sistema estratégico, aunque haya gozado de cierta autonomía (de hecho, conoció casi siempre un régimen de protectorado), y Dura-Europos, donde se encontraba una cohorte, servía de posición avanzada.

En ausencia de defensas lineales, el eje principal de esta organización militar se hallaba constituido por grandes campamentos legionarios, de los que raramente se encontraban en funcionamiento más de tres a la vez: Emesa albergó los dos primeros siglos de nuestra era a la III Legión Gallica, que partió muy pronto hacia el sur de Fenicia; Laodicea recibió, en el siglo I, la VI Ferrata, y la II Trajana a principios del siglo II; en Cirrus se encontraban la X Fretensis, en la época julio-claudia, y la IV Escita, a continuación; a partir de principios del siglo II, acampa en Samosata la XVI Legión Flavia. A partir de Septimio Severo, a estas unidades hay que añadir la I y la III Legiones Partas, así como numerosos auxiliares, en especial de caballería, durante la

crisis del siglo III, e igualmente a partir de los Flavios o de Trajano, la flota de Siria *(classis Syriaca)*. Finalmente, Aureliano instaló en el sur de Fenicia la I Legión Illyriciana. Todas esas tropas debían controlar por encima de todo los vados, las fuentes y los puentes; esos lugares, militarmente sensibles, estaban protegidos por numerosos puestos, a menudo sencillas torres. Una red de caminos ponía en contacto los diferentes elementos de ese sistema: pero esa organización estratégica no alcanzó verdaderamente la perfección hasta la época de la Tetrarquía, cuando se proveyó convenientemente de fuertes la *strata Diocletiana,*[107] la ruta Damasco-Palmira-Soura.

Judea o Palestina

Más al sur, Judea presenta un caso particular. Reducida a provincia en el 6 dC., y ampliada con el Haurán en el 34 y con Galilea en el 39, fue foco de importantes levantamientos en el 66-70 y en el 132-135; a finales del reinado de Trajano, algunos judíos de la diáspora habían fomentado igualmente el conflicto con el Imperio. Es decir, las tropas instaladas en ese territorio debían vigilar tanto a los sedentarios como el desierto. Lo más frecuente era que se dedicaran a esa tarea dos legiones, la X *Fretensis*, instalada en Jerusalén a partir de Vespasiano, y la VI *Ferrata*, que, a partir de Adriano, acampó al norte del país, en *Caparcotna*.

Arabia

El flanco de Palestina, la actual Jordania, se hallaba protegido por la provincia de Arabia,[108] donde no se encuentra más que una legión, quizá la VI *Ferrata* inmediatamente después de la anexión, a principios del siglo II, y seguramente la III Cirenaica a partir de Adriano. El cuartel general se encontraba en Bosra. La columna vertebral del sistema defensivo de este sector la constituía la «nueva ruta» de Trajano, que discurría de Bosra a Áqaba, pasando por Gerasa, Ammán y Petra. A lo largo de ese eje se habían levantado numerosos fortines y torres, especialmente en la zona meridional. Para vigilar el desierto se enviaban patrullas a gran distancia, hasta el Hedjaz y los límites del Nefoud.[109]

107. V. Chapot, *op. cit.*, p. 250.
108. S. T. Parker, *XIIe Congrès du limes*, 1980, pp. 865-878; D. L. Kennedy, *Roman Frontier in North East Jordan*, 1982; G. W. Bowersock, *Roman Arabia*, 1983; véase n. s.
109. M. Speidel, *Latomus*, XXXIII, 1974, pp. 934-939; M. Sartre, *Trois études sur l'Arabie*, 1982.

La frontera sur

En caso de necesidad, Palestina y Arabia podían recibir socorros del ejército de Egipto. Con el estudio de este último pasamos a la frontera sur del Imperio, un sector que los estrategas romanos consideraban secundario y donde volvemos a encontrar lo mismo que había sucedido en Germania: los efectivos iniciales disminuyen rápidamente. Además, nos hallamos ante una notable particularidad: el número total de soldados que sirven en esa frontera es muy bajo, hasta el punto de que tres provincias, la Cirenaica y ambas Mauretanias, sólo están defendidas por auxiliares, situación que, en la frontera norte, únicamente sucede en Retia y Nórica con anterioridad al reinado de Marco Aurelio.

Egipto

El ejército romano de Egipto[110] lo encontramos ya organizado a partir del año 29 aC. Esa provincia constituye un caso particular por muchos motivos. En primer lugar, los limos del Nilo ofrecen una importante producción de cereal que, en la época julio-claudia, representa el capítulo esencial del aprovisionamiento de Roma. Después, desde el punto de vista jurídico, depende por entero de la autoridad del príncipe: de alguna manera se presenta como una conquista personal que Octavio habría hecho después de la batalla de Accio, convertida en una inmensa propiedad imperial, de tal manera que los senadores quedan cuidadosamente descartados. Finalmente, la ciudad más importante de la región, Alejandría, no está situada «en Egipto», sino «contra Egipto», al menos a los ojos de algunos de los antiguos.

Desde el punto de vista militar, esa ciudad tiene gran importancia. En efecto, la estrategia adoptada por los romanos en esta región no tiene equivalente alguno en ninguna otra parte: las defensas no se hallan dispuestas siguiendo una línea este-oeste, protegiendo el norte contra el sur, como se podría esperar después de haber observado lo que sucedía en los sectores septentrionales y orientales. Se constata, por el contrario, que aquí los romanos pusieron en marcha una organización enteramente inédita, adaptada a las realidades jurídicas y económicas del país.

En efecto, no existe en Egipto un sistema defensivo propiamente dicho. Las tropas se concentran en el campamento de Nicopolis, cerca

110. J. Lesquier, *L'armée romaine d'Egypte*, 1918; R. Cavenaile, *Aegyptus*, L, 1970, pp. 213-320; N. Criniti, *Aegyptus*, LIII, 1973, pp. 93-158, y LIX, 1979, pp. 190-261; R. Alston, *Soldier and Society in Roman Egypt*, 1995, Londres-Nueva York.

de Alejandría. En la época de Augusto, ese ejército cuenta con tres legiones (III Cirenaica, XII Fulminata y XXII Deiotariana); a esos efectivos habría que añadir lógicamente los auxiliares, así como una flota, la *classis alexandrina*, construida, sin duda, por iniciativa de Augusto. La XII Fulminata abandona la zona desde la época de Tiberio y es posible que, en tiempos de Trajano, le tocara el turno de partir a la III Cirenaica. Además, la XXII Deiotariana desapareció durante la guerra judía. En Nicopolis nada más permanece una unidad, la II Trajana, creada por el emperador del que toma el nombre, y cuyo destino se identifica a partir de ese momento con el de la provincia donde se encuentra de guarnición. Pero eso no es todo: además del extenso campamento situado cerca de Alejandría, el ejército romano de Egipto dispone de una serie de fortines instalados unos a lo largo de la gran ruta que bordea el Nilo, principal eje de esa organización estratégica, y otros en puestos avanzados, en las márgenes del desierto y en los oasis.

Así, las unidades que aseguran la defensa de esta provincia se disponen de norte a sur y no, como podría esperarse, en dirección este-oeste. Por otra parte, los efectivos disminuyen a lo largo del siglo I.

Cirenaica

En Cirenaica podemos estudiar otro sistema defensivo del desierto,[111] aunque las fuentes sean bastante escasas. El objetivo de los estrategas debía consistir en garantizar la seguridad de la Pentápolis y de la fértil llanura situada cerca del Mediterráneo. R. G. Goodchild consideraba que no era del todo imposible que esa provincia dispusiera de una organización militar desde el siglo I, que se habría reforzado en primer lugar después de la insurrección judía que estalló el año 115, y sobre todo durante la crisis del siglo III. La protección de hombres y bienes dependía fundamentalmente de la piedra: se habían reparado granjas fortificadas y pequeños campamentos, y las ciudades se habían rodeado de murallas. La guarnición de Cirenaica estaba formada por una o dos cohortes auxiliares; en caso de crisis, llegaban legionarios de las provincias vecinas. En cuanto a los recintos descritos por R. G. Goodchild, muchos parecen bastante tardíos, y serían contemporáneos en buena medida de la gran crisis del siglo III.

111. R. G. Goodchild, *Libyan Studies*, 1976, pp. 195-209; *L'Année épigraphique*, 1983, n.os 940-942.

África-numidia

La situación se presenta con otro aspecto bien diferente en la cercana África,[112] de la que Numidia fue desgajada por Septimio Severo. En efecto, esa región estaba más poblada y era con mucho más rica. Desde mediado el siglo I, tendió a sustituir a Egipto como productora del grano destinado a la alimentación de los romanos, lo que habla de la importancia de esos territorios.

La organización defensiva sufrió una evolución bien conocida en sus rasgos más generales. En la época de Augusto, el procónsul mandaba dos legiones, quizá tres, y está aún por determinar el lugar de ubicación de la guarnición. Es necesario subrayar el carácter excepcional de ese poder militar: normalmente, un magistrado de ese rango no tiene autoridad sobre todo un ejército. Antes del 14 de nuestra era, al menos una de esas dos legiones, la III Augusta, se instala quizá en Haïdra; antes del final del reinado de Tiberio es la única que queda en África y, desde ese momento, su historia se confunde con la de la provincia. Con Calígula la situación pasa a ser la normal: el ejército, que deja de estar a las órdenes del procónsul, se confía a un legado propretor, subordinado directamente al emperador. Bajo Vespasiano, el cuartel general pasa a Tebessa, ciudad situada a 35 km al oeste de Haïdra, ignorándose los motivos de ese traslado. Finalmente, entre el 115 y aproximadamente el 120, la III Legión Augusta se instala en Lambese, al norte del Aurès; permanece allí dos siglos excepto durante algunos años: queda disuelta en el 238 y se vuelve a rehacer en el 253.

El dispositivo militar de los siglos II y III se conoce bastante bien: se han llevado a cabo excavaciones,[113] apoyadas por la fotografía aérea,[114] y se han realizado investigaciones sobre el terreno, en el sur de Tunicia[115] y en Libia.[116] El Aurès se halla rodeado por una ruta guarnecida de fortificaciones. El África útil se encuentra separada del desierto por otra vía, igualmente provista de campamentos y dividida en tres secciones, los sistemas de Numidia, de Tripolitania occidental y de Tripolitania oriental. Se instalaron puestos avanzados en el desierto, por ejemplo en Messad y Ghadamés, mientras que se situaban algunas otras guarniciones al norte de la zona militar. Se ha observado la presencia de defensas lineales en Tunicia y en Argelia, sobre todo al

112. Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989 y *Les unités auxiliaires en Afrique et Numidie*, 1989.

113. G.-Ch. Picard, *Castellum Dimmidi*, 1947.

114. J. Baradez, *Fossatum Africae*, 1949.

115. P. Trousset, *Recherches sur le limes tripolitanus*, 1974.

116. Numerosos artículos de R. Rebuffat; véase, p. ej., en *Armées et fiscalité*, 1977, pp. 395-419.

sur del Aurès: la Seguia bent el-Krass, que data sin duda de principios del siglo II, dibuja un arco de 60 km al sur del *uad* Djedi. Desde el desierto hacia el norte, si practicamos un corte transversal, está constituida por un talud, una berma, un foso, una segunda berma y un muro, normalmente de piedra. Sobre el plano se distingue una red de comunicaciones, campamentos y torres, construidas a caballo sobre el muro o detrás de éste, e incluso aisladas.

Mauretania Cesariana

Cuando se pasa de Numidia hacia el oeste, el mundo romano se estrecha; la frontera se acerca al litoral. La defensa de Mauretania Cesariana[117] queda abandonada a los auxiliares; destacamentos de las flotas de Alejandría o de Siria vienen, en ocasiones, a fondear en los puertos de la provincia. La estrategia presenta aquí una cierta originalidad, pues descansa en dos elementos. Cherchel, lugar en que reside el procurador-gobernador, alberga casi siempre a los soldados, entre ellos a la marinería, y ese papel militar de la principal ciudad de la provincia lleva a hacernos pensar en el desempeñado por Alejandría en Egipto. Por otro lado, una serie de campamentos situados a lo largo de un eje viario en dirección este-oeste separa el mundo romano de la Mauretania independiente. Con Trajano, esa frontera se apoya en el *uad* Chelif; se prolonga por el oeste hasta alcanzar Ain Temouchent, y por el este hasta Sour el-Ghozlane, la antigua Aumale. En tiempos de Septimio Severo se instaló una «nueva pretentura»; esa ruta, provista de fortificaciones, pasa más al sur y discurre desde Tarmount, al norte del Chott el-Hodna, hasta Tlemcen y Marnia. La primitiva Mauretania Cesariana raramente se alejaba más allá de 50 km del litoral; la segunda representaba como media el doble de la superficie inicial.

Mauretania Tingitana

Desde el punto de vista militar y económico, las dos Mauretanias no tienen en común más que el nombre. Hay historiadores que piensan incluso que nunca existió una vía de comunicación terrestre entre ambas. De hecho, la Mauretania Tingitana[118] se presenta como un

117. N. Benseddik, *Les troupes auxiliaires de l'armée romaine en Maurétanie Césarienne*, 1982; Y. Le Bohec, «Frontières et limites militaires de la Maurétanie Césarienne sous le Haut-Empire», *Mél. P. Salama*, París, 1999, pp. 111-127.

118. H. Nesselhauf, *Epigraphica*, XII, 1950, pp. 34-48; M. Roxan, *Latomus*, XXXII, 1973, pp. 838-855; Y. Le Bohec, *Cahiers*, pp. 20-21 y 23-24.

territorio aislado, cuyos contactos materiales y administrativos la unían más a Hispania que al resto del Magreb.

No obstante, su organización defensiva no se halla desprovista de originalidad.[119] Se basa también en el empleo exclusivo de auxiliares. Cubre toda la provincia una serie de campamentos, particularmente densa alrededor de Volubilis: no se distingue una franja este-oeste análoga a la que existe en la Cesariana, pero los arqueólogos han descubierto y estudiado una defensa lineal, que nace en el litoral, aproximadamente a 6 km al sur de Rabat y parte en dirección este unos 12 km. Comprende una fosa, un muro de piedra, situado inmediatamente al norte, y una berma que se coloca entre ambos, más algunas torres. La posición y la planificación de ese obstáculo muestran la evidencia de que únicamente tenía por misión proteger la colonia de *Sala*, que se encontraba cerca del emplazamiento de la actual Rabat.

Conclusiones sobre la frontera sur

En la Mauretania Tingitana no debían de encontrarse demasiados soldados. Esa debilidad de efectivos caracteriza además a todo el conjunto de la frontera sur: si a las tropas de Egipto y Cirenaica añadimos las que se encontraban en el Magreb, se llega a un total aproximado de 60.000 hombres en la época de Augusto. Pero esa cifra va decayendo rápidamente: pasa a 50.000 bajo Tiberio, a 40.000 con Claudio, y se estabiliza en 30.000 soldados de Trajano a Diocleciano. Parece muy modesta si se piensa en la misión que esos soldados debían cumplir, la de vigilar un territorio que transcurría desde el Atlántico hasta el mar Rojo. Esa disminución muestra claramente que la seguridad de la región no preocupaba demasiado a los estrategas romanos: si recordamos la importancia económica que África tenía para el Imperio, esa «despreocupación» no se puede explicar más que por el éxito de la pacificación y de la romanización de las provincias implicadas.

La Hispania Tarraconense

Otro caso particular lo representa la Hispania Tarraconense,[120] que, efectivamente, no tiene ninguna frontera común con los países bárbaros y, sin embargo, alberga soldados. La finalización de la conquista se halla marcada por una serie de operaciones en el noroeste

119. M. Euzennat, *Le limes de Tingitane*, 1989, París.

120. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982 (véase A. Tranoy, *La Galice romaine*, 1981, pp. 167-178).

entre el 29 y el 19 aC., en el curso de las cuales se hizo famoso Agrippa. Intervienen entonces alrededor de ocho legiones: una I (sin duda, la I Augusta), la II Augusta, la IV Macedónica, la V Alondra (o la XVI), la VI Victrix, la IX Hispana, la X Gemina y la XX. Desde la época de Tiberio no quedan más que tres, la VI Victrix, la X Gemina y la IV Macedónica. Esta última parte, a su vez, y los efectivos caen a dos unidades bajo Claudio, y a continuación a una con Nerón, después de la partida de la X Gemina. Galba crea en la provincia la VII Gemina y parte con ella. Después de un breve periodo que es testigo del regreso a Hispania de la X Gemina junto con la I Adiutrix, Vespasiano decide que ese sector sólo contará con una legión, la VII Gemina, que permanecerá aquí hasta el fin del Alto Imperio. Por lo general, se cree que esa unidad iba acompañada de un número muy escaso de auxiliares.

La organización defensiva de esa provincia tiene en cuenta las necesidades de la estrategia local: no se trata de defender una frontera contra un enemigo, sino de vigilar a los indígenas más turbulentos y garantizar la seguridad de las explotaciones mineras. Según P. Le Roux y A. Tranoy, no hay por tanto una zona militar que presente el aspecto de una franja, no hay un *limes*, como en Britania, el Rin o el Danubio, sino un centro principal y posiciones anejas. El cuartel general se hallaba instalado en León (cuyo nombre deriva de la palabra *legio*), en un gran campamento de 570 por 350 m, lo que representa casi 20 ha. En Rosinos de Vidriales se ha excavado otro recinto que rodea un terreno de casi 5 ha y que albergaba un ala de caballería. Finalmente, una o varias cohortes tenían por misión la de vigilar la *ora maritima*, en el litoral mediterráneo. En total, menos de diez mil hombres tenían como cometido el de garantizar la seguridad de Hispania.

El balance estratégico

Un buen indicador de la evolución de la estrategia imperial nos lo proporciona la distribución de las legiones. En el cuadro de la página siguiente podemos, por una parte, observar la evolución de los efectivos en el interior de cada zona y, por otra, hacer comparaciones para cada periodo entre los diferentes sectores.

La distribución de las legiones

Este cuadro muestra que, en los inicios del Imperio, Renania y África representaban los sectores considerados más expuestos; por otro

lado, una importante concentración, a la que los historiadores nunca han concedido el valor que se merece, se había constituido, sobre todo, en Iliria y Macedonia. Después de un periodo de experimentación más o menos largo, los ejércitos del Rin, de Britania, de Hispania y de África conocieron una cierta reducción de sus efectivos, mientras que, por el contrario, se reforzaba la defensa del Danubio, y aún más la de Oriente. No obstante, parece claro que los estrategas romanos consideraron siempre que la principal amenaza procedía de Germania y no de Irán. Su cálculo no era erróneo: son los vándalos, los alanos y los suevos quienes, después de los francos, los alamanes y los godos, acabarían por hacer estallar las defensas del Imperio; pero esos generales se equivocaron en un aspecto: esos bárbaros franquearon el Rin y no el Danubio.

	Augusto	Tiberio	Claudio	Vespasiano	Trajano	Antonino	Caracalla	Aureliano
Interior								
Italia							1	1
Iliria-Dalmacia	3	2	1	1				
Macedonia	2 (?)							
Total	5	2	1	1			1	1
Frontera norte								
Britania			4	4	3	3	3	3
Rin	5*	8	7	7	4	4	4	4
Danubio	4	3	8	6	12	10	13	12
Total	9	11	19	17	19	17	20	19
Frontera este	3	4	4	6	7	8	10	12
Frontera sur								
Egipto	3	2	2	2	2	1	1	1
África	2*	2	1	1	1	1	1	1
Total	5	4	3	3	3	2	2	2
Hispania	5	3	2	1	1	1	1	1

* Mínimo

Conclusión

Por tanto, la estrategia diseñada por Roma se basaba en varios elementos: sin olvidar a los dioses, era necesario disponer, fundamentalmente, de vías, murallas y soldados. Pero estos últimos, para construir las fortificaciones y las defensas lineales, debían haber adquirido ciertos conocimientos. Las mismas exigencias habían sido formuladas a propósito de la táctica estudiada en el capítulo precedente: para construir un campamento de marcha, para ocupar su lugar en una columna desplazándose o en el campo de batalla, y para combatir con las mayores oportunidades de éxito, era necesario que el legionario hubiera aprendido bien su oficio. Y los oficiales, para elegir un emplazamiento en el que pasar la noche, para disponer las tropas antes del combate, así como para organizar un sistema defensivo, tenían la obligación de estar preparados en esas múltiples tareas. La estrategia y la táctica que convirtieron en una potencia a Roma no podían aplicarse sin una preparación intensiva, sin los ejercicios de instrucción.

TERCERA PARTE

EL PAPEL DEL EJÉRCITO EN EL IMPERIO. PROSPERIDAD Y ROMANIZACIÓN

CAPÍTULO VII

HISTORIA DEL EJÉRCITO ROMANO. GUERRA Y POLÍTICA

Hasta el presente ha parecido preferible estudiar el ejército romano examinando sucesivamente cada uno de sus aspectos, sin subrayar que este o aquel elemento había sufrido modificaciones en uno u otro momento. Por tanto, sería imperdonable sacrificar su evolución en un libro de historia. Es evidente que no podríamos plantearnos resumir aquí los principales acontecimientos ocurridos en la cuenca mediterránea en el curso de los tres primeros siglos de nuestra era. No obstante, los investigadores señalarán —y quizá lamentarán— que no exista ninguna historia militar del Imperio. Sin entrar en detalle, conviene, por tanto, esbozar las líneas generales de tales acontecimientos.[1]

Los cambios se manifiestan esencialmente en dos campos y, en primer lugar, en los asuntos propiamente militares. Todos los emperadores, o casi todos, se esforzaron por aplicar una política, defensiva u ofensiva. Algunos dirigieron vastas operaciones y llevaron sus triunfos al Capitolio. Pero otros debieron disimular sus desastres, y algunos más incluso embarcarse en guerras sin gloria que se semejaban mucho a simples operaciones de policía, de mantenimiento del orden. Además, previendo el futuro o extrayendo lecciones de los fracasos, algunos soberanos trataron de adaptar aquellas estructuras que podían parecer obsoletas.

En segundo lugar se observa la intromisión del ejército en la vida política: al ostentar el príncipe la jefatura, aquél poseía permanentemente un peso específico con el que era necesario contar. En un contexto de guerra civil aún podía hacer más: las tropas de una provincia, apoyándose en sus habitantes, podían quitar o poner sobera-

1. Véase igualmente p. 156; se encontrará un complemento bibliográfico para cada reinado en Y. Le Bohec, *La III[e] Légion Auguste*, 1989; B. Campbell, *The Emperor and the Roman Army*, 1984, Oxford.

nos. Ahí reside el «secreto del Imperio» evocado por Tácito[2] y estudiado recientemente.[3]

Al examinar en conjunto el periodo a que nos referimos,[4] se constata que los reinados y las dinastías, que constituyen indicativos cómodos, se corresponden también muy a menudo con grandes movimientos de la historia. Ese fenómeno puede explicarse de diferentes maneras: seguramente, algunos soberanos han tenido personalidad suficiente como para marcar su época, o bastante habilidad en la elección de colaboradores competentes para constituir con ellos el grupo de íntimos; en otros casos se ha dado la situación contraria: la mediocridad de un gobernante y de sus consejeros, enfrentados a la fuerza de los acontecimientos, ha podido provocar una revolución de palacio; y ahí es cuando intervenía el ejército.

Organización y revueltas nacionales

Por lo que se refiere al siglo I en conjunto, no se puede dejar de subrayar la obra prodigiosa llevada a cabo en la época de Augusto; durante un largo periodo, sus sucesores se limitaron a reformar lo que ya estaba en funcionamiento: transformando «el ejército experimental» en «ejército permanente».[5]

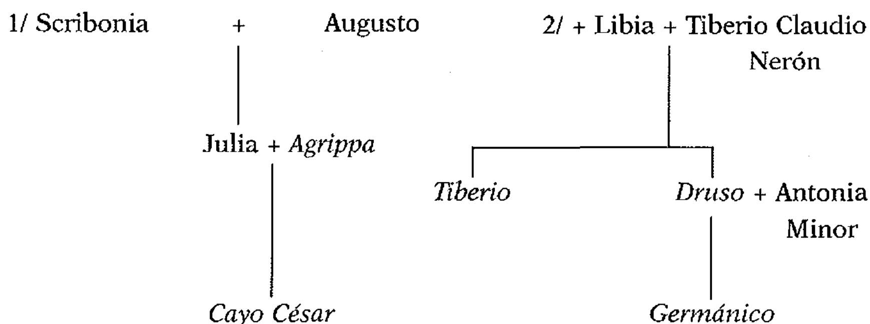
AUGUSTO Y EL NACIMIENTO DEL EJÉRCITO IMPERIAL

A menudo, los historiadores contemporáneos se han puesto de acuerdo para negar las cualidades militares de Augusto,[6] insistiendo en el hecho de que raramente se presentaba en persona en el campo de batalla. Sin embargo, Aurelius Victor,[7] haciéndose eco de una tradición antigua, otorga a ese príncipe un trato más halagüeño. Pensamos, con él, que es necesario rehabilitar a Augusto como general. Es evidente que no fue el inventor de todo, sino que recogió la herencia del ejército republicano,[8] en especial las transformaciones queridas por

2. Tácito, *H.*, I, 4, 1.
3. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982, pp. 127 ss.
4. Sobre los principales movimientos cronológicos, véase P. Le Roux, *op. cit.*, y E. N. Luttwak, *La grande stratégie de l'empire romaine* (trad. fr.), 1987.
5. P. Le Roux, *op. cit.*, pp. 83 y 127.
6. Por ejemplo, A. Piganiol, *Histoire de Rome* (5.ª ed.), p. 225: «Augusto tuvo un escaso talento como general»; P. Petit, *Histoire générale de l'empire romain*, 1974, p. 32: «Augusto no tenía nada de jefe de guerra.»
7. Aurelius Victor, *De Caes.*, I, 1.
8. L. Keppie, *The Making of the Roman Army*, 1984, Londres.

César e impuestas después por la guerra civil que vio cómo los antiguos miembros del triunvirato entraban en conflicto entre sí, en particular Octavio y Antonio. Pero no es éste nuestro propósito.

En primer lugar, la organización del ejército tal como podemos verla en el Alto Imperio data de su reinado.[9] Es cierto que no lo construyó todo a partir de la nada: la República había dispuesto ya de fuerzas bastante bien estructuradas para conquistar una buena parte del mundo mediterráneo. Pero la distinción entre la guarnición de Roma y las de provincias, la diferencia entre unidades auxiliares y legiones, el mando de unas y de otras, los modelos de reclutamiento y la estrategia puesta en marcha en las fronteras, todo ello se remonta a los inicios del nuevo régimen. Sin duda, no conviene otorgar a una sola persona todo el honor por esas innovaciones; no obstante, en un régimen monárquico, el papel del soberano adquiere gran importancia: es él quien decide en último término y también reposa sobre él la responsabilidad de la elección de sus consejeros. Ahora bien, Augusto lo supo organizar muy bien. Es verdad que la Guerra Civil hizo salir a la luz a una amplia serie de grandes generales que, a su vez, formaron a sus sucesores (de la misma manera en que fueron las conquistas de la Revolución las que proporcionaron a Napoleón la mayor parte de sus mariscales). Podríamos citar muchos nombres junto a los de Caius Sentius Saturninus, Lucius Domitius Ahenobardus y el del malogrado Publius Quinctilius Varus; pero la coincidencia que más favoreció a Augusto es que fue capaz de encontrar a sus mejores cuadros en su propio entorno. Se sabe que se casó dos veces; su yerno Agrippa, pero también sus hijastros, Tiberio, Druso y Germánico, así como su nieto, Cayo César, se contaron entre sus más eficaces generales.



9. Suetonio, *Aug.*, XXIV-XXVI y XLIX; Herodiano, II, 11, 5; Dion Casio, LIV, 25, 5-6 (importante).

Por otra parte, se necesitaba un gran número de oficiales valerosos, pues los soldados romanos se batían por todas partes. Pueden distinguirse cuatro sectores principales de actividad militar. En primer lugar, el propio Augusto, con la colaboración de Agrippa, se dedicó a conseguir de una vez por todas el sometimiento de Hispania. Esa conquista, emprendida al final del siglo III aC., no estaba finalizada aún por completo: la zona noroeste de la península seguía siendo indomable. Durante diez años (del 29 al 19) combatieron siete legiones con sus correspondientes auxiliares, lo que no impidió el resurgir de los conflictos en el año 16 aC. Paralelamente, en el año 29, Aquitania se vio recorrida por las tropas de Marcus Valerius Messalla Corvinus, quien volvió a instaurar el orden perturbado por los indígenas.

En segundo lugar, es la frontera norte la que más preocupa a Augusto. Primero, y con el fin de garantizar la seguridad de las relaciones entre la Galia e Italia, por una parte, y entre Roma y esa frontera septentrional, por otra, era necesario acabar la conquista de los Alpes: en el año 25 fueron sometidos los salasios, y en el 7 aC. le tocó el turno a los grandes valles. Se conmemoró ese éxito con el célebre trofeo de la Turbia. Pero la frontera norte comprendía dos sectores, el del Rin y el del Danubio. Parecía muy probable que Augusto tratara de ampliar los límites del Imperio hacia el Elba. Son, no obstante, los sicambros quienes, desde el 16 aC., hacen sufrir un revés a Lollius. El mismo año, Druso emprende la fortificación de esa frontera. Entre el 12 y el 9 consigue alcanzar el Elba al término de una serie de brillantes campañas, pero fallece en el viaje de regreso. Tiberio consolida la parte defensiva de su obra en el 8-7 aC. y en el 4 dC. Pero Arminius, después del desastre que hace sufrir a Varus en el 9 de nuestra era, en un lugar que acaba de ser descubierto (Kalkriese),[10] consigue que los estrategas romanos entren en razón y renuncien definitivamente a cualquier ampliación importante de su dominio sobre Germania. Algunas operaciones de Tiberio y de Germánico permiten cuando menos estabilizar el frente.

El sector norte comprende igualmente las regiones danubianas. En el 15 aC., Druso y Tiberio ocupan Retia y la Vindelicia, a las que añaden la Nórica. Los acontecimientos más importantes suceden sobre todo entre el 12 y el 10: Tiberio acaba por pacificar los territorios situados en la margen derecha del Danubio, después de que otros prepararan su acción; la Panonia había sido ocupada desde el año 19 y, en el 13, Lucius Calpurnius Pison había hecho ya en Mesia una exhibición de las armas romanas; todas esas operaciones combinadas

10. *Rom, Germanien und die Ausgrabungen von Kalkriese* (W. Schluter y R. Wiegels, eds.), 1999, Osnabrück.

permitieron alcanzar el Elba también desde el Danubio. La seguridad de esa región quedaba también garantizada por la imposición del protectorado a los reinos de Tracia, Crimea y el Ponto. Pero la céltica Bohemia fue invadida por los marcomanos, cuyo rey Marbod luchó contra Tiberio desde el 6 hasta el 9. Esa guerra hizo aún más daño si se tiene en cuenta que en el año 6 dC. se habían sublevado Panonia y Dalmacia.

Oriente es el tercer sector que solicitará la dedicación de Augusto. En primer lugar, el emperador refuerza allí la presencia romana: en el año 25 redujo la Galacia a provincia; entre el 1 aC. y el 4 dC. envía a Armenia a su nieto Cayo César, que muere al acabar su misión; finalmente, Judea, entregada a manos de reyes, el más conocido de los cuales es, sin duda, el célebre Herodes, queda dividida y, a continuación, confiada a prefectos a partir del 6 dC. (mantiene ese estatuto hasta el año 42). Las relaciones con los partos, relativamente tranquilas, se basan más en la diplomacia que en la guerra: en el año 20, Tiberio recibe las enseñas que habían arrebatado a Crassus y a Marco Antonio (esa escena se representó en la coraza de la célebre estatua de Augusto hallada en Prima Porta). Recordemos finalmente —aunque ese hecho no haya tenido relación alguna con la historia militar— que se presentan ante la corte imperial embajadores procedentes de los principados de la India.

Para acabar, la frontera meridional plantea problemas diferentes en sus sectores oriental y occidental. Conquistado inmediatamente después de la batalla de Accio (31 aC.), Egipto constituye rápidamente una base de partida para expediciones lejanas: el primer prefecto (gobernador), Cornelius Gallus, se ve obligado a reprimir una insurrección en el sur; después, Aelius Gallus explora Arabia: se trató de un intento de expansión hacia oriente que fracasó, lo mismo que el de C. Petronius en dirección a Etiopía (esos acontecimientos ocurrieron entre los años 24 y 21). La provincia de África conoció dos grandes oleadas de guerras: entre el 35 y el 20 aC., Roma combatió a los garamantes de la actual Fezzan; la segunda serie de problemas se encuentra mal datada: se la sitúa entre el 1 y el 6 de nuestra era o entre el 1 aC. y el 9 dC. En esta ocasión, los pueblos sublevados son los nasamones de Tripolitania, los musulames de la región de Tebessa y los gétulos que se dedican al nomadeo entre el desierto y el África «útil».

Para finalizar este breve análisis debe indicarse que las dificultades parecen acumularse hacia finales del reinado, con las revueltas de Panonia y Dalmacia en el 6 dC., la guerra de Marbod del 6 al 9 y el desastre de Varus ese mismo año. No obstante, el balance continúa siendo importante y los historiadores tienen demasiada tendencia a olvidarlo: por una parte, las conquistas cubren territorios inmensos (no-

roeste de Hispania, Alpes, margen derecha del Danubio, Egipto, provincialización de Galacia y Judea); por otra parte, la obra institucional y estratégica de la que hemos hablado antes no puede dejarse en el olvido. Por esas dos razones, creemos que es necesario rehabilitar, si no la figura de Augusto como general, al menos la obra de su reinado en el aspecto militar.

Los sucesores de Augusto en el siglo I

Los Julio-claudios

Entre los sucesores de Augusto, muchos presentan una personalidad desequilibrada, incluso rayana casi en la monstruosidad. Es el caso de Tiberio, Calígula y Nerón; en cuanto a Claudio, pasa por ser un borracho, juguete de sus libertos y de sus sucesivas esposas que no se privaban de burlarse de él continuamente y en público. Sin embargo, y ya sea el mérito de los propios soberanos o de sus consejeros, el hecho es que sus reinados estuvieron marcados por numerosos éxitos.

El primero de esos príncipes, Tiberio, se había revelado como un buen general[11] antes de acceder a la púrpura; pero su reinado había comenzado mal: las legiones de Panonia y Germania estaban amotinadas;[12] junto con Druso, Germánico las habían sometido de nuevo a la disciplina y, para controlarlas mejor, él mismo las había acompañado en una expedición más allá del Rin (14-17). En esa zona, señalemos igualmente la creación del protectorado de Moravia. Inmediatamente después de esos acontecimientos, envía a Germánico a Oriente (18-19), donde se redondeó el dominio de Roma: desde el año 17, Capadocia fue convertida en provincia, Armenia en reino protegido, y los Estados de Filipo, en Judea, fueron anexionados en el año 34. Esos progresos no impiden que la situación se tense de nuevo hacia finales del reinado. Pero lo que mejor caracteriza la época de Tiberio son las revueltas nacionales. Druso fue enviado a Iliria, y Tracia se agitó en los años 20-22.[13] África y la Galia conocieron las crisis más agudas. En la primera de las provincias citadas, en la que, no lo olvidemos, el ejército dependía del Senado, un desertor, llamado Tacfarinas, empujó a su pueblo, los musulames, a una sedición que se extendió.[14] Parece ser que Tiberio no se disgustó demasiado al constatar

11. Tácito, *An.*, I, 4, 3, lo reconoce a pesar de su aversión por Tiberio; Suetonio, *Tib.*, XXXI, 5.
12. Tácito, *An.*, I, 16 y s., 31 y s., 50 y s.
13. Tácito, *An.*, III, 39.
14. Tácito, *An.*, II, 52; III, 20-21, 32 y 35; IV, 13, 3, y 23-26.

la incapacidad de la ilustre asamblea que permitió que el conflicto durara del 17 al 24. En la Galia se sublevaron los trevires y los eduanos (año 21); a ese movimiento se le denominó revuelta de Florus y Sacrovir, por el nombre de sus jefes.[15]

Igual que Tiberio, Calígula no pensó en emprender la menor reforma de importancia: la obra de Augusto era todavía suficiente. Pero continuaban planteándose problemas en las fronteras. En el pasivo de ese gobernante loco se cuenta una campaña abortada contra los catos en el año 39 y un abandono provisional de Armenia y Judea; en el activo hay que anotar la creación de un extenso Estado tracio y, sobre todo, la puesta en marcha de una nueva política africana. El asesinato, en el año 40, de Ptolomeo, rey de Mauretania, uno de cuyos móviles quizá pueda encontrarse en la psicopatía del gobernante, se inscribía en realidad en el marco de una concepción coherente, y preparaba una nueva anexión.

Cuando Claudio llegó al poder, debió hacer frente en primer lugar a la nueva situación creada en el oeste del Magreb por la muerte del soberano; un liberto de este último, Aedemon, había provocado una gran insurrección. En el año 42 fue enviado a ese nuevo teatro de operaciones un excelente general, Suetonius Paulinus, así como importantes efectivos: la Mauretania Cesariana (de Cherchel) y la Tingitana (de Tánger) se añadieron a la lista de provincias. Pero la gran obra del reinado (pues Claudio alcanzó éxito allí donde había fracasado César) fue la conquista de Britania[16] (la actual Gran Bretaña). Y eso no fue todo. En el año 44, Judea quedó anexionada de nuevo y confiada a procuradores (conservó ese estatuto hasta el año 66); y en el 45 o el 46 le tocó a Tracia el turno de integrarse en el Imperio. Esos éxitos convierten el reinado de Claudio en una etapa importante de la historia militar de Roma. A partir de ese momento, los soldados respetaron a ese gobernante,[17] quien, además, fue el primer reformador de la obra de Augusto. En efecto, promulgó un cierto número de leyes y reorganizó la carrera de oficiales de rango ecuestre; «la carrera militar de los *equites* —según Suetonio—[18] fue reglamentada de esa manera: después del mando de una cohorte se le confería el de un ala de caballería; a continuación, un tribunato de legión». Sin embargo, Claudio tuvo problemas: en Germania debió enviar a Vespasiano[19] a Estrasburgo para vigilar a los catos, en el 41-42, y después, en el 49, a Corbulón[20]

15. Tácito, *An.*, III, 40 y s.
16. Tácito, *An.*, XII, 31 y s.; *Corpus inscr. lat.*, V, n.° 7.003.
17. Aurelius Victor, *De Caes.*, III, 4 y 17.
18. Suetonio, *Cl.*, XXV, 1 (véase también XXII, 1).
19. Tácito, *An.*, XII, 28.
20. Tácito, *An.*, XI, 18-19.

para pacificar a choques y frisones. Pero sería el final del reinado el que provocó la peor de las sorpresas: en el año 53, Vologeses invadió Armenia.

Nerón debió, por tanto, enfrentarse a una situación difícil: ni pudo ni supo emprender reforma o conquista alguna; sus guerras fueron siempre defensivas, y ahí es donde reside la originalidad de su política en el dominio militar. En primer lugar, se vio obligado a combatir a los partos (58-63);[21] Corbulón conquistó Armenia después de las dificultades conocidas; pero en el 61 también fue ocupado el Adiabene. En esa misma época, el otro extremo del Imperio, Britania, rechazaba aún la dominación romana,[22] y esa resistencia la simbolizaba una mujer, la reina Boadicea. Suetonius Paulinus, que aún se encontraba en activo, no pudo, sin embargo, imponerse a los bretones. Es preciso constatar que, en ese lugar, las guerras que lleva a cabo Nerón tienen su origen en la política de Claudio. Pero eso no es todo. En el año 66 estallaba una insurrección en Judea;[23] Vespasiano y su hijo Titus reciben como misión la de restablecer el orden en ese sector; aún no lo habían conseguido cuando, el año 68, falleció Nerón.

La crisis del 68-69

El fracaso de Nerón provocó una crisis que, en el plano militar, presenta un triple aspecto: por una parte, continúa la guerra de Judea; por otra, los diferentes ejércitos de provincias, apoyados por civiles, tratan de promocionar a sus propios generales para conseguir que se revistan de púrpura; finalmente, en diferentes partes del Imperio estallan insurrecciones de carácter nacional.

El legado del Lionesado, Vindex, y Macer, comandante de la III Legión Augusta, se convertirán en disidentes sin conseguir jamás alcanzar sus objetivos; Galba fue el primero en lograr hacerse reconocer como emperador, con el apoyo de ambas Hispanias. Diversas emisiones monetarias celebraban a las legiones (lám. XXXVI, 35). Pero Galba, demasiado autoritario,[24] fue abandonado por sus tropas, y Otón, a quien apoyaban los pretorianos, trató de sustituirle. A continuación les llegó el turno de imponer su candidato a las legiones de Germania: Vitelio.[25] En esa misma época, y aprovechándose de que los romanos luchaban entre sí, algunos pueblos trataron de liberarse. El año 69

21. Tácito, *An.*, XIII, 6 y s.
22. Tácito, *An.*, XIV, 29 y s.
23. Flavio Josefo, *G. I.*
24. Dion Casio, LXIV, 3.
25. Suetonio, *Vit.*, VIII, 2.

estalló la insurrección entre los bátavos a instigación de Civilis; un año después, Classicus, Tutor y Sabinus proclamaron un imperio galo. Según Tácito,[26] los insurgentes combatían por motivos diferentes, «los galos por su libertad, los bátavos por la gloria y los germanos por el pillaje». Pero todo volvió al orden cuando Vespasiano decidió marchar sobre Roma: contaba con el apoyo de las legiones de Oriente y las del Danubio;[27] si recordamos que era allí donde se encontraban las concentraciones más importantes de soldados romanos, es fácil comprender las razones de su éxito.

Los Flavios

De todos modos, Vespasiano pasaba con justicia por ser un oficial valeroso.[28] Había dejado a su hijo Tito con el encargo de solucionar el problema judío. Éste alcanzó el triunfo en el año 71 (un arco en el Foro muestra el candelabro de siete brazos tomado del templo de Jerusalén); pero no sería hasta el año 73 cuando cayó el último foco de resistencia, la ciudadela de Masada. Britania vio pasar también a varios grandes generales: Cerialis (71-74), Frontino (74-77) y Agrícola (77-84). En esa misma época se continuó la política expansionista: se ocupó, en Germania, el valle del Neckar y los romanos se vieron obligados a combatir la resistencia animada por la profetisa Velleda. En el año 72, la Commagena quedó definitivamente anexionada a la provincia de Siria.

Tito, primogénito de Vespasiano, se mantuvo muy poco tiempo al frente del Imperio como para poder realizar una obra significativa. No le sucedió lo mismo a su hermano Domiciano,[29] que heredó en primer lugar el problema bretón, y dejó que Agrícola llevara a cabo una acción finalmente coronada por el éxito. Fueron los germanos los primeros en provocar dificultades. En el año 83 (¿o quizá 81?), el emperador envió a Frontino contra los catos. A continuación, fue un legado, Lucius Antonius Saturninus, quien trató de sublevarse (88-99); los acontecimientos que acompañaron esa tentativa significaron sin duda la desaparición de la XXI Legión Rapax. En el 89-90, Domiciano decidió la anexión de la Campos Decumates (el ángulo que dibujan los cursos superiores del Rin y el Danubio) y dividió en dos la provincia de Germania (Germania Superior e Inferior). Desde el 85, el Danubio

26. Tácito, *H.*, IV, 78, 3.
27. Suetonio, *Vesp.*, VI, 4 y VIII; Aurelius Victor, *De Caes.*, VIII, 2-3.
28. Aurelius Victor, *De Caes.*, VIII, 4.
29. Frontino, *Strat.*, I, 1, 8, y 3, 10; Suetonio, *Dom.*, VI; Aurelius Victor, *De Caes.*, XI, 9. K. Strobel, *Die Donaukriege Domitians*, 1989, Bonn.

fue testigo de la agitación de cuados y marcomanos, yazigos y sármatas, de los que volveremos a hablar extensamente a continuación. Pero serían sobre todo los dacios quienes causarían problemas a Domiciano: un altar y un mausoleo, erigidos en Adam-Klissi en esa época (el trofeo data de la época de Trajano), no pudieron hacer olvidar a los generales romanos que esos bárbaros, al no poder ser derrotados, habían sido comprados. En África, Domiciano ordenó el aniquilamiento de los nasamones, un pueblo de Tripolitania. Finalmente, recibió una petición de alianza de Vologeses para rechazar a los alanos.[30] El fracaso ante los dacios no tuvo nada que ver en la eliminación de este emperador. Por el contrario, había sido muy bien acogido en los medios militares y disfrutó de su apoyo, al menos durante los primeros años de reinado (véase n. 29).

El tiempo de las grandes guerras

Si, con toda justicia, las tropas estacionadas en Hispania durante el siglo II pueden recibir el título de «ejército de paz»,[31] es preciso constatar que las demás legiones no conocieron más que una calma siempre precaria.

TRAJANO Y LAS GUERRAS OFENSIVAS

Parece inútil detenernos en Nerva: durante su corto reinado, a los ojos de muchos historiadores, tuvo como mérito principal el haber elegido por sucesor a un hombre valiente. Entretanto, a finales del año 97, estallaron en Germania numerosos problemas, y así fue como hizo su entrada en la historia el heredero designado.[32]

Se trata de una personalidad discutida. Para J. Carcopino,[33] Trajano fue el soberano que llevó el Imperio a su apogeo; por el contrario, P. Petit[34] no ve en él más que a un «militarote de frente caída», ganado por «el vino y los jovencitos». En el campo que nos interesa apenas se mostró reformista, si no se tiene en cuenta que trató de impulsar la

30. Suetonio, *Dom.*, II, 5.
31. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982, p. 169; véase también E. N. Luttwak, *La grande stratégie de l'empire romain* (trad. fr.), 1987, pp. 45 ss.; («Imperio territorial»; defensa hacia adelante).
32. Plinio el Joven, *Pan.*, XIV; Aurelius Victor, *De Caes.*, XII, 1; *Corpus inscr. lat.*, V, n.º 7.425.
33. J. Carcopino, *La vie quotidienne à Rome*, 1939, p. 16.
34. P. Petit, *Histoire générale de l'Empire romain*, 1974, p. 156.

demografía de Italia para facilitar el reclutamiento de las legiones (p. 111). Se sabe también que remarcó con toda claridad el aspecto militar de su poder, lo que no desagradaba al ejército.[35] De hecho, por encima de todo fue un hombre práctico: aplicó una política belicosa. Con él, se volvió al tiempo de las grandes conquistas.

Los historiadores han descuidado, a menudo, su política; sin embargo, fue en la época de su reinado cuando se conquistó el Aurès y comenzó a desarrollarse. Esa fase de expansión ha sido olvidada a veces porque el emperador no consideró útil tomar entre sus títulos un nombre que la recordara, lo que explicaría la falta de atención que le han dedicado los epigrafistas.[36] Y además, en ese mismo momento, tenía lugar un acontecimiento muy complicado: la conquista de la Dacia. El soberano en persona franqueó el Danubio y tuvo que llevar a cabo varias campañas desde el 101 al 105 (la pacificación no se consiguió hasta el 107). La victoria le permitió hacerse llamar Dacicus. Nos ha legado dos monumentos importantes: un trofeo dedicado a Mars Ultor («Marte Vengador») en la localidad de Adam-Klissi[37] y, en Roma, la célebre Columna Trajana. Es esa campaña la que explica que los rumanos hablen todavía hoy una lengua románica.

Apenas finalizada la campaña de Dacia se enviaron algunos soldados a Oriente:[38] en el 105-106 se creó la provincia de Arabia (la actual Jordania). Sin tener demasiado interés por sí misma, debía servir fundamentalmente para consolidar un dispositivo estratégico que tenía como objetivo la conquista de Mesopotamia, cuyo preludio podía ser quizá la destrucción del Estado parto; desde el punto de vista cronológico, se trató del segundo gran proyecto militar del reinado, aunque, a la vista de lo que se hallaba en juego, quizá debiera considerársele como el primero.

Esa empresa[39] se explicaba por diferentes motivos. En el aspecto económico, permitía controlar algo mejor las relaciones con la India; en el orden político, el emperador deseaba acumular todavía más gloria a su nombre; finalmente, si se tiene en cuenta la estrategia, se ponía en marcha la idea de organizar una nueva línea defensiva que cubriera Armenia y todo el norte de Mesopotamia, si no se conseguía la destrucción del enemigo. Intervinieron al menos diez legiones, con sus

35. Plinio el Joven, *Pan.*, V, 7, y *Cartas*, X, 106; Dion Casio, LXVIII, 8.

36. M. Gervasio, *Mél. G. Beloch*, 1910, pp. 353-364.

37. F. B. Florescu, *Monumentul de la Adam-Klissi*, 1959; I. A. Richmond, *Papers Brit. School Rome*, XXXV, 1967, pp. 29-39; M. Speidel, *Rev. archéol.*, 1971, pp. 71-78.

38. *Corpus inscr. lat.*, II, nº 4.461 (carrera de un centurión decorada durante la guerra contra los dacios y, después, contra los partos).

39. J. Guey, *Essai sur la guerre parthique de Trajan*, 1937; F. A. Lepper, *Trajan's Parthian War*, 1948.

auxiliares, a partir del 113-114 y hasta la muerte de Trajano. En el año 115, los cursos superiores del Tigris y el Éufrates pasaron a control romano y, al año siguiente, se apoderaron de Nisibe, Odesa y Ctesifón; fue conquistada también la Adiabene (antigua Asiria). Pero en el año 117 los partos reaccionaron, y los judíos residentes en varias provincias iniciaron una revuelta a la muerte de Trajano.

La «paz romana»

Su sucesor, Adriano, plantea un difícil problema histórico: ¿se trata verdaderamente de un pacifista? Más aún, ¿podía concebirse en la Antigüedad una actitud de esa clase? Sea como fuere, la moderación de ese gobernante le ha valido una reputación de estratega mediocre.[40] De hecho, inmediatamente después de revestirse de púrpura, obligó a evacuar los territorios conquistados por Trajano en Mesopotamia, considerando que su defensa, si es que era posible, costaría demasiado cara. Más aún, en el año 123, mantiene un encuentro con el rey de los partos y concluye una paz con él. Algunos historiadores han querido ver en sus decisiones, quizá equivocadas, un profundo cambio en la estrategia imperial. En cualquier caso, era necesario resolver el problema judío: en el año 117, uno de los generales de Trajano (Lusius Quietus) había tomado ese asunto en sus manos; una nueva guerra, esta vez en Judea, permitió entre el 132 y el 135 solucionar el problema durante bastante tiempo, al precio de algunas matanzas. Las emisiones de sestercios celebraron a varios ejércitos provinciales (Hispania, Germania, Retia, Nórica, Mesia, Dacia, Capadocia, Siria y Mauretania).

Si no se presenta como conquistador, Adriano no deja de velar por el respeto a las tradiciones. Incluso llegó a promulgar algunos reglamentos que, un siglo más tarde, aún poseían fuerza de ley.[41] Veló por encima de todo por que el Imperio se encontrase presto a la defensa. Se erigieron fortificaciones[42] en Germania, Retia y Britania (el célebre «Muro de Adriano») y quizá también en África, si es que la Seguia bent el-Krass data de esa época. El emperador inspeccionó campamentos y murallas (n. 40) y fue a menudo a verificar personalmente si los soldados se entrenaban con regularidad (p. 142). Más de una vez se ha concedido que fue el creador de los *numeri* étnicos: actualmente,

40. Aurelius Victor, XIV, 1; H. Mattingly y E. A. Sydenham, *Rom. Imp. Coin.*, II, 1926, pp. 458-462.
41. Dion Casio, LXIX, 9.
42. *Historia Augusta, Adr.*, XII, 6.

uno se pregunta si esa innovación no data de la época de Trajano o incluso de Domiciano. Finalmente, es sin duda en este momento cuando desaparecen dos legiones: la XXII Dejotariana y la IX Hispana, disuelta esta última por un acto de indisciplina, a menos que no hubieran acabado con ella los brigantes de Britania.

De no ser por los judíos, y quizá por los bretones, los tiempos de Adriano habrían podido pasar por un periodo de enorme calma en el plano militar. Antonino Pío, que disfrutaba de una buena reputación como general,[43] no se vio obligado a hacer frente a conflictos serios; no obstante, la historia de su reinado se halla marcada por pequeñas agitaciones. En Britania, un nuevo muro situaría más al norte los límites del Imperio; se ha considerado a menudo que esa construcción había tenido como objetivo la respuesta a una agresión. En el sector norte fue preciso solucionar algunos conflictos con los germanos y los dacios. Al este, en el año 155 se concluyó un tratado con Vologeses, lo que no impidió que, entre el 161 y el 163, se reactivara la guerra en Armenia y que los judíos mantuvieran aún su agitación. En la frontera sur se señala una insurrección en Egipto y, sobre todo, en Mauretania.[44] En conjunto, nada grave; sólo una serie de pequeños movimientos por todo el Imperio.

La alerta

La situación se agravó en la época de Marco Aurelio, el emperador filósofo que demostró también ser un excelente jefe militar[45] y que supo rodearse de un buen equipo.[46] Por una parte, una serie de problemas relativamente menores agitaron algunas de las provincias, incluso las Mauretanias y Egipto, este último con el movimiento de los *boucoloi*, en 172-173, así como Grecia, que fue atacada por un pueblo bárbaro, el de los costoboques.[47] Además, la historia militar del Imperio se vio agitada por dos guerras de primer orden.[48]

En Oriente, e incluso aunque los partos fueran los primeros en invadir Siria, nada prueba que los romanos lo sintieran. La guerra duró cuatro años, del 162 al 166, y Lucius Verus secundó a Marco Aurelio.[49] Quizá haya sido en el curso de esas hostilidades cuando desapareció

43. Aurelius Victor, *De Caes.*, XVI, 2.
44. *L'Année épigraphique*, 1960, n.° 28.
45. Herodiano, I, 2, 5, y 4, 8.
46. Herodiano, I, 8, 1 (Perennis).
47. *Nouveaux choix d'inscriptions grecques*, 1971, pp. 85-94.
48. *Corpus inscr. lat.*, VI, n.° 31.856.
49. Dion Casio, LXXI, 1.

la XXII Legión Dejotariana (a menos que eso no haya sucedido antes); se crearon entonces la II y la III Itálicas. El conflicto finalizó con éxito: a Avidius Cassius se le confió una nueva provincia, Mesopotamia.

Pero lo más grave sucedió a continuación. La Columna Aureliana[50] informa de una parte de las luchas que se desarrollaron a uno y otro lado del Danubio. Desde el 166-167, se asistió a un primer asalto de los germanos, que atravesaron la Panonia y no se detuvieron hasta alcanzar el Adriático. Los godos ejercieron presión sobre los cuados, los marcomanos, los yazigos y los roxolanos. Marco Aurelio combatió hasta el 169. A partir del 171 comenzó una segunda ofensiva; cada año se presentaba ante las fronteras una nueva oleada de bárbaros: los cuados en el 172, los sármatas en el 173, ambos pueblos en el 174, y los sármatas solos en el 175. Marco Aurelio se encuentra a orillas del Danubio desde el 172 al 175; la guerra se vuelve muy dura. Un tercer episodio de conflictos lleva del 177 al 179; el emperador sigue aún junto a sus soldados y muere en medio de ellos en el año 180.

El fin del periodo antonino se halla marcado por un cierto retorno a la calma. A pesar de los defectos que se le han achacado, Cómodo supo llevar a cabo una política militar relativamente eficaz,[51] gracias sin duda en parte a las personalidades de las que se rodeó: para frenar el desarrollo del bandolerismo,[52] fueron construidos numerosos puestos de observación *(burgi)* y se instalaron guarniciones *(praesidia)* desde el Danubio hasta el Aurès; los soldados no podían quejarse de no recibir favores.[53] Britania conoció una nueva oleada de revueltas, pero sería el frente danubiano el más amenazado: las legiones debieron combatir una vez más a los sármatas y a los yazigos (o a los roxolanos), entre los años 184 y 186, y a continuación a los cuados y a los marcomanos, en el 188-189.

La dinastía de los Antoninos se extinguió con el asesinato de Cómodo. El siglo II, considerado a menudo como la edad de oro del Imperio romano, casi no aporta modificaciones en el aspecto militar: apenas hay gran cosa que apuntar en su activo, salvo la construcción de numerosas fortificaciones y la constitución de los *numeri* étnicos (suponiendo que no daten de la época de Domiciano). Por lo que se refiere a las operaciones, esta época se vio marcada por las guerras ofensivas de Trajano y por las de Marco Aurelio, convertidas estas últimas en defensivas.

50. W. Zwikker, *Studien zur Markussäule*, 1941; J. Guey, *Revue Et. Anc.*, L, 1948, pp. 185-189; J. Morris, *Journal Warburg and Courtauld Inst.*, XV, 1952, pp. 33-47.
51. Aurelius Victor, *De Caes.*, XVII, 2.
52. J. Fitz, *Klio*, XXXIX, 1961, pp. 199-214 (lucha contra los *latrunculi*).
53. Herodiano, I, 17, 2; *Historia Augusta, Pert.*, VI, 6.

El siglo III: los Severos y la crisis militar

La época de los Severos: las reformas y las guerras

A la muerte de Cómodo, el poder dejó de estar en manos de los Antoninos y recayó en un tal Pertinax, que lo conservó por poco tiempo. Se le consideró, no obstante, un oficial valeroso,[54] pero quizá demasiado autoritario. La *Historia Augusta*[55] ofrece para ese periodo una información interesante (pero ¿podemos considerar esta fuente de toda confianza?): los nobles tratan de eludir sus deberes militares; no obstante, el caso parece excepcional y se explica, sin duda, por la duración de las guerras que habían tenido lugar durante el reinado de Marco Aurelio.

Comienza entonces uno de los reinados más importantes del Alto Imperio por lo que se refiere a la historia militar: Septimio Severo[56] se revela no sólo como un gran estratega, sino también como un reformador de primer orden. Conoce las dos caras del combate: la guerra civil y la guerra contra los extranjeros. En efecto, inmediatamente después del asesinato de Pertinax, nos encontramos con una situación análoga a la existente después de la muerte de Nerón: cuatro personalidades pretenden encarnar la legitimidad. En Roma, los pretorianos habían puesto el Imperio en subasta, y es un tal Didius Julianus quien había hecho la puja más elevada.[57] Pero las legiones de Panonia proclamaron a su jefe, Septimio Severo, y el ejército del Rin se alineó en la misma posición que el del Danubio. Las monedas de los años 193-194 (lám. XXXVI, 36) ofrecen la lista de las legiones compradas o por comprar: I Itálica, I Adiutrix, I Minervia, II Adiutrix, II Itálica, III Itálica, IV Flavia, V Macedónica, VII Claudia, VIII Augusta, XI Claudia, XIII Gemina, XIV Gemina, XXII Primigenia y XXX Vlpia. En ese mismo momento, los soldados de Siria apoyaban a su legado, Pescennius Niger,[58] un buen general pero demasiado autoritario, y a los de Britania se les adelantó hábilmente Septimio Severo, al proponer que se le ofreciera el título de César a su general, Clodius Albinus,[59] un oficial también valeroso y por ello asimismo más exigente que los demás. Es evidente que una situación de esa clase no podía eternizarse:

54. Herodiano, II, 1, 4; 2, 7; 3, 1; 9, 9; *Historia Augusta, Pert.*, VI, 3.
55. *Historia Augusta, Pert.*, IX, 6.
56. Herodiano, III, 8, 8, y 15, 2 (con una restricción para la disciplina: véase p. 158); Aurelius Victor, *De Caes.*, XX, 14; Zósimo, I, 8, 2; H. Mattingly y E. A. Sydenham, *Rom. Imp. Coin.*, IV, 1, 1936, pp. 92-93.
57. Herodiano, II, 6, 4 y 10; 11, 7; *Historia Augusta, Did. Jul.*, III.
58. Herodiano, II, 7, 7; 8, 1; *Historia Augusta, Pesc. N.*, II, 4; III, 6-8; IV; VI, 10; VII, 7; X.
59. *Historia Augusta, Cl. Alb.*, V, 1-2; XI, 6; XIII, 2.

era preciso que uno de los cuatro eliminara a los otros tres. Septimio Severo pudo ofrecer todo aquello de lo que era capaz su talento militar: se vio entonces obligado a combatir en varios frentes, contra los pretendientes y contra los partos a la vez. En Oriente, una primera campaña tuvo lugar en Osroene y en Adiabene, y una segunda condujo las legiones hasta Ctesifón, anexionándose la Alta Mesopotamia. Y, como es lógico, quedaron eliminados los *imperatores* aspirantes.

Las guerras de Septimio Severo, del 194 al 198[60]

Fechas	*Nombre oficial del conflicto*	*Adversarios*
194	*expeditio urbica*	Didius Julianus
194-195	*expeditio parthica*	Partos: Osroene, Adiabene
195-196[61]	*expeditio asiana*	Pescennius Niger
196-197	*expeditio gallica*	Clodius Albinus
197-198	*expeditio parthica mesopotamica*	Partos: Mesopotamia

Pero a Septimio Severo no se le debe considerar un vulgar militarote fanfarrón: se reveló también como un gran reformador del ejército, sin duda el segundo en importancia después de Augusto, un aspecto que, a menudo, se les escapa a los historiadores, aunque desempeñara un papel considerable en ese campo. Las medidas que adoptó se inspiraron en una política consciente, dirigida contra el Senado y apoyada en el ejército.[62] En el lecho de muerte, les dio un último consejo a sus hijos: «Enriqueced a los soldados y burlaros del resto.» La frase parece demasiado hermosa como para no ser apócrifa; no obstante, traduce bastante bien el estado de ánimo del reinado.

De hecho, de entre las medidas adoptadas por Septimio Severo, algunas no pretendían otra cosa que mejorar las condiciones de vida de los militares. En primer lugar, una subida de los salarios,[63] la segunda desde que los había fijado Augusto, estableció un nuevo equilibrio entre precios e ingresos. A continuación, la organización de la anona militar mejoró de forma habitual:[64] se conoce con ese nombre (anona) la parte de las deducciones en especie que se enviaban directamente al ejército para su alimentación (contrariamente a lo que algunos han creído, no parece que se creara ningún impuesto nuevo).

60. Sólo hay otro conflicto importante en ese reinado a partir del 206: se trató de la guerra llevada a cabo en Bretaña (véase más adelante).
61. Desde el 193 de hecho.
62. Herodiano, II, 11, 2.
63. Herodiano, III, 8, 5 (alza precedente bajo Domiciano; véase el capítulo siguiente).
64. Dion Casio, LXXVIII, 34, 3; *Historia Augusta, Sev. Al.*, XV, 45, 2 y 47, 1.

Además, se les permitió a los soldados vivir con mujeres fuera del campamento; es, por tanto, inexacto afirmar que Septimio Severo les concedió el derecho a «casarse».[65]

El emperador favoreció igualmente la creación de colegios militares.[66] Las primeras asociaciones se crearon en la época de Augusto, pero sólo habían sido autorizadas para los veteranos y siempre que tuvieran una finalidad funeraria: cada soldado satisfacía una suma al tesorero de la comunidad y, a cambio, se aseguraba que recibiría una sepultura decente. También existían colegios en la sociedad civil, que tenían una función parecida, funeral o, de manera más general, religiosa. Su existencia era, sin embargo, muy anterior al reinado de Augusto. Pero la organización por oficios les confería en ocasiones un aspecto reivindicativo (algunos historiadores han querido ver en esta institución un embrión del movimiento sindical); por eso, el Estado romano desconfiaba profundamente de ellos: debían recibir una autorización para funcionar y se les vigilaba estrechamente.

Septimio Severo extendió así el derecho a constituirse en colegios a militares aún en activo. No obstante, esa autorización sólo se les concedió a los suboficiales. Así, se conocían asociaciones de *duplicarii*, de beneficiarios, de portadores de contraseñas, de corniculares, de *optiones*, de músicos, de soldados de caballería, de empleados del hospital, de contables *(librarii)* y de guardianes de las armerías *(custodes armorum)*; y seguramente esta lista no es exhaustiva. Se sabe que los soldados implicados mantenían una caja *(arca)*, confiada a un tesorero *(quaestor)*; se reunían en una sala de los *principia* del campamento, llamada escuela; por lo general, ésta no era más que una pequeña habitación que contaba con unos bancos de piedra y un ábside, es decir, una pared semicircular. Se han encontrado numerosas inscripciones de constitución de colegios, llamadas «reglamentos» *(leges)*. Esos textos se hallan siempre divididos en tres partes: comienzan con un preámbulo en el que se honra al emperador; sigue una lista de nombres, los de «los padres fundadores»; finalmente, vienen los artículos donde se fija la cantidad a pagar de entrada, y las sumas que deben reintegrarse al soldado en caso de promoción, jubilación, viajes e incluso de degradación, o a su heredero en caso de fallecimiento.

Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre la función de esas asociaciones. Según unos, tenían una finalidad religiosa, especialmente funeraria, como era el caso de los colegios de veteranos; para otros, el

65. E. E. Phang, *The Marriage of Roman Soldiers*, 2001, Leyde-Nueva York.

66. Bibliografía abundante: J.-P. Waltzing, *Étude historique sur les corporations professionnelles chez les Romains*, 1895-1900 (4. vols.); Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 394; S. Perea Yébenes, *Collegia militaria*, 1999, Madrid.

hecho de que los soldados se reunieran en un edificio de esas características demuestra que tenían como razón de ser la celebración del culto imperial. A decir verdad, ninguno de esos argumentos es convincente: las «leyes» halladas no dicen nada de eso. Otros especialistas sostienen que esas corporaciones garantizaban la defensa de los intereses profesionales de sus miembros; pero, incluso en ese caso, los textos de que disponemos no nos permiten aceptar sin más esa opinión. Por el contrario, muestran claramente que los suboficiales implicados se preocupaban por disponer a la vez de una banca de depósitos y de una compañía de seguros, que desempeñaba un poco el papel de una caja de jubilación. Instituidos hacia 197-198, los colegios militares funcionaban todavía con Alejandro Severo.

Y eso no es todo. Junto a esas ventajas materiales, concretas, Septimio Severo se esforzó por halagar a los soldados. Concedió a los centuriones el derecho a desfilar ataviados de blanco *(albata decursio)* y a los soldados, sin duda únicamente a los *principales*, les permitió portar el anillo de oro (véase n. 62). Finalmente, hizo acuñar monedas que conmemoraban a algunas legiones. Todo ello no era fortuito: como se ha dicho, el emperador quería apoyarse en el ejército contra el Senado. Pero debemos subrayar que, por encima de todo, trataba de primar a los suboficiales, y no tanto a los simples soldados. Igualmente, podemos por tanto preguntarnos si no tenía otras preocupaciones: quizá deseaba mejorar el reclutamiento, atraer a los campamentos a la elite de la juventud y, sobre todo, incitar a los hombres de alto rango a que realizaran esfuerzos para progresar en la jerarquía.

Sin embargo, no se limitó a tratar de seducir a las tropas; intervino también en la organización de la estrategia. En primer lugar, aumentó los efectivos,[67] notablemente con las tres legiones denominadas «partas» (I, II y III); instaló dos de ellas en Mesopotamia y la tercera en las proximidades de Roma, y no se las confió a legados de rango senatorial, sino a prefectos ecuestres, decisión que era reflejo además de una elección política: en efecto, los *equites* estaban más directamente sometidos a la autoridad imperial; de todas formas, quizá era cada vez más difícil encontrar voluntarios entre la aristocracia. Si a esta medida se le añade el empleo creciente de destacamentos *(uexillationes)*,[68] mandados por *duces* o *praepositi* designados por el poder central cuando entraban en juego las grandes unidades, se comprenderá que esa práctica, al desarrollarse, debía desembocar, en las provincias, en la separación de los poderes civil y militar.

67. J. Carcopino, *Mél. R. Dussaud*, 1939, pp. 209-216.
68. M. Christol, *Carrières sénatoriales*, 1986, pp. 35-39.

A. von Domaszewski había reprochado a Septimio Severo que hubiese «barbarizado» el ejército; por el contrario, G. R. Watson y R. E. Smith[69] se han hecho cargo de la defensa del soberano: éste no habría orillado a los ciudadanos romanos del ejército, de la misma manera que Vespasiano no había expulsado a los italianos. De hecho, importa muy poco la pureza de las intenciones del gobernante. ¿Qué es lo que se constata? Se observa cierto desorden en la calidad del reclutamiento a principios del siglo III, pero se trata de una degradación lenta, que quizá se acelere algo en ese momento, y que continúa un movimiento que ya había dado comienzo a finales del siglo II: los soldados hablan un latín más vulgar, y el *origo castris* conoce un cierto avance en detrimento de los ciudadanos romanizados. Además, los legionarios se ven realizando más a menudo tareas menos nobles, como la vigilancia de carreteras. Se ignora si Septimio Severo quiso o no esa regresión; al menos, las medidas que tomó sirvieron para frenarla, y el resto de su política militar permanece más reformadora que cualquiera de las que se han estudiado para los dos primeros siglos del Alto Imperio, excepción hecha de la organización del ejército querida por Augusto.

En el 206, el emperador partió a combatir en Britania, donde murió en el 211. Su hijo y heredero, Caracalla, se vio obligado a luchar en tres frentes. En primer lugar, debió acabar la pacificación de la isla, tarea que había emprendido su padre. Después tuvo que rechazar a los germanos y los alamanes que amenazaban los Campos Decumates, y a los godos que presionaban las defensas del Danubio (212-214). Finalmente, partió hacia Oriente para guerrear contra los partos de Artabán IV (215-217). Murió durante este último conflicto, parece ser que provocando gran dolor en el conjunto de los soldados.[70]

Después de un lapso de tiempo, señalado por la usurpación de Macrino, el poder volvió a la familia de los Severos. Para conseguir la púrpura, Heliogábalo debió «comprar» la III Legión Cirenaica, que se encontraba cerca de su lugar de residencia. Su reinado se vio aún marcado por una ofensiva de los marcomanos;[71] se constata además que supo obtener la colaboración de personas notables para ocupar los cargos de mando del ejército.[72]

La historia de esta dinastía finaliza con otro reinado importante, el de Severo Alejandro. Primeramente, desde el 223, el ejército se enfrenta en Oriente a una nueva ofensiva, en esta ocasión de los persas

69. R. E. Smith, *Historia*, XXI, 1972, pp. 481-500.
70. Dion Casio, LXXVII, 3, 9, 16 y 24.
71. *Historia Augusta, El.*, IX.
72. *Ibid.*, VI, 2.

sasánidas, mandados por Ardaschir; en el 232, el emperador en persona se presentó en el teatro de operaciones.[73] Por otro lado, las legiones tuvieron que rechazar a los alamanes que atacaban la Galia.[74] Al mismo tiempo estallaba una serie de insurrecciones en las dos Mauretanias,[75] en Iliria, en Armenia y quizá en Isauria.[76] Es indudable que esas agresiones, y quizá también las cualidades personales del gobernante, le condujeron a hacer evolucionar las estructuras del ejército; las circunstancias eran propicias: Severo Alejandro conoció el éxito en el conjunto de su política militar, y ese acierto se explica en parte por su propio valor[77] y asimismo por el de sus generales;[78] los soldados no fueron los últimos en aprobar su conducta,[79] aunque aparentemente no le hayan seguido con entusiasmo todos sus oficiales.[80] Sin embargo, de su reinado data una importante modificación de la táctica: el recurso cada vez más frecuente a unidades de arqueros y de jinetes, en particular aquellos provistos de corazas, los «catafractos» (véase p. 39); con el fin de responder a las nuevas necesidades, se reclutaron numerosos auxiliares en Oriente y en Mauretania. De esa forma se fue modificando paulatinamente el aspecto del ejército romano.

Las características de la crisis

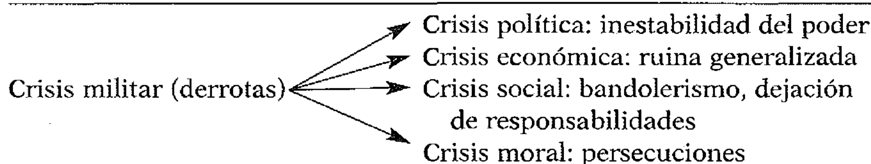
La mitad del siglo III está marcada por una crisis profunda, grave, cuyo origen es esencialmente militar: su causa es la conjunción de las ofensivas de los germanos y del Estado iraní. En efecto, en el norte, los bárbaros que viven junto a las fronteras se ven presionados por otros recién llegados: el origen de esos movimientos, análogos a los desplazamientos de las bolas de billar, se encuentra en Extremo Oriente. Por el este, los partos arsácidas son derribados por una revolución que coloca en su lugar a una nueva dinastía, la de los persas sasánidas, animados por una intolerancia religiosa extraña y por un nacionalismo particularmente agresivo. Roma debe hacer frente simultáneamente como puede a esos dos frentes.

Pero eso no es todo: las invasiones provocan una desorganización general. En primer lugar, en el dominio político, las exigencias de la

73. Herodiano, VI, 3, 1 y 5, 9; *Historia Augusta, Sev., Al.*, L, LV-LVI.
74. Herodiano, VI, 7, 2 y VII, 2, 1; *Historia Augusta, Sev. Al.*, LIX.
75. H. Pavis D'Escurac, *Mél. A. Piganiol*, II, 1966, pp. 1.191-1.204.
76. *Historia Augusta, Sev. Al.*, LVIII, 1.
77. *Ibid.*, XXVII, 10; Zósimo, I, 11, 2.
78. Herodiano, VI, 1, 4.
79. *Historia Augusta, El.*, XIII, 3, y XIV, 2; *Sév. Al.*, I, 6-7; II, 3; XXI, 6.
80. *Historia Augusta, Sev. Al.*, XXIII, 1.

guerra hacen que evolucione la naturaleza del poder. Los soldados hacen y deshacen a su antojo, poniendo y quitando a los soberanos, a menudo generales;[81] los reinados son breves debido a los asesinatos. Y a continuación se degrada la economía, y se asiste a la ruina del comercio, de las ciudades y del campo. Para colmo, la propia sociedad sufría en sus carnes las consecuencias de esos desórdenes: bandas de bandoleros recorren las provincias, y los notables no pueden manifestar su generosidad al servicio de la colectividad, no pueden demostrar su dadivosidad. Finalmente, las conciencias se sienten turbadas: si los dioses permiten esos desastres es porque desean manifestar su irritación; pero ¿de qué pueden estar disgustados? Se piensa entonces en la famosa «impiedad» de los cristianos, que no honran a Júpiter ni a Marte, ni a ninguna otra de las potestades supremas; de ahí las persecuciones.

La crisis del siglo III



Sin embargo, no debemos exagerar la magnitud del desastre; la historiografía actual tiende a subrayar los límites de la crisis: no todas las regiones se vieron afectadas por igual, no todas las clases sociales sufrieron de la misma manera, y no todas las épocas conocieron una desgracia parecida. Además, algunos soberanos supieron reaccionar, al precio de una cierta militarización del régimen. En una tesis brillante, pero llamada a suscitar controversia,[82] K. Strobel considera que la crisis es, por encima de todo, psicológica, que surge de las mentalidades colectivas, y que se nutre más de los fantasmas de los judíos y de los cristianos que de la realidad. En conjunto, se constata que la estrategia se vuelve más defensiva;[83] la táctica utiliza más a la caballería acorazada y a los arqueros. Para mostrar esa evolución es preciso que volvamos a tomar el hilo de la cronología.

81. *Historia Augusta, Tac.*, VII, 3.

82. K. Strobel, *Das Imperium Romanum im «3. Jahrhundert»*, 1993, Stuttgart. Véase también M. H. Dodgeon y S. N. C. Lieu, *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars A.D. 226-363*, 1991, Londres-Nueva York; A. R. Menéndez Argüín, *Las legiones del s. III d. C. en el campo de batalla*, 2000, Écija.

83. P. Le Roux, *L'armée romaine... des provinces ibériques*, 1982, pp. 169 y 361: del «ejército de la paz» al «ejército inmóvil».

LA CRISIS Y SUS LÍMITES

La crisis del siglo III se agrava con Maximino el Tracio. Ciertamente, ese emperador se muestra sobre todo como un excelente general;[84] modifica la composición del estado mayor[85] y, bajo su reinado, encontramos senadores capaces de ejercer el mando.[86] Además, los frentes conocen un periodo de calma momentánea: la seguridad del Imperio se vería amenazada sobre todo por los germanos y, después, por sármatas y dacios. Podemos retener, no obstante, dos hechos, pues marcan el principio de una nueva era. Por un lado, y por primera vez, el emperador procedía de un medio muy humilde, pues había salido del rango de suboficial (véase p. 93). Por otra parte, la alerta militar pareció suficientemente seria como para poner en juego importantes recursos. Fue necesario conseguir grandes cantidades de dinero y la fiscalidad se convirtió en insoportable hasta el punto de que, en el año 238, estalló una revuelta en la provincia Proconsular: los africanos, superados por el peso de los impuestos, proclamaron como emperadores al gobernador y a su hijo, Gordiano I y Gordiano II. La legión de Numidia vaciló, pero después reprimió con ferocidad el movimiento. No obstante, los italianos siguieron la revuelta y, a pesar de la muerte de los nuevos soberanos, Maximino el Tracio desapareció.

Fue sustituido por Gordiano III, nieto de Gordiano I, un niño cuyo reinado parecía simbolizar un retorno a la tradición, al menos a ojos de sus contemporáneos. La situación parecía tener algunos elementos positivos: Timesiteo, su primer prefecto del pretorio, pasaba por ser un estratega competente;[87] los nobles proporcionaban al menos todavía una buena parte de los cuadros del ejército;[88] y los soldados no estaban descontentos de su nuevo jefe supremo.[89] Sin embargo, en el plano militar, ese reinado se caracterizó por la detestable situación inherente a la crisis del siglo III en ese dominio, a saber: la conjunción de dos ataques, uno en el frente oriental y otro en el norte. En efecto, desde el 238, los carpos y los godos franquean el Danubio, aunque son rechazados. Pero los persas pasan también al asalto.[90] Esas guerras, incesantes y duras, acabaron por agotar a los soldados, que se deshicieron de Gordiano III para colocar como sucesor a su último prefecto del pretorio, Filipo.[91]

84. Herodiano, VII, 1, 6.
85. Herodiano, VII, 1, 4.
86. Zósimo, I, 14, 2.
87. *Historia Augusta, Gord.*, XXVIII, 3-4.
88. *Ibid.*, XXIV, 3.
89. *Ibid.*, XXII, 2, y XXIII, 1.
90. *Ibid.*, XXIII, 6, y XXVI, 3 y s.
91. *Ibid.*, XXX.

Éste compró la paz en Oriente con el fin de dedicar sus esfuerzos al problema de Occidente. En el 244, los alamanes invaden Alsacia; a continuación, otros pueblos germánicos asaltan las provincias danubianas, desde el 245 hasta el 247, y el 248 se asiste a un nuevo asalto de los carpos y los godos. El Imperio se hunde en la crisis; los soberanos se suceden. Decio, el primer emperador ilirio (las monedas celebran su *exercitus illuricianus*), es posible que poseyera cualidades militares,[92] pero no le sirvieron de gran cosa cuando tuvo frente a sí al rey Kniva, que conduce a sus godos hasta Beroé y Filipópolis, en el año 250. Y no son las primeras grandes persecuciones contra los cristianos las que calman a los bárbaros.

El periodo más sombrío de esta crisis del siglo III se sitúa sin duda en la época en que reinan conjuntamente Valeriano y su hijo Galieno. El 252-253, los alamanes y los francos abren brecha en las defensas romanas, saquean la Galia y llegan incluso hasta Hispania sin encontrar resistencia. Los godos se revelan aún como más peligrosos. Saquean el Asia Menor y la margen derecha del Danubio en el año 256, y en el 258 se les ve una vez más en Anatolia. Al mismo tiempo, estallan insurrecciones en Numidia (253-258) y en Mauretania (253-260), y Dacia queda sumergida en ellas en el 256. No se sabe qué se le puede incriminar más a Valeriano, si su falta de suerte[93] o de energía.[94] Sin embargo, envió a su hijo Galieno a la Galia, del 254 al 258; los francos y los alamanes, combatidos desde el 256 al 258, se someten, al menos formalmente; en el 258, una expedición se esfuerza por despejar las provincias danubianas. Pero los romanos se enfrentan a una situación difícil, espantosa: en el momento en que a duras penas se contiene a los germanos por el norte, los persas pasan al ataque en el este. En el 256, Sapor toma Antioquía. Valeriano, que había ido a combatirle, es hecho prisionero en el 259 o el 260, y ejecutado, suprema humillación para el Imperio.[95] Y eso no es todo: al mismo tiempo (259-260), cuados y sármatas amenazan la Panonia Inferior, cuyo gobernador, Ingenuus, se proclama emperador; hace acuñar monedas glorificando a las legiones de las que espera conseguir apoyo.[96] Simultáneamente, los roxolanos se presentan en las fronteras de la Mesia Inferior, donde Regaliano, representando también él al Estado, reivindica igualmente la púrpura para sí; gana para su causa a los ejércitos de Panonia Superior

92. Zósimo, I, 21, 3; H. Mattingly y E. A. Sydenham, *Rom. Imp. Coin.*, IV, 3, 1949, pp. 112. 114. 134, etc.

93. *Historia Augusta, Aurel.*, XLII, 4 (véase, sin embargo, Carus, III, 5).

94. Zósimo, I, 36, 2.

95. J. Guey, *Revue Ét. Anc.*, LVII, 1955, pp. 113-122.

96. J. Fitz, *Mél. J. Carcopino*, 1966, pp. 353-365, e *Ingenuus et Régalien, Coll. Latomus*, LXXXI, 1966.

y Dacia. Estallan, por tanto, de manera simultánea, las invasiones y las usurpaciones que tan bien caracterizan la crisis del siglo III.

LAS REACCIONES A LA CRISIS

A la muerte de Valeriano, la situación es particularmente delicada para su hijo Galieno.[97] Por lo que se refiere a este último, la tradición senatorial nos ha legado el retrato de un emperador libertino que, mientras los bárbaros asaltaban el Imperio, «frecuentaba los tugurios y las tabernas, hacía amistad con rufianes y borrachos, abandonándose a su mujer Salonina y a su amor escandaloso por una hija de Atalo, rey de los germanos, llamada Pipa».[98] No obstante, supo revelarse como un gran reformador y los historiadores actuales tienden a rehabilitarle, pero fue heredero de una difícil situación.

En primer lugar, en política exterior, continuó la coincidencia entre las acciones de los adversarios. Mientras Galieno preparaba una guerra contra los persas, en el 259-260 los francos llevaron a cabo su segunda gran invasión sobre la Galia: se envió a Postumus para hacerles frente. En el 261, los alamanes llegaron a Italia; se reunió en Milán un gran ejército, y algunas de las monedas de Galieno que evocan unidades militares celebran, según M. Christol,[99] a las tropas que formaron esa fuerza. En las monedas de plata que el emperador hizo acuñar (¿desde 258-259?) se encuentran mencionadas las cohortes pretorianas y numerosas legiones: I Adiutrix, I Itálica, I Minervia, II Adiutrix, II Itálica, II Pártica, III Itálica, IV Flavia, V Macedónica, VII Claudia, VIII Augusta, X Gemina, XI Claudia, XIII Gemina, XIV Gemina y XXX Vlpia (véase lám. XXXVI, 37a). Eso no impidió que, en el 267, los godos saquearan Tracia, Grecia y Capadocia, mientras que los alamanes atacaban de nuevo, pero ahora en Retia; el emperador en persona intervino contra los germanos.[100] Los piratas saquearon las costas de Britania y de la Mancha, y los blemmios se lanzaron sobre el valle del Nilo.

Esos desórdenes facilitaron las usurpaciones que, a su vez, acrecentaron las dificultades militares. En Occidente, Postumus creó un Imperio romano de las Galias y, en el 268, en Milán, una conjura per-

97. H.-G. Pflaum, *Historia*, XXV, 1976, pp. 110-117; L. De Blois, *The Policy of the Emperor Gallienus*, 1976.

98. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXXIII, 6; véase también *Historia Augusta, Gall.*, XVII, 4 s., y XXI, 3.

99. M. Christol, *Bull. Soc. Franç. Numismat.*, XXVII, 1972, pp. 250-254. H. Mattingly y E. A. Sydenham, *Rom. Imp. Coin.*, V, 1, 1927, pp. 92-97.

100. Zósimo, I, 30, 2 y 37, 2 (más bien favorable a Galieno).

mitió que Aureolus vistiera la púrpura. A Postumus le sucedió Victorinus (lám. XXXVI, 37b). Oriente fue también testigo de la presencia de varios soberanos ilegítimos, como Macrieno y Quietus, en el 260, y después Emiliano. Pero fue sobre todo la ciudad de Palmira la que desempeñaría un papel importante. Presionado por su esposa, la célebre Zenobia, el rey Odeynath creó un verdadero imperio. Soñaba con extender su dominio hacia Anatolia y Egipto, lo que, por otra parte, consiguió.

Quizá el principal mérito de Galieno haya sido el de haber comprendido que no disponía de medios suficientes para resistir a esas fuerzas centrífugas; además, advirtió que de hecho esos usurpadores, si no combatían a favor suyo, sí lo hacían al menos por Roma, contra los persas y los germanos. Pero actuó mucho mejor reformando el ejército con que contaba. Instauró una nueva guardia de corps, la de los *protectores*. Por encima de todo, modificó el mando de las legiones, sin duda en el año 262. Según Aurelius Victor,[101] «prohibió a los senadores la carrera militar y el acceso al ejército». Un historiador ha supuesto que lo único que hizo fue ratificar una situación de hecho: debido a la dureza de las guerras, los senadores no querrían ya servir en el ejército; Galieno suprimió entonces sus funciones, la de legados y de tribunos laticlavios, y de esa manera los prefectos del campamento se encontraron situados al frente de las legiones, por la desaparición de los dos rangos superiores. Todas las legiones recibieron entonces un encuadramiento uniforme, siguiendo el modelo de las estacionadas en Egipto o de las tres llamadas «partas». Al mismo tiempo, los gobernadores de provincias del orden senatorial se vieron sustituidos paulatinamente por *praesides* de rango ecuestre, a los que permanecieron sometidos los prefectos de las legiones. Parece que, al menos durante cierto tiempo, se mantuvieron algunas excepciones: algunas provincias quedaron en manos de senadores. Pero, en conjunto, esa evolución reforzó la profesionalidad del cuerpo de oficiales.

Además, Galieno primó el papel de la caballería en la táctica y en la estrategia: al hacerlo así, extraía lecciones de los acontecimientos de los años 252-253 y 259-260 (los bárbaros no habían encontrado obstáculo alguno al atravesar el *limes*). El número de jinetes por legión pasó de 120 a 726 hombres; los destacamentos se confiaron a *praepositi* ecuestres y el mando de fuerzas más amplias a los *duces*; se crearon nuevas unidades montadas, y el emperador aumentó el número de las antiguas unidades de esa clase, las dálmatas y las moras, los *promoti*, los *scutari* y los *stablesiani*. Con el tiempo, esa evolución de-

101. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXXIII, 34 (véase XXXVII, 6); M. Christol, *Carrières sénatoriales*, 1986, pp. 39-48 (¿262?).

sembocó en el nacimiento de una reserva móvil estacionada detrás de la frontera; se trataba de una innovación estratégica que suponía una pequeña revolución. Sin embargo, la infantería continuó siendo la reina de las batallas.

Todas esas reformas complacían a los soldados;[102] con el fin de ganárselos aún más, Galieno amplió entonces hasta la tropa el derecho a desfilar ataviados de blanco, con esa *albata decursio* que, desde la época de Septimio Severo, era privilegio de los centuriones. En suma, el reinado de ese emperador vale mucho más de lo que nos ha informado la tradición senatorial: es cierto que los enemigos atacaban por todas partes a la vez y que se multiplicaban las usurpaciones. Pero el Imperio no se hundió, el ejército se vio mejor adaptado a su misión, e incluso se puede asistir a un cierto renacimiento cultural en las artes y el pensamiento, colocado bajo el signo del helenismo. Cesaron las persecuciones a los cristianos. Salonina y Plotino se esforzaron por restablecer la unidad moral del mundo romano en torno al neoplatonismo.

A partir de entonces, la situación fue mejorando lentamente. Galieno murió al ir a combatir a Aureolus. Le correspondió a su sucesor, Claudio II, llamado «el Gótico», poner fin a ese intento de usurpación. Los alamanes fueron vencidos de nuevo, esta vez en las proximidades del lago Garda. Pero el gran éxito del reinado, el que le valió el sobrenombre al emperador, tuvo lugar cerca de Nish, en el año 270, a costa de los godos. Entretanto, también en el 270, Zenobia extendía su dominio a Egipto y el Asia Menor; Claudio II falleció sin haber podido hacer nada al respecto. Añadamos que se le ha adjudicado el que, en general, recurriera de manera creciente a los auxiliares bárbaros.

El siguiente reinado no presenta el menor interés. Aureliano trató una vez más de conseguir la unanimidad en el Imperio, en esta ocasión en torno al culto al dios Sol. Se ocupó, sobre todo, de combatir, en persona o utilizando a los generales. Desde el 270, francos y alamanes se vieron rechazados de la frontera del Rin. Ese mismo año, en el Danubio, se apiñaban los marcomanos, los vándalos y los sármatas; en el 271 les sucedieron los godos. Pero el emperador llevó a cabo dos campañas en Oriente, en los años 271-272 y 272-273, para someter a Zenobia y a su hijo Waballath.[103] Desde su regreso, en el 273, Aureliano guerreó contra los alamanes, los francos y, sin duda también, contra los carpos.[104] En el 274, fueron de nuevo los alamanes, esta vez junto con los juthungas, quienes atacaron Retia; después, a finales de ese

102. *Historia Augusta, Gall.*, XV, 1.
103. *Historia Augusta, Aurel.*, XXII, 1 y s.
104. *Ibid.*, XXX, 4.

mismo año, y siempre los alamanes, aliados de los francos para la ocasión, atacaron en el Rin. Igualmente, en el 274 se evacuó Dacia. También hay constancia de la existencia de problemas en Britania.

Algunos de esos encuentros no resistieron excesiva gravedad; no se dieron ni victorias ni desastres extraordinarios. Y esa situación se prolongó todavía con Tácito: en el 275, los godos una vez más, se lanzaron sobre Asia Menor, y los francos y los alamanes pasaron a la Galia en el 275-276. Se habla a veces de una hipotética restauración senatorial bajo este gobernante; si ocurrió, nada tuvo que ver con el ejército y, de cualquier manera, fue efímera.

Se suceden los reinados, en general breves, pero dichosos: los emperadores de este final del siglo III, la mayoría de ellos originarios de Iliria, pasan por ser buenos generales. Ése fue todavía el caso de Probo,[105] quien supo ganarse la simpatía de los soldados,[106] a pesar de llevar a cabo numerosas campañas.[107] En 276-278, los francos y los alamanes fueron expulsados de la Galia, y los burgundios y los vándalos, de Retia. En 278-279, una campaña barrió a los godos, y quizá a los getas, de Tracia e Iliria. En 280-281, el emperador se trasladó a Asia, donde se enfrentaría a los persas, y después a Egipto, donde aplastó a los blemmios. Durante su reinado tuvo lugar un hecho curioso, pero significativo:[108] los francos, que habían sido deportados a las riberas del mar Negro, robaron barcos, franquearon los estrechos, atravesaron a continuación el Mediterráneo, sin detenerse excepto para saquear, pasaron a los pies del peñón de Gibraltar, remontaron hacia el norte y regresaron a su patria. Esa anécdota muestra que la marina romana no se hallaba a la altura de su tarea.

De hecho, la piratería hacía estragos siempre, en especial en la Mancha y en las costas de Britania. Y los últimos soberanos de esa época a la que denominamos Alto Imperio, Caro y sus hijos, Carino y Numeriano, no pudieron hacer nada eficaz en ese aspecto. La *Historia Augusta*[109] acusa a Caro de haber militarizado el Estado para complacer a los soldados, pero esa tendencia había dado comienzo hacía ya largo tiempo. Sobre todo debió combatir en dos frentes[110] y rechazar primero a los sármatas y después a los persas. Había pensado incluso invadir Mesopotamia, cuando falleció. Sin duda por desidia,[111] sus hijos evacuaron los territorios conquistados. Murieron, el primero

105. *Historia Augusta, Tac.*, XIV, 3, y *Prob.*, IV.
106. *Historia Augusta, Prob.*, VIII, 1, y X, 9.
107. *Ibid.*, XI, 9.
108. Aurelius Victor, *De Caes.*, XXXIII, 3; *Panégyriques*, IV, 18, 3; Zósimo, I, 71, 2.
109. *Historia Augusta, Carus*, V, 4, y VII, 1.
110. *Ibid.*, VIII, 1.
111. Zósimo, I, 72, 1 (sobre Carino).

quizá asesinado, y el segundo con grandes probabilidades de que así fuera, y el poder pasó a manos de Diocleciano; pero entonces comienza una nueva época.

El ejército, la guerra y la propaganda política

Al hilo de las páginas precedentes, queda claro que se han valorado en varias ocasiones los vínculos existentes entre los soberanos y los ejércitos: el Imperio vive bajo una monarquía militar; y los gobernantes lo saben: sin ninguna vergüenza, utilizan una sorprendente propaganda política que ha llegado hasta nosotros gracias a las inscripciones y las monedas.

El tema de la victoria

En primer lugar, se esfuerzan por convencer a sus administrados de que su sola presencia es suficiente para garantizar la victoria. Al hacerlo, juegan, no sin una gran habilidad, con el sentido de la palabra *imperator*.

En la época republicana se designaba con ese nombre a un general victorioso, cuyo éxito había sido reconocido por sus propios soldados, quienes le habían concedido el título a guisa de elogio. Bajo el Imperio se mantuvo esa tradición, y tenemos dos autores diferentes que relatan cómo fue Tito honrado de esa manera. «En el último asalto a Jerusalén —cuenta Suetonio—,[112] él [Tito] abatió a doce defensores de la ciudad con el mismo número de flechas, y la tomó el día del aniversario del nacimiento de su hija. La alegría de los soldados y el cariño que sentían por él era tan vivo que, al felicitarle, le saludaron como *imperator*.» Flavio Josefo[113] relata el mismo episodio, pero haciendo uso de una tradición diferente: «Ahora que los rebeldes estaban refugiados en la ciudad y que el Santuario propiamente dicho, así como los edificios próximos, se hallaban en llamas, los romanos trajeron las enseñas al patio del Templo y, habiéndolas plantado frente a la puerta oriental, le ofrecieron sacrificios en ese mismo lugar, y declararon a Tito *imperator* con las más fuertes aclamaciones.»

En su origen, ese honor iba dedicado al general que había ejercido el mando efectivo en la batalla y le abría el camino para recibir un posible triunfo en la Ciudad; pero, a partir del 19 aC., Augusto se

112. Suetonio, *Titus*, V, 3.
113. Flavio Josefo, *G. J.*, VI, 6, 1 (316).

reservó la exclusiva de una ceremonia tan prestigiosa; desde entonces, cualquier victoria de las armas romanas no se debía al talento del general al mando, sino a su propio poder divino, a su *numen*, que habría inspirado al general que se hallaba en el campo de batalla. Después de esa fecha, sólo el príncipe máximo tenía derecho al triunfo y a recibir las aclamaciones: Augusto acumuló veintiuno, Tiberio ocho, Claudio veintisiete, y así sucesivamente. Esa utilización de la victoria con fines de propaganda política tomó tanta importancia que algunos soberanos se atribuyeron títulos de éxito cuando sus tropas habían sufrido una derrota. Para desembarazarse de los dacios, Domiciano compró la paz; pero no por ello dejó una vez más de proclamarse *imperator*.[114] Sin embargo, ese título cubre otras dos realidades diferentes: puede, por tanto, servir para designar a un oficial que ha ganado una batalla, pero también para mencionar al jefe de Estado en nombre del cual los romanos han obtenido un éxito o para recordar al soberano de una manera general, como evocación del emperador.

Muy pronto aparecieron otros elementos de titulación en recuerdo de victorias. Ya en época de Augusto, un príncipe fue llamado Germanicus para celebrar la dominación de Roma sobre Germania; más tarde otro, y por razones análogas, recibió el nombre de Britannicus. Calígula fue el primero en darse a sí mismo un apelativo evocando un triunfo: fue precisamente él quien se hizo designar como Germanicus; después, Claudio fue también Germanicus, y además Britannicus. Desde ese momento, las inscripciones que mencionan a soberanos comprenden a la vez esos títulos y las aclamaciones imperiales. Así, el célebre arco de Benevento se halla ornado con un texto en el que a Trajano, que lleva el título de *imperator* en sus dos sentidos, se le honra mediante la invocación de sus éxitos bélicos:[115] «Al emperador [*imperator*] César Nerva Trajano, hijo de Nerva divinizado, el mejor [de los príncipes], Augusto, Germánico, Dacio [= "vencedor de los germanos y de los dacios"], soberano pontífice, revestido con su decimoctavo poder tribunicio, aclamado vencedor [*imperator*] siete veces, seis veces cónsul, padre de la patria, príncipe muy valiente; el Senado y el pueblo de Roma [le han hecho erigir este arco].» Esa costumbre de ponerse sobrenombres en recuerdo de los pueblos vencidos duró hasta el Bajo Imperio y, a partir de Marco Aurelio, se le añadió el superlativo: este soberano se hizo llamar «muy grande vencedor de los partos». Por el contrario, a partir de Gordiano III, los emperadores dejaron de añadir sus triunfos, reales o supuestos.

114. Plinio el Joven, *Pan.*, XII, 2.
115. *Corpus inscr. lat.*, n.° 1.558.

El tema de la victoria en las titulaciones imperiales[116]

Emperadores	*Títulos*		*Salutaciones imperiales*
Augusto[117]			21
Tiberio			8
Calígula	Germanicus		
Claudio[118]	Germanicus, Britannicus		27
Nerón	(Germanicus)		
Vitelio	Germanicus		
Vespasiano			20
Tito			17
Domiciano	Germanicus		22
Nerva	Germanicus		2
Trajano	Germanicus (con Nerva)		
	Dacicus		13
	Parthicus		
Adriano			2
Antonino Pío	¿Germanicus?		2
	¿Dacicus?		
Marco Aurelio	Armeniacus		
	Parthicus maximus		10
	Medicus		
	Germanicus		
	Sarmaticus		
Lucio Vero	Armeniacus		
	Parthicus maximus	con Marco Aurelio	5
	Medicus		
Cómodo	Germanicus		
	Sarmaticus	con Marco Aurelio	8
	Britannicus		
Septimio Severo	Arabicus		
	Adiabenicus		15
	Parthicus maximus		
	Britannicus maximus		
Caracalla	Parthicus maximus	con Septimio	
	Britannicus maximus	Severo	3
	Germanicus		
	Arabicus		
	Adiabenicus		
Geta	Britannicus con Septimio Severo		

116. R. Cagnat, *Épigraphie latine*, 1914 (4.ª ed.), pp. 177-231.

117. El sobrenombre de Germanicus se le concedió al nieto de Livia, esposa de Augusto.

118. A semejanza de Calígula, Claudio toma el de Germanicus más como nombre de persona que como sobrenombre de victoria; el hijo de Claudio y de Mesalina, más conocido como Britannicus, fue primeramente llamado Germanicus (Suetonio, *Cl.*, XXVII, 1).

Emperadores	*Títulos*	*Salutaciones imperiales*
Maximino el Tracio	Germanicus maximus	
	Sarmaticus maximus	7
	Dacicus maximus	
Gordiano III		6
Filipo	Parthicus maximus	
	Persicus maximus	
	Carpicus maximus	
	Germanicus	
Filipo, hijo	Carpicus } con Filipo, padre	
	Germanicus } con Filipo, padre	
Decio	Dacicus maximus	
Valeriano	Germanicus maximus	
Galieno	Germanicus maximus	
	Dacicus maximus	
	Parthicus maximus	
	Persicus maximus	
Póstumo	Germanicus maximus	
Claudio II, «El Gótico»	Germanicus maximus	
	Dacicus maximus	
	Parthicus maximus	
Aureliano	Garmanicus maximus	
	Gothicus maximus	
	Parthicus maximus	
	Carpicus maximus	
	Dacicus maximus	
	Britannicus maximus	
	Sarmaticus maximus	
Waballath	Persicus maximus	
	Arabicus maximus	
	Adiabenicus maximus	
Tácito	Gothicus maximus	
Probo	Germanicus maximus	
	Gothicus maximus	
Caro	Persicus maximus	
	Germanicus maximus	
Carino	Persicus máximus } con Caro	
	Germanicus maximus } con Caro	
	Britannicus maximus	

VÍNCULOS ENTRE LOS EMPERADORES Y LAS UNIDADES

Además, especialmente en el siglo III, los emperadores se esforzaron por establecer vínculos personales y políticos con los diferentes cuerpos, concediéndoles títulos honoríficos.

Las tropas romanas podían recibir tres clases de sobrenombres. Unos evocaban al emperador bajo el que había sido constituida la unidad, por ejemplo, *ala I Flauia* o *legio VII Claudia*. Sólo los soberanos de los siglos I y II recurrieron a esa práctica: Augusto, Claudio, Galba (Sulpicius), los Flavios, Vespasiano, Nerva, Trajano (Ulpius o Traianus), Adriano y Antonino Pío (Aelius), Marco Aurelio y Cómodo (Aurelius), y Septimio Severo (Septimius). Un caso particular nos lo presentan aquellas legiones conocidas como «*Geminae*», que son el resultado de la fusión de otras dos ya existentes.[119] En segundo lugar, disponemos de aquellos epítetos que indican alguna virtud. La VII Legión Gemina fue proclamada «feliz» *(felix)* en 73-74 y «piadosa» a principios del siglo III; la III Legión Augusta es denominada «piadosa y vengadora» desde Septimio Severo hasta el 238, y «piadosa y fiel» bajo la Tetrarquía.

En tercer lugar, las unidades recurren a otros sobrenombres conocidos como «variables»,[120] pues cambian con cada soberano; y se les añade indicando el padre fundador de la legión, de la cohorte o del ala; así, la *legio III Augusta* será igualmente *Antoniana*, después *Alexandriana*, más tarde *Maximiniana* y así sucesivamente. Esa práctica tiene su origen en una medida de Domiciano que quería honrar así a las tropas de Germania; Cómodo volvió a utilizarla, pero no se convirtió realmente en algo habitual hasta principios del siglo III. Fue muy frecuente y afectó tanto a la guarnición de Roma como a los ejércitos de fronteras o a la flota. He aquí la lista de sobrenombres atestiguados.[121]

Domitianus,-a
Commodianus,-a
Septimianus,-a
Seuerianus,-a (desde Septimio Severo)
Antonianus,-a
Alexandrianus,-a
Seuerianus,-a; Alexandrianus,-a
Maximinianus,-a
Pupienus,-a Balbinus,-a
Gordianus,-a
Philippianus,-a
Decianus,-a
Gallianus,-a; Volusianus,-a
Valerianus,-a; Gallienus,-a
Postumianus,-a
Claudianus,-a
Tetricianus,-a
Aurelianus, -a

El significado de esta tercera categoría de sobrenombres ha sido recientemente analizada por J. Fitz,[122] quien cree que sólo se trata de menciones estrictamente cronológicas; así, en un *cursus*, cuando un

119. Dion Casio, LV, 23.
120. G. M. Bersanetti, *Athenaeum*, XVIII, 1940, pp. 105-135, y XXI, 1943, pp. 79-91.
121. Señalemos que se escribe *legio VII Gemina Antoniniana*, pero *ala Parthorum Antoninianorum*.
122. J. Fitz, *Oikumene*, I, 1976, pp. 215-224, y *Acta Arch. Slov.*, XXVIII, 1977, pp. 393-397.

personaje dice que ha sido tribuno de la VIII Cohorte Pretoriana *Philippiana*, quiere simplemente decir que la inscripción ha sido grabada en la época de Filipo el Árabe. Algunas inscripciones confirman esa interpretación. No obstante, en otros casos, en particular para los inicios del siglo III, esos sobrenombres parecen haber sido concedidos como un honor; más tarde se instauró un cierto automatismo,[123] pero es difícil creer que los emperadores no hayan tenido jamás segundas intenciones en ese terreno.

Conclusión

Cuando se contemplan con visión de conjunto los tres primeros siglos del ejército romano imperial, el historiador constata que, en ese campo, la evolución desempeña un papel relativamente secundario; predominan los elementos permanentes. Sólo cuatro soberanos supieron provocar transformaciones importantes, y Augusto continúa siendo el más activo de ellos, pues, no contento con poner en marcha nuevas estructuras, fue además un gran conquistador. Por el contrario, Trajano no fue más que un ejecutante: emprendió grandes expediciones prácticamente sin modificar la organización heredada. En contrapartida, Septimio Severo y Galieno promovieron reformas mucho más importantes de lo que se ha pensado, sobre todo en el caso del primero de ellos; además, a lo largo de todo el siglo III, hubo modificaciones cuyos detalles aún son mal conocidos debido a las lagunas documentales. Pero la crisis impuso una renovación de la táctica, de la estrategia y del sistema de reclutamiento. Se revela ahí un elemento esencial para quien quiera comprender la eficacia del ejército romano: su capacidad de adaptación a las circunstancias.

123. Y. Le Bohec, *Epigraphica*, XLIII, 1981, pp. 127-160.

Apéndice: Movimientos de las legiones en los siglos I y II

Únicamente citamos aquí las legiones mejor conocidas y los desplazamientos principales efectuados por ellas. El artículo «Legio» de la *Realencyclopädie*[124] y el libro *Les légions* constituyen las actualizaciones más completas disponibles hasta el momento; a ellas remitimos al lector que desee más detalles.

I Adiutrix: Germania, de Vespasiano a Domiciano; Panonia, con Domiciano; Dacia a principios del siglo II; después Panonia.
I Germánica: Germania, bajo los Julio-claudios.
I Itálica: Mesia, desde Vespasiano.
I Minervia: Germania, desde Domiciano.
I Parta: Mesopotamia, desde Septimio Severo.
II Adiutrix: Britania, bajo los Flavios; Panonia, a partir de Domiciano.
II Augusta: Hispania, bajo Augusto; Germania, con Tiberio; Britania, a partir de Claudio.
II Itálica: Nórica, a partir de Marco Aurelio.
II Parta: Italia, a partir de Septimio Severo.
II Trajana: Siria, con Trajano; Egipto, a partir de Adriano.
III Augusta: África-Numidia, de Augusto a Diocleciano.
III Cirenaica: Egipto, de Augusto a Trajano o Adriano; Arabia a continuación.
III Gallica: Siria.
III Itálica: Retia, a partir de Marco Aurelio.
III Parta: Mesopotamia, a partir de Septimio Severo.
IV Flavia: Dalmacia, de Claudio a Domiciano; Mesia, bajo Domiciano y Trajano; Dacia, a principios del siglo II; Mesia, a continuación.
IV Macedónica: Hispania, de Augusto a Claudio; Germania, bajo Claudio.
IV Escitia: Mesia, bajo los Julio-claudios; Siria a partir de Nerón.
V Alondra: Germania, bajo los Julio-claudios; Mesia, bajo los Flavios.
V Macedónica: Mesia (salvo Nerón: Siria).
VI Ferrata: Siria, en el siglo I; Arabia, bajo Trajano; Judea, a partir de Adriano.

124. E. Ritterling, *Realencyclopädie*, XII, 2, 1925, en la voz *Legio*; J. C. Mann, *Legionary Recruitment*, 1982; Th. Franke, *Die Legionslegaten der römischen Armee*, 1991 (2 vols.), Bochum; *Les légions de Rome sous le Haut-Empire*, Y. Le Bohec (ed.), 2 vols., 2000, Lyon.

VI Victrix: Hispania, bajo los Julio-claudios; Germania, bajo los Flavios y Trajano; Britania, a partir de Adriano.
VII Claudia: Dalmacia, con Claudio; después, Mesia.
VII Gemina: Hispania, a partir de Vespasiano.
VIII Augusta: Dalmacia, después Panonia, a continuación Mesia, bajo los Julio-claudios; Germania, a partir de Vespasiano.
IX Hispana: Dalmacia, y después Panonia, hasta Claudio; Britania, de Claudio a Domiciano.
X Fretensis: Siria, bajo los Julio-claudios; Judea, a continuación.
X Gemina: Hispania, hasta Claudio; Panonia, bajo Nerón; Germania, con los Flavios; Panonia, a partir de Trajano.
XI Claudia: Dalmacia, bajo Claudio y Nerón; Germania, con los Flavios; Mesia, a partir de Trajano.
XII Fulminata: Egipto, bajo Augusto y Tiberio; Siria, de Tiberio a Nerón; Capadocia, a partir de Vespasiano.
XIII Gemina: Retia, y después Germania, de Augusto a Claudio; Panonia, de Claudio a Trajano; Dacia, a partir de trajano.
XIV Gemina: Germania, de Augusto a Claudio; Britania, con Claudio y Nerón; Germania, de Vespasiano a principios del reinado de Domiciano; después, Panonia.
XV Apollinaris: Dalmacia, y después Panonia, hasta Trajano, salvo con Nerón (Siria); a continuación, Capadocia.
XVI Flavia: Capadocia, de Vespasiano a Trajano; Siria, a partir de Adriano.
XX Valeria Victrix: Dalmacia, y después Germania, bajo Augusto y Tiberio; Britania, a partir de Claudio.
XXI Rapax: Retia, y después Germania, hasta Domiciano.
XXII Dejotariana: Egipto, hasta Adriano.
XXII Primigenia: Germania.
XXX Vlpia: Panonia, bajo Trajano; Germania, a partir de Adriano.

Capítulo VIII

EL PAPEL MATERIAL. ECONOMÍA Y DEMOGRAFÍA

Sin duda alguna, la principal razón de ser de los soldados consiste en hacer la guerra, en matar sin dejarse matar. Hemos visto antes cómo sabía Roma prepararse para esa eventualidad y hacer frente a la necesidad. Pero junto a ese papel militar, y como consecuencia indirecta, las tropas cumplían una función económica. Los imperativos de la defensa ocupaban un lugar preponderante en la vida y en las preocupaciones de las gentes del Alto Imperio romano, convirtiéndose el ejército en un elemento importante de la sociedad:[1] «¿Quién podría, oh Galio —se pregunta Juvenal—,[2] enumerar los privilegios del oficio de las armas?» Por otro lado, en las provincias, el paisaje y la existencia misma de las poblaciones se ven modificados por la presencia de ese elemento dinámico. Es eso lo que ha demostrado el estudioso británico P. Salway, aunque ciertamente para un territorio restringido.[3]

Con el fin de simplificar, se puede decir que esas transformaciones afectan esencialmente a dos ámbitos: el económico y el demográfico.

El ámbito económico

La vida económica del mundo mediterráneo se vio transformada de diferentes maneras por la presencia de los soldados, y pueden comprobarse, en todo aquello afectado por las actividades puramente militares, actividades de alguna manera profesionales.

1. J. Gagé, *Les classes sociales dans l'Empire romain*, 1971, 2.ª ed., pp. 133-138 y 249-272.
2. Juvenal, XVI, 1-2.
3. P. Salway, *The Frontier People of Roman Britain*, 1965.

CONSECUENCIAS ECONÓMICAS DEL PAPEL DESEMPEÑADO POR LOS MILITARES

Ya hemos visto que las consecuencias fueron múltiples.

La «paz romana»[4]

La primera tarea de las legiones consistía en impedir que un eventual enemigo penetrase en las provincias. De todas formas, cualquier historiador sabe que la guerra arruinaba los territorios en los que se desarrollaba; se incendiaban los campos, se cortaban los caminos, las ciudades se veían sometidas al pillaje. Cerrar el paso a los bárbaros servía para favorecer la prosperidad. Además, la expresión «paz romana» presenta un doble significado: implica a la vez ausencia de conflicto y presencia de bienes que fluyen de ella. La ideología imperial se basaba en buena medida en un encadenamiento de beneficios: victoria → paz → prosperidad.

Pero, si en el exterior, los bárbaros representaban un peligro,[5] en el interior, los bandoleros suponían otro. En ambos frentes, la represión incumbía al ejército: el mantenimiento del orden, objetivo buscado por el Estado, suponía un todo indisociable en las mentalidades de la época, que no concibieron de forma clara la existencia de una fuerza de policía o de gendarmería importante e independiente, no obstante con dos excepciones notables: los vigilantes de Roma y algunos hombres al servicio de los magistrados municipales para atrapar a los ladrones de gallinas. Pero, de hecho, numerosas unidades (véanse los caps. I y II de la parte I) desempeñaban un papel muy poco castrense. En la capital, a parte de los vigilantes, se estacionaban desplazados (?) y «frumentarios» que servían, los primeros, de ejecutores discretos de las tareas de rango inferior del poder, y los segundos, de espías, algo así como nuestros modernos agentes «de información general». En Italia y en provincias, existían puestos *(stationes)* diseminados sobre todo a lo largo de los caminos; los soldados que se hallaban estacionados en ellos (véase cap. II) tenían títulos diversos, *burgarii* o *stationarii*, y la autoridad acantonaba también *beneficiarii*; al finalizar su servicio en el destacamento *(expleta statione)*,[6] daban gracias a los dioses antes de regresar a sus cuerpos de origen. Pero también se utilizaba

4. Expresión empleada por Séneca, *Clem.*, I, 4, 2 (véase *Prou*, IV, 14); la misma idea se encuentra en Tácito, *Agr.*, XXX, 7 (paz y dominación).

5. Petronio, *Satiricón*: relato que ocurre en parte en medio de truhanes; Apuleyo, *Metam.*, IV, 1-27; Dion Casio, LXXV, 2; *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 3.385, VI, n.° 234, VIII, n.° 2.728 = 18.122, 13-17, XI, n.° 6.107. J. Gagé, *op. cit.*, pp. 143-152; R. Mac Mullen, *Enemies of the Roman Order*, 1966, pp. 255-266 (véase p. 212).

6. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 17.626. H. Lieb, en *Britain and Rome*, 1965, pp. 139-144.

con ese mismo fin a aquellos militares cuyo papel táctico les predisponía a la movilidad, especialmente los *frumentarii* y los *speculatores*. Finalmente, no hay ninguna duda de que las unidades colocadas a las órdenes de los gobernadores de las provincias servían como fuerzas de policía, en particular en aquellas regiones donde no existía la amenaza de un enemigo exterior; las guarniciones de Lyon y de Cartago ilustran bien esa situación, pero debemos recordar (p. 227) que no había muchos lugares del Imperio desprovistos por entero de tropas.

El ejército actuaba, por tanto, de sustituto allí donde era necesaria una gendarmería que no existía, y completaba así el papel de las autoridades locales.

Las «exploraciones»

Seguramente, el mantenimiento del orden favorecía la prosperidad; pero no es éste el único aspecto que debemos considerar. Desde hace mucho tiempo, los historiadores han atraído la atención sobre lo que ellos llaman, impropiamente, las «exploraciones»[7] (de hecho, lo más frecuente es que se trate de expediciones organizadas por el ejército), y hay quienes creen que el lucro era el móvil de esas empresas.

Así, en 30-29, el prefecto de Egipto, Cornelius Gallus, remontó el Nilo hasta Philae. En 25-24, Augusto encargó a Aelius Gallus, también prefecto de Egipto, que reconociera Arabia; ese oficial alcanzó, sin duda, los límites del Hadramaut y del Yemen, pero la operación se convirtió en un desastre. Su sucesor, Petronius, reemprendió el proyecto de Cornelius Gallus e hizo una especie de marcha por el territorio situado al sur de Siene.[8] En la época de Nerón, los pretorianos remontaron el Nilo y alcanzaron Meroe.[9] Más al oeste, en el actual Magreb, las relaciones entre guerra y comercio quizá hayan sido valoradas para el caso del Fezzan, según un breve trabajo de Ch.-M. Daniels,[10] quien ha establecido que la abundancia de cerámica romana acompañaba los progresos hechos por los militares en el conocimiento de ese territorio. Así, en el 19 aC., L. Cornelius Balbus recibió los honores del triunfo por haber combatido hasta alcanzar esa región; pero aparecen muy pocas muestras de aquellos recipientes que se remonten hasta la época de los Julio-claudios; los intercambios alcanzaron su apogeo

7. M. Cary y E. H. Warmington, *Les explorateurs de l'Antiquité*, 1932, especialmente pp. I 1 y 119.

8. Estrabón, XVI, 4, XVII, 54; Plinio, *H.N.*, VI, 35. E. Bernand, *Inscr. Philae*, II, 1969, n.° 128; J. Desanges, *Les Méditerranéens aux confins de l'Afrique*, 1978, pp. 307-321.

9. Séneca, *Q.N.*, VI, 8, 3-5, y Plinio, *H.N.*, VI, 35. J. Desanges, *op. cit.*, pp. 323 ss.

10. Ch.-M. Daniels, *The Garamantes of Southern Libya*, 1970, pp. 24-25.

bajo la dinastía flavia, en la época en que, precisamente, deben situarse las misiones de Valerius Festus y de Septimius Flaccus, así como la de Julius Maternus, que llegó hasta el misterioso país de Agisymba. Los arqueólogos perciben fácilmente las consecuencias de esta política: son particularmente abundantes los vasos y las ánforas del siglo II. Y se podrían multiplicar los ejemplos tomándolos de otras partes del mundo antiguo.

En cualquier caso, quizá parecerá excesivo asignar móviles económicos a esas empresas. La seguridad debía desempeñar un importante papel: con el fin de proteger un territorio, no estaría de más conocer los pueblos que lo rodeaban. Y además, ¿debemos creer que esos oficiales se hallaban desprovistos por entero de curiosidad? También entre ellos existía un gusto natural y normal por el conocimiento; es, por tanto, lícito suponer que, junto a la seguridad y la economía, imperativos intelectuales y culturales intervenían en la lista de motivos que justifican esas expediciones.

Las obras de interés público

Los soldados practicaban también la instrucción. Y recordemos que, para potenciar su fuerza física, los oficiales les obligaban a realizar obras de interés público (p. 148); construían villas y monumentos, trazaban caminos. Hay un ejemplo que merece estudiarse: se trata del acueducto de Bejaia[11] (antigua Bujía), en la Cesariana. Al no poder construirlo, los habitantes de la ciudad se dirigieron a su gobernador, quien pidió a su compañero de armas, el legado de la III Legión Augusta, que le enviase un arquitecto. En el año 137, debido a los fracasos de los civiles, el *librator* Nonius Datus remitió un plan que se puso en marcha en los años 149 y 151-152; la mano de obra la proporcionó, en un primer momento, la ciudad y, después, el ejército de Mauretania. Al finalizar la obra, el agua recorría 21 km y descendía de los 428 a los 26 m de altura, después de haber cruzado por un túnel.[12]

Mantener la paz, vigilar a los vecinos del Imperio y practicar la instrucción son las tres actividades cuya función principal es competencia del dominio militar; el aspecto económico se nos presenta sólo como una consecuencia indirecta. Pero en este campo todavía hay más.

11. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 2.728 = 18.122, y S. Gsell, *Monuments antiques de l'Algérie*, I, 1901, pp. 249 ss.
12. Trad. de J.-P. Martin, *Le siècle des Antonins*, 1977, pp. 90-91, y P.-A. Février, *Les dossiers de l'arquéologie*, n.° 38, 1979, pp. 88-89.

Los soldados como agentes económicos

En efecto, los soldados ocuparon un lugar destacado en los procesos de producción y de consumo.

Las rentas de los soldados

La riqueza de los militares constituyó un tema frecuente, sobre todo en la producción escrita del Alto Imperio,[13] pero también en la del Bajo Imperio.[14]

Los salarios

El elemento esencial de esta posición desahogada lo representaba el sueldo; los historiadores no han insistido lo suficiente en estos ingresos, que mostraban dos características importantes: por un lado, eran relativamente elevados y, por otro, los recibían con regularidad. Los militares se contaban entre los pocos asalariados de la Antigüedad y disponían de rentas que les ofrecían un relativo desahogo. En este tema, conviene no obstante aportar una precisión. En la Antigüedad, «la escala salarial», la diferencia entre las rentas más bajas y las más elevadas era mucho más evidente que en nuestros días. De ese modo, un soldado parecería mal pagado, si se le compara con un procurador, y bien pagado, si se contrasta su sueldo con lo que ganaba un pequeño campesino o un obrero agrícola, por no hablar ya de un esclavo.

La importancia de esos pagos se manifiesta en las ceremonias que acompañaban su distribución. En la zona del mar Negro, bajo Adriano, se encargaba de ello un oficial en viaje de inspección.[15] En Dura-Europos, en el siglo III, los soldados iban a buscar la paga *(ad opinionem stipendii)* y la custodiaban respetando un cierto reparto de tareas: los de infantería garantizaban la protección de los dromedarios que transportaban el dinero, y los jinetes servían de escolta montada. A la distribución, realizada en el campamento, le seguía una parada, y después las nóminas *(ratio)* se le volvían a entregar al procurador.[16]

13. Tácito, *An.*, I, 17, 6; Dion Casio, LIX, 15 (centuriones).
14. *Talmud de Jerusalén, Scheqalim*, V, 1; *Baba Mecia'*, II, 5; *Aboda Zara*, I, 2.
15. Arriano, *Periplo*, VI, 1-2, y X, 3.
16. R. W. Davies, *Historia*, XVI, 1967, pp. 115-118.

Si es bien cierto que comenzamos a conocer el mecanismo de distribución de los salarios, nos encontramos con muchas mayores dificultades cuando queremos saber a cuánto ascendían; con escasos documentos, y muy manoseados por los investigadores, se han confeccionado cuadros de cifras tan diversos como poco fiables. Ciertamente, varios elementos no presentan dificultad alguna. Así, se ha comprobado que el ejército romano se sometía a un principio básico:[17] jerarquías y salarios se hallaban vinculados; un oficial estaba mejor pagado que un centurión, un centurión que un soldado y, entre estos últimos, se puede distinguir también una gradación que diferenciaba al soldado raso de los que percibían un sueldo y medio *(sesquiplicarius)* o dos *(duplicarius)*, o incluso tres *(triplicarius)*. Además, a igualdad de títulos, intervenía también el prestigio de la unidad: si servía en el pretorio, un centurión recibía más dinero que si lo hacía en las cohortes urbanas, y estaba mejor remunerado en la legión que en las tropas auxiliares. Asimismo se sabe de manera segura que, en el Alto Imperio, se decidieron aumentos salariales en varias ocasiones.

Las dificultades comienzan cuando se trata de avanzar cifras, pues se conocen pocas e incluso no siempre son irrefutables. El caso mejor conocido, alrededor del cual se hacen toda clase de especulaciones, es el del legionario de sueldo único. Ahora se sabe que existía una retribución desde finales de la época republicana. La cantidad percibida importa muy poco para nuestro propósito; por el contrario, lo que nos interesa es que, a finales del reinado de Augusto, se fijó en 225 denarios anuales[18] (se trataba por tanto de monedas de plata). El primer aumento no ocurre hasta aproximadamente el año 83, bajo Domiciano, quien eleva esa cantidad de 225 hasta los 300 denarios;[19] de hecho, es preciso añadir un cuarto pago anual igual a los tres primeros. Dos estudios recientes,[20] que se basan en textos literarios ya conocidos, tanto papiros, en particular en un papiro de Masada, en Judea, como sobre todo en una tablilla de *Vindonissa*, proponen una escala salarial bastante completa, y muy novedosa, para soldados, centuriones y decuriones.

17. Parte I, cap. II, p. 65.
18. Tácito, *An.*, I, 17, 6.
19. Suetonio, *Dom.*, VII, 5 y XII, 1.
20. M. A. Speidel, «Roman Army Pay Scales», *Journal of Rom. St.*, LXXXII, 1992, pp. 87-106, y «Rang und Sold im römischen Heer», *La hiérarchie (Rangordnung) de l'armée romainem* Y. Le Bohec (ed.), 1995, París, pp. 299-309, cuestionado por R. Alston, «Roman Military Pay», *Journal of Rom. St.*, LXXXIV, 1994, pp. 113-123.

Salarios anuales (en sestercios)

Soldados	*Augusto*	*Domiciano Severo*	*Septimio*	*Caracalla*	*Maximino el Tracio*
Miles cohortis	750	1.000	2.000	3.000	6.000
Eques cohortis	900	1.200	2.400	3.600	7.200
Miles legionis	900	1.200	2.400	3.600	7.200
Eques legionis o *alae*	1.050	1.400	2.800	4.200	8.400
Miles praetorianus	3.000	4.000	8.000	12.000	24.000
Urbanicianus	1.500	2.000	4.000	8.000	16.000
Miles uigilum	750 (?)	1.500 (?)	3.000 (?)	6.000 (?)	12.000 (?)

Oficiales y suboficiales	*Augusto-Domiciano*	*Domiciano-Septimio Severo*	*Septimio Severo-Caracalla*	*Caracalla-Diocleciano*
Tribuno *sexmenstris* (sobre 6 meses)	1.875	2.500	3.750	6.250
Centurión = prefecto de cohorte	3.750	5.000	7.500	12.500
Primus ordo = tribuno angusticlavio	7.500	10.000	15.000	25.000
Prefecto de ala	11.250	15.000	22.500	37.500
Primipilo = prefecto de campamento = prefecto de ala miliaria	15.000	25.000	37.500	56.250

Si aceptamos los datos de estos dos cuadros, que, no debemos olvidarlo, se han establecido a partir de varias hipótesis, podemos hacernos una idea de lo que el Estado romano invertía en salarios para el ejército. Suponiendo que los soldados de tropa sólo recibían el salario base, y contando con 15.000 combatientes en la guarnición de Roma, 125.000 en las legiones, otros tantos en las tropas auxiliares, y 40.000 marinos, nos encontramos ante un presupuesto militar bastante importante.

Gastos del Estado romano en sueldos (en millones de denarios anuales)

	Augusto-Domiciano	*Domiciano-Septimio Severo*	*Septimio Severo-Caracalla*	*Caracalla-Diocleciano*
Soldados				
guarnición de Roma	4,50	6	9	13,50
legiones	28	37,30	56	84
auxiliares	9	12	18	27
flotas	4	5,30	8	12
Centuriones	13	17,30	26	39
Oficiales	6,25	8,30	12,50	19
Total estimado	64,75	86,20	130	195

Para hacerse una idea de lo que representaban esos gastos, pueden compararse, por ejemplo, con los utilizados para retribuir a los procuradores imperiales en la época de Trajano:[21] con este soberano, veintiuno de esos funcionarios tocaban a sesenta mil sestercios anuales, veintinueve a cien mil y treinta y cuatro a doscientos mil, lo que representa un desembolso anual de 2,74 millones de denarios. Comprobamos, por tanto, que el ejército figuraba en el presupuesto del Estado como una de las principales fuentes de gastos. De ahí que las finanzas imperiales se encontraran de manera permanente en equilibrio inestable. En caso de urgencia era preciso recurrir a medidas extremas: la *Historia Augusta* cuenta que Marco Aurelio debió vender su vajilla;[22] en el 217, Macrino escribe al Senado para hacerle saber las dificultades por las que atravesaba:[23] «Por no hablar de otras ventajas que ellos [los soldados] han obtenido de Severo y de su hijo... era imposible, decía, darles el sueldo completo con las elevadas pagas que recibían... y también no dárselo.» En tiempos normales, era imposible mantener en armas a más hombres de los que tenía el imperio. O, de no ser así, era preciso reducir los salarios: pero como éstos constituían una parte importante del atractivo que el servicio militar ejercía sobre los jóvenes, esa clase de medidas habrían conseguido sacrificar la calidad en beneficio de la cantidad. Y esa fue la decisión que tomó Diocleciano.

21. H.-G. Pelaum, *Abrégé des procurateurs équestres* (adapt. de N. Duval y S. Ducrous), 1974, pp. 17-18.
22. *Historia Augusta, M. Aur.*, XVII, 4-5.
23. Dion Casio, LXXVIII, 36, 3 (véase 28).

Los ingresos complementarios

Pero eso no es todo. Si el salario constituía la parte esencial en la fortuna de un soldado, no suponía la totalidad, pues se le añadían otras fuentes de rentas. En primer lugar, y lo mismo que algunos trabajadores del siglo XXI, los militares romanos habían obtenido primas, indemnizaciones en forma de forraje para los jinetes,[24] clavos para los zapatos y calzado para los demás (*clauarium*[25] y *calciarium*[26]). Además, en el momento de su licencia, el veterano recuperaba los ahorros que le habían obligado a hacer, y recibía también los *praemia militiae*, de tres mil denarios en la época de Augusto y de ocho mil doscientos cincuenta en el 212.[27] Y como cualquier otro ciudadano, el soldado podía recibir herencias y disfrutaba de los bienes de su «esposa», sin contar con el hecho de que sus progenitores podían entregarle un «viático» *(uiaticum)* de setenta y cinco denarios cuando se incorporaba a filas.[28]

Y aún había algo mejor. Lo más rentable lo representaban los ingresos excepcionales y extraordinarios, que ocurrían en dos circunstancias diferentes. En caso de guerra, las tropas procedían en un primer momento a efectuar requisas en territorio romano. A menudo, los civiles consideraban excesivas esas exacciones, y elevaban quejas a los emperadores.[29] En una inscripción,[30] hallada en los límites entre Peonia y Tracia, se menciona «el texto de Skaptopara», que da a conocer una queja, elevada en el 238 al emperador Gordiano III por los habitantes del lugar, que se lamentaban de la depredación provocada por las tropas de paso.

A continuación, en territorio enemigo, el derecho de guerra permitía el pillaje, y son numerosos los textos que muestran la importancia del botín: «Lo que nosotros tomamos al enemigo —afirma el jurista Gaius—[31] se convierte igualmente en nuestro por consideración natural.» La costumbre quiere que «el botín de una ciudad tomada al asalto [pertenezca] a los soldados, y a los jefes cuando la ciudad ha capitulado»;[32] en el primer caso, los soldados conservan lo que han conquistado; en el segundo, los oficiales se convierten en propietarios de los bienes que han pertenecido a quienes se han sometido a su poder. En múltiples circunstan-

24. Gaius, *Inst.*, IV, 27.
25. Tácito, *H.*, III, 50, 6; Suetonio, *Vesp.*, VIII, 5.
26. Suetonio, *pas. cit.*
27. M. Corbier, en *Armées et fiscalité*, 1977, pp. 209-212.
28. G. Forni, *Reclutamento*, 1953, pp. 34-38 y 49; S. Daris, *Epigraphica*, XVII, 1955, pp. 162-163.
29. *Historia Augusta, Pesc. N.*, III, 6; F. Girard, *Textes de droit romain*, 1918, 4.ª ed., pp. 205 y 207.
30. *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 12.336.
31. Gaius, *Inst.*, II, 69.
32. Tácito, *H.*, III, 19, 6 (véase 33).

cias, se nos muestra la importancia del botín.[33] Después de la toma de Jerusalén, «mientras el santuario quemaba, los romanos robaban todo cuanto caía en sus manos»; esa victoria tuvo como consecuencia que «todos los soldados rebosaran de botín, hasta el punto de que, en Siria, el oro se vendía al peso a la mitad de su valor anterior».[34] La Columna Trajana[35] muestra unos soldados que, después del final feliz del asedio de Sarmizegethusa, portan un cofre y pesados paquetes; evoca también el fabuloso «oro de los dacios». En la Columna Aureliana[36] se ven varios pasajes con grupos de soldados que se llevan animales y mujeres. Y Septimio Severo habría prometido a sus combatientes un regalo extraordinario, muy bien recibido: el pillaje de la capital de los partos.[37]

En tiempo de paz, los emperadores mimaban a los soldados, a veces con extraordinaria generosidad: Augusto no los olvidó al redactar su testamento;[38] Severo Alejandro hizo que se les distribuyeran ropas.[39] La costumbre de esas distribuciones excepcionales, *liberalitates* o *donatiua*, se impuso rápidamente hasta el punto de que acabaron por parecer normales, y se daban fundamentalmente en los comienzos de cualquier reinado. El único problema que todavía se nos plantea es el de saber si todos los militares tenían derecho, o solamente disfrutaban de ello los pretorianos; de hecho, la lista de beneficiarios varía en función de las circunstancias, y son raros los emperadores que las rechazaron, a excepción de Galba, quien, a guisa de argumento, espetó «que tenía la costumbre de enrolar soldados, y no de comprarlos».[40]

Los donatiua *y las* liberalitates

Donantes	*Circunstancias*	*Beneficiarios*	*Cantidades d = denarios dr = dracmas*	*Referencias*
Augusto	Entrada en Roma	soldados	2.500 d	*His. Aug.*, S.S. VII, 6
	Caius en el ejército	soldados	?	Dion Casio, LV, 6, 4
	testamento	pretorianos	250 d	Tácito, *An.*, I, 8, 3;
		urbaniciani	125 d	Suetonio, *Aug.* CI, 3;
		legionarios y auxiliares de las cohortes de ciudadanos	75 d	Dion Casio, LVI, 32, 2 (85 dr a los legionarios), LVII, 5, 3 y 6,4.

33. Onesandros, VI, 11 y XXXV; Tácito, *Agr.*, XXXVIII, 1, y *H.*, III, 26, 5; véase n. s.
34. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 5, 1 (271), y 6, 1 (317).
35. Columna Trajana, n.os 96 y 103.
36. Columna Aureliana, n.os LXIV, LXXIII, LXXXV, CIV y CXVI.
37. *Historia Augusta, Sept. Sev.*, XVI, 5.
38. Suetonio, *Aug.*, CI, 3.
39. *Historia Augusta, Sev. Al.*, XL, 5.
40. Suetonio, *Galba*, XVI.

Los donatiua *y las* liberalitates (continuación)

Donantes	*Circunstancias*	*Beneficiarios*	*Cantidades d = denarios dr = dracmas*	*Referencias*
Tiberio	revueltas de Germania y Panonia	soldados	doble del legado de Augusto	Dion Casio, LVII, 5, 3 y 6, 4; Suetonio, *Tib.*, XLVIII, 4.
	asunto de Sejano	pretorianos	1.000 d	Suetonio, *Tib.*, XLVIII, 4
	testamento	pretorianos	250 d	Suetonio, *Tib.*, LXXVI, 2; Dion Casio, LVIII, 18 y LIX, 2, 2.
Calígula	advenimiento	pretorianos *urbaniciani* otros	2.500 dr 125 dr 85 dr dobla el legado de Tiberio	Dion Casio, LIX, 2, 4
	muerte de Lépido	soldados	?	Dion Casio, LIX, 22.
	problemas en Britania	soldados	?	Dion Casio, LIX, 25.
Claudio	advenimiento	pretorianos	3.750 d o 5.000 d	Suetonio, *Cl.*, X, 8; Flavio Sosefo, *G. I.*, XIX, 4, 2 (247)
	aniversario del advenimiento	pretorianos	25 d	Dion Casio, LX, 12, 4.
	toma de la toga viril por Nerón	soldados	?	Tácito, *An.*, XII, 41, 3; Suetonio, *Nerón*, VII, 6.
Nerón	advenimiento	pretorianos	?	Tácito, *An.*, XII, 69, 4 (véase Dion Casio, LX, 3, 1).
			trigo mensual	Suetonio, *Ner.*, X, 2.
	muerte de Agripina	pretorianos	?	Dion Casio, XLI, 14, (véase Tácito, *An.*, XIV, 11).
	asunto Pisón	pretorianos	500 d	Tácito, *An.*, XV, 72, 1; Dion Casio, LXII, 27, 4.
Galba	rechaza el *donatium*	pretorianos	–	Suetonio, *G.*, XVI, 2 y XVII, 1; Dion Casio, LXIV, 3, 3.
	promesa	pretorianos legionarios	7.500 dr 1.250 dr	Dion Casio, pasaje cit.; Plutarco, *G.*, II, 2; Suetonio, *G.*, XX, 1 (véase Tácito, H, I, 5, 1).

Los donatiua *y las* liberalitates (continuación)

Donantes	*Circunstancias*	*Beneficiarios*	*Cantidades d = denarios dr = dracmas*	*Referencias*
Otón	promesa	pretorianos legionarios soldados	1.250 d ? ?	Tácito, *H.*, I, 82, 5; III, 10, 4. Tácito, *H.*, IV, 36,2.
Vitelio	concesión imposible	soldados	–	Tácito, *H.*, II, 94, 5.
Vitelio o Vespasiano	concesión acordada	legionarios	?	Tácito, *H.*, IV, 58, 6.
Vespasiano	69	soldados pretorianos	suma módica 25 dr	Tácito, *H.* II, 82, 4. Dion Casio, LXV, 22, 2.
Tito		pretorianos	?	Dion Casio, LXVI, 26, 3.
Domiciano	advenimiento guerra dacia	pretorianos soldados	como Tito ?	Dion Casio, LXVI, 26, 3. Dion Casio, LXVII, 7, 3.
Nerva				H. Mattingly, *Coins B.M.*, III, 46
Trajano		soldados	?	Plinio, *Pan.*, XXV, 2 y XLI, 1.
Adriano	advenimiento	soldados	doble *largitio*	*Hist. Aug.*, *Adr.*, V, 7
	adopción de Aelius César	soldados	75.000.000 d en total	*Hist. Aug.*, *Adr.* XXIII, 12 y 14; *Ael.*, III, 3 y VI, 1.
Antonino Pío	matrimonio de su hija	soldados	?	*Hist. Aug.*, *Ant. P.*, VIII, 1 y X, 2.
Marco Aurelio	advenimiento	pretorianos	5.000 d o 3.000 d	*Hist. Aug.*, *M. Aur.*, VII, 9; Dion Casio, LXIII, 8, 4.
Cómodo	advenimiento	pretorianos	?	Herodiano, I, 5, 1 y 8
Pertinax	advenimiento	pretorianos	paga prometida por Cómodo	*Hist. Aug.*, *P.*, VII, 5.
	concesión prometida	pretorianos	3.000 d 1.500 d	*Hist. Aug.*, *P.*, XV, 7 y VII, 5 y 11; Dion Casio, LXXIII, 8, 4.

Los donatiua *y las* liberalitates (continuación)

Donantes	*Circunstancias*	*Beneficiarios*	*Cantidades d = denarios dr = dracmas*	*Referencias*
Didio Juliano	concesión prometida	pretorianos	6.250 d 7.500 d	Herodiano, II, 6, 8, y 11, 7; Dion Casio, LXXIII, 11, 4, 5; *Hist. Aug., D.J.*, III, 2; Zonaras, XII, 7.
Clodio Albino	promesa	soldados	3 *aurei*	*Hist. Aug., C. A.*, II, 4.
Séptimo Severo	193	soldados	2.500 d	Herodiano, II, 14, 5; *Hist. Aug., S.S.*, VII, 6.
	197	soldados	?	Herodiano, III, 6, 8 y 8, 4.
	198	soldados	pillaje de capital de los partos	*Hist. Aug., S. S.*, XVI, 5.
	203, 10.° aniversario	pretorianos	10 *aurei*	Dion Casio, LXXVI, 1, 1.
Caracalla	diversos	soldados	diversos	Herodiano, IV, 7, 4.
	211, muerte de Geta	pretorianos[41]	?	Tertuliano, *De c.*, I.
		pretorianos	2.500 dr	Herodiano, IV, 4, 7 y 5, 1
Macrino	crisis	soldados	750 dr	Dion Casio, LXXVIII, 19, 2.
			5.000 dr prometidos, 1.000 dados	Dion Casio, LXXVIII, 34, 2.
			8 *aurei*	*Hist. Aug., Diad.*, II, 1
Heliogábalo	crisis	soldados	500 dr	Dion Casio, LXXIX, 1, 1
Alejandro Severo	?	soldados	3 *donatiua*	*Hist. Aug., A. S.*, XXVI, 1
	guerra en oriente (231)	soldados	generosidad	Herodiano, VI, 4, 1.
Maximino	238, guerra civil	soldados	sumas enormes (bis)	Herodiano, VII, 8, 9.

41. Y. Le Bohec, *Rev. Ét. Aug.*, XXXVIII, 1992, pp. 6 ss.

Los donatiua *y las* liberalitates (continuación)

Donantes	*Circunstancias*	*Beneficiarios*	*Cantidades* *d = denarios* *dr = dracmas*	*Referencias*
Gordiano	238, guerra	soldados	el *donatium* más grande conocido	Herodiano, VII, 6, 4.
Filipo	asesinato de Gordiano	soldados	suma importante	Zósimo, I, 19, 1.
Tácito	advenimiento	pretorianos	suma habitual	*Hist. Aug.*, *T.*, IX, 1.

Todas esas rentas convertían a los militares en personas relativamente acomodadas, cuya presencia se devenía en una fuente de riqueza mobiliaria; desempeñaban un papel motor en el sentido estricto del término, pues ponían en marcha una máquina: por un lado, el Estado conseguía dinero de los particulares para satisfacer los salarios; por otro, esos mismo particulares recuperaban el dinero en forma de los gastos realizados por los consumidores pertenecientes al ejército.

Pero, desde un punto de vista estrictamente económico, conviene mantenerse al margen de cualquier triunfalismo. Quienes vivieron en los tres primeros siglos de nuestra era, ignorantes de los mecanismos financieros, cometieron numerosos errores, de entre los que podemos señalar al menos tres. En primer lugar, y según hemos visto, el Estado se comportaba como un «mal patrón»: el incremento de los salarios no seguía más que de lejos la curva de los precios, lo que provocaba una nefasta tendencia deflacionista (en el Alto Imperio es preciso no reducir la coyuntura únicamente al movimiento inflacionista, ciertamente real y dominante, pero que no lo explica todo). En segundo lugar, la importancia de las sumas dedicadas al ejército convertía en frágil el equilibrio entre ingresos y gastos, lo que provocó un verdadero monopolio del capítulo de salidas en el dominio presupuestario. Finalmente, las costumbres y la mentalidad colectiva presionaban a los soldados a la tesaurización: una parte de la masa monetaria disponible se encontraba inmovilizada, estéril, y quedaba de esa manera fuera del circuito económico. Además, el poder favorecía esa clase de hábitos: depósitos obligatorios, y otros voluntarios, los primeros de los cuales se limitaban a un máximo de 250 denarios,[42]

42. Suetonio, *Dom.*, VII, 4.

se efectuaban en la capilla donde se depositaban las enseñas, que funcionaba así como caja de ahorros, pero una curiosa caja de ahorros que ni invertía ni proporcionaba intereses: son los *seposita* y los *deposita* que vigilaban los *signiferi*.[43] No deja de ser cierto, sin embargo, que esos salarios desempeñaban un papel considerable en aquellas regiones en que se satisfacían y según las cantidades correspondientes.

LOS SOLDADOS COMO CONSUMIDORES

De hecho, el campamento constituía un importante mercado,[44] y la población civil era muy consciente de ello.

En primer lugar, hemos de constatar el hecho de que, contrariamente a la leyenda, los soldados tenían una alimentación variada;[45] es cierto que, lo mismo que para cualquier otro ser humano hasta el siglo XVIII, la base la constituían los cereales; así, una legión consumía en seis días 180 hl de cereal, es decir, la producción de 8 ha; pero a ello habría que añadir importantes cantidades de carne, de pescado y de mariscos, legumbres, judías y lentejas, productos diversos y también vino.

En un primer momento, el aprovisionamiento del campamento lo aseguraba un embrión de servicio de intendencia y, más tarde, la puesta en marcha de lo que se conocía como «anona militar».[46] Sobre ese sistema planean todavía hoy algunas nubes. Según J. Guey,[47] lo habría creado Trajano: a partir de entonces, una parte de los salarios se vería sustituido por provisiones. Para D. van Berchem,[48] la institución sería obra de Septimio Severo, que habría creado un nuevo impuesto, la perfeccionaría Caracalla y se sistematizaría en tiempos de Gordiano III.[49] También se puede considerar otra teoría: no se trata de un descuento suplementario, sino de una parte de la antigua anona que habría sido apartada en beneficio del ejército.[50]

43. R. W. Davies, *Bonner Jahrb.*, CLXVIII, 1968, pp. 161-165.
44. Tácito, *An.*, I, 17, 6.
45. R. W. Davies, *Britannia*, II, 1971, pp. 122-142; J. Remesal Rodríguez, *Heeres versorgung und die wirtschaftlichen Beziehungen zwischen der Baetica und Germanien*, 1997, Stuttgart; C. Carreras Monfort y P. P. A. Funari, *Britannia y el Mediterráneo*, 1998, Barcelona.
46. *Historia Augusta, Sev. Al.*, XV, 5 y *Gord.*, XXIX, 2; Vegecio, II, 7.
47. J. Guey, *Mél. Ec. Fr. Rome*, LV, 1938, pp. 56-77.
48. D. van Berchem, *Bull. Soc. Ant. Fr.*, 1937, pp. 137-202, y en *Armées et fiscalité*, 1977, p. 332; N. Baynes, *Journal Rom. St.*, XXIX, 1939, pp. 116-118.
49. *Historia Augusta, Sev. Al.*, XV, 5, menciona la anona militar en tiempos del último de los Severos.
50. Véase M. Corbier, en *Armées et fiscalité*, 1977, p. 337, y J.-M. Carrié, en *Les dévaluations à Rome*, 1978, pp. 237-238.

Las armas representaban otro importante capítulo de gasto para los soldados, porque, contrariamente a lo que sucede en los ejércitos modernos, en el romano eran ellos quienes debían procurárselas:[51] en los siglos I y II, cada militar pagaba su equipo, pero, en el siglo III, es el Estado el que se lo proporciona, deduciéndoselo del sueldo.[52] De la misma manera, tampoco se les entregaban los uniformes, los trajes y las tiendas.[53] Además, el ejército utilizaba animales de carga, bueyes de labor en los *prata* (más adelante volveremos sobre este concepto), monturas, caballos y camellos.[54] En fin, los soldados se comportaban como cualquier consumidor relativamente acomodado; son testimonio los documentos que nos los muestran haciendo compras diversas, como ese militar de la XIII Legión Gemina que compra una esclava cretense.[55]

La reglamentación en vigor potenciaba además esas compras. Podían presentarse dos casos: una compra hecha por un particular, o por la unidad en tanto que persona moral. En la segunda de esas situaciones, el comandante efectuaba el pago por orden del procurador (*probatio* después de la *signatio*), con los fondos depositados en la *quaestura*.[56] Los soldados y los veteranos se beneficiaban sobre todo de ciertas inmunidades,[57] de exenciones de impuestos: desde el principio, quedaron dispensados del tributo y de toda carga personal u obligación pública *(munera publica)*. A partir de Domiciano,[58] la dispensa afectó al *portorium* y al *uectigal* (derechos de aduanas y el impuesto territorial), y se hallaban incluidos el militar, su mujer, sus hijos y los progenitores; todos esos privilegios quedaron consignados en el registro de los veteranos, en Egipto, en el momento en que se realizó esa especie de censo conocido bajo el nombre de *epikrisis*.[59] Por el contrario, algunos impuestos indirectos permanecían en manos del Estado, en particular los *munera patrimonii*, cargas vinculadas al patrimonio.

La epigrafía nos ha legado testimonios de esta situación. Se hacían públicas las tarifas, y se han encontrado algunas de ellas,[60] que mencionan sumas de ciertos productos. Al proceder de África los do-

51. Tácito, *An.*, I, 17, 6 (bajo Tiberio).
52. R. Mac Mullen, *Amer. Journal Arch.*, 1960, pp. 23-40, y *Soldier and Civilian*, 1967, pp. 179-180; H. U. Nuber, *Chiron*, II, 1972, pp. 483-507.
53. Tácito, *pas. cit.*, n. 64; véase *Historia Augusta, pas. cit.*, n. 39.
54. Tácito, *H.*, IV, 60, 2.
55. F. Girard, *Textes de droit romain*, 1918, 4.ª ed., p. 845.
56. R. W. Davies, *Latomus*, XXVIII, 1969, pp. 435-449.
57. Gaius, *Inst.*, I, 57.
58. Tácito, *An.*, XIII, 35, 2 y 51, 1. F. Girard, *Textes*, p. 193.
59. J. Lesquier, *Armée romaine d'Egypte*, 1918, p. 163.
60. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 4.508 = 18.653 y 18.352; *L'Année épigraphique*, 1914, n.º 234 (Numidia); H. Seyrig, *Syria*, XXII, 1941, p. 155 (Siria).

cumentos por él estudiados, S. J. De Laet[61] creía que esas deducciones habían sido efectuadas en el marco de la *IV publica Africae*, pero esa hipótesis no explicaría el descubrimiento de un documento análogo en Siria (véase n. 60).

LOS SOLDADOS COMO PRODUCTORES

De conformidad con la mentalidad de la época, y cualquiera que fuera la importancia de sus ingresos, los soldados trataban de gastar lo menos posible, convirtiéndose ellos mismos en productores: el campamento funcionaba parcialmente a la vez como una empresa industrial (o, si se prefiere, artesanal) y como centro de un gran dominio. Cada fortificación encerraba un taller o *fabrica*, que producía armas u otros objetos.[62] Poseía también tierras,[63] que cultivaba, y, más a menudo aún, reservaba para el ganado. Una inscripción da a conocer «un destacamento que ha sido enviado a segar el forraje» *(uexillatio ad fenum secandum)*.[64]

Los epigrafistas[65] han publicado las inscripciones de una serie de mojones que delimitaban un espacio en el que se extendía el derecho de propiedad del ejército. Pero, para designar el dominio militar, los textos empleaban dos palabras diferentes, *prata* y *territorium*. Así, entre Burgos y Santander, se ha encontrado «un mojón imperial [que] separa los *prata* de la IV Legión y las tierras de Juliobriga»;[66] otro «mojón imperial separa los *prata* de la IV Legión y las tierras de Segisamo». Pero en otros lugares se utiliza el término *territorium*:[67] «El emperador César, Marco Aurelio, Severo, Alejandro, piadoso, feliz, Augusto, ha hecho construir este establecimiento de baños en su totalidad en el *territorium* de la II Legión Adiutrix, piadosa, fiel, severiana. La responsabilidad de esas obras se le ha confiado a Flavius Marcianus.»

Hay, al menos, cinco teorías diferentes elaboradas para explicar qué es lo que hay de distinto entre *prata* y *territorium*: 1) A. Schulten[68] creía que ambos términos designaban una misma extensión de tierras, pero que *prata* se usaba en un contexto económico y *territorium* se em-

61. S. J. de Laet, *Portorium*, 1949, pp. 263-271.
62. Tácito, *H.*, II, 82, 1: las armas se fabrican en las ciudades.
63. Tácito, *An.*, XIII, 54, 2-3.
64. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 4.322 = 18.527.
65. A. Mócsy, *VIe Congrès du limes*, 1967, pp. 211-214.
66. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.ºs 2.454 y 2.454.
67. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 2.456; véase n. s.
68. A. Schulten, *Hermes*, XXIX, 1889, pp. 481-516; ha sido aprobado por A. Mócsy, *Acta Arch. Hung.*, III, 1953, pp. 179-200, y por A. García y Bellido, *Arch. Esp. Arqu.*, XXXIV, 1961, pp. 118-119.

pleaba en los asuntos administrativos o militares. 2) P. Salway[69] acepta esa diferencia de sentido, pero, según él, *territorium* cubre una superficie más extensa que *prata*. 3) El *territorium*, esencialmente militar para H. von Petrikovits,[70] puede estar delimitado si se levanta el plano de los puntos en que se han encontrado tablillas de cerámica estampillada con el nombre de la correspondiente unidad. 4) Por el contrario, para R. Mac Mullen,[71] el *territorium* es un espacio puramente económico; en buena lógica, al menos para este estudioso, debe ser más restringido que el campo de acción potencial de la legión o del cuerpo auxiliar del que se trate. 5) Finalmente, M. Kandler[72] estima que los mojones miliarios que señalaban la distancia en relación con el campamento *(a castris...)* no cubrían más que el *territorium*.

La segunda teoría es la que parece más satisfactoria. De hecho, deberíamos hacer intervenir no dos, sino tres conceptos diferentes. Para los asuntos económicos se empleaba el término *prata*: el sentido general del término invita a que así lo decidamos, y se encuentra relacionado con la ganadería; la epigrafía lo asocia tanto a las legiones como a las unidades auxiliares. Para los asuntos militares, como no se conocen otros *territoria* que los legionarios, parece más verosímil que fuera ésta la palabra que se utilizaba. Finalmente, no debe descuidarse el aspecto administrativo: a menudo, los legados hacían también las funciones de gobernadores y la historia de algunas regiones se confunde con la de ciertas legiones (piénsese, por ejemplo, en la III Cirenaica y Arabia). Hablaremos entonces de *prouincia*, pero es preciso advertir que ese vocablo debe utilizarse con prudencia: la provincia de Numidia no fue creada oficialmente hasta la época de Septimio Severo, casi un siglo después de la llegada de la III Legión Augusta a Lambese, y comprendía la región de Constantina que, según parece, no se hallaba ocupada militarmente en tiempos normales.

Los soldados como hombres de negocios

La ganadería practicada en los *prata* se hacía en nombre de la unidad, considerada como una persona moral; sus beneficios no revertían en los soldados en tanto que individuos, pero se ha afirmado que éstos disponían de liquidez. Parte de ese dinero se atesoraba, otra se mal-

69. P. Salway, *Frontier People of Roman Britain*, 1965, p. 188. Lo ha seguido J. M. Roldán, *Hispania y el ejército romano*, 1974, pp. 196-197, F. Vittinghoff, *Acc. Naz. Linc.*, CXCIV, 1974, pp. 109-124, y P. Le Roux, en *Armées et fiscalité*, 1977, pp. 350-353.
70. H. von Petrikovits, *Realencyclopädie*, VIII A, 2, 1958, col. 1.825.
71. R. Mac Mullen, *Soldier and Civilian*, 1967, pp. 7-11.
72. M. Kandler, *XI^è Congrès du limes*, 1977, pp. 145-154.

gastaba —por ejemplo, en la compra de exenciones a los centuriones—,[73] y todavía quedaba un remanente para hacer negocios. Se podía prestar dinero con interés, o adquirir algunos productos y revenderlos con beneficios. La situación fiscal de los militares, que les beneficiaba, fue objeto de las atenciones de Nerón, quien «ordenó mediante edicto... que los soldados conservaran su inmunidad, salvo para aquellos objetos con los que traficaran».[74]

LA PROTECCIÓN JURÍDICA DE LOS SOLDADOS

De esa forma, compradores o vendedores, los soldados vivían en medio de unas condiciones excepcionales.[75] Y las ventajas que llevaba aparejadas su condición sobrepasaban con mucho el simple ámbito fiscal: disponían de una importante protección legal.[76] A lo largo de los siglos I, anterior y posterior a nuestra era, se asistió a la elaboración de un código militar; Adriano dio un nuevo impulso a ese movimiento y, durante los siglos II y III, entró en vigor una regla jurídica específica del soldado.[77]

Naturalmente, no existía una igualdad jurídica, según hemos visto antes. Por tanto, cada clase de unidades tenía sus exigencias. De manera esquemática, podemos recordar una regla general: la ciudadanía romana, exigida para el ingreso en la guarnición de Roma o en las legiones, se concedía a la finalización del tiempo de servicio a los marinos y a los auxiliares que no gozasen de ella con anterioridad.

En caso de acusación de crimen, cualquier pretoriano o legionario era juzgado en el campamento[78] por sus oficiales (un tribuno para la instrucción, y el prefecto del pretorio o el legado para la sentencia) y se beneficiaba de un procedimiento acelerado.[79]

Por otro lado, se le reconocía como propietario y sus bienes pasaban a formar parte de dos categorías:[80] unos eran de origen militar *(bona castrensia)* y los otros *(peculium castrense)*[81] podían haber sido

73. Tácito, *H*, I, 46, 3-6, y *An.*, I, 17, 6.
74. Tácito, *An.*, XIII, 51, 1 (véase 35, 2).
75. A. Segré, *Rend. Pont. Acc. Rom.*, XVII, 1941, p. 181 (es posible que los Aurelios del 212 no hayan disfrutado de todas las ventajas de la condición militar).
76. J. Vendrand-Voyer, *Normes civiques et métier militaire à Rome*, 1983.
77. J. Vendrand-Voyer, *op. cit.*, pp. 147, 211 y 316.
78. Juvenal, XVI, 13-17; Tertuliano, *De cor.*, I.
79. Juvenal, XVI, 50.
80. J. Vendrand-Voyer, *op. cit.*, pp. 185, 248 ss.
81. F. Girard, *Textes*, pp. 373, 407 y 496 (Papiniano y Paulo); J. Vendrand-Voyer, *op. cit.*, pp. 184 s.

adquiridos en cualquier clase de circunstancia; en este segundo grupo, a partir de Adriano, figuraba la fortuna de la que él llamaba su «esposa».[82] El «peculio» podía transmitirse por herencia, con una única restricción: en esta clase de asuntos, el militar se hallaba sometido a la potestad *(potestas)* de su padre.[83]

El derecho de posesión se acompañaba de otra clase de derecho muy importante a ojos de los habitantes del Imperio, el de la transmisión por testamento.[84] El *ius testamenti* fue una simple derivación del *ius testamenti in procinctu*:[85] en un primer momento, a los soldados que partían a la guerra se les permitió que redactaran sus últimas voluntades, temporalmente en la época de César, y ante cualquier campaña en la de Augusto.[86] Y Juvenal se indignó sobremanera al ver que podían testar viviendo aún los padres.[87] Con Trajano, esa ventaja se extendió a todos los soldados. Pero es una vez más Adriano quien elaboró el mayor número de reglas: los militares pudieron a partir de entonces testar como civiles, lo que les permitía liberarse de la autoridad paterna, de la *patria potestas*, ya fueran veteranos o se hallaran en servicio activo; en el segundo caso, sus hijos, ilegítimos puesto que tenían prohibido el matrimonio, podían heredar e incluso, a partir del año 119, quedaron exentos de satisfacer la veinteava parte de la herencia, una tasa del 5 por ciento que pesaba sobre las sucesiones.[88] Se instituyó también un testamento oral: Caracalla limitó su uso a los combatientes en campaña.

El estatuto de los niños planteaba entonces un problema. En efecto, historiadores y juristas no se ponen de acuerdo sobre la libertad de tomar mujer concedida a los soldados. Pero, como mínimo, podemos definir algunas líneas generales: esas uniones fueron contrarias a las leyes y prohibidas hasta Claudio, siempre condenadas, pero toleradas, desde Claudio hasta Septimio Severo, y legales a partir de entonces; después del 197, los soldados pudieron vivir con sus mujeres fuera del campamento.[89] Por tanto, en los dos primeros siglos del Imperio,

82. A Guarino, *Boll. Ist. Diritto Rom.*, VII, 1941, pp. 61 y 64.
83. Justiniano, *Inst.*, I, 12, 4.
84. Gaius, *Inst.*, II, 101, 114; Ulpiano, XXIII, 10; Justiniano, Inst., II, 11-12. J. Vendrand-Voyer, *op. cit.*, pp. 212 s.
85. Gaius, *pasaje cit.*
86. J. Carcopino, *Rev. Ét. Anc.*, XXIV, 1922, p. 110; Th. Reinach, *Nouv. Rev. Dr. fr. étr.*, XLIII, 1919, p. 601, y XLIV, 1920, p. 93.
87. Juvenal, XVI, 51-52.
88. F. Girard, *Textes*, p. 195.
89. J. Carcopino, *Mél. P. Thomas*, 1930, pp. 97-98; P. Tassistro, *St. Doc. St. Dir.*, XXII, 1901, pp. 3-72; R. O. Fink, *Trans. Proc. Amer. Phil. Assoc.*, LXXII, 1941, pp. 109-124; E. Sander, *Rhein. Mus.*, CI, 1958, pp. 164-165; P. Garnsey, *California St. Cl. Ant.*, III, 1970, pp. 43-53; B. Campbell, *Journal Rom. St.*, LXVIII, 1978, pp. 299-333. S. E. Phang, *op. cit.* (n. 65, p. 269).

el título de «esposa» *(uxor)*, que se menciona a menudo en las inscripciones, no se correspondía con la realidad jurídica, y el hijo de un legionario y de la hija de un ciudadano era ilegítimo, si había sido concebido en tiempos del servicio de su padre.[90]

Finalmente, y no por ello menos importante, hacia la finalización del tiempo de servicio, algunos militares recibían los últimos privilegios según petición hecha; abordamos aquí la cuestión de la licencia del servicio y la de los «diplomas militares».[91]

Esa operación exigía dos etapas. En un primer momento, el general del ejército concedía a quienes lo solicitaban, y lo merecían, un informe de buena conducta, conocido como «certificado de licencia honrosa» *(tabula honestae missionis)*: «En el consulado de M. Acilius Aviola y de Pansa, la víspera de las nonas de enero [el 4 de enero del 122], T. Haterius Nepos, prefecto de Egipto, ha acordado la concesión de su licencia honrosa a L. Valerius Noster, jinete del ala de los voconces, de la turma de Gavius *(Gauiana)*, que ha finalizado su servicio *(emeritus)*.»[92]

A continuación podía entregarse un documento que la tradición conoce como «diploma militar»,[93] «objeto doble» en griego, pues se trataba de dos tablillas de bronce unidas por un hilo, recubierto con los sellos de siete testigos: el mismo texto aparece en la cara vista y en la oculta, y, si era necesario, se verificaba que fueran iguales rompiendo los siete sellos. La composición, estereotipada, constaba siempre de los mismos elementos: 1) Mención del emperador; 2) lista de las unidades a que se refería; 3) localización de la provincia de la guarnición en el caso de los auxiliares; 4) nombre del comandante del ejército; 5) afirmación de méritos; 6) naturaleza de los privilegios concedidos; 7) fecha; 8) nombre o nombres de los beneficiarios; 9) lugar de exposición pública del original; 10) lista de testigos.

Veamos un ejemplo:[94] «El emperador César Domiciano, hijo de Vespasiano divinizado, Augusto, vencedor de los germanos, pontífice soberano, revestido del decimoquinto poder tribunicio, aclamado *imperator* veintidós veces, cónsul por decimoséptima vez, censor perpetuo, padre de la patria, a los jinetes y los infantes que sirven en el ala pretoriana y en las diez cohortes [llamadas] I de los Lusitanos, I de los Cretenses, I de los *Montani*, I de los Cilicios, I Flavia miliaria de los Hispanos, II Flavia de los Comagenianos, IV de los Retios, V de los Hispanos, VI de los Tracios y VII de los Breucos ciudadanos romanos,

90. J. Vendrand-Voyer, *op. cit.*, pp. 109-110.
91. M. Absil e Y. Le Bohec, *Latomus*, XLIV, 1985, pp. 855-870.
92. *Corpus inscr. lat.*, XVI, Ap. n.° 1; véase *L'Année épigraphique*, 1980, n.° 647.
93. Aparece una bibliografía en el *art. cit.* en n. 104, pp. 869-870.
94. M. Roxan, *Diplomas*, 1978, n.° 6.

que se encuentran en Mesia Superior bajo el mando de Cn. Aemilius Cicatricula Pompeius Longinus, que han merecido recibir veinticinco años de salarios o más, y lo mismo a quienes hayan sido reenviados con una licencia honrosa, después de haber recibido sus salarios, y cuyos nombres están escritos más abajo, a ellos mismos, a sus hijos y a sus descendientes, [el emperador] les ha concedido la ciudadanía y el derecho de matrimonio con las esposas que tenían en el momento en que les fue concedida la ciudadanía o, para quienes eran solteros, con las esposas que habrán tenido a continuación, a condición de que cada uno sólo espose a una mujer; [hecho] el cuarto día antes de los idus de julio, durante el consulado de T. Prifernius Paetus y de Q. Fabius Postuminus. [Beneficiarios]: Dolens, hijo de Sublusius, Besse, infante de la VI cohorte de los Tracios, que comanda Claudius Alpinus, y Valens, su hijo. Transcrito y reconocido conforme a la tablilla de bronce que ha sido colocada en Roma, en la pared trasera del templo de Augusto divinizado, cerca de la [¿estatua?] de Minerva.»

De hecho, tales documentos no son más que copias certificadas conformes por testigos de textos legislativos (los juristas dicen que se tiene sucesivamente una *epistula missoria* y una *lex data*) puestos a exposición pública, en el Capitolio hasta el año 88, y detrás del nuevo templo de Augusto divinizado a partir del año 90. Por esas actas, los emperadores concedían la ciudadanía romana o el derecho de matrimonio *(conubium)*, o ambos privilegios a la vez, a soldados en activo, cuando el servicio se alargaba demasiado tiempo, o más comúnmente a veteranos. Es evidente que los pretorianos sólo tenían necesidad del *conubium*, y los «diplomas» conocidos que les son entregados llevan por fecha desde los años 72-73 al 306. En el caso de los auxiliares conviene distinguir dos periodos: Claudio concedió los dos beneficios mencionados a los soldados, a sus hijos y a sus descendientes; hacia 140-145 ocurrió un cambio (se descartó la concesión a la posteridad) y en el año 203 está datado el último diploma atestiguado. En cuanto a los marinos, a partir de Claudio corrieron la misma suerte que los soldados de las cohortes y de las alas; parece que hacia 140-145 la administración vaciló; finalmente, se decidió por una medida intermedia: sólo el receptor y sus hijos conservaron el rango de beneficiarios de la ciudadanía. Se ha insistido en que los legionarios no recibían esa clase de documentos, a excepción de quienes habían servido en la I y la II Adiutrices, que en principio habían sido reclutados en la marina. A propósito de esa disparidad se han avanzado diversas explicaciones. Para unos, esa exclusión se justifica por el hecho de que esos militares, herederos de las huestes republicanas, efectuaban un servicio militar obligatorio y no tenían necesidad de incentivos para realizar su tarea. Pero, de hecho, en el Alto

Imperio se generalizó el voluntariado y quizá fuese necesario buscar en otro lugar. Los diplomas parecen haber sido instituidos para los pretorianos y para los auxiliares en determinadas circunstancias: los conflictos de 68-69 para los primeros, y las dificultades de reclutamiento para los segundos. Es posible que no haya habido ningún acontecimiento parecido en el caso de las legiones. A partir de ahí, M. Corbier[95] ha demostrado que las recompensas distribuidas a final del servicio variaban en función de la jerarquía de las unidades: los auxiliares y los marinos no recibían más que un diploma, los legionarios sólo tenían derecho a los *praemia* (dinero y/o tierras) y los pretorianos acumulaban diploma y *praemia*. Sea como fuere, la concesión de esas ventajas no era sistemática: había que tener derecho (gracias a una licencia honrosa), tener necesidad (no era normal que un ciudadano romano soltero la tuviera), y era preciso solicitarlo. Actualmente, los historiadores se hallan divididos sobre ese tema: para unos, los «diplomas militares» representaban una norma y se les distribuía regularmente; para otros, y quizá estos últimos no estén equivocados, no eran concedidos más que a voluntad del soberano, o en determinadas circunstancias.

Añadamos que se ha estudiado el caso de los testigos: hasta 73-74 se acudió a los compañeros del beneficiario; después, a partir de esa época, a empleados de la administración, que serían citados sin orden alguno en un primer momento y, a continuación, después de 133-138, en función de su ancianidad.

De todas esas notas se deduce que los militares se beneficiaban de múltiples ventajas: poseían el estatuto de hombres libres, se beneficiaban de procedimientos particulares en caso de acusación, disfrutaban de diversos derechos (poseer, vender, testar) y, en ciertos casos, podían recibir «diplomas» que les concedían la ciudadanía romana para ellos, para sus hijos y sus descendientes, así como el derecho de matrimonio. Esas ventajas jurídicas, sumadas a la percepción de un salario regular, convertían a los soldados en plebeyos privilegiados.

CIVILES VINCULADOS ECONÓMICAMENTE AL EJÉRCITO

La presencia del ejército creaba, por tanto, paz y prosperidad. A su vez, esos beneficios atraían a civiles, entre los cuales figuraban, en primer lugar... antiguos militares, los veteranos.

95. M. Corbier, en *Armées et fiscalité*, 1977, p. 208.

Los veteranos[96]

Los veteranos comienzan a ser bien conocidos a pesar de la escasez de fuentes: o son poco numerosos (por ejemplo, de Hispania sólo contamos con cincuenta y dos nombres),[97] o la bibliografía se encuentra dispersa o es escasamente accesible. Bajo Augusto, continuaban formando parte de la legión durante cuatro años, y eran vueltos a llamar a filas si se consideraba necesario: en ese caso, formaban un destacamento *(uexillum)* a las órdenes de un *curator* o de un centurión *triarius ordo*.[98] Pero muy rápidamente rompieron cualquier vínculo existente con el servicio activo para convertirse en civiles de pleno derecho. A partir de ese momento, se reservó ese título a cualquier persona de rango igual o inferior al centurionado (los centuriones tenían, por tanto, derecho a él), a condición de haber cumplido sus obligaciones de manera satisfactoria: entonces pasaba a llamarse *ueteranus*, quizá *missicius* o incluso *emeritus*, que «ha acabado su tiempo»; a los antiguos pretorianos, que constituían un grupo aparte en razón de su dignidad específica, a veces se les designaba simplemente como «veteranos del emperador», *ueterani Augusti*.

Lo más importante es la «licencia», la *missio*:[99] era calificada de *ignominiosa* para un mal soldado, expulsado debido a su falta de disciplina; era *causaria* para alguien declarado inútil, víctima de una herida o de una enfermedad, y en ese caso le daba derechos;[100] era *honesta* para quien había servido el tiempo previsto, con una actividad satisfactoria para sus superiores. En este último caso, permitía obtener recompensas; se distinguía la *missio nummaria*,[101] que se recompensaba con una cantidad de dinero, y la *missio agraria*, concretada en un lote de terreno que se atribuía individualmente *(uiritim)* o en tierras de colonias compartidas entre varios veteranos. El beneficiario que había recibido lo que merecía (*commoda* o *praemia militiae*) se consideraba honrado con ese regalo (se convertía entonces en un *acceptarius*, al afirmar que era *commodis acceptis* o *commodis honoratus*).[102]

96. A. R. Neumann, *Realencyclopädie*, Sup. IX, 2, 1962, col. 1.597-1.609; J. C. Mann, *Legionary Recruitment and Veteran Settlement*, 1982; S. Link, *Konzepte der Privilegierung römischer Veteranen*, 1989, Stuttgart; L. Keppie, *Colonisation and Veteran Settlement in Italy, 47-14 BC*, 1983, Londres; A. Chausa Sáez, *Veteranos en el África romana*, 1997, Barcelona; E. Todisco, *I veterani in Italia in età imperiale*, 1999, Bari.

97. P. Le Roux, *L'armée des provinces ibériques*, 1982, pp. 344-347.

98. Véase parte I, cap. I, n. 22.

99. A. Segré, *Rend. Pont. Acc. Rom.*, XVII, 1941, pp. 167-182, esp. p. 171; E. Sander, *Rhein. Mus.*, CI, 1958, pp. 166-169.

100. Suetonio, *Vesp.*, I, 3.

101. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 9.085.

102. M. Speidel, *Amer. Journal Phil.*, CIV, 1983, pp. 282-286 (véase Y. Le Bohec, *Epigraphica*, XLIII, 1981, pp. 132-134).

Los antiguos soldados recibían una suma, pagada de un tesoro particular, el *aerarium militare*, estudiado por M. Corbier.[103] Ese organismo, creado el 6 de nuestra era por Augusto, fue en principio confiado a un *praefectus*, antiguo pretor; a partir de Claudio, el responsable, designado por el emperador, mantenía una relación directa con éste. Ese sistema funcionó hasta mediado el siglo III. Los ingresos procedían de un impuesto especial, la veinteava parte de las herencias, y, de manera accesoria, de la centésima parte de las ventas. Es fácil de entender que Augusto se preocupara especialmente de los veteranos: en el 31 aC., después de la batalla de Accio, se encontró a cargo de un número considerable de efectivos, muy superiores a las necesidades y, sobre todo, a los medios con que contaba el Imperio. En sus *Res Gestae*,[104] se vanagloriaba de haber licenciado a un gran número de soldados: 120.000, en el 31 aC., que instaló en Italia en una veintena de colonias, a continuación 100.000 más en el 14 aC., que partieron hacia las Hispanias y la Narbonense, y otros 96.000, el 2 aC. En el 7, el 6, el 4 y el 3 aC. queda el testimonio de otras salidas. Para todos ellos, el soberano dedicó seiscientos millones de sestercios en la Península y doscientos millones en provincias. Cada uno de ellos recibió entonces una parcela de tierra y una suma en dinero: tres mil denarios para un legionario y de cinco mil para un pretoriano.[105] A partir de entonces se constata una doble evolución: los pagos en especies se vuelven cada vez más importantes (bajo Calígula, un legionario recibía cinco mil denarios y, en el año 212, ocho mil doscientos cincuenta) y se señala la disminución de las distribuciones de tierras, que acabarían por desaparecer con Adriano. Y no debe olvidarse que, en el momento del retiro, todos los soldados recuperaban los ahorros que habían ingresado obligados en la capilla de las enseñas y en la caja del colegio, al menos a partir de Septimio Severo, en el caso de estos últimos. En la época postaugustiana, el movimiento de licenciamientos conoció, a partir de ese momento, una menor intensidad: cada legión perdía alrededor de doscientos cincuenta hombres por año; el conjunto del ejército romano no licenciaba anualmente más que a unos quince mil hombres.

Esos veteranos podían regresar a su patria, a sus ciudades de origen,[106] o instalarse lejos de ellas, cerca del campamento en que ha-

103. M. Corbier, *L'aerarium Saturni et l'aerarium militare*, 1974, y en *Armées et fiscalité*, 1977, pp. 197-234.

104. Dion Casio, LI, 4 y 17, A. Müller, *Neue Jhb. f. d. klass. Altert.*, XXIX, 1912, pp. 267-284; E. G. Hardy, *Class. Quart.*, XIV, 1920, pp. 187-194; L. Keppie, *Colonisation and Veteran Settlement in Italy*, 1983, y *Papers Br. Sch. Rome*, LII, 1984, pp. 77-105; J. C. Mann, *op. cit.*

105. Tácito, *An.*, XIV, 27 y 31, 4-5 (véase también las *Res Gestae*).

106. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 4.800.

bían servido, junto a la «esposa».[107] Establecían vínculos con las aristocracias municipales y pasaban a formar parte del medio local.[108] Pero, incluso aunque vivieran en la ciudad, se convertían en propietarios de bienes raíces; en ciertos casos, la tierra les pertenecía; en otros, especialmente cuando se instalaban en los dominios imperiales, sólo disfrutaban del usufructo y eran únicamente *possessores*.[109]

Había un derecho que protegía a los veteranos y que ya hemos mencionado anteriormente: se beneficiaban de inmunidades,[110] tenían la honorabilidad de los decuriones (raramente, de hecho)[111] y podían organizarse en colegios.[112] Y su papel era importante: la experiencia en la guerra les convertía en protectores designados, y las colonias que constituían desempeñaban un papel defensivo. Favorecían la municipalización de las regiones poco urbanizadas y desarrollaron el proceso de romanización, como más adelante veremos.

Campesinos, artesanos, comerciantes... y otros

Al garantizar la paz y, por tanto, la seguridad, los soldados atraían a numerosos civiles que trabajaban para el ejército, pero también unos para otros, provocando un «efecto llamada» muy conocido por los economistas.

En particular, a los campesinos se les trataba con especial miramiento: para ellos, los legionarios realizaban el catastro de tierras, delimitaban los dominios y los terrenos de libre tránsito.[113] Por otro lado, se consideraba generalmente que algunas prácticas agrícolas poseían una función estratégica. El olivo, que sólo es rentable varios años después de haber sido plantado, y el ganado bovino que no favorece la movilidad, impulsaban la sedentarización de los nómadas, que habían constituido siempre una fuente de conflictos.[114] Además, los oficiales, en especial los legados, no se mantenían indiferentes ante la po-

107. Suetonio, *Ner.*, IX; Tácito, *An.*, XIV, 27 y 31, 4-5; H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.os 2.460 y 2.574.

108. P. Le Roux, *pas. cit.*

109. H. Pavis d'Escurac, *Mél. A. Grenier*, II, 1962, pp. 571-583.

110. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.º 9.059.

111. *Digeste*, XLIX, 18, 3.

112. A. R. Neumann, *Realencyclopädie*, Sup. IX, 2, 1962, col. 1.608-1.609.

113. Catastro del 29-30 en África; *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.os 22.786 y 22.789, e *Inscr. lat. Tun.*, n.os 71, 73 y 74; delimitaciones bajo los Flavios, siempre en África: *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.os 14.882, 23.084, 25.967; *Inscr. lat. Tun.*, n.º 623; *Inscr. lat. Alg.*, II, n.os 4.343, 6.252; *Rom. Inscr. Trip.*, n.º 854; *L'Année épigraphique*, 1912, n.os 148-151, 1935, n.º 28, 1939, n.º 31, 1942-1943, n.º 35; *Bull. Comm. Trav. Hist.*, 1932-1933, p. 152.

114. J.-M. Lassère, *Vbique populus*, 1977, pp. 356-358, a título de ejemplo; pueden encontrarse prácticas análogas en Siria, Egipto, etc.

sibilidad de conseguir beneficios ocasionales: L. Minucius Natalis hizo instalar una fortificación en el Henchir Besseriani *(Ad Maiores)*, en Numidia, y protegido por ese puesto adquirió tierras en el oasis de Negrine y comenzó a practicar la oleicultura.[115] La insurrección de Avidius Cassius, en el año 175, hizo que Marco Aurelio desconfiara: a partir de ese momento evitó enviar senadores a ejercer el mando en aquellas provincias en las que poseían dominios.

La existencia del mercado formado por el campamento favorecía también el desarrollo del artesanado que, por su producción, podía llegar a convertirse en una verdadera industria, particularmente si se trataba de cerámica o de metales. Todos esos productos atraían, a su vez, a negociantes, ya fuese al por menor o al por mayor; los comerciantes más emprendedores se alejaban de los campamentos romanos hasta alcanzar el corazón de los países bárbaros; a veces, exploradores de la conquista, precedían a los soldados, y otras les seguían, e incluso se atrevían a ir a lugares en los que nunca se había aventurado el ejército romano.[116] Sería interesante saber cuántos de ellos procedían de Italia, y cuántos eran indígenas más o menos romanizados, pero las fuentes no nos dicen nada sobre ello.

Finalmente, no podríamos pasar por alto lo que en nuestros días se ha dado en llamar «servicios», ese género de actividades que los economistas vinculan al «sector terciario», en este caso el tiempo libre, muy importantes en la civilización romana en general y particularmente en el caso de los soldados. Cerca del campamento se instalaban tabernas, lupanares y lugares de espectáculos variados donde se podían encontrar actores, danzantes, músicos, gladiadores y prostitución de ambos sexos. Verdaderos profesionales vinculaban su destino con esta o aquella unidad, hasta el punto de llegar a decirse que eran *lixa cohortis A...* o *legionis B...*;[117] es preciso entender, sin duda, «proveedor titular de tal cohorte» o «de tal legión», antes que «sirviente en» la unidad en cuestión. Pero no parece que los militares hubieran sido más borrachines o más obsesos sexuales que los civiles de su tiempo:[118] los grafitos hallados en las fortificaciones y su propia correspondencia, a la que nos referiremos en el capítulo siguiente, muestran que tenían otras prioridades además de frecuentar los bajos fondos. No obstante, es preciso insistir en que la vida cotidiana variaba según las

115. Cotejar el *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 2.478 = 17.969, y X, n.º 8.045, 12.

116. Tácito, *An.*, II, 62, 4.

117. Suetonio, *Aug.*, XIX, 4; Tácito, *H.*, II, 87, 2, donde también se citan los «criados» de los soldados, los *calones*; H. von Petrikovits, *XIIe Congrès du limes*, III, 1980, pp. 1.027-1.035.

118. Véase, no obstante, un curioso grafito: *L'Année épigraphique*, 1980, n.º 262, y P. Le Roux, *Epigraphica*, XLV, 1983, pp. 66-73.

provincias donde se encontraban las guarniciones, y que era más benigna en Siria[119] que en Germania o en Britania.

Las aglomeraciones situadas junto a los campamentos

Todos esos civiles, a los que debemos añadir los veteranos y las familias de los soldados, creaban un hábitat cerca de cada campamento.[120] La epigrafía nos da a conocer una cierta variedad de estatus jurídicos, con la posibilidad de conseguir promociones,[121] llegando esas aglomeraciones a alcanzar el rango de municipio, e incluso de colonia. La palabra más conocida es la de *canabae*, que se empleó desde la época de Augusto para las localidades de Haltern y de Mayence, en Germania. Designaba un conjunto de tipo urbano, levantado no lejos de una fortificación y que contaba con una vida colectiva propia; la autoridad la ejercían *magistri*, curadores y ediles. Según algunos historiadores,[122] los *canabae* acompañaban siempre a los campamentos legionarios y tenían la posibilidad de convertirse en municipios o en colonias; en otros casos, se habría empleado la palabra *uicus*, que designaría un establecimiento menos importante por su extensión. No obstante, en Britania los *uici* poseían una gran variedad de monumentos, termas, templos, altares, etc.; los investigadores han identificado asimismo necrópolis, y se ha señalado que esos hábitats estaban a menudo levantados según un plan geométrico.[123] En Lambese, Numidia, una calle cuidadosamente ordenada, la *uia Septimiana*, unía el pueblo al campamento y simbolizaba los vínculos entre ambos elementos. A veces, se habla únicamente del grupo de ciudadanos romanos, los *consistentes* o *incolae*, atraídos por la riqueza de los soldados. Pero, más a menudo, esas aglomeraciones no tienen para nosotros ni nombres ni titulación alguna; se revelan al arqueólogo y se ocultan al epigrafista; pueden levantarse apartadas del campamento, o apoyarse en una parte de la fortificación, e incluso rodearla en su totalidad. Podríamos ilustrar este punto con numerosos ejemplos; los recientes trabajos de J.-P. Laporte[124] en Sour Djouab, la antigua *Rapidum* (Mauretania) pueden servir de ejemplo (lám. XXXVII, 38): en el 122, la II Cohorte de los Sardos construyó un campamento de 135 × 127 m;

119. Tácito, *H.*, II, 80, 5.

120. F. Vittinghoff, *Chiron*, I, 1971, pp. 229-318.

121. *L'Année épigraphique*, 1983, n.° 858 (*Porolissum*, en Dacia); A. Schulten, *Hermes*, XXIX, 1894, p. 500, se muestra quizá demasiado sistemático.

122. P. Salway, *Frontier People of Roman Britain*, 1965, pp. 9-11 y 117; A. Mócsy, *Acta arch. Hung.*, III, 1953, pp. 179-200, *Acta Anc. Sc. Hung.*, XX, 1972, pp. 159 y 168.

123. E. Birley, *Roman Britain and the Roman Army*, 1953, pp. 71-80.

124. J.-P. Laporte, *Rapidum*, 1989, Sassari.

en el 167, una muralla de 1,15 km de longitud delimitó una aglomeración de 11,6 ha, que se unía a los muros de la fortificación.

La zona militar

Civiles y militares, rurales y urbanos, toda una población se sentía, por tanto, atraída por las ventajas que proporcionaba la «frontera». P. Salway[125] ha estudiado en profundidad ese fenómeno en Britania; en otras regiones, algunos estudiosos han utilizado la fotografía aérea, como el padre A. Poidebard,[126] en Siria, o el coronel J. Baradez,[127] en Argelia; M. Euzennat,[128] en Marruecos, y R. Rebuffat,[129] también en Marruecos y, sobre todo, en Tripolitania, han mostrado que el examen del terreno aún conserva sus virtudes y continúa siendo insustituible.

Esta «frontera» presentaba una clara originalidad; designaba una zona geográfica que debía su propia existencia al ejército. Sobre un mapa, esta nueva región podía presentarse de dos maneras diferentes: o bien era casi continua, como sucede en Britania a lo largo del Muro de Adriano, o discontinua, como en Siria y Numidia, disponiéndose como una especie de cortina de encaje entre el mundo romano y el de los bárbaros. Se hallaba constituida por tres clases de construcciones: 1) Las construcciones militares desempeñaban naturalmente un papel primordial; según hemos visto, se clasificaban en defensas puntuales (fortificaciones, fortines y torres), muy importantes para nuestro propósito, y defensas lineales (muros de Britania, Seguia bent el-Krass, etc.). 2) Las vías, que de hecho eran fundamentalmente pistas, estaban trazadas y las mantenían los soldados para su propio uso, pero también las utilizaban los comerciantes y otros viajeros; se trataba, por tanto, de obras de naturaleza mixta. 3) Cerca de los campamentos y entre ellos se instalaron construcciones puramente civiles. En esas regiones existía un hábitat mixto: aglomeraciones de tipo urbano, pueblos, aldeas y granjas aisladas. Se iba preparando el terreno: se levantaban muretes que impedían el deslizamiento, y el agua se utilizaba mucho mejor gracias a un sistema de pozos, cisternas, presas y canales. La economía agraria variaba en función del género de vida: los sedentarios producían sobre todo cereales que, allí donde el clima lo permitía, complementaban con viñas y olivos, y a veces también

125. P. Salway, *op. cit.*, n. 122 (286 p.).
126. A. Poidebard, *La trace de Rome dans le désert de Syrie*, 1934, 2 vols.
127. J. Baradez, *Fossatum Africae*, 1949.
128. M. Euzennat, *Le limes de Tingitane*, 1989, París.
129. R. Rebuffat, véase parte II, cap. V, n. 116.

con ganado bovino; más allá de la zona militar, los grandes grupos nómadas se detenían en ocasiones para cultivar algunos productos, pero preferían la ganadería (el camello no se utilizó de forma sistemática hasta muy tarde); y los seminómadas, en una y otra parte del *limes*, añadían a los productos de la tierra, el cuidado de rebaños de carneros y cabras.

¿Contaba el latín con una palabra que designara ese sector geográfico en que la vida económica y el paisaje presentaban tanta originalidad? Ya hemos visto anteriormente que *prata* y *territorium* no son términos que se adecuen a la perfección; tampoco es posible hablar con un sentido preciso de *limes*: este vocablo tuvo una aparición tardía y mantiene un contenido muy técnico. Por ello, preferimos hablar de «zona militar».

El ejército se muestra, pues, como un importante instrumento de desarrollo económico, aunque, para poder desempeñar plenamente ese papel, era necesario que dispusiera de medios financieros importantes. Es evidente que ejerció una acción nada despreciable en la demografía de esa «zona militar».

El ámbito demográfico

Augusto quiso contar con un ejército permanente y con un servicio de larga duración. Instaló ese ejército en las fronteras y, al actuar así, modificó sin querer la distribución de los pueblos por el Imperio.

El problema

El problema[130] reside en el cálculo de la profundidad de esas transformaciones y volvemos a toparnos aquí con el debate relacionado de la manera más general con todo lo relativo a la demografía cuando se trata de la Antigüedad, es decir, el del valor de las fuentes y la escasez de éstas. Desde hace mucho tiempo se sabe que la documentación no se caracteriza precisamente por su abundancia. Pero existe y los numerosos epitafios disponibles deberían informarnos de la mortalidad. En un primer momento, los investigadores han utilizado las inscripciones sin discernir entre ellas. A continuación han advertido su ligereza y han ido destruyendo todo aquello que previamente habían adorado como irrefutable: por ejemplo, han señalado la frecuencia

130. Véanse a este propósito las actas del coloquio de Caen, *La mort, les morts et l'au-delà* (nov. 1985), 1987, 376 pp.

inusual de las edades de fallecimiento acabadas en 0 o en 5. La experiencia recomienda, sin duda, tomar las cifras que nos han propuesto, pero considerando que carecen de precisión, que no representan más que datos redondeados. Además, poseemos ciertas informaciones que nadie ha pensado seriamente poner en duda: el servicio militar duraba alrededor de veinticinco años e implicaba a unos trescientos mil hombres, repartidos esencialmente por las fronteras del Imperio; veremos alguna más. En fin, a falta de una demografía «cuantitativa», nos queda la posibilidad de hacer demografía «cualitativa»: podemos constatar ciertos fenómenos, como la expansión de la población en las regiones de guarnición, sin poderla calcular.

Nupcialidad, fecundidad y mortalidad

El medio implicado presenta algunas particularidades, puesto que, por definición, los soldados son todos ellos adultos de sexo masculino. Esos rasgos originales volvemos a encontrarlos cuando se trata de definir las características de esas personas en los principales dominios tradicionales de la demografía. Así, por lo que se refiere a la nupcialidad, hemos visto que cualquier clase de unión había estado prohibida de Augusto a Claudio, tolerada de Claudio a Septimio Severo y que, inmediatamente después, se había autorizado el matrimonio. En el caso de la III Legión Augusta de Numidia[131] se constata que, de 354 epitafios del siglo II, 206, es decir, el 58 %, mencionan la existencia de una «esposa»; la tasa real de nupcialidad era, sin duda, más elevada: es posible que algunas mujeres hayan dejado a amigos o a progenitores el cuidado de asegurar la sepultura de sus maridos y, al mantenerse al margen, no aparecen en la inscripción. Lo mismo sucede con la fecundidad de las mujeres de los soldados que han servido en esa unidad; la tasa era únicamente de 1,48 contra 2,45 para la provincia de África y 2,40 para los veteranos, según las estimaciones de J.-M. Lassère:[132] 46 casos = 1 niño; 20 casos = > 1 niño; 9 casos = 2 niños; 3 casos = 3 niños; 1 caso = 4 niños. Pero incluso aquí es verosímil pensar que esos militares hayan tenido una descendencia más abundante que la revelada por la epigrafía. La mortalidad[133] relaciona la situación de los soldados con la de los civiles. En efecto, la media

131. Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 543; véanse n. 133 y n. s.

132. J.-M. Lassère, *Vbique populus*, 1977, pp. 519 s.; D. Cherry, *Frontier and Society in Roman North Africa*, 1998, Oxford.

133. Y. Le Bohec, «¿Peut-on 'compter la mort' des soldats de la IIIe Légion Auguste?», *Colloque de Caen*, 1987, pp. 53-64.

de la mortalidad se sitúa en unos 47 años, 45 en Lambese y 46-47 en África. A. R. Burn[134] cree, no obstante, que los militares africanos morían en mayor número que los civiles antes de los 42 años y que esa situación se invirtió rápidamente; ha observado una situación análoga en el caso de las tropas estacionadas en el Danubio, pero con una diferencia: el cambio se sitúa a los 30 años, y no a los 42. La incidencia de los «accidentes de trabajo», las bajas en combate, apenas significaba algo en la III Legión Augusta: sólo se sabe de seis soldados y un centurión caídos ante el enemigo; pero es verosímil que esa causa de muerte desempeñara un papel más importante en las guarniciones de otras provincias.

La duración del servicio: aspectos demográficos

El problema, más «profesional», de la duración del servicio no ha sido estudiado nunca de forma satisfactoria.[135] Como ya ha sido abordado (p. 87), es suficiente con que remitamos a ese pasaje; simplemente cabe recordar aquí que el tiempo de actividad variaba en relación inversa al prestigio de la unidad implicada: los pretorianos servían menos tiempo que los legionarios, que se licenciaban antes que los auxiliares, mientras que los marinos eran los que más tiempo permanecían en activo; en el siglo II, los legionarios servían veinticinco o veintiséis años.

Las migraciones y la urbanización

Anteriormente hemos visto cómo la zona militar que rodeaba el Imperio se había convertido también en una zona urbanizada en razón de las necesidades del ejército. Desgraciadamente, no es posible adelantar ninguna cifra sobre este tema.

Se conocen mejor algunos movimientos migratorios, que presentan una gran importancia histórica, pues han revalorizado la tesis de la existencia de vínculos entre las provincias, al tiempo que los historiadores de Roma priman las relaciones entre la capital y las regiones periféricas. Hemos visto que, en los comienzos del Imperio, el reclutamiento se efectuaba habitualmente fuera del sector de la guarnición, y que después se produjo en el interior de esa zona, antes de acabar realizándose cerca de los campamentos. Se dio, por tanto, un

134. A. R. Burn, *Past and Present*, IV, 1953, pp. 1-31.
135. Véase n. 131.

flujo migratorio importante, pero que no dejó de debilitarse, hasta desaparecer en el siglo III. No obstante, se puede calcular aproximadamente la masa de soldados implicados: en el caso de una legión de cinco mil hombres que servían durante veinticinco años, era necesario que, cada año, doscientos cincuenta nuevos compensaran los doscientos cincuenta que se licenciaban. Para el conjunto del ejército romano, las necesidades anuales se establecían en un número que oscilaba entre los diez mil y los quince mil jóvenes reclutas. Para un territorio tan inmenso, ese total representaba de hecho muy poco, y sólo existen síntomas de crisis de reclutamiento en periodos particularmente difíciles, después del desastre de Varus, por ejemplo, o durante las guerras del siglo III. El verdadero problema no era, por tanto, de cantidad, sino de calidad: era más sencillo encontrar soldados que buenos soldados. Es sin duda esa opción política la que, entre otros motivos, incitó a Trajano a crear una fundación, cuya finalidad era la de asegurar el mantenimiento de los huérfanos nacidos en Italia (se trataba de los *alimenta*).[136] Y, al hablar de movimientos migratorios vinculados a la presencia del ejército, sería imposible descuidar a los numerosos civiles, de los que hemos hablado más arriba, atraídos por la paz y la prosperidad de la «zona militar»; pero, a éstos es imposible contabilizarlos.

Conclusión

En aquellas regiones donde se encontraban de guarnición, las unidades del ejército romano desempeñaban un papel material importante, directo o indirecto. Las diversas fuentes de ingresos de los soldados, y por encima de todo sus salarios, creaban una zona caracterizada por la prosperidad económica y el dinamismo demográfico, gracias a la paz. Se podían ver allí campamentos y pueblos, también calzadas y toda clase de gentes que vivían dedicadas a numerosos oficios.

Pero esa zona era frágil. Se hallaba expuesta a los ataques de los bárbaros y, muy a menudo, no representaba más que una ligera cortina con numerosas interrupciones. Y, por encima de todo, la riqueza de esa zona militar dependía estrechamente de la prosperidad del Imperio.

136. Plinio, *Pan.*, XXVIII, 5; *Corpus inscr. lat.*, XI, n.º 1.147.

CAPÍTULO IX

EL PAPEL CULTURAL. CULTURA PROFANA Y CULTURA SACRA

Los soldados desempeñaban, por tanto, un papel económico importante, aunque indirecto, pues esa actividad no constituía su razón de ser. De la misma manera, intervenían en la vida cultural, espiritual, de su tiempo. Los historiadores han propuesto dos puntos de vista divergentes en lo que concierne a esos aspectos, y merece la pena que recordemos los dos debates más importantes. Así, en algunas obras se presenta al ejército como un instrumento de difusión de la romanización; los autores subrayan entonces la importancia del consejo de revisión, de la *probatio*. Bien al contrario, otros describen a los militares como unos bárbaros. La religión constituye un segundo campo que también divide a los historiadores; según algunas obras, los soldados primaban las culturas locales, puesto que se les reclutaba en la región de la guarnición, y, según otras, a los dioses orientales porque habrían respondido mejor a sus aspiraciones espirituales.

La cultura laica

Lo que se ha comentado más arriba a propósito del reclutamiento debe servir para iluminar el debate: no se puede colocar en un mismo plano a un legionario o a un auxiliar, máxime si este último servía en un *numerus* y, además, la situación ha cambiado entre la época de Augusto y la de Diocleciano. Se sabe también que se dio una evolución general implicando al conjunto de los habitantes del *oikumene*. El factor social y la cronología intervienen, pues, en primer lugar, en ese campo.

La lengua latina

La cuestión lingüística ilustra muy bien el tema. El latín conservó durante todo el periodo su exclusivismo: sólo en él se podían expresar las órdenes para el conjunto de las unidades, incluso para los *numeri*; no se daban las órdenes en griego, en egipcio o en arameo, idiomas de vencidos.

Además, se aseguraba así que algunos soldados poseyeran un mínimo de conocimientos. En el momento del consejo de revisión, de la *probatio*, los responsables verificaban esas capacidades. Evidentemente, era necesario que algunos reclutas supieran leer, escribir[1] y contar: desde ese momento, a algunos de los hombres se les destinaba a la administración, a las oficinas de la unidad. Y asimismo, a los futuros *notarii* se les exigían las competencias necesarias para recoger los discursos en taquigrafía.

Pero aún hay más. La cultura literaria había penetrado en ese medio. En la época de Augusto, los centuriones pagaban mucho para enviar a los hijos a la escuela.[2] Hay epitafios de soldados redactados en verso;[3] ciertamente, su métrica es más correcta a principios del siglo I que a finales del II, pero esa evolución se constata también en otras capas de la sociedad. Por otro lado, se ha señalado que, en ocasiones, algunos militares ponían a sus hijos nombres utilizados por los grandes autores de la literatura latina, especialmente los héroes de Virgilio,[4] cosa que demuestra que, si no leían las obras de esos escritores, al menos sí que los admiraban.

Y ahora vamos con la cara contraria. En Oriente se emplea el griego corrientemente. Además es cierto que los soldados de los *numeri* han conservado, mucho más que cualquiera otros, sus características étnicas, la lengua y la religión. J. Carcopino[5] demostró cómo la presencia en El-Kantara (Numidia), de dos unidades sirias, recluțadas en Palmira y Hemese, había creado un islote de civilización semítica al oeste del Aurès. Por otro lado, algunos militares conocían lenguas bárbaras,[6] lo que permitía al mando disponer de traductores,

1. Tácito, *An.*, IV, 67, 7; Vegecio, II, 19.
2. Horacio, *Sat.*, I, 6, 70-75.
3. *Corpus inscr. lat.*, III, n.º 2.835, VI, n.º 2.489, VIII, n.º 702 = 12.128; H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.º 2.167 (una lista que no es exhaustiva).
4. L. Vidman, *Anc. Soc.*, II, 1971, pp. 162-173; es probable que otros autores hayan inspirado esa decisión, en particular Ovidio y Catulo.
5. J. Carcopino, *Syria*, VI, 1925, p. 148; H. I. Marrou, *Mél. Ec. Fr. Rome*, L, 1933, pp. 55 y 60 (con muchos matices); Y. Le Bohec, *Les unités auxiliaires en Afrique et Numidie*, 1989.
6. Tácito, *H.*, III, 33, 5.

como ese *interprex (sic) Dacorum* del que nos habla la epigrafía.[7] Y un documento recientemente descubierto menciona a un soldado destacado «entre los garamantes»[8] que debía, sin duda, comprender lo que hablaban estos últimos. Lejos de ser aceptada como una prueba de apertura de espíritu, ese conocimiento se presenta como un testimonio de la intrusión de indígenas poco romanizados en el ejército.[9] Es evidente la constatación de una degradación del nivel cultural, que, en la epigrafía, se traduce de diferentes maneras. Por ejemplo, la calidad de los epitafios métricos sufrió una cierta regresión[10] y, a medida que iba pasando el tiempo, las formas en «latín vulgar» se multiplicaban. Y el ejército, como cualquier otro medio cerrado, segregó su propia jerga; apareció un verdadero argot militar,[11] que conocemos en particular gracias a las inscripciones y a los textos literarios; un compatriota se convirtió en un *«conterraneus»*, al grito se le llama *«barritus»* y, para designar una mala fortificación, se servían de una palabra africana que se difundió por todas las guarniciones del Imperio: *mapalia*, «choza». A mediados del siglo III, entre el 253 y el 259, los archivos del puesto de Bu Njem, en Tripolitania, fueron redactados en una verdadera jerigonza.[12] Además, son numerosos los escritores que se dedican a criticar a los soldados, a insistir en su carencia de cultura, a mostrarlos como bárbaros, reconociendo, no obstante, su bravura.[13]

¿Cómo conciliar esas imágenes contradictorias? Pues teniendo en cuenta dos datos: las clases de unidades y la evolución de las formas de reclutamiento. Es bien cierto que los militares no son intelectuales, pero tampoco unos animales ignorantes.

En cualquier caso, es evidente que los auxiliares debían estar menos romanizados que los legionarios. Es, por otra parte, en un medio sencillo donde se redactaron los textos conocidos como los *ostraka* de Bu Njem; además, en descargo de los autores de esos documentos, es necesario añadir que no escribían para la posteridad, sino con prisa, y que de ninguna manera pretendían realizar una obra literaria. Por otro lado, se ha constatado un descenso en la calidad de los reclutas

7. *L'Année épigraphique*, 1947, n.° 35; *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 10.505: *interpres Germanorum*.

8. *L'Année épigraphique*, 1975, n.° 869, b.

9. J.-M. Lassère, *XIIe Congrès du limes*, III, 1980, pp. 967 y 972, n. 54.

10. H. Bianchi, *Studi ital. Filol. cl.*, XVIII, 1910, pp. 41-76; M. Clauss, *Epigraphica*, XXXV, 1973, p. 90; D. Pikhaus, *Ant. Clas.*, L, 1981, pp. 637-654.

11. W. Heräus, *Archiv. lat. Lexik. Gram.*, XII, 1900, pp. 255-280.

12. R. Marichal, *Comptes rendus Acad. Inscr.*, 1979, p. 437.

13. Juvenal, XVI; Tácito, *H.*, III, 33, 5, y *Agric.*, XXXII, 3; *Historia Augusta, Did. Jul.*, VI, 5.

en la época de Septimio Severo, y esa evolución en las selecciones en el momento del *dilectus* no podía otra cosa que hacerse notar en el campo cultural. En cuanto a las críticas procedentes de los escritores, parece que no habían constituido más que un topos literario; la imagen del militarote representó un lugar común que alcanzó toda su fuerza en los periodos de crisis, en los episodios de guerras intestinas, en particular en el 68-69, el 193-197 y el 238.

De hecho, parece que el ejército siguió la evolución general, no obstante con un ligero desfase: surgidos de la plebe, los soldados seguían sus costumbres; al constituir la elite, sobrepasaban en un punto a la media. Esa situación puede aquilatarse. En 1916, L. R. Dean[14] publicó un estudio sobre los *cognomina* de los legionarios; aunque sea antiguo, ese trabajo puede utilizarse, pues se realizó sobre una muestra representativa de cinco mil setecientos casos. Los nombres más frecuentes, aquellos que han sido usados en más de una veintena de ocasiones, son cincuenta y seis, y todos ellos proceden del latín, menos uno (Alejandro). A continuación es el griego el que aporta la mayor contribución, pero sólo nos proporciona ciento noventa y dos nombres para trescientos veintiocho hombres. El resto, salvo el celta (80 nombres), sólo se ve representado en cantidades despreciables (se trata sobre todo del tracio, el fenicio y el árabe). Resumiendo, la onomástica de los legionarios revela su pertenencia a la romanidad.

El derecho romano

En el mundo romano se estrechan vínculos complejos y variados entre el ejército y el derecho (por «derecho» es preciso entender aquí «derecho público», ciudadanía e instituciones, y también «derecho privado»): los contactos se establecieron a tres niveles, el del individuo, el de la ciudad y el de la provincia.

El derecho y el soldado

En lo que concierne a los simples particulares, ya hemos hecho mención de algunos hechos en el capítulo precedente. La idea principal, aquella sobre la que conviene insistir, es la de que el ejército ha funcionado como una máquina de fabricación de ciudadanos romanos; difundió ampliamente la *ciuitas romana*, en primer lugar entre los propios militares. En aquellos periodos en los que, por una u

14. L. R. Dean, *Cognomina of Soldiers in Roman Legions*, 1916.

otra razón, el reclutamiento se hacía difícil, se le concedía a los jóvenes que se alistaban como voluntarios en las legiones. En cualquier época, se le otorgaba siempre a quienes no la poseían en el momento en que finalizaban su servicio en las tropas auxiliares; pero es necesario recordar que esa práctica perdió su eficacia, puesto que tanto las alas como las cohortes fueron acogiendo un número cada vez menor de desplazados. Los «diplomas militares» ofrecen, no obstante, una prueba de esa legislación, que muestra una clara vocación de poder político.

Las familias de los soldados también se beneficiaban de esa generosidad. Un hombre ya casado en el momento del consejo de revisión veía suspendida su unión todo el tiempo que duraba el servicio de armas; pero volvía a tener efecto inmediatamente después de su licencia, y esa reglamentación constituía una garantía para la mujer y para su descendencia.[15] Por otra parte, las «esposas» desplazadas y los niños concebidos durante el servicio obtenían el mismo estatus que su padre cuando éste finalizaba el cumplimiento de sus obligaciones: es decir, los soldados engendraban ciudadanos.

Finalmente, es preciso recordar una práctica muy original que venía recogida en la expresión *ius postliminii*.[16] En cualquier momento en que un romano caía en manos del enemigo perdía su estatus por el propio hecho de su cautiverio: el Estado ya no le reconocía como suyo. Pero, si se evadía o recuperaba la libertad de una u otra manera, recobraba la totalidad de sus derechos.

El ejército y la municipalización

El ejército intervenía también en la vida de las ciudades. Ya se ha dicho que los veteranos quedaban vinculados al orden de los decuriones, ingresando en el medio de los notables; en Numidia, en Lambese, les estaba reservada una división del cuerpo político, puesto que allí existía una «curia de veteranos».[17] A veces, algunos oficiales recibían misiones que no dejaban de ser de carácter civil, puesto que efectuaban el *census*:[18] preparaban las listas de ciudadanos y no ciudadanos, que servían, sin duda, al objeto del reclutamiento, pero que quizá tuvieran también, y por encima de todo, motivaciones de tipo municipal y fiscal. A menudo, las ciudades buscaban la protección

15. R. O. Fink, *Trans. Proc. Amer. phil. Ass.*, LXXII, 1941, pp. 109-124, habla de «esponsales».
16. E. Sander, *Rhein. Mus.*, CI, 1958, pp. 175-179.
17. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.° 18.214 (véase n.° 18.234).
18. *Corpus inscr. lat.*, III, n.os 388, 6.687, y XIV, n.° 3.955.

del comandante de la legión o del ejército más próximo; numerosos legados ejercieron así el patronato de ciudades que se encontraban en la zona situada bajo su control.

Pero los militares no intervenían solamente en los municipios y las colonias. La parte más original de sus actividades en ese campo implicaba a los nómadas, perpetua amenaza para los sedentarios, y que era necesario, por tanto, vigilar de cerca. Las operaciones de «centuriación» y, sobre todo, de acantonamiento de tribus,[19] trataban de fijar en un lugar a las poblaciones móviles, para que acabasen por ser sometidas en un tiempo más o menos breve. Además, algunos oficiales recibían la misión de controlar estrechamente a este o aquel grupo; ejercían funciones administrativas, como la recepción del impuesto, velaban por el mantenimiento del orden público y, si era necesario, reclutaban auxiliares.[20] Se reconocían por sus títulos en las inscripciones: *praefectus gentis* y, más raramente, *praefectus nationis*.[21]

Y, según hemos visto, los *canabae* se transformaban finalmente en municipios e incluso en colonias.[22]

El ejército y la provincialización

En sus niveles más elevados, el ejército desempeñaba también un papel en la vida provincial. Ya se ha dicho suficientemente que la historia de determinadas regiones se confundía con la de las legiones estacionadas en ellas; se piensa, por ejemplo, en Arabia ligada a la III Cirenaica, o en Numidia y la III Augusta. ¿Y es posible explicar el pasado de Britania o de las Germanias sin mencionar sus guarniciones? De hecho, los legados ejercían a la vez las funciones de gobernadores y de jefes del ejército, sin que se pueda diferenciar con claridad entre esas dos clases de actividades.

Un libro reciente[23] se ha esforzado en demostrar cómo, en Hispania, la organización militar había estado vinculada a la provincialización de la Península y a la vida municipal. En el conjunto del Imperio, al menos en sus zonas fronterizas, desempeñaba también un papel en la promoción de los simples particulares.

19. Véase parte III, cap. II, n. 113.
20. P. Collart, *Bull. Corr. Hel.*, LVII, 1933, pp. 321-324.
21. *Corpus inscr. lat.*, V, n.° 5.267, IX, n.° 5.363; *L'Année épigraphique*, 1931, n. 36.
22. Véase cap. anterior, p. 316.
23. P. Le Roux, *L'armée des provinces ibériques*, 1982.

Los modos de vida

Por otra parte, entre civiles y militares pueden observarse vínculos más numerosos y complejos: el derecho y las instituciones no lo explican todo. En efecto, unos y otros compartían un mismo género de vida, pero con ciertos matices: en primer lugar, los soldados rasos pertenecían a la plebe y adoptaban sus gustos; por otra parte, la práctica de su oficio les llevaba a primar algunos aspectos del mundo de su tiempo, a preferir ciertas actividades y maneras de pensar.

Esas similitudes y diferencias se evidenciaban en la elección del tiempo libre (algo tan importante para los militares, como ya se ha dicho; y, si no, ¡piénsese en el papel del *lixa*!): estos últimos se distraían a la manera de los demás plebeyos, pero poniendo el acento en los aspectos menos refinados y más brutales de los espectáculos. Apenas se encuentran teatros en la proximidad de los campamentos y, sin embargo, sobre los escenarios no sólo se representaban obras con pretensiones intelectuales. Por el contrario, las cacerías y los combates de gladiadores atraían a los legionarios, hasta el punto de que en ocasiones se encontraban dos anfiteatros[24] en las ciudades provistas de guarnición, como en el caso de *Aquincum* (Budapest) y *Carnuntum* (Petronell), en Panonia. Por otra parte, debemos recordar que esas construcciones se dedicaban también a finalidades profesionales, realizar la instrucción. Los baños ofrecían otra válvula de escape muy buscada, hasta el punto de que todos los grandes campamentos acabaron por contar con termas[25] en el interior del recinto.

Las mentalidades colectivas

Las semblanzas y las diferencias entre los militares de graduación y los plebeyos se evidenciaban también en las mentalidades colectivas,[26] conocidas gracias a las inscripciones y a la correspondencia que nos han proporcionado fuentes jurídicas (el *Código Justiniano*), así como papiros egipcios, y también los *ostraka* de Bu Njem, las tabletas de *Vindolanda*, las de *Vindonissa*, o incluso los documentos del *Mons Claudianus* antes mencionados. Allí hemos visto la importancia de la riqueza, de la vida profesional y de la religión. Lo mismo que muchos de sus contemporáneos, los soldados concedían gran importancia a

24. J.-Cl. Golvin y M. Janon, *Bull. Com. Trav. Hist.*, 1976-1978, pp. 169-193.
25. H. von Petrikovits, *Innenbauten*, 1975, pp. 102-104.
26. *Corpus inscr. lat.*, VIII, n.º 17.978; M. Mondini, *Atene e Roma*, 1915, pp. 241-258; G. B. Pighi, *Lettere latine d'un soldato di Traiano*, 1964; L. Hutchthausen, *Mél. W. Hartkes*, 1973, pp. 19-51.

la familia; al igual que cualquiera de las personas del entorno, eran sensibles a los animales, y sabían admirar un buen caballo, aunque sirvieran en la infantería; en fin, apreciaban la buena comida y el vino: «... Durante toda mi vida, he bebido con placer. ¡Bebed, pues, vosotros que estáis vivos!...» Eso aconsejaba en su epitafio[27] un veterano de la V Legión Gallica, enterrado en Antioquía de Pisidia.

Es evidente que los aspectos profesionales ejercían un gran peso sobre los espíritus. En su sepultura, un primipilo anónimo resumía así su vida y sus preocupaciones:[28]

Deseaba tener cadáveres de dacios, y los he tenido.
Deseaba sentarme en un lugar de paz, y me he sentado.
Deseaba conseguir triunfos brillantes, y así ha sido.
Deseaba obtener todas las ventajas financieras del primipilato, y las he obtenido.
Deseaba contemplar la desnudez de las Ninfas, y las he visto.

En ese medio, la promoción y la carrera ocupaban un lugar importante, como también, seguramente, la instrucción y la disciplina, aunque sin duda menos que el dinero, el salario, preocupación permanente para todos. En la inscripción que acabamos de citar queda claro que el acceso al grado de primipilo sólo se concebía vinculado de inmediato a «las ventajas financieras» (con esa expresión traducimos en el texto la palabra latina *commoda*). Y como la promoción tenían que avalarla los jefes, que debían velar también por que no se descuidase el servicio, los rangos ejercían un peso importante sobre las mentalidades. Era preciso saber apreciarlos, y hacérselo saber, en ocasiones no sin adulación, como muestra esta inscripción hallada en Egipto: «¡Viva el decurión Caesius! ¡Es un valiente! Todos nosotros, compañeros de armas, puestos bajo su responsabilidad, se lo agradecemos.»[29] Por otra parte, es suficiente echarle un vistazo a una muestra de epigrafía para comprobar hasta qué punto se veneraba al comandante supremo del ejército romano, el emperador.

Los soldados pertenecían, pues, al medio de los plebeyos, y, poco a poco, llegamos a delimitar con mayor precisión el lugar que ocupaban en la sociedad. Existían matices que traducían las diferencias entre los distintos tipos de unidades. Esos hombres, en aquella situación relativamente fácil gracias a los salarios, estaban además bastante bien romanizados, incluso aunque prefirieran los aspectos más bru-

27. *Corpus inscr. lat.*, III, n.os 6.824 y 6.825.
28. *Bull. Com. Trav. Hist.*, 1928-1929, p. 94, n.º 2.
29. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.º 2.609.

tales y menos refinados de la civilización del Alto Imperio: el latín, el anfiteatro y la vida militar marcaban su vida cotidiana. En cuanto a la mentalidad, no podemos descuidar aquello que constituía lo más esencial: la piedad.

La vida religiosa

Los romanos se autoproclamaban el pueblo más piadoso del mundo, y era esa actitud, esa *pietas*, la que explicaba la facilidad de sus conquistas y las justificaba.[30] La guerra no puede analizarse separada de la religión;[31] H. Le Bonniec[32] había mostrado esos vínculos en un artículo ya clásico, pero su análisis, evidentemente breve, se interesa sobre todo por la época republicana. El gusto por las armas y la preocupación por los dioses constituían, junto con el derecho y el respeto por la tierra, los cuatro elementos más conocidos y más importantes de las «mentalidades colectivas» ya estudiadas. Ese estado se remontaba de hecho a una época anterior, quizá a los orígenes de Roma, y esos elementos diversos han ejercido su influencia unos sobre otros: el derecho militar romano, especialmente a través de las nociones de disciplina y de juramento, se hallaba en su totalidad impregnado de religión.[33]

Los fieles

La historia de la religión romana ha descuidado muy a menudo el elemento humano, los fieles, y no ha sido hasta muy recientemente que M. Le Glay ha llamado la atención sobre ese tema.[34] Se plantean de entrada dos cuestiones, y la primera de ellas es la siguiente: ¿quiénes eran?

El papel de los oficiales y de la colectividad

Los militares reaccionaban en función de su género de vida, es decir, respetando el principio de la jerarquía y comportándose como cuerpo constituido. Raramente, una persona a título personal ofrecía

30. Onesandros, IV.
31. H. von Domaszewski, *Aufsätze zur röm. Heeresgeschichte*, 1972, pp. 81-209; E. Birley, *Aufstieg u. Niederg. röm. Welt*, II, 16, 2, 1978, pp. 1.506-1.541; J. Helgeland, *ibid.*, pp. 1.470-1.505; Y. Le Bohec, *La III*e *Légion Auguste*, 1989, pp. 548-572.
32. H. Le Bonniec, en J.-P. Brisson, *Problèmes de la guerre à Rome*, 1069, pp. 101-115.
33. J. Vendrand-Voyer, *Normes civiques et métier militaire*, 1983, pp. 28-42.
34. M. Le Glay, *Saturne africain*, 1966, p. VI.

una consagración; el simple soldado no se conducía como un individuo aislado, especialmente a principios del Imperio —en el siglo III se aprecia una cierta evolución en ese tema—, sino como un elemento del grupo. Merece citarse aquí una inscripción que ha escapado a la atención de numerosos investigadores, pues muestra cómo se desarrollaba un acto de piedad colectiva. El documento se encontró en un pozo del Gran Campamento de Lambese, en Numidia, y procedía de un legionario que había tomado la iniciativa: «Los hombres piadosos que quieran entregar su óbolo a Esculapio no tienen más que ponerlo en este tronco; con ello, se hará una ofrenda a Esculapio.»[35] Este personaje anónimo había expuesto el texto cerca de un tronco durante algún tiempo; sus compañeros ponían una moneda cada uno, y sin duda grababan su nombre al lado. Cuando la escudilla estaba llena, el devoto de Esculapio adquiría un altar o una estatua, o cualquier otra cosa, y hacía grabar una inscripción mencionando el nombre del dios y de los diferentes donantes.

Pero el ejército mostraba lo mejor de sí mismo en ese campo siguiendo la vía oficial. Hemos visto anteriormente que cada unidad incluía una verdadera estructura clerical, que incluía un arúspice, un sacrificador, etc. Un estudio reciente[36] ha demostrado que el primipilo desempeñaba aquí un papel privilegiado: en particular, aseguraba la protección de los estandartes, que eran sagrados, y recibía la responsabilidad de hacer grabar las dedicatorias oficiales. Además, eran los comandantes de las unidades los que aparecían más a menudo en las inscripciones religiosas; es cierto que aún más a principios del Imperio que en el siglo III.

La percepción de lo divino

Otra cuestión que se nos plantea es la de saber cómo percibían los soldados lo divino. Después de lo que ya se ha dicho, sería imposible creer que, formando parte del servicio, la religión no afectara a las sensibilidades. Es evidente que las impregnaba, pero con la intermediación de la jerarquía, pues se la percibía más como una obligación colectiva que individual.

En primer lugar, los soldados percibían lo divino como cualquier otra persona de su tiempo, a través de seres abstractos, los *numina*, y a través también de un panteón antropomorfo. Sin embargo, y debido a los peligros a que les exponía su oficio, buscaban a veces una protección individual. Quizá más que los civiles, recurrían a los

35. *Bull. Com. Trav. Hist.*, 1907, p. 255.
36. J. Kolendo, *Archeologia*, XXXI, 1980, pp. 49-60.

«sincretismos de asociación»,[37] es decir, unían dioses a dioses para reforzar la eficacia de sus plegarias: «A Júpiter, el más bueno y más grande, a Juno, a Minerva, a Marte, a la Victoria, a Hércules, a la Fortuna, a Mercurio, a la Felicidad, a la Salud, a los Destinos, a las divinidades del campo de maniobras, a Silvano, a Apolo, a Diana, a Epona, a las Madres Sulevias y al Genio de la guardia de corps del emperador...»[38] La fórmula más segura era la de dirigirse «a todos los dioses y a todas las diosas», pues de esa manera se tenía la certeza de no olvidar a nadie. Por otra parte, los epítetos empleados muestran también esa originalidad: ciertamente, los dioses son buenos (*boni*) y hospitalarios *(hospites)* y garantizan la salud *(salutares)*, como dirían los civiles, pero son también compasivos *(iuuantes)*, defienden *(fautores)* y preservan del mal *(conseruatores)*.

Esos múltiples poderes testimonian la omnipotencia de sus poseedores, que se manifiesta permanentemente a través de milagros. Estamos aquí también ante un aspecto muy importante y muy descuidado de la religión romana: la divinidad es activa y los hombres pueden constatarlo. Muchas inscripciones se han grabado como consecuencia de una aparición *(ex uisu)* o de una orden *(iussu, monitu)*. Los fieles dirigían sus peticiones, que eran atendidas, y debían a continuación satisfacer sus votos, como nos lo muestran fórmulas muy repetidas y a las que los epigrafistas no prestan atención (*ex uoto, uotum soluit libens merito* o *animo* = *VSLM* o *A*). Antes hemos citado a aquel primipilo anónimo que tuvo la fortuna de «ver a las Ninfas desnudas». Cuando Adriano llegó a África para realizar la inspección de las tropas, en el año 128, su sola presencia provocó un primer «milagro de la lluvia».[39] Ese fenómeno se repitió en circunstancias dramáticas, durante las campañas germánicas de Marco Aurelio, donde además intervino entonces un «milagro del rayo».[40]

Para los militares, la noción de sagrado adquiría también una dimensión espacial: el mundo romano poseía fronteras que estaban colocadas bajo la protección de los dioses. Se conoce muy bien en el caso del *pomoerium*, límite sagrado de la ciudad en la época republicana. Bajo el Imperio, ese valor sufrió una transferencia, pues también se aplicó al *limes*, a la zona fronteriza que era bastante más que una barrera militar y que poseía también un valor jurídico y religioso: cuando los bárbaros la franqueaban, cometían un sacrilegio y se

37. M. Le Glay, en *Les sincrétismes dans l'Antiquité*, 1975, pp. 148-149.
38. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 2.181.
39. Compárese *Corpus inscr. lat*, VIII, n.ºs 2.609 y 2.610, con *Historia Augusta, Adr.*, XXII, 14.
40. Columna Aureliana, n.ºs XI y XVI; Dion Casio, LXXI, 9-10 (véase también, LX, 9).

exponían a la cólera de los dioses de Roma. Esa complejidad la han revalorizado D. J. Breeze y B. Dobson en un libro dedicado al muro que Adriano hizo construir en Britania.[41]

Por tanto, el Imperio se hallaba protegido igualmente por una milicia celeste.

Los ritos

Para satisfacer a esas potencias, los soldados celebraban varios ritos.

Los ritos cívicos

Algunos ritos los practicaban todos los hombres libres de aquella época. Se trata de los ritos cívicos; en ese caso, los militares se comportaban como todos los plebeyos, pero con las dos matizaciones de que hemos hablado anteriormente y que volvemos a encontrar aquí. Por una parte, a menudo las ofrendas eran una obra colectiva: es esta o aquella unidad la que ofrece una estatua, un altar, un monumento de culto cualquiera o un templo, y los salarios permitían darle una cierta suntuosidad a ese acto. Por otro lado, son normalmente los oficiales quienes ofician en nombre de todos. En la Columna Trajana se observa cómo el emperador inicia cada campaña con una suovetaurilia, sacrificio de un cerdo, un cordero y un toro, que se ejecutaba al son de la música militar y que finalizaba con la inmolación de nuevas víctimas;[42] las mismas escenas se repiten en la Columna Aureliana.[43] En el siglo III, en Dura-Europos, el tribuno Tarentius oficiaba en nombre de los veintitrés hombres de la XX Cohorte de los Palmirianos que se hallaban presentes: hizo quemar algunos granos de incienso, según muestra una pintura; una escena análoga está reproducida en Numidia, en Messad.[44]

Los ritos guerreros

Algunos ritos, aquellos que marcaban el ritmo de las campañas, tenían un contenido exclusivamente militar; existían ya desde la época republicana, pero habían sufrido una inevitable evolución.

41. D. J. Breeze y B. Dobson, *Hadrian's Wall*, 1976, pp. 5 y 233-234.
42. Columna Trajana, n.os 74, 77, y 77-78.
43. Columna Aureliana, n.os XIII, XXX y LXXV.
44. F. Cumont, *Mom. Mém. Acad. Inscr.*, XXVI, 1923; G.-Ch. Picard, *Dimmidi*, 1947, p. 167.

Así, la constitución del ejército estaba marcada por un juramento-sacramento *(sacramentum)*,[45] compromiso que vinculaba al soldado al general y al emperador en presencia de los dioses. En los inicios del Imperio, ese acto sufrió una relativa laicización (el *sacramentum* se convierte en un simple *iusiurandum*); después, en el siglo III, el contenido sagrado se reafirmó de nuevo, sin duda bajo los efectos de la crisis, y quizá también por influencia de la competencia monoteísta. Sin embargo, ese movimiento de reacción no dejó de plantear algunos problemas de conciencia a los cristianos que vestían uniforme.[46]

Después, antes de que el ejército penetrara en territorio enemigo, era necesario purificarlo;[47] la ceremonia *(lustratio)* iba acompañada de una suovetaurilia. Ceremonias análogas señalaban igualmente el fin de cada periodo bélico (en la época republicana se practicaba el sacrificio de un caballo en octubre, el *equus october*). Determinados ritos trataban de limpiar de toda mácula el campamento, las enseñas, las armas *(armilustrium)* y las trompetas *(tubilustrium)*.

Los feciales declaraban la guerra y se abrían las puertas del templo de Jano. El planteamiento de una batalla debía obedecer también a cierto número de preceptos. No se podían iniciar las hostilidades en un día nefasto o sin alcanzar el acuerdo de los dioses;[48] se aseguraban ese apoyo mediante la lectura de los auspicios o por el examen de las entrañas de las víctimas.

Si la *euocatio*, el llamamiento a Roma de los dioses del adversario, apenas está atestiguada en el Imperio, perduró, por el contrario, la *deuotio*, aunque siguiendo una evolución. Bajo la República, se trataba del sacrificio supremo consentido por el general cuando se encontraba en situación desesperada; ese oficial se precipitaba en medio de los enemigos que, al darle muerte, elevaban a los dioses una ofrenda para su propia derrota. El emperador Claudio II (268-270) se «sacrificaría» todavía de esa forma por el bien del Estado.[49] Pero, con el Principado, casi no se emplea ni siquiera esa palabra, y el acto, mal comprendido a menudo por quienes lo describen, de alguna manera se «democratiza», puesto que a partir de entonces son soldados rasos quienes ofrendan sus vidas. Flavio Josefo describe de esa forma la ha-

45. Frontino, *Strat.*, IV, 1, 4; S. Tondo, *St. Doc. Hist. Iur.*, XXIX, 1963, y XXXIV, 1968, pp. 376-396; D. Gaspar, *Acta Arch. Hung.*, XXVIII, 1976, pp. 197-203.

46. E. De Backer, *Sacramentum*, 1911; Ch. Pietri, *Mél. Ec. Fr. Rome*, LXXIV, 2, 1962, pp. 649-664; D. Michaelides, *Sacramentum*, 1970; C. Mohrmann, *Mél. J. H. Waszink*, 1973, pp. 233-242.

47. Onesandros, V; Columna Trajana, n.º 7; Columna Aureliana, n.º VI.

48. Onesandros, X, 25-28.

49. Aurelius Victor, XXXIV, 3-6. Véase También Frontino, *Strat.*, IV, 5, 4 (tentativa de *devotio* que aborta), y n. s.

zaña de un militar que se «sacrifica» durante un asedio;[50] pero el historiador, que es judío, no comprende el sentido religioso de ese acto, en el que sólo ve una acción de bravura sin igual: «Un hombre que servía en las cohortes auxiliares, un sirio llamado Sabino, se distinguió: tenía una fuerza y un coraje notables; no obstante, cualquiera que le hubiera conocido antes de ese momento, a juzgar por su físico, tampoco le hubiera tomado por un soldado ordinario: era negro de piel, endeble, descarnado, pero en ese cuerpo, nada pesado y demasiado menudo para la fuerza de que hacía gala, habitaba un alma de héroe. Fue el primero en alzarse: "César —dijo—, te hago el don de mi persona con gozo y seré el primero en poner el pie sobre la muralla. Hago votos para que tu fortuna acompañe mi fuerza y mi voluntad; pero si el destino no ve con buenos ojos mi empresa, sepas que no me sorprenderé por mi fracaso, sino que he elegido deliberadamente morir por ti..." Sabino, avanzando contra los proyectiles y acribillado por los disparos, no se detuvo en su ímpetu antes de haber alcanzado lo alto del muro y de poner al enemigo en derrota... Este héroe, después de haber llevado a cabo su empresa, resbaló y, habiendo tropezado contra una piedra, cayó sobre ella de cabeza... lleno de heridas, dejó caer el brazo y, finalmente, antes de expirar, quedó enterrado por los proyectiles: héroe digno, por su bravura, merecedor de mejor suerte, pero cuya muerte se halla relacionada con su empresa.»

Cuando, finalmente, el éxito había coronado la acción de las armas romanas, convenía honrar a los dioses. Se les daba las gracias de inmediato, mediante una especie de «Te Deum».[51] Después, se enterraba a las víctimas[52] celebrando todos los ritos tradicionales: el culto a los muertos formaba una parte integral del paganismo. A continuación, los vencedores dejaban sobre el campo de batalla un trofeo.[53] Ese monumento, de origen griego e introducido tardíamente en Roma, estaba constituido por un maniquí equipado como un soldado, que domina sobre un montón de armas arrebatadas a los vencidos o no (lám. XXXVIII, 40a). Esa ofrenda se podía perennizar fundiéndola en bronce o esculpiéndola en mármol. A partir de Sila, las divinidades a las que se tenía mayor devoción fueron Venus, Marte y la Victoria. Augusto puso el acento en la Victoria, vinculada a la Fortuna-Tiché, que revelaba el carisma imperial, el Genio de Augusto. Trajano regresó a la ortodoxia republicana: la Victoria es un don de la Virtud, la devoción. Durante la crisis del siglo III, los dioses quedaron olvidados ante

50. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 1, 6 (54-66).
51. Onesandros, XXXIV.
52. Onesandros, XXXVI.
53. G.-Ch. Picard, *Les trophées romains*, 1957.

el absolutismo imperial, y se consagraron menos trofeos. El más impresionante de ellos fue erigido por Trajano en Adam-Klissi. Descansa sobre un zócalo circular y conmemora la venganza que el soberano ha cobrado sobre los dacios, los roxolanos y los bastarnos. Pueden verse otros en la Columna Trajana y en la Aureliana, donde se hallan acompañados por la Victoria.[54]

Y eso no es todo. En la República, los soldados podían darle las gracias a un general que les hubiera mandado bien, aclamándolo como «*imperator*» la misma tarde de la batalla. Si, después de una investigación, el Senado ratificaba aquella decisión, el vencedor tenía derecho al triunfo.[55] No es seguro que durante el Imperio se hayan seguido siempre estas reglas y, en cualquier caso, Augusto se apropió rápidamente y para su único provecho del beneficio de esa ceremonia.[56] El triunfo, organizado por un curador,[57] era una celebración religiosa que formaba parte de la categoría de las procesiones. El general victorioso constituía el elemento esencial, pues encarnaba a Júpiter: subido en un carro, se le revestía con una túnica púrpura, puesta bajo una toga sembrada de estrellas doradas; llevaba en las manos un cetro coronado por un águila y un ramo de laurel; portaba en la frente una corona hecha con hojas de la misma planta, y un esclavo pequeño, situado tras él, llevaba otra corona, ésta de oro, repitiendo, a fin de no provocar los celos del verdadero Júpiter, que no era más que un hombre. Con este nuevo héroe, marchaban los senadores y los soldados, quienes debían burlarse de su jefe para rebajar la envidia que podrían llegar a sentir los dioses (a César se le dijo, por ejemplo, lo siguiente: «Hombre de todas las mujeres, mujer de todos los hombres.»). A continuación seguían también el botín y los vencidos, en persona o representados por símbolos, así como las víctimas del sacrificio. En el fondo, esta procesión, que partía del Campo de Marte y pasaba por el Foro antes de llegar al Capitolio, estaba orientada por entero a la inmolación de aquéllas.

Poseemos numerosas descripciones de triunfos. El celebrado por Germánico en el 18 dC. recordaba la humillación de los germanos.[58] Pero el más interesante y conocido sea quizá el esculpido en el arco de Tito que domina el Foro romano: recuerda la derrota de los judíos, simbolizada por la presencia, en medio del botín, del famoso candelabro de siete brazos[59] (lám. XXXIX, 40), tomado del templo de Jerusalén.

54. Columna Trajana, n.º 58; Columna Aureliana, n.º LV.
55. Dion Casio, *Frag.*, VIII; H. S. Versnel, *Triumphus*, 1970; V. A. Maxfield, *Military Decorations*, 1981, pp. 101-109.
56. Suetonio, *Aug.*, XXV, 4.
57. *Corpus inscr. lat.*, XIV, n.º 2.922.
58. Tácito, *An.*, II, 41, 2-4.
59. Flavio Josefo, *G. I.*, VI, 8, 3 (387-388), y 9, 2 (417).

Esa ceremonia confería a su celebrante un carisma importantísimo. El último particular en recibir ese honor fue Cornelio Balbo, en el 19 aC. Después, el triunfo quedó reservado a los emperadores y a los miembros de su familia, aunque el soberano no hubiera estado presente en el campo de batalla, pues eran el Genio y el *Numen* del príncipe los que habían asegurado la victoria. En cuanto a los buenos generales, tuvieron que consolarse con los ornamentos triunfales.[60]

El calendario

Esas celebraciones sólo tenían lugar en tiempos de guerra. Pero los soldados no debían olvidar a los dioses cuando reinaba la paz. En Dura-Europos se ha encontrado el calendario de la XX Cohorte de los Palmirianos.[61] El texto de ese papiro fue redactado entre el 224 y el 235, sin duda entre el 225 y el 227, y se halla incompleto (faltan fundamentalmente los tres últimos meses del año). A los militares les conciernen particularmente tres clases de festividades: del emperador, del Estado y del ejército.

El calendario militar de Dura-Europos

Fechas romanas	*Fechas cristianas*	*Celebraciones y observaciones*
Calendas de enero	1 enero	?
3.er día de las nonas de enero	3 enero	Votos
7.º día de los idus de enero	7 enero	Licenciamiento *(missio)* y entrega de salarios
6.º (?) día de los idus de enero	8 (?) enero	Aniversario *(natalis)* de una diosa anónima
3.er (?) día de los idus de enero	11 (?) enero	Aniversario de L. Seius, suegro del emperador
9.º día de las calendas de febrero	24 enero	Aniversario del *diuus* Adriano
5.º día de las calendas de febrero	28 enero	Victoria del *diuus* Severo y acceso al poder *(imperium)* del *diuus* Trajano
Vísperas de las nonas de febrero	4 febrero	Acceso al poder del *diuus* Caracalla
Calendas de marzo	1 marzo	Aniversario de Marte victorioso
Nonas de marzo	7 marzo	Acceso al poder del *diuus* Marco Aurelio y del *diuus* L. Vero

60. Suetonio, *Tib.*, IX, 4, *Cl.*, XXIV, 5 y XXVI, 3; Tácito, *An.*, IV, 26 y 46, XI, 20.

61. R. O. Fink, A. S. Hoey y W. F. Snyder, *Feriale Duranum*, *Yale cl. St.*, VII, 1940; A. D. Nock, *Harvard Th. Rev.*, XLV, 1952, pp. 187-252.

El calendario militar de Dura-Europos (continuación)

Fechas romanas	*Fechas cristianas*	*Celebraciones y observaciones*
3.er día de los idus de marzo	13 marzo	Alejandro Severo es aclamado *Imperator*
Víspera de los idus de marzo	14 marzo	Alejandro Severo se convierte en Augusto, padre de la patria y sumo pontífice
14.° día de las calendas de abril	19 marzo	Quincuatrías (fiestas en honor de Minerva)
Víspera de las nonas de abril	4 abril	Aniversario del *diuus* Caracalla
5.° día de los idus de abril	9 abril	Acceso al poder del *diuus* Septimio Severo
3.er día de los idus de abril	11 abril	Aniversario del *diuus* Septimio Severo
11.° día de las calendas de mayo	21 abril	Aniversario de la Ciudad de Roma
6.° día de las calendas de mayo	26 abril	Aniversario del *diuus* Marco Aurelio
Nonas (?) de mayo	7 (?) mayo	Aniversario de la *diua* Maesa
6.° día de los idus de mayo	10 mayo	*Rosalia signorum* (fiesta de los estandartes); véase 31 de mayo
4.° día de los idus de mayo	12 mayo	Juegos en el circo en honor de Marte
12.° día de las calendas de junio	20 mayo	El *diuus* Septimio Severo aclamado *Imperator*
9.° día de las calendas de junio	23 mayo	Aniversario de Germánico
Víspera de las calendas de junio	31 mayo	*Rosalia signorum* (véase 10 de mayo)
5.° día de los idus de junio	9 junio	Fiesta de Vesta
6.° (?) día las calendas de junio	26 (?) junio	Alejandro Severo recibe el título de César y toma la toga viril
Calendas de julio	1 julio	Alejandro Severo designado para su primer consulado
4.° (?) día de las nonas de julio	4 (?) julio	Aniversario de la *diua* Matidia, sobrina de Trajano
6.° día de los idus de julio	10 julio	Acceso al poder del *diuus* Antonino Pío
4.° día de los idus de julio	12 julio	Aniversario del *diuus* César
10.° día de las calendas de agosto	23 julio	Fiesta de Neptuno
Calendas de agosto	1 agosto	Aniversario del *diuus* Claudio y del *diuus* Pertinax
Nonas de agosto	5 agosto	Juegos en el circo en honor de Salus

El calendario militar de Dura-Europos (continuación)

Fechas romanas	*Fechas cristianas*	*Celebraciones y observaciones*
[...] de las calendas de septiembre	14-28 agosto	Aniversario de la emperatriz Mamaea
Ídem	15-28 agosto	?
Ídem	16-30 agosto	Aniversario de la *diua* Marciana, hermana de Trajano
Víspera de las calendas de septiembre	31 agosto	Aniversario del *diuus* Cómodo
7.° (?) día de los idus de septiembre	7 (?) septiembre	Entrega del salario
14.° día de las calendas de octubre	18 septiembre	Aniversario del *diuus* Trajano (¿y acceso al poder del *diuus* Nerva?)
13.° día de las calendas de octubre	19 septiembre	Aniversario del *diuus* Antonino Pío
12-10.° (?) día de las calendas de octubre	20-22 septiembre	Aniversario de la *diua* Faustina
9.° día de las calendas de octubre	23 septiembre	Aniversario del *diuus* Augusto
16.° día de las calendas de enero	17 diciembre	Fiesta de Saturno

El panteón de los soldados

Ya sean ritos bélicos o festividades simplemente militares, esas diversas celebraciones priman a las deidades oficiales. El estudio del panteón honrado por los soldados confirma esa tendencia; estos últimos se comportaban en ese campo como todos los habitantes del Imperio, sus héroes[62] y dioses eran los mismos que los de sus coetáneos, salvo en un punto: dedicaban una mayor atención, más interés (y eso es perfectamente normal), a las potencias susceptibles de protegerles en el ejercicio de su difícil tarea. Precisemos también desde ahora —aunque deberemos volver sobre ello— que los hombres que servían en los *numeri* conservaban una religiosidad de un carácter nacional más marcado.

Los dioses militares de tradición romana

Los combatientes esperaban una particular protección de un conjunto de potencias llamadas «dioses militares»,[63] *dii militares*, que les

62. Dion Casio, LXXVII, 16; M. Henig, *Britannia*, I, 1970, pp. 249-265.
63. *Corpus inscr. lat.*, III, n.° 7.591 (A. von Domaszewski, *Aufsätze*, 1972, p. 99), y H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 2.320.

asistían en su vida cotidiana, en particular en el campo de maniobras,[64] y más aún en las batallas.[65] Podemos distinguir aquí cuatro grupos principales: grandes dioses, principios divinizados, Genios y enseñas.

Cuando se trata de grandes dioses antropomorfos es necesario recordar de entrada que todos, o casi todos, ejercían dos funciones principales: procuraban alimento y seguridad. Así sucede con la Tríada Capitolina, la *poliade* (protectora de la Ciudad) en Roma, cuyo jefe, Júpiter, llevaba diversos epítetos que evocaban su papel: el más antiguo en la *Vrbs*, el de *stator*, recordaba que era él quien detenía a los enemigos; como *depulsor* rechazaba al adversario (en particular, las tropas de Panonia le reconocían ese mérito); era también valiente, *ualens*, notablemente en el ejército de África, lo que le acercaba al Balidir local; como *conseruator* protegía la patria. Si su hermana y esposa, la reina Juno, era menos venerada en los campamentos, su hija Minerva, se ganaba los votos de los empleados de la contabilidad y de los trompetistas que hacían resonar los instrumentos de metal.[66] Otro dios, Silvano, poseía una naturaleza campestre en la tradición italiana, pero más militarizada para las tropas de Panonia, entre las que recordaba a Vetiri, y también entre las que ocupaban África; su éxito se extendió a los pretorianos, que le pusieron como apelativo el de *castrensis*.

En esta lista había algunos de los grandes dioses que más consideración habían alcanzado, por ejemplo, Jano, quien desde siempre ayudaba a los romanos en los combates y que no sería olvidado en el Alto Imperio; antes de un conflicto era conveniente abrir las puertas de su templo, con el fin de que pudiese presentarse en el campo de batalla; no se volvían a cerrar hasta que se alcanzaba la paz. De igual manera, Venus aseguraba la victoria, ella misma era la Victoria. No obstante, el más reverenciado era Marte, que, maestro de armas, dirigía también el servicio militar *(militiae potens)*; vigilaba el campo de maniobras, momento en que se le denominaba *campester*.[67] En Britania, donde había tomado el lugar de un dios indígena, se decía simplemente que era *militaris*. Y, para todos, era *Gradiuus*, antiguo epíteto que insistía en su carácter guerrero. No obstante, quedó algo desdibujado, notablemente en el siglo III, ante un semidiós, el Hércules grecorromano, favorito de Cómodo y patrón de Lepcis Magna, la ciudad de Septimio Severo y de Caracalla. Hércules obtuvo gran difusión entre los ejércitos de Germania, donde les recordaba a Donar —en los del Danubio— en África y también en Roma, entre los pretorianos y los *equites singulares Augusti*.

64. Véase parte II, cap. IV, p. 159.
65. Columna Trajana, n.os 18 y 27.
66. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.° 2.584.
67. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 4.083.

Añadamos, finalmente, que los lares, protectores de las encrucijadas y los recintos domésticos, también fueron calificados de *militares*.[68]

Una de las particularidades de la religión romana consistía en reservar un buen lugar en su panteón a abstracciones divinizadas (los griegos han conocido esa práctica, pero le han concedido menor importancia). Las inscripciones y las monedas las mencionan a menudo. La más importante de esas potencias fue la Victoria, representada bajo la apariencia de una mujer alada que tiende una corona. Iba en muchas ocasiones flanqueada por dos trofeos,[69] monumentos consagrados, en numerosos casos, como ya hemos visto, a la tríada Marte-Venus-Victoria;[70] a veces, sólo se la asociaba con Marte.[71] En las inscripciones conviene distinguir la Victoria Augusta *(Victoria Augusta)*, divinidad emparentada con la persona imperial, de la Victoria de Augusto o de los Augustos *(Victoria Augusti o Augustorum)*, que recordaba el papel desempeñado por el o los soberanos en un éxito de las armas romanas. Antes de la batalla se suplicaba a esta diosa, y se le daban las gracias después. Pero la Victoria no iba sola; podía hacerse acompañar por el Feliz Desenlace (*Bonus Euentus*) y sobre todo por la Fortuna[72] *(Fortuna)*. El nombre de esta última divinidad no debe tomarse en el sentido moderno del término, y de ninguna manera en su significado financiero: se trataba del azar, del destino, honrado hasta alcanzar su punto máximo en el Oriente mediterráneo de la época helenística bajo el nombre de Tyché. Los soldados colocaban de buen grado sus estatuas en los límites de los campamentos.

La Victoria y la Fortuna manifestaban la omnipotencia de los dioses; otros principios insistían en el papel desempeñado por los humanos. A propósito de la instrucción,[73] hemos visto anteriormente el doble significado de *Disciplina*, «ciencia» y «obediencia»; se acuñaban monedas en su honor (lám. XXXVIII, 39) y se le ofrecían altares. Esa Disciplina no podía adquirirse sin la Virtud, que era la característica del hombre (el *uir*, el ser «viril»), es decir, el servicio del Estado bajo sus dos formas, civil y militar, implicando así el «coraje», otra acepción del término. Los militares debían asimismo tener Piedad *(Pietas)* para obtener la Victoria; y no se olvidaban de añadirla a su panteón.

El Honor *(Honos)* representaba la última abstracción importante que nos quedaba por señalar. Esa palabra, muy rica también en significado, designaba en primer lugar una actitud individual, el respeto a un código de conducta, como se practicaba en la Francia del siglo XVII.

68. *Corpus inscr. lat.*, III, n.º 3.460.
69. Ref. n. 55.
70. G.-Ch. Picard, *Les trophées romains*, 1957.
71. H. Dessau, *Inscr. lat. sel.*, n.º 2.585.
72. Onesandros, *Pr.*, 6.
73. Parte II, cap. IV, p. 147.

Pero, más a menudo, expresaba la gloria vinculada al ejercicio de una función o al trato con un personaje de alto rango o con un ser divino; así, en las legiones, los primipilos celebraban el *Honos Aquilae*, el Honor del Águila, emblema y símbolo sagrado de la unidad.[74]

Y eso no es todo. A los dioses antropomorfos y a los principios venía a añadirse una tercera categoría de protectores: se trataba de los Genios, seres bastante análogos a los ángeles de la guarda del catolicismo. Se les puede clasificar en dos grandes categorías. Unos ejercían una función «topográfica»; se hallaban vinculados a edificios y, sobre todo, al campamento,[75] que era un espacio sagrado,[76] inaugurado con un sacrificio, una suovetaurilia celebrada al son de la doble flauta,[77] así como a la vivienda del general, el pretorio o el *augural*.[78] Otros Genios[79] velaban por el hospital, los almacenes, los depósitos de archivos, los locales de los colegios (escuelas) y la tribuna del legado. Fuera de los campamentos se conocen otros que protegían los puestos de policía *(stationes)* y los campos de maniobras *(campi)*, donde estaban asociados con los *dii campestres*. Otros genios se hallaban vinculados, no a lugares, sino a grupos humanos,[80] y en primer lugar a los soldados en general. Así aparecen testimonios de los Genios de los soldados, de la legión, de la cohorte, de la centuria y de los *principales*, así como, entre los auxiliares, del ala, de la cohorte, del *numerus*, de la turma y de la centuria, sin olvidar, en Roma, los de los *frumentarii* y de los *equites singulares Augusti*. Y esta lista no pretende ni mucho menos ser exhaustiva.

En cualquier caso, conviene no olvidar un último culto típicamente militar, el de las enseñas, de las que se celebraban los aniversarios,[81] y que se hallaban depositadas en una capilla, la *aedes signorum*, situada en el centro de los *principia*, la zona central del campamento, donde descansaban al lado de la imagen (¿o imágenes?) del emperador (¿o de los emperadores?). Particularmente, al águila de la legión[82] se la honraba con ocasión de su aniversario, el *natalis aquilae*, y a través de su *Honos*, según acabamos de ver. A los *signa* se les festejaba y se les cubría de flores en los *Rosalia*, así como a los *uexilla*. Cada águila de la legión era portadora de símbolos que se mos-

74. P. Herz, *Zeits. Papyr. Epigr.*, XVII, 1975, pp. 181-197.
75. *Corpus inscr. lat.*, VI, n.° 230.
76. Tácito, *H.*, IV, 58, 13.
77. Columna Trajana, n.os 7 y 37.
78. Tácito, *An.*, II, 13, 1.
79. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 2.634, III, n.° 1.019, y *L'Année épigraphique*, 1898, n.° 12, (a título de ejemplo).
80. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 5.083, III, n.os 1.646 y 15.208, VI, n.os 227 y 234; H. Dessau, *Inscr. lat, sel.*, n.° 2.180 (también aquí a título de ejemplos).
81. *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 2.556.
82. *Talmud de Babylone, Pesahim*, 87, b; *Corpus inscr. lat.*, II, n.° 2.552.

traban en esas celebraciones. Las monedas acuñadas en la crisis del siglo III muestran que la elección de esos emblemas quizá fue variando; pero pueden utilizarse otras fuentes para conocerlos mejor.

Los emblemas de las legiones[83]

Unidades	*Siglos I y II*	*Galieno*	*Victorino*	*Carausio*
I *Adiutrix*	Capricornio	Capricornio	—	—
	Pegaso	Pegaso	—	—
I Itálica	Jabalí	Jabalí	—	—
	Toro	Toro		
	Bos marinus	—	—	—
I Minervia	Minerva	Minerva	Carnero	Carnero
	Carnero	—	—	—
I *Adiutrix*	Capricornio	Capricornio	—	—
II *Adiutrix*	Jabalí	Jabalí	—	—
	Pegaso	Pegaso	—	—
II Augusta	Capricornio	—	—	Capricornio
	Pegaso	—	—	—
	Marte	—	—	—
II Itálica	Loba	Loba y gemelos	—	—
	Capricornio	Capricornio	—	—
	Cigüeña	—	—	—
II Parta	Centauro	Centauro		Centauro
II Trajana	Hércules			Hércules
III Augusta	Capricornio	—	—	—
	Pegaso			
III *Gallica*	Toro			
III Itálica	Cigüeña	Cigüeña		
IV Flavia	León	León	León	León
IV Macedónica	Toro	—	—	—
	Capricornio	—	—	—
V Macedónica	Toro	Águila	Toro	—
	Águila	—	—	—
VI *Victrix*	Toro			
VII Claudia	Toro	Toro	—	Toro
	León	—	—	—
VIII Augusta	Toro	Toro	—	Toro
X *Fretensis*	Toro	—	Toro	—
	Jabalí			
X *Gemina*	Toro	Toro	—	—
XI Claudia	Neptuno	Neptuno	—	—
XII *Fulminata*	Rayo	—	—	—

83. Ch. Renel, *Cultes militaires*, 1903, p. 212; A. von Domaszewski, *Aufsätze*, 1972, p. 55; H. M. D. Parker, *Legions*, 1980, pp. 261-263.

Los emblemas de las legiones (continuación)

Unidades	*Siglos I y II*	*Galieno*	*Victorino*	*Carausio*
XIII *Gemina*	León	León	León	—
XIV *Gemina*	Capricornio	Capricornio	Capricornio	—
	Águila	—	—	—
XVI Flavia	León	—	—	—
XX *Valeria*	Jabalí	—	Jabalí	Jabalí
	Capricornio	—	—	—
XXI *Rapax*	Capricornio	—	—	—
XXII *Primigenia*	Capricornio	Capricornio	Capricornio	Capricornio
	Hércules			
XXX *Vlpia*	Néptuno	Neptuno	Capricornio	Neptuno
	Capricornio	—	—	—
	Júpiter	—	—	—

Si a ese catálogo se le añaden los dioses no romanos, sobre los que será necesario volver (piénsese, por ejemplo, en Azizu, llamado *Bonus Puer* en latín y que era una especie de Marte árabe), se puede advertir que el aspecto «profesional» desempeñaba un importante papel en la vida religiosa de los campamentos. Pero creemos que lo más importante se halla en otro lugar; se confirma aquí la tesis expuesta anteriormente: los cultos oficiales y tradicionales ocupaban una plaza sobresaliente en el medio militar.

Los dioses civiles de tradición romana

Esa opinión queda aún mejor ratificada cuando se hace la lista de las divinidades civiles, aquellas cuyo carácter bélico se sitúa en un segundo plano. Encontramos aquí una clasificación parecida a la precedente, con grandes divinidades, abstracciones y Genios. Así está representado todo el panteón del Alto Imperio, ciertamente mejor o peor, con influencias griegas o indígenas cuya profundidad es, en ocasiones, difícil de medir.

Parece, no obstante, que, en época alta, se haya privilegiado una especie de «servicio de salud» divino con Apolo (y en lugar secundario, su hermana Diana). Esculapio le sucedió en los corazones de los legionarios; en Lambese (Numidia), se le erigió un amplio santuario, centro de recepción de numerosos desplazados. Asimismo se elevaban plegarias a la Buena Diosa *(Bona Dea)*, conocida también como Buena Salud, *Hygie* o *Salus*. Y lo mismo que hacían todos los habitantes del Imperio, se utilizaba el valor curativo de las aguas que, por otra parte, estaban divinizadas; en el mismo centro del Gran Campamento de

Lambese existía una Ninfeion, y continuando en esa ciudad, pero fuera del recinto militar, se ofreció un templo a Neptuno y diversas construcciones que atraían a los fieles desde muy lejos.

Un caso específico lo representa el dios itálico Cereo, adoptado especialmente por el ejército de África. Su culto se celebraba con la consagración de un altar cada 3 de mayo, el último día de las Floralias; sin embargo, es Flora[84] la que ha entregado a los hombres la miel y la cera (como nombre común, *cereus* significa «cirio») y es también ella la que le ha dado a Juno una planta mágica que le permitió engendrar a Marte sin la intervención de Júpiter, su marido; esa leyenda explica que se haya establecido un vínculo entre Cereo y el ejército.

Volvemos a encontrar igualmente todas las abstracciones divinizadas honradas por los civiles, así como la diosa Roma, especialmente celebrada en época de Adriano y en Oriente, y también toda clase de Genios vinculados a los lugares por los que pasaban los ejércitos. Y como los soldados servían a menudo lejos de sus ciudades de origen, todos velaban cuidadosamente por rogar a su *deus patrius*, que debía permitirle regresar a casa. Como puede comprenderse, todo eso no tiene nada de original.

El culto imperial

Sin embargo, cuando nos enfrentamos al culto imperial, se nos revelan algunos matices y ciertas divergencias en función de las diferentes clases de unidades. Los pretorianos, que vivían a la sombra del soberano, y los cuerpos menos romanizados, es decir, los auxiliares, mostraban un mayor celo que los legionarios: estos últimos, tanto más orgullosos de su título de ciudadanos, cuanto más tiempo hacía que no eran ya reclutados en la *Vrbs*, parecen haber quedado vinculados a la conservación de la tradición en Italia. Se limitaban a formular votos «por la salud del emperador»,[85] «por la victoria del emperador», y rezaban a Júpiter para que conservara a su soberano *(Iupiter conseruator)*. La voluntad del poder político era por tanto evidente. Una festividad y un juramento celebraban el aniversario del emperador.[86] El busto imperial se encontraba en la capilla de las enseñas, en el centro del campamento, y ese culto lo servía un soldado que le estaba especialmente dedicado, el *imaginifer*. Autorizados por Septimio Severo, los colegios actuaron de esa misma manera y muy a menudo se contempla la intervención de los legados (los soldados no se mostraron

84. Ovidio, *F.*, V, 20 ss.
85. Plinio, *Cartas*, X, 100 (a principios de año).
86. Plinio, *Cartas*, X, 52 y 102.

activos en ese campo más que a partir precisamente de Septimio Severo). En el seno de las legiones, los resultados fueron, por tanto, bastante decepcionantes: no se honraba más que al Genio y al *Numen* («ángel guardián» y «voluntad actuante») del emperador, así como a los *diui* (emperadores divinizados después de su muerte) y a la *domus Augusta* (la «familia del soberano»), sin olvidar a los diversos dioses Augustos. No será hasta alrededor del año 200 cuando la *domus Augusta* se convierte en *domus divina* y se califica al emperador de «maestro» *(dominus noster)*, al menos de forma bastante general, pues ya habían existido precedentes. Y las emperatrices de la dinastía severa se convirtieron en «madres de los campamentos».

Los dioses no romanos

Es evidente que, en los corazones de los soldados, quedaba muy poco espacio para los dioses no romanos. Sólo aquellos militares que servían en los *numeri* más bárbaros conservaron un vínculo claro con los cultos de sus ancestros: por ejemplo, los palmirianos veneraban en todas partes a Malagbel y a Hieróbolo, tanto en Dura-Europos[87] como en Numidia, en El-Kantara como en Messad,[88] y los hemesenios celebraban el culto al Sol allí donde se encontraran. Es cierto que otras clases de unidades hacían manifestaciones de piedad ante divinidades exóticas; por ejemplo, los *equites singulares Augusti* veneraban a las *Matres*, a los *Suleuiae*, a Silvano, a Apolo y a Diana, calificados de *dii patrii*, habiéndose relacionado las inscripciones tracias del Esquilino con los pretorianos. En cuanto a los ilirios, honraban a Silvano.

Por lo que se refiere al resto, los dioses no romanos podían clasificarse en dos grandes grupos. Unos pertenecían a los fondos indígenas de las diversas provincias y, aparentemente, no son demasiado numerosos, pero es difícil estimar con exactitud su importancia, pues se camuflan por la práctica de la *interpretatio romana*, que consistía en latinizar sus nombres. Esta mediocridad puede comprobarse en África, donde los legionarios no han legado más que una inscripción honrando a Saturno, otra para su hermana y esposa Caelestis, y alguna más para las *Cereres*. Los *dii Mauri* obtuvieron un éxito algo mayor en Mauretania, así como las divinidades bretonas cerca del Muro de Adriano, donde se erigió un templo en honor de Antenocitius y varios textos conmemoraban a sus semejantes (Veteres, Belatucadrus, Cocidius). En los países de tradición celta se honró a Epona, y en Panonia a Sedatus y Trasitus. Ese apego a los protectores del país en que

87. F. Cumont, *Mon. Mém. Acad. Inscr.*, XXVI, 1923.
88. G.-Ch. Picard, *Dimmidi*, 1947, pp. 159-172.

se encontraban las guarniciones revelaba una tradición muy romana: era necesario ponerse siempre bajo la protección de los dioses locales; cuando un ejército iniciaba una expedición, lo hacía incluso antes de penetrar en territorio enemigo y, tanto en la Columna Trajana como en la Aureliana,[89] se ve cómo el Danubio divinizado vela por las tropas romanas que inician la campaña.

Un segundo grupo de dioses no romanos lo constituyen las divinidades orientales de las que se ha tomado mucho en préstamo; sin duda, es necesario concederles menos importancia de lo que se ha hecho hasta el presente. Señalemos ya desde el principio que son también indígenas en Anatolia, en Siria o en Egipto y que entran, por tanto, en la categoría anterior cuando los encontramos en esas regiones. Así, durante la guerra civil que siguió a la muerte de Nerón, la mañana de una batalla, «a la salida del sol, según la costumbre de Siria, la tercera legión le saludó»:[90] en este caso se trataba de la celebración de un culto local, dedicado al Sol y venerado en Siria, que los soldados que servían en ese territorio honraban aunque se encontraran de operaciones en Italia. Contamos también con pruebas de la vinculación de los hombres de la III Legión Gallica al dios de Hemese.[91] De hecho, los dioses orientales no se difunden de manera significativa en el ejército romano hasta el siglo III, y sedujeron sobre todo en primer lugar a los cuadros. El principal de ellos fue Mitra, el iraní, convertido en Sol invencible; era garante del buen orden del cosmos. Su culto agradaba, pues era en parte concebido como una milicia: el tercero de los siete grados de iniciación daba derecho al título de «soldado (de dios)». Los militares construyeron *mithraea*. Los Júpiter sirios conocieron igualmente un gran éxito. El de Doliché,[92] en Commagene, reforzaba el poder político, pero había sido ignorado por los poderes oficiales. Aquel Ba'al Tarz, de origen hitita, consiguió fieles en Roma, entre los *equites singulares Augusti*, en el Danubio, en el Rin y hasta en Britania. Su culto se hallaba asociado al de las enseñas, a Apolo y a Diana, al Sol y a la Luna. El Júpiter de Heliópolis (Baalbek) era «el Ángel enviado por Bel», y el árabe Azizu, llamado en latín *Bonus Puer*, el «Niño Bueno», recordaba a Marte. Finalmente, procedentes de Egipto, Isis y Serapis se hallaban a menudo vinculados al culto a las aguas.

En resumen, parece que los cultos orientales, de arribada tardía a Occidente, no habían afectado más que a una parte del ejército ro-

89. Columna Trajana, n.° 4; Columna Aureliana, n.° III.
90. Tácito, *H.*, III, 24, 6; Dion Casio, LXV, 14.
91. Herodiano, V, 3, 9 y 12.
92. M. Speidel, *The Religion of Iuppiter Dolichenus in the Roman Army*, 1978.

mano; naturalmente, alcanzaron mayor éxito en el Oriente mediterráneo.

Los sincretismos de acumulación

Nos hubiera gustado decir muchas más cosas sobre un fenómeno muy importante y del que ya hemos hablado anteriormente, pero poco conocido: el de los sincretismos. M. Le Glay[93] los ha estudiado de manera general y sólo el ejército de África[94] ha sido objeto de un inicio de investigación sobre ese tema. Se trataba de una práctica consistente en añadir, unos a otros, un gran número de dioses para reforzar su actividad, según hemos visto en la inscripción citada más arriba.[95] Parece que las series de dioses no se constituían al azar y que se pueden distinguir dos clases de sincretismos. En el primer caso se evidencia un carácter único y dominante, por ejemplo, la guerra: todos los seres divinos citados intervienen en los combates. O, en otro caso, aparecen dos temas importantes, pero siempre vinculados: la guerra y la provincia de la guarnición, la guerra y la patria, la guerra y la salud, etc.

El culto a los muertos

No se puede abandonar un examen del paganismo romano sin recordar el culto a los muertos, especialmente importante para hombres cuya profesión les exponía a una muerte prematura. La *pietas* imponía a los supervivientes la obligación de enterrar a sus compañeros caídos en combate y celebrar los cultos que marcaba la tradición. A continuación debían construir sepulturas coronadas por un monumento funerario o cenotafios, si no se había podido localizar el cadáver. Para quienes morían en el lecho, no parece que el culto haya presentado la menor originalidad, y los soldados se comportaban en ese caso como los civiles. Según hemos visto con anterioridad,[96] en el siglo I los supervivientes ofrecían estelas, altares en el siglo II, y cúpulas en el III, al menos en África. Las tumbas se agrupaban en vastas necrópolis alineadas a lo largo de las rutas que partían del campamento. A lo sumo, podemos señalar que los militares, gracias a sus salarios, podían hacer grabar relieves al lado de las inscripciones que conmemoraban su recuerdo; más ricos aún, los centuriones conseguían incluso hacerse erigir mausoleos.

93. M. Le Glay, en *Syncrétismes*, 1975, pp. 123-151.
94. Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 570.
95. Véase n. 38.
96. Introducción, p. 18 y lám. I.

En resumen, se constata que los soldados, tanto cuando celebraban el culto a los grandes dioses como a los muertos, se comportaban de la misma manera: conservadores, mantenían las tradiciones del paganismo romano.

El cristianismo en el ejército romano

Esa actitud plantea un problema a los historiadores, pues las fuentes cristianas insisten, por el contrario, en la receptividad de los militares ante la nueva fe. En el 174 —y el pagano Dion Casio también creía en ello—,[97] la XII Legión Fulminata habría obtenido de Dios una lluvia milagrosa que salvó al ejército. En la *Apologética*, Tertuliano dice en varias ocasiones que sus correligionarios llenaban los campamentos, y el tratado *Sobre la corona* muestra a un pretoriano que prefiere morir a realizar sacrificios.[98] Numerosos soldados sufrieron persecución a lo largo de todo el siglo III, especialmente con Decio en Egipto y con Galieno en Judea. Pero serían Diocleciano y Maximino quienes aplicarían esa política con mayor rigor, hasta llegar incluso a aniquilar a la «Legión Tebana», contaminada a sus ojos casi por entero.[99]

Esas persecuciones se explican por varios motivos: desde el punto de vista teológico, era imposible llevar a cabo alguna clase de sincretismo entre los dioses del ejército, tan necesarios para mantener la disciplina, y el Dios de los cristianos; por otro lado, estos últimos no podían celebrar ritos idólatras; finalmente, una moral exigente hacía sentir la incompatibilidad existente entre el juramento *(sacramentum)* prestado al Estado y los sacramentos (*sacramentum* tiene también ese mismo sentido), entre la milicia de Cristo y la milicia del emperador; incluso podía llegar a prohibírseles verter sangre, de tal manera que ciertos historiadores han visto en ellos a «objetores de conciencia»[100] y desertores;[101] algunos escritores han acusado incluso a este movimiento de haber causado el hundimiento de las defensas del Imperio y permitido las invasiones germánicas.

De hecho, los Padres de la Iglesia y la apologética antigua exageraron. Sólo una minoría herética, influida por el montanismo,[102] buscó el martirio. No sería hasta más tarde cuando el cristianismo penetraría en el ejército romano. La debilidad de esa penetración ha que-

97. Dion Casio, LXXI, 9-10.
98. Y. Le Bohec, *Bull. Com. Trav. Hist.*, 1984, p. 50.
99. L. Dupraz, *Les passions de s. Maurice d'Agaune*, 1961.
100. P. Siniscalco, *Massimiliano: un obiettore di coscienza*, 1984.
101. E. Beurlier, *Les chrétiens et le service militaire*, 1892; véase n. 31 (J. Helgeland).
102. L. De Regibus, *Didaskaleion*, II, 2, 1924, pp. 41-69.

dado establecida para el pretorio,[103] así como para Britania[104] y África;[105] puede ser que Oriente conociera una situación ligeramente distinta. De hecho, los soldados se colocaban de buen grado del lado de los perseguidores.

Conclusión

En la sociedad del Alto Imperio, el ejército desempeñó, por tanto, el papel de fuerza conservadora. Difundió la romanización y practicó el paganismo con un espíritu muy tradicional.

Ciertamente, conviene distinguir las dos partes del Imperio, Oriente y Occidente; en el este de la cuenca mediterránea, el griego se utilizaba a menudo más que el latín, o le acompañaba o le sustituía, pero su presencia fue menos profunda en el seno del ejército que entre los civiles.

Es preciso asimismo valorar la capacidad evolutiva del proceso: ese papel desempeñado respecto a la romanización y la tradición exigía la voluntad de no aceptar más que un reclutamiento de calidad. Esa política no podía aplicarse sino al precio de una inversión importante. Y la crisis del siglo III trastocó todo el antiguo orden financiero.

103. M. Durry, *Mél. J. Bidez*, 1956, pp. 85-90.
104. G. R. Watson, en *Christianity in Britain*, 1968, pp. 51-54.
105. Y. Le Bohec, *op. cit.*, n. 94, p. 571.

CAPÍTULO X

CONCLUSIÓN GENERAL

La «historia de las batallas» tradicional ha muerto y nadie la echará de menos. Sobre sus cenizas puede nacer una nueva historia militar, que ya se ha manifestado con vigor durante estos últimos años. Por no hablar más que de la producción francesa, sería preciso citar entre los nombres más importantes a Ph. Contamine[1] para la Edad Media, A. Corvisier,[2] especialista de la Edad Moderna, y, para la época contemporánea, a P. Renouvin,[3] G. Pedroncini[4] y A. Martel.[5] Desde 1989 estos maestros han tenido epígonos y el Centre d'Études d'Histoire de a Défense les permite contar con un lugar de encuentro. De la confrontación de sus trabajos se desprende una enseñanza en forma de evidencia: no se puede reconstruir el pasado sin tener en cuenta los conflictos que lo han agitado. Y esa constatación es también de aplicación a la Antigüedad:[6] el estudio del ejército romano y de sus guerras conduce necesariamente a tocar todos los campos de la vida, la política, la economía, la sociedad, la cultura, la religión. El examen de esos diferentes aspectos del tema no puede, sin embargo, hacerse en primer lugar: en buena lógica, conviene observar en principio quién formaba esa hueste imperial, antes de tratar de saber qué llegó a hacer.

1. Ph. Contamine es conocido por sus trabajos sobre la Guerra de los Cien Años y el fin de la Edad Media.

2. A. Corvisier ha estudiado, en especial, *L'armée française de la fin du XVII[e] siècle au Ministère de Choiseul* (1964, 2 vols.).

3. P. Renouvin ha trabajado mucho sobre la Primera Guerra Mundial.

4. G. Pedroncini, autor de un libro notable sobre los motines de 1917, ha organizado la enseñanza de la historia en la Escuela Militar de Saint-Cyr.

5. A. Martel ha organizado un centro de estudios militares en la Universidad de Montpellier. También podríamos citar a G. Bouthoul y las reflexiones consagradas a la «polemología».

6. Y. Garlan, *La guerre dans l'Antiquité*, 1972, y J. Harmand, *La guerre antique*, 1973, ilustran ese objetivo.

Características específicas del ejército romano

Estas primeras investigaciones adoptan, por tanto, un enfoque de alguna manera técnico y profesional. Nos muestran, en principio que, para los romanos del Alto Imperio, la guerra se había convertido en objeto de ciencia: se estudiaba y era tema de libros; había entrado en las bibliotecas.[7] Lo que en una primera aproximación impresiona por encima de todo es la sorprendente complejidad de ese ejército y de sus empresas: la legión no se parecía en nada a un tropel de gente, pues cada uno de los hombres tenía adjudicado un lugar preciso, en función de su especialidad (y había un gran número de ellas);[8] de la misma manera, la construcción de un campamento ponía en juego competencias muy diversas[9] y la marina tenía mucho más valor de lo que la tradición ha hecho creer.[10]

Los cuadros debían conocer una estrategia que había ido evolucionando,[11] y que se materializaba en esa zona compleja, llamada a menudo *limes*,[12] una franja de territorio bastante amplia que comprendía defensas puntuales (campamentos y torres), obstáculos lineales (ríos y muros) y caminos. El grueso del ejército, las legiones y los auxiliares, se hallaba instalado en las fronteras; Roma, el «centro del poder», había recibido también una guarnición, formada a partir de los mejores soldados del Imperio; y la marina, aunque sólo haya desempeñado un papel secundario, tampoco había sido descuidada. Los generales se mantenían habitualmente a la defensiva, pero jamás se prohibían pasar a la ofensiva: destruir al enemigo allí donde se encontrase no planteaba ningún problema de conciencia o diplomático;[13] los objetivos de la guerra se caracterizaban, así, por su simplicidad, por su claridad:[14] garantizar la seguridad del Imperio o conseguir botín del adversario.

Esa estrategia implicaba la puesta en práctica de una táctica inteligente,[15] pero descuidada desde hace ya tiempo por el descrédito

7. Véanse pp. 13 y s.
8. A. von Domaszewski, *Rangordnung*, 1967, 2.ª ed. (B. Dobson); Y. Le Bohec, *La IIIᵉ Légion Auguste*, 1989, pp. 185-195.
9. H. von Petrikovits, *Innenbauten*, 1975; J. Lander, *Roman Stone Fortifications*, 1983.
10. M. Reddé, *Mare nostrum*, 1986.
11. E. N. Luttwak, *The Grand Strategy of the Roman Empire*, 1978, 3.ª ed.
12. G. Forni, *sub voce Limes*, en E. De Ruggiero, *Dizionario epigrafico*, IV, 1959, pp. 1.074 y ss.
13. No obstante, Roma contaba con una diplomacia que apenas ha sido estudiada.
14. E. N. Luttwak, *op. cit.*, n. 11, insiste en esa claridad de visión, empujado quizá por preocupaciones muy actuales.
15. J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegsführung*, en I. von Müller, *Handbuch*, IV, 3, 2, 1928; H. Delbrück, *Art of War*, I, *Antiquity*, 1975.

arrojado sobre la «historia de las batallas». Los oficiales romanos debían saber construir puentes, trazar carreteras y edificar campamentos. El orden de marcha y el de batalla obedecían a un reglamento muy extenso, menos amplio, sin embargo, que las reglas que presidían la conducta a seguir en un asedio. Los encuentros en campo abierto exigían, no obstante, de todos raras cualidades de maniobra: la legión romana era la falange de Alejandro dotada de una mayor flexibilidad: pero esa ciencia militar no permanecía inalterable; al estudiar la táctica, lo mismo que cuando se analiza el armamento, el investigador no puede dejar de sorprenderse de la gran capacidad de adaptación del ejército romano: tiene la impresión de que, después de cada derrota, el estado mayor sacaba las consecuencias de aquel fracaso con el fin de prepararse mejor para el siguiente encuentro.

Esa táctica inteligente no podían ponerla en práctica más que hombres muy bien entrenados. Y lo que no deja de ser curioso, la instrucción, elemento fundamental del éxito de los ejércitos romanos, nunca había sido bien estudiada.[16] Se sabe que los soldados endurecían sus cuerpos mediante prácticas deportivas, que aprendían el manejo de la espada y la jabalina, de la honda y el arco, y que participaban en maniobras bajo la dirección de instructores cuidadosamente seleccionados. Algunas de esas prácticas se desarrollaban al aire libre, otras en salas cubiertas, en basílicas, y otras más en campos especialmente diseñados para ellas (los *campi*).

Ahora se sabe que el valor del ejército romano, sus éxitos, se explican, al menos en parte, por razones de orden técnico o profesional: en primer lugar, cada conquista aportaba enseñanzas, y el estado mayor daba pruebas de una gran capacidad de adaptación; pero, por encima de todo, los oficiales concebían la guerra como una ciencia y, al servicio de una estrategia ambiciosa, aplicaban una táctica elaborada que exigía una preparación intensiva, un entrenamiento cotidiano y preciso.

El ejército romano y la sociedad

Por su complejidad, esa institución implicaba a representantes de varias capas de la sociedad:[17] la fuerza de las legiones no descansaba solamente sobre un libro de preceptos técnicos; se basaba en los hom-

16. Véase bibliografía en G. Horsmann.
17. J. Gagé, *Les classes sociales dans l'Empire romain*, 1971, 2.ª ed., pp. 249 ss.; G. Alföldy, *Histoire sociale de Rome*, trad. fr. 1991.

bres que las componían. Sin embargo, hay que tener mucho cuidado con esto: el ejército no reproducía la sociedad; antes al contrario, nos ofrece una imagen parcial y deformada.

Sólo un hombre, un *uir* poseedor de *uirtus*, podía portar armas. Los esclavos, que no eran seres humanos, o que, en el mejor de los casos, no lo eran de forma completa, no tenían acceso a ese honor en razón de su indignidad.

Los hombres libres se clasificaban en función de su estatus jurídico.[18] Los menos romanizados, los «extranjeros», los «desplazados», ingresaban en el siglo I en las unidades auxiliares, en las alas y las cohortes, y después en los *numeri* bárbaros. Quienes poseían la ciudadanía se encontraban en las legiones. Pero como las necesidades seguían siendo modestas (menos de diez mil hombres por año), y como el servicio era en teoría universal y obligatorio, los responsables podían elegir a los mejores plebeyos.

Son los excepcionales de entre ellos quienes iban a integrar los cuadros subalternos, los decuriones de caballería y los centuriones de infantería.[19] Se ha dicho muchas veces que la eficacia del ejército romano reposaba en buena medida sobre las espaldas de los suboficiales. Por el contrario, se ha insistido mucho menos en otro tema importante: una parte de ellos había alcanzado directamente ese grado sin pasar por el estadio de soldado raso; son los hijos de los notables municipales e incluso ciertos *equites* romanos, los *centuriones ex equite romano*. Se podía creer que esa clase de reclutamiento, que privilegiaba el nacimiento en detrimento del mérito, suponía un elemento de debilidad.

Pero si se examina el cuerpo de oficiales, se constata que la misma práctica conducía a alcanzar unos resultados muy positivos. Los *equites*, con el título de tribunos o de prefectos, proporcionaban cuadros a la guarnición de Roma y a las flotas, a los cuerpos auxiliares y a las legiones, en las que se hallaban subordinados a los legados y a los tribunos laticlavios, que pertenecían al orden senatorial. Así, la nobleza del Imperio, los senadores, y esa seminobleza o nobleza de segunda fila que constituía el orden ecuestre, poseían un privilegio de exclusividad, el de proporcionar oficiales. Desprestigiado durante largo tiempo, ese encuadramiento bien merece una rehabilitación:[20] la práctica del deporte le proporcionaba vigor y energía, y la ciencia militar se adquiría por lecturas que formaban parte de la educación de cualquier

18. K. Kraft, *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten*, 1951; G. Forni, *Il reclutamento delle legioni*, 1953 (esa clasificación era muy importante en las mentalidades antiguas).

19. Véase cap. VIII de parte III.

20. E. Birley, *Durham Univ. Journal*, 1949, pp. 8-19, y J. Gagé, *op. cit.*, son los primeros que han emprendido esa revisión.

joven bien educado, así como por el ejercicio del mando, constituyendo los primeros meses en el cargo una especie de periodo de prácticas, de escuela.

Ese cuadro idílico no representa, sin embargo, más que la situación de los siglos I y II de nuestra era. Debido a la crisis, en el siglo III cambiaron mucho las cosas: según M. Christol, las guerras, largas y peligrosas, consiguieron que los nobles se olvidasen de sus deberes, que los senadores evitasen los campamentos,[21] aunque esto no es seguro. Los plebeyos más dotados trataban también de escapar a sus obligaciones, a causa de los riesgos que se corrían, es cierto, pero igualmente porque el servicio militar se había convertido en un verdadero oficio y porque esa profesión estaba cada vez peor remunerada.

Por tanto, ya se trate de cuadros o de soldados, Augusto había tomado una decisión clara: un reclutamiento de calidad. Pero la aplicación de esa política suponía que se diesen dos condiciones: el Estado debía verter poca sangre e invertir mucho dinero.

El ejército y el mundo romano

Esas necesidades financieras nos recuerdan que el ejército, lejos de encontrarse fuera del tiempo y del mundo, vivía en simbiosis con el Imperio: eran numerosos los vínculos que les unían, especialmente en el campo político.

El régimen se definía como una monarquía militar, es decir, se apoyaba más o menos abiertamente en los soldados. Con el fin de equilibrar la presión del Senado y de los senadores, debía buscar el apoyo de fuerzas que era preciso encontrar en las capas sociales más bajas. Recuérdese que Tiberio invitó a los miembros de la ilustre asamblea a un espectáculo particular: les mostró a los pretorianos haciendo instrucción.[22] Y Dion Casio, que es quien cuenta esa anécdota, no se engaña cuando dice que el mensaje estaba bien claro: el soberano quería recordar a sus invitados dónde se encontraba verdaderamente el poder. Por otro lado, Tácito ha hablado del «secreto del Imperio»[23] y ahora sabemos perfectamente qué quería dar a entender con ello: los nuevos jefes del Estado no eran elegidos en la capital, y evidentemente tampoco en la Curia, sino en provincias, y más concretamente en los campamentos de provincias.[24] De hecho, los legionarios, conscientes

21. M. Christol, *Carrières sénatoriales*, 1986.
22. Dion Casio, LVII, 24.
23. Tácito, *H.*, I, 4, 2.
24. P. Le Roux, *L'armée romaine des provinces ibériques*, 1982, pp. 127 ss.

y orgullosos de su título de ciudadanos, se consideraban los herederos de los romanos, los auténticos Quírites. Y como disponían de la fuerza, se vería mal que hubieran eludido su deber en ese tema.

Los soldados ejercían de manera consciente sus obligaciones políticas. Pero, sin saberlo, desempeñaban un papel quizá más importante en otros dominios. Señalemos en primer lugar que su simple presencia pesaba en la vida material del momento: habían creado una zona de prosperidad que rodeaba el Imperio.[25] Contra los bandoleros y los bárbaros, conservaban la paz, la famosa «paz romana», que se percibía como un factor de prosperidad; su primera misión consistía en luchar contra el enemigo exterior, y la segunda garantizar las funciones de policía.[26] Además, gastaban sus salarios en las regiones donde se encontraban, y donde se establecían a menudo después de licenciarse: cobradas con regularidad, sin demoras excesivas y suponiendo una buena cantidad de dinero, unas buenas monedas de plata gozaban de una cierta comodidad. Al contrario de lo que sucedía en el mundo exterior, se creó así una economía monetaria. Cerca de los campamentos nacían ciudades, pueblos y extensos dominios. Artesanos, comerciantes y campesinos, pero también organizadores de lugares de placer venían a aprovecharse de ese maná. Y los soldados parcelaban las tierras y acantonaban las tribus; construían puentes y trazaban calzadas; desbrozaban nuevos caminos para los negocios. Esa franja de prosperidad adolecía, no obstante, de dos debilidades: precisaba de una inercia de continuidad, y, de todas formas, dependía de los salarios, es decir, en última instancia de la prosperidad del Estado.

Otro campo en el que los militares desempeñaban un papel importante sin quererlo, e incluso sin saberlo, era el de la cultura: difundían la romanización precisamente en aquellas regiones en las que gastaban sus salarios. En primer lugar, el latín era la lengua de mando, la única en que se podían dar las órdenes. Y además, el ejército difundía la ciudadanía,[27] que se exigía para ingresar en el pretorio, en las cohortes urbanas y en las legiones, y que se concedía en las unidades auxiliares al finalizar el servicio. Además, participaba en la municipalización del Imperio: algunos oficiales hacían de administradores de las tribus, o efectuaban el *census*, los veteranos ingresaban en las curias y los legados ejercían el patronato de las ciudades. Todavía a un nivel más elevado, intervenía en el proceso de provincialización;[28] los mandos de los ejércitos ejercían igualmente

25. P. Salway, *The Frontier People of Roman Britain*, 1965.
26. R. Mac Mullen, *Enemies of the Roman Order*, 1966.
27. Véase n. 18.
28. P. Le Roux, *op. cit.*, n. 24.

la función de los gobernadores. Sin embargo, no sería lógico reducir la noción de romanización solamente a su aspecto institucional; en efecto, se trataba también de una forma de vida, y ahí los soldados manifestaban una vez más su pertenencia a la plebe, de la que compartían los gustos menos refinados, más vulgares: se sentían más atraídos por los combates de gladiadores que por el teatro. La importancia de las distracciones, de la familia, del servicio, caracterizaban básicamente lo que ha dado en llamarse como «mentalidades colectivas».

Esa psicología de los militares estaba, de todas maneras, incluso aún más marcada por la presencia divina: los romanos declaraban en voz alta y potente, sin falsa vergüenza, que formaban el pueblo más piadoso del mundo;[29] y los soldados eran romanos. Lo mismo que los civiles, veían por todas partes la presencia de los dioses y notaban su eficacia en forma de numerosos milagros. También como los civiles, e incluso aún más que ellos, se dirigían a numerosísimas potencias celestiales que acumulaban en múltiples «sincretismos» para acrecentar la eficacia de sus súplicas.[30] El carácter fundamental, y más original, de esa religiosidad parece, sin embargo, encontrarse en otro lugar; contrariamente a lo que se ha escrito a menudo, parece que los legionarios se habían visto fuertemente atraídos por el paganismo más tradicional y más nacional: digamos una vez más que eran romanos. Como consecuencia, los cultos indígenas y orientales, aunque hayan ocupado algún espacio en los campamentos, llegaron poco y tarde; el cristianismo conoció la misma suerte y los soldados se encontraban más a gusto del lado de los perseguidores.[31] El poder reforzaba además esas tendencias: calendarios oficiales[32] imponían la celebración de festividades y de ritos, algunos de los cuales se remontaban a tiempos muy antiguos.

Coincidían cultura laica y religiosidad: los militares pertenecían al medio formado por los ciudadanos y con mayor exactitud al de los plebeyos. Pero esa situación no era fortuita: derivaba de una política de reclutamiento consciente, querida; sin embargo, como ya hemos hecho notar, las decisiones sólo eran posibles con una condición: era preciso que las finanzas del Estado lo permitieran; convenía que unos salarios elevados sirvieran de acicate a los mejores jóvenes pertenecientes a esa clase.

29. E. Birley y J. Helgeland, en *Aufstieg und Niedergang d. röm. Welt*, II, 16, 2, 1978.
30. M. Le Glay, en *Syncrétismes*, 1975, pp. 123-151.
31. M. Durry, *Mél. J. Bidez*, 1956, pp. 85-90; G. R. Watson, en *Christianity in Britain*, 1968, pp. 51-54; Y. Le Bohec, *La IIIe Légion Auguste*, 1989, p. 572.
32. R. O. Fink, A. S. Hoey y W. F. Snyder, *Feriale Duranum, Yale cl. St.*, VII, 1940.

Así, el estudio del ejército nos lleva muy lejos: pasa por un examen de la sociedad para acabar en una vasta encuesta sobre la civilización.

Evolución y ruptura

El aspecto financiero a que nos acabamos de referir nos conduce hasta otra realidad histórica: la evolución. Pues, si existen rasgos permanentes que llegan hasta el periodo del Alto Imperio, también aparecen algunos momentos de crucial importancia. Al principio, la época de Augusto[33] se vio marcada, en primer lugar, por un impresionante esfuerzo de organización: se puso en práctica la llamada «estrategia del *limes*» (en un momento en que la palabra *limes* aún no había hecho aparición en el vocabulario oficial con el sentido que aquí le damos); debía estar servido por un ejército permanente y basado en un reclutamiento de calidad. Pero eso no es todo, pues el fundador del Imperio, aunque conociera algunos reveses, supo también acrecentar considerablemente el dominio heredado. Después de él, tenemos que esperar a Trajano y a Marco Aurelio para asistir a otras grandes campañas, las ofensivas contra los dacios y los partos del primero de los dos emperadores citados, y defensivas en el Danubio, en el caso del segundo. Septimio Severo renovó la tradición augusta: por una parte, efectuó algunas reformas, especialmente la autorización de los colegios y el que los soldados vivieran con sus «esposas»; por otra parte, llevó a cabo las últimas guerras importantes del principado, en particular en Mesopotamia. Después de dos siglos de historia puede realizarse un balance para concluir que el enemigo más temible se encontraba al otro lado del Rin y del Danubio: eran los germanos; a continuación venían Irán y los partos arsácidas.

La situación se agravó en el siglo III, momento en que los persas sasánidas sucedieron a los partos arsácidas, y cuando el Imperio se vio atacado a la vez en dos frentes, por el norte y por el este. La crisis, bastante menos seria, no obstante, de lo que se ha dicho, provocó una nueva transformación del ejército, una reacción ante las dificultades del momento. Correspondió a Galieno,[34] tercer gran reformador del ejército romano, modificar el mando y la estrategia: debió admitir que los senadores no ocupaban ya un lugar en los campamentos; no hay evidencia alguna de que el Imperio saliera ganando: el mito de la «pro-

33. Los investigadores han minimizado a menudo la importancia de las conquistas de Augusto.

34. M. Christol, *op. cit.*, n. 21.

fesionalización» de los cuadros merecería sin ninguna duda ser examinado de nuevo. Por otra parte, pareció más eficaz efectuar concentraciones de tropas móviles por detrás del *limes*.

Acumulándose, esas pequeñas modificaciones adquirieron importancia, en particular aquellas impuestas después de los fracasos sufridos a mediados del siglo III. Y, poco a poco, esa evolución desembocó en ruptura. El ejército del Alto Imperio presentaba tres características fundamentales: la estrategia del *limes*, con el ejército instalado en las fronteras, un encuadramiento aristocrático y un reclutamiento de calidad. Podemos definir el ejército del Bajo Imperio[35] utilizando los rasgos contrarios. A partir de mediado el siglo III, los oficiales ya no procedían del Senado. A continuación, Diocleciano[36] sustituyó aquel principio basado en la calidad por otro que insistía en el aspecto cuantitativo: durante su reinado se acrecentó considerablemente la masa de soldados y Lactancio,[37] que sin ninguna duda exagera, llega incluso a decir que se multiplicó por cuatro. Después, Constantino concibió una nueva estrategia inspirándose, según parece lo más verosímil, en las ideas de Galieno: los cuerpos de combate esenciales se encontraron desde entonces en el interior del Imperio, alejados de las fronteras, que eran custodiadas por tropas de menor valor. Parece ser que no se dio ningún corte brusco,[38] es decir, nada parecido a una revolución: la crisis de mediados del siglo III había impuesto a Galieno ciertas transformaciones, que servirían para preparar las de Diocleciano y Constantino.

En el Alto Imperio, y más precisamente en los siglos I y II, el ejército romano se caracteriza por la existencia de cuadros aristocráticos, por un reclutamiento de calidad y por la elección de la llamada «estrategia del *limes*». En el Bajo Imperio, los cuerpos de combate se han ido desplazando hasta situarse por detrás de las fronteras, los oficiales comienzan a proceder de medios más populares, y la cantidad debe suplir a la calidad. Algunos de esos rasgos contribuyeron también a dibujar el «Renacimiento del siglo IV».

35. D. van Berchem, *L'armée de Dioclétien et la réforme constantinienne*, 1952; R. Mac Mullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire*, 1967; D. Hoffmann, *Spätröm. Bewegungsheer, Epigr. Stud.*, VII, 1 y 2, 1969 y 1970; E. Gabba, *Per la storia dell'esercito romano*, 1974; véase también la nota siguiente. Pero la bibliografía del ejército romano en el Bajo Imperio exigiría bastante más que una nota.

36. W. Seston, *Dioclétien et la Tétrarchie*, 1946.

37. Lactancio, *De la mort des persécuteurs*, VII.

38. Interpretación de los hechos puesta de relieve por E. Stein, *Histoire du Bas-Empire*, 1959, 2 vols.

BIBLIOGRAFÍA

El autor relaciona a continuación los títulos más importantes y recientes. Para una mayor exhaustividad se invita al lector a consultar las notas y la bibliografía que luego se propone.

Cualquier reflexión sobre este tema puede tomar como punto de partida las obras de Mommsen, Th. y Marquardt, J., *Manuel des antiquités romaines,* XI, 1891, *De l'organisation militaire chez les Romains* (trad. de J. Brissaud), París. No obstante, esta obra antigua y totalmente obsoleta solamente tiene interés para la historiografía.

Manuales

Historia general

Watson, G. R., *The Roman Soldier,* 1969 y 1981, 2.ª éd., NuevaYork.
Webster, G., *The Roman Imperial Army,* 1969 y 1974, 2.ª ed., Londres.

Diccionario

Marín Peña, M., *Instituciones militares romanas,* 1956, Madrid.

Temas particulares

Campbell, J. B., *The Emperor and the Roman Army,* 1984, Oxford.
Delbrück, H., *History of the Art of War,* I, *Antiquity,* 1975, Westport.
Giuffre, V., *La letteratura «De re militari»,* 1974, Napoles.
Keppie, L., *The making of the Roman Army,* 1984, Londres.
Mann J. C., *Legionary Recruitement and Veteran Settlement,* 1982, Londres.

Elenco de artículos

Gongreso de limes

Sólo relacionamos aquí las referencias a los coloquios citados en las páginas de este libro.

Acres du 9è Congrès international d'études sur les frontières romaines, 1974, Bucarest.
Studien zu den Militärgrenzen Roms, 1977, Bonn.
Akten des 11. internationalen Limeskongresses, 1977, Budapest.
Roman Frontier Studies, 1980, Oxford.
Studien zu den Militärgrenzen Roms, 1986, Stuttgart.

Aufstieg und Niedergang der römischen Welt

Seguidamente se relacionan los artículos más utilizados en las páginas precedentes, publicados en Berlín y Nueva York.

Birley, E., *The Religion of the Roman Army (1895-1977),* t. II, 16, 2, 1978, p. 1506-1541.
Dobson, B., *The significance of the centurion and the primipilaris in the Roman Army and Administration,* t. II, 1, 1974, p. 392-434.
Forni G., *Estrazione etnica e sociale dei soldati delle legioni,* t. II, 1, 1974, p. 339-391.
Helgeland, J., *Roman Army Religion,* t. II, 16, 2, 1978, p. 1470-1505.
Saddington, D. B., *The development of the Roman Auxiliary Forces from Augustus to Trajan,* t. II, 3, 1975, p. 176-201.
Speidel, *The rise of ethnic Units in the Roman Imperial Army,* t. II, 3, 1975, p. 202-231.
— *Legionaries from Asia Minor,* t. II, 7, 2, 1980, p. 730-746.

Colección MAVORS Amsterdam

Alföldy, G., *Geschichte des römischen Heeres,* 1986 (MAVORS, III).
Forni, G., *Esercito e marina di Roma antica,* 1992 (MAVORS, V).
Gilliam, J. F., *Roman Army Papers,* 1985, (MAVORS, II).
Speidel, M., *Roman Army Studies,* I, 1984 (MAVORS, I), y II, 1989 (MAVORS, VIII).

Varios

Birley, E., *Roman Britain and the Roman Army,* 1953, Londres.
Davies, R, *The Service in the Roman Army,* 1991, Edimburgo.
Gabra E., *Per la storia dell'esercito romano in étà imperiale,* 1974, Bolonia.

Kraft, K., *Gesammelte Aufsätze zur Militärgeschichte,* 1973, Darmstadt.
Von Domaszewski, A., *Aufsätze zur römische Heeresgeschichte,* 1972, Colonia.
Civiltà dei Romani, II, *Il potere e l'esercito,* S. Settis, (ed.) 1991, Milán.

La organización del ejército

Cheesman, G. L., *The auxilia of the Roman Imperial Army,* 1914 (reimpreso 1971), Hildesheim y Nueva York.
Cichorius, C., «*s.u.* "*Ala*" et "*Cohors*"», en *Realencyclopdädie,* I, 1894, y II, 1900.
Durry, M., *Les cohortes prétoriennes,* 1939 (reimpreso 1968), París.
Freis, H., *Die cohortes urbanae, Epigraphische Studien,* II, 1967, Bon.
Kienast, D., *Untersuchungen zu den Kriegsflotten der römischen Kaiserzeit,* 1966, Bonn.
Parker, H. M. D., *The Roman Legions,* 1958, 2ª éd., (reimpreso 1980), Chicago.
Passerini, A., *Le coorti pretorie,* 1939, Roma.
Reddé, M., *Mare nostrum,* 1986, París y Roma.
Ritterling, E., «*s.u.* "*Legio*"», en *Realencyclopädie,* XII, 2, 1925.
Saxer, R., *Die Vexillationen des römische Kaiserheeres, Epigraphische Studien,* I, 1967, Bonn.
Speidel, M., *Die equites singulares Augusti,* 1965, Bonn.
Starr, Ch. G., *The Roman Imperial Navy,* 1941 (reimpreso 1975), Westport.

Los oficiales y la tropa

Clauss, M., *Untersuchungen zu den principales des römischen Heeres,* 1973, Bochum.
Devijver, H., *Prosopographia militiarum equestrium,* 1976-1993, Lovaina (5 vol.).
Dobson, B., *Die primipilares,* 1978, Bonn.
Maxfield, V. A., *The military Decorations of the Roman Army,* 1981, Londres.
Picard, G.-Ch. y Le Bonniec H., «Du nombre et des titres des centurions légionnaires», *Revue Philologique,* 1937, p. 112-124.
Speidel, M., *Guards of the Roman Army,* 1978, Bon.
Von Domaszewski, A., *Die Rangordnung des römischen Heeres,* 1967, 2.ª ed. (B. Dobson), Bon.

El reclutamiento

Forni, G., *Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano,* 1953, Milán y Rome (véase *Aufstieg und Niedergang,* II, 1, 1974, y MAVORS citados más arriba).
Kraft, K., *Zur Rekrutierung der Alen und Kohorten an Rhein und Donau,* 1951, Berna.

La instrucción

Davies, R. «The training Grounds of Romari cavalry», *Archaeological Journal*, CXXV, 1968, p. 73-100.
Le Bohec Y., «Le pseudo "camp des auxiliaires" à Lambèse», *Cahiers du groupe de recherches sur l'armée romaine et les provinces*, I, 1977, p. 71-85.
Neumann, A., «Militärhandbuch», *Klio*, VIII, 1928, p. 360 y siguientes.; «Heeresreglement», *Classical Philology*, 1946, p. 217 y siguientes; «Rekrutenausbildung», *ibid.*, 1948, p. 148 y siguientes; «Heeresdiziplin», *Klio*, XXVIII, 1934, p. 297 y siguientes.

La táctica

Couissin, P., *Les armes romaines*, 1926, París.
Kromayer, J. y Veith, G., *Heerwesen und Kriegsführung*, en Von Muller I., *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft*, IV 3, 2, 1928, Múnich.
Marsden, E. W, *Greek and Roman Artillery*, 1971, Oxford.

La estrategia

Alföldy, G., *Die Hilfstruppen der Germania Inferior, Epigraphische Studien*,VI, 1968, Bon.
Baatz, D., *Der römische Limes zwischen Rhein und Donau*, 1975, 2.ª éd., Berlín.
Breeze, D. J. y Dobson, B., *Hadrian's Wall*, 1980, 2.ª éd., Londres.
Fitz, J., *Der römische Limes in Ungarn*, 1976, Budapest.
Forni, G., «*s.u.* "*Limes*"», en De Ruggiero, E., *Dizionario epigrafico*, IV, 1959, p. 1074 y siguientes.
Kennedy, D. L., *Archaeological Explorations on the Roman Frontier in North-East Jordan*, 1982, Oxford.
Le Bohec Y., *La III^è Légion Auguste*, y *Les unités auxiliaires de l'armée romaine en Afrique Proconsulaire et Numidie*, Aix-Marsella-París, 1989.
Le Roux, P., *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques*, 1982, París.
Lesquier, J., *L'armée romaine d'Egypte*, 1918, El Cairo.
Luttwak, E. N., *The grand Strategy of the Roman Empire*, 1974 y 1979, 3.ª ed., Baltimore y Londres,
— *La grande stratégie de l'empire romain*, trad. fr., 1987, París.
Poidebard, A., *La trace de Rome dans le desert de Syrie*, 1934, (2 vol.), París .
Rickman, G., *Roman Granaries and Store Buildings*, 1971, Cambridge.
Stein, E., *Die kaiserlichen Beamten und Truppenkörper im römischen Deutschland unter dem Prinzipat*, 1932, Viena.
Szilagyi, J. «Les variations des centres de prépondérance militaire dans les provinces frontières de l'Empire romain», *Acta Antiqua Academiae Scientiarum Hungaricae*, II, 1953-1954, p. 117-219.

Von Petrikovits, H., *Die Innenbauten römischer Legionslager,* 1975, Opladen.
Wagner, W, *Die Dislokation der römischen Auxiliarformationen in den Provinzen Noricum, Pannonia,Moesia und Dacia,* 1938, Göttingen.

La historia

Véanse los manuales de historia general.

Guey. J., *Essai sur la guerre parthique de Trajan,* 1937, Bucarest.
Lapper, F. A., *Trajan's Parthian War,* 1948, Oxford.

El papel material

Salway, P., *The Frontier People of Roman Britain,* 1965, Cambridge.
Vendrand-Voyer, J., *Normes civiques e¡ métier militaire à Rome sous le Principat,* 1983, Clermont-Ferrand.

El papel cultural

Fink, R. O., Hoey, A. S. y Snyder, W. F., «*Feriale Duranum*», Yale Classical Studies, VII, 1940.
Le Bonniec H., en Brisson, J.-P., *Problémes de la guerre à Rome,* 1969, p. 101-115, París.
Picard, G.-Ch., *Les trophées romains,* 1957, París.
Pighi, G. B., *Lettere latine d'un soldato di Traiano,* 1964, Bolonia.
Speidel, M., *The Religion of Iuppiter Dolichenus in the Roman Army,* 1978, Leyde.

Véase tambié *Aufstieg und Niedergang,* II, 16, 2, 1978, citado más arriba (artículos de Birley E. y de Helgeland, J.).

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

Generalidades

Los congresos *limes* continúan celebrándose y sus actas siempre se publican (además: *Roman Frontier Studies,* 1995, Groenman-Van Waateringe, W. *et alii,* (ed.) 1997, Oxford); cada vez se centran más en la arqueología. La colección MAVORS prosigue su camino felizmente.

Los últimos autores que deben referenciarse son: Mócsy, A., 7, 1992; Devijver, H. (II), 9. 1992; Breeze, D. J. y Dobson, B., 10, 1993, Baatz, D., 11, 1994 Keppie, L., 12, 2000; Stoll, O., 13, 2001.

Kaiser, Heer und Gesellschaft in den römischen Kaiserzeit, G. Alföldy, B. Dobson y W, Eck (ed.), 2000, Stuttgart.

Las fuentes

Birley, R., *Vindolanda's Roman Records,* 2.ª ed., 1994, Greenhead, con bibliografía más completa, p. 55.
Marichal, R., *Les ostraka de Bu Njem, Libya Ant.,* Suppl., VII, 1992, Trípoli.
— *Mons Claudianus. Ostraka graeca et latina,* I, 1992, y II, 1997, El Cairo.
Roxan, M., *Roman Military Diplomas,* 3 vol., 1978-1994, Londres.
Speidel, M. A., *Die römischen Schreibtafeln von Vindonissa, Veröffent. der Gesellschaft Pro Vindonissa,* XII, 1996, Brugg.

La organización del ejército

Les légions de Rome sous le Haut-Empire, ed. Y. Le Bohec, 2 vol., 2000, Lion.
Sablayrolles, R., *Libertinus miles,* 1996, París-Roma.
Speidel, M. P., *Riding for Caesar,* 1994, Londres.
— *Die Denkmäller der Kaiserreiter,* 1994, Colonia.

Los oficiales y la tropa

La hiérarchie (Rangordnung) de l'armée romaine, ed. Y Le Bohec, 1995, París.
Nelis-Clément, J., *Les beneficiarii,* 2000, Burdeos.
Ott, J., *Die Beneficiarier,* 1995, Stuttgart.
Perea Yébenes, S., *Los stratores en el ejército romano,* 1998, Madrid.
Wesch-Klein, G., *Soziale Aspekte des römischen Heerwesens in der Kaiserzeit,* 1998, Stuttgart.
Wilmanns, J. C., *Medizin der Antike, 2, Der Sanitätsdienst im römischen Reich,* 1995, Hildesheim.

El reclutamiento

Alston, R., *Soldier and society in Roman Egypt,* 1995, Londres-NuevaYork.

La instrucción

Horsmann, G., *Untersuchungen zur militärischen Ausbildung,* 1991, Boppard-am-Rhein.

La táctica

Austin, N. J. E. y Rankov, N. B., *Exploratio,* 1995, Londres-NuevaYork.
Bishop, M. C. y Coulston, J. C. N., *Roman Military Equipment,* 1989, Londres.
Dixon, K. R. y Southern, P., *The Roman Cavalry,* 1992, Londres.
Feugére, M., *Les armes des Romains,* 1993, París.
Goldsworthy, A. K., *The Roman Army at War, 100 BC-AD 200,* 1996, Oxford.
— *Roman Warfare,* 2000, Londres.
Rebuffat, F., *Les enseignes sur les monnaies d'Asie Mineure,* 1997, París.
— *Rom, Germanien und die Ausgrabungen von Kalkriese,* ed. Schluter, W. y Wiegels, R., 1999, Osnabrück.

La estrategia

Absil, M., *Les préfets du prétoire d'Augusre à Commode,* 1997, París.
— *L'armée romaine en Gaule,* ed. Reddé M., 1996, París.
— *Le camp légionnaire de Mirebeau,* ed. Goguey, R. y Reddé, M., *Römisch-Germanisches Zentral. Museum,* M., XXXVI, 1995.
Dodgeon y Lieu S. N. C. *The Roman Eastern Frontier and the Persian Wars A.D. 226-363,* 1991, Londres-Nueva York.
Euzennat, M., *Le limes de Tingitane,* 1989, París.
— *Frontières terrestres, frontières célestes dans l'Antiquité,* ed. A. Rousselle, 1995, Perpiñán.
Isaac, B., *The limits of Empire. The Roman Army in the East,* 1990, Oxford (2.ª ed., más reciente).
Le Bohec Y., *La Sardaigne et l'armée romaine sous le Haut-Empire,* 1990, Sassari.
— *Militaires romains en Gaule civile,* ed. Y Le Bohec, 1993, Lyon.
Napoli, J., *Recherches sur les fortifications linéaires romaines,* 1997, París-Roma.
— *The Roman and Byzantine Army in the East,* ed. E. Dabrowa, 1994, Cracovia.
Whittaker, C. R., *Les frontières de l'empire romain,* Annales litt. de l'Université de Besançon, 390, 1989, París.

La historia

Menéndez Argüín, A. R., *Las legiones del s. III d. C. en el campo de batalla,* 2000, Écija.

El papel material

Carreras Monfort, C. y Funari, P. P. A., *Britannia y el Mediterráneo*, 1998, Barcelone.
Cherry, D., *Frontier and society in Roman North Africa*, 1998, Oxford.
— *Heer und Integrationspolitik*, ed. Eck, W. y Wolff, H., 1986, Colonia-Viena.
Kissel, Th., *Untersuchungen zur Logistik des römischen Heeres in den Provinzen des griechischen Ostens*, 1995, St. Katharmen.
Link, S., *Konzepte der Privilegierung römischer Veteranen*, 1989, Stuttgart.
Perea Yébenes, S., *Collegia militaria*, 1999, Madrid.
Remesal Rodríguez, J., *Heeresversorgung und die wirtzschaftlichen Beziehungen zwischen der Baetica und Germanien*, 1997, Stuttgart.
Chausa Sáez, A., *Veteranos en el África romana*, 1997, Barcelona.
Todisco, E., *I veterani in Italia in età imperiale*, 1999, Bari.

ÍNDICE

SEGUNDA PARTE
Actividades del ejército. Defensa y ataque

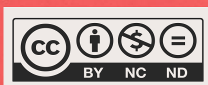
TERCERA PARTE
El papel del ejército en el Imperio. Prosperidad y romanización

Impreso en el mes de mayo de 2004
en A&M GRÀFIC, S. L.
Polígono Industrial «La Florida»
08130 Santa Perpètua de Mogoda
(Barcelona)

El ejército romano constituyó la base del poder político de la Roma imperial, y el principal agente de la romanización en los territorios conquistados. El profesor Yann le Bohec (Universidad de la Sorbona-París IV), realiza un análisis brillante y exhaustivo de los componentes humanos, políticos, económicos y estratégicos de las unidades militares que mantuvieron la supremacía romana en el mundo antiguo.

"Recuerda, romano, es a ti a quien corresponde conquistar a los pueblos." Virgilio, *Eneida*, VI, 581.

"Lo repito, no habría ejército capaz de llevar a cabo grandes empresas, sino cuando, a imitación de los romanos, reciba el soldado su ración en trigo, la muela por sí mismo en molinos portátiles, haga su pan, y lo cueza sobre su plancha de hierro, como lo hacían aquellos. Con el método de los romanos, podría llevarse un ejército a los extremos del mundo."
Napoleón Bonaparte.



www.ariel.es



Ariel